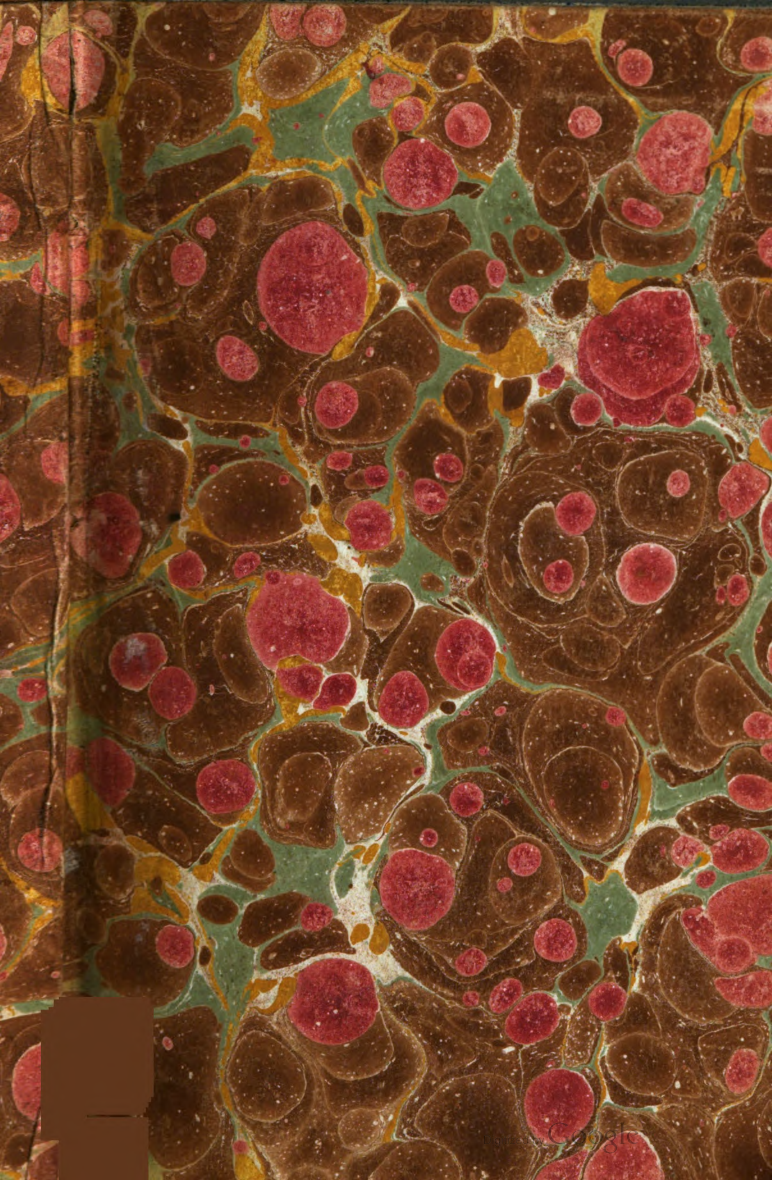
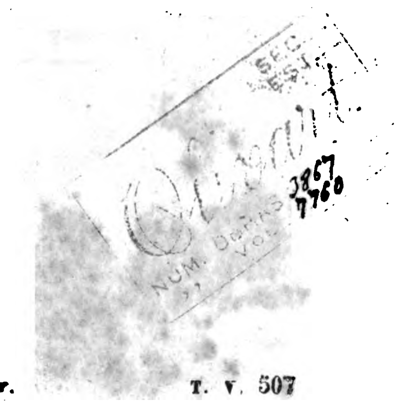





ET
VE RI TAS
CHRISTO ECCLESIAE
SIGILLVM·ACADEMIAE·HARVARDIANAE·IN·NOV·ANG



REVOLUCION FRANCESA.



REVOLUCION FRANCESA,

POR

M. A. THIERS.

NUEVA EDICION.

TOMO V.

MADRID 1845:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO

DE D. F. DE P. MELLADO.—Editor.

CAPITULO PRIMERO.

Nombramiento de los cinco directores.—Instalacion del cuerpo legislativo y del Directorio.—Situacion difícil del nuevo gobierno.—Escasez de la hacienda; descrédito del papel moneda.—Primeros trabajos del Directorio.—Pérdidas de las líneas de Maguncia.—Renovacion de las hostilidades en Bretaña y la Vendée. Aproximacion de otra escuadra inglesa á las costas del Oeste.—Plan de hacienda propuesto por el Directorio; nuevo empréstito forzoso.—Sentencia contra algunos agentes realistas.—Entrega de la hija de Luis XVI á los austriacos cangeándola con los representantes vendidos por Dumouriez.—Situacion de los partidos á fines de 1795.—Armisticio concluido en el Rin.—Operaciones del ejército de Italia. Batalla de Loano.—Espedicion de l'Ile-Dieu. Salida de la escuadra inglesa. Ultimos esfuerzos de Charette; disposiciones del general Hoche para realizar la pacificacion de la Vendée.—Resultados de la campaña de 1795.

Habíase señalado el dia 5 de brumario del año IV (27 de octubre de 1795) para poner en vigor la constitucion directorial, cuyo dia debian reunirse las dos terceras partes de la Convencion que permanecian en el cuerpo legislativo, al tercio recien elegido por las juntas electorales, dividirse en dos consejos, constituirse y proceder al nombramiento de cinco directores encargados del poder ejecutivo. En estos primeros momentos consagrados á la organizacion del cuerpo legislativo y

del directorio, las antiguas comisiones de gobierno debian permanecer en actividad y conservar el depósito de toda la autoridad. Los individuos de la Convencion enviados á los ejércitos ó á los departamentos, debian continuar en sus cargos hasta que se les notificase la instalacion del Directorio.

Reinaba en los ánimos una estraordinaria agitacion, porque los patriotas moderados y los exaltados mostraban el mismo encono contra el partido que atacó á la Convencion en 13 de vendimiario; y por lo mismo que les asaltaban mil recelos se alentaban mútuamente para unirse y estrecharse contra el realismo, diciendo en alta voz que solo debian nombrarse para el Directorio y demas destinos, á hombres irrevocablemente comprometidos en la causa de la revolucion; desconfiaban en estremo de los diputados del nuevo tercio, é indagaban inquietos sus nombres, antecedentes y sus conocidas ó presuntas opiniones.

Al mismo tiempo habian vuelto á recobrar su insolencia los de las secciones vencidos el dia 13 de vendimiario, aunque tratados con la mayor clemencia despues de la victoria, porque envanecidos por haber resistido un instante el fuego, se les figuraba que la Convencion no les trataba con benignidad sino porque conocia su fuerza, y porque respetaba la justicia de su causa. Por todas partes se presentaban ponderando sus hazañas y esparciendo las mismas necedades que en otra época contra la gran Asamblea que acababa de dejar el poder, afectando mucha confianza en los nuevos diputados.

Estos, que venian á sentarse en medio de los

veteranos de la revolucion, y á representar la nueva opinion de Francia despues de tan prolongadas tormentas, estaban muy distantes de justificar ni la desconfianza de los republicanos, ni la esperanza de los contra-revolucionarios. Entre ellos se hallaban algunos individuos de las antiguas juntas, tales como Vaublan, Pastoret, Dumas, Dupont de Nembures y el honrado y sábio Tronchet, que tan grandes servicios prestó á nuestra legislacion. Habia ademas muchos hombres nuevos, no de aquellos estraordinarios que descuellan al principio de las revoluciones, sino algunos dotados de aquellos méritos sobresalientes que reemplazan al genio en la carrera de la política y en la de las artes; jurisconsultos por ejemplo, y administradores, tales como Portalis, Simeon y Barbé-Marbois, y Troncon-Ducoudray. En general estos nuevos elegidos, escepto algunos contra-revolucionarios marcados, pertenecian á aquella clase de hombres moderados que no habiendo tomado parte alguna en los acontecimientos, ni podido por consiguiente hacer mal ó engañarse, pretendian amar la revolucion, pero separándola de lo que llamaban sus crímenes. Debian naturalmente propender á censurar lo pasado; pero estaban ya un tanto reconciliados con la Convencion y con la república desde que les habian elegido, porque se perdona un órden de cosas de que se hace parte; por lo demas, forasteros en Paris y estraños á la política, tímidos aun en esta nueva escena, buscaban y visitaban á los individuos mas distinguidos de la Convencion nacional.

Tal era la disposicion de los ánimos en 5 de brumario del año IV. Los individuos reelegidos de

la Convencion se reunian y procuraban que simpatizasen los nombramientos que aun no se habian hecho para permanecer dueños del gobierno. En virtud de los célebres decretos del 5 y 13 de fructidor, el número de los diputados en el nuevo cuerpo legislativo debia ascender á quinientos. Si en las reelecciones no se completaba este número, los individuos presentes el dia 5 de brumario, debian formarse en cuerpo electoral para completarla. Se acordó un proyecto de lista en la comision de salvacion pública en que se hizo entrar á muchos montañeses decididos. No se aprobó enteramente la lista, pero sin embargo solo se incluyeron en ella patriotas conocidos. El dia 5 todos los diputados presentes reunidos en una sola Asamblea, se constituyeron en cuerpo electoral. Primero completaron las dos terceras partes de convencionales que debia haber en el cuerpo legislativo, y despues formaron una lista de todos los diputados casados, y de edad de mas de cuarenta años, sacando por suerte doscientos cincuenta para componer el consejo de los Ancianos.

Al dia siguiente se reunió en el Picadero el consejo de los Quinientos, en la antigua sala de la Asamblea constituyente, eligió por presidente á Daunou y por secretarios á Rewbel, Chenier, Cambaceres y Thibaudeau. El consejo de los Ancianos se reunió en el antiguo salon de la Convencion, nombró para la presidencia á Larevelliere-Lepeaux, y á Baudin, Lanjuinais, Breard y Cárlos Lacroix para la mesa. Estas elecciones eran acertadas, y probaban que en ambos consejos estaba la mayoría por la causa republicana. Estos declararon hallarse constituidos, se dieron recíproca-

mente aviso por medio de mensages, confirmaron interinamente los poderes de los diputados, y dejaron la revision para despues de la organizacion del gobierno.

Quedaba por hacer la eleccion mas importante que era la de los cinco magistrados, encargados del poder ejecutivo. De esta eleccion dependia á un mismo tiempo la suerte de la república y la fortuna de los individuos; pues en efecto, los cinco directores que nombraban todos los empleados públicos y la oficialidad del ejército, podian formar el gobierno á su modo y confiarle á hombres amantes ó enemigos de la república. Ademas eran dueños del destino de los individuos, y podian abrirles ó cerrarles la carrera de los destinos públicos, recompensando ó desanimando á los talentos fieles á la causa de la revolucion. La influencia que debian tener era por lo tanto inmensa, y asi los ánimos se hallaban muy desasosegados por esta próxima eleccion.

Reuniéronse los convencionales con el objeto de tratar de ella, y convinieron unánimemente en elegir regicidas para dar mayores garantias, despues de lo cual, y de haber reinado alguna fluctuacion en los pareceres, se pronunciaron en favor de Barrás, Rewbell, Sieyes, Larevelliere-Lepeaux y Le-Tourneur. Barrás habia hecho muchos servicios en termidor, pradial y vendimiario; habia sido en cierto modo el legislador opuesto á todas las facciones, y especialmente la última refriega del 13 le dió la mayor importancia, aunque el mérito de las disposiciones militares pertenecieron al jóven Bonaparte. Rewbell encerrado en Maguncia durante el sitio, y varias veces llamado á

las comisiones desde el 9 de termidor, habia adoptado la opinion de los termidorianos, mostrando aptitud y aficion á los negocios, y cierto carácter vigoroso. A Sieyes se le consideraba el primer génio especulativo de la época. Larevelliere-Lepeaux se habia asociado voluntariamente á los girondinos el dia de su proscripcion, se volvió á unir el 9 de termidor con sus compañeros y combatió con todas sus fuerzas á las dos facciones que habian atacado sucesivamente á la Convencion. Patriota afable y humano, era el único girondino de quien la Montaña no sospechaba, y el único patriota cuyas virtudes no se atrevian á negar los contra-revolucionarios. Solo tenia un inconveniente en el parecer de algunos; la deformidad de su cuerpo, á la que se juzgaba sentaria muy mal el manto directorial. Finalmente, Le-Tourneur, conocido como patriota y estimado por su carácter, era un antiguo oficial de ingenieros que en los últimos tiempos habian reemplazado á Carnót en la comision de salvacion pública, aunque distaba mucho de su talento. Algunos convencionales hubieran deseado que entre los cinco directores se hubiese elegido á alguno de los generales que mas se habian distinguido al frente de los ejércitos, como Kleber, Moreau, Pichegrú ú Hoche; pero temiendo dar demasiada influencia á los militares, no quisieron agregarlos al poder supremo. Para asegurar las elecciones acordaron los convencionales emplear un medio que sin ser ilegal, parecia un engaño. El consejo de los Quinientos debia segun la constitucion, presentar para todas las elecciones una lista con un número diez veces doble de candidatos en el consejo de los Ancianos. Este

último elegia uno de cada diez, y los cinco directores presentaban cincuenta. Los convencionales que tenian la mayoría en los Quinientos, acordaron poner á Barrás, Rewbell, Sieyes, Larevelliere-Lepeaux, y Le Tourneur al principio de la lista, añadiendo despues cuarenta y cinco nombres desconocidos, cuya eleccion no podria fijarse. De este modo era forzoso que se prefiriese á los cinco candidatos que los convencionales habian querido llamar al directorio.

Siguiose exactamente este plan, y habiendo faltado uno de los cuarenta y cinco añadió á Cambaceres, que agradaba mucho al nuevo tercio y á todos los moderados. Cuando se presentó la lista á los Ancianos, parecia que no les contentaba este modo de violentar su eleccion. Dupont de Nemours, que habia figurado en las Asambleas anteriores, y era un contrario declarado, sino de la república, al menos de la Convencion, pidió que se suspendiese. «Sin duda, dijo, los cuarenta y cinco individuos que componen esta lista no son indignos de vuestra eleccion, porque en el caso contrario deberian convenirse en que se ha tratado de violentaros en favor de los cinco personages. Esos nombres que llegan por primera vez á vuestros oidos descubren indudablemente hombres de una virtud modesta, que son tambien dignos de representar una gran república; pero es preciso tomarse tiempo para lograr conocerlos. Su misma modestia que les ha tenido ocultos, nos obliga á hacer averiguaciones para apreciar su mérito, y nos autoriza para pedir un plazo.» Los Ancianos aunque descontentos de este modo de proceder, participaban de los sentimientos de la mayoría de

los Quinientos, y confirmaron las cinco elecciones que quisieron imponerles. Larevelliere-Lepeaux obtuvo doscientos diez y siete votos de doscientos diez y ocho votantes: tal era la unanimidad de estimacion que tenian á hombre tan honrado. Le-Tourneur obtuvo ciento ochenta y nueve, Rewbell ciento setenta y seis, Sieyes ciento cincuenta y seis y Barrás ciento veinte y nueve. Este último que era mas hombre de partido que los demas, debia producir mas divergencias y reunir menos votos.

Gran satisfaccion causaron á los revolucionarios estos cinco nombramientos, porque les aseguraba su influjo en el gobierno y solo faltaba saber si los electos admitirian, pues aunque de tres de ellos era indudable, se sabia que los otros dos tenian poca inclinacion al poder. Larevelliere-Lepeaux, hombre sencillo y modesto, poco apto para la direccion de los negocios y de las personas, solo buscaba y hallaba sus placeres en el Jardin de Plantas con los hermanos Thouin, y era muy incierto que se decidiese a admitir el cargo de director. Tambien Sieyes, á pesar de su gran capacidad para concebirlo todo, asi negocios como principios, tenia cierta repugnancia á ocuparse de los negocios del gobierno, y como por otra parte la república no estaba constituida á su gusto, parecia poco dispuesto á aceptar su direccion. Respecto á Larevelliere-Lepeaux, se hizo valer una consideracion muy poderosa para un corazon íntegro: se le dijo que su asociacion con los magistrados que iban á gobernar la república era útil y necesaria, y cedió. En efecto, entre aquellos cinco individuos, hombres de accion y de negocios, se necesitaba una virtud conocida y sin ta-

cha, que se halló en la aceptacion de Larevelliere-Lepeaux. En cuanto á Sieyes, no pudieron vencer su repugnancia; se negó abiertamente diciendo que se creia incapaz para el gobierno.

Fué preciso reemplazarle y se pensó en Carnót, hombre que gozaba en Europa de una consideracion inmensa. Ponderábanse sus servicios militares por cierto muy verdaderos y se le atribuian todas nuestras victorias, sin que sirviese de obstáculo haber sido individuo de la gran junta de salvacion pública, y cólega de Robespierre, Saint-Just y Couthon, porque se sabia muy bien que les habia combatido. Veíase en él la reunion de un sublime genio militar con un carácter estoico. Sieyes y él eran los dos hombres mas célebres de la época. No se podia hacer cosa mas acertada, para la consideracion del Directorio que reemplazar á uno por otro. Carnót iba puesto en efecto en la nueva lista al lado de los nombres que obligaban á elegirle, incluyéndose tambien á Cambaceres con otros ocho desconocidos. No vacilaron los Ancianos en preferir á Carnót que obtuvo ciento diez y siete votos de doscientos trece, siendo uno de los cinco directores.

Quedaron pues, encargados del gobierno de la república los cinco magistrados Barrás, Rewbell, Larevelliere-Lepeaux, Le-Tourneur y Carnót. Entre estos cinco personages no se hallaba ningun hombre de genio, ni ninguno que tuviera una celebridad respetable, escepto Carnót; pero ¿qué habia de hacerse despues de una revolucion sangrienta que habia devorado en pocos años á varias generaciones de hombres profundos en todos géneros? No habia en las Asambleas un orador estraordinario,

ni en la diplomacia ningun negociador famoso. Solo Bartelemy se habia granjeado una especie de consideracion por los tratados con Prusia y España, pero no inspiraba confianza á los patriotas. En los ejércitos se formaban ya grandes generales, y se preparaban otros mas distinguidos aun: pero no habia á la sazon ninguna superioridad notable, ademas de que desconfiaban mucho de los militares. No existian, pues, como acabamos de decirlo, sino dos hombres célebres, Sieyes y Carnót. Siendo imposible tener á uno habian adquirido el otro. Barrás tenia vigor, Rewbell y Le-Tourneur eran laboriosos, y Larevelliere-Lepeaux un hombre cuerdo y honrado. En la presente situacion hubiera sido dificil formar de otro modo la suprema magistratura.

No era nada lisongera la situacion en que aquellos cinco magistrados ascendian al poder, y bien necesitaban los unos mucho valor y virtud, y mucha ambicion los otros para aceptar semejante cargo, porque se hallaban en el dia siguiente a un combate en que habia sido preciso llamar á una faccion para derribar á otra. Los patriotas que acababan de derramar su sangre se mostraban exigentes; los de las secciones no habian dejado de manifestarse audaces. La jornada del 13 de vendimiario no habia sido, en una palabra, de aquellas victorias seguidas de terror, que al paso que someten al gobierno al yugo de la faccion vencedora, le libran á lo menos de la faccion vencida. Los patriotas se habian reanimado, y los de las secciones no se habian sometido: Paris estaba lleno de intrigantes de todos partidos, agitado por toda especie de ambiones y entregado á una espantosa miseria.

En la actualidad, lo mismo que en pradial, fal-

taban las provisiones en todos los pueblos grandes; el papel moneda trastornaba los contratos y dejaba sin recursos al gobierno. Las ventas se suspendieron porque la Convencion no quiso ceder los bienes nacionales por el valor triplicado de 1790, y el papel que no podia recogerse mas que por medio de las ventas, circulaba todavía, habiendo su descrédito caminado aceleradamente. En vano se imaginó la escala proporcional para disminuir las pérdidas de los que recibian los asignados; esta escala solo los reducia á la quinta parte, mientras ellos no conservaban ni aun la ciento cincuenta. El estado, que solo percibia papel por los impuestos, se hallaba tan arruinado como los particulares; y si bien percibia una mitad de la contribucion en géneros que le proporcionaba algunos comestibles para alimentar los ejércitos, le faltaban con mucha frecuencia los medios de transporte, y los comestibles se pudrian en los almacenes. Para colmo de desgracias se veia precisado como sabemos á abastecer á Paris, entregando la racion por un precio en asignados que apenas cubria la centésima parte de los gastos; por lo demas, este medio era el único posible para suministrar al menos pan á los rentistas y á los funcionarios públicos que recibian sus pagas en asignados: mas esta necesidad habia aumentado los gastos sucesivamente. Como carecia de papel para cubrirlos, el estado habia emitido innumerables asignados, haciendo subir en pocos meses la emision de doce mil millones á veinte y nueve mil. La cantidad efectiva en circulacion, por medio de las anteriores operaciones, llegaba á diez y nueve mil millones, que escedia á todas las cantidades conocidas en hacienda. Para no mul-

tiplicar mas las emisiones, la comision de los cinco creada en los últimos dias de la Convencion para proponer medios estraordinarios de policia y hacienda, hizo decretar desde luego una contribucion estraordinaria de guerra, que importase veinte veces mas que la contribucion territorial, y diez veces mas que la de las patentes, lo cual podia producir de seis á siete mil millones en papel. Pero esta contribucion se habia decretado para lo sucesivo, y mientras tanto se daban á los provisionistas inscripciones de rentas que recibian á un precio ruinoso, percibiendo cinco francos de renta por diez de capital. Ademas se trataba de otro empréstito voluntario al tres por ciento, que tambien era ruinoso é insuficiente.

En tan espantosa escasez, no pudiendo los funcionarios públicos vivir con sus pagas, hacian dimision de sus destinos; los soldados dejaban el servicio, hallándose desmembrado ya el ejército en una tercera parte de su fuerza efectiva, y se volvian á los pueblos, donde la debilidad del gobierno les permitia permanecer impunemente. De modo que habia que sostener cinco ejércitos, y una capital inmensa con la única facultad de emitir asignados sin valor, y habia que reclutar estos ejércitos, y constituir de nuevo todo el gobierno en medio de dos facciones enemigas; cuidados que estaban á cargo de los cinco magistrados últimamente llamados á la suprema administracion de la república.

Es tan grande la necesidad de órden en las sociedades humanas, que ellas mismas se prestan á su restablecimiento y ayudan prodigiosamente á los que se encargan de reorganizarlas; de lo contrario

seria imposible conseguir este fin; sin que por eso sean menos meritorios el denuedo y los esfuerzos de los que se atreven á semejantes empresas. Los cinco directores pasaron al Luxemburgo, y no hallaron ni siquiera un mueble; de modo, que el conserge tuvo que prestarles una mesa coja, un pliego de papel de cartas y un tintero para escribir el primer mensage que anunciaba á los dos consejos haberse constituido el Directorio. Ni un cuarto en moneda habia en la tesorería; todas las noches se imprimian los asignados necesarios para el servicio del dia siguiente, que salian húmedos aun de las prensas de la república. En los abastos reinaba la mayor incertidumbre, y no se habia podido distribuir en muchos dias mas que algunas onzas de pan ó de arroz al pueblo.

El primer pedido que se hizo fué el de algunos fondos, que segun la nueva constitucion debian solicitarse para cada gasto, con aplicacion á cada ministerio. Concedian el pedido ambos consejos, y entonces la tesorería que se habia hecho independiente del Directorio, entregaba los fondos concedidos por decreto de los dos consejos. El Directorio pidió desde luego tres mil millones en asignados, que se le concedieron, y que fué preciso cambiar inmediatamente por moneda. ¿Quién debia hacer la negociacion, la tesorería ó el directorio? Esta fué la primera dificultad. Si la tesorería se encargaba de dar estos pasos, salia de sus atribuciones de mera inspeccion; y con todo se resolvió la dificultad, aplicándola la negociacion del papel. Los tres mil millones, podian producir cuando mas veinte ó veinte y cinco millones, de escudos, que apenas podian cubrir las primeras necesidades [illegible]

tuales. Inmediatamente se empezó á trabajar en un plan de hacienda, y el Directorio anunció á los dos consejos que se le presentaria en breves dias, en cuyo intermedio era preciso sostener á Paris que carecia de todo. Ya no habia sistema organizado de requisas; el Directorio pidió la facultad de exigir, por via de requerimiento en los departamentos próximos al del Sena, la cantidad de doscientos cincuenta mil quintales de trigo, á cuenta de las contribuciones territoriales pagaderas en especie. El Directorio ideó despues pedir una porcion de leyes para reprimir los desórdenes de toda clase, y particularmente de la desercion que cada dia disminuia mas la fuerza de nuestros ejércitos. Dedicóse al mismo tiempo a elegir los individuos que debian componer la administracion. Merlin de Douay fué el encargado del ministerio de la justicia; hicieron venir a Aubert Dubayet del ejército de las costas de Cherburgo para la secretaria de la guerra, Carlos Lacroix, obtuvo el cargo de los negocios estrangeros; Faypoult el de hacienda, y Benezeh, el administrador inteligente, el del interior. El Directorio procuró despues saber de los innumerables pretendientes que le acosaban, los que eran mas capaces de desempeñar los cargos públicos; y aunque era imposible que en tal precipitacion no se hiciesen malas elecciones. empleó á muchos patriotas que se habian distinguido por su imparcialidad y cordura, no siendo posible pasarse sin ellos despues de lo ocurrido el dia 13 de vendimiario, mucho mas cuando el gobierno todo entero, los directores, ministros y empleados de toda especie se formaron con ódio al 13 de vendimiario y al partido que escitó aquella asonada. No se llamó de sus co-

misiones á los diputados convencionales, para lo cual el Directorio no tuvo que hacer mas que no notificarles su instalacion, pues queria darles tiempo con esto para concluir su obra. Freron enviado al Mediodia para reprimir el furor contra-revolucionario, pudo continuar su comision en aquellos desgraciados paises. Los cinco directores trabajaban incesantemente y desplegaban en aquellos primeros momentos el mismo celo que hemos visto desplegar á los individuos de la gran comision de salvacion pública en los dias por siempre memorables de setiembre y octubre de 1793.

Desgraciadamente algunas derrotas agravaron las dificultades de este cargo. La retirada á que se habia visto obligado el ejército de Sambre y Mosa dió lugar á los mas alarmantes rumores. El mas vicioso plan y la traicion de Pichegrú malograron como hemos visto la invasion proyectada en la Alemania. Se habia querido pasar el Rin por dos puntos y ocupar la orilla derecha con dos ejércitos. Jourdan, que salia de Dusseldorf despues de haber atravesado el rio con mucha felicidad, se halló en el Lahn, estrechado entre la línea prusiana y el Rin, y falto de todo en un pais neutral, en que no se podia vivir á discrecion; sin embargo, estos apuros solo hubieran durado algunos dias si hubiera podido adelantarse por el pais enemigo y unirse con Pichegrú, que con la ocupacion de Manhein habia hallado tan fácil é inesperado modo de pasar el Rin. Jourdan hubiera remediado con esta reunion el mal del plan de campaña que le habian dictado; pero Pichegrú que porfiaba aun por las condiciones de su traicion con los agentes del príncipe de Condée, colocó al otro lado del Rin un cuerpo insu-

ficiente. Se obstinaba en no pasar el rio con el grueso de su ejército, y dejaba á Jourdan solo en medio de la Alemania. Esta situacion no podia durar mucho tiempo y cuantos tenian la menor idea de la guerra temblaban por Jourdan, como lo escribió á todos sus amigos el general Hoche, que mientras mandaba en Bretaña, dirigió una mirada de interés á las operaciones de los demas ejércitos. Vióse, pues, Jourdan precisado á retirarse y repasar el Rin, y obró en esto con la mayor prudencia, mereciendo aprecio por el modo con que efectuó su retirada.

Mas esta misma era un objeto de triunfo para los enemigos de la república que esparcian sobre ella las voces mas alarmantes, realizándose sus siniestras predicciones en el mismo momento en que se instaló el Directorio. El vicio del plan adoptado por la comision de salvacion pública, consistia en dividir nuestras fuerzas, dejar asi al enemigo que ocupaba á Maguncia la ventaja de una posicion central, é inspirarle con esto la idea de reunir sus tropas, dirigiendo toda su masa contra uno de nuestros dos ejércitos. A esta situacion, debió el general Clerfayt una inspiracion feliz, que revelaba mas genio que el que hasta ahora habia demostrado, y que el que demostró en la ejecucion. Bloqueaba á Maguncia un ejército de treinta mil franceses, y como Clerfayt era dueño de esta plaza, podia desembocar por ella, y aniquilar aquel cuerpo de bloqueo antes que tuviesen tiempo de acudir Jourdan y Pichegrú. Valióse en efecto de los instantes con mucha oportunidad, pues apenas se habia retirado Jourdan al bajo Rin por Dusseldorf y Neuwied, cuando Clerfayt, dejando un destacamento en observacion, se retiró á Maguncia

y concentró en ella sus fuerzas para caer de pronto sobreel cuerpo del bloqueo. Se estendia este en semicírculo, á las órdenes del general Schaal al rededor de Maguncia, formando una línea de cerca de cuatro leguas; y aunque cuidó de fortificarla bien, su estension no permitia cerrarla enteramente. Clerfayt que le habia observado bien, descubrió algunos puntos de facil acceso La estremidad de esta línea semicircular que debia apoyarse en la corriente superior del Rin, dejaba entre las últimas trincheras y el rio una dilatada pradera, hácia cuyo punto resolvió dirigir Clerfayt su principal esfuerzo. Desembocó con imponentes fuerzas por Maguncia en 7 de brumario (29 de octubre), pero no eran aquellas sin embargo bastante considerables para que hiciesen decisiva la operacion. En efecto, los militares le han vituperado dejase en la orilla derecha un cuerpo, que ocupado en obrar en la izquierda, hubiera deshecho inevitablemente parte del ejército francés. Clerfayt dirigió en la longitud de la pradera que comprendia el intérvalo entre el Rin y la línea de bloqueo, una columna que se adelantó con el arma al brazo, y al mismo tiempo hizo subir por el rio para proteger el movimiento de esta columna, una escuadrilla de lanchas cañoneras, mandando marchar el resto de su ejército hácia el frente de las líneas para dar un ataque rápido y vigoroso. Viéndose la division francesa colocada en el estremo del semicírculo, acometida á un mismo tiempo de frente, envuelta por un cuerpo que desfilaba á lo largo del rio, y ofendida por la escuadrilla cuyas balas azotaban su espalda, cobró miedo y huyó desordenada. La division de Saint-Cyr, co-

locada detras de esta, se halló descubierta entonces, y espuesta á quedar cortada; pero felizmente la serenidad y perspicacia de su general, la salvaron haciendo un movimiento de frente á retaguardia, y ejecutando su retirada con buen órden, al paso que advertia á las demas divisiones hiciesen otro tanto. Desde este momento quedó abandonado todo el semicírculo. La division de Saint-Cyr efectuó su retirada hácia el ejército del alto Rin; y las divisiones de Mengaud y Renaud que ocupaban el otro estremo de la línea, hallándose separadas, se replegaron hácia el ejército de Sambre y Mosa, que por fortuna se adelantaba por el Himds-Ruek en una columna mandada por Marceau. Ardua fué en estremo la retirada de estas últimas divisiones, que hubiera sido imposible si Clerfayt, comprendiendo bien toda la importancia de su hermosa maniobra, hubiera operado con masas mas fuertes, y con suficiente celeridad. En sentir de los militares, podia despues de deshacer la ínea francesa, envolver rápidamente las divisiones que descendian hácia el bajo Rin, cercarlas, y encerrarlas en el recodo que forma el Rin desde Maguncia á Bingen.

Mas no por eso fué de menos mérito la maniobra de Clerfayt, que se miró como la primera de este género practicada por los aliados. Mientras tomaba asi las líneas de Maguncia, Wurmser, dirigiendo un ataque simultáneo contra Pichegrú, le habia quitado el puente del Necker y rechazado despues hasta las murallas de Manheim. De este modo los dos ejércitos franceses, arrojados hasta mas allá del Rin, que conservaban en verdad á Manheim, Neuwied y Dusseldorf, pero separados

mútuamente por Clerfayt, que habia hecho retirarse á todas las fuerzas que bloqueaban á Maguncia, podian hallarse en grande riesgo ante un general emprendedor y osado El último suceso les desanimó mucho; algunos fugitivos corrieron hasta el interior, y al desaliento de la derrota se añadia la privacion de todo. Por fortuna Clerfayt no era muy veloz en sus operaciones, y empleaba mucho mas tiempo del que se necesitaba para concentrar todas sus fuerzas.

Llegaron estas tristes noticias á Paris del 11 al 12 de brumario en el momento mismo de la instalacion del Directorio, y contribuyeron mucho á aumentar las dificultades de la nueva organizacion republicana. En el Oeste ocurrian otros acontecimientos menos peligrosos en la realidad, pero no menos graves en la apariencia. Amenazaba á la república otro desembarco de emigrados. Despues de la funesta tentativa de Quiberon, que como hemos visto, solo se hizo con parte de las fuerzas preparadas por el gobierno inglés, las ruinas de la espedicion se habian trasportado en la escuadra inglesa que los trasladó á la pequeña isla de Ouat, donde desembarcaron las infelices familias del Morvihan, que habian salido á recibir la espedicion, y el resto de los regimientos emigrados. En el pequeño islote reinaban la epidemia y espantosas discordias. Llamado Puisaye al cabo de algun tiempo por todos los chuanes que habian roto la pacificacion, y que atribuian á los ingleses y no á su antiguo gefe, el mal éxito de Quiberon, volvió á Bretaña, donde lo habia preparado todo para romper de nuevo las hostilidades. Los gefes de la Vendée habian permanecido quietos durante

la espedicion de Quiberon, porque les estaba prohibido por los agentes de Paris ayudar á Puisaye, y últimamente, porque aguardaban una victoria antes de comprometerse otra vez. Solo Charette habia entrado en contestaciones con las autoridades republicanas, con motivo de varios desórdenes cometidos en su demarcacion, y de algunos preparativos militares que decia estaban haciendo; de modo que casi habia roto enteramente. Acababa de recibir por medio de Paris nuevos honores de Verona, y de obtener el mando general de los paises católicos, que era el fin á que aspiraba su deseo. Esta nueva dignidad, al paso que entibiaba el ardor de sus rivales, escitaba singularmente el suyo. Esperaba que se dirigiese hácia sus costas una nueva espedicion; y habiéndole ofrecido el comodoro Waren las municiones que quedaban de la espedicion de Quiberon, no vaciló ya mas, y dio un ataque general en la orilla, rechazó las avanzadas republicanas, y recogió alguna pólvora y varios fusiles: los ingleses desembarcaron al mismo tiempo en la costa del Morvihan á las desgraciadas familias que habian llevado consigo, y que morian de hambre y miseria en la isla de Ouat. Asi se rompió la pacificacion y volvió á comenzar la guerra.

Hacia ya largo tiempo que los tres generales republicanos Aubert-Dubayet, Hoche y Canclaux, mandaban los tres ejércitos llamados de Cherburgo, de Brest y del Oeste, miraban como rota la pacificacion no solo en la Bretaña, sino tambien en la baja Vendée, acerca de lo cual todos tres se reunieron en Nantes, y aunque nada resolvieron, se pusieron no obstante en disposicion de acudir

cada uno por sí al primer punto que se viese amenazado. Se hablaba de nuevo desembarco, y se decia, y era la verdad, que la division de Quiberon habia sido la primera, y que llegaba aun otra. Sabedor de los nuevos peligros que amenazaban á las costas, nombró el gobierno á Hoche comandante del ejército del Oeste; y en efecto, en tan urgente riesgo se debia toda la confianza nacional al vencedor de Wisemburgo y Quiberon, y pasó inmediatamente á Nantes para reemplazar a Canclaux. Los tres ejércitos destinados á contener el levantamiento de las provincias se reforzaron sucesivamente con algunos destacamentos que habian llegado del Norte, y con varias divisiones que dejó disponibles la paz con España. Hoche obtuvo autorizacion para sacar nuevos destacamentos de los dos ejércitos de Brest y de Cherburgo, con el objeto de aumentar el de la Vendée, que hizo ascender de este modo á cuarenta y cuatro mil hombres. Estableció puntos fuertemente atrincherados en el Sevre nantés, que pasa por entre ambas Vendées y separaba el pais de Stofflet del de Charette. Llevaba así por objeto aislar á ambos gefes é impedirles que obrasen de consuno. Charette se habia quitado enteramente la máscara y proclamado otra vez la guerra. Stofflet, Sapinaud y Scepeaux, celosos de ver á Charette con el cargo de generalísimo, intimidados tambien por los preparativos de Hoche, é inciertos de la llegada de los ingleses, no se movian aun. Al fin se presentó la escuadra inglesa, primero en la bahia de Quiberon y despues en la de Ile-Dieu, enfrente de la Vendée baja. Conducia dos mil hombres de infantería inglesa, quinientos caballos enteramente

equipados, cuadros de regimientos emigrados, gran número de oficiales, armas, municiones, víveres, y vestuarios para un ejército considerable, fondos en efectivo, y finalmente al príncipe tan deseado. Si la espedicion tenia principios de buen éxito debian seguir fuerzas mas considerables, contando tambien con que el príncipe demostrase sincero deseo de ponerse á la cabeza del partido realista. Apenas avistó la espedicion las costas, cuando todos los gefes realistas enviaron emisarios al príncipe para manifestarle su adhesion, reclamar el honor de poseerle y concertar sus esfuerzos. Charette dueño de la costa, era el mejor situado para concurrir al desembarco y su reputacion y el voto de todos los emigrados llevaban hácia él la espedicion. Envió tambien agentes para convenir en un plan de operaciones.

Entretanto, no se descuidaba Hoche en hacer sus preparativos con la actividad y resolucion que acostumbraba. Formó el proyecto de dirigir tres columnas desde Challans, Clisson y Saint-Hermine, puntos colocados en la circunferencia del pais, y dirigirlos á Belleville, que era el cuartel general de Charette. Estas tres columnas, que constaban de veinte á veinte y dos mil hombres, debian sujetar al pais por su número, arruinar el principal establecimiento de Charette, y por medio de un ataque bruscoó impetuoso desordenarle de tal modo, que no pudiese proteger el desembarco del príncipe emigrado. En efecto, mandó salir Hoche estas tres columnas, y las reunió en Belleville sin hallar ningun obstáculo, pues no estaba en este punto Charette, cuya principal fuerza esperaba encontrar y batir, porque habiendo reunido nueve

ó diez mil hombres, se dirigió por la parte de Luzon, para llevar el teatro de la guerra al mediodia del pais, y alejar de las costas la atencion de los republicanos. Su plan estaba bien concebido, pero se malogró por la energia que se le opuso. Mientras Hoche entraba en Belleville con sus tres columnas, Charette se hallaba delante de Saint-Cyr, que cubre el camino de Luzon á Sables. Atacó este punto con todas sus fuerzas, y doscientos republicanos que se hicieron fuertes en una iglesia, opusieron tan heróica resistencia, que dieron tiempo á la division de Luzon, que oyo el fuego, para acudir en su socorro. Charette fué acometido de costado y derrotado enteramente, viéndose obligado á dispersarse con su gente para volver al interior del Marais.

No hallando Hoche al enemigo, y descubriendo la verdadera intencion de su movimiento, pasó con sus columnas á los puntos de donde habian salido, y se ocupó en formar un campamento atrincherado en Soullans, hácia la costa, para caer sobre el primer cuerpo que tratase de desembarcar. Entretanto el príncipe emigrado, rodeado de un numeroso consejo y de los enviados de todos los gefes bretones y vendeanos, continuaba deliberando sobre los planes de desembarco, y dejaba á Hoche tiempo suficiente para preparar sus medios de resistencia. Las velas inglesas que permanecian á la vista de las costas, no cesaban de escitar los temores de los republicanos y las esperanzas de los realistas.

Asi desde los primeros dias de la instalacion del Directorio, la derrota de Maguncia y el desembarco de la Vendée, eran motivos de alarma de que se servian con la mayor perfidia los enemigos

del gobierno para hacer mas difícil su establecimiento. Mandó esplicar ó desmentir parte de los rumores que esparcian acerca de la situacion de ambas fronteras, y dió aclaraciones de los acontecimientos que acababan de verificarse. No podia ya encubrirse la derrota sufrida ante las líneas de Maguncia; pero el gobierno dió por respuesta á los discursos de los que alarmaban los ánimos que aún nos quedaban Dusseldorf y Neuwied; que seguia siempre en nuestro poder Manheim; que el ejército del Sambre y Mosa tenia por consiguiente dos cabezas de puente, y una el ejército del Rin para desembocar cuando les conviniese al otro lado del rio; que nuestra situacion era por tanto la misma que la de los austriacos, porque si estos eran dueños de operar por Maguncia en ambas orillas, tambien lo éramos nosotros por Dusseldorf, Neuwied y Manheim. El raciocinio era esacto; pero se trataba de saber si continuando sus triunfos los austriacos, nos privarian en breve de Neuwied y Manheim; y se establecerian en la orilla izquierda entre los Vosgos y el Mosela. En cuanto á la Vendée, comunicó el gobierno las vigorosas disposiciones de Hoche, que no podian menos de tranquilizar á los hombres de buena fé, pero que no dejaban de inquietar á los patriotas exaltados, ni impedian que los contra-revolucionarios esparciesen recelos.

En medio de tales peligros redoblaba el Directorio sus esfuerzos para reorganizar el gobierno, la administracion, y especialmente la hacienda. Se le concedieron, como hemos visto, tres mil millones de asignados, que habian producido cuando mas veinte y tantos millones en escudos. Acababa

de suspenderse el empréstito voluntario abierto al tres por ciento en los últimos dias de la Convencion, porque el estado prometia una renta efectiva por un capital en papel, y hacia una negociacion ruinosa. El impuesto estraordinario de guerra, propuesto por la comision de los cinco, no se habia puesto aun en ejecucion, y producia quejas como si fuese el último acto revolucionario de la Convencion respecto á los contribuyentes. Iban, pues, á faltar todos los recursos. Los particulares, reintegrados segun la escala de proporcion, elevaban reclamaciones tan amargas que se habian visto obligados á suspender los reembolsos. Los maestros de posta, pagados en asignados, anunciaban que iban à retirarse porque los ausilios del gobierno no bastaban à cubrir sus pérdidas Iba, pues, á faltar en breve el servicio de postas, es decir, iban á cesar todas las comunicaciones, hasta las escritas, en todas las partes del territorio. El plan de hacienda anunciado para dentro de pocos dias iba á presentarse inmediatamente, pues era la primera necesidad del estado y el primer deber del Directorio, comunicándose en fin á la comision de hacienda.

El número de asignados en circulacion podia valuarse en unos veinte mil millones y aun suponiéndoles todavía el uno por ciento de valor, cosa que no sucedia, todo lo mas á que podria ascender seria á doscientos millones efectivos. Es verdad que hubiera podido tomarse por de pronto la providencia de no admitirlos mas que al curso corriente, bien fuese en las transacciones entre particulares, bien en el pago de contribuciones ó en el de bienes nacionales, con lo cual hubiera desa-

parecido aquella grande y terrible mole de papel; ademas quedaban todavia por vender unos siete mil millones de escudos de bienes nacionales, comprendiendo los de la Bélgica y los bosques nacionales, de suerte que habia inmensos recursos para retirar los veinte mil millones reducidos á doscientos, y hacer frente á nuevos gastos; pero era dificil tomar resolucion tan grande y atrevida porque se oponian á ella los escrupulosos que la consideraban como una bancarrota, y los patriotas que decian se trataba de arruinar los asignados.

Ni unos ni otros tenian razon; porque la tal bancarrota en caso de que lo fuese, era inevitable, y se verificó mas tarde: solo se trataba de abreviar el mal, es decir, la confusion, y de restablecer el órden en los valores, única justicia que debe el estado á todo el mundo. A primera vista era sin duda una bancarrota tomar hoy por un franco un asignado que en 1790 se habia emitido por cien, y que contenia entonces la promesa de cien francos en tierra. Segun este principio hubiera convenido tomar los veinte mil millones en papel, por veinte mil millones de escudos pagándolos integramente, pero los bienes nacionales apenas hubieran bastado á la tercera parte de esta suma. Aun en el caso de que hubiera podido pagarse integramente, era necesario saber cuanto habia recibido el estado emitiendo aquellos veinte mil millones, pues puede que no ascendiese á cinco mil millones. No se les habia tomado por mas al recibirlos de sus manos, y se habia ya reintegrado por las ventas en un valor igual á los bienes nacionales, de modo que se hubiera cometido la mayor injusticia respecto al estado, es decir, á todos los contribuyen-

tes, segun su valor primitivo. Era, pues, preciso consentir en tomarlos por un valor reducido, y ya se habia empezado á hacerlo adoptando la escala de proporcion.

No hay duda en que muchas personas conservaban todavia los primeros asignados emitidos, sin haberlos cambiado una sola vez, los cuales indudablemente sufririan una pérdida enorme, habiéndolos recibido casi á la par, y hallándolos hoy reducidos á cero. Esta sin embargo era una ficcion absolutamente falsa. Nadie habia guardado los asignados en depósito, porque no se atesora el papel. Todo el mundo se habia apresurado á trasmitirlos, y cada uno habia esperimentado una parte de la pérdida, sufriendo parte de la pretendida bancarrota, que desde entonces no era ya nula. La bancarrota de un estado consiste en que se hace sobrellevar á algunos individuos, es decir á los acreedores, la deuda que no se quiere cargar á todos los contribuyentes; y asi si todo el mundo habia sufrido mas ó menos en el descrédito de los asignados, no habia bancarrota para nadie. Otra razon de mas peso aun que todas podia alegarse. Aunque el asignado no hubiese bajado mas que en algunas manos, y perdido de su precio solo para algunos individuos, habia sin embargo pasado á las de especuladores en papel, cuya clase, mas bien que la de los verdaderos perjudicados, hubiera sacado utilidad del aumento de valor. Por esto Calonne escribió en Londres un folleto, diciendo con mucha razon que se engañaban creyendo apurada á la Francia por la multitud de asignados; que este papel moneda era un medio de hacer la quiebra sin declararla. Para

espresarse con mas justicia hubiera debido decir que era un medio de que todos la sufriesen, es decir, de hacerla nula.

Era pues razonable y justo acudir á la realidad, y no tomar el asignado mas que por lo que valia. Los patriotas decian que esto era inutilizar el asignado que habia salvado la revolucion, y miraban esta idea como si fuese concebida por los realistas. Los que pretendian raciociuar con mas acierto y conocimiento de la cuestion, sostenian que iba á hacerse caer repentinamente el papel, y que no podria verificarse ya la circulacion por la falta del papel que habria caducado, y por la falta de los metales que se habian ocultado ó remitido al estrangero. El porvenir desmintió á los que asi opinaban, á pesar de que con un sencillo cálculo hubieran podido adquirir una opinion mas esacta. Los veinte mil millones de asignados representaban en realidad menos de doscientos millones, de modo, que segun todos los cálculos, no podia hacerse la circulacion en otros tiempos sin menos de dos mil millones de oro ó plata. Si pues en la actualidad, los asignados solo entraban en la circulacion por doscientos millones, ¿con qué se hacian los demas convenios? Es evidente que los metales debian circular en gran cantidad, y asi sucedia, pero en las provincias y en los campos, y lejos de la vista del gobierno. Por otra parte los metales, como todos los demas géneros, acuden donde la necesidad los llama, y desbancando el papel hubieran vuelto, como en efecto volvieron cuando ya se perdió este.

Era, pues, un doble error muy arraigado en los ánimos el que hacia mirar la reduccion del asignado á su valor efectivo como una bancarrota y

como una repentina destruccion de los medios en circulacion. Solo tenia un inconveniente, que no era el que oponian, como vamos á verlo pronto. La comision de hacienda, dejándose llevar de las ideas que reinaban, solo pudo adoptar en parte los verdaderos principios de la materia y despues de haberse convenido con el Directorio, decretó el siguiente proyecto. Entre tanto que con el nuevo plan, la venta de los bienes y la percepcion de las contribuciones, volviesen á entrar valores no nominales, sino efectivos, era preciso servirse aun de los asignados, y asi se propuso subiese la emision á trescientos mil millones, pero obligándose á no hacerla subir mas. El 30 de nivoso debia romperse solemnemente el molde con lo cual se tranquilizaba al público, respecto á la cantidad de las nuevas emisiones. A los treinta mil millones emitidos se dedicaban mil de bienes nacionales, y por consiguiente el asignado que en la circulacion solo valia realmente la centésima quincuajésima parte y mucho menos, quedaba liquidado por la trijésima, lo que era una gran ventaja para los tenedores del papel. Todavia se destinaban mil millones de escudos en tierras para premiar á los soldados de la república, cantidad que les estaba prometida hacia mucho tiempo. Quedaban, pues, cinco de los siete mil de que podian disponer, en los que se hallaban los bosques nacionales, las alhajas de los emigrados y la corona, las posesiones reales y los bienes del clero belga; de suerte que habia aun cinco mil millones de escudos disponibles. Pero la dificultad consistia en disponer de este valor, pues en efecto el asignado habia sido el medio para ponerle de antemano en circulacion, antes

de que se hubiesen vendido los bienes. Pero hallándose suprimido el asignado, puesto que no se podian añadir mas que diez mil millones á los veinte mil existentes, suma que cuando mas representaba cien millones de escudos, ¿cómo realizar de antemano el valor de los bienes y servirse de ellos para los gastos de la guerra? Esta era la única objecion que podia hacerse á la liquidacion y supresion del papel. Se inventaron las cédulas hipotecarias de que se habia hablado el año último; y segun este antiguo plan, debia tomarse un empréstito y dar á los prestamistas cédulas con hipoteca especial sobre los bienes designados; y á fin de hallar quien prestase, se debia acudir á las compañías de hacienda que se encargarian de estas cédulas. En una palabra, en vez de un papel cuya circulacion era forzosa, y que solo tenia una hipoteca general sobre el total de los bienes nacionales, y que diariamente cambiaba de valor, se creaba por las cédulas un papel voluntario, que se hipotecaba en una tierra ó casa, y que no podia sufrir mas alteracion en su valor que la que sufriera el mismo objeto que representaba; asi es que no era propiamente un papel moneda. No estaba espuesto á bajar porque no estaba forzosamente introducido en la circulacion; pero tambien podia no hallarse donde colocarle. En una palabra, consistiendo siempre la dificultad lo mismo en la actualidad que al principio de la revolucion, en poner en circulacion el valor de los bienes, la cuestion se reducia á saber si era mejor forzar la circulacion de este valor que dejarla voluntaria. El primer medio estaba ya desacreditado y era natural pensar en tantear el otro.

Por tanto se convino en que despues de haber espendido papel hasta treinta mil millones, designado mil millones de escudos de bienes para retirarlo, y reservado otros mil millones para los soldados de la patria, se harian cédulas por una suma proporcional á las necesidades públicas, negociándolas con las compañias de hacienda. En estas no debian incluirse los bosques nacionales que querian conservarlos para el Estado, y que ascendian á unos dos mil millones sobre los cinco mil que quedaban disponibles, y habia de tratarse con las compañías para enagenar únicamente su producto en cierto número de años.

La consecuencia de este proyecto, fundado en la reduccion de los asignados á su valor efectivo, era admitirlos al curso corriente de todas las transacciones. Mientras que por la venta de dos mil millones que les estaban afectos, pudiesen amortizarse no debian recibirse por los particulares y el Estado, sino por el valor del dia. De este modo iba á cesar el desórden de los tratados, y hacerse imposible todo pago fraudulento. El Estado iba á recibir por el impuesto valores efectivos que cubririan al menos los gastos ordinarios, y ya no habria que pagar con los bienes sino los estraordinarios de guerra. El asignado no debia recibirse á la par sino en el pago del atraso de las imposiciones, atraso que era considerable y ascendia á trece mil millones. De este modo se daba á los contribuyentes atrasados un medio fácil de pagar, con condicion de que lo hicieran inmediatamente; y la cantidad de treinta millones reembolsables en bienes nacionales por una trigésima parte, habia disminuido otro tanto. Luego que se adoptó este plan por

el consejo de los Quinientos despues de una larga discusion secreta, se presentó inmediatamente á los Ancianos, y mientras estos se preparaban á discutirlo, se sometieron nuevas cuestiones al anterior sobre el modo de incorporar á sus banderas los soldados que habian desertado en el interior, sobre el modo de nombrar jueces, empleados municipales y funcionarios de toda clase, que las juntas electorales, por efecto de las pasiones de vendimiario, no habian querido ó podido nombrar. El Directorio trabajaba asi sin cesar, y proporcionaba nuevos asuntos de que tratar á los dos consejos.

Aquel plan de hacienda que se habia sometido á los Ancianos no carecia de buenos principios, y sobre todo presentaba algunos de los inmensos recursos que todavía tenia la Francia.

Mas por desgracia no alcanzaba á vencer la principal dificultad, porque no subvenia inmediatamente á la escasez del momento. Es evidente que con unas contribuciones anuales como las que tenia la Francia habia lo suficiente para los gastos corrientes, con tal que el papel no hiciese ilusorio el pago de ellas, ademas de que con los veinte millones de francos destinados á reembolsar en bienes nacionales, no quedaba la menor duda de que la nacion podia salir del apuro; pero no era tan esencial formar un buen plan y fundarlo en buenos principios, como facilitar medios para hacer frente á las actuales escaseces.

En consecuencia, los Ancianos no fueron de opinion de que se debiera renunciar tan pronto á los asignados. La facultad de crear aun diez mil millones de ellos, presentaba cuando mas un recurso de cien millones de escudos que era muy poco

para esperar lo que debia proporcionar el nuevo plan. Ademas, ¿habria compañías para tratar de beneficiar los bosques en veinte ó treinta años? ¿Se hallarian para aceptar cédulas, es decir, asignados libres? En la incertidumbre en que se estaba de poder servirse de los bienes nacionales, ¿debia renunciarse al antiguo modo de gastarlos, es decir, á los asignados forzosos? El consejo de los Ancianos, que examinaba con mucha severidad las resoluciones de los Quinientos, y que habia ya desechado mas de una vez, puso su *veto* en el proyecto de hacienda, y reusó admitirlo.

Esta negativa produjo la mayor ansiedad en los ánimos, y volvió á renacer la incertidumbre, con no poco contento de los contra-revolucionarios que se empeñaban en sostener que las dificultades de la situacion eran irremediables, y que la república iba á perecer por la hacienda como lo temian tambien los hombres mas ilustrados, que no suelen ser siempre los mas resueltos. Los patriotas por otra parte, irritados sobremanera al ver que se habia intentado abolir los asignados, esclamaban que queria destruirse esta última obra revolucionaria que habia salvado la Francia, y pedian que sin titubear mas tiempo se restableciese el crédito de los asignados por los medios de 93, el *máximum* las requisas y la muerte: violencia y acaloramiento que recordaban los años mas turbulentos. Para colmo de infortunio se habian agravado los acontecimientos del Rin: Clerfayt, aunque no se aprovechaba como gran capitan de la victoria, habia logrado sin embargo nuevos triunfos, pues habiendo llegado al cuerpo de la Tour, se dirigió contra Pichegrú, le atacó sobre el Pfrim y el canal de

Frankendal, rechazándole sucesivamente hasta Landau. Jourdan se adelantó al Nahe, atravesando un pais escabroso, y empleaba el mayor celo en sostener la guerra en estas espantosas montañas, para libertar al ejército del Rin; pero sus esfuerzos no podian hacer mas que disminuir el ardor del enemigo sin reparar nuestras pérdidas.

Así es que aunque nos quedaba aun la línea del Rin en los Paises-Bajos, la habíamos perdido en la altura de los Vosgos, y el enemigo nos habia privado, al rededor de Maguncia, de un ancho semicírculo.

En tal conflicto envió el Directorio un despacho muy urgente al consejo de los Quinientos, proponiendo una de aquellas resoluciones estraordinarias que se habian tomado en las ocasiones decisivas de la revolucion: un empréstito forzoso de seiscientos millones en valor real, en metálico ó en asignados al curso, repartido entre las clases mas ricas. Esto era dar campo á una nueva série de arbitrariedades, como el empréstito forzoso de Cambon sobre los ricos; pero como este nuevo empréstito se exigia inmediatamente, podian recogerse con él todos los asignados en circulacion, suministrar ademas un esceso de trescientos ó cuatrocientos millones en efectivo, y finalmente era necesario recurrir á prontos y enérgicos recursos y se adoptó inmediatamente.

Quedó decidido que se recibiesen los asignados al uno por ciento, de modo que doscientos millones del empréstito bastaban para absorver veinte mil millones de papel. Todo cuanto se recogiera debia quemarse, y asi se esperaba que amortizado casi todo el papel, subiria de precio, y que en todo

rigor se podria emitir mas y servirse de este recurso. De los seiscientos millones debian percibirse cuatrocientos en metálico, que bastarian para satisfacer las necesidades de los dos primeros meses, porpue se calculaba en mil quinientos millones los gastos de aquel año IV de la república (1795, 1796).

Algunos enemigos del Directorio que sin apurarse mucho por el estado de la nacion, querian solo oponerse á toda costa al nuevo gobierno, hicieron las mas terribles objecciones. Este empréstito decian que iba á consumir todo el metálico de Francia, y ni habria bastante para pagarlo: como si el Estado al tomar cuatrocientos millones en moneda no hubiese llevado por objeto volverlos inmediatamente á la circulacion comprando trigos, paños, cueros, fierros, etc. El estado solo iba a quemar el papel, y la cuestion se reducia á saber si la Francia podia dar inmediatamente cuatrocientos millones en géneros y mercancías, y quemar doscientos millones en papel, que se llamaban ostentosamente veinte mil millones. Podia ciertamente hacerlo: el único inconveniente estaba en el modo de percibirlos, que seria gravoso, y por consiguiente menos productivo; pero no sabia cómo hacerlo. Fijar los asignados á treinta mil millones, es decir, no tener mas recursos que cien millones efectivos, destruir despues el molde y fijar la suerte del Estado á la enagenacion de la renta de los bosques y despacho de las cédulas, esto es, á la emision de un papel voluntario, les parecia mucho atrevimiento, y en la incertidumbre de lo que podria hacer la voluntad libre, prefirieron los consejos obligar á los franceses á que con-

tribuyesen estraordinariamente. Hicieron la reflexion de que por medio del empréstito forzoso, debia entrar precisamente en el tesoro al menos parte del papel, y con él una cierta suma de metálico, ademas de que siempre se conservaba el molde que habia adquirido mas valor con la desaparicion de la mayor parte de los asignados. Mas no por eso se renunció á los demas recursos; se decidió espedir cédulas de parte de los bienes, operacion prolija, porque era preciso hacer mérito de las circunstancias de cada finca en las cédulas, y que despues se entablarian negociaciones con las compañias de hacienda. Se decretó la venta de las casas sitas en las ciudades, la de las tierras que no pasasen de trescientas fanegas, y finalmente la de los bienes del clero belga. Tambien se resolvió la enagenacion de todas las casas que habian pertenecido á la corona, escepto Fontainebleau, Versalles y Compiegne. Los muebles de los emigrados debian venderse tambien inmediatamente, y todas las referidas ventas debian hacerse á pública subasta.

No se atrevieron todavía á decretar la reduccion de los asignados al curso del dia, lo cual hubiera puesto término al mayor mal, á la ruina de cuantos lo recibian, asi los particulares como el estado. Se temia destruirlos repentinamente con tan sencilla medida. Solo se decidió recibirlos en el empréstito forzoso al uno por ciento de su valor nominal, y que en los atrasos de contribuciones se tomasen por todo su valor, á fin de estimular el pago de este atraso que importaba trece mil millones; que se suspendiesen los reintegros de los capitales, pero que las rentas y los intereses de toda

especie se pagarian á diez capitales por uno, lo cual era tambien muy gravoso para los que recibian su renta á este precio. El pago de la contribucion territorial y los arriendos quedaban en el mismo pie, es decir, la mitad en metálico y el resto en asignados. Lo mismo debia pagarse á las aduanas, porque habia mucho dinero en las fronteras. Hízose tambien una escepcion respecto á la Bélgica, donde no habian penetrado los asignados y por eso se decidió que se percibiese efectivo el empréstito forzoso y los impuestos. Se recurrió, pues, tímidamente al metálico, y no se atrevian á cortar resueltamente la dificultad, como sucede siempre en estos casos. Asi, el empréstito forzoso, los bienes en venta y los atrasos, produciendo considerables entradas en papel, permitian emitir otro nuevo, pudiendo contarse ademas con percibir algo en metálico.

Despues de estas leyes de hacienda, las dos determinaciones mas importantes que habia que tomar eran las relativas á la desercion y al modo de nombrar los funcionarios no elegidos. La una debia servir para reorganizar los ejércitos, la otra para terminar la formacion de los Ayuntamientos y tribunales.

La desercion á pais estrangero, crímen muy raro, se castigó con la muerte; y se ventiló acaloradamente la pena que debiera imponerse al cohecho, quedando al fin, á pesar de la oposicion, castigado como la desercion á pais enemigo. Las licencias dadas á los jóvenes de las requisas debian espirar en el término de diez dias; y siendo débiles é inútiles las persecuciones contra los que habian abandonado sus banderas, confiadas á los

Ayuntamientos, se encargó de ellas á la gendarmería. La desercion al interior quedaba la primera vez castigada con cárcel, y la segunda con presidio. La gran requisa de agosto de 1793, que era la única medida de reemplazo que se habia tomado, comprendia á muchos para completar los ejércitos; tres años hacia que habia bastado para mantenerlos bajo un pié respetable, y podia ser aun suficiente por medio de una nueva ley que asegurase su ejecucion. La oposicion que naturalmente propendia á disminuir la accion del gobierno, combatió las nuevas disposiciones, pero quedaron adoptadas por la mayoría de ambos consejos.

Muchas de las juntas electorales, conmovidas por los decretos de 5 y 7 de fructidor, habian consumido el tiempo sin concluir el nombramiento de los individuos que debian componer las administraciones locales y los tribunales. Las que estaban situadas en las provincias occidentales, no habian podido verificarlo por la guerra civil, y otras por negligencia. La mayoría convencional queria que el Directorio hiciese los nombramientos para asegurar la homogenidad del gobierno y una conformidad enteramente revolucionaria. Es natural que el gobierno herede todos los derechos á que renuncian los ciudadanos, es decir, que la accion del gobierno supla á la de los individuos; de modo que donde las juntas habian propasado los términos constitucionales, ó donde no habian querido usar de sus derechos, era natural que el Directorio ejerciese el cargo de nombrar. Convocar nuevas juntas era faltar á la constitucion que lo prohibia, era recompensar á la revolucion contra las leyes, era en fin abrir campo á nuevos desórdenes; habia por

otra parte en la constitucion analogías que debian conducir á resolver la cuestion en favor del Directorio, porque estaba encargado de hacer los nombramientos en las colonias, y reemplazar á los empleados muertos, ó que hacian dimision en el intermedio de una eleccion á otra. La oposicion no dejó de pronunciarse contra esta opinion; pues Dumolard en el consejo de los Quinientos, Portalis, Dupont de Nemours, y Tronzon-Ducoudray en el de los Ancianos, sostuvieron que era dar una prerogativa real al Directorio. Esta minoría que se inclinaba en secreto mas bien á la monarquía que á la república, cambió entonces de papel con la mayoría republicana, sosteniendo con estremada exageracion las ideas democráticas; por lo demas la discusion agitada y solemne, se terminó sin confusion alguna. El Directorio obtuvo los nombramientos con la única condicion de sacar á los que eligiese de entre los hombres que habian sido ya distinguidos con los votos del pueblo. Si los principios conducian á esta solucion, la política la aconsejaba mas todavía. Por de pronto se evitaban nuevas elecciones, dando mucha mas homogeneidad á toda la administracion, á los tribunales y al gobierno.

Tenia, pues, el Directorio medios para adquirir fondos, reclutar el ejército, y concluir la organizacion de la administracion y de la justicia. Tenia la mayoría en ambos consejos, y aunque es cierto que reinaba una oposicion templada en los Quinientos y en los Ancianos, y que algunos individuos del nuevo tercio le disputaban sus atribuciones, esta oposicion era decorosa y prudente. Parecia como que respetaba su estraordinaria si-

tacion y sus penosas tareas, y sin duda respetaba tambien en aquel gobierno elegido por los convencionales, y apoyado por ellos, la revolucion omnipotente aun y profundamente irritada. Los cinco directores se habian repartido los cargos generales. Barrás se encargó de todo el personal, Carnót de los movimientos de los ejércitos; Rowbel de las relaciones estrangeras y Letourneur y Larevelliere-Lepeaux de la administracion interior, no dejando de deliberar en comun sobre todas las resoluciones importantes. Tuvieron por mucho tiempo unos muebles miserables; pero al fin sacaron del guarda-muebles los objetos necesarios para adornar el Luxemburgo, empezando á representar dignamente la república francesa. Sus antesalas estaban llenas de pretendientes, entre quienes no era siempre fácil elegir, pero el Directorio, fiel á su orígen y naturaleza, elegia siempre á los hombres mas pronunciados. Escarmentado por la revolucion del 13 de vendimiario, se proveyó de considerable é imponente fuerza para guardar á Paris y la residencia del gobierno de cualquier ataque imprevisto, encargando el mando del ejército, al general Bonaparte, llamado del interior. Este le organizó enteramente, situándole en el campo de Grenelle y reuniendo en un solo cuerpo, con el nombre de legion de policía, parte de los patriotas que ofrecieron sus servicios en el 13 de vendimiario, y que pertenecian la mayor parte á la antigua gendarmería, disuelta despues del 9 de termidor, la cual se componia de antiguos soldados de guardias franceses. Bonaparte organizó en seguida la guardia constitucional del Directorio y la de los consejos, fuerza imponente que con bue-

na direccion era capaz de tener á raya á todo el mundo y mantener en órden á los partidos.

Firme en la línea de conducta que se habia trazado el Directorio, se aseguró mas en ella con una multitud de providencias parciales; pues insistió en no notificar su instalacion á los diputados convencionales que se hallaban en comision en los departamentos; obligó á todos los directores de los teatros á que no dejasen cantar mas himno que el de la *Marsellesa*, proscribiendo el *Revéil du peuple*, resolucion que se juzgó por pueril, y á la verdad que mas noble hubiera sido prohibir toda especie de cantos, pero se queria reanimar el entusiasmo republicano desgraciadamente algo amortiguado. Mandó perseguir á algunos realistas que habian continuado escribiendo con el mismo furor que en vendimiario; pues aunque la libertad de imprenta era ilimitada, la ley de la Convencion contra los escritores que escitaban el restablecimiento del trono, daba márgen á represion en un caso estremo. Se persiguió á Richer-Serizy, procesandose á Le-Meitre y Brottier, cuya correspondencia con Verona, Lóndres y la Vendée, probaban su carácter de agentes realistas y su influjo en las turbulencias de vendimiario. Le-Meittre fué condenado á muerte como agente principal, y Brottier quedó libre, averiguándose que dos secretarios de la comision de salvacion pública les habian confiado papeles interesantes. Los tres diputados Saladin, Lhomond y Rovere, arrestados por causa del 13 de vendimiario, despues que se pronunció su reeleccion por la Asamblea electoral de Paris, fueron reintegrados por los dos consejos, por el motivo de que eran ya diputados cuando se habia proce-

dido contra ellos, y no se habian observado las fórmulas prescritas por la Constitucion respecto á los diputados. Tambien fueron encausados Cormatin y los chuanes, prendidos con él como infractores de la pacificacion. Cormatin fué desterrado, como que secretamente habia continuado trabajando en favor de la guerra civil; los demas fueron declarados libres con sumo disgusto de los patriotas que se quejaban amargamente de la indulgencia de los tribunales.

La conducta del Directorio, respecto al ministro de la córte de Florencia, probó con mas evidencia aun el vigor republicano de sus sentimientos. Se habian convenido al fin con el Austria en entregarle la hija de Luis XVI, único resto de la familia encerrada en el Temple, con condicion de que fuesen devueltos á las avanzadas francesas los diputados que habia vendido Dumouriez. La princesa salió del Temple el 28 de frimario (19 de diciembre). Fué á buscarla el mismo ministro del interior, y la condujo á su casa con la mayor consideracion, de donde salió acompañada de las personas que habia elegido. Se la proveyó de todo lo necesario para su viage, y se encaminó asi para la frontera. Los realistas no dejaron de hacer versos y alusiones acerca de la desgraciada prisionera vuelta por fin á la libertad. El conde de Carletti, el ministro de Florencia enviado á Paris, á causa de su conocida aficion á la Francia, y á la revolucion, pidió al Directorio la autorizacion de ver á la princesa en calidad de ministro de una córte aliada Este se habia hecho sospechoso ciertamente sin culpa, por la misma exageracion de sus ideas republicanas, y no se concebia que el

ministro de un príncipe absoluto, y especialmente de un príncipe austriaco, pudiese ser tan exaltado. El Directorio le dió por única respuesta la órden de salir inmediatamente de Paris, pero declaró al mismo tiempo que esta resolucion era personal al enviado y no á la córte de Florencia, con quien permanecia en relaciones de amistad la república francesa.

Habria mes y medio á lo mas que el Directorio estaba constituido y empezaba ya á cimentarse: los partidos se acostumbraban á la idea de un gobierno establecido, no pensaban tanto en derribarle, y se unian para contenerle en los límites trazados por la Constitucion. Los patriotas, que no renunciaban á su favorita idea del club, se habian reunido en el Panteon, y formaban un número de mas de cuatro mil, y una junta que se parecia mucho á la de los antiguos jacobinos. Fieles sin embargo, al espíritu de la Constitucion, evitaron lo que esta prohibia en las reuniones de ciudadanos, es decir, la organizacion en Asamblea política, de modo que no tenian mesa ni se habian dado diplomas, ni distinguídose los concurrentes en espectadores y sócios; no existia ni correspondencia ni agregacion á otras sociedades del mismo género; pero en todo lo demas tenia el club todo el carácter de la antigua archicofradía, y sus pasiones, mas arraigadas, eran por lo mismo mucho mas tenaces.

Se habian organizado los sócios con los restos de otras sociedades mas análogas á sus costumbres é inclinaciones. Ahora, como en el tiempo de la Convencion, contaban con algunos realistas secretos, pero en reducido número; la mayor parte

de ellos, ó por temor ó por importancia, eran enemigos de los terroristas y convencionales que fingian confundir, y que les irritaba verlos colocados á casi todos en el nuevo gobierno. Se habian formado sociedades en que se leian los periódicos, se hablaba de asuntos políticos con delicadeza y tono, y alternaban el baile y la música con la lectura y conversaciones. Empezaba el invierno, y estos caballeros se entregaban á las diversiones como á un acto de oposicion al sistema revolucionario; sistema que nadie queria renovar, por que ya no estaban presentes los Saint-Just, los Robespierre, y los Couthon para hacernos contraer por medio del terror costumbres imposibles.

Tenian ambos partidos sus periódicos. Los patriotas el *Tribuno del pueblo*, *el Amigo del pueblo*, *el Despertador del pueblo*, *el Orador plebeyo*, *y el Diario de los hombres libres*, que eran enteramente jacobinos. *La Cotidiana*, *el Relámpago*, *el Verídico*, *el Postillon*, *el Mensagero y el Papel del dia*, pasaban por periódicos realistas. Los patriotas se mostraban muy irritados tanto en los discursos de sus clubs, como en sus periódicos, no obstante de hallarse el gobierno bien comprometido en la revolucion, aunque á decir verdad el furor no era tanto contra él cuanto contra los acontecimientos. Las pérdidas del Rin, los nuevos movimientos de la Vendée y la terrible crisis de hacienda, eran para ellos motivos de volver á sus ideas favoritas; de modo que si éramos vencidos, si los asignados perdian, era por tener indulgencia y no saber recurrir á los grandes medios revolucionarios. El nuevo sistema de hacienda que manifestaba el deseo de abolir los asignados, y dejaba entrever su próxi-

ma supresion, era lo que sobre todo les habia exasperado.

No necesitaban sus contrarios mas motivo de queja que esta misma irritacion. Segun ellos estaba pronto á renacer el terror; sus secuaces eran incorregibles, y no se contentarian aunque el Directorio hiciese todo cuanto deseaban; se inquietaban de nuevo, habian vuelto á abrir la antigua caverna de los jacobinos, y preparaban aun todos los crímenes.

A esto se reducian los trabajos del gobierno, el giro de las ideas y la situacion de los partidos en frimario del año IV, (noviembre y diciembre de 1795).

Mas á pesar del rigor de la estacion principiaban á prometer mejores resultados las operaciones militares, que proporcionasen á la nueva administracion algunas compensaciones á sus penosos esfuerzos. El celo con que se portó Jourdan en el Humds-Suek en medio de un espantoso pais, y sin ninguno de los recursos materiales que hubieran podido hacer mas llevaderos los sufrimientos de su ejército, restableció algun tanto nuestros negocios en el Rin. Los generales austriacos, cuyas tropas estaban tan cansadas como las nuestras, viéndose espuestos á una série de acciones obstinadas enmedio del invierno, proponian un armisticio durante el cual conservarian sus actuales posiciones los ejércitos imperial y francés. Adoptóse la proposicion con condicion de anunciar diez dias antes el rompimiento de las hostilidades. La línea que separaba los dos ejércitos, siguiendo el Rin desde Dusseldorf hasta mas arriba de Neuwied, dejaba el rio á esta altura, formaba un semicircu-

lo desde Bingen á Manheim pasando por el pié de los Vosgos, se incorporaba de nuevo al Rin mas allá de Manheim, y ya no le dejaba hasta Basilea; de modo que habiamos perdido todo este semicírculo en la orilla izquierda, pues por lo demas era una pérdida que cualquiera maniobra bien concebida podia reparar. El mayor mal era haber perdido por el momento el ascendiente de la victoria. Los ejércitos fatigados entraron en sus acantonamientos, y se principiaron todos los preparativos necesarios para abrir en la próxima primavera una campaña decisiva.

En la frontera de Italia no habia interrumpido totalmente la estacion las operaciones de la guerra y el ejército de los Pirineos orientales se habia trasladado á los Alpes, tardando mucho tiempo en hacer la travesía desde Perpiñan á Niza, pues la falta de víveres y zapatos habia entorpecido la marcha. Al fin, hácia el mes de noviembre llegó Augereau con una soberbia division que se habia distinguido ya en las llanuras de Cataluña, en ocasion que, como ya hemos dicho, se habia visto precisado Kellermann á replegar su ala derecha y renunciar á la inmediata comunicacion con Génova. Tenia su izquierda en los Alpes mayores, y su centro en el collado de Tenda, hallándose colocada su derecha detrás de la línea llamada Borghetto, una de las tres que Bonaparte habia reconocido y trazado el año anterior para el caso de una retirada. Orgulloso Dewins con su pequeño triunfo, descansaba en la orilla de Génova, y hacia ostentacion de sus proyectos sin ejecutar ninguno. El valiente Kellermann esperaba con impaciencia los refuerzos de España para recobrar la ofensiva y su comuni-

cacion con Génova, deseando terminar la campaña con una accion brillante, que diese á los franceses el rio, abriéndoles las puertas del Apenino y la Italia, y separando al rey del Piamonte de la liga. Nuestro embajador en Suiza, Barthelemy, no dejaba de repetir que una victoria hácia los Alpes marítimos equivaldria para nosotros á la paz con el Piamonte, y la concesion definitiva de la línea de los Alpes. El gobierno francés, de acuerdo con Kellermann en la necesidad de atacar, no lo estaba en el plan que debia seguirse, y le dió por sucesor á Scherer, á quien sus triunfos en la batalla del Ourthe y en Cataluña, habian dado á conocer ventajosamente. Scherer llegó á mediados de brumario, y resolvió intentar una accion decisiva.

Sabido es que la cordillera de los Alpes, luego que toma el nombre de Apenino, se aproxima mucho al Mediterráneo desde Albenga á Génova, y no deja entre el mar y la cresta de los montes mas que pendientes estrechas y rápidas que apenas tienen tres leguas de estension. Por la parte opuesta, es decir, hácia las llanuras del Pó, las pendientes se suavizan poco á poco en un espacio de veinte leguas. El ejército francés, situado en las pendientes marítimas, se hallaba acampado entre las montañas y el mar, y el ejército piamontés á las órdenes de Colli, establecido en el campamento atrincherado de Ceva á la espalda de los Alpes, guardaba las puertas del Piamonte contra la izquierda del ejército francés. El austriaco, parte en la cresta del Apenino, en Rocca-Barbenne, parte en la vertiente marítima de la cavidad del Loano, comunicaba con Colli por su derecha, ocupaba por su centro la cumbre de los montes, é interceptaba

la costa por su izquierda; de modo que podia interceptar las comunicaciones con Génova. A vista de semejante órden de cosas se ofrecia un pensamiento. Era preciso dirigir las fuerzas á la derecha y al centro del ejército austriaco, desalojarlo de la cumbre del Apenino, y privarle de las cimas superiores. Asi se le separaba de Colli, marchando rápidamente á lo largo de estas eminencias, y encerraba su izquierda en la cavidad del Loano entre las montañas y el mar. Massena, uno de los generales de division, habia entrevisto y propuesto este plan á Kellermann. Lo mismo le sucedió á Scherer, y resolvió ejecutarlo.

Despues de haber hecho Dewins algunas tentativas durante los meses de agosto y setiembre en nuestra línea de Borghetto, renunció á todo ataque por este año. Estaba enfermo, y se habia mandado sustituir por Wallis. Los oficiales no pensaban mas que en entregarse á los placeres del invierno en Génova y en los al rededores. Scherer, despues de haber proporcionado á su ejército víveres y veinte y cuatro mil pares de zapatos, de que absolutamente carecian, fijó su movimiento para el 2 de frimario (23 de noviembre). Iba con treinta y seis mil hombres á atacar á cuarenta y cinco mil; pero la buena eleccion del punto de ataque compensaba la desigualdad de fuerzas. Encargó á Augereau que hiciese replegar la izquierda del enemigo hácia la cavidad del Loano, ordenó á Massena que embistiese á su centro en Rocca-Barbenne, y se apoderase de la cima del Apenino, y finalmente, prescribió á Serrurier que contuviese á Colli, que formaba la derecha en la pendiente opuesta. Augereau, aunque tenia que re-

chazar la izquierda austriaca á la cavidad del Loano, debia obrar lentamente. Massena, por el contrario, debia desfilar con rapidez á lo largo de las eminencias, y rodear la cavidad del Loano, para encerrar allí la izquierda austriaca; Serrurier debia engañar á Colli por medio de ataques falsos.

En la mañana del 23 de noviembre de 1795 despertó el cañon francés á los austriacos, que no esperaban una batalla. Los oficiales acudieron del Loano y Finale á ponerse á la cabeza de sus tropas asombradas. Augereau atacó con ímpetu, pero sin precipitacion, y fué detenido por el valiente Roccavina, que colocado en una altura en medio de la cavidad del Loano, se defendió obstinadamente, dejándose rodear por la division Augereau, y rehusando rendirse. Cuando se vió cercado, se precipitó con los ojos cerrados contra la línea que le encerraba, y se unió con el ejército austriaco, desbaratando una brigada francesa.

Scherer, reprimiendo el ímpetu de Augereau, le obligó á permanecer tiroteando delante del Loano, para no precipitar demasiado pronto á los austriacos en la línea de retirada. Entretanto, Massena, encargado de la parte brillante del plan, atravesó con el vigor y audacia que le distinguian en todas ocasiones, las cumbres del Apenino, sorprendió á Argenteau que mandaba la derecha de los austriacos, le desordenó enteramente, le arrojó de todas sus posiciones, y por la tarde fué á acampar en las alturas de Melogno que formaban el cerco de la cavidad del Loano y cerraban su retaguardia. Serrurier habia entretenido á Colli y toda la derecha enemiga con ataques firmes y bien calculados.

Aquella noche se acampó en medio de un

tiempo horrible en las posiciones que se habian ocupado, y al dia siguiente por la mañana continuó Scherer su operacion; Serrurier reforzado, empezó a batir a Colli con mas empeño para separarle enteramente de sus aliados; Massena continuó ocupando todas las cumbres y salidas del Apenino, y Augereau dejando de contenerse, rechazó vigorosamente á los austriacos, cuya retaguardia habia interceptado. Empezaron á retirarse desde este momento con un temporal deshecho y atravesando caminos horrorosos. Su derecha y su centro huian en desórden por la espalda del Apenino, y su izquierda, encerrada entre las montañas y el mar, se retiraba penosamente á lo largo de la costa por el camino de Cornisa. Una ventisca de nieve impidió la persecucion con la actividad que se hubiera debido; sin embargo, el fruto de esta batalla fueron cinco mil prisioneros, algunos miles de muertos, cuarenta piezas de cañon, y almacenes inmensos, siendo una de las mas desastrosas para los aliados desde el principio de la guerra, y una de las mejor conducidas por los franceses á juicio de los militares.

Quedó asombrado el Piamonte con aquella noticia, y ya la Italia se creyó invadida, alimentando únicamente la esperanza de que la estacion demasiado adelantada impediria á los franceses la continuacion de sus operaciones. Los considerables almacenes que cogieron sirvieron para mitigar las privaciones y padecimientos del ejército. Era preciso una victoria tan importante para reanimar los ánimos, y arraigar un gobierno naciente; y asi fué que se publicó y recibió con grande alegría por todos los verdaderos patriotas.

Al mismo tiempo tomaban un giro no menos favorable los acontecimientos en las provincias del Oeste Habiendo hecho subir Hoche el ejército de las dos Vendées á cuarenta y cuatro mil hombres, y fijado puntos atrincherados en el Serre nantés, de modo que quedasen aislados Stofflet y Charette; habiendo ademas dispersado la primer reunion formada por este último gefe, y guardando por medio de un campamento en Soullans toda la costa del Marais, se hallaba en disposicion de oponerse á un desembarco. La escuadra inglesa que anclaba en Ile-Dieu, se hallaba por el contrario en una posicion muy triste. La isla en que tan desacertadamente habia tomado tierra la espedicion, solo presentaba una superficie sin abrigo, sin recurso y tres cuartos de legua por toda estension. La ribera de la isla no ofrecia fondeadero alguno seguro, y los barcos estaban espuestos á todos los furores del temporal, en un fondo de rocas que cortaba los cables y los ponia todas las noches en el mayor peligro. La costa de enfrente en que se proponian desembarcar, solo presentaba una dilatada playa, sin profundidad, donde se estrellaban incesantemente las olas y donde los botes arrojados al través por las olas no podian abordar sin correr el riesgo de perderse. Cada dia aumentaban mas los peligros de la escuadra inglesa y los recursos de Hoche. Mes y medio hacia que se hallaba en Ile-Dieu el príncipe francés, rodeado de todos los enviados de los chuanes y vendeanos, que mezclados á su estado mayor, manifestaban á la vez sus opiniones y querian hacerlas prevalecer. Todos querian poseer al príncipe; pero todos estaban de acuerdo en que era preciso desembar-

car cuanto antes sin dar la preferencia á ningun punto.

Preciso es convenir en que aquella permanencia de mes y medio en Ile-Dieu á la vista de las costas, habia hecho muy difícil el desembarco, pues este, lo mismo que el paso de un rio, no se ha de retardar con incertidumbres que ponen al enemigo alerta y le manifiestan el punto amenazado. Hubiera sido necesario que adoptado una vez el partido de abordar á la costa, y prevenidos todos los gefes, se hubiera practicado repentinamente la operacion en un punto que hubiese permitido seguir en comunicacion con las escuadras inglesas, recibiendo al mismo tiempo considerables fuerzas de los vendeanos y chuanes. Y ciertamente que si se hubiera bajado á la costa sin amenazarla tanto tiempo, se habrian podido reunir cuarenta mil realistas de la Bretaña y la Vendée antes de tener tiempo Hoche para mover sus regimientos. Recordando lo que aconteció en Quiberon, la facilidad con que se hizo el desembarco, y el tiempo que se necesitó para reunir las tropas republicanas, se comprende perfectamente que hubiera sido fácil el nuevo desembarco, á no ser por tan dilatado crucero por las costas. Si en la anterior espedicion paralizó á todos los gefes el nombre de Puisaye, en esta debiera haber reunido á todos, y sublevado veinte departamentos el del príncipe. Es verdad que los desembarcados hubieran tenido que sostener terribles choques, que hubieran corrido los riesgos á que estaban espuestos Stofflet y Charette hacia tres años, y vístose precisados á dispersarse tal vez ante el enemigo, huir como cuadrillas, ocultarse en los bosques, volver á presentarse,

esconderse de nuevo, y finalmente esponerse á ser cogidos y fusilados; pero este es el precio á que se compran los tronos; y nada tenia de indigno *guerrillear* en los bosques de la Bretaña ó en los pantanos y matorrales de la Vendée. Un príncipe que hubiera salido de aquellas guaridas para subir al trono de sus padres, no hubiera sido menos glorioso que Gustavo Wasa cuando salió de las minas de Dalecarlia. Por lo demas, es probable que la presencia del príncipe hubiera reanimado bastante el celo en los paises realistas, para que le hubiera permitido intentar la guerra científica un ejército numeroso, presente siempre en sus costas. Es probable tambien que nadie hubiera podido al rededor suyo derrotar al jóven plebeyo que mandaba el ejército republicano; pero al menos se hubiera corrido el riesgo y la gloria de ser vencido; pues tambien ofrecen muchas veces consuelos las derrotas, como le sucedió á Francisco I en la de Pavía.

Siendo, pues, muy posible el desembarco en el momento en que llegó la escuadra, no lo era ya despues de haber pasado mes y medio en Ile-Dieu. Los marinos ingleses declararon que no se podria permanecer dentro de poco en el mar, y que era preciso adoptar una resolucion; toda la costa del pais de Charette estaba cubierta de tropas, y solo habia alguna posibilidad de desembarcar al otro lado del Loira hácia la embocadura del Vilaine, ó en el pais de Scepeaux, ó finalmente en Bretaña donde se hallaba Puisaye. Pero los emigrados y el príncipe solo querian efectuarlo donde estaba Charette, porque solo en él tenian confianza; mas el intento no podia cumplirse en aquella costa. El príncipe, segun la asercion de M. de Vauban, pidió al

ministerio inglés que le hiciera volverse; pero el ministerio se negó al principio, no queriendo que se inutilizasen los gastos de la espedicion, aunque luego dejó al príncipe en libertad de tomar el partido que quisiera.

En el instante mismo se hicieron todos los preparativos para el viage, y se redactaron largas é inútiles instrucciones para los gefes realistas, diciéndoles que órdenes superiores impedian por entonces efectuar el desembarco; que era preciso que MM. Charette, Stofflet, Sapinaud y Scepeaux se convinieran para reunir una fuerza de veinte y cinco ó treinta mil hombres al otro lado del Loira, los cuales agregados á los bretones, podrian formar un ejército escogido de cuarenta ó cincuenta mil hombres, suficiente para proteger el desembarco del príncipe; que el punto del desembarco se designaria luego que estuviesen tomadas estas medidas preliminares, empleando todos los recursos de la monarquía inglesa en secundar los esfuerzos de los paises realistas. Con estas instrucciones se dieron á cada gefe algunos miles de libras esterlinas, fusiles y pólvora, cuyos efectos se desembarcaron por la noche en la costa de Bretaña, arrojando al mar las provisiones que los ingleses habian reunido en sus escuadras porque estaban averiadas. Tambien tuvieron que hacer lo mismo con los quinientos caballos pertenecientes á la caballería y artillería inglesa, pues casi todos estaban enfermos de tan larga navegacion.

Ultimamente, la escuadra inglesa se dió á la vela el 18 de noviembre (26 de brumario), dejando á los realistas en la mayor consternacion. Dijéronles que los ingleses eran los que habian obligado

al príncipe á volverse, y se irritaron, entregándose de nuevo á todo su ódio contra la perfidia de Inglaterra. El que mas se enfureció fué Charette, y á la verdad tenia razon, porque era el mas comprometido. Charette, habia vuelto á tomar las armas con la esperanza de una gran espedicion y con la de inmensos recursos que nivelasen la desigualdad de fuerzas entre él y los republicanos; frustrada esta esperanza, debia preveer una ruina infalible y no distante. El amago del desembarco habia atraido sobre sí todas las fuerzas republicanas, y ahora debia renunciar á toda esperanza de transacion; no le quedaba mas que ser implacablemente fusilado sin poder quejarse siquiera de un enemigo que ya le habia perdonado con tanta generosidad.

En consecuencia, resolvió vender cara su vida y emplear sus últimos dias en luchar con desesperacion. Tuvo varias refriegas para pasar á la retaguardia de Hoche, romper la línea del Sevre nantés, pasar al pais de Stofflet, y obligarle á tomar las armas. No pudo lograrlo, y fué rechazado hasta el Marais por las columnas de Hoche. Sapinaud á quien habia comprometido á tomar de nuevo las armas, sorprendió la ciudad de Montaigú, y quiso penetrar hasta Chatillon; pero fué atajado y batido delante de este punto, viéndose forzado á dispersar su cuerpo. No pudo pues ganarse la linea del Sevre, y Stofflet se vió obligado á permanecer quieto detrás de aquella línea fortificada, no teniendo tampoco intencion de volver á las armas. Veia con secreto regocijo la destruccion de un rival á quien se habia cargado de títulos, habiendo intentado entregarle á él á los republicanos. Scepeaux no se atrevia á moverse aun entre el Loira y el Vilaine,

y la Bretaña se hallaba enteramente desorganizada por sus discordias. La division de Morbihan, mandada por Jorge Cadoudal, se habia rebelado contra Puisaye, á instigacion de los emigrados que rodeaban al príncipe francés, y conservaban contra él los mismos remordimientos. Hubiera querido quitarle el mando de la Bretaña; sin embargo, solo la division de Morbihan desconoció la autoridad del generalísimo.

En aquel estado de cosas principió Hoche la gran obra de la pacificacion. Este jóven general, hábil militar y político, conoció que no podia vencerse con las armas á un enemigo que en ninguna parte se le alcanzaba. Habia destacado ya varias columnas volantes en persecucion de Charette; pero unos soldados con armas pesadas, precisados á llevarlo todo consigo, y que no conocian el pais, no podian igualar á la rapidez de los paisanos, que solo llevaban su fusil, estaban seguros de hallar víveres en cualquiera parte, y conocian el menor barranco y el mas pequeño matorral. Por consiguiente mandó cesar inmediatamente la persecucion y formó un plan, que si se seguia con constancia y empeño, debia restituir la paz á aquellos desgraciados paises.

Los habitantes de la Vendée eran á un mismo tiempo labradores y soldados, y en medio de los horrores de la guerra civil no habian dejado de cultivar sus campos y cuidar de sus ganados, teniendo sus armas al lado, ocultas bajo la tierra ó entre la paja. Acudian á la primera señal de sus gefes, acometian á los republicanos, desaparecian despues por entre los bosques, volvian á sus campos y ocultaban de nuevo sus armas; y como los

republicanos solo veian paisanos desarmados, no podian mirarles como soldados enemigos. Asi se batian, sostenian y permanecian sin poder ser cogidos los vendeanos; y mientras ellos tenian siempre medios para dañar al enemigo y reclutar gente, los ejércitos republicanos, á quienes no podia sostener una administracion arruinada, carecian de todo, y se hallaban en la situacion mas deplorable.

No era posible hacer que sintiesen la guerra los vendeanos, sino á fuerza de devastaciones, medio que se intentó durante el terror; y que solo escitó furiosos enconos, sin poner término á la guerra civil.

Hoche, sin asolar el pais, imaginó un ingenioso medio de reducirle, quitandole sus armas, y apoderándose de parte de sus provisiones para el ejército republicano. Al principio persistió en establecer algunos campos atrincherados, que situados unos en el Sevre, separaban á Charette de Stofflet, mientras los otros cubrian á Nantes, la costa y los Sables. Formó despues una línea circular que se apoyaba en el Sevre y el Loira, y que se dirigia á envolver progresivamente todo el pais. Esta línea la formaban puntos bastante fuertes enlazados entre sí por medio de destacamentos, de modo que no quedaba un espacio libre por donde pudiera pasar un enemigo algo numeroso. Estos puntos estaban encargados de ocupar todas las villas y lugares, desarmando á los habitantes, y para lograrlo debian apoderarse de los ganados, que por lo comun pastaban reunidos, y de los granos recogidos en las granjas; debian apoderarse tambien de los habitantes mas conocidos, y no devolver los ganados,

los granos ni las personas en rehenes, hasta que los paisanos hubiesen depuesto voluntariamente sus armas; y como los vendeanos querian á sus ganados y granos mas que á los Borbones y á Charette, era seguro que las entregarian. Para que no les engañasen los paisanos que podian dar los fusiles malos y guardar los buenos, los oficiales encargados del desarme, debian examinar los registros de alistamiento de cada parroquia, y exigir tantos fusiles como alistados, y si no habia registros, les aconsejaba que hiciesen un cálculo de la poblacion, y exigiesen un número de fusiles igual á la cuarta parte de hombres. Recibidas las armas debian entregarse fielmente los ganados y granos, escepto una parte embargada á titulo de contribucion y depositada en los almacenes formados en la retaguardia de esta línea. Hoche habia mandado tratar á los habitantes con mucha suavidad, y observar una escrupulosa esactitud en devolverles los ganados y granos, y especialmente los rehenes. Habia encargado á los oficiales que hablasen con ellos, que les tratasen bien, y que á veces les enviasen á su cuartel general y les hiciesen algunos regalos en granos ó en otros objetos. Mandó tambien que se mirase con la mayor consideracion á los curas, pues los vendeanos, decia, solo tienen un sentimiento verdadero, el amor á sus sacerdotes. Estos últimos solo quieren proteccion y socorro; asegurándoles estas dos cosas, y añadiendo algunos beneficios, obtendremos el afecto del pais.

Toda esta línea, que llamaba él de desarme, debia rodear en círculo la Vendée baja, adelantarse poco á poco, y terminar abrazándola enteramente. Al adelantarse dejaba detrás el pais desar-

mado, pacificado y aun reconciliado con la república; ademas le protegia de la reaccion de los gefes insurgentes, que por lo comun castigaban con devastaciones la sumision á la república y la entrega de las armas. Precedíanla dos columnas volantes para combatir á estos dos gefes, y apoderarse de ellos si fuese posible, pues estrechándolos cada vez mas, debia encerrarlos y cogerlos infaliblemente. Recomendaba la mayor vigilancia á todos los comandantes de los puntos, para unirse siempre por medio de destacamentos, é impedir que pudiesen romper la línea las partidas armadas, y encender de nuevo la guerra á retaguardia. Por grande que fuese la vigilancia, podia suceder sin embargo que Charette y alguno de los suyos burlasen el cuidado de los puntos, y pasasen la línea de desarme; pero aun en este caso, que era posible, no podian verificarlo sino algunos individuos que iban á hallarse en campos desarmados, donde reinaba el sosiego y la seguridad, tranquilizados por el trato afable, é intimidados ademas por la vasta línea de tropas que rodeaban el pais. El caso de una sublevacion en la retaguardia estaba previsto, pues Hoche habia ordenado que se trasladase inmediatamente una de las columnas volantes al departamento sublevado, y que en castigo de no haber entregado todas sus armas, antes bien usado de ellas, se le quitarian sus ganados y granos, y se apresarian á sus principales habitantes. El efecto de estos castigos era seguro; y hechos con justicia, debian inspirar no ódio sino un terror saludable.

Inmediatamente se puso en ejecucion el proyecto de Hoche en los meses de brumario y frima-

rio (noviembre y diciembre). La línea de desarme pasaba por Saint-Gilles, Legé, Montaigú y Chantonnay, formando un semicírculo, cuyo estremo derecho se apoyaba en el mar, y el izquierdo en el rio Lay, debiendo reducir progresivamente á Charette á pantanos intransitables. Por el tino de la ejecucion era principalmente por lo que podia surtir efecto un plan de esta especie. Hoche dirigia á sus oficiales por medio de instrucciones sumamente sábias y claras, multiplicándose en todas partes para acudir á todas las circunstancias, pues no era solo una guerra, sino una grande operacion política, que exigia tanta prudencia como resolucion. Los habitantes empezaron en breve á entregar sus armas, y reconciliarse con las tropas republicanas, y Hoche sacaba de los almacenes los auxilios que daba á los indigentes, viendo él mismo á los habitantes detenidos en rehenes, haciéndoles aguardar algunos dias, y enviándolos satisfechos. A unos daba escarapelas, á otros gorras de cuartel, y á veces granos á los que no tenian para sembrar sus campos. Estaba en relaciones con los curas, que tenian en él muchísima confianza, y le descubrian todos los secretos del pais, empezando asi á adquirir un verdadero influjo moral, que era el único poder para terminar semejante guerra. Entre tanto, se llenaban de granos los almacenes formados en la retaguardia de la línea de desarme, existian grandes rebaños de ganado, y el ejército empezaba á vivir en abundancia por el sencillo medio de impuestos y multas en especie.

Habíase escondido Charette en los bosques con ciento ó ciento cincuenta hombres tan desesperados como él. Sapinaud que habia vuelto

á tomar las armas instigado por él, pedia deponerlas otra vez con la única condicion de salvar la vida. Stofflet, encerrado en el Anjou con su ministro Bernier, reunia todos los oficiales que abandonaban á Charette y Sapinaud, y trataba de enriquecerse con sus despojos. Tenia en su cuartel general de Lavoir, una especie de córte compuesta de emigrados oficiales, y alistaba gente é imponia contribuciones so pretesto de organizar las guardias territoriales. Observábale Hoche con atencion, y le iba estrechando cada vez mas con campos atrincherados, amenazándole con un próximo desarme al primer motivo de descontento Una espedicion que envió Hoche al Loroux, pais que tenia una especie de existencia independiente, sin obedecer ni á la república ni á ningun gefe, sobresaltó á Stofflet. Hoche mandó hacer esta espedicion para procurarse los vinos y trigos en que abundaba el Loroux, y de que carecia totalmente la ciudad de Nantes. Stofflet se intimidó y pidió á Hoche una entrevista. Podia protestar su fidelidad al tratado, interceder por Sapinaud y los chuanes, ser en cierto modo el mediador de una nueva pacificacion, y asegurarse por este medio un influjo duradero. Asi queria adivinar las intenciones de Hoche: pero este le manifestó los agravios de la república, y le dió á entender que si protegia á todos los malhechores, si continuaba imponiendo contribuciones y levantando gente, escediéndose de las facultades propias de un gefe interino de la policía de Anjou, y en una palabra si seguia representando el papel de príncipe, iba á prenderle inmediatamente y desarmar su provincia. Stofflet prometió la mayor sumision, y se retiró receloso de su porvenir.

Tenia Hoche en aquel momento dificultades mucho mayores que vencer. Habia traido á su ejército una parte de los de Brest y de Cherburgo, pues el inminente riesgo de un desembarco le obligó á recurrir á estos refuerzos, que aumentaron hasta cuarenta y cinco mil hombres las tropas reunidas en la Vendée. Los generales que mandaban los ejércitos de Brest y de Cherburgo, reclamaban las tropas que habian prestado, y el Directorio parecia que aprobaba su peticion. Hoche escribió que la operacion que acababa de empezar era muy importante; que si se le quitaban las tropas que habia colocado al rededor del Marais, la sumision del pais de Charette y la destruccion de este gefe, sumision y destruccion que se realizarian en breve, iban á prolongarse indefinidamente; que mas valia acabar lo que tan adelantado estaba antes de pasar á otra parte; que él se apresuraria despues á devolver las tropas que habia tomado, y aun daria las suyas al general que mandaba en Bretaña para que hiciese allí aplicacion de los felices resultados que se notaban ya en la Vendée. El gobierno que estaba convencido de las razones de Hoche, y que tenia suma confianza en él, le llamó á Paris con intencion de aprobar todos sus planes, y de darle el mando de los tres ejércitos, de la Vendée, de Brest y de Cherburgo. Se le llamó á fines de frimario para tratar con el Directorio de las operaciones que debian concluir con la mas calamitosa de las guerras.

Asi terminó la campaña en 1795. Al principio y en medio ocurrieron la toma de Luxemburgo, el paso del Rin, las victorias en los Pirineos, seguidas de la paz con España y la destruccion del ejér-

cito emigrado en Quiberon. Menos dichoso fué el fin, pues la vuelta de los ejércitos al Rin, la pérdida de las líneas de Maguncia y parte del territorio al pié de los Vosgos oscurecieron por un momento el brillo de nuestros triunfos; pero la victoria de Loano restableció la superioridad de nuestros ejércitos al abrirnos las puertas de Italia, y los desvelos de Hoche en el Oeste comenzaron la verdadera pacificacion de la Vendée, tantas veces y tan en vano presagiada.

Reducida la coalicion á Inglaterra, Austria y algunos príncipes de Alemania é Italia se hallaba para concluir sus esfuerzos, tanto que hubiera pedido la paz, á no ser por las últimas victorias del Rin. Clerfayt adquirió una reputacion inmensa, y se llegó á creer que la próxima campaña se abriria en el seno de nuestras provincias del Rin.

Pitt, que tenia necesidad de subsidios, convocó en otoño segundo parlamento para exigir nuevos sacrificios. El pueblo de Lóndres pedia siempre la paz con el mismo ahinco, y la sociedad llamada de Correspondencia se habia reunido en campo raso, votando las esposiciones mas atrevidas y amenazadoras contra el sistema de la guerra, y por la reforma parlamentaria. Cuando el rey fué al parlamento apedrearon el coche en que iba, rompieron los cristales, y se creyó que le habian disparado una escopeta de viento. El pueblo de Lóndres conoció á Pitt que pasaba á caballo, y le persiguió hasta su palacio, cubriéndole de lodo. Fox y Sheridan, mas elocuentes que nunca, tenian que pedirle estrechas cuentas, pues la Holanda conquistada, los Paises-Bajos incorporados á la república francesa, su conquista definitiva en cierto modo por la

toma de Luxemburgo, las enormes sumas gastadas en la Vendée, y los desdichados franceses espuestos sin utilidad alguna a ser fusilados, eran graves cargos con que podia censurarse la habilidad y política del ministerio. La espedicion de Quiberon escitó principalmente general indignacion. Pitt quiso escusarse diciendo que no se habia vertido sangre inglesa. «Si, replicó Sheridan con una energía dificil de traducir, si, no se ha vertido la sangre inglesa, pero se ha vertido el honor inglés por todos sus poros.»—Pitt, tan imperturbable como siempre, llamó á todos los sucesos de aquel año desgracias que deben siempre temerse cuando se corre la suerte de las armas; pero dió gran valor á las últimas victorias del Austria en el Rin, y exageró mucho su importancia y la facilidad que proporcionarian para tratar con la Francia. Sostuvo, como solia hacerlo, que nuestra república llegaba al término de su poder, que una inevitable quiebra iba á dejarla en confusion é impotencia completas, y que se habia ganado mucho sosteniendo la guerra un año mas, para reducir al postrer apuro al comun enemigo. Prometio solemnemente que si daba muestras de consolidarse y tomar una forma regular el nuevo gobierno francés, se aprovecharia la primera ocasion para negociar, y pidió despues un nuevo empréstito de tres millones de libras esterlinas, y leyes represivas contra la prensa y las sociedades políticas, á quienes atribuia los ultrages que al rey y á él mismo se habian hecho. Respondióle la oposicion, que las pretendidas victorias en el Rin eran cosa de pocos dias, y que otras derrotas acaecidas en Italia destruian el efecto de los triunfos obtenidos en Alemania; que aquella repú-

blica, siempre reducida al último estremo, renacia con mas vida al principio de cada campaña; y que los asignados estaban perdidos hacia ya mucho tiempo y terminando su servicio; que los recursos de Francia consistian en otra cosa, y que si ella se estenuaba, con mucha mas celeridad se consumia la gran Bretaña; pues la deuda que se aumentaba diariamente era ruinosa, y amenazaba terminar en breve con la existencia de los tres reinos. En cuanto á las leyes sobre la prensa y las sociedades políticas, declaró Fox en su arrebato de indignacion, que si se adoptaban, el pueblo inglés no tenia mas recurso que la resistencia, la cual la consideraba él no como una cuestion de derecho sino de prudencia. Esta proclamacion del derecho de sublevacion escitó un gran tumulto que concluyó por la adopcion de las peticiones de Pitt, obteniendo este el nuevo empréstito, las medidas, y prometiendo abrir en breve una negociacion. La sesion del parlamento se prorrogó hasta el 2 de febrero de 1796 (13 de pluvioso, año IV).

En lo que menos pensaba Pitt, era en la paz, y solo queria hacer demostraciones para satisfacer la opinion y apresurar el resultado de su empréstito. La posesion de los Paises-Bajos por la Francia le hacia insoportable toda idea de paz; pero trató de aprovechar un momento para abrir una negociacion aparente y ofrecer condiciones inadmisibles.

Con objeto de satisfacer al imperio que pedia la paz, hizo el Austria algunas proposiciones por medio de Dinamarca, que propuso de parte de aquella al gobierno francés la formacion de un congreso europeo; mas el gobierno francés respondió, y con razon, que un congreso hacia imposible toda

negociacion, porque debian conciliarse demasiados intereses; que si el Austria anhelaba la paz, hiciese directamente la proposicion, pues la Francia queria tratar individualmente con todos sus enemigos, y entenderse con ellos sin valerse de terceros. Esta respuesta era muy justa, porque un congreso complicaba la paz con el Austria, y con la Inglaterra y el Imperio, y la hacia imposible. Por lo demas, el Austria no queria mas respuesta que esta, porque no queria negociaciones. Habia perdido demasiado, y sus últimos triunfos le dieron sobrada esperanza para que consintiesen en deponer las armas. Procuró infundir aliento al rey del Piamonte que estaba aterrado con la última derrota del Loano, y le prometió para la próxima campaña un ejército numeroso y otro nuevo general. Se le hicieron á Clerfayt, los honores del triunfo á su entrada en Viena, tirando el pueblo de su coche, dispensándole muchas mercedes la córte en union á las demostraciones de entusiasmo con que le acogió el pueblo.

Asi terminó para toda Europa la cuarta campaña de esta memorable guerra.

CAPITULO II.

Continuacion de las tareas administrativas del Directorio —Pronúncianse los partidos en el cuerpo legislativo.—Institucion de una fiesta anual en conmemoracion del 21 de enero.—Vuelta del ex-ministro de la guerra Beurnonville y de los representantes Quinette, Camus, Bancal, Lamarque y Drouet entregados por Dumouriez al enemigo.—Descontento de los jacobinos. Diario de Babœuf.—Institucion del ministerio de policia.—Nuevas costumbres.—Apuros de la hacienda; creacion de letras.—Conspiracion de Babœuf.—Situacion militar.—Planes del Directorio. —Pacificacion de la Vendée; muerte de Stofflet y de Charette.

Ya se hallaba consolidado y fijo el gobierno republicano con los acontecimientos que acababan de terminar la campaña, y la Convencion al reunir la Bélgica á la Francia y comprenderla en el territorio constitucional, habia impuesto á sus sucesores la obligacion de no entrar en pactos con el enemigo sino con la condicion de que éste cediese la línea del Rin. Eran menester nuevos esfuerzos y otra campaña mas decisiva que las anteriores para obligar á la casa de Austria y á la Inglaterra á consentir en nuestro engrandecimiento; y para lograr este objeto, trabajaba el Directorio constantemente en completar los ejércitos, restablecer la hacienda y reprimir las facciones.

Todo su esmero se cifraba en la ejecucion de

las leyes relativas á los quintos, obligándoles á volver á las armas con el mayor rigor. Habia hecho anular todo género de escepciones, y establecido en cada canton comisiones de médicos para reconocer los casos de enfermedad. En las administraciones se habian introducido una multitud de jóvenes que saqueaban á la república y manifestaban la intencion mas depravada, y se dieron órdenes severas para que no se consintiesen en las oficinas sino hombres que no perteneciesen á la requisa. La hacienda llamaba toda la atencion del Directorio, que hacia recaudar con suma actividad el empréstito forzoso de seiscientos millones, pero era preciso esperar los ingresos de este empréstito, el producto de la enagenacion de los bosques nacionales, la venta de bienes de trescientas fanegas, y el cobro de las contribuciones atrasadas. Mientras tanto habia que cubrir los innumerables gastos que por desgracia se ofrecian todos á la vez, porque la instalacion del gobierno nuevo era la época para la que se habian aplazado todas las espediciones, y porque el invierno era el tiempo destinado para los preparativos de campaña. Para anticipar la época de todos estos ingresos, el Directorio se vió precisado á valerse del recurso que se le habia dejado, los asignados, pero ya se habian emitido en un mes cerca de doce ó quince mil millones en metálico, de modo que ya no los podian aceptar en ninguna parte. Trató de espender un papel corriente y á corto plazo que representase los ingresos del año, como se hace en Inglaterra con las libranzas del Echiquier, y nosotros actualmente con los pagarés reales. Emitió por tanto con el nombre de rescriciones, títulos al porta-

dor contra la tesorería, que los satisfaria con el numerario que debia entrar en ella continuamente, bien fuese por el empréstito forzoso que en Bélgica se exigia en dinero, bien por las aduanas, bien en consecuencia de los primeros contratos celebrados con las compañías que se encargaban de beneficiar los bosques. Espendió desde luego por valor de treinta millones de estas rescriciones, y en breve los aumentó á sesenta con el ausilio de los banqueros.

Ya no estaban prohibidas las compañías de hacienda; antes bien se pensó emplearlas en la creacion de un banco que faltaba al crédito, sobre todo en momentos en que se figuraban haber salido todo el metálico de Francia. Formó pues el Directorio una compañía, y propuso cederse cierta cantidad de bienes nacionales que servirian de capital, á un banco, y este banco deberia emitir billetes, que tendrian las tierras por garantías, y que serian pagaderos á la vista como todos los billetes de banco, debiendo la compañía prestar al Estado una suma proporcional á la cantidad de bienes afianzados; lo cual, como se ve, era otro modo de hacer producir los bienes nacionales, empleando en vez de los asignados el medio de los billetes de banco.

No era muy probable el buen éxito; pero la desdichada posicion en que se hallaba el gobierno apelaba á todo, y tenia razon en hacerlo. La mejor operacion fué la de suprimir las raciones, devolviendo los abastos al comercio libre, pues hemos visto los esfuerzos que costaba al gobierno encargarse de hacer llevar los granos á Paris, y los gastos que al tesoro resultaban, porque pagaba los

granos en valor efectivo, y se los daba al pueblo de la capital por el valor nominal. Apenas se reintegraba de la ducentésima parte del gasto, y asi es que la república puede decirse que mantenia la poblacion de Paris.

Conociendo el nuevo ministro del interior Benezech el inconveniente de este sistema, y que las circunstancias permitian renunciar á él, se lo propuso al Directorio. En efecto, ya principiaba á restablecerse el comercio, volvian los granos á la circulacion, y el pueblo se hacia abonar sus salarios en efectivo, pudiendo ya pagar el pan, cuyo precio en dinero era bastante módico. Por consiguiente el ministro Benezech propuso al Directorio suprimiese la distribucion de las raciones que se pagaban en asignados, reservándolo para los indigentes, renteros ó empleados cuya renta anual no escediese de tres mil francos; pero esceptuando estas tres clases, todas las demas debian acudir á los panaderos por medio del comercio libre.

No dejaba de ser atrevida esta resolucion, pero el Directorio la puso en planta inmediatamente sin temer el furor que podia promover en el pueblo, ni los disturbios que pudiera ocasionar entre las dos facciones conjuradas contra el sosiego de la república.

Ademas de esta providencia, discurrió tambien otras no menos perjudiciales á los intereses, pero igualmente necesarias. Lo que especialmente faltaba á los ejércitos era lo que les falta siempre despues de prolongadas guerras, caballos. El Directorio pidió autorizacion á los dos consejos para requisar todos los caballos de lujo, y tomar, abonando su valor, uno de cada treinta de los de la-

branza y acarreo. Los recibos de estos debian admitirse en pago de contribuciones, medida que aunque violenta, era indispensable, y quedó adoptada.

Los dos consejos ayudaban al Directorio, y mostraban la misma opinion, escepto la oposicion siempre templada de la minoría. Suscitáronse algunas discusiones sobre la revision de los poderes, la ley del 3 de brumario, las sucesiones de los emigrados, los clérigos, y los acontecimientos del Mediodia, con lo cual empezaron ya los partidos a pronunciarse.

Enviόse la revision de los poderes á una comision que tenia que tomar infinitas noticias acerca de los individuos de cuya elegibilidad podia dudarse, y por esto no pudo presentarse el informe hasta despues de dos meses de legislacion. Esto originó varias contestaciones sobre la aplicacion de la ley del 3 de brumario; ley que como se sabe indultaba todos los delitos cometidos durante la revolucion, escepto los relativos al 13 de vendimiario, escluyendo de los cargos públicos á los parientes de los emigrados y á los individuos que en las juntas electorales se habian opuesto á los decretos del 5 y 13 de fructidor. Este fué el último acto de energía del partido convencional, que ofendió notablemente á los moderados y á los contra-revolucionarios que se escudaban con ellos. Era preciso aplicarlo a varios diputados y especialmente á un tal Job Aymé, diputado del Drome, que habia sublevado la junta electoral de su departamento, y á quien se acusaba de pertenecer á las compañías de Jesus. Un individuo de los Quinientos se atrevió á pedir la derogacion de la misma

ley, cuya proposicion obligó á los partidos á arrojar la máscara con que se habian cubierto hasta entonces, y se suscitó en los Quinientos una disputa parecida á las que tan frecuentemente dividian á la Convencion. Louvet, siempre fiel á la causa revolucionaria, se presentó en la tribuna para defender la ley, y Tallien, que tan gran papel representaba desde el 9 de termidor, y á quien la falta de consideracion personal impidió ascender al Directorio, se mostró constante defensor de la revolucion, pronunciando un discurso que produjo estraordinario efecto. Se recordaron las circunstancias en que se dió la ley de brumario, y se insinuó que era un abuso de la victoria de vendimiario respecto á los vencidos, hablando mucho de los jacobinos y de su nueva osadia á lo cual dijo Tallien: «No pretendan intimidarnos con las «amenazas del terror, y recordando épocas muy «distantes de la actual, para que temamos se re«nueven. A la verdad que los tiempos han varia«do mucho: en las épocas de que fingen hablarnos, «los realistas no se atrevian á levantar la cabeza, «ni tenian proteccion los clérigos fanáticos, ó los «emigrados que regresaban, ni se perdonaba á los «gefes de los chuanes. ¿Por qué pues comparar «unas circunstancias que nada tienen de comun? «Es evidente que se quiere formar causa al 13 de «vendimiario, á las resoluciones que despues de «tan memorable dia se tomaron y á los hombres «que en medio de tantos riesgos salvaron la re«pública. Pues bien! Suban nuestros enemigos á «esa tribuna, que en ella nos defenderán los ami«gos de la república. Los que en tan calamitosas «circunstancias empujaron hácia los cañones á una

«multitud estraviada, queriendo echarnos en cara «los esfuerzos que hubimos de hacer para recha-«zarla, querrán hacer revocar las determinaciones «que el mas inminente riesgo os precisó á tomar; «pero no, no lo lograrán. Vosotros sostendreis la «ley del 3 de brumario, que es la mas importan-«te de todas estas determinaciones, porque es ne-«cesaria la constitucion, y porque vosotros que-«reis sostener la constitucion.—Si, si lo queremos «gritaron á una voz muchos diputados.» Tallien propuso despues la esclusion de Job Aymé. Varios individuos del nuevo tercio quisieron oponerse á esta esclusion, y asi la discusion se acaloró en estremo; la ley del 3 de brumario quedó nuevamente sancionada, Job Aymé escluido, y se continuó examinando á los individuos del nuevo tercio á quienes podria aplicarse las mismas disposiciones.

Inmediatamente despues se empezó a tratar de los emigrados y de sus derechos a sucesiones que aun no estaban declaradas. Una ley de la Convencion embargaba sus patrimonios á los emigrados, para que no recibiesen ausilios, y daba por declaradas de antemano y adquiridas en favor de la república las sucesiones á que tenian derecho. A consecuencia de esto se declararon secuestrados tambien los bienes de los parientes de los emigrados. Propúsose en los Quinientos una resolucion para autorizar el repartimiento y el pago provisional de la parte tomada á los emigrados, á fin de levantar el secuestro; pero se manifestó una terrible oposicion en el nuevo tercio, queriendo combatir esta medida que era enteramente revolucionaria por razones deducidas del derecho ordinario, porque se suponia que habia violacion de propiedad;

sin embargo se adoptó la resolucion. No sucedió lo mismo en los Ancianos, donde por la edad de sus individuos y por su carácter de supremos examinadores, habia mas juicio que en los Quinientos. Aquel consejo participaba menos de la oposicion de las pasiones; era menos revolucionario que la mayoría: y como todo cuerpo intermedio, tenia opinion mas moderada; y asi desestimó la resolucion, porque en ella iba embebida la práctica de una ley que consideraba injusta. Los consejos decretaron depues que el Directorio seria juez supremo de las instancias para ser borrados de la lista de los emigrados. Renovaron todas las leyes contra los clérigos que no habian prestado juramento ó que se habian retractado, y contra los condenados á destierro por las administraciones de los departamentos, decretando que dichos clérigos serian considerados como enemigos que regresaban si se presentaban en el territorio: y únicamente consintieron en tener en reclusion á los que estaban enfermos y no podian espatriarse.

Otro asunto causó tambien mucha agitacion en los consejos y produjo una esplosion. Continuaba Freron su comision en el Mediodia, dando entrada á furiosos revolucionarios en las administraciones y tribunales. Los individuos de las compañías de Jesus, y los contra-revolucionarios de todo género que habian sido asesinados desde el 9 de termidor, se veian en cambio espuestos á nuevas represalias, y se quejaban altamente. El diputado Simeon habia hecho ya algunas reclamaciones moderadas; el diputado Jourdan de Aubagne, hombre acalorado, y el ex-girondino Isnard interpusieron en los Quinientos violentas peticiones, empleando mu-

chas sesiones en invectivas. Ambos partidos vinieron á las manos, tanto que Jourdan y Talot se llenaron de denuestos en la misma sesion y se agarraron, pero intervinieron sus colegas y lograron separarlos. Nombraron una comision para que informase sobre el estado del Mediodia.

Con estas diferentes escenas llegaron los partidos á declararse mas. Era grande la mayoría en los consejos, y toda en favor del Directorio; la minoría aunque insignificante, se hacia cada dia mas osada, y manifestaba abiertamente su espíritu de reaccion. Este mismo espíritu era el que habia seguido manifestándose desde el 9 de termidor, combatiendo al principio con justicia las demasías del terror; pero mas severo é impetuoso de dia en dia, acababa por encausar á toda la revolucion. Algunos individuos de los dos tercios de la Convencion votaban con la minoría, y varios de los del nuevo tercio con la mayoría.

Los primeros se aprovecharon de la ocasion que iba á presentarles el aniversario del 21 de enero para poner á prueba á sus colegas sospechosos de realistas. Propusieron una funcion en que se celebrase todos los dias 21 de enero la muerte del último rey, é hicieron se decidiese que todos los individuos de ambos consejos y del Directorio, prestarian en semejante dia juramento de aborrecimiento a la corona. Esta formalidad del juramento de que con tanta frecuencia se han valido los partidos, nunca ha podido considerarse sino como una garantía, ni jamás ha sido otra cosa que una molestia que han querido dar los vencedores á los vencidos, para tener el placer de comprometerlos á ser perjuros. Ambos consejos adoptaron el proyec-



to. Los convencionales esperaban con impaciencia la sesion del 1.º de pluvioso, año IV (21 de enero), para ver desfilar por la tribuna á sus colegas del nuevo tercio, y cada consejo ostentó este dia grande aparato en su sesion. En Paris se preparó una funcion á que debian asistir el Directorio y todas las autoridades. Cuando fué á pronunciarse el juramento, parecia que estaban turbados algunos de los nuevos elegidos. El ex-constituyente Dupont de Nemours, que era individuo de los Ancianos, y conservaba en medio de su avanzada edad mucha travesura, mostrando la oposicion mas atrevida al gobierno actual, no pudo ocultar cierto enfado al pronunciar las palabras, *juro aborrecimiento á la corona* y añadió estas otras, *y á toda clase de tiranía*, que era un modo de vengarse y jurar ódio al Directorio con espresiones rebozadas; pero se levantó un gran alboroto, y se obligó á Dupont de Nemours a que se atuviera á la fórmula oficial. En los Quinientos un tal André quiso usar de las mismas espresiones, pero se le dijo tambien que observase la fórmula. El presidente del Directorio pronunció un discurso enérgico, y todo el gobierno hizo asi la profesion de fé mas revolucionaria.

En aquella época llegaron á Paris los diputados canjeados por la hija de Luis XVI, que fueron Quinette, Bancal, Camus, Lamarque, Drouet, y el ex-ministro de la guerra Beurnonville. Hicieron relacion de su cautiverio, y se les escuchó con interés é indignacion, ocupando con general satisfaccion el sitio que la Convencion les habia destinado en los consejos. En efecto se habia decretado que pertenecerian de derecho al cuerpo legislativo

Asi se conducian el gobierno, y los partidos

durante el invierno del año IV, (1795 á 1796). La Francia, que deseaba un gobierno y el restablecimiento de las leyes, empezaba á disfrutar del nuevo órden de cosas, y hubiera merecido enteramente su aprobacion, á no ser por los esfuerzos que en favor de la república la exijian. La rigorosa ejecucion de las leyes sobre la requisa, el empréstito forzoso, la esaccion de un caballo por cada treinta, y el miserable estado de los censualistas, que cobraban en asignados, eran fundados motivos de queja, sin los cuales hubiera hallado escelente al nuevo gobierno. Solo una parte selecta de una nacion es la sensible á la gloria, á la libertad y á las ideas nobles y generosas, y consiente en hacer sacrificios. La multitud quiere reposo, y procura hacer los menos sacrificios que puede. Ocasiones hay en que toda esta multitud se despierta y exhala terribles y profundas pasiones, como se vióen 1789, cuando fué preciso conquistar la libertad, y en 1793, cuando hubo necesidad de defenderla, pero debilitada ya con tantos esfuerzos, la mayoría de la Francia no queria hacer otros nuevos. Debia haber un gobierno hábil y enérgico para que obtuviese de ella los recursos necesarios á la salvacion de la república. Por fortuna, la juventud, dispuesta siempre á la vida aventurera, ofrecia grandes recursos para completar los ejércitos; al principio manifestaba mucha repugnancia en abandonar sus hogares, pero cedió luego con poca resistencia. Trasladada á los campos de batalla, se aficionaba decididamente por la guerra, y hacia prodigios de valor. Mas difíciles de someter y reconciliar con el gobierno eran los contribuyentes, á quienes se exijian sacrificios en metálico.

Los enemigos de la revolucion se prevalian de los nuevos sacrificios impuestos á la Francia, y declamaban en los periódicos contra la requisa, el empréstito forzoso, la esaccion de los caballos, el estado de la hacienda, la desgracia de los hacendados y la severa ejecucion de las leyes respecto á los emigrados y los clérigos. Afectaban considerar al gobierno como si fuese aun revolucionario, con todas sus arbitrariedades y violencias. Segun ellos, nadie podia fiarse aun de él, ni entregarse con seguridad al porvenir, y se pronunciaban especialmente contra el proyecto de una nueva campaña, pretendiendo que se sacrificaba el sosiego, el bienestar y la vida de los ciudadanos al delirio de las conquistas, pareciendo que miraban con disgusto que la revolucion tuviese el honor de dar la Bélgica á la Francia. Por lo demas, decian, no debe admirarse que el gobierno tenga estas intenciones y planes, porque el Directorio y los consejos están llenos de individuos de una Asamblea que se manchó con todos los crímenes.

Mas los patriotas que en materia de cargos é inculpaciones nunca andaban escasos, hallaban por el contrario demasiado débil al gobierno, y se manifestaban inclinados á culparle de condescendiente con los contra revolucionarios. Segun ellos, se permitia regresar á los clérigos y emigrados; se perdonaba diariamente á los conspiradores de vendimiario; no se usaba de suficiente severidad para que volviesen á los ejércitos los jóvenes de la requisa, y el empréstito forzoso se recaudaba muy lentamente, desaprobando en especial el sistema de hacienda que parecia estar proximo á adoptarse. Ya hemos visto que les habia irritado la idea

de suprimir los asignados, y que pidieron inmediatamente los medios revolucionarios que elevaron el papel á la par en 1793. El proyecto de recurrir á las compañías de hacienda y establecer un banco, alarmó todas sus preocupaciones. Decian que el gobierno iba á ponerse en manos de los agiotistas, á arruinar los asignados, estableciendo un banco, y á destruir el papel moneda de la república, para sustituirle otro particular de la creacion de los agiotistas. Indignáronse por la supresion de las raciones, pues el devolver las subsistencias al comercio libre, y no seguir manteniendo á la ciudad de Paris, era un ataque á la revolucion, era querer matar de hambre al pueblo y despecharle. En este punto parecia que estaban de acuerdo los periódicos realistas con los jacobinos, y todos los partidos llenaron de vituperios al ministro Benezech.

Otra providencia se tomó que acabó de irritar á los patriotas contra el nuevo gobierno. La ley del 3 de brumario, al indultar todos los hechos relativos á la revolucion, esceptuaba sin embargo, los crimenes particulares, como robos y asesinatos, que quedaban como siempre sujetos á la aplicacion de las leyes. De este modo se continuaban las persecuciones empezadas durante los últimos tiempos de la Convencion contra los autores de los asesinatos de setiembre, como ordinarios contra el homicidio. Al mismo tiempo se juzgaba á los conspiradores de vendimiario, y casi todos quedaban libres; pero las sentencias contra los autores de setiembre eran por el contrario rigorosas en estremo. Subleváronse los patriotas. El llamado Babœuf, jacobino obstinado, encarcelado ya en pradial, y que

a la sazon se hallaba libre por efecto de la ley de amnistía, empezó á redactar un periódico á imitacion de Marat, con el título de *Tribuno del pueblo*. Ya se entiende lo que podia ser la imitacion de semejante modelo. El periódico de Babœuf, mas violento que el de Marat, no era cínico sino chabacano. Todo lo que habian producido las circunstancias estraordinarias se reducia en él á sistema, y se sostenia con una estravagancia y un delirio de que no habia ejemplo. Cuando las ideas que han preocupado los ánimos tocan ya á su fin, suelen quedar impregnadas en algunas cabezas, y se convierten en manía y en imbecilidad. Babœuf era el corifeo de una secta de locos que sostenian no haberse completado los asesinatos de setiembre, y que era preciso renovarlos, haciéndoles generales para que fuesen definitivos. Predicaban públicamente la ley agraria, que no se habian atrevido á hacer los mismos hebertistas, y se servian de una nueva espresion, la *felicidad comun*, para indicar el objeto de su sistema. La espresion sola caracterizaba en ellos el último grado del absolutismo demagógico y no podia menos de estremecer la lectura de los artículos de Babœuf. Los hombres de buena fé le miraban con lástima; los aprensivos fingian creer en la proximidad de un nuevo terror, y á decir verdad las sesiones de la sociedad del Panteon daban especioso pretesto á sus temores. En el vasto local de Santa Genoveva era donde como hemos dicho, empezaron su nuevo club los jacobinos. Mas numerosos que nunca, pues eran cerca de cuarenta mil, gritaban todos á un tiempo hasta hora muy avanzada de la noche; poco á poco habian ido traspasando los límites de la constitucion,

usando todo lo que se les prohibia, es decir, secretaría, presidencia y diplomas; en una palabra, habian recobrado el carácter de junta política. Allí declamaban contra los emigrados, los clérigos, los agiotistas sanguijuelas del pueblo, los proyectos de banco, la supresion de los asignados y los procedimientos instruidos contra los patriotas.

Como el Directorio se hallaba mas cimentado y temia mucho la contra-revolucion, empezaba á desear la aprobacion de los hombres moderados y racionales. Creyó deber castigar el desenfreno de la faccion jacobina, y teniendo los medios en la constitucion y en las leyes vigentes, resolvió emplearlos. Primero mandó recojer algunos números del periódico de Babœuf como incitador á la inobservancia de la constitucion. Despues hizo cerrar la sociedad del Panteon y otras muchas de la juventud dorada, en que habia bailes y se leian los periódicos; estas últimas se hallaban situadas en el Palacio Real y en el baluarte de los Italianos, con el título de *Sociedad del Ajedrez*, *Tertulia de los Príncipes, y Tertulia de las Artes*. Eran poco temibles, y se comprendieron en la resolucion por mostrar imparcialidad. Publicóse y se llevó á efecto la órden el dia 8 de ventoso (27 de febrero de 1796). Una resolucion que se pidió en los Quinientos añadió una condicion mas á las que imponia la constitucion á las sociedades populares, que no pudiesen constar de mas de sesenta individuos.

Viéndose acusado el ministro Benezech, por ambos partidos, quiso hacer dimision, pero el Directorio se negó á aceptarla y le escribió una carta que se dió al público, dándole gracias por sus servicios. Se siguió con el nuevo sistema de abas-

tos, y solo percibieron raciones los pobres, los censualistas y los funcionarios públicos. Tambien se trató de los infelices censualistas que cobraban siempre en papel, y ambos consejos decretaron que recibieran diez capitales por uno en asignados, aumento muy insignificante, porque los asignados no tenian ya mas que la ducentésima parte de su valor.

Añadió el Directorio á estas providencias la de retirar por fin á los diputados convencionales que estaban en comision, reemplazandoles con comisionados del gobierno. Estos comisionados en los ejércitos ó en las administraciones representaban al Directorio, vigilando por la ejecucion de las leyes. No tenian como en otro tiempo poderes ilimitados en los ejércitos, sino que solo en un caso urgente, cuando no bastaba el poder del general, como en una requisa de víveres ó de tropas, podian tomar una decision que se ejecutaba interinamente, quedando sometida á la aprobacion del Directorio. Habiéndose suscitado varias quejas contra muchos empleados elegidos por el Directorio al principio de su instalacion, mandó á estos comisionados civiles que inspeccionasen su conducta, recibiesen las quejas que contra ellos se diesen, y designasen los que convendria que fuesen reemplazados.

Tambien pensó en crear un ministerio especial de policia para vigilar sobre las facciones, que obligadas en la actualidad á ocultarse, iban á obrar clandestinamente. La policía es una atencion importante en los tiempos de revueltas. Las tres Asambleas precedentes habian consagrado á ella una numerosa comision, y el Directorio no

creyó deber dejarla entre las atribuciones accesorias del ministerio del interior, y propuso por lo tanto á los dos consejos instalar un ministerio especial. Alegó la oposicion que esta era una institucion inquisitorial, y era verdad, y desgraciadamente inherente á un tiempo de facciones, sobre todo de facciones tenaces y precisadas á conspirar misteriosamente. Aprobóse el proyecto y se encargó al diputado Cochon este nuevo ministerio. Tambien hubiera querido el Directorio leyes sobre la libertad de imprenta, pues la constitucion la declaraba indefinida, esceptuando las disposiciones que pudieran ser necesarias para reprimir sus abusos; pero ambos consejos, despues de una solemne discusion, se negaron á todo proyecto de ley represiva. Tambien se trocaron los frenos á la sazon, pues los partidarios de la revolucion, que debian serlo de la libertad ilimitada, pedian medios represivos; y la oposicion, cuyo oculto objeto se inclinaba mas á la monarquía que á la república, votó por la libertad indefinida: tanto arrastra el interés á los partidos! Por lo demas, la decision era muy cuerda. La imprenta puede ser enteramente libre y sin riesgo: solo la verdad es temible; la mentira nada vale, y cuanto mas exagera, mas se desacredita. Ningun gobierno ha perecido por mentiras. ¿Qué importa que un Babœuf encomiase la ley agraria, ni que una *Cotidiana* rebajase la grandeza de la revolucion, calumniase á sus héroes ó tratase de entronizar á unos príncipes desterrados? El gobierno debia dejar que vociferase: ocho dias de ponderaciones y mentiras gastan todas las plumas de los folletistas y libelistas. Pero un gobierno necesita mucho tiem-

po y filosofía para admitir estas verdades. Tal vez no era tiempo de que las hubiera oido la Convencion; pero el Directorio que existia con mas sosiego y apoyo, hubiera debido comenzar á comprenderlas y practicarlas.

Las últimas providencias del Directorio, tales como las de haber cerrado la sociedad del Panteon, negádose á aceptar la dimision del ministro Benezech, llamar á los convencionales en comision y mudar algunos empleados, produjeron el mejor efecto, tranquilizando á los que temian se produgese el terror, condenando al silencio á los que fingian temerle, y llenando los deseos de los hombres cuerdos, que anhelaban un gobierno superior á todos los partidos. La constancia y actividad de las tareas del Directorio no contribuyeron menos á grangearle aprecio. Se empezaba ya á columbrar una aurora de sosiego, y abrigar la esperanza de que duraria el régimen presente. Los cinco directores se habian dado cierta ostentacion. Barrás, hombre aficionado á los placeres, presidia en el Luxemburgo, y representaba en cierto modo á sus compañeros. La sociedad tenia casi el mismo aspecto que el año anterior, reinando en ella una mezcla singular de caracteres, absoluta libertad de costumbres, desenfrenado gusto de placeres, y refinado lujo. Las tertulias del director estaban llenas de generales, cuya educacion y fortuna se habian hecho en dos años; asentistas y agentes de negocios que se habian enriquecido con especulaciones y rapiñas, desterrados que volvian á su patria y procuraban acomodarse al gobierno, hombres de talento que empezando á creer en la república, deseaban conseguir algun puesto en ella, y

finalmente, intrigantes que hacian la córte al favor. En estas tertulias venian á lucir sus encantos mugeres de todas clases, y á interponer su influjo en ocasion en que todo estaba por pedir y por obtener. Si alguna vez se echaba de menos en los modales aquella decencia y dignidad que tanto se estima en Francia, y son el fruto de una sociedad culta, tranquila y esclusiva, reinaba en cambio estraordinaria libertad de imaginacion, y esa abundancia de ideas positivas que infunden la vista y práctica de las cosas grandes. Los hombres que componian esta sociedad no estaban sujetos al yugo de la rutina, ni repetian insulsas tradiciones; lo que sabian se lo debian á su esperiencia propia. Habian visto los grandes acontecimientos de la historia, y habian figurado y aun figuraban en ellos; asi que no es dificil comprender cuantas especies despertaria semejante espectáculo en almas jóvenes, ambiciosas y llenas de esperanza. Brillaba allí ante todos el general Hoche, que de soldado raso en las guardias francesas habia subido en una campaña á general en gefe, adquiriendo en dos años la educacion mas esmerada. Bien parecido, sumamente atento, celebrado como uno de los capitanes de su tiempo, y contando apenas veinte y siete años de edad, era la esperanza de los republicanos y el ídolo de todas aquellas mugeres enamoradas de la belleza, del talento y de la gloria. Al lado de él se descubria ya al jóven Bonaparte, que aun no tenia fama, pero cuyos servicios en Tolon y en el 13 de vendimiario eran conocidos, cuyo carácter y presencia admiraban por su singularidad, y cuyo ingenio chocaba no menos por su originalidad que por su vigor. En aquella so-

ciedad en que madama Tallien ostentaba su hermosura, y madama Beauharnais su gracia, madama de Staël desplegaba todo el brillo de su genio, sublimado por las circunstancias y la libertad.

Estos jóvenes llamados á dominar el estado elegian sus esposas á veces entre mugeres de antigua nobleza que se creian honradas con su eleccion, á veces de las familias enriquecidas en estos tiempos, que querian ennoblecer la fortuna con la reputacion. Bonaparte acababa de casarse con la viuda del desgraciado general Beauharnais, y cada uno pensaba hacer su suerte, que se la prometian grande. Multitud de carreras se abrian á la ambicion; la guerra en el continente, la guerra en el mar, la tribuna, la magistratura una gran república, en una palabra, que debia defenderse ó gobernarse, eran objetos sublimes dignos de entusiasmar los ánimos. El gobierno habia hecho últimamente una adquisicion preciosa, la de un ingenioso y profundo escritor que consagraba su jóven talento á reconciliar los ánimos con la nueva república. M. Benjamin-Constant acababa de publicar un folleto titulado *De la fuerza del gobierno*, que habia producido estraordinaria sensacion. En él demostraba la necesidad de unirse á un gobierno que era la única esperanza de la Francia y de todos los partidos.

Mas en medio de todo, lo que mas llamaba la atencion de los gobernantes era el estado de la hacienda, pues las últimas resoluciones no habian hecho mas que dilatar la dificultad. Se habia dado al gobierno cierta cantidad de bienes para vender, la facultad de empeñar los bosques y el emprestito forzoso, y se le habia dejado el molde de los asig-

nados como último recurso. Para anticipar al producto de estos varios recursos, habia creado, como hemos visto, sesenta millones de rescripciones, especies de pagarés reales, que debian realizarse con el primer dinero que entrase en caja, pero estas rescripciones obtuvieron curso con mucha dificultad. Los banqueros reunidos para acordar un proyecto de banco territorial, fundado en los bienes nacionales, se habian retirado al oir los vituperios pronunciados por los patriotas contra los agiotistas y traficantes. El empréstito forzoso se recaudaba con mucha mas lentitud de lo que se habia creido. La reparticion se apoyaba en bases muy arbitrarias, porque el empréstito debia efectuarse entre las clases mas acomodadas, y cada uno reclamaba, de modo que cada cuota del empréstito ocasionaba una discusion á los recaudadores. Apenas se habia cobrado en dos meses una tercera parte, sino algunos millones en numerario, y algunos miles de ellos en papel. No bastando estos recursos, hubo que recurrir al estremo que se dejó al gobierno, para que supliese á los demas, el molde de los asignados. En los dos últimos meses habian subido las emisiones á la inaudita suma de cuarenta y cinco mil millones. Veinte mil apenas habian dado ciento, porque los asignados solo valian la duocentésima parte de su título. El público no los queria decididamente á ningun precio, porque para nada servian, ni para el reintegro de los créditos que estaban suspendidos, ni para satisfacer mas que la mitad de los arrendamientos y contribuciones, porque la otra mitad se pagaba en especie; ni para los mercados, donde ó no se admitian, ó se recibian por un valor reduci-

do; finalmente, ni para la venta de los bienes, en que se les tomaba al mismo precio de los mercados, subiendo siempre en las almonedas las puestas á proporcion de la baja del papel. No se podría por tanto emplearlos en cosa que les diese ningun valor. Una emision cuyo término no se conocia, hacia esperar que se llegaria á cifras desusadas, que significarian las mas módicas sumas. El millar de millon indicaba cuando mas un millon, y habia llegado ya á verificarse aquella caida de que hablamos antes cuando se rehusó prohibir las subastas en la venta de los bienes.

Aquellos en quien la revolucion habia dejado sus preocupaciones, porque todos los sistemas y poderes dejan alguna, querian que se echase mano de los asignados suponiendo gran cantidad de bienes en hipoteca, empleando medios violentos para hacerlos circular. Pero nada mas imposible de restablecer en el mundo que la reputacion de una moneda: era pues preciso renunciar á los asignados.

Acaso preguntará alguno ¿por qué no se abolia desde luego el papel moneda reduciéndole á su valor efectivo, que era de doscientos millones á lo mas, y exigiendo el pago de las contribuciones y de los bienes nacionales en efectivo ó en asignados al curso? En efecto, el numerario volvia á aparecer y con alguna abundancia, especialmente en las provincias, de modo que era un verdadero error temer su escasez, porque existía por doscientos millones en la circulacion; pero otra razon impidió renunciar al papel moneda. La única riqueza, es preciso decirlo siempre, consistia en los bienes nacionales, cuya venta no parecia se-

gura ni inmediata. No pudiendo, pues, esperar á que su valor viniese espontáneamente al tesoro por medio de las ventas, era preciso representarle de antemano el papel y emitirle para retirarle en seguida; en una palabra, era preciso gastar el dinero antes de haberlo recibido, cuya necesidad de gastar antes de efectuar la venta, hizo pensar en la creacion de otro papel nuevo.

Las cédulas hipotecarias que no eran otra cosa que una hipoteca especial para cada finca, ocasionaban mucho entorpecimiento, porque era preciso que espresasen las circunstancias de cada una; por otra parte, dependian de la voluntad del tomador y no zanjaban la verdadera dificultad. Se ideó un papel que con el nombre de libramientos, representaba un valor fijo en bienes. Toda finca se habia de entregar sin subasta, por una mera acta y por un precio en libramientos igual al de 1790 (veinte y dos veces el producto). Debian crearse dos mil cuatrocientos millones de estos libramientos y aplicarles inmediatamente dos mil cuatrocientos millones de bienes segun la tasacion de 1790. Estos libramientos no podian sufrir mas variacion que la de los bienes mismos, pues representaban una cantidad fija. No podian, á la verdad, hallarse á la par del dinero, porque los bienes no valian lo que en 1790; pero debian tener el mismo valor de los bienes.

Se resolvió emplear parte de estos libramientos en retirar los asignados, cuyo molde se rompió el 30 de pluvioso año IV (19 de setiembre). Se habian emitido cuarenta y cinco mil quinientos millones; y por las diferentes entradas ó del empréstito, ó de lo atrasado, la cantidad en circula-

cion se habia reducido á treinta y seis mil millones, y debia serlo bien pronto á veinte y cuatro. Estos veinte y cuatro mil millones reduciéndolos á la trigésima parte representaban ochocientos, y asi se decretó que se cambiasen por ochocientos millones de libramientos, que era una liquidacion del asignado á la trigésima parte de su valor nominal. Ademas debian emitirse para el servicio público seiscientos millones de libranzas, y los mil restantes encerrarse en el arca de tres llaves, saliendo de ella por decreto y segun la necesidad lo dictase.

Esta creacion de los libramientos era una reimpresion de los asignados con una cifra menor, otra denominacion y un valor determinado respecto á los bienes. Era como si se hubiese creado ademas de los veinte y cinco mil millones, que debian quedar en circulacion, cuarenta y ocho mil millones distintos, que hubieran hecho setenta y dos mil; era como si se hubiese decidido que se recibieran estos setenta y dos mil millones en pago de los bienes por treinta veces el valor de 1790, que suponian dos mil cuatrocientos millones de bienes hipotecados. La cifra pues, se hallaba reducida, fijada la relacion con los bienes y variado el nombre.

Creáronse los libramientos el 26 de ventoso (16 de marzo), é inmediatamente hubo que poner los bienes en venta y entregarse al portador del libramiento por una simple escritura. La mitad del precio debia pagarse en la primera década, y el resto en tres meses. Los bosques nacionales se hallaban aparte y los dos mil cuatrocientos millones de bienes se tomaban sobre las fincas de menos de trescientas fanegas. Inmediatamente se to-

maron las resoluciones que necesita la adopcion de un papel moneda. Siendo el libramiento la moneda de la república, todo debia pagarse en libramientos; los créditos estipulados en metálico, los alquileres, los arriendos, los intereses de capitales, las contribuciones, escepto las atrasadas, las rentas sobre el estado, las pensiones y las asignaciones de los empleados. Sobre la contribucion territorial hubo grandes discusiones. Los que preveian que los libramientos podian decaer como el asignado, querian que para asegurar al estado una entrada cierta, se siguiese pagando aquella en especie. Se les opuso las dificultades de la percepcion, y se decidió que tendria lugar en libramientos como la de las aduanas, derechos de registros, timbres, correos etc. No se contentaron con esto, se creyó deber acompañar la creacion del nuevo papel con la severidad que por lo comun se emplea en el uso de los valores forzados, y se declaró que el oro y la plata no se considerarian ya como mercancías ni se podria vender el papel por oro, ni el oro por papel. Despues de las pruebas que se habian hecho, esta medida era miserable. Otra acababa de tomarse al mismo tiempo, que no lo era menos, y que perjudicó en la opinion al Directorio, que fué el haber cerrado la Bolsa. Hubiera debido saber que el suprimir un mercado público, no impide que se abran mil en otra parte.

Fué gravísimo el error que cometió el gobierno creando esta nueva moneda, y disponiendo que sirviese en todas partes de metálico, pues aun sosteniéndose, jamás podia el libramiento igualar al precio del dinero. Aquel valia si se quiere tanto como la tierra, pero no mas, y esta no valia la mi-

tad que en 1790; de modo que una finca, aunque fuese patrimonial, de cien mil francos, no podria pagarse con cincuenta mil en dinero. ¿Cómo pues cien mil francos en libramientos habian de valer cien mil en efectivo? Al menos hubiera convenido admitir esta diferencia. El gobierno debia, pues, ademas de todas las demas causas de descrédito, hallar inmediatamente una equivocacion dimanada del menoscabo de los bienes.

Era tanta la urgencia del gobierno, que mientras se imprimian los libramientos mandó circular simples promesas de ellos y desde el mismo instante comenzaron á emitirse por un precio muy inferior á su valor nominal, lo cual produjo inquietudes, pues se dijo que el nuevo papel en que tanto se esperaba, iba á caer como los asignados, y dejar á la república sin ningun recurso. Sin embargo, habia una causa para este descrédito anticipado que podia remediarse pronto. Debian redactarse instrucciones para el uso de las administraciones locales, para arreglar los casos sumamente complicados que de la venta de los bienes por mera escritura se originasen, trabajo que exigia mucho tiempo y retrasaba la operacion de las ventas. Entretanto se desacreditaban los libramientos y se decia que bajaria su valor con tanta rapidez, que el estado no podria empezar las ventas y abandonar los bienes por un valor nulo; que iba á suceder con los libramientos lo que con los asignados, que se reducirian sucesivamente á nada, y entonces se le recibiria en pago de bienes, no por su valor de emision, sino por su valor reducido. Los malévolos daban á entender asi que el nuevo papel era un engaño; que nunca se enagena-

rian los bienes, y que la república queria reservárselos como una prenda aparente y eterna de todas las especies de papel que quisiera emitir; sin embargo se abrieron las ventas, y fueron muchas las suscriciones. El libramiento de cien francos habia bajado á quince y subió sucesivamente á treinta y cuarenta, y en algunos puntos á ochenta y ocho francos. Hubo, pues, por algunos momentos esperanza de que saldria bien la nueva operacion.

Estas eran las ocupaciones del Directorio, mientras que las facciones conjuradas contra él trabajaban secretamente. Los agentes realistas continuaban sus secretos manejos, pues la muerte de Le-Maitre no les habia dispersado, y Brottier, absuelto, era ahora el gefe de la agencia. Habíansele unido Duverne de Presle, Laville-Heurnois y Despomelles, que formaban clandestinamente la junta real. Estos miserables revoltosos no tenian ningun influjo; intrigaban, pedian dinero con mucho ahinco, escribian muchas cartas y prometian maravillas; todos eran el conducto entre el pretendiente y la Vendée, en donde tenian muchos agentes. Persistian en sus ideas, y viendo que la insurreccion reprimida por Hoche estaba próxima á espirar, se confirmaban cada vez mas en su sistema de hacerlo todo en Paris, hasta por medio de un movimiento en el interior. Se jactaban como en el tiempo de la Convencion de hallarse en relaciones con varios diputados del nuevo tercio, pretendiendo que era preciso contemporizar, formar la opinion por medio de los periódicos, desacreditar al gobierno, y prepararlo todo para que las elecciones del siguiente año diesen un nuevo tercio

de diputados enteramente contra-revolucionarios. Asi se lisongeaban de destruir la constitucion republicana, por medio de la constitucion misma; plan que ciertamente era el menos quimérico, y el que da mas favorable idea de su inteligencia.

Los patriotas por su parte preparaban maquinaciones, pero mas peligrosas por los medios que á su disposicion tenian. Espulsados del Panteon y condenados enteramente por el gobierno que se habia separado de ellos y quitádoles sus destinos, se habian declarado contra él, y héchose sus irreconciliables enemigos. Viéndose perseguidos y atentamente observados, no hallaron otro recurso mas que conspirar con el mayor sigilo, de modo que no pudiera averiguarse quiénes eran los corifeos. Cuatro habian elegido para formar un directorio secreto de salvacion pública, de ellos eran Babœuf y Drouet. Este directorio debia estar en comunicacion con doce agentes principales que no se conocian unos á otros, y que se hallaban encargados de organizar sociedades de patriotas en todos los barrios de Paris. Los doce agentes obraban asi cada uno por su parte, pero no podian descubrir el nombre de los cuatro individuos del directorio secreto, sino que debian hablar y hacerse obedecer en nombre de una autoridad misteriosa y suprema, creada para dirigir los esfuerzos de los patriotas al fin que llamaban ellos *felicidad comun*. De este modo no podia darse apenas con los hilos de la conspiracion, porque aun suponiendo que se descubriese uno, los demas quedaban siempre ignorados. Establecióse en efecto esta organizacion al tenor del proyecto de Babœuf, y en todo Paris existian sociedades de patriotas

que recibian impulso de una autoridad desconocida por medio de los doce agentes principales.

Procuraban Babœuf y sus compañeros averiguar cual seria el medio de verificar lo que ellos llamaban *emancipacion*, y á quién se daria la autoridad, si se degollaba al Directorio, se dispersaban los consejos, y se ponia al pueblo en posesion de su soberania. Desconfiaban ya demasiado de las provincias y de la opinion para arriesgarse á una eleccion y llamar otra Asamblea nueva; antes bien querian nombrar una compuesta de jacobinos selectos, sacados de cada departamento. La eleccion debian hacerla ellos mismos, completando esta Asamblea con todos los montañeses de la antigua Convencion que no habian sido reelegidos. Ni todos los montañeses les ofrecian suficiente confianza, porque muchos en los últimos tiempos de la Convencion se habian adherido á lo que llamaban ellos medidas liberticidas, y aun aceptado cargos del Directorio; sin embargo, se pusieron al fin de acuerdo sobre la admision en la nueva Asamblea sesenta y ocho de ellos que pasaban por los mas puros. Esta Asamblea queria apropiarse todos los poderes hasta que se asegurase la *felicidad comun*.

Era necesario entenderse con los convencionales no reelegidos, que la mayor parte estaban en Paris, á cuyo efecto Babœuf y Drouet entraron en relacion con ellos. Hubo grandes discusiones acerca de los medios que debieran elegirse. Los convencionales hallaban demasiado estraordinarios los que el directorio insurreccional proponia, pues querian el restablecimiento de la antigua Convencion con la organizacion prescrita por la

Constitucion de 1793. Al fin llegaron á entenderse, y se preparó el levantamiento para el mes de floreal (abril y mayo). Los medios que se proponia el directorio secreto eran verdaderamente terribles: desde el principio se habian puesto en correspondencia con las principales ciudades de Francia, para que la revolucion fuese en todas partes simultánea y semejante. Los patriotas debian salir de sus barrios con banderolas que llevarian escritas estas palabras: *Libertad, Igualdad, Constitucion de* 1793, *felicidad comun*. Todo el que hiciese resistencia al pueblo soberano recibiria la muerte. Debia degollarse á los cinco directores, á varios individuos de los Quinientos y al general del ejército interior; apoderarse en seguida del Luxemburgo, de la tesorería, del telégrafo, de los arsenales y del depósito de artillería de Meudon. Para obligar al pueblo á sublevarse y no recibir la *paga de vanas promesas*, se debia obligar á todos los habitantes acomodados á alojar y mantener á cuantos hubiesen tomado parte en la insurreccion. Los panaderos y taberneros tenian que proveer de pan y bebida al pueblo; mediante una indemnizacion que les pagaria la república, y so pena de quedar colgados de los faroles en caso de que lo rehusasen. Todo soldado que se pasase á la insurreccion tendria su equipo en propiedad, recibiria una suma de dinero y tendria facultad para volverse á su casa. Asi se esperaba ganar á los que servian disgustados; y en cuanto á los soldados de profesion, que habian tomado aficion á la guerra, se les dejaba saquear las casas de los realistas. Para tener completos los ejércitos y reemplazar á los que se volviesen á su casa, se

proponian conceder á los soldados tales ventajas, que espontáneamente acudirian muchos voluntarios nuevos.

Tales eran las terribles y descabelladas combinaciones que concibieron aquellos hombres desesperados. Designaron á Rossignol, ex-general de la Vendée, para el mando del ejército parisiense sublevado, y practicaron diligencias con la legion de policía que formaba parte del ejército del interior, compuesta toda de patriotas, gendarmes de los tribunales y antiguos guardias franceses. Se amotinó en efecto, pero demasiado pronto, y quedó disuelta por el Directorio. El ministro de policía Cochon que observaba los progresos de la conspiracion, cuya revelacion debió á un oficial del ejército del interior á quien quisieron alistar, la dejó que continuase para descubrirlo todo. El 20 de floreal (9 de mayo), Babœuf, Drouet y los demas gefes y agentes debian reunirse en la calle de Bleue, en casa de un ebanista; pero varios oficiales de policía situados en las inmediaciones, se apoderaron de los conspiradores y los condujeron inmediatamente á la cárcel. Prendieron ademas á los ex-convencionales Laignelot, Vadier, Amar, Ricord, Choudieu, al piamontés Buonarotti, al individuo que fué de la Asamblea legislativa Antonelle y Pelletier de Saint-Fargeau, hermano del que fué asesinado. Pidióse al momento en los dos consejos la formacion de causa á Drouet, que era individuo de los Quinientos, y á todos se les remitió ante la suprema sala nacional, que aun no se habia organizado, y que se empezó á efectuar desde luego. Babœuf tan orgulloso como fanático, escribió al Directorio una carta muy rara que descubria

el delirio de su imaginacion, en que decia:—«Soy un poder, y asi no temais tratar conmigo de igual á igual, porque soy gefe de una secta formidable que no destruireis por enviarme al cadalso, y que se irritará mas y será mas temible despues de mi suplicio. Vosotros no teneis mas que un hilo de la conspiracion, y de nada os sirve haber arrestado á algunos individuos; gefes renacerán á cada momento. Absteneos de derramar sangre inútil, y ya que hasta ahora no habeis hecho mucho ruido, no paseis adelante, y entrad en negociaciones con los patriotas, que se acuerdan fuísteis en otro tiempo republicanos sinceros, y os perdonarán si quereis uniros para salvar la república.»

El Directorio no hizo caso alguno de tan estravagante carta, y mandó se instruyera el proceso; cuyo procedimiento debia ser largo porque se querian observar todos los trámites. Este último acto de energía acabó de consolidar al Directorio en la opinion general. Se acercaba el fin del invierno, las facciones estaban vigiladas y contenidas, la administracion dirigida con celo y cuidado, y solo daba alguna inquietud el nuevo papel moneda, aunque no dejó de suministrar los recursos indispensables para hacer los primeros preparativos de la campaña que iba á empezarse. En efecto, habia llegado la estacion de las operaciones militares. El ministerio inglés, astuto siempre en su política, habia dado algunos pasos con el gobierno francés, como lo exigia la opinion pública, encargando á su agente en Suiza, Wickam que dirigiese cuestiones insignificantes al ministro de Francia Barthelemy. Esta insinuacion que se hizo en 17 de ventoso (7 de marzo de 1796) tenia por objeto pre-

guntar si la Francia se hallaba dispuesta á la paz, si consentiria en un congreso para discutir sus condiciones, y si querria fijar de antemano las bases principales en que estuviese resuelta á tratar. Semejante paso solo era una inútil satisfaccion que daba á su nacion Pitt, para que le autorizasen, vista la negativa de la Francia, á pedir nuevos sacrificios. Si en efecto, Pitt hubiese sido sincero, no hubiera encargado tal negociacion á un agente sin poderes, ni hubiera pedido un congreso europeo, que por la complicacion de las cuestiones no podia conducir á nada, y que la Francia ademas habia negado al Austria por medio de Dinamarca; no hubiera tratado de averiguar, en fin, bajo qué bases debia hacerse la negociacion, porque sabia que segun la constitucion, los Paises-Bajos eran ya parte del territorio francés, y no podia el gobierno actual consentir en desprenderse de ellos. El Directorio que no queria pasar por ignorante, hizo responder á Wickam, que ni la forma ni el objeto de este paso daban indicios de que fuese sincero; que por lo demas, para prueba de sus pacíficas intenciones consentia en dar respuesta á unas preguntas que no la merecian, declarando que su voluntad era tratar únicamente segun las bases fijadas por la constitucion, lo cual daba tanto como anunciar definitivamente que la Francia jamás renunciaria á la Bélgica. La carta del Directorio, escrita con oportunidad y resolucion, se publicó con la de Wickam, que era el primer ejemplar de una diplomacia franca y enérgica sin presuncion.

Aprobóse generalmente la conducta del Directorio, preparándose en Europa por una y otra parte á romper las hostilidades. Pitt pidió al parlamento

un nuevo empréstito de siete millones de libras esterlinas, y procuró negociar otro de tres millones para el emperador. Habia trabajado mucho con el rey de Prusia para sacarle de su neutralidad, y comprometerle en la lucha, ofreciéndole fondos, y asegurándole que al fin de la guerra, cuando todos los partidos estuvieran estenuados, él tendria una superioridad decidida. No queriendo el rey de Prusia incurrir en sus pasados errores, no dió oidos al engaño, y persistió en su neutralidad. Parte de su ejército se hallaba en Polonia para la incorporacion de las nuevas conquistas, y parte se estendia á lo largo del Rin, dispuesto á defender la línea de neutralidad contra la potencia que la rompiese, y á tomar bajo su proteccion á los estados imperiales que reclamasen la mediacion de Prusia. La Rusia fecunda siempre en promesas, no enviaba todavía sus tropas, y se ocupaba en organizar la parte de territorio que en Polonia le habia tocado.

Orgullosa el Austria por sus triunfos al fin de la campaña anterior, se preparaba con ardor á la guerra abrigando las mas lisonjeras esperanzas. El general á quien debia este pequeño favor de la fortuna, se hallaba, sin embargo, destituido á la sazon, á pesar de todo el brillo de su gloria. Clerfayt, pues, que tuvo la desgracia de desagradar al consejo aúlico en el mando del ejército del bajo Rin, fué remplazado por el jóven archiduque Cárlos, de quien se esperaba mucho, aunque no daba muestra aun de sus talentos, pero que descubrió en las anteriores campañas las prendas de un buen oficial. Wurmser seguia mandando el ejército del alto Rin, y para decidir al rey de Cerdeña á que

prosiguiese la guerra, se envió un considerable refuerzo al ejército imperial que se batia en el Piamonte, dándole por gefe al general Beaulieu que habia adquirido mucha reputacion en los Paises-Bajos. La España, que empezaba á gozar los beneficios de la paz, observaba la nueva lucha que iba á empezarse, y comprendiendo mejor sus verdaderos intereses, anhelaba el triunfo de la Francia.

Solícito el Directorio, como todo gobierno nuevo, y deseoso de distinguir su administracion, meditaba grandes planes. Habia puesto sus ejércitos en un estado de fuerza respetable, pero solo habia podido enviarles hombres sin las necesarias provisiones. Toda la Bélgica debia contribuir para el sosten del ejército de Sambre y Mosa, haciéndose estraordinarios esfuerzos para mantener el del Rin en medio de los Vosgos; pero ni se les pudo facilitar medios de trasporte, ni remontar su caballería. El ejército de los Alpes habia vivido de los almacenes cogidos á los austriacos despues de la batalla de Loano; pero carecia de uniformes y calzado, y sufrian atraso en las pagas; de suerte que la victoria de Loano no habia producido resultado alguno. Los ejércitos de las provincias occidentales se hallaban, merced á los cuidados de Hoche, en mejor estado que todos los demas, sin que por eso estuviesen provistos de cuanto necesitaban. A pesar de estas escaseces, nuestros ejércitos acostumbrados á sufrir, á vivir de industria, y aguerridos ademas con sus victoriosas campañas, estaban dispuestos á nuevos triunfos.

Hemos dicho que el Directorio meditaba vastos proyectos, proponiéndose concluir en la primavera la guerra de la Vendée, y tomar despues la

ofensiva en todos los puntos. Su objeto era llevar los ejércitos del Rin á Alemania para sitiar y bloquear á Maguncia, completar la sumision de los príncipes del imperio, aislar el Austria, trasladar el teatro de la guerra al seno de los estados hereditarios, y sostener á sus tropas á espensas del enemigo en los ricos valles del Mein y del Necker. Mayores pensamientos tenia aun sugeridos por el general Bonaparte respecto de Italia. Como no se habia sacado partido de la victoria de Loano, era preciso, segun este jóven oficial, conseguir otra, decidir á la paz al rey del Piamonte ó quitarle sus estados, atravesar en seguida el Pó, y pasar á arrebatar al Austria la mas hermosa flor de su corona, la Lombardía. Este era el teatro de las operaciones decisivas, donde debian darse los golpes mas sensibles al Austria, conquistar equivalentes para pagar á los Paises-Bajos, decidir la paz y tal vez dar libertad á la hermosa Italia. Por otra parte se iba á sostener y restaurar nuestro mas pobre ejército en medio del pais mas fértil de la tierra.

Decidido el Directorio á continuar en estas ideas, hizo algunas variaciones en el mando de sus ejércitos. Jourdan conservó el que habia merecido á la cabeza del ejército de Sambre y Mosa. Pichegrú, traidor á su patria, y de cuyo crímen ya se sospechaba, fué remplazado por Moreau, que mandaba en Holanda, ofreciendo al primero la embajada de Suecia, que rehusó. Beurnonville, poco ha vuelto de su cautiverio, sustituyó á Moreau en el mando del ejército francés de Holanda. Scherer, de quien se estaba disgustado porque no habia sabido aprovecharse de la victoria de Loano, fué separado; y queriendo un jóven emprendedor que intentase

una campaña atrevida; habiéndose distinguido ya Bonaparte en el ejército de Italia, y pareciendo ademas que estaba muy penetrado de las ventajas de una marcha al otro lado de los Alpes, se le creyó el hombre mas á propósito para reemplazar á Scherer. En efecto, se le promovió de comandante del ejército del interior al de Italia y partió inmediatamente para trasladarse á Niza, tan lleno de entusiasmo y alegría, que dijo al tiempo de marchar, que dentro de un mes estaria en Milan ó en Paris. Parecia temerario aquel aserto hijo del entusiasmo, pero en un jóven y cuando se trataba de una empresa atrevida, no dejaba de ser muy buen agüero.

Iguales variaciones se hicieron en los tres ejércitos que guardaban las provincias rebeldes. Hoche, llamado á Paris para concertar con el Directorio un plan que terminase la guerra civil, obtuvo el mas justo favor, y recibió las mayores muestras de aprecio. Conociendo el Directorio la profundidad de sus planes, los aprobó todos; y para que nadie pudiese malograr su ejecucion, reunió los tres ejércitos de las costas de Cherburgo, las de Brest y del Oeste en uno solo bajo el título de ejército de las costas del Occéano, y le dió el mando superior. Era el mayor ejército de la república, porque ascendia á cien mil hombres, ocupaba muchas provincias, y exigia en el gefe una reunion de facultades civiles y militares absolutamente estraordinarias. Mando tan dilatado era la mayor prueba de confianza que podia darse á un general y Hoche la merecia ciertamente, porque á la edad de veinte y siete años poseia tantas cualidades militares y civiles que á veces suelen ser

peligrosas á la libertad, sin embargo de que á pesar de no carecer de ambicion, no tenia la criminal audacia que puede conducir á un capitan ilustre á desear otro carácter que el de ciudadano. Era republicano sincero, y se igualaba á Jourdan en patriotismo y probidad, por lo que podia la libertad aplaudir sus triunfos sin temor y desearle nuevas victorias.

Hoche pasó un mes sin temor en Paris, y volvió inmediatamente al Oeste para terminar la pacificacion de la Vendée á fines del invierno ó principios de la primavera. Su plan de desarme y pacificacion fué redactado en artículos y convertido en decreto por el Directorio. Segun este plan debia rodear todas las provincias rebeldes un cordon de desarme, y recorrerlas sucesivamente, y mientras se conseguia su completa pacificacion, estaban sometidas al régimen militar. Todas las ciudades quedaban declaradas en estado de sitio. Estaba erigido en principio que el ejército debia vivir á espensas del pais rebelde; por consiguiente Hoche estaba autorizado á percibir el impuesto y empréstito forzoso en especie ó en metálico, como le conviniera, formando almacenes y cajas para el mantenimiento del ejército Las ciudades á quienes sitiaban por hambre los campos, debian abastecerse militarmente por medio de columnas destinadas á las principales de ellas. Se concedia perdon á todos los rebeldes que depusiesen las armas. En cuanto á los gefes, los que fuesen sorprendidos con las armas en la mano serian fusilados. Los que se sometiesen, ó quedarian arrestados, ó en observacion en determinados puntos, ó conducidos fuera de la Francia. Aprobando el Directorio el pro-

yecto de Hoche, que consistia en pacificar desde luego la Vendée antes de pensar en Bretaña, le autorizaba á terminar sus operaciones en la ribera izquierda del Loira, antes de conducir sus tropas á la derecha. Asi que quedase enteramente sometida la Vendée, deberia abrazar toda la Bretaña una línea de desarme desde Granville hasta el Loira, y adelantarse asi recorriendo la península bretona, hasta el estremo de Finisterre. Hoche era quien debia fijar el momento en que pareciéndole sometidas ya estas provincias, se librasen del régimen militar, y se rigieran por el sistema constitucional.

Llegó Hoche á Angers á mediados de enero, y halló muy desconcertadas por su ausencia las operaciones, pues dependiendo el resultado de su plan del modo con que se ejecutase, exigia indispensablemente su presencia, y no habia sabido suplirla bien el general Willot. Hacia muy pocos progresos la línea de desarme, y Charette la habia roto y pasado á retaguardia, sucediendo lo mismo con el sistema regular de provisiones, pues se habia continuado mal, faltando muchas veces al ejército lo necesario, por lo que habia vuelto á entregarse de nuevo á la indisciplina, cometiendo tropelías capaces de enemistar á los habitantes. Sapinaud, despues de haber hecho, como hemos visto, una tentativa hostil sobre Montaigú, obtuvo del general Willot una paz ridícula, en que Hoche no podia consentir. Finalmente, Stofflet haciendo siempre de príncipe y Bernier de primer ministro, se engrosaban con los desertores que abandonaban á Charette y hacian preparativos en secreto. Las ciudades de Nantes y Angers carecian de víveres. Los patriotas refugiados de los paises inmediatos,

se habian amontonado en ellas, y se entregaban en los clubs á furibundas declaraciones propias de jacobinos. Ultimamente circuló la noticia de que se habia llamado á Hoche á Paris para quitarle el mando. Los unos decian haberle depuesto por realista, y los otros por jacobino.

Con su presencia se disiparon todos estos rumores comenzando á reparar los males causados por su ausencia, pues hizo que se volviera á empezar el desarme, se llenasen los almacenes y se abasteciesen los pueblos. Declaró á todos en estado de sitio, y como estaba autorizado para ejercer la dictadura militar; cerró los clubs jacobinos formados por los refugiados, y especialmente una sociedad conocida en Nantes con el título de *Cámara ardiente*; se negó á ratificar la paz otorgada á Sapinaud; hizo ocupar su pais, dejándole en la alternativa de salir de Francia ó correr por los bosques, so pena de ser fusilado si caia en sus manos. Mandó estrechar á Stofflet mas que nunca, y empezar las persecuciones contra Charette, confiando al ayudante general Travot, que á una grande intrepidez unia toda la actividad de un partidario, el cuidado de perseguirle con varias columnas de infanteria ligera y caballería, de modo que no le dejase ni sosiego ni esperanza.

En efecto, Charette perseguido dia y noche, no tenia ya medio ninguno de librarse. Los habitantes del Marais desarmados y vigilados, no podian prestarle ya ningun socorro. Habian entregado mas de siete mil fusiles, algunas piezas de cañon, cuarenta barriles de pólvora, y les era imposible volver á tomar las armas; ademas de que aun cuando hubieran podido, no lo hubiera hecho, por que se

hallaban muy contentos con la tranquilidad de que gozaban y temian esponerse á nuevas devastaciones. Los paisanos iban á enterar á los oficiales republicanos, de los caminos por donde pasaba Charette, las guaridas donde reposaba algunos momentos, y cuando podian apoderarse de algunos de los que le acompañaban, los entregaban al ejército. Charette, escoltado apenas por un centenar de fieles servidores y seguido de algunas mugeres que servian á sus placeres; no pensaba sin embargo en rendirse. Lleno de confianza hacia asesinar á veces á sus patrones cuando creia que le delatarian, y se dice que dió muerte á un cura porque sospechaba le habia denunciado á los republicanos. Travot le encontró muchas veces, le mató unos sesenta hombres, y varios oficiales, entre ellos á un hermano; de modo que no le quedaban sino cuarenta ó cincuenta hombres.

Mientras Hoche le perseguia sin descanso y llevaba adelante su proyecto de desarme, Stofflet se veia rodeado por todas partes, y conocia que destruidos Charette y Sapinaud, y sometidos los chuanes todos, no se sufriria por mas tiempo la especie de señorio que se habia abrogado en el Anjou, y asi creyó que no era bien esperar para obrar á que todos los realistas quedasen esterminados; y alegando por pretesto un reglamento de Hoche, levantó otra vez el estandarte de la revolucion y volvió a las armas. Hoche se hallaba en este momento en las orillas del Loira, é iba á pasar el Calbados para juzgar por sí mismo del estado de la Normandía y la Bretaña. Suspendió, pues, su marcha, y se preparó para coger á Stofflet antes que tomase incremento su rebeldia; por

lo demas estaba muy contento con que el mismo Stofflet le hubiese proporcionado ocasion para romper la paz. Esta guerra le daba poco cuidado, permitiéndole tratar al Anjou como al Marais y la Bretaña, y puso en movimiento sus columnas de muchos puntos á la vez, del Loira, del Layon y del Sevre nantés. Acometido Stofflet por todas partes, no sabia donde quedarse. Los paisanos de Anjou eran mas sensibles aun á los beneficios de la paz que los de Marais, no habian respondido al llamamiento de su antiguo gefe, y le habian dejado comenzar la guerra con la mala gente del pais y los emigrados que llenaban su campo. Quedaron dispersadas dos partidas que habia formado, y él mismo se vió precisado como Charette á correr por los bosques; pero carecia de la obstinacion y destreza de este gefe, y su pais no estaba tan bien dispuesto para ocultar una cuadrilla de guerrilleros. Sus mismos secuaces le entregaron, pues llamado á una quinta con el pretesto de una conferencia, fué cogido, atado y abandonado á los republicanos. Se asegura que su fiel ministro, el abate Bernier tomó parte en esta traicion; de todos modos la prision de este gefe era de suma importancia por el efecto moral que debia producir en aquellos paises, fue conducido á Anjers, y despues de sufrir un interrogatorio, le fusilaron el 7 de ventoso (26 de febrero) en presencia de un inmenso gentio.

Causó esta noticia un gozo estraordinario é hizo presagiar que presto terminaria la guerra civil en estos desgraciados paises. Hoche, en medio de tan penosos afanes, como proporcionaba este género de guerra, se hallaba disgustado por otros

motivos. Los realistas le llamaban naturalmente malvado y asesino, aunque procuraba destruirles por las vías mas legales; pero los mismos patriotas le atormentaban con sus calumnias; los refugiados de la Vendée y la Bretaña, cuyos furores reprimia, reprendiendo su pereza, dejando de alimentarles asi que podian estar ya seguros en sus casas, le denunciaban al Directorio. Las administraciones de las ciudades que ponia en estado de sitio reclamaban contra el establecimiento del sistema militar, y tambien le denunciaban. Los Ayuntamientos á que imponia multas ó apremios se quejaban á su vez; de modo que era un contínuo clamoreo de quejas y reclamaciones. Hoche, cuyo carácter era irritable, se vió desesperado muchas veces, é hizo formalmente su dimision, pero el Directorio no la aceptaba, antes bien le consolaba con nuevas demostraciones de aprecio y confianza. Le hizo un regalo nacional de dos hermosos caballos, regalo que no solo era una recompensa, sino un ausilio indispensable, pues este jóven general, que amaba los placeres, que se hallaba al frente de un ejército de cien mil hombres y disponia de las rentas de muchas provincias, carecia sin embargo á veces de lo necesario. Sus sueldos pagados en papel se reducian á nada. No tenia caballos, sillas ni bridas, y pedia se le autorizase para tomar, pagándolas, seis sillas, seis bridas, herraduras, algunas botellas de ron y varios panes de azucar en los almacenes que habian dejado los ingleses en Quiberon; admirable egemplo de delicadeza, que dieron frecuentemente nuestros generales republicanos, y que cada dia iba á hacerse mas raro, á medida que se estendiesen nues-

tras invasiones, corrompiéndose nuestras costumbres guerreras con las conquistas y costumbres cortesanas.

Estimulado, pues, por el gobierno, continuó Hoche sus esfuerzos para terminar su obra en la Vendée. La pacificacion no dependia mas que de la prision de Charette, que reducido al mayor apuro pidió á Hoche permiso para pasar á Inglaterra. Otorgósele Hoche en virtud de la autorizacion que le daba el decreto del Directorio, relativa á los gefes que hiciesen su dimision; pero Charette habia pedido esto para obtener algun descanso, sin ánimo de aprovecharse de tal gracia. El Directorio por su parte no queria perdonar á Charette, porque creia que este famoso gefe seria siempre el tizon del pais, y por esto escribió á Hoche que ninguna gracia le concediera; pero cuando Hoche recibió esta nueva órden, Charette habia declarado ya que su peticion era una ficcion para descansar algunos momentos, y que no queria perdon de los republicanos, empezando á recorrer otra vez los bosques.

No podia permanecer por mas tiempo oculto á los republicanos, y perseguido á un mismo tiempo por columnas de infantería y caballería, observado por tropas de soldados disfrazados, denunciado por los habitantes que querian librar su pais de la devastacion, y ojeado en los bosques como un ciervo, cayó el 2 de germinal (22 de marzo), en una emboscada que le tendió Travot. Armado de pies á cabeza, y rodeado de algunos valientes que se esforzaban en cubrirle con su cuerpo, se defendió como un leon, y cayó al fin á fuerza de repetidos sablazos. No quiso entregar su espada mas que al

valiente Travot, que le trató con toda la consideracion que tan heróico esfuerzo merecia. Conduéronle al cuartel republicano, y le convidó á su mesa el gefe de estado mayor Hedouville. Charette habló con mucha serenidad, no manifestando sentimiento alguno por la suerte que le esperaba. Le trasladaron primero á Angers, y despues á Nantes, para terminar su vida en el mismo sitio que habia sido testigo de su triunfo, despues de sufrir un interrogatorio al que respondió con entereza y oportunidad. Le preguntaron acerca de los supuestos artículos secretos del tratado de Jaunaye, y confesó que no habia tal cosa; no procuró ni sincerar su conducta, ni disculpar sus motivos; confesó que era servidor del trono, y que habia empleado todas sus fuerzas en derribar la república; manifestó mucha dignidad y fortaleza, pues conducido al suplicio en medio de un inmenso pueblo, que no era bastante generoso para perdonarle los males de la guerra civil, conservó toda su serenidad. Iba cubierto de sangre, habia perdido tres dedos en su último combate, por lo cual llevaba el brazo suspendido con un pañuelo, y la cabeza envuelta en otro. No quiso que le vendasen los ojos, ni ponerse de rodillas; permaneció en pié sacó el brazo del pañuelo, y él mismo hizo la señal, cayendo muerto inmediatamente. Verificóse su suplicio el 9 de germinal (29 de marzo), concluyendo asi aquel hombre célebre, cuyo indomable valor causó tantos males á su pais, y que mereció haber brillado en otra carrera. Comprometido en la última tentativa de desembarco que se hizo en sus costas, no quiso retroceder y murió desesperado. Se dice que manifestó un vivo resentimien-

to contra los príncipes á quienes habia servido, y de quienes se contemplaba abandonado.

La muerte de Charette causó tanta alegría como la mayor victoria contra los austriacos. Ella decidió el fin de la guerra civil, y Hoche penetrado de que nada mas tenia que hacer en la Vendée, retiró el grueso de sus tropas para llevarlas al otro lado del Loira, y desarmar la Bretaña. Dejó, sin embargo, suficientes fuerzas para reprimir las tropas aisladas que se siguen por lo comun á las guerras civiles, y para acabar de desarmar el territorio. Antes de pasar á Bretaña tuvo que sofocar una rebelion que estalló en las cercanías del Anjou, hácia el Berry, lo cual le ocupó algunos dias, dirigiéndose despues con veinte mil hombres á Bretaña, que consecuente á su plan, rodeó con un ancho cordon desde el Loira hasta Granville. No era posible que los infelices chuanes pudieran sostener tan grande y bien meditado esfuerzo; y el primero que pidió someterse fué Scepeaux, entre el Vilaine y el Loira, entregando considerable número de armas. Pero á medida que se veian mas impelidos hácia el Occéano, se defendian con mas obstinacion sus chuanes, pues privados de municiones se batian cuerpo á cuerpo, á puñaladas y bayonetazos, hasta que por fin se les arrinconó enteramente hácia el mar. Rindió las armas el Morbihan, que hacia mucho tiempo se habia separado de Puisaye, siguiendo este ejemplo unas tras otras las restantes divisiones. En breve quedó sometida tambien toda la Bretaña, y Hoche no tuvo que hacer mas que distribuir sus cien mil hombres en una multitud de acantonamientos para vigilar el pais y hacerles vivir mas cómodamente. El trabajo que

aun le quedaba consistia en cuidados de administracion y policía necesitando aun algunos meses de gobierno templado y hábil para calmar los ódios y restablecer la paz. A pesar de los furiosos gritos de todos los partidos, Hoche era temido, querido, respetado en el pais, y los realistas empezaban á perdonar á una república tan dignamente representada. El clero especialmente, cuya confianza supo captarse, le miraba con el mayor aprecio, y le instruia con exactitud de cuanto le interesaba saber: todo presagiaba la paz y el término de horrendas calamidades. La Inglaterra no podia contar ya con las provincias occidentales para atacar la república en su mismo seno; veia por el contrario en este pais cien mil hombres, de los cuales cincuenta mil eran disponibles, y podian emplearse en alguna empresa fatal para ella. En efecto, meditaba Hoche un gran proyecto cuya ejecucion reservaba para mediados de la primavera, y sumamente satisfecho el gobierno de los servicios que acababa de prestar, y queriendo indemnizarle de la penosa empresa que habia sabido llevar á cabo, hizo que se le declarase á el y á los ejércitos que habian conseguido tan grandes victorias, beneméritos de la patria.

De esta suerte quedó pacificada la Vendée en el mes de germinal, antes que ninguno de los ejércitos hubiera entrado en campaña, pudiendo el Directorio entregarse sin inquietud á sus grandes operaciones, y aun sacar útiles refuerzos de las costas del Occéano.

CAPITULO III.

Campaña de 1796. Conquista del Piamonte y la Lombardía por el general Bonaparte. Batallas de Montenotte y Millésimo. Paso del puente de Lodi.—Establecimiento y politica de los franceses en Italia.—Operaciones militares en el Norte. Paso del Rin por los generales Jourdan y Moreau. Batallas de Radstat y de Ettlingen.—El ejército de Italia toma posicion en el Adige y en el Danubio.

Iba á darse principio á la quinta campaña de la libertad y precisamente se abria en los mas magníficos teatros militares de Europa, asi como en los mas variados por sus obstáculos y accidentes del terreno y por sus líneas de defensa y de ataque. Por una parte existian el gran valle del Rin y los dos trasversales del Mehin y el Necker ; y por otra los Alpes, el Pó y la Lombardía. Los ejércitos que iban á entrar en línea eran los mas aguerridos que se habian visto jamás sobre las armas, y bastante numerosos para el terreno en que debian obrar, pero no para hacer inútiles las combinaciones y reducir á una mera invasion la guerra. Los mandaban generales jóvenes, libres de rutinas, faltos de tradiciones, pero instruidos, sin embargo, y entusiasmados por sublimes acontecimientos. Todo, pues, se reunia para que la lucha

fuese mas tenaz, variada, fecunda en combinaciones y digna de la observacion de los hombres.

Ya hemos dicho que el proyecto del gobierno francés, era invadir la Alemania para sostener sus ejércitos en el pais enemigo, destruir á los príncipes del imperio, combatir á Maguncia y amenazar los estados hereditarios. Queria al mismo tiempo aventurar una tentativa osada en Italia para mantener á costa del pais á sus ejércitos y arrebatar al Austria una posesion tan rica.

Se habia confiado en el Rin el mando de dos brillantes ejércitos de setenta á ochenta mil hombres á dos generales célebres; y otros treinta mil soldados hambrientos se habian puesto bajo la direccion de un jóven desconocido pero osado, para probar fortuna al otro lado de los Alpes.

Llegó Bonaparte al cuartel general de Niza el 6 de germinal, año IV (26 de marzo). Todo lo halló en el mas deplorable estado. Las tropas estaban reducidas á la última miseria; sin vestidos, zapatos, pagas, y á veces hasta sin víveres, sufrian, sin embargo, sus privaciones con ánimo estraordinario. Gracias al industrioso ingenio que caracteriza al soldado francés, habian organizado el merodeo, y bajaban alternativamente y por turno á los campos del Piamonte para procurarse víveres. La artillería carecia absolutamente de caballos, y para ir manteniendo los de la caballería les habian llevado á retaguardia á las orillas del Ródano. Por causa de las turbulencias no se habian sacado aun del Mediodia el caballo de cada treinta y el empréstito forzoso. Bonaparte recibió por único recurso dos mil luises en dinero y un millon en letras, parte de las cuales fueron protestadas.

Para suplir á todo lo que hacia falta y lograr algunos recursos, se negociaba con el gobierno genovés, y no habiéndose recibido aun satisfaccion por el atentado cometido en la fragata la *Modesta*, se pedia en reparacion de esta violacion de neutralidad, al senado de Génova, que consintiese en un empréstito, y entregase á los franceses la fortaleza de Gavi, que domina el camino de Génova á Milan. Tambien se exigia el indulto de las familias genovesas espulsadas por su adhesion á la Francia. Tal era la situacion del ejército cuando llegó el general Bonaparte.

Respecto á los hombres presentaba muy diferente aspecto, porque la mayor parte eran soldados que entraron en el ejército cuando la junta general, instruidos, jóvenes, acostumbrados á las privaciones y aguerridos en los gigantescos combates de los Alpes y los Pirineos. Los generales tenian las cualidades de los soldados. Los principales eran Massena, el jóven Nissard, de inculto genio, pero esacto y despejado en medio de los peligros, y de una tenacidad indomable; Augereau, antiguo maestro de esgrima, que por su mucho valor y habilidad para conducir á los soldados, habia llegado á los grados mas distinguidos; Laharpe, suizo espatriado, que tenia instruccion y denuedo; Serrurier, antiguo mayor, metódico y valiente; y finalmente, Berthier, cuya actividad y exactitud en todas las circunstancias, sus conocimientos geográficos, y su facilidad en conocer á simple vista la estension de un terreno ó la fuerza numérica de una columna, le hacian sumamente á propósito para ser un gefe de estado mayor estraordinariamente útil.

Tenia aquel ejército sus depósitos en la Provenza, hallándose situado á lo largo de la cordillera de los Alpes, unido por su izquierda con el de Kellermann, guardando el collado de Tenda, y estendiéndose hácia el Apenino. La fuerza activa ascendia cuando mas á treinta y seis mil hombres. La division de Serrurier estaba en Garessio al otro lado del Apenino para vigilar á los piamonteses en sus atrincheramientos de Ceva, y las divisiones Augereau, Massena y Laharpe, que formaban un total de cerca de treinta mil hombres, se hallaban á esta parte del Apenino.

Los piamonteses, en número de veinte ó veinte y dos mil á las órdenes de Colli acampaban en Ceva á la falda de los montes, y los austriacos en número de treinta y seis ó treinta y ocho mil se adelantaban por los caminos de la Lombardía hácia Génova. Beaulieu que los mandaba, se habia hecho notable en los Paises-Bajos, pues era un hombre de avanzada edad con todo el fervor de un jóven. Asi, pues, el enemigo podia oponer cerca de sesenta mil soldados á los treinta mil de Bonaparte, pero los austriacos y piamonteses no estaban muy acordes. Segun el antiguo plan, Colli queria cubrir el Piamonte, y Beaulieu mantenerse en comunicacion con Génova y los ingleses.

Tal era la fuerza respectiva de ambas partes, y aunque Bonaparte se habia dado ya á conocer en el ejército de Italia, se le consideraba muy jóven para mandarle, á lo que se agregaba el ser de pequeña estatura, delgado, sin mas cosa notable que sus facciones romanas y su fija y penetrante mirada, sin que en sustancia hubiese en su persona ni en su vida cosa que infundiese respeto. Le reci-

bieron con alguna frialdad, y Massena estaba ya enemistado con él porque en 1794 se ganó la confianza de Dumouriez. Bonaparte habló al ejército en estas enérgicas palabras. «Soldados, dijo, estais mal alimentados y casi desnudos. El gobierno os debe mucho, pero nada puede hacer por vosotros. Vuestra paciencia y vuestro denuedo os honran, pero no os dan utilidad ni gloria. Yo os voy á conducir á las llanuras mas fértiles del mundo, donde encontrareis ciudades populosas y provincias ricas, honor, gloria y recursos. Soldados de Italia, ¿os faltará el valor?» El ejército acogió con placer este lenguaje: los jóvenes generales que esperaban hacer fortuna, y los soldados pobres y aventureros, no querian mas que ver los hermosos paises que se les anunciaba. Bonaparte hizo un convenio con un asentista y facilitó á sus soldados parte del prest que se les debia, distribuyendo á cada general cuatro luises en oro, que prueba cual era entonces el estado de las fortunas. El plan que debia seguirse era el mismo que se habia adoptado el año anterior en la batalla de Loano. Penetrar por el collado mas bajo del Apenino, y separar á los piamonteses de los austriacos, apoyándose fuertemente en el centro: tal fué la sencilla idea que concibió Bonaparte á la vista de los sitios. Empezaba las operaciones tan temprano, que tenia esperanza de sorprender y derrotar á los enemigos; sin embargo, no pudo lograrlo, pues antes que llegase se habia mandado al general Cervoni sobre Voltri, muy cerca de Génova, para intimidar al senado de esta ciudad y obrigarle á consentir en lo que queria el Directorio. Beaulieu, temiendo el resultado de este paso, se apresuró á

entrar en accion conduciendo su ejército hácia Génova, parte en una vertiente del Apenino, y parte en otra. Podia, pues, realizarse el plan de Bonaparte, menos en la sorpresa de los austriacos; desde las faldas del Apenino conducian varios caminos hácia su vertiente marítima: en primer lugar la que va por la Bocchetta á Génova, y despues la de Acqui y Dego que atraviesa el Apenino por el collado de Montenotte y desemboca en la profundidad del valle de Savona. Beaulieu dejó su ala derecha en Dego, llevó su centro al mando de Argenteau al collado de Montenotte, y se dirigió él mismo con su izquierda por la Bocchetta y Génova hácia Voltri á lo largo del mar; de modo que su posicion era la de Dewins en Loano. Parte del ejército austriaco se hallaba entre el Apenino y el mar; el centro al mando de Argenteau, estaba en la misma cumbre del Apenino, en el collado de Montenotte, y se unia con los piamonteses acampados en Ceva de la otra parte de los montes.

Puestos al mismo tiempo en movimiento los dos ejércitos, se encontraron en el camino el 22 de germinal (11 de abril). En las orillas del mar, Beaulieu dió con la vanguardia de la division Laharpe que se habia dirigido sobre Voltri para inquietar á Génova y la rechazó. Argenteau con el centro atravesó el collado de Montenotte, para venir á caer en Savona sobre el centro del ejército francés durante su supuesta marcha á Génova. Solo halló en Montenotte al coronel Rampon al frente de mil doscientos hombres, obligándole á replegarse en el antiguo reducto de Montelegino que cerraba el camino de Montenotte. El valiente coronel, conociendo la importancia de esta posi-

cion, se encerró en el reducto y resistió tenazmente todos los esfuerzos de los austriacos. Tres veces fué atacado por toda la infantería enemiga, y tres veces la rechazó. En medio del mas horroroso fuego, hizo jurar á sus soldados morir en el reducto antes que abandonarle. Los soldados lo juraron y permanecieron toda la noche sobre las armas. Este acto heróico salvó los planes del general Bonaparte y acaso el porvenir de la campaña.

En aquel momento se hallaba Bonaparte en Savona. No habia hecho fortificar el collado de Montenotte, porque nadie se fortifica cuando está decidido á tomar la ofensiva. Supo lo que habia pasado en Montelegino y en Voltri, y conoció inmediatamente que habia llegado el momento de poner su plan en ejecucion empezando á maniobrar por consiguiente. En la misma noche replegó su derecha formada por la division Laharpe, á la sazon empeñada con Beaulieu en la orilla del mar, y la condujo por el camino de Montenotte al frente de Argenteau. Dirigió al mismo punto la division Augereau para que sostuviese á la division Laharpe, y finalmente hizo marchar á la division Massena por un camino estraviado al otro lado del Apenino, de modo que pudiera colocarse á retaguardia del cuerpo de Argenteau. El 23 (12 de abril) por la mañana, se hallaban en movimiento todas sus columnas y él mismo colocado en un elevado cerro veia á Laharpe y Augereau, marchando contra Argenteau, y Massena que por un rodeo caminaba hácia su retaguardia. La infantería austriaca, resistió con denuedo; pero cercada en todas partes por fuerzas superiores, fué puesta en desórden y dejó dos mil prisioneros y algunos

centenares de muertos. Huyó derrotada á Dego, donde se hallaba el resto del ejército.

Asi Bonaparte, á quien suponia Beaulieu la intencion de desfilar á lo largo del mar, sobre Génova, se volvió de repente, y dirigiéndose por el camino que atraviesa el Apenino, cercó el centro enemigo y desembocó victoriosamente al otro lado de los montes.

Mas nada habia conseguido en su opinion con haber derrotado el centro, si no lograba separar para siempre á los austriacos de los piamonteses. Trasladóse el mismo dia (23) á Carcara para que fuese mas central su posicion entre los dos ejércitos aliados. Se hallaba en el valle del Bormida que corre por Italia, y mas abajo, delante de él y al fondo del valle, se hallaban los austriacos que se habian reunido en Dego, guardando el camino de Acqui á Lombardía. A su izquierda tenia las gargantas de Millésimo que unen el valle de la Bormida, y en que se hallaban los piamonteses guardando el camino de Ceva y el Piamonte. Era pues preciso que forzase al mismo tiempo en su izquierda los gargantas de Millésimo, para ser dueño del camino del Piamonte, y que por el frente tomase á Dego para abrirse el camino de Acqui y la Lombardía. Dueño entonces de ambos caminos, separaba para siempre á los aliados y podia atacar á quien mas le agradára de unos ú otros. Al siguiente dia 24 (13 de abril) por la madrugada, llevó adelante su ejército enviando á Augereau hácia su izquierda para atacar á Millésimo y las divisiones Massena y Labarpe, al frente por el valle á fin de apoderarse de Dego. Acometió el impetuoso Augereau con tal viveza las gargantas de Millésimo, que no solo penetró en

ellas, sino que llegó al centro antes que el general Provera, que se habia colocado en una altura, tuviese tiempo para replegarse. Hallábase éste situado en las ruinas del antiguo castillo de Cossaria, y viéndose cercado, quiso defenderse; pero Augereau le intimó la rendicion. Propuso entonces Provera parlamentar, mas como era importante no detenerse por este obstáculo, se asaltó inmediatamente la posicion. Lanzaban los piamonteses una lluvia de piedras y enormes peñascos, deshaciendo filas enteras; pero á pesar de eso el valiente Joubert sostiene á sus soldados, y trepa delante de ellos á la altura. Al llegar á cierta distancia cae atravesado de un balazo, á cuya vista retroceden los soldados obligados á acampar por la tarde al pié de la altura, resguardándose con algunos árboles, y pasando toda la noche en vela, para impedir la fuga de Provera. Por su parte las divisiones encargadas de obrar en el fondo del valle del Bormida se dirigieron hácia Dego, y ocuparon sus inmediaciones, de modo que al siguiente dia debia ser la accion decisiva. En efecto, el 25 (14 de abril) se generalizó el ataque en todos los puntos. En la izquierda rechazó Augereau en la garganta de Millésimo todos los esfuerzos que hizo Colli para libertar á Provera; siguió derrotándole todo el dia, y redujo á Provera á la desesperacion, concluyendo al fin por deponer las armas al frente de mil quinientos hombres. Laharpe y Massena por su parte cayeron sobre Dego, donde se habia reforzado el 22 y 23 el ejército austriaco con los cuerpos procedentes de Génova. El ataque fué terrible, y despues de muchas cargas, quedó en su poder Dego, perdiendo los austriacos parte de

su artillería, y dejando cuatro mil prisioneros, entre ellos veinte y cuatro oficiales. Durante esta accion habia notado Bonaparte á un jóven oficial, llamado Lannes, que atacaba con estraordinario denuedo, y le hizo coronel sobre el campo de batalla.

Hacia cuatro dias que duraba la accion, y tenian los soldados necesidad de descansar; mas no bien lo intentaron cuando se oyó de nuevo el ruido de las armas. Seis mil granaderos entraron en Dego y nos arrebataron este punto que tantos esfuerzos habia costado. Era uno de los cuerpos austriacos que habian quedado detenidos en la vertiente marítima del Apenino y repasaban los montes; y era tan grande su desórden, que se habia metido sin pensar en medio del ejército francés; mas el valiente Wukassovich que mandaba los seis mil granaderos, creyendo poder salvarse con un golpe atrevido, se apoderó de Dego. Fué pues preciso volver de nuevo á la accion y renovar los esfuerzos del dia anterior. Bonaparte acude al galope, ordena sus columnas y las arroja contra Dego. Las rechazan los granaderos austriacos, pero vuelven á la carga, y conducidas finalmente por el ayudante general Lanusse, que pone el sombrero en la punta de su espada, entran en Dego y recobran lo perdido, haciendo algunos centenares de prisioneros.

Asi quedó Bonaparte dueño del valle del Bormida: los austriacos huian hácia Acqui por el camino de Milan, y los piamonteses, despues de haber perdido las gargantas de Millésimo, se retiraban á Ceva y Mondovi. Era dueño de todos los caminos; tenia nueve mil prisioneros, y causaba el

mayor espanto, pues con solo manejar diestramente la masa de sus fuerzas, llevándola unas veces á Montenotte, y otras á Millésimo y á Dego, habia humillado en todas partes al enemigo, haciéndose superior á él en todos los puntos. Este era el momento para una grande resolucion. El plan de Carnot le precisaba á dejar los piamonteses para acudir á los austriacos, mas Bonaparte hacia aprecio del ejército piamontés, y no queria dejarle á retaguardia; conocia ademas que bastaba otro golpe mas para destruirle, y halló mas prudente completar la ruina de los piamonteses. No se empeñó en el valle de Bormida para bajar hácia el Pó detrás de los austriacos, sino que tomó á la izquierda, se introdujo en las gargantas de Millésimo y siguió el camino del Piamonte. La division Laharpe quedó sola en el campo de San Benedetto, dominando la corriente del Belbo y del Bormida y observando á los austriacos. Los soldados estaban rendidos de fatiga; el 22 y el 23 se habian batido en Montenotte, el 24 y 25 en Millésimo y Dego, el 26 habian perdido y recobrado este último punto, y descansando únicamente el 27, continuaban marchando el 28 hácia Mondovi. En medio de tan rápidas marchàs, no habia habido tiempo para repartirles las raciones regulares; y como carecian de todo se dieron algo al saqueo; mas Bonaparte indignado castigó con rigor á los ladrones, mostrando tanta energía en restablecer el órden como en perseguir al enemigo. En pocos dias adquirió toda la confianza de los soldados, y los generales de division le admiraban. Oian unas veces con atencion y otras con asombro el lenguage lacónico y figurado del jóven capitan. En las altu-

ras de Monte-Zemoto, que es preciso atravesar para llegar á Ceva, descubrió el ejército las hermosas llanuras del Piamonte y de la Italia. Veia correr el Tánaro, el Stura, el Pó y todos los rios que desaguan en el Adriático; veia en el fondo los elevados Alpes cubiertos de nieve, y quedó asombrado al contemplar aquellas llanuras *de la tierra de promision*. * Bonaparte se hallaba á la cabeza de sus soldados y quedó conmovido. «Anibal, esclamó, atravesó los Alpes; nosotros los hemos dado la vuelta.» Esta palabra esplicaba la campaña á todo el mundo. ¡Qué porvenir brillaba entonces ante nosotros!

Colli no defendió el campamento atrincherado de Ceva mas tiempo que el necesario para reprimir un poco nuestra marcha. Este escelente oficial supo contener á sus soldados y sostener su valor; no tenia esperanzas de batir á su temible enemigo, pero queria hacer su retirada palmo á palmo, y dar á los austriacos tiempo para acudir en su socorro con una marcha forzada, como se lo habian prometido. Se detuvo detras del Cursaglia, y delante de Mondovi. Serrurier, que al principio de la campaña se habia quedado en Garesio para observar á Colli, acababa de incorporarse con el ejército, de modo que ya contaba este con una division mas. Colli estaba resguardado por el Cursaglia, rio rápido y profundo que desagua en el Tanaro. A la derecha trató Joubert de pasarlo, pero estuvo á pique de ahogarse sin poder verificarlo. Por el frente quiso pasar Serrurier el puente de San Miguel, y lo logró: pero dejándole Colli internarse, cayó de im-

* **Espresion de Bonaparte.**

proviso sobre él con sus mejores tropas, le rechazó hácia el puente y le obligó á repasar el rio desordenadamente. Difícil era la posicion del ejército. A retaguardia se tenia á Beaulieu que estaba reorganizándose, y era muy importante derrotar cuanto antes á Colli; con todo. su posicion parecia ser inespugnable y estaba bien defendido. Bonaparte ordenó otro ataque para el dia siguiente. El 2 de floreal (21 de abril) se dirigia á la Cursaglia cuando se hallaron abandonados los puentes, pues Colli no habia hecho la resistencia del dia antes sino para no precipitar la retirada. En Mondovi se le sorprendió en batalla, y Serrurier decidió la victoria con la toma del reducto principal, el de la Bicoca. Colli dejó tres mil muertos ó prisioneros, y continuó retirándose. Bonaparte llegó á Cherasco, plaza mal defendida, pero importante por su posicion en la confluencia del Stura y del Tanaro, y fácil de armar con la artillería tomada al enemigo. En esta posicion se hallaba Bonaparte á veinte leguas de Savona, su punto de partida, á diez leguas de Turin, y á quince de Alejandría.

Reinaba la mayor confusion en la córte de Turin. El rey, que era muy tenaz, no queria ceder, y los ministros de Inglaterra y Austria le acosaban con sus advertencias, y le aconsejaban que se encerrase en Turin, enviando su ejército al otro lado del Pó, é imitando asi los grandes ejemplos de sus antepasados. Le intimidaban con la influencia revolucionaria que iban á ejercer los franceses en el Piamonte, y pedian para Beaulieu las tres plazas de Tortona, Alejandría y Valencia, donde pudiera encerrarse y defenderse en el triángulo que forman á la orilla del Pó; pero esto era lo que mas des-

agradaba al rey del Piamonte. Le parecia insoportable dar sus tres plazas mejores á su ambicioso vecino de Lombardía. El cardenal Costa le decidió á ponerse en manos de los franceses, pintándole la imposibilidad de resistir á tan rápido vencedor, el peligro de irritarle con una larga resistencia, y obligarle asi á revolucionar el Piamonte, y todo por servir á una ambicion estrangera y aun enemiga, la del Austria. Cedió el rey, y mandó hacer propuestas por medio de Colli á Bonaparte, llegando á Cherasco el 4 de floreal (23 de abril). Bonaparte no tenia poder para firmar la paz, pero sí un armisticio, y se decidió á hacerlo. Se habia desentendido del plan del Directorio para acabar de reducir a los piamonteses. No habia tenido sin embargo por objeto la conquista del Piamonte, sino el asegurar su retaguardia. Para conseguir lo primero debia tomar á Turin, y no tenia ni los materiales necesarios, ni suficientes fuerzas para desprenderse de un cuerpo de bloqueo, y reservarse otro de operaciones; ademas la campaña se limitaba en este caso á un sitio. Entendiéndose con el Piamonte con garantias necesarias, podia caer sin recelo sobre los austriacos y arrojarlos de Italia. Oia decir á su al rededor que no debia concederse condicion ninguna; que era preciso destronar á un rey pariente de los Borbones, y generalizar por el Piamonte la revolucion francesa. Esta era en el ejército la opinion de muchos soldados, oficiales y generales, y especialmente de Augereau, que habia nacido en el arrabal de San Antonio, y participaba de sus opiniones; pero el jóven Bonaparte juzgaba de distinto modo, pues conocia cuán dificil era revolucionar una monarquía que era la única mili-

tar en Italia, y conservaba perfectamente las antiguas costumbres; no debia ponerse obstáculos en su camino; deseaba marchar rápidamente á la conquista de Italia, que dependia de la destruccion de los austriacos, y de espulsarlos al otro lado de los Alpes. No queria, pues, hacer nada que pudiese complicar su situacion ó entorpecer su marcha.

En consecuencia dió su asentimiento para un armisticio, pero añadió al otorgarlo que en el estado respectivo de los ejércitos, le seria funesto, sino se le daban garantías seguras para su retirada: y por consiguiente pidió se le entregasen las tres plazas de Coni, Tortona y Alejandría y todos los almacenes que servirian al ejército, con condicion de ajustar cuentas despues con la república; que se abriesen á los franceses los caminos del Piamonte, lo cual abreviaba considerablemente el camino de la Francia à la orilla del Pó; que se preparase el servicio de raciones en los caminos para las tropas que transitasen por ellos; y finalmente que se dispersase por las plazas el ejército sardo, de modo que nada tuviesen que temer los franceses. Aceptáronse estas condiciones, y se firmó este armisticio en Cherasco el 9 de floreal (28 de abril) con el coronel Lacoste y el conde Latour.

Se acordó que saliesen inmediatamente para Paris plenipotenciarios para tratar de la paz definitiva. Entregáronse las tres plazas exijidas, con riquísimos almacenes; desde cuyo momento el ejército tenia resguardada su línea de operaciones por las tres plazas mas fuertes del Piamonte, y contaba con caminos seguros y cómodos, mucho mas cortos que los que pasaban por el rio de Gé-

nova, y víveres en abundancia, se reforzaba con multitud de soldados que al rumor de la victoria dejaban los hospitales; poseia numerosa artillería tomada en Cherasco y en las diferentes plazas, y gran número de caballos. Hallábase finalmente provisto de todo, y verificadas las promesas del general. Los primeros dias de su entrada en el Piamonte se dieron al saqueo porque no habian recibido racion alguna en sus veloces marchas; pero mitigada el hambre, se restableció el órden. El conde de Saint-Marsan, ministro del Piamonte, visitó á Bonaparte y supo agradarle tanto que hasta el mismo hijo del rey quiso ver al jóven vencedor y le prodigó demostraciones de afecto que le conmovieron. Bonaparte les correspondió con mucho tino, tranquilizándoles por las intenciones del Directorio y por el peligro de las revoluciones. Era sincero en sus protestas, porque habia concebido ya su pensamiento que dejó con maña adivinar en sus diferentes conversaciones. El Piamonte habia ído contra todos sus intereses al unirse al Austria, y debia hacerlo á la Francia, porque esta era su amiga natural, y porque separada del Piamonte por los Alpes, no podia pensar en apoderarse de él, sino que por el contrario podria defenderlo contra la ambicion del Austria, y acaso hasta proporcionarle algun ensanche. Bonaparte no podia suponer que el Directorio consintiese en ceder nada de la Lombardía al Piamonte, porque ni estaba conquistada aun, ni se queria conquistarla sino para hacer un equivalente de los Paises Bajos; pero una vaga esperanza de ganar algo podia inclinar al Piamonte á aliarse con Francia, lo cual nos hubiera proporcionado un refuerzo de veinte mil hombres

de escelentes tropas. No prometió nada, pero supo escitar con algunas espresiones la codicia y esperanzas del gabinete de Turin.

Bonaparte que á un talento positivo reunia una imaginacion vehemente y sublime, y que gustaba de conmover los ánimos, quiso anunciar los triunfos de un modo estrepitoso y nuevo, y envió á su edecan Murat á presentar solemnemente al Directorio veinte y una banderas ganadas al enemigo. En seguida dirigió á sus soldados la siguiente proclama:

«Soldados: habeis ganado en quince dias seis «victorias, tomado veinte y una banderas, cincuen-«ta y cinco piezas de artillería, muchas plazas fuer-«tes, y conquistado la parte mas rica del Piamonte; «habeis hecho quince mil prisioneros *, herido ó «muerto mas de diez mil hombres; hasta ahora, os «habiais visto batidos por áridas rocas, esclareci-«dos por vuestro valor, pero inútiles á la patria; «hoy os igualais en servicios al ejército de Holan-«da y del Rin. Privados de todo, á todo habeis su-«plido. Habeis ganado batallas sin cañones, pasa-«do rios sin puentes, hecho marchas forzadas sin «zapatos, y acampado sin aguardiente y á veces «hasta sin pan. Solo los ejércitos republicanos, los «soldados de la libertad eran capaces de sufrir lo «que habeis sufrido. Yo os doy gracias, soldados! «la patria reconocida os deberá su prosperidad; y «si vencedores de Tolon presagiásteis la inmortal «campaña de 1793, vuestras actuales victorias pre-«sagian otra mas distinguida. Los dos ejércitos que «en otro tiempo os acometian con audacia, huyen «espantados ante vosotros; y los hombres perver-

(*) No eran mas que diez ú once mil.

«sos que se reian de vuestra miseria y se regoci-
«jaban interiormente por los triumfos de vuestros
«enemigos, han quedado confundidos y acobar-
«dados. Pero, soldados, nada habeis hecho cuan-
«do tanto os queda aun que hacer. Ni Turin ni
«Milan son todavía vuestros; las cenizas de los
«vencedores de Tarquino se ven holladas aun por
«los asesinos de Basseville! Dicen que entre voso-
«tros hay algunos faltos de aliento, que preferirian
«volver a las cumbres del Apenino y de los Alpes.
«No, no puedo creerlo. Los vencedores de Monte-
«notte, de Millésimo, Dego y Mondovi, arden por
«llevar mas lejos la gloria del pueblo francés.»

Fué estraordinario el gozo que produjeron en Paris estas noticias, banderas y proclamas, que fueron llegando sucesivamente. El primer dia era una victoria que abria el paso del Apenino y daba dos mil prisioneros; el segundo otra mas decisiva que separaba á los piamonteses de los austriacos, y daba seis mil prisioneros. Los dias siguientes traian nuevos triunfos: la destruccion del ejército piamontés en Mondovi, la sumision del Piamonte en Cherasco, y la probabilidad de una próxima paz, á que se seguirian otras. La rapidez de los triunfos y el número de prisioneros, escedia á cuanto se habia hasta entonces visto. El lenguaje de estas proclamas recordaba la antigüedad y embargaba los ánimos. Por todas partes preguntaban quién era este jóven general, cuyo nombre conocido de algunos apreciadores, pero no de la Francia, brillaba por vez primera. Apenas se sabia pronunciarle y ya decian regocijados que la república veia alzarse diariamente nuevos talentos para ilustrarla y defenderla. Los consejos decidieron por

tres veces que el ejército de Italia habia merecido bien de la patria, y decretaron una fiesta á la victoria para celebrar el próspero principio de la campaña. El edecan enviado por Bonaparte presentó al Directorio sus banderas siendo imponente la ceremonia: en este mismo dia se recibió á varios embajadores estrangeros; de modo que el gobierno parecia disfrutar ahora de mas consideraciones que antes. Sometido el Piamonte, el general Bonaparte no tenia mas que marchar en persecucion de los austriacos, y dirigirse á la conquista de Italia. La noticia de las victorias de los franceses habian conmovido profundamente todos los pueblos de este pais, y se necesitaba que el que hubiese de entrar en él fuese tan profundo político como hábil capitan para obrar con prudencia. Sabido es como se presenta la Italia al que sale del Apenino. Los Alpes, que son los montes mas elevados de nuestra Europa, despues de haber descrito un ancho semicírculo hácia Occidente, en que comprenden la Italia alta, vuelven sobre sí mismos, y se introducen en línea oblícua hácia el Mediodia, formando así una larga península, bañada por el Adriático y el Mediterráneo. Bonaparte llegando del Poniente, y habiendo atravesado la cordillera en el punto en que desciende y va á formar la península con el nombre de Apenino, tenia de frente el hermoso semicírculo de la Italia alta, y á su derecha la estrecha y profunda península que forma la Italia inferior. Dividian este pais una multitud de pequeños estados, que suspiraron siempre por la unidad, sin la cual no hay una brillante existencia nacional.

Acababa Bonaparte de atravesar el estado de Génova que está á esta parte del Apenino y el Pia-

monteque está al otro lado. Génova, antigua república, constituida por Doria, era la única que habia conservado una verdadera energía entre todos los gobiernos italianos. Colocada cuatro años hacia entre los dos ejércitos beligerantes, habia sabido mantener su neutralidad, aprovechándose asi de todas las ventajas del comercio. Entre su capital y la costa contaba unos cien mil habitantes, y sostenia comunmente tres ó cuatro mil hombres de tropas, pudiendo en caso de necesidad armar á todos los paisanos del Apenino y formar una escelente milicia, pues era rica en rentas. La dividian dos partidos: el contrario á la Francia habia triunfado y espulsado á muchas familias. El Directorio debió pedir el indulto de estas, y una indemnizacion por el atentado cometido en la fragata la *Modesta*.

Saliendo de Génova é internándose á la derecha en la península por la falda meridional del Apenino, se presenta primero la feliz Toscana situada en las dos orillas del Arno, en el mas hermoso suelo, y en uno de los puntos mas abrigados de Italia. Una porcion de este pais formaba la pequeña república de Luca, poblada con ciento cuarenta mil habitantes; lo demas lo formaba el gran ducado de Toscana, gobernado últimamente por el archiduque Leopoldo, y en la actualidad por el archiduque Fernando. En este pais, el mas instruido y culto de Italia, habia fermentado suavemente la filosofía del siglo XVIII. Leopoldo habia terminado en él sus bellas reformas legislativas, ensayando con buen éxito los esperimentos mas honrosos para la humanidad. Hasta el obispo de Pistoya habia empezado una especie de reforma religiosa,

propagando las doctrinas jansenistas. Aunque la revolucion habia intimidado á los afables y tímidos habitantes de la Toscana; sin embargo, en ella era donde mas apreciadores y amigos tenia la Francia; y el archiduque, aunque austriaco, habia sido uno de los primeros príncipes de Europa que reconocieron nuestra república. Tenia un millon de vasallos, seis mil hombres de ejército y una renta de quince millones. Por desgracia la Toscana era entre todos los principados italianos el menos capaz de defenderse.

Despues de la Toscana entraban los estados de la Iglesia. Las provincias sometidas al papa, que se estendian por ambas vertientes del Apenino, por la parte del Adriático y del Mediterráneo, eran las peor administradas de Europa. No tenian mas que su hermosa agricultura, antigua tradicion de las edades remotas, que es comun á toda la Italia, y que suple las riquezas de la industria, desterrada desde muy antiguo de su seno, escepto en las legiones de Bolonia y de Ferrara, donde reinaba un alto desprecio al gobierno sacerdotal; y en Roma, antiguo depósito del saber y de las artes, donde algunos señores se hallaban imbuidos en la filosofía de todos los grandes de Europa, los habitantes permanecian en la mas vergonzosa barbárie. Esta poblacion, de dos millones y medio de vasallos, se componia de un pueblo supersticioso y salvage, y de frailes holgazanes é ignorantes. El ejército constaba de cuatro á cinco mil soldados, que sabido es como se les calificaba. El Papa, príncipe vanidoso, lleno de ostentacion, y celoso de su autoridad y de la de la Santa Sede, tenia un aborrecimiento profundo á la filosofía del siglo

XVIII; creia dará la cátedra de San Pedro parte de su influjo, luciendo un pomposo boato, y hacia ejecutar algunos trabajos útiles á las artes. Fiado en la magestad de su persona y en el encanto de sus palabras, que era grande, intentó en otro tiempo hacer un viage para ver á José II, reducircirle á las virtudes de la iglesia, y conjurar á la filosofía, que parecia haberse apoderado de la imaginacion de aquel príncipe. Este viage no surtió efecto alguno. Lleno de horror el Pontifice por la revolucion francesa, lanzó el anatema contra ella, y predicó una cruzada; hasta consintió que se asesinase en Roma al agente francés Basseville. Sus vasallos, incitados por los frailes, participaban de su ódio á la Francia, y abrigaban el furor mas fanático al saber las victorias de nuestras armas.

Ocupan la estremidad de la península, la Sicilia y el reino de Nápoles, que es el mas poderoso de Italia, y el mas análogo por su ignorancia y barbárie al estado de Roma, y si cabe peor gobernado aun que este. Reinaba en él un Borbon, príncipe afable, imbécil, que únicamente se dedicaba á una cosa, á pescar. Esta ocupacion le llevaba todo el tiempo; y mientras se empleaba en ella, el gobierno de su reino quedaba abandonado en manos de su muger, princesa austriaca, hermana de la Reina de Francia María Antonieta. Dotada de una imaginacion caprichosa y de las mas desarregladas pasiones, tenia un favorito vendido á los ingleses, el ministro Acton, y llevaba las riendas del gobierno del modo mas insensato. Los ingleses, cuya política fué siempre echar raices en el continente, dominando los pequeños estados que guarnecen su costa, intentaron apode-

rarse de Nápoles, como de Portugal y Holanda, escitando al efecto el ódio de la reina á la Francia, y sugiriéndola al mismo tiempo la ambicion de dominar á Italia. Constaba la poblacion del reino de Nápoles de seis millones de habitantes; el ejército de sesenta mil hombres ; pero muy diferentes de aquellos dóciles y valientes soldados del Piamonte, los soldados napolitanos, verdaderos *lazzarones*, sin uniforme ni disciplina, eran tan cobardes como todos los ejércitos privados de organizacion. Nápoles habia prometido siempre reunir treinta mil hombres al ejército de Dewins, pero no habia enviado mas que dos mil cuatrocientos caballos, bien montados y bastante regulares.

Tales eran los principales estados situados en la península á la derecha de Bonaparte. En frente de él y en el semicírculo de la Italia alta , hallaba primero la pendiente del Apenino, el ducado de Parma, Plasencia y Guastalla con quinientos mil habitantes, tres mil hombres de tropa y cuatro millones de renta, gobernados por un príncipe español, antiguo discípulo de Condillac, que á pesar de una buena educacion, se habia sometido al yugo de los frailes y sacerdotes. Un poco mas á la derecha, siguiendo siempre la pendiente del Apenino, se hallaban el ducado de Módena, Reggio y la Mirandola, poblado por cuatrocientos mil habitantes, con seis mil hombres sobre las armas, y gobernado por el último descendiente de la ilustre casa de Este. Este príncipe desconfiado, habia concebido tal aprension por el espíritu del siglo, que á fuerza de miedo habia conseguido ser profeta y preveer la revolucion. Se citaban sus predicciones, y en medio de sus terrores habia procu-

rado precaverse contra los golpes de la suerte, amontonando inmensas riquezas, que eran el jugo de sus pueblos. Avariento y tímido era despreciado de sus vasallos, que son los mas ingeniosos y maliciosos de Italia, y al mismo tiempo los mas dispuestos á adoptar las ideas nuevas. Mas allá, y al otro lado del Pó se hallaba la Lombardía gobernada á nombre del Austria por un archiduque. Esta hermosa y fértil llanura, colocada entre las aguas de los Alpes que la fecundan, y las del Adriático que le traen las riquezas del Oriente, cubierta de trigos, arroz, pastos, rebaños y rica entre todas las provincias, estaba descontenta con sus poseedores estrangeros. A pesar de su larga esclavitud era todavia güelfa y comprendia doce mil habitantes. Milan, su capital, fué siempre una de las ciudades mas ilustradas de Italia. Menos célebre respecto á las artes que Florencia y Roma, se acercaba mas sin embargo á las luces del Norte, y abrigaba en su seno innumerables hombres que deseaban la regeneracion civil y política de los pueblos.

Ultimamente, en el estremo de la alta Italia se hallaba la antigua república de Venecia, que á pesar de su añeja aristocracia inscrita en el libro de oro, su inquisicion de estado, su severidad y su política reservada y cautelosa, no era ya potencia temible ni para sus súbditos, ni para sus vecinos. Contando con sus provincias de tierra firme, situadas al pié del Tirol y con las de la Iliria, tenia cerca de tres millones de habitantes, y podia poner hasta cincuenta mil esclavones de guerra, buenos soldados, porque estaban bien disciplinados, mantenidos y pagados. Era opulenta con su

antigua riqueza, pero ya se sabe que su comercio había pasado dos siglos hacia al Occéano, y llevado sus tesoros á los isleños del Atlántico. Conservaba muy pocos barcos, y los pasos de las lagunas estaban casi encenagados; sin embargo, aun contaba con poderosas rentas. Su política consistia en entretener á sus pueblos, adormecerlos con el ócio y los deleites, y observar estricta neutralidad respecto á las demas potencias. Con todo, los nobles de tierra firme miraban con envidia el libro de oro, y llevaban impacientes el yugo de la nobleza atrincherada en las lagunas. Hasta en Venecia, la clase media que era bastante rica, empezaba á pensar. En 1793 habia obligado la liga al Senado á pronunciarse contra la Francia; y aunque él cedió por entonces, volvió á su política neutral asi que se empezó á tratar con la república francesa, apresurándose como ya hemos visto, tanto como la Prusia y la Toscana á enviar embajador á Paris. Y aun á la sazon accediendo á las instancias del Directorio, acababa de indicar al gefe de la casa de Borbon, entonces Luis XVIII, que se saliese de Verona. Partió en efecto este príncipe, pero declarando que exigia la restitucion de una armadura dada al Senado por su abuelo Enrique IV, y la supresion del nombre de su familia en las páginas del libro de oro.

Tal era entonces la Italia, donde habia penetrado el espíritu general del siglo y exaltado muchos ánimos. No todos los habitantes deseaban una revolucion, especialmente los que recordaban las espantosas escenas que habian ensangrentado la nuestra; pero todos, aunque en diferente grado anhelaban una reforma, y no habia un solo cora-

zon que dejase de palpitar á la idea de independencia y unidad de la patria italiana. Aquel pueblo de agricultores, de menestrales, de artistas y de nobles, escepto los clérigos, que no conocian mas patria que la iglesia, se inflamaba con la esperanza de ver reunidas en una sola todas las partes del reino, bajo un mismo gobierno, republicano ó monárquico, pero italiano. A la verdad que una poblacion de veinte millones de almas, con unas costas y un suelo admirables, con grandes puertos y magníficas ciudades, podia componer un estado brillante y poderoso. Solo faltaba un ejército, pues únicamente el Piamonte, ocupado siempre en las guerras del continente, tenia tropas valientes y disciplinadas. La naturaleza estaba sin duda muy distante de haber negado el valor natural á las demas partes de Italia; pero el valor natural es nada sin una fuerte organizacion militar y la Italia no tenia un regimiento que pudiese resistir la vista de las bayonetas francesas ó austriacas.

Apenas se acercaron los franceses cuando se llenaron de espanto los enemigos de la reforma política, mientras que á sus partidarios los enagenaba el gozo. Toda la poblacion estaba ansiosa y sentia presentimientos vagos é inciertos; no sabia si debia temer ó esperar.

Al entrar Bonaparte en Italia tenia el proyecto y la órden de lanzar de ella á los austriacos. Deseoso su gobierno, como hemos dicho, de procurarse la paz, pensaba conquistar la Lombardía solo por devolvérsela al Austria y obligar á esta á ceder los Paises Bajos. Bonaparte no debia pensar en emancipar la Italia; ademas ¿qué mira política podia tener con treinta y tantos mil hombres? Sin

embargo, si los austriacos quedaban al otro lado de los Alpes y su poder bien asegurado, podia egercer grande influencia, y segun los sucesos ocurrieran, intentar alguna grande empresa. Si por ejemplo, batidos donde quiera los austriacos en el Pó, en el Rin ó en el Danubio, se veian obligados á ceder aun la misma Lombardía; si los pueblos, verdaderamente entusiasmados por la libertad, se declaraban en favor de ella al aproximarse los ejércitos franceses, entonces luciria para la Italia un porvenir sublime; pero entretanto Bonaparte no podia decidirse á nada, por no irritar á todos los príncipes que dejaba á sus espaldas. Su intencion, pues, era no manifestar ningun plan revolucionario, sino dejar libre el vuelo de las imaginaciones, y aguardar á los efectos que produjesen en el pueblo italiano la presencia de los franceses.

Esto fué lo que le animó á no alentar á los descontentos del Piamonte, por que veia un pais difícil de revolucionar, un gobierno fuerte; y un ejército cuya alianza podia ser útil.

Apenas se habia firmado el armisticio de Cherasco, cuando se puso en camino. Muchos del ejército desaprobaban aquella marcha. ¡Cómo! decian, somos únicamente treinta y tantos mil hombres, no hemos encendido la revolucion en el Piamonte ni en Génova, dejamos atrás estos dos gobiernos que son nuestros enemigos secretos, y vamos á intentar el paso de un rio caudaloso como el Pó! hemos de atravesar la Lombardía, y decidir tal vez con nuestra presencia á la república de Venecia á poner cincuenta mil hombres en la balanza! Bonaparte tenia órden para seguir avanzando, y

no era hombre que dejaba de cumplir una órden atrevida, sino que la ejecutaba por que merecia su aprobacion, y la aprobaba por razones profundas. El Piamonte y Génova, decia, nos embarazarian mucho mas si estuviesen en revolucion: gracias al armisticio, tenemos un camino seguro por medio de tres plazas fuertes; todos los gobiernos de Italia se someterán si sabemos lanzar á los austriacos al otro lado de los Alpes; Venecia temblará si nos vé vencedores en sus costas, y el estrépito de nuestros cañones la decidirán á aliarse con nosotros; es, pues, preciso avanzar, no solo hasta mas allá del Pó, sino tambien del Adda, y del Mincio hasta la hermosa línea del Adige; allí sitiaremos á Mantua y haremos temblar á toda la Italia que quedará detras de nosotros.—La imaginacion del jóven general, enardecida con su marcha, concebia proyectos mas gigantescos aun que los que á su ejército comunicaba. Queria, despues de haber destruido á Beaulieu, internarse en el Tirol, repasar otra vez los Alpes, é invadir el valle del Danubio para reunirse á los ejércitos que habian salido de las orillas del Rin. Este proyecto tan colosal é imprudente, era el tributo que una inmensa y exacta imaginacion no podia menos de pagar al doble orgullo de la juventud y del triunfo. Escribió á su gobierno para que le autorizase á llevarlo á cabo.

Habia entrado en campaña el 20 de germinal (9 de abril): la sumision del Piamonte se habia concluido el 9 de floreal (28 de abril) con el armisticio de Cherasco; de modo que habia empleado veinte y ocho dias. Salió inmediatamente en alcance de Beaulieu. Estipuló con el Piamonte que le en-

tregase á Valencia para pasar el Pó; pero esta condicion era una estratagema, por que no queria pasar por este punto. Beaulieu, al saber el armisticio, trató de apoderarse por sorpresa de las tres plazas de Tortona, Valencia y Alejandría. Solo logró la de Valencia, donde dejó á los napolitanos; y viendo despues que Bonaparte se adelantaba rápidamente, se apresuró á repasar el Pó para interponer este rio entre él y el ejército francés. Fué á acampar á Valleggio, en la confluencia del Po y del Tesino, hácia la estremidad del ángulo que estos dos rios forman, y elevó algunas baterías para fortalecer su posicion, y oponerse al paso del ejército francés.

Al salir Bonaparte, de los estados del rey del Piamonte y entrar en los del duque de Parma, recibió enviados de este príncipe que iban á implorar la clemencia del vencedor. El duque de Parma era pariente de la familia de España, de modo que habia que tener con él este miramiento, ademas de que no se oponia á las miras del general; pero sin embargo, podia exijírsele algunos de los derechos de la guerra. Recibió Bonaparte sus enviados al pasar el Trebbia, y afectó cierta repugnancia porque el duque de Parma no habia aprovechado para la paz la ocasion en que España negociaba con la república francesa. En seguida concedió un armisticio exigiendo un tributo de dos millones en dinero, de que tenia gran necesidad la caja del ejército, mil seiscientos caballos para la artillería y bagajes, gran cantidad de trigo y avena, la facultad de atravesar el ducado, y establecer hospitales para sus enfermos, á espensas del mismo príncipe. No se contentó con esto el gene-

ral:—amaba y entendia las artes como todo italiano, y comprendia muy bien el lustre que dan á un imperio, y el efecto moral que en la imaginacion de los hombres producen: exigió por lo tanto veinte cuadros que habian de elegir comisionados franceses para remitirlos á Paris. Los enviados del duque, que se consideraron dichosos en desarmar á este precio las iras del general, consintieron en todo, y se apresuraron á cumplir las condiciones del armisticio. Sin embargo, ofrecian un millon, con tal de salvar el cuadro de San Gerónimo. Bonaparte dijo al ejército: «Este millon le gastaríamos muy pronto, y ya hallaremos otros que conquistar. Un cuadro como ese es eterno, y adornará nuestra patria.» Y no accedió á admitir la prometida suma.

Despues de haber adquirido Bonaparte todas las ventajas de la conquista sin sus inconvenientes, continuó su marcha. La condicion contenida en el armisticio de Cherasco con respecto al paso del Pó por Valencia, y la direccion de las principales columnas francesas hácia esta ciudad, todo daba á creer que el jóven general iba á intentar el paso del rio por sus inmediaciones. Mientras el grueso de su ejército se habia ya reunido en el punto en que Beaulieu esperaba efectuar el paso el 17 de floreal (6 de mayo), se dirige con un ejército de tres mil quinientos granaderos, su caballería y veinte y cuatro piezas de cañon por la orilla del Pó, y llega el 18 por la mañana á Plasencia despues de una marcha de diez y seis leguas en treinta y seis horas. La caballería se apoderó de todos los barcos que se hallaban en las orillas del rio y los condujo á Plasencia. Se habia

hecho con considerable cantidad de forrage y con el botiquin del ejército austriaco. Una barca trasporta la vanguardia mandada por el coronel Lannes, el cual apenas llega á la otra orilla, acomete con sus granaderos á algunos destacamentos austriacos que recorrianla orilla izquierda del Pó y los dispersa. Los demasgranaderos van atravesando sucesivamente el rio, y se empieza a construir un paso para que lo verificase el ejército que habia recibido órden de bajarse á su vez á Plasencia. De modo que por una marcha fingida y osada se hallaba Bonaparte al otro lado del Pó y con la ventaja de haber rodeado el Tesino. Si en efecto hubiera pasado por mas arriba, ademas de la dificultad de efectuarlo en presencia de Beaulieu, se hubiera estrellado contra el Tesino y hubiera tenido todavia que efectuar otro paso. Pero en Plasencia no existia este inconveniente, porque el Tesino estaba ya reunido con el Pó.

El 18 de floreal (7 de mayo), advertida la division de Liptai de que el enemigo estaba cerca se dirigió á Fombio á corta distancia del Pó, en el camino de Pizzighitone. No queriendo Bonaparte dejarla en una posicion en que iba á reunirse todo el ejército austriaco y obligarle á dar accion con el Pó á la espalda, se apresuró á atacar con la fuerza que entonces tenia. Cae sobre la division que se habia fortificado, la desaloja despues de una accion sangrienta y la hace dos mil prisioneros. El resto de la division tomando el camino de Pizzighitone, se dirige hácia esta plaza.

En la tarde del mismo dia, noticioso Beaulieu del paso del Pó por Plasencia, llegaba en ausilio de la division Liptai. Ignoraba el desastre que la

habia acontecido, y dando con las avanzadas francesas; que le recibieron decididamente, se vió obligado á replegarse á toda prisa. Por desgracia, el valiente general Laharpe, tan útil al ejército por su inteligencia y denuedo, quedó muerto por sus propios soldados en medio de la oscuridad de la noche. Todo el ejército lloró á aquel valiente suizo, á quien la tiranía de Berna obligó á pasar á Francia.

Una vez pasado el Pó, rodeado el Tesino, y batido Beaulieu en términos de no poder sostener accion, quedaba abierto el camino de Milan. Era natural en un vencedor de veinte y seis años, estar impaciente por entrar en él, pero Bonaparte deseaba antes de todo acabar de destrozar á Beaulieu. Para esto no se contentaba con batirle, sino que queria envolverle, cortarle la retirada y obligarle, si era posible, á deponer las armas; y para conseguirlo debia adelantarle en el paso de los rios: bajan de los Alpes una multitud de rios que atraviesan la Lombardía para dirigirse al Pó ó al Adriático. Despues del Pó y del Tesino, se hallan el Adda, el Oglio, el Mincio, el Adige y otros muchos: Bonaparte se hallaba delante del Adda, que no habia podido volver como el Tesino, por que hubiera sido necesario atravesar el Pó solo por Crémona. Pasó pues por Pizzighitone el Adda; pero acababan de entrar en esta plaza los restos de la division de Liptai. Bonaparte se apresuró á subir el Adda para llegar al puente de Lodi, donde hacia ya mucho que estaba Beaulieu, y por lo tanto no podia anticipársele en el paso del rio; sin embargo, no tenia mas que doce mil hombres y cuatro mil caballos. Otras dos divisiones al man-

do de Colli y Wukassovick habian dado un rodeo por Milan para dejar guarnicion en su castillo, y debian en seguida volver al Adda para pasarle por Cassano, mucho mas arriba de Lodi. Tratando pues de atravesar el Adda por Lodi, á pesar de la presencia de Beaulieu se podia llegar á la otra orilla antes que hubiesen concluido su movimiento las dos divisiones que podian pasar el Cassano; entonces era dable cortarles la retirada.

Se hallaba Bonaparte delante de Lodi el 20 de floreal (9 de mayo). Está situada esta ciudad en la orilla misma por donde iba el ejército francés. Bonaparte manda atacarla repentinamente y se interna á pesar de los austriacos que dejando entonces la ciudad se retiran por el puente, y van á reunirse en la otra orilla con el grueso del ejército. Por este puente era por donde debia pasarse saliendo de Lodi para atravesar el Adda. En la orilla opuesta se hallaban formados doce mil hombres de infantería y cuatro mil caballos, con veinte piezas de artillería asestada contra el puente, y una nube de tiradores en las orillas. No era costumbre en la guerra arrostrar semejantes dificultades, pues un puente defendido por diez y seis mil hombres y veinte piezas de artillería, era un obstáculo que nunca queria vencerse Todo el ejército francés se habia puesto al abrigo del fuego, detras de los muros de Lodi esperando la órden del general, el cual sale de la ciudad, recorre todas las orillas del rio en medio de un diluvio de balas y metralla, y despues de haber ideado su plan, vuelve á Lodi para ponerlo en práctica. Manda á su caballería que siga el Adda para ver si puede vadearlo mas allá del puente; despues manda for-

mar una columna de seis mil granaderos, recorre sus filas, les anima, y les infunde con su presencia y palabras un valor estraordinario. Manda entonces desembocar por la puerta que daba al puente, y marchar á paso redoblado. Habia calculado que por la rapidez del movimiento no tendria mucho que sufrir la columna, la cual se estrecha mas y desfila corriendo por el puente. Un espantoso fuego que llueve sobre ella, deshace toda su cabeza; pero sin embargo avanza: al llegar al medio del puente titubea, pero los generales le sostienen con su voz y ejemplo, y logran que se concentre, se llegue á las piezas y mate á los artilleros que tratan de defenderlas. En aquel momento llega la infantería austriaca á su vez para sostener su artillería, pero despues de lo que habia hecho, la terrible columna ya no temia las bayonetas, y cayendo sobre los austriacos mientras nuestra caballería que habia encontrado un vado, amenazaba sus costados, los desordena, los dispersa y les hace dos mil prisioneros.

Un rasgo tan estraordinario de audacia llenó de asombro á los austriacos, pero por desgracia era inútil. Colli y Wukassovick habian logrado llegar á la calzada de Brescia, y ya no podian ser cortados. Si el resultado se malograba, al menos se habia ganado la línea del Adda, hallándose sumamente enardecido el valor de los soldados, y mirando con estraordinario afecto á su general.

Habian adoptado aquellos en medio de su alegría, un uso singular que prueba el carácter nacional. Se reunieron un dia los soldados mas veteranos; y viendo que su general era tan jóven, trataron de hacerle pasar por todos los grados: en

Lodi le nombraron cabo, y le saludaron cuando se dejó ver en el campamento con el título tan famoso despues de *el pequeño cabo de escuadra* (*le petit caporal*). Mas tarde veremos que le iban dando otros á medida que los merecia.

El ejército austriaco tenia asegurada su retirada por el Tirol, y de nada servia ya perseguirle. Bonaparte pensó entonces concentrarse en la Lombardía para tomar posesion de ella y organizarla. Los restos de la division de Liptai se habian fortificado en Pizzighitone, pudiendo hacer de ella una plaza fuerte, y se dirigió á este punto para desalojarlos. En seguida hizo que Massena le precediese á Milan, y Augereau retrocedió para ocupar á Pavía. Queria imponer á esta gran ciudad, célebre por su universidad, haciéndola ver una de las mejores divisiones del ejército, y dejó á las de Serrurier y Laharpe en Pizzighitone, Lodi, Cremona y Casano para guardar el Adda.

Por último trató Bonaparte de dirigirse á Milan, de donde habian huido al acercarse el ejército francés, los partidarios del Austria y todos aquellos á quienes asustaba la celebridad de nuestros soldados que les creian tan bárbaros como valientes, y estaban cubiertos los caminos de Brescia y del Tirol. El archiduque habia tambien salido vertiendo lágrimas al dejar su hermosa capital, y la mayor parte de los milaneses tenian esperanza y aguardaban á nuestros ejércitos con las mejores intenciones. Cuando recibieron la primera division mandada por Massena, y vieron que aquellos soldados cuya fama era tan terrible, respetaban las propiedades y las personas, y manifestaban la amabilidad natural en su carácter, se lle-

naron de entusiasmo, y les trataron con la mayor consideracion. Los patriotas que habian acudido de todos los puntos de Italia, esperaban al jóven vencedor, cuyas hazañas eran tan repetidas, y cuyo nombre italiano se acomodaba tanto á su pronunciacion. Inmediatamente enviaron al conde de Melzi para que se presentase á Bonaparte y le rindiese obediencia, y formaron una guardia nacional, y la vistieron de tres colores, verde, encarnado y blanco, dándole por gefe al duque de Servelloni. Alzaron un arco de triunfo para recibir al general francés, y el 26 de floreal (15 de mayo) un mes despues de haberse empezado la campaña, entró Bonaparte en Milan. Todo el pueblo de esta capital salió á recibirle: la guardia nacional estaba sobre las armas, y el Ayuntamiento pasó á entregarle las llaves de la ciudad. Por todo el camino hasta el palacio de Servilloni, en que estaba preparado su alojamiento, le dieron innumerables vivas: se habia hecho ya dueño de la imaginacion de los italianos, como de la de los soldados, y era tan poderoso por su fuerza moral, como por la fuerza física.

No entraba en sus miras detenerse en Milan mas que lo que estuvo en Cherasco despues de la sumision del Piamonte; solo deseaba permanecer lo necesario para organizar interinamente la provincia, sacar los recursos de que habia menester su ejército; y dejarlo arreglado todo á sus espaldas. Su proyecto era dirigirse despues al Adige y Mántua, y si podia hasta el Tirol y al otro lado de los Alpes.

Habian dejado los austriacos dos mil hombres en el castillo de Milan, que inmediatamente hizo

atacar Bonaparte. Se convino con el comandante del castillo que no dispararia sobre la ciudad, porque era una propiedad del Austria que no tenia interés en destruir. Inmediatamente se empezaron los trabajos del sitio.

Sin comprometerse mucho Bonaparte con los milaneses, ni prometerlos una independencia que no podia asegurarles, les dió sin embargo sobrada confianza para excitar su patriotismo. Les habló con energía, diciéndoles que para tener libertad era necesario ganarla, coadyuvando á sacar para siempre á Italia del yugo del Austria. Creó inmediatamente una administracion municipal y mandó formar en todas partes guardia nacional, para dar principio á la organizacion militar de Lombardía. Trató en seguida de las necesidades de su ejército, y se vió precisado á imponer una contribucion de veinte millones á los milaneses; medida que le parecia perjudicial, porque debia entorpecer la marcha del espíritu público; pero sin embargo no fué muy mal recibida, ademas de que era indispensable. Gracias á los almacenes del Piamonte y á los trigos suministrados por el duque de Parma, se hallaba el ejército con mucha abundancia de víveres. Los soldados engordaban, porque comian buen pan y buena carne, y bebian escelente vino. Estaban contentos y empezaban á observar una rígida disciplina. No faltaba mas que vestirlos, pues cubiertos con sus raidos uniformes de los Alpes andaban rotos, y no infundian respeto sino por su fama, su aire marcial y su admirable disciplina. Bonaparte halló al momento nuevos recursos. El duque de Módena, cuyos estados guarnecian el Pó, mas abajo que los del duque de Par-

ma, le envió comisionados para obtener las mismas condiciones que este. Viendo el viejo y avaro príncipe que se realizaban todas sus predicciones se salvó con sus tesoros en Venecia, abandonando el gobierno de sus estados á una regencia; pero no queriendo perderlos, trataba de negociaciones. Bonaparte no podia otorgar la paz, pero sí armisticios, que equivalian á ella, y le hacian dueño de todas las existencias de Italia. Exigió diez millones de subsistencias de todo género, caballos y pinturas.

Con estos recursos obtenidos en el pais, estableció en las orillas del Pó grandes almacenes, hospitales llenos de efectos para quince mil enfermos, y enriqueció todas las cajas del ejército. Juzgándose bastante opulento remitió á Génova algunos millones para el Directorio; y como sabia ademas que el ejército del Rin andaba escaso de fondos, y que esta penuria no le dejaba entrar en campaña, envió por Suiza un millon á Moreau. Esta accion, digna de un buen camarada, le era honrosa y útil, pues le interesaba que Moreau entrase en campaña para impedir á los austriacos que dirigiesen sus principales fuerzas á Italia.

A vista de todas estas cosas se confirmaba Bonaparte cada dia mas en sus proyectos. Segun él, no era necesario marchar contra los príncipes de Italia, solo debia obrar contra los austriacos, pues mientras resistiese á estos, y pudiera impedirles su vuelta á Lombardía, todos los estados italianos temblando al ascendiente del ejército francés, se someterian unos tras otros. Ya lo habian efectuado los duques de Parma y Módena, Roma y Nápoles harian otro tanto si seguia siendo dueño de las

puertas de Italia. La misma espectativa debia guardar respecto á los pueblos, y sin derribar los gobiernos, aguardar á que se sublevasen los mismos vasallos.

Pero en medio de tan exactas ideas y de tan penosos trabajos detuvo sus pasos una oposicion muy desagradable. El Directorio estaba prendado de sus servicios, pero Carnot que leia sus partes escritos con energía y precision y con estraordinaria imaginacion, se sobresaltó por tan gigantescos planes. Observaba, y con razon, que atravesar el Tirol y los Alpes otra vez, era un proyecto estraordinario y hasta imposible ; pero al mismo tiempo para corregir el plan del jóven capitan, concibió otro mucho mas arriesgado. Conquistada la Lombardía era preciso , segun Carnot , replegarse á la península, pasar á intimidar al Papa y los Borbones de Nápoles, y arrojar de Liorna á los ingleses, donde les permitia dominar el duque de Toscana. Para esto mandaba Carnót en nombre del Directorio dividir en dos el ejército de Italia, dejar parte de él en Lombardía á las órdenes de Kellermann, y hacer marchar la otra sobre Roma ó Nápoles á las órdenes de Bonaparte. Este desatinado proyecto reproducia la falta que han cometido siempre los franceses de internarse en la península antes de ocupar la Italia alta. No es el Papa ni el rey de Nápoles á quien hay que disputar la Italia, sino á los austriacos , y asi la línea de operaciones no está en el Tiber , sino en el Adige. La impaciencia de poseer nos llevo siempre á Roma y Nápoles, y mientras recorríamos la península, hallamos siempre cortada la retirada. Era natural que los republicanos no quisieran

bien á un Papa ni á un Borbon; pero incurrian en el error de los antiguos reyes de Francia.

Bonaparte no habia visto mas que á los austriacos en sus proyectos de lanzarse al valle del Danubio, lo cual era una exageracion de verdad en una imaginacion perspicaz pero jóven; despues de semejante condicion no podia consentir en marchar á la península; y por otra parte, conociendo la importancia de una direccion única en una conquista que exigia tanto genio político como militar, no podia soportar la idea de tener el mando á medias con un antiguo general, valiente, pero sin grandes luces, y lleno de amor propio. Esto era en él el egoismo tan legítimo del génio, que quiere desempeñar él solo un cargo, porque se siente capaz de hacerlo. En esto se condujo como en los campos de batalla; arriesgó su porvenir y ofreció su dimision en una carta tan respetuosa como atrevida. Bien sabia él que no se atreverian á aceptarla, pero la verdad es que preferiria la dimision á la obediencia, porque no podia consentir en dejar oscurecida su gloria y al ejército siguiendo un mal plan.

Habiendo opuesto razones muy luminosas á los errores del director Carnot, dijo que era preciso hacer frente á los austriacos y emplearse solo en ellos; que una division sola que se escalonase en retaguardia sobre el Pó y Ancona, bastaria para amedrentar la Península, y obligar á Roma y Nápoles á pedir cuartel. Dispuso inmediatamente salir de Milan para dirigirse al Adige y sitiar á Mántua, mientras llegaban las nuevas órdenes del Directorio y la respuesta á sus pliegos.

Dirigió otra proclama á sus soldados que de-

bió obrar poderosamente en ellos, producir al mismo tiempo mucho efecto en el ánimo del Papa y del rey de Nápoles.

«Soldados: os habeis precipitado como un tor-«rente desde lo alto del Apenino, arrollando y dis-«persando cuanto se oponia á vuestra marcha. El «Piamonte libre de la tiranía austriaca se ha en-«tregado á sus sentimientos naturales de paz y «amistad con la Francia. Milan es vuestro, y el pa-«bellon republicano ondea en toda la Lombardía. «Los duques de Parma y Módena, solo deben su «existencia política á vuestra generosidad. El «ejército que os amenazaba con altivez ya no en-«cuentra muralla que le defienda de vuestro ar-«rojo; el Pó, el Tesino y el Adda, no han podido «conteneros ni un solo dia, y esos baluartes tan «ponderados de Italia de nada han servido, porque «los habeis atravesado con la misma rapidez que «el Apenino. Tan esclarecidos triunfos han llena-«do de regocijo á nuestra patria, y vuestros repre-«sentantes han decretado una fiesta dedicada á «vuestras victorias, que ha de celebrarse en todos «los Ayuntamientos de la república. Vuestras «madres, esposas, hermanas y amantes, aplauden «vuestras victorias y se glorian con orgullo de ser «vuestras. Si, soldados, mucho habeis hecho..... «Pero ¿no os queda ya nada que hacer?... ¿Se dirá «de nosotros que hemos sabido vencer, pero no «aprovecharnos de la victoria? ¿Os reconvendrá la «posteridad de haber hallado otra Cápua en la «Lombardía? Pero no, que ya os veo correr á las «armas .. Pues bien! ¡partamos! Aun tenemos que «hacer marchas forzadas, enemigos que avasallar, «laureles que coger, é injurias que vengar. Tiem-

«bien los que han aguzado los puñales de la guer- «ra civil en Francia, los que han asesinado cobar- «demente á nuestros ministros, é incendiado nues- «tros navíos en Tolon. La hora de la venganza ha «llegado, pero vivan tranquilos los pueblos, porque «somos amigos de todos ellos, y mas particular- «mente de los descendientes de los Brutos y Esci- «piones, y de los grandes hombres á quienes he- «mos tomado por modelos. Restablecer el Capito- «lio, colocar en él con honor las estátuas de los «héroes que le hicieron célebre, y despertar al «pueblo romano, aletargado con tantos años de es- «clavitud, tal será el fruto de nuestras victorias. «Ellas harán época en la posteridad: vosotros ten- «dreis la inmortal gloria de cambiar la faz de la «mas hermosa parte de Europa. El pueblo francés, «libre y respetado del mundo todo, dará á la Eu- «ropa una paz gloriosa que la indemnizará de to- «dos los sacrificios que está haciendo hace seis «años. Entonces volvereis á vuestros hogares, y «vuestros conciudadanos dirán al ver uno de vos- «otros: *«ese era del ejército de Italia.»*

No permaneció mas que ocho dias en Milan, de donde salió el 2 de pradial (12 de mayo), para dirigirse á Lodi y avanzar hácia el Adige.

Pero mientras proseguia su marcha, tuvo que volver repentinamente á Milan por un suceso inesperado. Los nobles, los frailes, los criados de las familias fugitivas y multitud de gente que debia su fortuna al gobierno austriaco, preparaban un motin contra el ejército francés. Esparcieron la voz de que se aproximaba Beaulieu con un refuerzo de sesenta mil hombres, y que el príncipe de Condé desfilaba por la Suiza á retaguardia de los repu-

blicanos que iban á verse perdidos. Los clérigos usando de su influencia sobre los paisanos que habian sufrido algun trastorno por el paso del ejército, les incitaron á tomar las armas; pues no estando ya Bonaparte en Milan, se creyó que era oportuna ocasion para sublevarse y hacer sublevar en seguida á toda la Lombardía. La guarnicion del castillo de Milan dió la señal con una salida, y al punto se oyó tocar á rebato á todas las campanas circunvecinas, y acudieron á Milan para apoderarse de él infinitos paisanos armados; pero la division que habia dejado Bonaparte bloqueando el castillo, rechazó inmediatamente la guarnicion á los muros y dispersó los paisanos que se presentaban. Mejor éxito tuvo el alboroto en los al rededores de Pavía, donde entraron y se apoderaron de ella á pesar de trescientos hombres que habia dejado de guarnicion Bonaparte. Para no ser degollados se encerraron en un fuerte estos trescientos hombres, rendidos ó enfermos; pero los insurgentes rodearon el fuerte y les intimaron que se entregasen. Al mismo tiempo pasaba por Pavía un general francés y acudieron á él obligándole con el puñal al pecho á firmar una órden para que abriese la guarnicion sus puertas. Asi lo hizo y se llevó á efecto.

Aquella sublevacion podia producir desastrosas consecuencias provocando un levantamiento general que causase la pérdida del ejército francés. La ilustracion pública de una nacion, está siempre mas adelantada en las ciudades que en los campos; asi es que mientras los habitantes de las ciudades de Italia se declaraban en favor nuestro, los labriegos, incitados por los frailes y resentidos del

paso de nuestros ejércitos, tenian muy malas intenciones. Hallábase en Lodi Bonaparte cuando supo el 4 de pradial (23 de mayo) los sucesos de Milan y de Pavía, é inmediatamente partió con trescientos caballos, un batallon de granaderos y seis piezas de artillería. Se habia restablecido ya el órden en Milan, y continuó su camino hácia Pavía, precedido del arzobispo de Milan. Los insurgentes habian colocado una avanzada en el pueblo de Binasco. Lannes la dispersó, y Bonaparte opinando que debia obrarse con prontitud y energía para atajar el mal en su principio, mandó prender fuego al pueblo para aterrar á Pavía con el aspecto de las llamas. Al llegar cerca de esta ciudad se detuvo, pues se encerraban en ella treinta mil habitantes, y se hallaba cercada de un antiguo muro, defendiéndola siete ú ocho mil paisanos amotinados que habian cerrado las puertas y coronaban las murallas. Tomar esta ciudad con trescientos caballos y un batallon no era cosa fácil; y sin embargo no debia perder tiempo, porque el ejército estaba ya sobre el Oglio y necesitaba á su general. Por la noche hizo fijar en las puertas de Pavía una proclama amenazadora en que decia, que una multitud estraviada y sin verdaderos medios de resistencia, insultaba á un ejército triunfante de los reyes y queria perder el pueblo italiano; que insistiendo en su intencion de no hacer guerra á los pueblos, queria perdonar este delirio y dejar una puerta abierta al arrepentimiento; mas que si no deponian inmediatamente las armas, serian tratados como rebeldes y sus pueblos dados á las llamas. De escarmiento podia servirles, añadia, el incendio de Binásco. Por la mañana los paisanos que dominaban

la ciudad se negaban á rendirla, mas Bonaparte hizo barrer las murallas con metralla y granadas, y aproximarse despues á los granaderos que derribaron las puertas á hachazos. Entraron en la ciudad y tuvieron que sostener un combate en las calles, que sin embargo no duró mucho, pues los paisanos huyeron y entregaron la desdichada Pavía á la saña del vencedor. Los soldados pedian con instancia saqueos, y Bonaparte para dar una leccion severa, les concedió tres horas. Apenas eran mil hombres, y no podian causar muchos destrozos en una ciudad tan considerable como Pavía, aunque entraron en las platerías y se apoderaron de muchas joyas. El hecho mas vituperable fué el saqueo del Monte de Piedad; pero por fortuna en Italia, lo mismo que en todas partes en que hay grandes que son pobres y vanidosos, los montes de piedad estaban llenos de objetos que pertenecian á la mas alta nobleza del estado. Preserváronse las casas de Spallanzani y de Volta por los oficiales, guardando ellos mismos las habitaciones de estos ilustres sábios: ejemplo honorífico á un mismo tiempo para Francia y para Italia

Bonaparte dirigió en seguida al campo sus trescientos caballos, é hizo acuchillar á infinitos sublevados, cuyo pronto castigo produjo la general sumision, é intimidó al partido de Italia, enemigo de la libertad y de la Francia. Triste es verse reducido á usar de semejantes medios; pero Bonaparte no podia evitarlos so pena de sacrificar su ejército y la suerte de Italia. Tembló el partido de los frailes, y las desgracias de Pavía, que pasaban con mucha exageracion de unos en otros, hicieron que el ejército francés recobrase su terrible nombradia.

Terminada aquella espedicion, emprendió inmediatamente su camino para unirse con el ejército que estaba sobre el Oglio, y que iba á pasar al territorio veneciano.

Al acercarse el ejército francés se discutió de nuevo en el senado de Venecia la antigua cuestion de si tomarian partido con el Austria ó con la Francia. Algunos antiguos oligárquicos que habian conservado cierta energía, hubieran deseado unirse inmediatamente con el Austria, protectora natural de todos los caducos despotismos; pero temian en lo futuro la ambicion austriaca y actualmente las armas francesas; ademas de que era preciso salir á la defensa, que era una resolucion muy costosa á un gobierno tan enervado. Otros oligárquicos jóvenes, resueltos tambien, pero menos obstinados que los viejos, querian asimismo tomar una resolucion valerosa, proponiendo hacer un armamento formidable; pero guardar neutralidad, y amenazar con cincuenta mil hombres á la potencia que violase el territorio veneciano, resolucion varonil, pero demasiado enérgica para que pudiese adoptarse. Otros mas ilustrados proponian por el contrario un partido medio, que era la alianza con Francia; y el senador Bataglia, génio perspicaz, profundo y moderado, presentó argumentos que el trascurso del tiempo ha hecho, por decirlo asi, proféticos. Segun él, la neutralidad, aun armada, era la peor de todas las determinaciones, pues no podrian hacerse respetar por mas fuerzas que tuviesen, y no contando de su parte con ninguno de los dos partidos, se verian tarde ó temprano sacrificados por ambos. Era pues preciso inclinarse al Austria ó á la Francia. El Austria se hallaba espul-

sada de Italia, y aun suponiendo que tuviese medios para volver, no podria verificarlo antes de dos meses, en cuyo tiempo la república podia ser víctima del ejército francés, ademas de que la ambicion del Austria era siempre la mas terrible para Venecia. Siempre habia mirado con envidia sus provincias de Iliria y de la alta Italia, y aprovecharia la primera oportunidad para arrebatarlas, no teniendo mas garantía contra esta ambicion que el poder de la Francia, que nada tenia que envidiar a Venecia, y que se veria interesada siempre en defenderla. Es verdad que la Francia tenia principios repugnantes á la nobleza veneciana, pero tiempo era al fin de resignarse á hacer algun sacrificio de los que exigia el espíritu del siglo otorgando á los nobles de tierra firme las concesiones que podian hermanarlos con la república y con el libro de oro. Con pequeñas modificaciones en la antigua constitucion se podia satisfacer la ambicion de todas las clases de vasallos venecianos y captarse la voluntad de la Francia; y si ademas se tomaba las armas en favor de esta, acaso podia esperarse en recompensa de los servicios hechos, los despojos del Austria en Lombardía. En todo caso repetia el senador Battaglia, la neutralidad era el peor de todos los partidos.

Este dictamen cuya prudencia ha confirmado el tiempo, dejó profundamente resentidos el orgullo y ódio de la antigua nobleza veneciana para que se adoptase Es preciso decir tambien que no se creia durase mucho en Italia la dominacion francesa, para unirse á ella, pues habia un antiguo adagio italiano que decia *que la Italia era la tumba de los franceses*, y se temia esponerse despues sin defensa alguna al furor del Austria.

Entre estas tres diferentes opiniones se prefirió la mas cómoda y conforme á las rutinas y flojedad de tan antiguo gobierno; la neutralidad desarmada. Decidieron enviar proveedores á Bonaparte para protestar de la neutralidad de la república y reclamar el respeto que se merecia al territorio y habitantes venecianos. Mucho se temia á los franceses, pero tambien se sabia que eran afectuosos y sensibles á las espresiones amigables; é inmediatamente se ordenó á todos los agentes del gobierno que les tratasen y recibiesen con la mayor finura, acogiendo á los oficiales y generales para captarse su benevolencia.

Al llegar Bonaparte al territorio veneciano necesitaba tanta prudencia como la misma Venecia; pues aunque este estado se hallaba en manos de un gobierno débil, era sin embargo grande, y no debia indisponérsele hasta el punto de obligarle á armarse, porque entonces los franceses no hubieran sido dueños de la Italia alta: lo que sí convenia era que aunque observase neutralidad, se obligase Venecia á consentirnos en su territorio, dejarnos batir en él, y hasta alimentarnos si fuese posible. Habia dado paso á los austriacos, y esta era la razon con que se podia argüir para pretenderlo y exijirlo todo sin traspasar los límites de la neutralidad.

Cuando entró Bonaparte en Brescia públicó una proclama en que decia que atravesaria el territorio Veneciano para perseguir al ejército imperial, que habia obtenido permiso para hacerlo, y que respetaria el territorio y habitantes de Venecia, haciendo observar á su ejército la mejor disciplina, pagando todo lo que tomase, y no echando en olvido los antiguos vínculos que unian á las dos re-

públicas. Fué muy bien recibido por el proveedor veneciano de Brescia, y siguió su camino. Habia atravesado el Oglio, que corre cerca del Adda, y llegó delante del Mincio que brota del lago de Garda, circula por la llanura del Mantuano, forma al cabo de algunas leguas un nuevo lago en cuyo centro está colocada Mántua, y va por fin á confundirse en el Pó. Beaulieu se habia situado con un refuerzo de diez mil hombres en la línea del Mincio para defenderla. Delante del rio y en el pueblo de Borghetto se hallaba una vanguardia de cuatro mil infantes y dos mil caballos. El grueso del ejército estaba situado al otro lado del Mincio en Valleggio; la reserva un poco mas atras en Villafranca, y varios cuerpos sueltos defendian la corriente del Mincio por la parte superior é inferior de Valleggio. La ciudad veneciana de Peschiera se halla en las márgenes del Mincio á su salida del lago de Garda, y Beaulieu, que queria tener esta plaza para asegurar mas la derecha de su línea, engañó a los venecianos so pretesto de obtener paso para cincuenta hombres, sorprendió la ciudad y colocó en ella una fuerte guarnicion. Tenia un muro coronado con ochenta cañones.

Adelantándose Bonaparte por esta línea, se desentendió enteramente de Mántua, que estaba á su derecha, y no era tiempo de bloquear aun, apoyando sobre su izquierda hácia Pescara. Su proyecto era pasar el Mincio por Borghetto y Valleggio, para lo cual tenia que alucinar á Beaulieu acerca de su intencion, y lo hizo como en el paso del Pó, dirigiendo un cuerpo á Pescara, y otro á Lonato, de modo que Beaulieu fijase su atencion en el alto Mincio, y supusiese que queria pasar el

Pescara, ó rodear el lago de Garda. Al mismo tiempo atacó con ahinco á Borghetto, ciudad que situada frente al Mincio, estaba como hemos dicho defendida por cuatro mil infantes y dos mil caballos. Empezó Bonaparte la accion el 9 de pradial (28 de mayo). Siempre habia hallado cierta repugnancia á batirse con su caballería, pues estaba poco acostumbrada á cargar, porque no se hacia gran uso de ella en otro tiempo, y porque ademas se hallaba intimidada por la gran reputacion de la caballería alemana. Bonaparte queria que se batiese á toda costa, porque consideraba de suma importancia los servicios que podia hacer. Al adelantarse hácia Borghetto, distribuyó entre la derecha é izquierda de su caballería á sus granaderos y carabineros, colocó la artillería á retaguardia, y despues de haberla encerrado así, la arrojó sobre el enemigo. Sostenida por todas partes, y guiada por el ardoroso Murat, hizo prodigios de valor y puso en fuga los escuadrones austriacos; llegó despues la infantería al pueblo de Borghetto, y se apoderó de él. Quisieron los austriacos al retirarse por el puente que conduce de Borghetto á Valleggio romperlo, y lograron en efecto destruir un arco; pero algunos granaderos conducidos por el general Gardanne, entraron en el Mincio, que era vadeable por algunos puntos, y le atravesaron llevando los fusiles sobre sus cabezas y sufriendo el fuego de las alturas opuestas. Creyeron los austriacos ver la columna de Lodi y se retiraron sin destruir el puente. Se repuso el arco roto y pudo pasar el ejército; así Bonaparte subió el Mincio inmediatamente con la division Augereau para dar alcance á los austriacos, pero evitaron el combate todo el

dia. Dejó continuar la persecucion á la division Augereau, y volvió a Valleggio, donde se hallaba la division de Massena que empezaba á comer el rancho. De repente suena paso de ataque, y penetran los húsares austriacos en medio del pueblo, dando apenas tiempo á Bonaparte para salvarse. Montó á caballo y descubrió que era uno de los cuerpos enemigos que habian quedado guardando el bajo Mincio y seguian el rio para unirse con Beaulieu en su retirada á las montañas. Corrió á las armas la division de Massena, y empezó á perseguir a la enemiga que sin embargo, logró reunirse con Beaulieu.

Habian, pues, atravesado el Mincio, y decidió por segunda vez Bonaparte la retirada de los imperiales que se dirigian definitivamente al Tirol. Obtuvo una importante ventaja, con solo hacer que se batiese su caballería, que ya no temia á la de los austriacos; lo cual miraba él con sumo interés. Antes de su tiempo se servian poco de la caballería y él juzgó que se podia sacar de ella un gran partido empleándola en cubrir la artillería. Habia calculado ademas que la artillería ligera y la caballería, empleadas oportunamente, podian producir el efecto de una masa de infantería diez veces mayor. Estimaba ya mucho al jóven Murat, que sabia hacer batirse á sus escuadrones, mérito que consideraba entonces como muy raro en los oficiales de este ejército. La sorpresa que puso en peligro su persona le inspiró otra resolucion: la de formar un cuerpo de hombres elegidos bajo el nombre de guias que debian acompañarle siempre. Su seguridad personal era un objeto secundario á sus ojos; pero veia cuán ventajoso era tener disponible

siempre un cuerpo de confianza y capaz de las mas atrevidas empresas; y así se le verá efectivamente decidir en un apuro la victoria, lanzando veinte y cinco de estos valientes. Dió el mando de ellos á un oficial de caballería intrépido y sereno, muy conocido despues con el nombre de Bessieres.

Habia evacuado Beaulieu á Pescara para dirigirse al Tirol, mas habiéndose empeñado una accion con la retaguardia austriaca y el ejército francés, no pudo entrar en la ciudad hasta despues de un reñido combate. Los venecianos, que no habian podido defenderse contra Beaulieu, la privaron del carácter de neutral, y los franceses quedaban autorizados para establecerse en ella. Bonaparte sabia bien que los venecianos habian sido engañados por Beaulieu, pero resolvió servirse de este acontecimiento para lograr de ellos todo lo que deseaba. Queria ocupar la línea del Adige, y particularmente la importante ciudad de Verona que domina el rio; y sobre todo queria hacerse con víveres.

El proveedor Foscarelli, antiguo oligárquico veneciano, muy obstinado en sus preocupaciones, y lleno de ódio contra la Francia, estaba encargado de pasar al cuartel general de Bonaparte. Le habian dicho que el general se hallaba sumamente irritado por lo que habia sucedido en Pescara, y la fama habia hecho muy terrible su enojo. Binasco y Pavía probaban su severidad; dos ejércitos destruidos y la conquista de Italia manifestaban su poder. Entró, pues, el proveedor en Pescara lleno de terror, habiendo escrito á su gobierno: *quiera Dios recibirme en holocausto*! Su mision especial era impedir que los franceses entrasen en Verona, ciudad que por haber dado asilo al pretendiente, se halla-

ba en la mas terrible incertidumbre. El jóven Bonaparte que tenia momentos de violenta ira, y que tan bien la fingia á veces, no omitió nada para aumentar el espanto del proveedor. Se manifestó irritadísimo contra el gobierno veneciano que pretendia ser neutral, y no sabia hacer respetar su neutralidad, y que al dejar apoderarse de Pescara á los austriacos, habia espuesto al ejército francés á perder multitud de valientes ante esta plaza. Dijo que la sangre de sus compañeros de armas pedia venganza y venganza estrepitosa; el proveedor disculpó mucho á las autoridades venecianas, y habló en seguida del objeto esencial, que era Verona. Pretendió tener órden para prohibir la entrada á las dos potencias beligerantes, mas Bonaparte le respondió que ya no era tiempo, pues Massena se habia dirigido á ella, y tal vez en aquel momento la habria entregado al fuego, para castigar á una ciudad que habia tenido la insolencia de considerarse un momento como la capital del imperio francés. El proveedor suplicó de nuevo; y Bonaparte, fingiendo que se aplacaba un poco, respondió que lo mas que podia hacer, si Massena no habia entrado en ella á viva fuerza, era dar una suspension de veinte y cuatro horas, cuyo término pasado, emplearia las bombas y las balas.

Retiróse el proveedor consternado, y volvió á Verona, anunciando que era preciso recibir á los franceses. Al aproximarse, los habitantes mas ricos creyendo que no se les perdonaria la entrada del pretendiente en su ciudad, huyeron atropelladamente al Tirol, llevándose lo mas precioso que tenian; pero no obstante, los veroneses se tranquilizaron al punto viendo á los franceses, y conociendo por sí

mismos que estos republicanos no eran tan bárbaros como la voz comun les pintaba.

Otros dos enviados venecianos llegaron á Verona para hablar con Bonaparte, que fueron los dos senadores Erizzo y Battaglia. Este último de quien hemos hecho mencion se inclinaba á la alianza con Francia, y esperaban en Venecia que estos nuevos embajadores lograrian mejor que Foscarelli aplacar al general. Recibióles en efecto mejor que á éste, y entonces, que ya habia conseguido lo que deseaba, fingió estar mas calmado y darse á razones. Lo que para lo sucesivo queria, eran víveres, y si fuese posible la alianza de Venecia con la Francia, y como para lograrlo era preciso engañar y seducir á un tiempo, hizo ambas cosas.—La primera ley, les dijo, para los hombres es la vida Quisiera ahorrar a la república de Venecia el cuidado de suministrarnos víveres; pero pues el destino de la guerra nos ha obligado á llegar aquí, nos vemos precisados á vivir donde residimos. Facilite la república de Venecia á mis soldados lo que necesitan, y cuente en seguida con la república francesa.—Se acordó que un asentista judío proporcionaria al ejército cuanto necesitase, y que Venecia pagaria en secreto á este asentista para no parecer que violaba la neutralidad sosteniendo á los franceses. Bonaparte trató en seguida de la cuestion de alianza.—Acabo, dijo, de ocupar el Adige, habiéndolo hecho porque necesito una línea, porque esta es la mejor, y porque vuestro gobierno es incapaz de defenderla. Que arme cincuenta mil hombres y los coloque en el Adige, y le devuelvo sus plazas de Verona y Porto-Legnago. Por lo demas, añadió, debeis vernos aquí con el mayor placer, pues cuanto me ha mandado hacer

el gobierno de Francia, es todo en obsequio de Venecia. Vengo á lanzar á los austriacos al otro lado de los Alpes, y tal vez á constituir en estado independiente la Lombardía: qué cosa mas ventajosa puede hacerse en favor de vuestra república? Si quisiese unirse con nosotros, acaso recibiria un gran premio por este servicio. Nosotros no hacemos la guerra á ningun gobierno: somos amigos de todos los que nos ayudan á contener en sus límites al Austria.

Salieron ambos venecianos sorprendidos del genio de este jóven, que unas veces amenazador y cariñoso otras, imperioso ó lisongero, y hablando de todos los asuntos militares y políticos con tanta profundidad como elocuencia, anunciaba que tan precoz era en él el genio de hombre de estado como el de guerrero; y así decian escribiendo á Venecia con fecha 5 de junio de 1796. *Este hombre tendrá algun dia mucha influencia sobre su patria.*

Era por fin Bonaparte dueño de la línea del Adige que miraba como tan interesante. Atribuia todos los errores cometidos en las antiguas campañas de los franceses en Italia, á la mala eleccion de la línea defensiva. Innumerables son estas en la Italia alta, porque la recorren infinidad de rios desde los Alpes hasta el mar. La mayor y mas célebre, que es la del Pó, y atraviesa la Lombardía, le parecia mala por ser demasiado estensa, pues ningun ejército, segun él, podia guardar una estension de cincuenta leguas. Un ardid podia facilitar siempre el paso de un gran rio, pues él mismo habia atravesado el Pó á pocas leguas de Beaulieu; y los demas rios, tales como el Tesino, el Adda y el Oglio que desaguan en el Pó se confundian con él, y tenian

sus inconvenientes. El Mincio era vadeable, y ademas desaguaba en el Pó; solo el Adige que salia del Tirol, é iba á desembocar en el mar, ocupaba toda la Italia. Era profundo, y no tenia mas que una corriente poco estensa desde las montañas al mar, y se hallaba defendido por dos plazas, Verona y Porto-Legnago, muy inmediatos entre sí, y que sin ser fuertes podian resistir al primer ataque. Finalmente al salir de Porto-Legnago recorrió impracticables lagunas que cubrian la parte inferior de su corriente. Los demas rios mas internados en la alta Italia como el Brenta, el Piave y el Tagliamento, eran vadeables, y ademas podian salvarse por el camino real del Tirol que cáe á su espalda, al contrario del Adige que tenia la ventaja de hallarse en la estremidad de este camino que recorre su propio valle.

Estas fueron las razones que inclinaron á Bonaparte en favor de aquella línea, habiendo probado la exactitud de su cálculo una inmortal campaña. Ocupada ya aquella línea era preciso pensar en el sitio de Mántua, cuya plaza situada á orillas del Mincio, se hallaba á espaldas del Adige, cubierta por el mismo rio. Mirábasela como el baluarte de Italia, pues asentada en medio de un lago formado por las aguas del Mincio, comunicaba con tierra firme por medio de cinco diques. Sin embargo, á pesar de su reputacion, tenia esta plaza inconvenientes que disminuian su fuerza real. Envuelta entre vapores pantanosos, era muy enfermiza. Ademas de esto, tomadas las cabezas de las calzadas se hallaba el sitiado encerrado en la plaza, pudiendo ser bloqueado por fuerzas muy inferiores á la guarnicion. Bonaparte contaba con tomarla antes de que

pudiese llegar en socorro de Italia un nuevo ejército, y el 15 de pradial (3 de junio), mandó atacar las cabezas de calzadas, una de las cuales se hallaba formada por el arrabal de San Jorge, y se apoderó de ellas; desde cuyo momento pudo bloquear Serrurier con ocho mil hombres á una guarnicion compuesta de catorce mil, de los que diez estaban sobre las armas y cuatro mil en los hospitales. Hizo Bonaparte empezar los trabajos del sitio, y poner en estado de defensa toda la línea del Adige, de modo que en menos de dos meses conquistó la Italia. Tratábase de guarnecerla; pero esto era lo que se dudaba pudiera hacerse, y por esta prueba se iba á juzgar al jóven general.

El Directorio acababa de responder á las observaciones de Bonaparte sobre el proyecto de dividir el ejército y marchar á la península. Las razones de Bonaparte eran muy exactas para no hallar acogida en Carnot, y sus servicios muy distinguidos para que su dimision se aceptára. Apresuróse á escribirle el Directorio para aprobar sus proyectos y confirmarle el mando de todas las fuerzas que obraban en Italia, ratificándole la confianza del gobierno. Si los magistrados de la república hubieran tenido don de profecía, habrian hecho bien en aceptar la dimision de este jóven, aunque tuviese mucha razon en las opiniones que emitia, y aunque su retirada hubiera ocasionado á la república la pérdida de Italia y de un gran capitan. Pero entonces no se veia en él mas que la juventud, el genio, la victoria, y se sentia el interés y consideraciones que todas estas cosas inspiran.

Solo imponia el Directorio á Bonaparte una condicion, y era la de hacer comprender á Roma

y Nápoles el poder de la república. Todos los patriotas sinceros de Francia lo deseaban. A la verdad que bien merecia un castigo el papa que habia lanzado una anatema y predicado una cruzada contra la Francia, dejando asesinar en su capital á nuestro embajador. Bonaparte, libre á la sazon para obrar como deseaba, queria obtener todos estos resultados, sin dejar la línea del Adige, y mientras parte del ejército quedaba en su defensa, y otra sitiaba á Mántua y el castillo de Milan, él con una sola division escalonada detras del Pó, queria hacer temblar á toda la península, y reducir al pontífice y la reina de Nápoles á implorar la clemencia republicana. Se anunciaba la venida de un grande ejército mandado del Rin para disputar la Italia á sus vencedores; pero este ejército que debia atravesar la Selva Negra, el Voralberg y el Tirol, no podia llegar antes de un mes, asi Bonaparte tenia tiempo para dejarlo arreglado todo á retaguardia, sin alejarse mucho del Adige, y de modo que pudiese por una sencilla marcha retrógrada hallarse de cara al enemigo.

En efecto, ya era tiempo de que pensase en lo demas de Italia. La presencia del ejército francés en ella daba á las opiniones estraordinario impulso. Las provincias venecianas no podian sufrir ya el yugo aristocrático; la ciudad de Brescia manifestaba gran propension á la revolucion, y en toda la Lombardía, especialmente en Milan, hacia rápidos progresos la opinion pública. Los ducados de Módena y Reggio, y las legaciones de Bolonia y Ferrara, no hacian ya caso ni del viejo duque ni del papa. El partido contrario se hacia en cambio cada dia mas enemigo, pues la aristocracia geno-

vesa estaba muy irritada, y fraguaba siniestros planes en nuestra retaguardia, teniendo por autor de todos ellos al ministro austriaco Gerola. El estado de Génova estaba lleno de pequeños señoríos feudales, dependientes del Imperio; y validos de esta autoridad los señores que los poseian, reunian los desertores, facinerosos y prisioneros austriacos que habian logrado fugarse, y los soldados piamonteses que se habian licenciado, formando con ellos partidas de facciosos, conocidos con el nombre de *Barbetos*. Infestaban el Apenino por donde entró el ejército francés, detenian los correos, sorprendian nuestros convoyes, y degollaban los destacamentos franceses cuando no eran bastante crecidos para defenderse, esparciendo asi el temor por el camino de Francia. Los ingleses se habian hecho dueños en Toscana del puerto de Liorna, gracias á la proteccion del gobernador, y trataban al comercio francés como enemigo. Roma, en fin, hacia preparativos hostiles, la Inglaterra le prometia algunos millares de hombres, y Nápoles, agitado siempre por los caprichos de una reina violenta, anunciaba un armamento formidable. Dejando el débil rey por un momento el cuidado de la pesca, imploró públicamente el favor del cielo, deponiendo en una solemne ceremonia sus ornamentos reales, y consagrándolos al pié de los altares. Todo el pueblo napolitano le aplaudió dando horrorosos gritos, y multitud de miserables, que no eran capaces de manejar un fusil, ni de mirar siquiera una bayoneta francesa, pedian armas y querian marchar contra nuestro ejército.

Aunque estos movimientos no debiesen inquietar mucho á Bonaparte mientras pudiese disponer de

seis mil hombres, debia apresurarse á reprimirlos, antes que llegase el nuevo ejército austriaco, el cual exigiria la concurrencia de todas nuestras fuerzas en el Adige. Bonaparte empezaba á recibir algunos refuerzos del ejército de Italia, que le permitian emplear quince mil hombres en el bloqueo de Mántua y del castillo de Milan, veinte mil en la custodia del Adige, y llevar ademas una division al Pó para verificar sus proyectos sobre el mediodia de Italia.

Pasó inmediatamente á Milan para mandar abrir la trinchera al rededor del castillo, y acelerar su rendicion. Ordenó á Augereau, que se hallaba en el Mincio muy cerca del Pó, que pasase este rio por Borgoforte, y se encaminase á Bolonia, y prescribió á Vaubois que se dirigiera desde Tortona á Módena con cuatro ó cinco mil hombres que habian llegado de los Alpes. De este modo podia mandar ocho ó nueve mil hombres á las legaciones de Bolonia y Ferrara, y amenazar desde allí á toda la península.

Aguardó algunos dias á que cesasen las inundaciones del bajo Pó antes de poner en movimiento su columna; pero la córte de Nápoles, tan débil como violenta, habia pasado del furor al abatimiento. Al saber nuestras últimas victorias en la Italia alta, hizo partir al príncipe de Belmonte-Pignatelli, para que se sometiese al vencedor. Bonaparte le envió para la paz al Directorio, pero creyó deber conceder un armisticio. No le convenia internarse hasta Nápoles con algunos miles de hombres; sobre todo estando esperando la llegada de los austriacos; bastábale por entonces desarmar este poder, privar de su apoyo á Roma, é indis-

ponerla con la liga. No se podia imponerla contribuciones como se habia hecho con los demas pequeños principes á quienes se redujo, pero prometió abrir todos sus puertos á los franceses, retirar á Inglaterra cinco navíos y muchas fragatas que de ella tenia, y privar finalmente al ejército austriaco de los dos mil cuatrocientos ginetes que servian en sus filas. Este cuerpo de caballería debia permanecer secuestrado en poder de Bonaparte que era dueño de hacerle prisionero en cuanto violase por primera vez el armisticio. Bien sabia Bonaparte que semejantes condiciones no agradarian al gobierno, pero por entonces lo que le importaba era que hubiese paz á su espalda, y no exigia sino lo que creia estar á su alcance. Sometido el rey de Nápoles no podia resistir el papa; la espedicion por la derecha del Pó se reducia entonces, segun deseaba, á una correría de algunos dias, y se volvia al Adige.

Firmó este armisticio y salió en seguida para pasar el Pó y ponerse á la cabeza de las dos columnas que dirigia contra el estado pontificio, la de Vaubois que llegaba de los Alpes de refuerzo, y la de Augereau que retrocedia desde el Mincio al Pó. Juzgaba ser muy importante la situacion de Génova porque se hallaba colocada en uno de los dos caminos que conducian á Francia, y porque su senado habia mostrado siempre energía. Conocia que hubiera convenido pedir la espulsion de veinte familias feudatarias del Austria y de Nápoles, para asegurar la dominacion de la Francia; pero no tenia órden ninguna respecto á esto, y por otra parte temia la revolucion; asi es que se contentó con escribir una carta al Senado

en que pedia que se castigase de un modo ejemplar al gobernador de Novi, que habia protegido á los facciosos, y que fuese espulsado de Génova el ministro austriaco; y deseaba en seguida una esplicacion categorica. «¿Podeis, decia, ó no podeis «limpiar vuestro pais de los asesinos que le infes- «tan? Si no podeis tomar las medidas necesarias, «yo las tomaré por vosotros mandando quemar las «ciudades y pueblos en que se cometa un asesina- «to; quemaré las casas que den guarida á las ase- «sinos, y castigaré ejemplarmente á los magistra- «dos que les consientan. Es preciso que la muerte «de un francés sea funesta para distritos enteros, «si estos no la han impedido.» Como conocia las lentitudes diplomaticas, envió á su edecan Murat para ser portador de la carta, y leerla él mismo en el Senado. «Es preciso, escribia al ministro Faypoult, pasar una nota que electrice á esos señores.» Al mismo tiempo hizo salir á Lannes con mil doscientos hombres para ir á castigar á los feudatarios imperiales. El castillo de Agustin Spínola, que era el promovedor de la rebelion, fué quemado, é implacablemente fusilados los barbetos apresados con las armas en la mano. Sobresaltado el Senado de Génova depuso al gobernador de Novi, exhoneró al ministro Gerola, y prometió que sus mismas tropas guardarian los caminos, enviando á Paris á M. Vicente Spínola para tratar con el Directorio sobre todos los puntos en litigio, la indemnizacion por la fragata la Modesta, la espulsion de las familias feudatarias, y el llamamiento de las desterradas.

Bonaparte se dirigió en seguida á Módena, donde llegó el 1.° de mesidor (19 de junio) mientras Augereau entraba en Bolonia el mismo dia. El em-

tusiasmo de los habitantes de Módena fué estraordinario. Salieron á recibirle, y le enviaron una diputacion para felicitarle, dirigiéndole los principales de ella solicitudes, y suplicándole que les librase del yugo de su duque, el cual habia huido con sus tesoros á Venecia. Como la regencia que dejó el duque se habia manifestado fiel á las condiciones del armisticio, y Bonaparte no tenia razon ninguna para usar de los derechos de conquista en el ducado, no podia satisfacer á los de Módena; ademas de que era una cuestion que debia suspenderse en buena política. Se contentó con dar esperanzas y aconsejó que tuviesen juicio, saliendo despues para Bolonia. Hallábase en el camino el fuerte de Urbino, que era la primera plaza perteneciente al papa. Intimado que hubo la rendicion, lo verificó el castillo que tenia sesenta cañones de grueso calibre y algunos centenares de hombres. Bonaparte dirigió estas piezas á Mántua para que se empleasen en el sitio, y llegó á Bolonia despues de la division de Augereau. Los habitantes no podian reprimir su alegria. Bolonia es una ciudad de cincuenta mil almas, magníficamente construida y famosa por sus artistas, sus sábios y su universidad. Reinaba en ella un afecto estraordinario hácia Francia, y un profundo aborrecimiento á la Santa Sede. Aqui ya no temia Bonaparte dar rienda á los sentimientos de libertad, porque se hallaba en las posesiones de un enemigo declarado cual era el papa, y podia ejercer los derechos de conquista. Enviáronle sus diputados las dos legaciones de Ferrara y de Bolonia, á quienes concedió una independencia interina, prometiéndoles que se les reconoceria cuando se hiciese la paz.

Hallábase alarmado el Vaticano, y envió inmediatamente un mediador que intercediese por él. Eligió al efecto al embajador de España Azara, conocido por su talento y aficion á la Francia, y ministro de una potencia amiga. Ya habia negociado antes por el duque de Parma, y llegó á Bolonia para poner la tiara á los pies de la república vencedora. Bonaparte constante en su proyecto de no trastornar ni edificar aun nada, exigió por entonces que quedasen independientes las legaciones de Bolonia y Ferrara, que recibiese guarnicion francesa la ciudad de Ancona, y que el papa diese veinte y un millones, trigos, ganados y cien cuadros ó estátuas; condiciones que fueron aceptadas. Bonaparte habló mucho con el ministro Azara y le dejó entusiasmado. Escribió una carta al célebre astrónomo Oriani en nombre de la república, pidiéndole tener con él una conferencia, pero este modesto sábio se turbó á la vista del jóven vencedor, y le rindió homenage con su encogimiento. Nada omitia Bonaparte para honrar á la Italia y despertar su orgullo y patriotismo; no era un conquistador feroz que iba a asolarla, sino un héroe de la libertad que trataba de reanimar la antorcha del genio en la antigua patria de la civilizacion. Dejó allí á Monge, Bertholet y los hermanos Thouin, enviados por el Directorio, para dirigir los objetos destinados á los museos de Paris.

El dia 8 de mesidor (26 de junio) pasó el Apenino con la division Vaubois y entró en Toscana. Intimidado el duque, le envió á su ministro Manfredini, á quien Bonaparte tranquilizó sin declararle sus intenciones. Entretanto su columna se dirigió á marchas forzadas á Liorna, donde penetró

de improviso, apoderándose de la factoría inglesa. Prendió al gobernador Spannochi, le encerró en una silla de posta, y le envió al gran duque con una carta en que le esplicaba los motivos de este acto hostil en una potencia amiga. Decia al gran duque que su gobernador habia faltado á todas las leyes de la neutralidad, oprimiendo al comercio francés, y dando asilo á los emigrados y a todos los enemigos de la república; y añadia que por consideraciones á su autoridad le confiaba á él mismo el cuidado de castigar a un ministro infiel. Este enérgico acto probaba á todos los estados neutrales que el general francés vigilaria á falta de quien no supiera hacerlo. No se habian podido aprésar todos los navíos ingleses, pero su comercio esperimentó pérdidas considerables. Bonaparte dejó una guarnicion en Liorna, y designó comisionados que se hiciesen cargo de todo lo perteneciente á los ingleses, austriacos y rusos. En seguida pasó personalmente á Florencia, donde el gran duque le recibió ostentosamente; y despues de haber permanecido en ella algunos dias, volvió á pasar el Pó para dirigirse á su cuartel general de Roverbella, cerca de Mántua. De esta suerte, en veinte dias, y con una division escalonada en la derecha del Po, pudo infundir respeto á las potencias de Italia, dejándolo todo tranquilo para la nueva lucha que debia sostener contra el poder del Austria.

Mientras que el ejército de Italia desempeñaba con tanta gloria la tarea que se le habia impuesto en el plan general de campaña, los ejércitos de Alemania no habian podido ponerse aun en movimiento. La dificultad de organizar sus almacenes

y hacerse con caballos les habia mantenido hasta entonces en inaccion, y el Austria por su parte, que debia tener el mayor interés en tomar resueltamente la iniciativa, empleó una inconcebible lentitud en hacer sus preparativos, no habiéndose puesto en disposicion de empezar las hostilidades hasta mediados de pradial (principios de junio). Sus ejércitos se hallaban en un pié formidable y eran superiores con mucho á los nuestros; pero nuestros triunfos de Italia la habian obligado á destacar á Wurmser con treinta mil hombres de sus mejores tropas del Rin, para ir á recoger y reorganizar los restos de Beaulieu. Asi, ademas de sus conquistas, el ejército de Italia hacia el importante servicio de salvar los ejércitos de Alemania, pues el consejo áulico que habia resuelto tomar la ofensiva, y encender la guerra en el centro de nuestras provincias, no pensó ya desde entonces sino en guardar la defensiva y oponerse á nuestra invasion. Bien hubiera deseado dejar en pié el armisticio; pero habia concluido ya, y las hostilidades debian empezar el 12 de pradial (31 de mayo).

Ya hemos dado una idea del teatro de la guerra. El Rin y el Danubio que nacen el uno en los Alpes mayores y el otro en los de Suavia, despues de aproximarse en las cercanías del lago de Constancia, se separan para dirigirse el primero al Norte y el segundo al Oriente de Europa. Dos valles trasversales y casi paralelos, el Mein y el Necker, forman en cierto modo dos salidas para dirigirse atravesando los Alpes de Suavia al valle de Danubio, ó para pasar desde aqui al del Rin.

No eran entonces tan conocidos como ahora,

gracias á los grandes ejemplos, ni aquel teatro de guerra ni las operaciones que podian ejecutarse en él. Carnót, que dirigia nuestros planes, formó una teoría por la célebre campaña de 1794, que tanta fama le dió en la Europa. En esta época el centro del enemigo defendido en el bosque de Mormale, no pudiendo ser atacado, se ganaron sus alas, obligándole á la retirada. Este ejemplo se habia grabado en la memoria de Carnot, que dotado de un espíritu innovador, pero sistematico, habia ideado una teoría segun esta campaña, estando persuadido de que convenia siempre obrar á la vez sobre las dos alas de un ejército y procurar constantemente pasar sus lineas. Los militares han considerado este pensamiento como un verdadero progreso, preferible al sistema de los cordones, dirigiéndose á atacar al enemigo; pero Carnot habia hecho de él un sistema fijo y peligroso. Las circunstancias que aquí se ofrecian le obligaban aun mas á seguir en él. El ejército de Sambre y Mosa y el del Rin y Mosela se hallaban colocados ambos en el Rin en dos puntos muy distantes uno de otro, y de estos dos puntos partian dos valles que terminaban en el Danubio. Estos motivos eran muy poderosos para que Carnot dividiesé á los franceses en dos columnas, que subiendo la una por el Mein y la otra por el Necker, cayeran sobre las alas de los ejércitos imperiales y les obligáran á retroceder hácia el Danubio. Prescribio, pues, á los generales Jourdan y Moreau que saliesen el primero de Dusseldorf, y el segundo de Strasburgo para avanzar aisladamente por Alemania. Formarse en dos ejércitos, era, segun lo ha observado un gran capitan y crítico, y lo han demostrado

despues los hechos, dejar y sugerir al enemigo la idea de que se concentrase inmediatamente y de destruir con el total de sus fuerzas uno de los dos cuerpos. Clerfayt habia poco mas ó menos empleado esta maniobra en la anterior campaña, rechazando primero á Jourdan al bajo Rin, y dirigiéndose despues á atacar las líneas de Maguncia. Aunque el general enemigo no fuese hombre de distinguido talento, se le obligaba con esto á seguir este plan, inspirándole el pensamiento que hubiera debido merecer el genio.

Concertóse, pues la invasion segun este plan erróneo, no estando mejor concebidos tampoco los medios de ejecucion. La línea que separaba los ejércitos subia por el Rin desde Dusseldorf hasta Bingen; despues describia un arco desde Bingen á Manheim, por la falda de los Vosgos y seguia el Rin hasta Basilea. Carnot queria que el ejército de Jourdan, saliendo por Dusseldorf y la cabeza del puente de Neuwied, se dirigiese en número de cuarenta mil hombres á la orilla derecha para atraer á ella al enemigo, y que el resto de este ejército, que tenia veinte y cinco mil hombres, saliendo de Maguncia á las órdenes de Marceau, subiese el Rin, y desfilando por detrás de Moreau, pasase ocultamente el rio por las inmediaciones de Strasburgo. Reuniéronse los generales Jourdan y Moreau para manifestar al Directorio los inconvenientes de este proyecto, pues Jourdan, que solo tenia cuarenta mil hombres en el bajo Rin, podia ser oprimido y deshecho, mientras el resto de su ejército perderia incalculable tiempo en subir por Maguncia hasta Strasburgo. Mucho mas natural era verificar el paso hácia Strasburgo por la es-

tremidad derecha de Moreau, porque este modo de proceder podia ser tan secreto como el otro, sin que hiciera perder un tiempo precioso. Admitióse la modificacion; y Jourdan, aprovechándose de las dos cabezas de puente que tenia en Dusseldorf y Neuwied, debió pasar el primero para atraerse al enemigo, y distraer asi la atencion del alto Rin, donde Moreau tenia que efectuar el paso á viva fuerza.

Convenidos en este plan, se prepararon á ponerle en ejecucion. Los ejercitos de ambas naciones eran casi iguales en fuerzas, porque desde la salida de Wurmser, los austriacos tenian en toda la línea del Rin ciento cincuenta y tantos mil hombres acantonados desde Basilea hasta las cercanias de Dusseldorf; y los franceses tenian otros tantos, sin contar con cuarenta mil hombres destinados á guarnecer la Holanda que los sostenia. Una diferencia, sin embargo, habia entre los dos ejércitos. Los austriacos contaban en sus ciento cincuenta mil hombres, con unos treinta y ocho mil caballos y ciento quince mil infantes; los franceses tenian mas de ciento treinta mil de estos, y solo quince ó diez y ocho mil caballos. Esta superioridad en caballería daba gran ventaja á los austriacos, especialmente en las retiradas. Tenian tambien en su favor el obedecer á un solo general; pues desde la marcha de Wurmser, los dos ejércitos imperiales se hallaban á las supremas órdenes del jóven archiduque Cárlos, que ya se habia distinguido en Turcoing, y de cuyos talentos se esperaba mucho. Los franceses tenian dos buenos generales, pero obrando aislados, á gran distancia uno de otro, y bajo la direccion de un gabinete que se halla-

ba á doscientas leguas del teatro de la guerra.

Espiraba el armisticio el 11 de pradial (30 de mayo). Las hostilidades empezaron por un reconocimiento general en todos los puntos avanzados. El ejército de Jourdan se estendía, como sabemos, desde los al rededores de Maguncia hasta Dusseldorf. En Dusseldorf tenia una cabeza de puente para pasar á la orilla derecha, y despues podia subir por entre la línea de la neutralidad prusiana y del Rin, hasta las orillas del Lahn, dirigiéndose despues desde aquí al Mein. Los austriacos tenian diseminados quince ó veinte mil hombres á las órdenes del príncipe de Wurtemberg desde Maguncia á Dusseldorf. Jourdan hizo que Kleber saliese por Dusseldorf con veinte y cinco mil hombres, y habiendo envuelto este á los austriacos, los batió en Altenkirchen el 16 de pradial (4 de junio) y subió por la orilla derecha entre la línea de neutralidad y el Mein. Cuando llegó Jourdan á la altura de Neuwied y cubrió este desfiladero, pasó el rio con parte de sus tropas, aprovechándose del puente que tenia en este punto, y fué á unirse con Kleber en la orilla derecha, de manera que se halló en Lahn con cuarenta y cinco mil hombres próximamente el dia 17 de pradial (5 de junio). Habia dejado á Marceau delante de Maguncia con treinta mil hombres, y el archiduque Cárlos, que estaba hácia aquel punto, al saber que los franceses repetian la escursion del año anterior y desembocaban otra vez por Dusseldorf y Neuwied, se dirigió á la orilla derecha con parte de sus fuerzas para oponerse á su marcha. Propúsose Jourdan atacar el cuerpo del príncipe de Wurtemberg antes que le llegase refuerzo; pero viéndose obligado á di-

latarlo un dia, perdió la ocasion, y fué él mismo acometido en Wetzlár el 19 de pradial (7 de junio). Guarnecia el Lahn con el Rin á su derecha, y su izquierda en Wetzlár. Acometiendo el archiduque con la masa de sus fuerzas, batió su ala izquierda formada por la division Lefevre, obligándola á replegarse; batido, pues, Jourdan en la izquierda se veia obligado á apoyarse en su derecha que llegaba al Rin, hallandose impelido hácia este rio. Para no caer en él debia atacar al archiduque, y aventurar una batalla con el Rin á la espalda, siendo muy difícil que en caso de una derrota pudiese llegar á los puentes de Neuwied y Dusseldorf. Viendo, pues, que ademas del peligro de la batalla era inútil esta, supuesto que habia llenado su objeto, atrayéndose al enemigo, y sacando parte de las fuerzas austriacas desde el alto al bajo Rin, pensó que convenia replegarse y ordenó la retirada que se hizo con serenidad y denuedo. Volvió á pasar el Neuwied, y prescribió á Kleber que bajase hasta Dusseldorf para pasar á la orilla izquierda, encargándole que marchase lentamente, pero que no trabase ninguna accion séria. Mas Kleber viendose apurado en Ukherath, y llevado de su instinto guerrero, dió media vuelta contra el enemigo y le descargó un golpe vigoroso pero inútil, despues de lo cual se volvió á su campamento atrincherado de Dusseldorf. Jourdan, avanzando para retroceder en seguida, habia desempeñado un cargo enojoso por interés del ejército del Rin. Los hombres poco instruidos podian considerar en efecto esta maniobra como una derrota, pero el celo de tan valiente general no conocia límites y esperó que el ejército del Rin se aprovechase de la dis-

traccion que le habia preparado para tomar la ofensiva.

Moreau, que en todas las operaciones de que estuvo encargado en el Norte habia demostrado una prudencia, firmeza y serenidad estraordinarias estaba disponiéndolo todo para cumplir dignamente con su cargo y resolvió pasar el Rin por Strasburgo, cuya gran plaza era un buen punto de partida. Podia reunir en ella gran número de tropas, cuyo paso favorecian las islas arboladas que cortan la corriente del Rin en este punto. El fuerte de Kehl, situado en la orilla derecha, era fácil de sorprender, pues una vez ocupado podia repararse y servirse de él para protcger el puente que se formase delante de Strasburgo.

Todo estaba preparado para este objeto, y hallandose dividida la atencion de los enemigos hácia el bajo Rin, ordenó Moreau el 26 de pradial (14 de junio), un ataque general contra el campamento atrincherado de Manheim, cuyo ataque tenia por objeto llamar sobre el mismo punto la atencion del general Latour, que mandaba las tropas del alto Rin, á las órdenes del archiduque Cárlos, y estrechar á los austriacos en su línea. Este ataque dirigido con habilidad y vigor, tuvo el mejor éxito. Inmediatamente despues, dirigió Moreau parte de sus tropas á Strasburgo, esparciendo la voz de que iban á Italia á reforzar su ejército, y haciéndoles preparar víveres en todo el Franco-Condado, para acreditar esta opinion. Otras tropas salieron de las inmediaciones de Huningue para bajar á Strasburgo, y se supuso que estas iban de guarnicion á Worms. Estos movimientos se comenzaron de modo que llegasen todas las

tropas al punto designado el 5 de mesidor (23 de junio). En efecto, en este dia se hallaron reunidos veinte y ocho mil hombres en el radio de Strasburgo, ó en las inmediaciones, al mando del general Desaix. Diez mil hombres debian tratar de pasar por mas abajo de Strasburgo en los al rededores de Gambsheim, y quince mil desde Strasburgo á Kehl. El 5 por la tarde (23 de junio) se cerraron las puertas de Strasburgo, para que no pudiese darse noticia al enemigo y durante la noche se dirigieron con el mayor silencio las tropas hácia el rio. Fueron conducidas las barcas al brazo de Mábila, y desde aquí al Rin. La gran isla de Ehrlen-Rin ofrecia un favorable intermedio para el paso, y las barcas dejaron en ella dos mil seiscientos hombres. Estos valientes, no queriendo despertar la atencion con el ruido de los tiros, acometieron á la bayoneta á las tropas diseminadas por la isla, las persiguieron, y no las dieron tiempo para cortar los puentecillos que iban desde ella á la orilla derecha. Pasaron detras de ellos los puentes; y aunque ni la caballería ni la artillería podian seguirles, se atrevieron á salir solos á la vasta llanura que guarnece el rio aproximándose á Kehl. A poca distancia de alli estaba acantonado el contingente de Suabia en el pueblo de Wilstett, y los destacamentos que llegaban, especialmente de caballería, hacian arriesgada la situacion de la infantería francesa que se habia atrevido á desembocar en la orilla derecha. No tuvieron reparo en mandar volver las barcas que la habian trasportado, comprometiendo asi su retirada por ir á buscar ausilios; llegaron otras tropas, avanzaron hácia Kehl, penetraron hasta las trincheras á la ba-

yoneta y se apoderaron de ellas, volviendo contra las tropas enemigas que llegaban de Wilstett la artillería hallada en el fuerte, y rechazándolas. Entonces se colocó un puente entre Strasburgo y Kehl, que quedó concluido al siguiente dia 7 (25 de junio), y pasó por él todo el ejército. Los diez mil hombres enviados á Gambshein no pudieron intentar el paso por la creciente de las aguas; y, subiendo hácia Strasburgo, atravesaron el rio por el puente que acababa de establecerse.

Fué ejecutada toda aquella operacion con el mayor secreto, exactitud y osadía, si bien es verdad que disminuia mucho su dificultad y mérito la circunstancia de estar diseminadas las tropas austriacas desde Basilea hasta Manheim, pues el príncipe de Condé se hallaba con tres mil ochocientos hombres en Brissac; el contingente de Suabia en número de siete mil quinientos hácia el Wilstett, á la altura de Strasburgo; y unos ocho mil hombres al mando de Starrai acampaban desde Strasburgo hasta Manheim. No habia pues mucho que temer de las fuerzas enemigas; pero esta misma ventaja se debia al sigilo con que se efectuó el paso, y á la prudencia con que se dispuso.

Semejante situacion facilitaba los mas gloriosos triunfos, y si Moreau hubiera obrado con la rapidez del vencedor de Montenotte, hubiera caido sobre los cuerpos esparcidos á lo largo del rio, destruyéndolos uno tras otro, y derrotado á Latour, que pasó desde Manheim á la orilla derecha, y que por entonces contaba cuando mas con treinta y seis mil hombres. Asi hubiera podido deshacer completamente todo el ejército del alto Rin, antes que hubiera llegado el archiduque Cár-

los desde las orillas del Lah. La historia nos enseña cuan esencial es la rapidez en la guerra, pues sorprendiendo al enemigo se le destruye á trozos, y un golpe ahora y luego otro no le dan tiempo para volver en sí, le desaniman y le dejan sin reflexion ni aliento. Pero esta rapidez, de que tan buenos ejemplos acabamos de ver en los Alpes y en el Pó, supone mas que mera actividad; supone un gran objeto, una imaginacion sublime para conseguirlo, y unas pasiones enérgicas para atreverse á pretenderlo. Nada se hace en el mundo sin las pasiones y sin el vigor y atrevimiento que estas comunican á la mente y al corazon. Moreau, hombre ilustrado y enérgico, no tenia aquel fuego abrasador que en la tribuna, en la guerra y en todas las situaciones enciende á los hombres y los arrastra á pesar suyo á las grandes empresas.

Empleó Moreau desde el 7 al 10 de mesidor (25 á 28 de junio) en reunir sus divisiones en la orilla derecha del Rin llegando á marchas forzadas la de Saint-Cyr que habia dejado en Manheim. Mientras aguardaba esta division, tenia á su mando cincuenta y tres mil hombres, y veia otros veinte mil diseminados al rededor. El dia 10 de mesidor (28 de junio) hizo atacar á diez mil austriacos fortificados en el Renchen. Los batió y les hizo ochocientos prisioneros: los restos de este cuerpo se incorporaron con Latour que subia por la orilla derecha. Habiendo llegado Saint-Cyr el dia 12 de mesidor (30 de junio), todo el ejército se halló al otro lado del rio, contando con sesenta y tres mil hombres de infantería y seis mil caballos, que componian un total de setenta y un mil hombres. Moreau dió el mando de la derecha á Ferino, el

centro á Saint-Cyr y la izquierda á Desaix. El se hallaba al pié de las Selvas Negras.

Forman los Alpes de Suabia un promontorio que como sabemos, arroja el Danubio al Oriente, y el Rin al Norte, atravesando por el Necker y el Mein que van á desaguar en el Rin. Son aquellas montañas de mediana altura, cubiertas de bosques y cortadas por estrechos desfiladeros, estando separado el valle del Rin del de Necker por una cordillera que se llama las Selvas Negras, á cuyo pié se hallaba Moreau debiendo atravesarla para desembocar en el valle del Necker. El contingente de Suabia y el cuerpo de Condé subian hácia la Suiza para guardarlos pasos superiores de las Selvas Negras; y Latour con el cuerpo principal volvia de Manheim para guardar los inferiores por Rastadt, Ettliegen y Pforzheim. Moreau podia sin inconveniente prescindir de los destacamentos que se retiraban por la parte de la Suiza y dirigirse sobre Latour con el total de sus fuerzas, pues infaliblemente le hubiera destruido. Victorioso entonces, hubiera desembocado en el valle de Necker antes que el archiduque Cárlos; pero como general prudente confió á Ferino el cuidado de seguir con su derecha los cuerpos de Suabia y de Condé, y dirigió á Saint-Cyr con el centro directamente hácia las montañas para ocupar ciertas alturas, mientras él iba costeando sus faldas para bajar á Rastadt antes que Latour. Esta marcha era un doble reresultado de su circunspeccion y del plan de Carnot. Deseaba resguardarse por todas partes y estender al mismo tiempo su línea hácia Suiza para estar dispuesto á sostener por los Alpes el ejército de Italia. Púsose Moreau en movimiento el dia 12

(30 de junio), marchando entre el Rin y las montañas, por un pais desigual, lleno de bosques y cruzado por torrentes. Se adelantaba con circunspeccion y no llegó á Rastadt hasta el dia 15 (3 de julio). Era tiempo aun para derrotar á Latour, que aun no se habia incorporado con el archiduque Cárlos, el cual al saber el paso llegaba á marchas forzadas con veinte y cinco mil hombres de refuerzo. Dejaba treinta y seis mil hombres en el Lahn y veinte y siete mil delante de Maguncia para hacer frente á Jourdan, todo á las órdenes del general Wartensleben. Se apresuraba lo mas que podia, pero sus cabezas de columnas estaban aun muy distantes. Despues de haber dejado Latour guarnicion en Manhein, contaba á lo mas con treinta y seis mil hombres, hallándose colocado en el Murg, que desagua en el Rin, con su izquierda en Gernsbach en las montañas, su centro al pié de ellas hácia Kuppenheim, un poco delante del Murg; su derecha en el llano, á lo largo de los bosques de Neiderbulh que se estienden por la orilla del Rin, y su reserva en Rastadt. Era una imprudencia que Latour trabase accion antes que llegase el archiduque; pero confiando en su posicion, queria hacer resistencia para cubrir el camino real que va desde Rastadt á parar al Necker.

No tenia Moreau consigo mas que su izquierda, porque el centro que mandaba de Saint-Cyr se habia quedado detras para apoderarse de algunos puntos en las Selvas Negras; circunstancia que restablecia la desigualdad de las fuerzas. El 17 de mesidor (5 de julio) atacó á Latour. Sus tropas se portaron con mucho brio, apoderándose de la posicion de Gernsbach, en el Altourg, y pene-

traron en Kuppenheim, hácia el centro de la posicion enemiga; pero en la llanura costó trabajo á sus divisiones desfilar con el fuego de la artillería y á la vista de la numerosa caballería austriaca; sin embargo, entraron en Niederbulh y Rastadt, y lograron hacerse dueños del Murg en todos los puntos, cayendo en su poder mil prisioneros.

Se detuvo Moreau en el campo de batalla sin querer perseguir al enemigo, á quien hubiera podido aniquilar por no haber llegado aun el archiduque; pero sus tropas estaban fatigadas, y conocia lo necesario que era llamar á Saint-Cyr para obrar con mayores fuerzas, y asi esperó hasta el 21 de mesidor (9 de julio) antes de dar nueva accion. Este intérvalo de cuatro dias permitió llegar al archiduque con un refuerzo de veinte y cinco mil hombres, y al enemigo combatir con iguales fuerzas.

Tambien lo eran sobre poco mas ó menos las posiciones respectivas de los dos ejércitos, pues ambos se hallaban en la línea perpendicular sobre el Rin con una ala en las montañas, el centro al pié de ellas, y la izquierda en la arboleda y pantanosa llanura que guarnece el rio. Moreau que se desengañaba lentamente pero siempre á tiempo, porque conservaba la calma necesaria para rectificar sus errores, conoció cuando combatia en Rastadt, lo importante que era dirigir su principal esfuerzo á las montañas. En efecto el que fuere dueño de ellas tenia las salidas al valle del Necker, objeto principal porque se peleaba, y podia ademas estrechar á su enemigo y precipitarle en el Rin. Moreau tenia una razon mas para combatir en las montañas: su superioridad en infantería y

su inferioridad en caballería. El archiduque conocia como él la importancia de establecerse en ellas, pero en sus numerosos escuadrones tenia tambien la razon para conservarse en la llanura. Repuso la posicion tomada por Latour; envió á los sajones á las montañas para adelantar á Moreau; hizo reforzar el llano de Rothensol en que se apoyaba su izquierda, y desplegó su centro al pié de las montañas delante de Malsch, y su caballería en la llanura. Queria atacar el dia 22 de mesidor (10 de julio), pero Moreau se anticipó y le atacó el dia 21 (9 de julio).

El general Saint-Cyr, que ya se habia reunido á Moreau formando su ala derecha, atacó el llano de Rothensol, y desplegó aquella precision, y habilidad en las maniobras que le distinguieron durante su honrosa carrera. No habiendo podido desalojar al enemigo de una posicion formidable, le cercó de tiradores, despues hizo intentar una carga y fingir una fuga para obligar á los austriacos á dejar su posicion y lanzarse en pos de los franceses. Esta maniobra le salió perfectamente, pues viendo los austriacos adelantarse á los franceses, y despues huir atropellándose, dieron tras ellos; entonces el general Saint-Cyr que tenia dispuestas tropas, las envió contra los austriacos que habian dejado su posicion, y se hizo dueño del llano; desde cuyo momento avanzó, intimidó á los sajones destinados á pasar nuestra derecha, y los obligó á replegarse. Desaix se comprometió vivamente con los austriacos en el centro, junto á Malsch, tomó y perdió este pueblo, y concluyó la accion ganando las últimas alturas que se encuentran al pie de las montañas. En la llanura no ha-

bia jugado nuestra caballería, pues Moreau la habia tenido á la entrada de los bosques. Hallábase pues indecisa la batalla escepto en las montañas; pero este era el punto importante, porque llevando adelante su triunfo, Moreau podia estender su ala derecha al rededor del archiduque, quitarle las salidas del valle de Necker y precipitarle al Rin. Es verdad que el archiduque, si perdia las montañas, que eran su base, podia tambien á su vez hacer perder á Moreau el Rin que era la nuestra; podia renovar sus esfuerzos en la llanura, batir á Desaix, y adelantándose á lo largo del Rin, dejar á Moreau fuera de posicion. En estas ocasiones el menos atrevido es el comprometido y el que se cree cortado, es quien lo está en efecto. El archiduque creyó deber retirarse por no comprometer con un movimiento arriesgado la monarquía austriaca, que no contaba con otro apoyo que su ejército. Se ha vituperado esta resolucion que producia la retirada de los ejércitos imperiales, y esponia la Alemania á una invasion. Se puede admirar esta hermosa y sublime osadía del génio que obtiene grandes resultados á fuerza de grandes peligros, pero no se podria erigirlos en ley constante; solo la prudencia es un deber en una situacion como la del archiduque, no debiendo culparle por haber marchado en retirada, para adelantarse á Moreau en el valle de Necker, y proteger asi los estados hereditarios. En efecto, adoptó inmediatamente la resolucion de abandonar la Alemania, que no podia cubrir ninguna línea, y dirigirse subiendo el Mein y el Necker, á la gran línea de los estados hereditarios, la del Danubio. Este rio, cubierto por las dos plazas de Ulm y Ratisbona, era

la defensa mas segura del Austria. Concentrando allí sus fuerzas, el archiduque se hallaba en su casa, colocado sobre un gran rio, con fuerzas iguales á las del enemigo, y pudiendo maniobrar en ambas orillas y destruir uno de los dos ejércitos invasores. El enemigo, por el contrario, se hallaba muy lejos de su casa, á inmensa distancia de su base, sin la superioridad de fuerzas que compensa el riesgo de alejarse, como la desventaja de tener que atravesar un terrible pais para atacar y retirarse, y finalmente con el inconveniente de hallarse dividido en dos cuerpos y ser mandado por dos generales. De este modo ganaban los imperiales acercándose al Danubio, cuanto los franceses perdian; pero para lograr estas ventajas, debia el archiduque llegar sin derrota al Danubio, retirándose con serenidad, pero sin esponerse á ningun encuentro.

Despues de haber dejado guarnicion en Maguncia, en Ehrenbreitsteim, en Cassel y en Manheim, ordenó á Wartensleben que se retirase poco á poco por el valle del Mein, ganando el Danubio, y trabando diariamente algun encuentro para conservar la disciplina de sus tropas, pero no tanto que las comprometiese en una accion general. Otro tanto hizo él mismo con su ejército; le llevó desde Pforzheim al valle del Necker, y no se detuvo mas tiempo que el preciso para reunir sus parques y darles tiempo de retirarse. Wartensleben se replegaba con treinta mil infantes y quince mil caballos, y el archiduque con cuarenta mil hombres de infantería y diez y ocho mil de caballería que componian un total de ciento tres mil hombres. Los demas se hallaban en las plazas, ó habian

desfilado por el alto Rin hácia la Suiza, ante el general Ferino que mandaba la derecha de Moreau.

Luego que este último decidió la retirada de los austriacos, el ejército de Jourdan pasó de nuevo el Rin por Dusseldorf y Neuwied, maniobrando como lo habia hecho siempre, y se dirigió á Lahn para salir en seguida al valle del Mein. Adelantáronse pues en dos columnas los ejércitos franceses, á lo largo del Mein y el Necker, en persecucion de los dos ejércitos imperiales que hacian una brillante retirada. Los numerosos escuadrones austriacos defendiendo la retaguardia imponian con su masa, resguardaban á su infantería é inutilizaban cuantos esfuerzos haciamos para alcanzarla. Moreau que no tenia nada á que atender al salir del Rin marchaba con setenta y un mil hombres. Jourdan que debió bloquear á Maguncia, Cassel y Ehrenbreitstein y destinar veinte y siete mil hombres á estas operaciones, solo marchaba con cuarenta y seis mil, y no era aun superior á Wartensleben.

Conforme al plan vicioso de Carnot, era preciso siempre adelantar las alas del enemigo, es decir, alejarse del punto esencial, que era la reunion de los dos ejércitos. Esta reunion hubiera permitido destinar al Danubio una masa de ciento quince ó ciento veinte mil hombres, masa terrible y enorme, que hubiera desbaratado todos los cálculos del archiduque, inutilizado todos sus esfuerzos para concentrarse, pasado el Danubio á su vista, apoderádose de Ulm, y desde esta base amenazado á Viena, y conmovido el trono imperial. *

* Deben leerse acerca de esto las reflexiones que hizo Napoleon apoyadas con tan brillantes ejemplos.

Pero conformándose con el plan de Carnot, Moreau debia apoyarse en el alto Rin y el alto Danubio, y Jourdan hácia la Bohemia. Otra razon se daba á Moreau para apoyarse en este punto, que era la posibilidad de comunicar por medio del Tirol con el ejército de Italia; lo cual suponia la ejecucion del gigantesco plan de Bonaparte, justamente desaprobado por el Directorio. Como Moreau queria al mismo tiempo no verse demasiado separado de Jourdan, y comunicarse con él por la izquierda, mientras lo hacia por la derecha con el ejército de Italia, se le vió en las orillas del Necker ocupar una linea de cincuenta leguas. Jourdan, encargado por su parte de perseguir á Wartensleben, se habia visto precisado á alejarse de Moreau; y como Wartensleben, que era un rutinero, nada entendia del pensamiento del archiduque, en vez de aproximarse al Danubio, se dirigia hácia Bohemia para cubrirla, y Jourdan se veia obligado para alcanzarle á estenderse cada vez mas. De este modo los ejércitos enemigos hacian cada uno por su parte lo contrario de lo que debian: sin embargo, entre Wartensleben y Jourdan mediaba la diferencia de que el primero faltaba á una órden muy acertada, y el segundo se veia obligado á cumplir con otra descabellada. La falta de Wartensleben era suya, mas la de Jourdan era del director Carnot.

Moreau dió un combate en Canstadt para el paso del Necker, y se internó despues en los desfiladeros del Alb, cordillera que separa el Necker del Danubio, como le separan del Rin las Selvas Negras. Atravesó estos desfiladeros, y desembocó en el valle del Danubio á mediados de termidor (fines

de julio), despues de un mes de marchas. Jourdan, despues de haber pasado desde las orillas del Lahn á las del Mein, y de haber dado una accion en Friedberg, se detuvo delante de la ciudad de Francfort, á la que amenazó con un bombardeo si-no se la entregaban inmediatamente. Los austria-cos no consintieron en ello sino á condicion de un armisticio de dos dias, lo cual le permitia atravesar el Mein, adquiriendo considerable ventaja, pero salvaban una ciudad interesante, cuyos recursos podian ser útiles al ejército. Accedió Jourdan á la condicion, y se entregó la plaza el 28 de mesidor (16 de julio). Impuso Jourdan contribuciones á es-ta ciudad, pero con tanta moderacion, que desa-gradaron al ejército los miramientos que guardaba con un pais enemigo. El rumor de la opulencia con que vivia el ejército de Italia habia exaltado los ánimos, que querian vivir lo mismo en Alema-nia. Jourdan subió despues por el Mein, se apode-ró de Wurtzbourg el 7 de termidor (25 de julio), saliendo despues por mas allá de las montañas de Suabia en las orillas del Naab, que se precipita en el Danubio. Se hallaba con corta diferencia en la misma altura y al mismo tiempo que Moreau, es decir, á mediados de termidor (principios de agos-to). La Suabia y la Sajonia habian accedido á la neutralidad, enviado á Paris agentes que tratasen de la paz, y allanándose á las contribuciones. Re-tiraron sus ejércitos, y disminuyeron asi el aus-triaco en unos doce mil hombres, que á la verdad valian muy poco, porque se batian sin entu-siasmo.

Asi se hallaban nuestros ejércitos á mediados del estío, dueños de la mitad de la Alemania, pues

la habian invadido hasta el Danubio y amenazaban á la Europa. Tambien habia dos meses que la Vendée estaba sometida, y se podian destacar de los cien mil hombres esparcidos por el Oeste, cincuenta mil por lo menos para destinarlos donde fuesen necesarios, con todo lo cual quedaban gloriosamente cumplidas las promesas del Directorio.

CAPITULO IV.

Estado interior de la Francia á mediados de 1796, año IV.—Apuros de hacienda en el gobierno. Supresion de las cédulas y del papel moneda.—Ataque del campamento de Grenelle por los jacobinos.—Renovacion del pacto de familia con España, y proyecto de una cuádruple alianza.—Proyecto de una espedicion á Irlanda.—Negociaciones en Italia.—Continuacion de las hostilidades; llegada de Wurmser al Adige; victorias de Lonato y de Castiglione.—Operaciones en el Danubio; batalla de Nereshein: marcha del archiduque Cárlos contra Jourdan.—Marcha de Bonaparte sobre el Brenta; batallas de Reveredo, Bassano y San Jorge; Retirada de Wurmser á Mántua.—Vuelta de Jourdan al Mein; batalla de Wurtzboug; retirada de Moreau.

Jamás se habia presentado la Francia mas poderosa á la Europa que durante el verano de 1796, pero su situacion interior estaba muy lejos de corresponder con su esterior magnificencia. Era muy singular el espectáculo que presentaba Paris, por que los patriotas furiosos desde el arresto de Babœuf, Drouet y sus demas corifeos, odiaban al gobierno, y no deseaban ya que venciese la república, desde que sus victorias servian para provecho del Directorio. Los enemigos declarados de la revolucion las negaban obstinadamente y los que estaban cansados de ella afectaban no creerlas. Algunos ricos de poco tiempo, que debian sus

tesoros al agiotage ó suministros, ostentaban un lujo estraordinario y manifestaban la mas ingrata indiferencia hácia aquella revolucion que habia hecho su fortuna. Este estado moral era resultado inevitable de un cansancio general en la nacion, de pasiones inveteradas en los partidos, y de la codicia que la crísis de hacienda habia dispertado. Pero habia aun muchos franceses, republicanos y entusiastas, cuyos sentimientos se conservaban aun, que celebraban interiormente nuestras victorias, que en vez de negarlas recibian al contrario la noticia trasportados de júbilo, y que pronunciaban con afecto y admiracion los nombres de Hoche, Jourdan, Moreau y Bonaparte. Estos querian que se hiciesen nuevos esfuerzos y se obligase á los malévolos y tibios á contribuir con todas sus facultades á la gloria y magestad de la república.

Para empañar el brillo de nuestros triunfos y disminuir su importancia, se dedicaban los partidos á desacreditar á nuestros generales, encarnizándose especialmente con el mas jóven y distinguido que era Bonaparte; cuyo nombre se habia hecho en dos meses tan glorioso. El 13 de vendimiario dió mucho miedo á los realistas, y por eso le trataban con poca consideracion en sus periódicos. Se sabia que en Italia habia manifestado un carácter muy imperioso, se admiraban del modo con que obraba en los estados de este pais, concediendo ó negando á su albedrio armisticios que decidian de la paz y de la guerra; y se sabia que sin valerse del conducto de la tesorería, habia enviado fondos al ejército del Rin. Complacianse, pues, en decir maliciosamente que era un

desobediente, y que por lo mismo iban á separarle, perdiendo asi la república un gran general, y cortándose, cuando menos se pensaba, su importuna gloria. Tambien los mal intencionados se apresuraron á esparcir los rumores mas absurdos: llegaron á suponer que Hoche, existente á la sazon en Paris, iba á salir para arrestar á Bonaparte en medio de su ejército. El gobierno le escribió á este una carta que desmentia todos estos rumores, repitiéndole que era digno de toda su confianza. Hizo publicar la carta en todos los periódicos, y entonces el valiente Hoche, incapaz de envidia contra un rival, que en dos meses habia adelantado á los primeros generales de la república, tambien escribió un papel para manifestar que era falso lo que se le imputaba. Copiamos esta carta tan honrosa para estos dos jóvenes héroes, que se dirigia al ministro de la policía, y se publicó en los términos siguientes:

«Ciudadano ministro: algunos hombres que «ocultos ó desconocidos en los primeros años de «la fundacion de la república, buscan en la actua«lidad los medios de destruirla, y si hablan de ella «es para calumniar á sus mas firmes defensores, «hace pocos dias han esparcido los rumores mas «ofensivos á los ejércitos, y á uno de los genera«les que los manda. ¿No les basta para conseguir «su objeto, estar en correspondencia abierta con «la horda conspiradora que reside en Hamburgo, «sin añadir tambien el envilecimiento de los ge«fes de los ejércitos para conseguir la proteccion «de los dueños que intentan dar y la Francia? ¿O «piensan tal vez que aquellos son tan débiles co«mo en otro tiempo, y que se dejarán injuriar sin

«salir á su defensa? ¿por qué se ha hecho Bona-«parte el blanco del ódio de estas gentes? ¿Es «porque ha batido á sus amigos y aun á ellos mis-«mos en vendimiario? ¿Es porque disuelve los ejér-«citos de los reyes y presta á la república medios «para terminar gloriosamente tan honrosa guerra? «¡Ah! valiente jóven: ¿qué militar republicano «hay que no se encienda en deseos de imitarte? «Animo, Bonaparte! Conduce nuestras armas vic-«toriosas á Nápoles y á Viena; responde á tus ene-«migos personales, humillando á los reyes, dando «nuevo esplender á nuestros ejércitos, y deja á «nuestro cargo el cuidado de tu gloria!

«Lástima y risa me ha dado al ver hombres, que «por otra parte tienen algun talento, manifestar «una inquietud que no sienten, acerca de los po-«deres concedidos á los generales franceses. Bien «los conoceis á casi todos, ciudadano ministro. «¿Quién es el que, aun suponiéndole bastante in-«flujo sobre su ejército para obligarle á marchar «contra el gobierno, se atreveria jamás á hacerlo «sin que sus mismos compañeros le aniquilasen «inmediatamente? Apenas se conocen los genera-«les ni tienen correspondencia entre sí; y su mis-«mo número debe tranquilizar sobre los designios «que se atribuyen á uno de ellos. ¿Se ignora lo «que pueden en los hombres la envidia, la ambi-«cion, y aun me atrevo á añadir, el amor á la pa-«tria y el honor? Tranquilizáos pues, modernos «republicanos.

«Algunos periodistas han llevado el absurdo «hasta el punto de hacerme ir á Italia para pren-«der á un hombre que estimo y cuya conducta «debe encomiarse dignamente; pero bien puede

«creerse que en los tiempos en que vivimos pocos «generales se encargarian de hacer el papel de «gendarmes, aunque muchos estén dispuestos á «combatir contra las facciones y los facciosos.

«Desde que estoy en Paris he visto hombres «de todas opiniones, y podido apreciar algunos en «lo que valen. Hay algunos que juzgan que el go«bierno no puede marchar sin ellos; y que gritan «por obtener empleos. Otros á pesar de que na«die se acuerda de ellos, se figuran que se ha ju«rado perdarlos, y gritan para inspirar interés. Ví «emigrados mas franceses que realistas llorar de «alegría al saber nuestras victorias, y tambien he «visto parisienses que las ponen en duda. Paréce«me que un partido ambicioso pero falto de recur«sos, intenta derribar el actual gobierno para «sustituir la anarquía ; que otro mas peligroso y «sagaz y que cuenta en todas partes con amigos, «aspira á trastornar la república para dar á la «Francia la constitucion defectuosa de 1791, y «una guerra civil de treinta años, y por último otro «tercer partido, que si sabe despreciar á los dos «restantes, y tomar sobre ellos el imperio que le «dan las leyes, los vencerá porque está compues«to de republicanos sinceros, laboriosos y honra«dos, cuyos medios son el talento y las virtudes, «y porque cuenta en el número de sus partidarios «á todos los buenos ciudadanos y á los ejércitos, «que sin duda no habrán vencido durante cinco «años para dejar á su patria esclavizada.»

Estas dos cartas impusieron silencio á los malévolos, y calmaron aquellas voces.

Mas en medio de toda su gloria inspiraba lástima el gobierno por su estremada pobreza. El

nuevo papel moneda se habia sostenido poco tiempo, privando con su caida al Directorio de un importante recurso. Recordaremos que en 26 de ventoso (16 de marzo), se crearon é hipotecaron sobre un valor correspondiente de bienes, dos mil y cuatrocientos millones de cédulas; parte de estas se habian destinado á retirar los veinte y cuatro millones de asignados que quedaban en circulacion, y el resto en remediar nuevas necesidades, lo cual era, como hemos dicho, en cierto modo, una reimpresion del antiguo papel con un nuevo título y una cifra nueva. Los veinte y cuatro millones de asignados, se habian sustituido por ochocientos millones de cédulas, y en vez de crear aun otros cuarenta y ocho millones de los primeros, se creaban mil seiscientos millones de los segundos. La diferencia, pues, no existia mas que en el título y en la cifra; pero tambien existia en la hipoteca, porque los asignados por un efecto de las subastas, no representaban un valor determinado de bienes; pero las cédulas, por el contrario, debiendo proporcionar los bienes por la simple oferta del precio en 1790, representaban exactamente la suma de dos mil cuatrocientos millones. Nada de esto impidió su crédito, que fué el resultado de diferentes causas. La Francia no queria ya papel, pues habia resuelto no creer en él. Por grandes que sean las garantias, cuando no se atiende á ellas, son como si no existiesen. Ademas, la cifra del papel, aunque reducida, no lo estaba bastante. Se convertian veinte y cuatro mil millones de asignados en ochocientos millones de cédulas, y por tanto se reducia el antiguo papel á su trigésima parte, cuando hubiera debido redu-

cirsele para que hubiese exactitud á la ducentésima, porque veinte y cuatro mil millones, valian cuando mas ciento veinte. Reproducirlos en la circulacion por ochocientos millones, convirtiéndolos en cédulas, era un error. Es verdad que se daba en hipoteca igual valor de bienes, pero una tierra que en 1790 valia cien mil francos, no se vendia en la actualidad mas que por veinte y cinco ó treinta mil; y por consiguiente el papel que llevaba este nuevo título y cifra, aunque representase exactamente los bienes, no podia valer como ellos mas que la tercera parte en metálico. Querer hacerlo circular á la par, era traficar con la mentira, pues aun cuando hubiera sido posible devolver la confianza al papel, la suposicion exagerada de su valor, debia hacerle siempre bajar, de modo que aunque en todas partes era forzosa su circulacion, le recibieron mucho tiempo, siendo ademas impotentes á la sazon las violentas medidas que se habian dictado en 1790. Nadie contrataba ya mas que en metálico, apareciendo en la circulacion todo aquel numerario que se habia creido perdido ó esportado al estrangero; se manifestaba el que habia estado oculto, y volvia a entrar el que habia salido de Francia. Las provincias meridionales estaban llenas de pesos fuertes procedentes de España, y traidos por necesidad. El oro y la plata van con todos los géneros á donde la necesidad los llama; su precio solo es mas subido, y se mantiene asi hasta que hay suficiente cantidad, y la necesidad se satisface. Aun se cometian algunas maldades en los reintegros en cédulas, porque las leyes, dando al papel curso forzoso de moneda, permitian emplearle en el

pago de obligaciones escritas: pero no se atrevian á hacerlo mucho, y en cuanto á las estipulaciones, se hacian en metálico. En ningun mercado se veia mas que plata ú oro, y no se pagaba con otra cosa á los jornaleros. Se hubiera dicho que no existia papel en la Francia. Las cédulas solo se hallaban en manos de los especuladores que las recibian del gobierno y las revendian á los compradores de bienes nacionales.

De esta manera, por mas que existiese la crisis económica para el estado, habia cesado casi para los particulares. El comercio y la industria que se aprovechaba de su primer instante de reposo, y de algunas comunicaciones abiertas en el continente por efecto de nuestras victorias, comenzaban á tomar alguna actividad.

No se crea, por mas que la vanidad de algunos gobiernos se haya empeñado en decirlo, que necesita la produccion de que se la estimule para prosperar, pues basta con que no se la contraríe. Ella sabe muy bien aprovecharse del primer momento para desarrollarse con una actividad asombrosa; pero si los particulares recobraban un tanto de su pasado bienestar, el gobierno, es decir, sus gefes, y sus agentes de toda clase, militares, administradores ó magistrados, ó sus acreedores, se hallaban reducidos á una espantosa miseria. Las cédulas que se les daban eran inútiles en sus manos; solo podian hacer de ellas un uso, que era pasarlas á los especuladores en papel que entregaban seis francos por ciento, y vendian despues estas cédulas á los compradores de bienes nacionales. Los censualistas pues, morian de hambre, los empleados presentaban sus dimisiones, y contra la cos-

tumbre, en vez de pedir empleos se renunciaban. Los ejércitos de Alemania é Italia que vivian en paises enemigos, se hallaban libres de la comun miseria; pero los ejércitos del interior se hallaban en el mas lastimoso estado. Hoche no podia sostener á sus soldados mas que con los frutos percibidos en las provincias del Oeste, y se veia precisado á sostener el estado de sitio para tener el derecho de agenciarse comestibles en especie. Ni los oficiales, ni él mismo, tenian con qué vestirse. La racion de etapa que se habia establecido en Francia para las tropas que la recorrian habia faltado muchas veces, pues los contratistas no querian adelantar nada. La tropa que habia salido de las costas del Occéano para reforzar el ejército de Italia se hallaba detenida en el camino, llegando á verse cerrados los hospitales, y á los infelices soldados que los ocupaban, espulsados del asilo que la república les debia, porque no podia dárseles remedio ni alimentos. La gendarmería se hallaba enteramente desorganizada, pues careciendo de vestidos y equipo, no hacian casi ningun servicio. Los gendarmes, queriendo ahorrar sus caballos, que no se les reemplazaban, dejaban de proteger los caminos; y asi se veian infestados de rateros, que siempre abundan despues de las guerras civiles, y que entraban en las casas de campo y á veces en las poblaciones, cometiendo con inaudita osadía robos y asesinatos.

Tal era, pues, el estado interior de la Francia siendo el carácter particular de aquella nueva crisis, la miseria del gobierno en medio de algun desahogo mas en los particulares. El Directorio solo vivia de los restos del papel, y de algunos millo-

nes que sus ejércitos le enviaban del estrangero. El general Bonaparte le habia remitido ya treinta millones y cien hermosos caballos de tiro que le servian de alguna ostentacion.

Se trataba ahora de acabar de una vez con todo aquel embrollo del papel moneda, y para esto se necesitaba que su curso no fuese forzado, y que se recibiese el impuesto en valor efectivo. Declaróse, pues, el 28 de mesidor (16 de julio), que todo el mundo podria contratar como quisiera y estipular en moneda ó en papel; que las cédulas se recibirian al curso efectivo, y que este lo averiguaria, y publicaria diariamente la tesorería. Por fin se atrevieron á declarar que se recibirian los impuestos en efectivo ó en cédulas al curso, y solo se hizo escepcion en la contribucion territorial. Desde la creacion de las cédulas se habia tratado de percibirla en papel y no en especie, aunque se sabia que mas hubiera valido efectuar siempre lo contrario, porque en medio de las variaciones del papel se hubieran al menos recogido víveres. Decidióse, pues, tras largas discusiones y proyectos sucesivamente desestimados por los Ancianos, que en los departamentos fronterizos ó próximos á los ejércitos, se exigiese la recaudacion en especie; pero que en todas las demas se verificasese en cédulas al curso de los granos. Asi el trigo que en 1790 se valuaba en diez francos el quintal, lo era á la sazon en ochenta francos en cédulas; y representando cada diez francos de cotizacion un quintal de trigo, debia pagarse en la actualidad ochenta francos en cédulas. Mucho mas sencillo hubiera sido exigir el pago en efectivo ó en cédulas al curso; pero no se atrevieron á hacerlo aun, pues aun-

que se empezaba á tocar la realidad, era titubeando.

Tampoco se habia cobrado todavía el empréstito forzoso, porque la autoridad no tenia la arbitraria energía que hubiera llevado prontamente á efecto resolucion semejante. Quedaban por percibir mas de trescientos millones, y se decidio que en pago de empréstito é impuesto se recibiesen las cédulas á la par y los asignados á uno por ciento, pero solo durante quince dias; pues pasado este plazo, el papel únicamente se recibiria al curso. Esto era un medio para hacer que pagasen los morosos.

Una vez declarada la ruina de las cédulas, no era posible recibirlas en pago íntegro de los bienes nacionales que les estaban afectos, y era inevitable la bancarrota, que, como de los asignados, se habia pronosticado de ellas. En efecto, se anunció que si las cédulas emitidas por dos mil cuatrocientos millones desmerecian mucho de este valor y no valian mas que doscientos ó trescientos millones, el estado no daria ya el valor prometido por los bienes, es decir, los dos mil cuatrocientos millones. Sostúvose lo contrario, con la esperanza de que se mantendrian las cédulas con cierto valor; pero como cien francos valian únicamente cinco ó seis, el estado no podia ya dar una tierra de aquella cantidad en 1790, y de treinta á cuarenta francos actualmente por solos cinco ó seis. Esta era la especie de bancarrota que habian sufrido los asignados, y cuya naturaleza esplicamos anteriormente. El estado hacia entonces lo que hoy una caja de amortizacion que compra al curso de la plaza, y que en caso de una baja es-

traordinaria, compraria por cincuenta lo que habia espendido por ochenta ó noventa; por consiguiente se decidió el 8 de termidor (26 de julio) que el último cuarto de los dominios nacionales, hipotecados por la ley de 26 de ventoso (la que creaba las cédulas), se entregaria en cédulas al curso, y en seis pagos iguales; y como se habia hipotecado por ochocientos millones de bienes, este cuarto era de doscientos millones.

Llegaba, pues, su fin al papel moneda, y no faltará quien pregunte que por qué se hizo este segundo ensayo de cédulas que tuvieron tan poca vida y aceptacion. En general se juzga de las providencias de este género independiente de las circunstancias que las han producido. El temor de que faltase numerario habia indudablemente contribuido á la creacion de las cédulas; y sino hubiese habido otra razon, se hubiera cometido una gran falta, porque no puede faltar el numerario; pero habia habido necesidad de ellas, principalmente por la necesidad imperiosa de vivir con los bienes y anticipar cantidades sobre su venta. Era preciso poner en circulacion su precio antes de retirarlo, y emitirlo al efecto en forma de papel. El recurso no fué sin duda muy grande cuando tan pronto faltaron las cédulas; pero al fin hubo con qué sostenerse cuatro ó cinco meses, que era algo. Deben considerarse las cédulas como un nuevo descuento del valor de los bienes nacionales, como un recurso mientras se vendian estos. Vamos á ver cuántos apuros sufrió aun el gobierno antes de poder realizar la venta en metálico.

No le faltaban á la tesorería recursos próximos á exigir; pero meditaba con ellos lo que con

los bienes nacionales, que era preciso tenerlos en la mano. Faltaba que recibir aun trescientos millones de empréstito forzoso; otros trescientos de la contribucion territorial, es decir, todo el valor de esta contribucion; veinte y cinco millones de la contribucion sobre el lujo; todo el arriendo de los bienes nacionales, y los atrasos de este pago que ascendian á sesenta millones; varias contribuciones militares; el valor de las alhajas de los emigrados; algunos atrasos, y finalmente ochenta millones de papel contra el estrangero. Agregados todos estos recursos á los doscientos millones del último cuarto del precio de los bienes, se tenian mil y cien millones, suma enorme, pero dificil de hacerse efectiva. Para concluir el año, es decir, para llegar al 1.° de vendimiario solo faltaban cuatrocientos millones que hubiera sido una felicidad realizarlos inmediatamente á cuenta de mil y ciento. Para el siguiente año tenia las contribuciones ordinarias que se esperaba percibirlas todas en numerario, y que importando quinientos y tantos millones, cubrian lo que se llamaba gasto ordinario. Para los de la guerra en el caso de nueva campaña, tenia el resto de los mil y cien millones; puesto que en este año no debia gastar mas de cuatrocientos, y tenia finalmente las nuevas hipotecas de los bienes nacionales. Dificil era recaudar estas sumas. El contante no se compone nunca mas que de los productos del año; y era ademas muy difícil cobrarlo todo de una vez por medio del empréstito forzoso, la contribucion territorial y de lujo y la venta de los bienes. Empezóse á trabajar de nuevo en la recaudacion de las contribuciones, y se facultó estraordinariamente al

Directorio para hipotecar bienes belgas por cien millones en metálico. Los pagarés, especie de bonos reales, teniendo por objeto descontar las entradas anuales, habian corrido la misma suerte que todo papel; y no pudiendo hacer uso de este recurso, el ministro pagaba á los provisionistas en libranzas de liquidacion que debian satisfacerse con las primeras entradas.

Tales eran las miserias de aquel gobierno que tantas glorias adquiria por fuera, sin cesar tampoco los partidos de agitarse interiormente. La sumision de la Vendée habia debilitado mucho las esperanzas de la faccion realista; pero los agentes de Paris no por eso se hallaban menos convencidos del mérito de su antiguo plan, que consistia en no emplear la guerra civil sino en corromper las opiniones y apoderarse poco à poco de los concejos y autoridades, valiéndose para conseguirlo de sus periódicos. En cuanto á los patriotas, habian llegado al último estremo de indignacion y protegido la fuga de Drouet, que se habia escapado de la prision meditando nuevas conspiraciones, á pesar de haberse descubierto la de Babœuf. Muchos antiguos convencionales y termidorianos, unidos antes al gobierno que ellos mismos habian formado el 14 de vendimiario, empezaban á manifestarse descontentos. Ya hemos visto que se mandaba por una ley á los ex-convencionales que no habian sido reelegidos, y á todos los empleados depuestos, que saliesen de Paris. La policía envió por equivocacion autos de arresto contra convencionales, individuos del cuerpo legislativo, cuyos autos se denunciaron amargamente en los Quinientos. Tallien, que apenas se descubrió la

trama de Babœuf, manifestó espresamente su adhesion al sistema del gobierno, se pronunció ahora resueltamente contra la policía del Directorio y contra la desconfianza con que se miraba á los patriotas. Respondióle su acostumbrado adversario Thibaudeau, y despues de una discusion bastante acalorada y de varias acriminaciones, cada uno se aferró en su opinion. El ministro Cochon, y sus agentes y espias eran el principal objeto del ódio de los patriotas que habian sido los primeros blancos de su vigilancia. Por lo demas la marcha del gobierno estaba perfectamente trazada; y si se habia pronunciado enteramente contra los realistas, se hallaba separado tambien de los patriotas, es decir, de aquella parte de los revolucionarios que querian renaciese una república mas democrática, y que hallaban en el actual régimen sobrada suavidad respecto á los aristócratas. Pero prescindiendo del estado de la hacienda, la situacion del Directorio, desprendido de todos los partidos, reprimiéndolos con fuerte mano y contando con el apoyo de unos ejércitos tan admirables, prometia bastante seguridad, y era muy interesante.

Ya habian hecho dos tentativas los patriotas despues de la instalacion del Directorio y esperimentado otras tantas represiones. Habian querido renovar el club de los jacobinos en el Panteon, y lo vieron cerrar por el gobierno: trataron despues de formar una misteriosa conjuracion bajo la direccion de Babœuf, y fueron descubiertos por la policía quedándose sin sus nuevos corifeos. Aun no se habian cansado, y fraguaban otra tentativa; y la oposicion que atacaba otra vez la ley del 3 de brumario, excitó en ellos mayor furor, y les alen-

tó á dar el último golpe. Procuraban seducir á la legion de policía que habia sido disuelta y mudada en el regimiento veinte y uno de dragones, tentando la fidelidad de este regimiento, y confiando en que si lograban ponerle de su parte, todo el ejército del interior, acampado en la llanura de Grenelle, seguiria su ejemplo. Al mismo tiempo se proponian suscitar un alboroto, disparando tiros en Paris, arrojando por las calles escarapelas blancas, y gritando ¡*viva el rey*! para hacer creer que eran los realistas armados para destruir la república. Con este pretesto hubieran podido acudir á las armas, apoderarse del gobierno, y lograr que se declarase en favor suyo el campamento de Grenelle.

El 12 de fructidor (29 de agosto) pusieron en ejecucion una parte de su proyecto echando cohetes y esparciendo escarapelas blancas por las calles: pero avisada la policía, tomó tales precauciones, que no les fué posible pasar adelante. No se desanimaron sin embargo, y pasados algunos días, en el 22 de fructidor (9 de setiembre) resolvieron consumar sus planes. Reuniéronse en Gros-Caillou treinta de los principales, acordaron tener aquella misma noche una junta en el barrio de Vaugirard, que se hallaba próximo al campamento de Grenelle y estaba lleno de jardines y de tapias, presentando líneas, tras las que podrian reunirse y hacer resistencia en el caso de que fuesen atacados. Reuniéronse en efecto por la tarde hasta setecientos ú ochocientos, armados de fusiles, pistolas, sables y hojas de espada. Eran estos los mas resueltos del partido, y entre ellos se hallaban algunos oficiales depuestos, que se presentaron con sus uniformes y

charreteras. Se hallaban asi mismo algunos ex-convencionales con el uniforme de representantes, y se asegura que tambien Drouet, el cual se habia quedado oculto en Paris cuando su evasion. Patrullaba por Paris un oficial de la guardia del Directorio con diez caballos. Cuando supo la reunion de Vaugirard, acudió á este punto con su pequeña partida; pero apenas llegó á él, le recibieron con una descarga, y se vió rodeado de doscientos hombres armados, que le obligaron á escapar á toda brida. Inmediatamente fué á poner sobre las armas la guardia del Directorio, y envió un oficial al campo de Grenelle para dar aviso. Los patriotas no perdieron tiempo, pues acudieron inmediatamente en número de algunos centenares, y se dirigieron hácia el cuartel del veinte y uno de dragones, antes legion de policía, y trataron de seducirles, diciendo que iban á adherirse á sus opiniones. El gefe de escuadron Malo, que mandaba este regimiento, salió de su pabellon inmediatamente, montó á caballo á medio vestir, reunió algunos oficiales y dragones, y empezó á sablazos con los que proponian avenencia. Este egemplo decidió á los soldados que acudieron con sus caballos, cargaron contra la bullanga, y la dispersaron inmediatamente. Mataron é hirieron á muchos alborotadores, y prendieron ciento treinta y dos. Alarmóse todo el campo, que inmediatamente se puso sobre las armas y comunicó el movimiento á Paris, el estrépito de la refriega; pero todo se tranquilizó en breve asi que se supo el resultado y lo descabellado de la intentona. Mandó el Directorio encarcelar á los presos y pidió á ambos consejos autorizacion para hacer visitas domiciliarias y apoderarse en ciertos barrios

de muchos sediciosos que no habian podido fugarse de Paris por hallarse heridos. Habiendo formado parte de una reunion armada, debian juzgarlos tribunales militares, y los entregaron á una comision que empezó á fusilar algunos. Aun no se habia terminado la organizacion del supremo tribunal nacional, y se apresuraron nuevamente á instalarle para empezar el proceso de Babœuf.

No se le dió á este descabellado proyecto mas importancia de la que realmente merecia, es decir, la de una de aquellas imprudencias que caracterizan á un partido espirante. Solo los enemigos de la revolucion afectaron darle gran valor, para tener nueva ocasion de atribuirlo al terror, y de alarmar á todo el mundo; pero en general infundió poco cuidado, y este vano intento probó, mejor que todos los demas triunfos del Directorio, que su existencia era duradera, y que los partidos debian renunciar á destruirle.

Tales fueron los sucesos principales que ocurrieron en el interior, y mientras que se iban á dar por fuera nuevos combates, se preparaban en Europa importantes negociaciones. La república francesa se hallaba en paz con muchas potencias, pero con ninguna tenia alianza. Los detractores que decian antes, que jamás se la reconoceria, afirmaban ahora que nunca tendria un aliado; y asi para responder á tan malévolas insinuaciones, trataba el Directorio de renovar el pacto de familia con España, proyectando una cuádruple alianza, entre Francia, España, Venecia y la Puerta; por cuyo medio esa cuádruple alianza, compuesta de todas las potencias del Mediodia contra las del Norte, dominaria el Mediterráneo y Oriente, infundiria te-

mores á la Rusia, amenazaria por retaguardia al Austria, y suscitaria otra enemiga marítima á la Inglaterra, siendo ademas muy útil al ejército de Italia, porque le daba el apoyo de las escuadras venecianas y el de treinta mil esclavones.

Entre todas las potencias, la mas fácil de resolverse era la España, pues se hallaba resentida contra la Inglaterra desde el principio de la guerra; y los principales motivos que para ello tenia, eran la conducta de los ingleses en Tolon, y el secreto que se guardó con el almirante español respecto á la espedicion á Córcega. Mayores quejas tenia aun despues de la paz con Francia, porque los ingleses habian insultado á su pabellon, apoderádose de las municiones que la estaban destinadas, violado su territorio, ocupado puntos amenazadores para ella en América, faltado á las leyes de las aduanas en sus colonias, y tratado sin rebozo alguno de sublevarlas. Tantos motivos, unidos á las brillantes ofertas del Directorio, que le prometia posesiones en Italia, y á las victorias que hacian creer se cumplirian estas promesas, decidieron por fin á España á firmar el 2 de fructidor (19 de agosto), un tratado de alianza ofensiva y defensiva con la Francia, que estrivaba en el pacto de familia. Segun este tratado, ambas potencias se daban mútuas garantías de todas sus posesiones en Europa y las Indias, prometiéndose recíprocamente un auxilio de diez y ocho mil infantes y seis mil caballos, quince navíos de alto bordo, otros quince de setenta y cuatro cañones, seis fragatas y cuatro corbetas; cuyo auxilio debia aprontarse á la primera insinuacion de la potencia que se hallase en guerra.

Se enviaron instrucciones á nuestros embajado-

res para que hiciesen entender á la Puerta y á Venecia las ventajas que reportarian ellas de concurrir á semejante alianza.

La república francesa no se hallaba ya tan islada puesto que habia suscitado otra enemiga mas á la Inglaterra. Todo anunciaba que en breve se seguiria al tratado de alianza con la Francia la declaracion de guerra entre España é Inglaterra.

Al mismo tiempo preparaba el Directorio otros obstáculos á Pitt. Hallábase Hoche al frente de cien mil hombres diseminados por las costas del Occéano; y sometidas la Vendée y la Bretaña, anhelaba emplear estas fuerzas dignamente, añadiendo nuevos triunfos á los de Wissemburgo y de Landau. Comunicó al gobierno un proyecto que hacia mucho tiempo meditaba, el de una espedicion á Irlanda. Decia que pues se habia sofocado la guerra civil en las costas de Francia, debia llevarse el incendio á las de Inglaterra, volviéndola con la sublevacion de los católicos de Irlanda todo el mal que ella nos habia hecho al revelar nuestros poitevinos y bretones. La coyuntura era favorable: los irlandeses se sentian mas irritados que nunca contra la opresion del gobierno inglés; el pueblo de los tres reinos padecia horrorosamente con la guerra; y si se añadian á los demas males que ya esperimentaba, los de una invasion, podian llegar al último grado de desesperacion. El sistema de hacienda de Pitt era incierto, y asi la empresa dirigida por Hoche podia producir asombrosos resultados. Acogióse inmediatamente el proyecto que apoyó con todo su poder el ministro de marina Truguet, republicano escelente, y ministro hábil. Reunió una escuadra en el puerto de Brest é hizo

cuantos esfuerzos permitia el estado de la hacienda para armarla. Hoche reunió por su parte la mejor tropa de su ejército y la acercó á Brest para embarcarla, cuidando de esparcir diferentes noticias ya de una espedicion á Santo Domingo, y ya de un desembarco en Lisboa para espulsar de Portugal á los ingleses con el auxilio de España.

La Inglaterra que sospechaba el objeto de estos preparativos, se hallaba profundamente alarmada. Presagiaba nuevos riesgos del tratado de alianza ofensiva y defensiva entre la España y Francia, y las derrotas del Austria la hacian recelar la ruina de su poderosa y última aliada. El estado de su hacienda especialmente se hallaba en el mayor apuro; el banco le habia negado sus descuentos; empezaban a faltar los capitales, y se habia suspendido el empréstito abierto para el emperador con el fin de que no saliesen nuevos fondos de Lóndres. Los navíos ingleses no tenian cabida en los puertos de Italia; lo mismo iba á sucederles en los de España, y los del Océano estaban cerrados para ellos hasta el Texel; de modo que el comercio de la gran Bretaña se hallaba en un conflicto. A todas estas dificultades se agregaban las de una eleccion general, pues el parlamento que iba ya á cumplir el sétimo año, estaba para reelegirse todo. Las elecciones se hacian en medio de los mayores denuestos contra Pitt y contra la guerra.

Casi todo el imperio habia abandonado la causa de la liga, y los estados de Bade y Wurtemberg acababan de firmar la paz definitiva, permitiendo á los ejércitos beligerantes el paso por su territorio. El Austria se hallaba alarmada viendo dos ejércitos franceses en el Danubio y otro en el Adige, que

parecia como si quisiese cerrar la Italia. Habia enviado á Wurmser con treinta mil hombres para reunir varias reservas del Tirol, congregar y reorganizar los restos del ejército de Beaulieu y bajar á Lombardia con sesenta mil soldados. Por esta parte no se creia en tanto peligro, y estaba tranquila; mas toda su atencion se dirigia al Danubio, no pudiendo mirarle sin sobresalto. Para impedir noticias alarmantes, el consejo áulico prohibió que se hablase en Viena de acontecimientos políticos; organizó una quinta de voluntarios, y trabajaba con suma actividad en equipar y armar nuevas tropas. Catalina, que siempre prometia y nunca daba, solo prestó un servicio: salió responsable al Austria de las Gallitcias, y esto permitió retirar las tropas que existian en ellas para mandarlas á los Alpes y el Danubio.

Así la Francia asustaba en todas partes á sus enemigos, esperándose con impaciencia lo que la suerte de las armas decidiese en el Danubio y el Adige. En la inmensa línea que se estiende desde Bohemia al mar Adriático se hallaban tres ejércitos preparados á chocar con otros tres y decidir de la suerte de la Europa.

En Italia se habia negociado mientras iban á continuarse las hostilidades. Se habia hecho paz con el Piamonte, y hacia dos meses que se habia sustituido un tratado al armisticio. En este tratado se estipulaba la cesion definitiva en favor de la Francia, del ducado de Saboya y del condado de Niza; la destruccion de los fuertes de Suse y la Brunette, situados en el desfiladero de los Alpes; la ocupacion durante la guerra de las plazas de Coni, Tortona y Alejandría; el paso libre para las tro-

pas francesas á los estados del Piamonte, y el suministro de cuanto necesitasen las mismas durante el tránsito. El Directorio, por consejo de Bonaparte hubiera querido ademas una alianza ofensiva con el rey del Piamonte, para tener diez ó quince mil hombres de su ejército; mas este príncipe pedia en retribucion la Lombardía, de la cual no podia disponèr aun la Francia, tratando ademas de servirse de ella como equivalente de los Paises Bajos. Negada esta concesion, no quiso el rey consentir en alianza alguna.

Nada habia concluido aun el Directorio con Génova, siguiendo las cuestiones sobre el llamamiento de las familias desterradas, la espulsion de los feudatarios del Austria y Nápoles, y la indemnizacion de la fragata *la Modesta*.

Con la Toscana existian amistosas relaciones; sin embargo, los medios empleados respecto á los negociantes de Liorna para obtener la declaracion de las mercancías pertenecientes á los enemigos de la Francia, producian algunas discordias. Nápoles y Roma habian enviado agentes á Paris conforme á los términos del armisticio; pero la negociacion de la paz esperimentaba sobradas dilaciones. Era evidente que las potencias esperaban para la conclusion el resultado de los acontecimientos de la guerra. Los pueblos de Bolonia y de Ferrara estaban cada vez mas exaltados por la libertad que recibieron interinamente, mientras la regencia de Módena y el duque de Parma permanecian inmobles. La Lombardía esperaba con ansiedad el resultado de la campaña, y se habian dirigido las mas vivas instancias al senado de Venecia, con el doble objeto de hacerle concurrir al proyecto de la cuá-

druple alianza, y de ganarse un ausiliar útil al ejército de Italia. Ademas de las negociaciones directas, nuestros embajadores en Constantinopla y Madrid dieron otros pasos indirectos, procurando con todo empeño demostrar á las legaciones de Venecia las ventajas del proyecto; pero todo fué en vano. Venecia detestaba á los franceses desde que los veia en su territorio y notaba que sus ideas se iban esparciendo por las poblaciones; y no solo no hacia caso de la neutralidad desarmada, sino que se armaba por el contrario precipitadamente. Dió órden á los comandantes de las islas para que enviasen á las lagunas los barcos y tropas disponibles, y al mismo tiempo hacia venir varios regimientos esclavones de la Iliria. El proveedor de Bergamo armaba secretamente á los preocupados y valientes paisanos de aquel punto, recogiendo fondos por el doble concepto de contribuciones y donativos voluntarios.

Tuvo por conveniente Bonaparte disimular por el momento con todo el mundo, prolongar las negociaciones, tratar de no concluir nada, y aparentar ignorancia de todas las demostraciones hostiles hasta que nuevos combates en Italia decidiesen nuestro establecimiento en ella ó nuestra espulsion de la misma. Debia cuidarse de no promover las cuestiones con Génova, y persuadirla de que se estaba contento con las satisfacciones obtenidas para conservarla como amiga en caso de retirada. Convenia no descontentar al duque de Toscana por la conducta que se observaba en Liorna: y aunque no opinaba Bonaparte que fuese bueno dejar en este ducado á un hermano del emperador, tampoco queria alarmarle todavía. Habiendo dado

los comisionados del Directorio Garreau y Salicetti, una órden para que partiesen los emigrados franceses de los alrededores de Liorna, les escribió una carta Bonaparte en que sin consideracion alguna á su carácter, les reprendia severamente por haber traspasado sus poderes, y descontentado al duque de Toscana usurpando la autoridad soberana en sus estados. Respecto á Venecia, queria tambien el *Statu quo*; solo se quejaba de algunos asesinatos cometidos en los caminos, y de los preparativos que al rededor suyo notaba. Su objeto, al insistir en sus quejas, era continuar proporcionándose víveres y tener un motivo para exigir á la república algunos millones si triunfaban los austriacos. «Si salgo vencedor, escribia, bastará una esquela para terminar cuantas dificultades se me oponen.»

Ya habia caido en su poder el castillo de Milan, entregándose prisionera la guarnicion, y se trasportó toda la artillería frente á Mántua, donde habia reunido considerables materiales. Bien hubiera querido concluir el sitio de esta plaza antes que llegase en su socorro el nuevo ejército austriaco; pero tenia poca esperanza de lograrlo. No empleaba en el bloqueo mas que el número de tropas indispensablemente necesario, á causa de las calenturas que asolaban las cercanías; sin embargo, estrechaba la plaza cada vez mas, y se preparaba á intentar una de aquellas sorpresas que segun sus espresiones dependen *de un ganso ó de un perro*; pero la baja de las aguas del lago impidió el paso de las barcas que debian conducir soldados disfrazados. Desde entonces renunció por el momenoı á hacerse dueño de Mántua, y como por otra parte

llegaba Wurmser, era preciso acudir á lo mas urgente

Cuando entró el ejército en Italia constaba de unos treinta y tantos mil hombres, y solo habia recibido algunos escasos refuerzos para reparar sus pérdidas De los Alpes habian llegado nueve mil hombres. Las divisiones del ejército de Hoche no habian podido aun atravesar la Francia, pero gracias al aumento de los nueve mil hombres y de los enfermos que habian salido de los depósitos de la Provenza y del Var, el ejército habia reparado las pérdidas, y hasta se habia reforzado. Contaba casi con cuarenta y cinco mil hombres esparcidos por el Adige y alrededor de Mántua, cuando Bonaparte volvió de la península. Las enfermedades que acometieron á los soldados delante de Mántua les redujeron á unos cuarenta ó cuarenta y dos mil hombres, que era la fuerza del ejército á mediados de termidor (fin de julio). Bonaparte solo dejó depósitos en Milan, Tortona y Liorna; puso fuera de combate á dos ejércitos, uno de piamonteses y otro de austriacos, y al presente tenia que pelear con otro mas formidable que los anteriores.

Llegaba Wurmser al frente de sesenta mil hombres, treinta mil sacados del Rin, que se componian de escelentes tropas, y lo demas formado de los restos de Beaulieu y de los batallones que habian llegado del interior del Austria. Dentro de Mántua, habia encerrados mas de diez mil hombres, sin contar con los enfermos; de suerte que el total del ejército ascendia á mas de setenta mil hombres. Bonaparte tenia cerca de diez mil alrededor de Mántua, y no podia oponer mas que treinta á los sesenta mil que iban á salir del Tirol. Ma-

cho valor se necesitaba en los soldados, y muy fecundo genio en el general para equilibrar la balanza con tan desiguales fuerzas.

El teatro en que debia verificarse aquella lucha iba á ser la línea del Adige, á que daba tanta importancia Bonaparte, y ya hemos apuntado las razones que tenia para preferirla á cualquiera otra. El Adige no tenia la longitud del Pó ni la de los rios que, desaguando en él, confunden sus líneas con la suya. Bajaba directamente al mar despues de una corriente de poca estension; no era vadeable ni podia rodeársele por el Tirol, como acontecia con el Brenta, el Pavia y demas rios que están mas próximos á la estremidad de la Italia alta. Este rio ha sido teatro de tan brillantes acontecimientos, que no podemos menos de describir su curso con alguna detencion.

Las aguas del Tirol forman dos líneas, que son las del Mincio y el Adige, casi paralelas, y apoyadas una sobre otra. Parte de estas aguas forma en las montañas un ancho y prolongado lago, que se denomina el lago de Garda, y salen de Pescara para atravesar la llanura del Mantuano, dan orígen al Mincio, forman despues un nuevo lago alrededor de Mántua, y van por fin á precipitarse al bajo Pó. El Adige, formado por las aguas de los altos valles del Tirol, corre por mas allá de la línea anterior, baja atravesando las montañas paralelo al lago de Garda, desemboca en la llanura en las cercanías de Verona, sigue luego su curso paralelo al Mincio, forma un cáuce dilatado y profundo hasta Legnano, y dejando á algunas leguas de esta ciudad su madre, forma inundaciones impracticables, que interceptan el espacio comprendido

entre Legnano y el Adriático. Tres caminos se ofrecian al enemigo: uno atravesando el Adige á la altura de Roveredo y antes del nacimiento del lago de Garda, que daba la vuelta á este, é iba á caer á sus espaldas en Salo, Gavardo y Brescia. Otros dos caminos, saliendo de Roveredo, seguian la corriente del Adige por sus dos orillas, á lo largo del lago de Garda. El primero costeando la orilla derecha, circulaba entre este rio y el lago, y atravesando las montañas iba á desaguar en la llanura entre el Mincio y el Adige; el segundo que seguia la orilla izquierda, desembocaba en la llanura hácia Verona, cayendo de este modo al frente de la línea defensiva. El primero de los tres, que es el que atraviesa el Adige antes del nacimiento del lago de Garda, ofrecia la ventaja de rodear á un mismo tiempo las dos líneas del Mincio y del Adige, conduciendo á la retaguardia del ejército que los guardaba; pero no era practicable ni accesible mas que á la artillería de montaña, en cuyo caso solo servia para una escaramuza, y no para una operacion principal. El segundo que bajaba de las montañas entre el lago y el Adige, pasaba el rio por Rivalta ó Dolce, puntos en que se hallaba con poca defensa, pero circulaba por las montañas atravesando posiciones muy fáciles de defender, tales como las de la Corona y de Rívoli. El tercero, finalmente, que circulaba al otro lado del rio hasta la mitad de la llanura, desaguaba esteriormente, é iba á dar á la parte mejor defendida de su corriente, desde Verona á Legnano; de manera que los tres caminos presentaban grandes dificultades. El primero solo podia ser ocupado por un destacamento; el segundo que pasaba entre el lago

y el rio, se hallaba con las posiciones de la Corona y de Rívoli; el tercero daba contra el Adige, que desde Verona á Legnano tiene un ancho y profundo cáuce, y se halla defendido por dos plazas, distantes una de otra ocho leguas.

Habia situado Bonaparte al general Sauret con tres mil hombres en Salo, para que guardase el camino que sale á espaldas del lago de Garda. Massena con doce mil interceptaba el camino que pasa entre el lago de Garda y el Adige, ocupando las posiciones de la Corona y Rívoli. Despinois con cinco mil se hallaba en las inmediaciones de Verona; Augereau en Legnano con ocho mil, y Kilmaine con dos mil caballos y la artillería ligera se hallaba de reserva, en una posicion central, en Castel-Novo. Aqui fué donde para hallarse á igual distancia de Salo, Rívoli y Verona situó Bonaparte su cuartel general; y como él atendia mucho á Verona que tenia tres puentes sobre el Adige, y se recelaba de las intenciones de Venecia, trató de sacar de allí á los regimientos esclavones. Suponia que estaban enemistados con los soldados franceses, y so pretesto de prevenir choques, les hizo salir de la plaza. Obedeció el proveedor, y solo quedó en Verona la guarnicion francesa.

Wurmser estableció su cuartel general en Trento y Roveredo. Envió veinte mil hombres al mando de Quasdanovich para tomar el camino que rodea el lago de Garda, y dirigirse hácia Salo. El tomó cuarenta mil hombres, y los distribuyó en los dos caminos que costean el Adige, de los que unos debian atacar á la Corona y Rívoli, y los otros salir por la parte de Verona. Creia envolver asi al ejército francés, que atacado á la vez en el

Adige, y por la espalda del lago de Garda, se hallaba espuesto á perder su frente y verse cortado en su retirada.

Era grande la reputacion de Wurmser y en toda la Italia se esperaba su llegada, manifestando suma alegría y audacia el partido enemigo de la independencia italiana. Los venecianos dieron muestras de un regocijo que no podian reprimir, y los soldados esclavones corrian por las plazas públicas dando la mano á cuantos pasaban, y pidiendo el precio de la sangre francesa que iban á derramar. Los agentes de Francia fueron insultados en Roma, y el papa animado con la esperanza de su cercana libertad, hizo retroceder los carruages que conducian la primera remesa de la contribucion que se le habia impuesto, y aun envió su legado á Ferrara y Bolonia. Finalmente, la córte de Nápoles, tan insensata como siempre, despreciando las condiciones del armisticio, dirigió tropas á la frontera de los estados romanos. Por el contrario, en las ciudades afectas á la Francia y á la libertad, reinaba la mas terrible incertidumbre esperando con impaciencia noticias del Adige. La imaginacion italiana que todo lo aumenta, exageró la desproporcion de las fuerzas diciendo que Wurmser llegaba con dos ejércitos, uno de sesenta y otro de ochenta mil hombres: preguntábanse qué haria aquel puñado de franceses para resistir á tantos enemigos, y concluian con repetir el famoso proverbio: *La Italia es el sepulcro de los franceses.*

El dia 11 de termidor año IV (29 de julio), se hallaron los austriacos á la vista de nuestros puntos, y los sorprendieron todos. El ejército que habia rodeado el lago de Garda llegó á Salo, y re-

chazó de allí al general Sauret quedándose solo el general Guyeux que con algunos centenares de hombres, se encerró en un antiguo edificio, del que no quiso salir, aunque no tenia pan ni agua, y contaba con pocas municiones. Los austriacos obtuvieron la misma ventaja en los dos caminos que costean el Adige; acometieron la importante posicion de la Corona, entre el Adige y el lago de Garda, y atravesaron asi mismo el tercer camino, yendo á parar delante de Verona. Recibia Bonaparte todas estas noticias en su cuartel general de Castel-Novo, sucediéndose los partes sin intermision; y al dia siguiente 12 de termidor (30 de julio), supo que los austriacos se habian dirigido de Salo á Brescia, quedando asi cortada su retirada á Milan; que la posicion de Rívoli habia sido forzada como la de la Corona, y que los austriacos iban á pasar el Adige por todos los puntos. En tan alarmante situacion, perdidas sus líneas defensiva y de retirada, era difícil que no sintiese conmocion alguna. Era la primera vez que veia de cerca el infortunio; y fuese porque le asombrase la magnitud del peligro, ó porque decidido á tomar una resolucion temeraria, quisiese hacer participar de la responsabilidad á sus generales, les consultó por primera vez reuniendo un consejo de guerra. Todos opinaron por la retirada pues no teniendo ningun punto de apoyo delante, y habiendo perdido uno de los dos caminos de Francia, nadie juzgaba prudente permanecer allí. Solo Augereau que adquirió entonces la mas honrosa gloria de su vida, insistió resueltamente en que se probase la suerte de las armas. Era jóven y entusiasta; habia aprendido en los arrabales á

hablar bien el lenguage de los campamentos, y declaró que tenia buenos granaderos que no se retirarian sin combatir. Poco capaz de comparar los recursos que aun ofrecian la situacion de los ejércitos y la naturaleza del terreno, solo se dejaba guiar de su aliento, y encendió en su entusiasmo guerrero el genio de Bonaparte. Despidió este á sus generales sin manifestarles su opinion; pero ya habia fijado su plan, pues aunque se habia forzado la linea del Adige y dado vuelta á la del Mincio y lago de Garda, el terreno ofrecia aun recursos á un hombre de resolucion.

Divididos los austriacos en dos cuerpos, bajaban por las dos orillas del lago de Garda: su reunion se verificaba en la estremidad del lago, teniendo al llegar alli sesenta mil hombres contra treinta mil; pero concentrándose en la punta del lago se impedia su reunion. Formando con rapidez una masa respetable, se podia desbaratar á los veinte mil que habian rodeado el lago, y dirigirse inmediatamente contra los cuarenta mil que habian desfilado por entre el lago y el Adige; pero para ocupar la punta del lago era menester reunir allí todas las tropas del bajo Adige y el bajo Mincio; era menester que se retirase Augereau de Legnano y Serrurier de Mántua, porque no podia defenderse una línea tan estensa. Sacrificio costosa era este, porque hacia dos meses que se estaba en el sitio de Mántua, porque se habian llevado á él considerables materiales, y porque hallándose próxima á rendirse, si se la dejaba reponerse, se perdia el fruto de tantos trabajos, y una presa casi segura. Bonaparte sin embargo no vacila un momento, y de dos objetos importantes supo elegir

el que mas convenia, y sacrificar el otro: resolucion sencilla que manifiesta no el gran capitan, sino el hombre. No solo en la guerra, sino en política y en todas las situaciones de la vida se hallan dos objetos que por querer cumplir con ambos, ninguno se consigue. Bonaparte tuvo la poderosa y rara fuerza de la eleccion y el sacrificio. Queriendo guardar toda la corriente del Mincio desde la punta del lago de Garda hasta Mántua, hubieran roto su línea; concentrándose en este último punto para cubrirle, hubiera tenido que combatir de una vez con setenta mil hombres, sesenta mil de frente y diez mil á retaguardia. Sacrificó á Mántua y se concentró en la punta del lago de Garda, dando inmediatamente órden á Augereau para abandonar á Legnano y á Serrurier para dejar á Mántua y concentrarse hácia Valleggio y Pescara en el alto Mincio. En la noche del 13 de termidor, (31 de julio) quemó Serrurier sus cureñas, clavó sus cañones, enterró sus proyectiles y arrojó la pólvora al agua para ir á reunirse con el ejército de operaciones.

Bonaparte sin perder un instante, quiso dirigirse desde luego contra el cuerpo enemigo mas internado y temible por la posicion que habia tomado. Eran los veinte mil hombres de Quasdanovich que habian salido por Salo, Gavardo y Brescia, á espaldas del lago de Garda, y que amenazaban cortar la comunicacion con Milan. El mismo dia en que abandonaba Serrurier á Mántua, retrocedió Bonaparte para caer contra Quasdanovich, y repasó el Mincio por Pescara con la mayor parte de su ejército. Augereau lo verificó por Borghetto, y por el mismo puente que fué testigo de una accion

gloriosa cuando la primera conquista. Se dejó gente á retaguardia para examinar la marcha del enemigo que habia pasado el Adige, y Bonaparte mandó al general Sauret que fuese á ausiliar al general Guyeux, encerrado en un antiguo edificio con mil setecientos hombres, sin tener pan ni agua, y batiéndose heróicamente hacia dos dias. Resolvió marchar él mismo á Lonato, donde Quasdanovich acababa de situar una division, y ordenó á Augereau que se dirigiese á Brescia para abrir de nuevo las comunicaciones con Milan. Sauret logró en efecto librar al general Guyeux rechazando á los austriacos á las montañas y haciéndoles algunos centenares de prisioneros. Bonaparte con la brigada de Alemania no tuvo tiempo para atacar en Lonato á los austriacos, pues estos se anticiparon; pero despues de un encuentro muy reñido, rechazó al enemigo, entró en Lonato, é hizo seiscientos prisioneros. Marchaba entretanto contra Brescia Augereau, donde entró al siguiente dia 14 de termidor (1 de agosto) sin tirar un tiro, rescatando algunos prisioneros que nos habian hecho y obligando á los austriacos á replegarse á las montañas. Quasdanovich, que creia estar á retaguardia del ejército francés y sorprenderle, quedó asombrado al ver en todas partes imponentes masas que hacian frente con tanto vigor. Poca gente habia perdido asi en Salo como en Lonato; pero creyó deber hacer alto, y no esponerse mas hasta saber lo que hacia Wurmser con la principal fuerza austriaca, como asi lo verificó.

Tambien se detuvo Bonaparte, porque el tiempo era precioso, y no convenia apresurar un suceso mas de lo necesario. Bastaba con haber dejado

suspenso á Quasdanovich, y debia por lo tanto acudir á hacer frente á Wurmser. Retrocedió con las divisiones de Massena y Augereau, colocando la primera el dia 15 (2 de agosto) en Puente-San-Marcos, y la segunda en Monte-Chiaro, sirviéndole las retaguardias que dejó en el Mincio de vanguardia. Era ya tiempo de acudir al riesgo, porque los cuarenta mil hombres de Wurmser habian atravesado no solamente el Adige, sino tambien el Mincio. La division Bayalitsch que habia cubierto á Pescara con un destacamento y pasado el Mincio, avanzaba por el camino de Lonato. La division Liptai habia atravesado el Mincio por Borghetto y rechazado de Castiglione al general Valette. Wurmser habia ido á levantar el sitio de Mántua con dos divisiones de infantería y una de caballería, mas al ver convertidas en cenizas nuestras cureñas, clavados nuestros cañones, y evidentes indicios de una estremada precipitacion, no lo creyó efecto de un pensamiento del genio, sino del espanto; regocijóse estraordinariamente y entró triunfante en la plaza que acababa de libertar. Sucedió esto el 15 de termidor (2 de agosto).

Apenas llegó Bonaparte al Puente-San-Marcos y á Monte-Chiaro no se detuvo un momento, y aunque sus tropas no habian dejado de caminar ni él apeádose del caballo, resolvió pelear al dia siguiente por la mañana. Tenia delante de sí á Bayalitsch en Lonato y á Liptai en Castiglione, presentando una línea de veinte y cinco mil hombres, y era preciso atacarlos antes que volviese Wurmser de Mántua. Sauret acababa de abandonar otra vez á Salo, á donde envió Bonaparte de nuevo á Guyeux para recobrar la posicion y contener siem-

pre á Quasdanovich. Despues de estas precauciones en su izquierda y retaguardia, resolvió marchar hácia Lonato con Massena, y enviar á Augereau á las alturas de Castiglione, abandonadas el dia antes por el general Valette, á quien destituyó delante de todo el ejército, para que aprendiesen los subalternos á tener firmeza. Al dia siguiente, 16 de termidor (3 de agosto), se movió todo el ejercito. Guyeux entró en Salo, con lo que se dificultaba mas la comunicacion de Quasdanovich con el ejército austriaco. Bonaparte se adelantó á Lonato, pero fué rechazada su vanguardia, perdió algunos cañones, y quedó prisionero el general Pigeon. Orgulloso con este triunfo Bayalitsch, se adelantó con confianza, y estendió sus alas al rededor de la division francesa. Dos miras llevaba en esta maniobra; la una era cercar á Bonaparte, y la otra estenderse por su derecha para entrar en comunicacion con Quasdanovich, cuyos cañonazos oia en Salo. Bonaparte sin cuidarse de su retaguardia, se deja cercar con imperturbable sangre fria, envia algunos tiradores á sus flancos amenazados, y eligiendo en seguida á la décima octava y trigésima segunda medias brigadas de infantería, las forma en columna cerrada, apoyadas por un regimiento de dragones, y se precipita á ojos cerrados sobre el centro del enemigo que se habia debilitado por estenderse. Todo cede á tan valiente infantería, y rompe asi la línea de los austriacos, los cuales separados en dos ejércitos, pierden la direccion replegándose parte de la division Bayalitsch aceleradamente hácia el Mincio; mas la otra que se habia estendido para dar la mano á Quasdanovich, se encuentra rechazada hácia Salo, don-

de se hallaba Guyeux á la sazon. Bonaparte la hace perseguir sin descanso para ponerla entre dos fuegos y envia en persecucion suya á Junot con un regimiento de caballería. Junot se precipita al galope, mata seis ginetes con su propia mano, y cáe herido á repetidos sablazos. La division fugitiva situada entre el cuerpo existente en Salo y el que le perseguia desde Lonato, se desordena en completa derrota y deja á cada paso millares de prisioneros. Mientras se seguia la persecucion, Bonaparte se dirige hácia su derecha á Castiglione, donde Augereau combatia desde por la mañana con admirable brio. Debia apoderarse de los cerros donde se habia colocado la division Liptai, y despues de una lucha tenaz, varias veces empezada, pudo por fin lograrlo, hallando Bonaparte al enemigo que se retiraba por todas partes. Tal fué la batalla dicha de Lonato que se dió el 16 de termidor (3 de agosto.)

Eran considerables los resultados pues se habian tomado veinte piezas de artillería, hecho tres mil prisioneros á la division cortada y rechazada á Salo, y se continuaba persiguiendo los restos esparcidos por las montañas. En Castiglione se hicieron mil ó mil quinientos prisioneros y tres mil muertos ó heridos, infundiendo asi terror á Quasdanovich, que hallándose con el ejército francés en Salo, y oyéndole á lo lejos en Lonato, le creia en todas partes. Asi se habian desorganizado casi las divisiones Bayalitsch y Liptai que se replegaban al encuentro de Wurmser, el cual llegaba á la sazon con quince mil hombres para incorporarse con las divisiones batidas, y empezaba á estenderse por las llanuras de Castiglione. Vióle Bona-

parte al amanecer del 17 de termidor (4 de agosto) formarse en linea para recibir el encuentro. Resolvió atacarle otra vez, presentándole una batalla decisiva que fijase la suerte de la Italia; pero para esto era preciso reunir en Castiglione todas las tropas disponibles; y asi dejó para el siguiente dia 18 de termidor (5 de agosto) la batalla decisiva. Salió á galope hácia Lonato para activar por sí el movimiento de sus tropas. En pocos dias habia reventado cinco caballos, pues no se fiaba de nadie para la ejecucion de sus órdenes, queriendo verlo y palparlo todo, y darle impulso con su presencia. De este modo se comunica una alma grande á un inmenso número, encendiéndole en su fuego. Llego á Lonato al mediodia cuando ya se estaban ejecutando sus órdenes; parte de las tropas marchaban hácia Castiglione y las demas hàcia Salo y Gavardo. Lo mas que quedaba en Lonato eran mil hombres; pero apenas entró alli Bonaparte, cuando se presentó un parlamento austriaco intimándole la rendicion. Sorprendido el general no entendia cómo podia hallarse enmedio de los austriacos, pero el parlamentario entra en esplicaciones, y sabe que la division cortada el dia antes en la batalla de Lonato y rechazada en Salo, habia quedado prisionera en parte; mas que un ejército de cuatro mil hombres escasos habia andado toda la noche por las montañas, y viendo á Lonato casi abandonado, procuraba entrar en él para poder escapar hácia el Mincio. Bonaparte no tenia mas que mil hombres para hacer frente, y ademas se hallaba sin tiempo para combatir. Inmediatamente manda montar á caballo á cuantos oficiales tenia al rededor suyo, y ordena que le

traigan al parlamentario y le descubran los ojos. Este se queda sorprendido al ver un estado mayor tan numeroso. «Infeliz, le dice Bonaparte, ¿no sa«beis que estais delante del general en gefe y de «todo su ejército? Id á decir á los que os envian «que les doy cinco minutos para rendirse, ó que «les haré pasar á cuchillo para castigarlos por el «ultrage que han tenido el atrevimiento de hacer«me.» Inmediatamente manda acercarse su artillería, amenazando hacer fuego á las columnas que se adelantan. El parlamentario va á dar esta respuesta, y los cuatro mil hombres deponen las armas delante de mil *. Bonaparte que se salvó así por su presencia de ánimo, espidió sus órdenes para el combate que iba á dar, y juntó nuevas tropas á las que se habian dirigido ya á Salo. Reunióse la division Despinois á la de Sauret, y aprovechándose ambas del ascendiente de la victoria, debian atacar á Quasdanovich y rechazarle de una vez á las montañas. Condujo el resto de sus fuerzas á Castiglione, á donde llegó por la noche, y sin descansar mas que un instante, despues de haber mudado de caballo, recorrió todo el campo de batalla para dar disposiciones. Este combate iba á decidir del destino de Italia.

Debia verificarse el encuentro en la llanura de Castiglione. Desde el Chiesa al Mincio se prolonga una cordillera de cerros formados por los últimos bancos de los Alpes y por Lonato, Castiglione. y Solferino. Al pié de estas alturas se estiende la

* El historiador M. Botta ha puesto en duda este hecho; pero todas las relaciones lo confirman, y yo he recibido un testimonio de su autenticidad del ordenador en gefe del ejército de operaciones, M. Aubernon, que pasó revista á los cuatro mil prisioneros.

llanura que iba á ser el campo de batalla. Hallábanse enfrente el uno del otro ambos ejércitos, perpendiculares á la línea de los cerros en que apoyaban sus costados, Bonaparte la izquierda y Wurmser la derecha. El primero tenia veinte y dos mil hombres á lo mas, y treinta mil el segundo, el cual contaba aun con otra ventaja, la de tener su flanco en la llanura, cubierto por un reducto situado sobre el cerro de Medolano; de suerte que se hallaba apoyado por ambos lados. Para equilibrar las ventajas del número y la posicion, contaba Bonaparte con el ascendiente de la victoria y con sus maniobras. Wurmser debia procurar prolongar su derecha, que se apoyaba en la línea de los cerros para abrirse comunicacion con Lonato y Salo. Asi lo habia hecho Bayalitsch el dia antes, y asi debia hacerlo Wurmser, cuyo deseo debia ser la reunion con su gran destacamento. Bonaparte resolvió ayudar á este movimiento de que esperaba sacar gran partido. Tenia ya consigo la division de Serrurier que perseguida por Wurmser desde que salió de Mántua, no habia podido entrar en la línea, y llegó por Guidizzolo mandándola Bonaparte que desfilase háeia Cauriana á retaguardia de Wurmser. Esperaba que este empezase el fuego para principiar el combate.

Al amanecer entraron en accion los dos ejércitos, Wurmser, impaciente por atacar, adelantó su derecha, á lo largo de los cerros, y Bonaparte para favorecer este movimiento replegó su izquierda formada por la division de Massena, y sostuvo su centro inmoble en la llanura. Al punto oyó el fuego de Serrurier, y entonces mientras continuaba replegando su izquierda, y Wurmser prolongando su

derecha, mandó atacar el reducto de Medolano, dirigiendo contra él veinte piezas de artillería ligera, y enviando al general Verdier con tres batallones de granaderos para apoderarse de él despues de un vivísimo fuego. Avanzó el valiente general sostenido por un regimiento de caballería, y se apoderó del reducto, quedando descubierto el flanco izquierdo de los austriacos, mientras Serrurier que habia llegado á Cauriana, les molestaba por retaguardia. Wurmser hizo avanzar parte de su segunda línea hácia su izquierda privada de apoyo, y la situó de modo que pudiese hacer frente á los franceses que bajaban por Medolano. Llevó el resto de su segunda linea á retaguardia para cubrir á Cauriana, y continuar asi haciendo rostro al enemigo; mas Bonaparte entonces aprovechando la ocasion con su celeridad acostumbrada, deja de replegar su izquierda y centro, y da á Massena y Augereau la señal que esperaban impacientes. Massena con la izquierda, y Augereau con el centro se precipitan sobre la línea debilitada de los austriacos, y la acometen impetuosamente; la cual viéndose tan bruscamente atacada de frente y amenazada por su izquierda y retaguardia, empieza á perder terreno. Redóblase entonces el ardor de los franceses. Wurmser, viendo comprometido su ejército, manda tocar retirada. Le persiguen haciéndole prisioneros; pero para ponerle en completa derrota, era preciso aumentar la velocidad, y precipitarle desordenado hácia el Mincio, cosa que no podia verificarse, porque hacia seis dias que las tropas marchaban y se batian sin cesar; asi que no podian seguir adelante y durmieron en el campo de batalla. Wurmser solo perdió dos mil hom-

bres, pero no por eso dejaba de quedarse sin la Italia.

Al dia siguiente Augereau pasó al puente de Borghetto y Massena delante de Pescara. Augereau empezó á jugar su artillería é hizo retirarse á los austriacos, mientras Massena dió un asalto por retaguardia á la division que habia cubierto á Pescara. Wurmser abandonó el Mincio, y volvió á tomar el camino de Rívoli entre el Adige y el lago de Garda para penetrar en el Tirol. Massena le siguió hasta Rívoli y la Corona, recobrando sus antiguas posiciones. Augereau se presentó delante de Verona, cuyo proveedor veneciano, para dar á los austriacos tiempo de evacuar la ciudad, y salvar sus bagajes, pedia dos horas de término antes de abrir las puertas. Bonaparte mandó franquearlas á cañonazos. Los veroneses afectos á la causa del Austria, y que habian manifestado sin rebozo sus sentimientos, cuando la retirada de los franceses, temian la saña del vencedor; pero él mandó que se les tratase con toda consideracion.

Por la parte de Salo y Chiesa estaba Quasdanovich haciendo una penosa retirada por detrás del lago de Garda. Quiso detenerse y defender el desfiladero llamado la Roca de Anfo, pero quedó batido y perdió mil cien hombres. Los franceses recobraron al punto todas sus antiguas posiciones.

Habia durado seis dias aquella campaña, y en tan corto espacio de tiempo derrotaron treinta y tantos mil hombres á sesenta mil. Wurmser perdió veinte mil hombres, siete ú ocho mil entre muertos ó heridos y doce ó trece mil prisioneros. Se hallaba rechazado á las montañas y reducido á la imposibilidad de sostener la campaña. Toda aquella for-

midable espedicion se desvaneció ante un puñado de valientes; resultados estraordinarios é inauditos en la historia, que se debian á la celeridad y fuerza de resolucion del jóven general. Mientras las dos orillas del lago de Garda se hallaban cubiertas por dos ejércitos terribles, y todos los ánimos conmovidos, él supo reducir toda la campaña á una sola cuestion, la union de los dos ejércitos en la punta del lago de Garda, haciendo ademas el gran sacrificio de abandonar el bloqueo de Mántua para concentrarse en el punto decisivo, descargando alternativamente golpes terribles contra cada una de las masas enemigas en Salo, Lonato y Castiglione, desorganizándolas sucesivamente, y por fin rechazándolas hácia las montañas de donde habian salido.

Estaban llenos de asombro los austriacos, y los franceses trasportados de admiracion hácia su jóven caudillo. La confianza y amor con que le miraban rayaba en delirio, tanto que un batallon podia hacer huir á tres. Los soldados antiguos que le habian nombrado cabo en Lodi, le hicieron sargento en Castiglione. La sensacion que sus nuevas victorias causaron en Italia fué profunda. Milan, Bolonia, Ferrara, las ciudades del ducado de Módena y todos los amigos de la libertad quedaron enagenados de júbilo; los conventos y todas las ciudades aristócratas se llenaron de quebranto, y de terror los gobiernos que como Venecia, Roma y Nápoles habian sido imprudentes.

Considerando Bonaparte su posicion desapasionadamente, no creyó haber terminado la lucha, aunque privó á Wurmser de veinte mil hombres. El antiguo mariscal se retiraba á los Alpes todavia

con cuarenta mil, yendo á darles descanso, reorganizarlos y reclutarlos, siendo creible que volveria de nuevo á caer sobre Italia. Bonaparte perdió algunos miles de hombres entre prisioneros, muertos ó heridos, de los que habia muchos en los hospitales, y juzgó que era necesario contemporizar aun, tener fija la atencion en el Tirol, y los pies en el Adige, y contentarse con infundir respeto á las potencias italianas, mientras llegaba tiempo de castigar su osadía. Contentóse, pues, con hacer saber á los venecianos que se hallaba instruido de su conducta y prosiguió exigiéndoles víveres y dilatando las negociaciones para la alianza. Supo como habia llegado á Ferrara un legado del papa para recobrar la posesion de las legaciones, y le mandó ir á su cuartel general. Este legado que era el cardenal Mattei, se postró á sus pies diciendo, *peccavi*; pero Bonaparte le puso arrestado en un seminario y escribió al señor Azara, que era de quien se valia para con las córtes de Roma y Nápoles, y se quejó á él de la imbecilidad y mala fe del gobierno pontificio, anunciándole su intencio de seguir adelante si le obligaban á ello. En cuanto á la córte de Nápoles usó de un lenguaje mas amenazador. «Los ingleses, dijo al señor de Azara, han persuadido al rey de Nápoles de que era algo, pero yo le probaré que no es nada. Si persiste, despreciando el armisticio, en seguir con las armas, me obligo ante toda la Europa, á marchar contra sus soñados setenta mil hombres, con seis mil granaderos, cuatro mil caballos y cincuenta cañones.»

Escribió una carta atenta, pero bastante enérgica al duque de Toscana, que habia dejado ocupar

á los ingleses Porto Ferrajo, diciéndole que aunque la Francia podia muy bien castigarle por este descuido ocupándole los estados, no pasaria adelante en atencion á su amistad antigua. Cambió la guarnicion de Liorna para intimidar á la Toscana con un movimiento de tropas, y guardó silencio con Génova. Escribió una enérgica carta al rey del Piamonte que toleraba á los barbets en sus estados, y mandó una comision militar ambulante para prender y fusilar á los que hallasen de ellos en los caminos. El pueblo de Milan habia manifestado las mas amistosas intenciones á los franceses, y asi le dirigió otra carta atenta y respetuosa para darle gracias: y habiéndole infundido alguna esperanza mas fundada de conservar la Italia sus últimas victorias, creyó deber dar algun paso mas con los lombardos, y asi les concedió armas y permiso para levantar una legion á su costa en que se alistaron todos los italianos amantes de la libertad, y los polacos que vagaban por Europa desde la última division de su patria; manifestando ademas su complacencia á los pueblos de Bolonia y Ferrara. Los de Módena querian verse libres de la regencia establecida por el duque; y aunque Bonaparte tenia ya motivos para romper el armisticio, habiendo la regencia remitido víveres á la guarnicion de Mántua, quiso esperar todavía. Entretanto pidió auxilios al Directorio para reparar sus pérdidas, y se mantuvo á la entrada del desfiladero del Tirol dispuesto á caer sobre Wurmser y destruir los restos de su ejército asi que supiera haber pasado Moreau el Danubio.

Mientras ocurrian en Italia tan grandes acontecimientos, se preparaban otros en el Danubio.

Moreau habia rechazado palmo á palmo al archiduque, llegando á mediados de termidor, primeros dias de agosto, al Danubio. Jourdan se hallaba en el Naab que desagua en este rio. La cordillera del Alb que separa al Necker del Danubio, se compone de montañas de mediana altura, terminadas en terraplenes, atravesados por estrechos desfiladeros á manera de grietas de peñascos. Por estos desfiladeros habia penetrado Moreau hasta el Danubio en un pais desigual, lleno de quebraduras y cubierto de bosques. El archiduque que proyectaba concentrarse en el Danubio y hacer fuerza en tan poderosa línea, formó de repente una resolucion que estuvo á pique de inutilizar sus sábios proyectos. Supo que Wartensleben en vez de replegarse sobre él, todo lo mas que pudiera hácia Donaverth, lo verificaba hácia la Bohemia con el necio intento de resguardarla, y temia que aprovechando este falso movimiento que dejaba descubierto el Danubio, intentase pasarle el ejército de Sambre y Mosa. Queria pues pasarle él mismo para desfilar rápidamente por la otra orilla, y hacer frente á Jourdan; pero el rio se hallaba impedido con sus almacenes, y necesitaba aun tiempo para evacuarlo, no queriendo por otra parte efectuar el paso á la vista de Moreau, ni al alcance de sus tiros, sino tratando de alejarse presentándole batalla con el Danubio á la espalda: pensamiento desacertado de que se quejó despues severamente, porque le esponia á precipitarse en el rio, ó al menos á llegar á él derrotado, con lo cual perjudicaria mucho á sus ulteriores planes.

El dia 11 de agosto se detuvo ante las posiciones de Moreau para darle un ataque general. Este

se hallaba en Neresheim, ocupando con su derecha y centro las posiciones de Dunstelkingen, y Dischingen, y con su izquierda la de Nordlingen. El archiduque, queriendo primero separarle del Danubio, y despues cortarle el paso, si podia, para las montañas de donde habia salido, é impedir finalmente que se comunicase con Jourdan, le atacó para conseguir sus deseos en todos los puntos á un mismo tiempo. Logró envolver la derecha de Moreau dispersando sus flanqueadores, y avanzando hasta Heidenheim, casi á su retaguardia, la sobresaltó de modo que retrocedieron todos los parques. En el centro intentó un vigoroso ataque, que no fué bastante decisivo, y en la izquierda hácia Nordlingen, hizo demostraciones amenazadoras. Moreau no se intimidó, ni por estas ni por la escursion detras de su derecha, y juzgando con fundamento que el punto esencial era el centro, hizo lo contrario de lo que hacen los generales adocenados que se alarman asi que se ven próximos á ser cercados, debilitar sus alas para reforzar su centro. Su prevision fué exacta, porque el archiduque redoblando sus esfuerzos contra el centro hácia Dunstelkingen, fué rechazado con alguna pérdida, y por una y otra parte se durmió en el campo de batalla.

Al dia siguiente se vió muy apurado Moreau por el movimiento retrógrado de sus parques, que le dejaba sin municiones; sin embargo, juzgó oportuno ostentar audacia y manifestar que queria atacar, pero el archiduque, precisado á repasar el Danubio, ningun deseo tenia de volver al combate, y asi se retiró con mucha serenidad hácia el rio, volviéndole á pasar sin que Moreau le inquie-

tase, cortando los puentes hasta Donawerth. Allí supo lo que habia acontecido entre los dos ejércitos que habian operado por la parte del Mein. Wartensleben no se habia dirigido á Bohemia como lo temia, sino que se habia quedado en el Naab á la vista de Jourdan. El jóven príncipe austriaco formó entonces una resolucion muy acertada, que era la consecuencia de su larga retirada, y la mas propia para decidir la campaña. Su objeto al replegarse al Danubio habia sido concentrarse en él para estar en disposicion de operar contra cualquiera de los dos ejércitos franceses con superior número de fuerzas. La batalla de Neresheim hubiera podido comprometer este plan, si en vez de quedar incierta hubiera sido totalmente adversa; pero habiéndose retirado sin gran pérdida al Danubio, podia aprovecharse ahora del aislamiento de los ejércitos franceses, y caer sobre cualquiera de ambos. Por consiguiente resolvió dejar al general Latour con treinta y seis mil hombres para que entretuviese á Moreau, y dirigirse él en persona con veinte y cinco mil á unirse á Wartensleben, para oprimir á Jourdan con esta reunion de fuerzas. El ejército de Jourdan era el mas débil de ambos, porque á tan gran distancia de su base solo contaba con cuarenta y cinco mil hombres, y era evidente que no podria resistir, y que iba á verse espuesto á un gran desastre. Jourdan quedaria abatido y rechazado hácia el Rin; Moreau por su parte no podria quedar en Baviera, y el archiduque lograria dirigirse al Necker, y adelantarlo en su línea de retirada. Este pensamiento tan exacto se ha mirado como el mas acertado de cuantos los generales austriacos pudieron ostentar en tan largas guerras; era concepcion de

un jóven, como las que entonces distinguian el genio de Bonaparte en Italia.

Salió el archiduque de Ingolstadt el 29 de termidor (16 de agosto), cinco dias despues de la batalla de Neresheim. Jourdan, colocado en el Naab, entre Naabourg y Schwandorff, no esperaba la tormenta que contra él se conjuraba. Habia enviado al general Bernardotte á Neumark, hácia su derecha, de modo que se pusiese en comunicacion con Moreau; objeto imposible, en que se comprometia inútilmente el cuerpo destacado. Contra este destacamento debia chocar necesariamente el archiduque al llegar del Danubio. El general Bernardotte, acometido por superiores fuerzas, hizo una honrosa resistencia, pero se vió obligado á repasar velozmente las montañas por donde habia salido el ejército, desde el valle del Mein al del Danubio. Retiróse á Nuremberg, y el archiduque, despues de haber enviado un cuerpo en su persecucion, volvió con el resto de sus fuerzas contra Jourdan, que avisado por la llegada de un refuerzo, del peligro que habia corrido Bernardotte, y de su retirada á Nuremberg, se dispuso á repasar tambien las montañas. En el momento de ponerse en marcha fué acometido á la vez por el archiduque y por Wartensleben; tuvo que sostener un dificil combate en Amberes, y perdió su camino recto á Nuremberg. Reducido con sus parques, caballería é infantería á estrechas sendas, corrió muy grandes riesgos, y empleó ocho dias en una retirada penosísima y honrosa para las tropas y para él. Se halló el 12 de fructidor (29 de agosto) sobre el Mein en Schweinfurt, proponiéndose dirigirse á Wurtzbourg, donde pensaba hacer alto, rehacer sus tro-

pas y probar de nuevo la suerte de las armas. Mientras el archiduque efectuaba aquel bien entendido movimiento contra el ejército de Sambre y Mosa, presentaba á Moreau ocasion para practicar otro no menos perfecto y decisivo. El enemigo jamás dá un paso atrevido sin descubrirse y ofrecer favorable coyuntura á su adversario. Moreau que solo tenia contra si treinta y ocho mil hombres, podia abrumarlos fácilmente, obrando con alguna energía. Segun el juicio de Napoleon y del archiduque Cárlos, podia intentar un movimienlo cuyos resultados hubieran sido inmensos, siguiendo la marcha del enemigo, arrojándose sobre él como este príncipe sobre Jourdan y llegando de repente á su retaguardia. El archiduque situado entre Jourdan y Moreau, hubiera corrido incalculables riesgos; mas para esto era preciso efectuar un movimiento dilatado, cambiar de repente la línea de operaciones, y pasar desde el Necker al Mein; era indispensable sobre todo faltar á las instrucciones del Directorio que prescribian apoyarse en el Tirol para desordenar los flancos del enemigo, y comunicar con el ejército de Italia. El jóven vencedor de Castiglione no hubiera titubeado en tan atrevida marcha, ni en incurrir en una desobediencia que hubiera decidido victoriosamente la campaña; pero Moreau era incapaz de semejante determinacion. Permaneció muchos dias en las márgenes del Danubio ignorando la partida del archiduque, y espiando poco á poco un terreno que no se conocia entonces; mas habiendo sabido el movimiento que acababa de hacerse, se inquietó por la suerte de Jourdan, y no atreviéndose á adoptar ninguna determinacion enérgica, se decidió á pasar el

Danubio y adelantarse hácia Baviera para atraer hácia sí al archiduque, sin infringir el plan del Directorio. Fácil era no obstante de juzgar que el archiduque no abandonaria á Jourdan sin dejarle fuera de combate, ni se apartaria de la ejecucion de su vasto plan por una escursion en Baviera. Moreau pasó el Danubio en persecucion de Latour, y se acercó al Lech. Latour hizo ademan de disputarle el paso de este rio; pero demasiado estendido para poder sostenerse, se vió obligado á abandonarlo despues de haber sufrido un desgraciado encuentro en Fiedberg. Aproximóse luego Moreau á Munich, y el 15 de fructidor (1.° de setiembre) se hallaba en Dachau, Plaffenhofen y Geisenfeld.

Asi empezaba á manifestársenos menos risueña en Alemania la fortuna, por efecto de un plan vicioso, que separando nuestros ejércitos, los esponia á ser derrotados separadamente. En Italia se preparaban aun otros resultados.

Ya hemos visto como Bonaparte despues de haber repelido á los austriacos hácia el Tirol, y recobrado sus antiguas posiciones en el Adige, ideaba nuevos proyectos contra Wurmser, no contentándose con haberle destruido veinte mil hombres, pues queria dejarle enteramente sin ejército: operacion indispensable para llevar á cabo sus intentos sobre Italia. Destruido Wurmser podria estenderse hasta Trieste, arruinar este puesto tan importante al Austria, volver despues al Adige, dar la ley á Venecia, Roma y Nápoles, cuya enemistad era cada dia mas patente, y dar asi el grito de libertad en Italia, constituyendo en república independiente á la Lombardia, las legaciones de Bolonia y Ferrara, y acaso hasta el ducado de Módena

Resolvió, pues, para ver todos estos proyectos realizados subir hácia el Tirol, seguro de verse apoyado por Moreau en la otra vertiente de los Alpes.

Mientras que las tropas francesas empleaban veinte dias en descansar, Wurmser se organizaba y reforzaba las suyas. Algunos nuevos destacamentos llegados del Austria y las milicias tirolesas hicieron subir su ejército á unos cincuenta mil hombres, enviándole el consejo áulico otro gefe de estado mayor, el general de ingenieros Laür con nuevas instrucciones respecto al plan que debia seguir para apoderarse de la línea del Adige. Wurmser debia dejar diez y ocho ó veinte mil hombres á las órdenes de Davidovich para guardar el Tirol, y bajar con el resto por el valle del Brenta, á las llanuras del Vicentino y el Paduano. El Brenta tiene su orígen no lejos del Trenta, se aleja del Adige describiendo una curva, y vuelve á correr paralelo á este rio en la llanura, perdiéndose por fin en el Adriático. Desde Trento conduce al valle del Brenta una calzada, que vá á parar por Bassano á las llanuras del Vicentino y el Paduano. Wurmser debia recorrer aquel valle, para entrar en la llanura, é intentar el paso del Adige entre Verona y Legnano; plan tan poco acertado como el precedente, porque siempre tenia la contra de dividir las fuerzas en dos cuerpos, y dejar en medio á Bonaparte.

Entraba Wurmser en accion al mismo tiempo que Bonaparte, y este, que aunque ignoraba los proyectos de Wurmser, preveia con rara sagacidad cuan posible era que durante su escursion al centro del Tirol, tantease el enemigo la línea del Adige desde Verona á Legnano, dejó al general Kilmaine

en Verona con una reserva de casi tres mil hombres y con medios para resistir dos dias por lo menos. El general Sahuget quedó con una division de ocho mil hombres delante de Mántua. Bonaparte salió con veinte y ocho mil, y subió por los tres caminos del Tirol, de los cuales el uno circula por detras del lago de Garda y los otros dos siguen las márgenes del Adige. El 17 de fructidor (3 de setiembre) la division de Sauret que á la sazon se llamaba de Vaubois, despues de haber circulado por detras del lago de Garda, y sostenido varios encuentros, llegó á Torbola, en la estremidad superior del lago. El mismo dia las divisiones de Massena y Augereau que al principio costeaban las dos orillas del Adige, y luego se habian reunido en la misma orilla por el puente de Golo, llegaron delante de Seravalle. Tuvieron un encuentro con la vanguardia enemiga y la hicieron algunos prisioneros.

Tenian entonces que subir los franceses por un valle estrecho y profundo, á cuya izquierda estaba el Adige, y elevadas montañas á su derecha. El rio estrechando el pié de las montañas no dejaba mas anchura que la del camino, formando horribles desfiladeros, y teniendo que pasar algunos para penetrar en el Tirol; pero los franceses ágiles y osados, eran tan á propósito para esta guerra como la que acababan de hacer en las estensas llanuras del Mantuano.

Habia situado Davidovich dos divisiones, una en el campo de Mori á la orilla derecha del Adige, para hacer frente á la division de Vaubois que subia por la calzada de Salo á Roveredo, siguiendo las espaldas del lago de Garda, y la otra en San Marcos para guardar el desfiladero contra Mas-

sena y Augereau. El 18 de fructidor (4 de setiembre), se avistaron, defendiendo el desfiladero de San Marcos la division de Wukassovich. Aprovechándose Bonaparte inmediatamente de la táctica conveniente á los lugares, forma dos cuerpos de infantería ligera y los distribuye á derecha é izquierda por las alturas inmediatas, y luego fatigando algun tiempo á los austriacos, forma en columna cerrada por batallones la décima octava media brigada, y manda al general Victor pasar con ella el desfiladero. Trábase un reñido combate que por el pronto sostienen los austriacos, pero Bonaparte decide la accion, mandando al general Dubois cargar á la cabeza de los húsares. Este valiente general se precipita sobre la infantería austriaca, la desordena y cae herido de tres balazos, llevándosele moribundo. «Antes de que «muera, dijo á Bonaparte, enviadme á decir si he«mos vencido.» Los austriacos huyen por todas partes retirándose á Roveredo, que está á una legua de San Marcos, y les persigue á la carrera. Roveredo se halla á cierta distancia del Adige, Bonaparte envió á Rampon con la brigada treinta y dos hácia el espacio que separa el rio de la ciudad, y mando á Victor á esta poblacion con el diez y ocho. Entra este al paso de ataque en la principal calle de Roveredo, arrolla á los austriacos, y llega al otro estremo de la ciudad en el momento en que Rampon acababa de formar la línea esterior. Mientras el ejército principal se apodera asi de San Marcos y Roveredo, la division de Vaubois llegaba al segundo punto por la otra orilla del Adige. La division austriaca de Reuss la habia disputado el campo de Mori, pero Vaubois

acababa de apoderarse de él en el mismo momento, y todas las divisiones se hallaban á la sazon reunidas al medio dia en la altura de Roveredo, y en las dos márgenes del rio. Sin embargo, aun faltaba lo mas difícil.

Habia reunido Davidovich sus dos divisiones á su reserva en el desfiladero de Galiano, desfiladero temible, mucho mas peligroso que el de San Marcos. El Adige estrechando en este punto las montañas no dejaba mas anchura que la del camino entre su pié y la cañada. La entrada del desfiladero la cerraba el castillo de la Pietra, que juntaba la montaña con el rio y se hallaba coronado de artillería.

Persistiendo Bonaparte en su táctica, distribuye á la derecha su infantería ligera por las escabrosidades de la montaña, y á la izquierda por las orillas del rio. Sus soldados nacidos en las orillas del Ródano, del Sena ó del Loira, se igualan en agilidad y osadía con los cazadores de los Alpes. Unos trepan de roca en roca y llegan á la cima de la montaña desde donde abrasan al enemigo. Otros no menos intrépidos; se deslizan á lo largo del rio, y dan vuelta al castillo de la Pietra. El general Dammartin coloca acertadamente una batería de artillería ligera que surte el mejor efecto y se apoderan del castillo Entonces se atraviesa la infantería, y cae en columna cerrada sobre el ejército austriaco reunido en el desfiladero. Artillería, caballería é infantería todo se confunde y huye en espantoso desorden. El jóven Lemarois, edecan del general en gefe, quiere cortar la retirada á los austriacos, y se precipita al galope á la cabeza de cincuenta húsares, atraviesa toda la

masa austriaca, y volviendo de repente bridas se esfuerza en detener la vanguardia. Cae del caballo, pero esparce el terror por las filas austriacas, ydá tiempo á la caballería que llegaba para hacer muchos miles de prisioneros. Asi acabó aquella série de combates que dieron al ejército francés los desfiladeros del Tirol, la ciudad de Roveredo, toda la artillería austriaca y cuatro mil prisioneros, sin contar con los muertos y heridos. Bonaparte llamó á esta accion, batalla de Roveredo.

Al dia siguiente 19 de fructidor (5 de setiembre), entraron los franceses en Trento, capital del Tirol italiano. El obispo habia huido, y Bonaparte para tranquilizar á los tiroleses, que eran muy amigos de la casa de Austria, les dirigió una proclama invitándoles á deponer las armas, y no hostilizar á su ejército, prometiéndoles que de este modo se respetarian sus propiedades y establecimientos públicos. Wurmser ya no estaba en Trento. Bonaparte le habia sorprendido cuando emprendió su marcha para egecutar su proyecto. Viendo que los franceses se internaban en el Tirol para comunicarse tal vez con Alemania, se confirmó mas en su intento de bajar por el Brenta para apoderarse del Adige durante su ausencia. Con este rápido rodeo que iba á llevarle á Verona, esperaba encerrar á los franceses en el alto valle del Adige; cercándoles y cortándoles al mismo tiempo la comunicacion con Mántua. Habia salido el dia antes, y debia hallarse ya en Bassano. Bonaparte concibe inmediatamente una de las mas atrevidas resoluciones: deja á Vaubois guardando el Tirol y se dirige atravesando los desfiladeros del Brenta en pos de Wurmser. Solo puede lle-

var consigo veinte mil hombres, Wurmser tiene treinta; puede verse encerrado en los espantosos desfiladeros, si el enemigo le hace frente; puede tambien llegar demasiado tarde para caer sobre la retaguardia de Wurmser, habiendo tenido tiempo este para pasar el Adige. Todo esto es muy posible, pero sus veinte mil hombres equivalen á treinta, y si Wurmser quiere hacerle frente, y encerrarle en los desfiladeros, pasará por encima de él; y si tiene que andar veinte leguas, lo verificará en dos dias, y llegará á la llanura, tan pronto como su enemigo. Entonces le rechazará ó hácia Trieste ó al Adige. Si al primer punto, le perseguirá y abrasará este puerto á su presencia; si le rechaza hácia el Adige, le encerrará entre su ejército y el rio: envolviendo asi á su enemigo que creia deshacerle en los desfiladeros del Tirol.

Este jóven, cuyo pensamiento y voluntad eran tan rápidos como el rayo, manda á Vaubois el mismo dia de llegar á Trento, que se dirija al Lavis, para arrancar aquella posicion á la retaguardia de Davidovich. Hace efectuar la operacion á su presencia, indica á Vaubois la posicion que debe guardar con sus diez mil hombres, y parte luego con los veinte para llamarle á los desfiladeros del Brenta.

Salió el 20 por la mañana (6 de setiembre), y durmió en Levico por la noche. Al dia siguiente se pone en marcha al amanecer, y llega delante de un desfiladero llamado de Primo lano, donde habia situado Wurmser una division. Bonaparte emplea las mismas maniobras; coloca tiradores en las alturas, y en la orilla del Brente hace cargar en columna sobre el camino, y se

apodera del desfiladero. Hallábase mas allá un pequeño fuerte, le cercan y tambien se hace dueño de él. Algunos intrépidos soldados, corriendo por el camino, se adelantan á los fugitivos, los detienen, y dan tiempo al ejército para que llegue y los prenda, logrando hacer tres mil prisioneros. Por la tarde llega á Cismona despues de haber andado veinte leguas en dos dias. Bonaparte queria seguir avanzando; pero los soldados ya no podian mas, y él mismo estaba rendido de cansancio. Se habia adelantado á su cuartel general sin acompañamiento ni víveres; toma el pan de municion de un soldado, y se acuesta esperando impaciente el siguiente dia.

Una marcha tan rápida é inesperada, dejó asombrado á Wurmser, que no podia concebir como se habia introducido su enemigo en aquellos desfiladeros con riesgo de quedar en ellos, y se propuso aprovecharse de la posicion de Bassano que les cierra, y barrer el paso con todo su ejército. Si conseguia su intento, Bonaparte caeria en su poder en el recodo del Brenta. Habia enviado ya la division de Mezaros para tantear á Verona, pero volvió á llamarle para luchar en este punto con todas sus fuerzas, aunque no era probable que llegase á tiempo la órden. Está situada la ciudad de Bassano en la orilla izquierda del Brenta, comunicando por un puente por la derecha. Wurmser colocó las dos divisiones de Sebotendorff y Quasdanovich, en las dos orillas del Brenta, delante del Bassano, y situó seis batallones de vanguardia en los desfiladeros que preceden y cierran el valle. El dia 22 (8 de setiembre por la mañana) salió de Cismona en direccion á Bassano. Masse-

na marchaba por la orilla derecha, y Augereau por la izquierda. Se apoderan de los desfiladeros, y salen á la vista del enemigo colocado en ambas márgenes del Brenta. Desconcertados los soldados de Wurmser por el atrevimiento de los franceses, no resisten con aquel denuedo que han mostrado en otras ocasiones; ceden, se desordenan y entran en Bassano. Preséntase Augereau á las puertas de la ciudad; Massena que se halla en la orilla izquierda, quiere penetrar por el puente del que se apodera en columna cerrada como del de Lodi; y entra al mismo tiempo que Augereau. Wurmser, cuyo cuartel general estaba aun en la ciudad, apenas tiene tiempo para salvarse dejándonos cuatro mil prisioneros é infinidad de materiales. Habíase pues realizado el plan de Bonaparte, desembocando en la llanura tan pronto como Wurmser, y no quedándole mas que hacer que estrecharle contra el Adige.

En el desórden de tan precipitada accion, se encuentra separado Wurmser de los restos de la division de Quasdanovich, que se retira hácia el Friuli, y asi viéndose él apurado por las divisiones de Massena y Augereau que le cierran el camino de Friuli y le empujan hácia el Adige, forma la resolucion de pasar este rio á viva fuerza y dirigirse á Mántua. Se le habia agregado la division de Mezaros que habia hecho vanos esfuerzos para apoderarse de Verona. No contaba mas que con catorce mil hombres, ocho de infantería y seis de caballería escelente. Vá costeando el Adige, buscando un punto por donde pasarle, y por fortuna suya se habia trasladado á Verona el destacamento que guardaba á Legnano, y no habia lle-

gado aun el que debia ir á ocupar esta plaza. Aprovechándose pues de esta casualidad, se apodera de Legnano, donde seguro ya de poder pasar á Mántua, dá algun descanso á sus tropas que se hallan exánimes de fatiga.

Seguíale Bonaparte sin descanso, y vió con el mayor sentimiento el descuido que salvaba á Wurmser, pero no desesperó sin embargo deadelantársele en Mántua. Condujola division de Massena á la otra orilla del Adige, valiéndose de la barca de Ronco, y la dirigió á Sanguinetto para interceptar el camino de Mántua, enviando á Augereau al mismo Legnano. La vanguardia de Massena que se adelantó á su division, entró en Cerea el 25 de fructidor (11 de setiembre), cuando Wurmser llegaba á aquel punto desde Legnano con todo su ejército. La vanguardia de caballería é infantería ligera mandada por los generales Murát y Pigeon, hizo la mas heróica resistencia, pero quedó arrollada, y Wurmser siguió su marcha. En aquel momento llegaba Bonaparte solo y á galope; faltó poco para que le cogieran, y se salvó á escape.

Pasó Wurmser á Sanguinetto, y sabiendo despues que se habian roto todos los puentes de Molinella, escepto el de Villimpenta, bajó hasta este punto, atravesó el rio, y siguió hácia Mántua. El general Charton quiso oponerle resistencia con trescientos hombres formados en cuadro; pero todos aquellos valientes quedaron ó acuchillados ó prisioneros. Llegó al fin Wurmser á Mántua el dia 27 (13). Las pequeñas ventajas obtenidas eran un consuelo en la desgracia del anciano y valiente mariscal que se estendió por las inmediaciones de

Mántua, y gracias á su buena y numerosa caballería, sostuvo por algun tiempo la campaña.

Llegaba Bonaparte sin aliento, y furioso contra los descuidados oficiales que le habian hecho perder tan buena presa. Augereau entró en Legnano, haciendo prisionera la guarnicion austriaca, que constaba de mil seiscientos hombres. Bonaparte le mandó se dirigiese á Gobernolo en el bajo Mincio, y en seguida tuvo pequeños encuentros con Wurmser para sacarle fuera de la plaza, hasta que en la noche del 28 al 29 (14—15 de setiembre), tomó una posicion á retaguardia para obligar á Wurmser á salir al llano. El anciano general, alentado con sus pequeños triunfos, salió en efecto fuera de Mántua, situándose entre la ciudadela y el arrabal de San Jorge. Acometióle Bonaparte el tercer dia complementario, año IV (12 de setiembre); Augereau que llegaba de Governolo, formaba la izquierda; Massena, que salia de Due-Castelli formaba el centro, y Sahuguet con el cuerpo de bloqueo la derecha. Wurmser tenia aun veinte y un mil hombres en línea, pero fué derrotado y rechazado á la plaza con pérdida de dos mil hombres, quedando pocos dias despues enteramente encerrado en Mántua. La numerosa caballería que habia reunido no le servia para nada mas que para aumentar el número de bocas inútiles, y asi hizo matar y salar todos los caballos: tenia veinte y tantos mil hombres de guarnicion, de los que algunos miles se hallaban en los hospitales.

Asi, aunque Bonaparte perdió en cierto modo el fruto de su atrevida marcha hácia el Brenta, y no pudo hacer rendir las armas al mariscal, arruinó sin embargo enteramente y dispersó su ejército. A

las órdenes de Davidovich habian sido rechazados algunos miles de hombres al Tirol; otros huian á Friuli al mando de Quasdanovich, y Wurmser con doce ó catorce mil hombres se habia encerrado en Mántua. Trece ó catorce mil hombres estaban prisioneros, y seis ó siete mil habian quedado muertos ó heridos; de suerte que este ejército venia á perder aun unos veinte mil hombres en diez dias, además de considerables materiales. Bonaparte habia perdido siete ú ocho mil, entre ellos, mil y quinientos prisioneros, y los demas muertos, heridos ó enfermos. Asi, pues, á los ejércitos de Colli y Beaulieu, destruidos al entrar en Italia, debia añadirse el de Wurmser, deshecho en dos veces, primero en las llanuras de Castiglione, y despues en las márgenes del Brenta. A los trofeos de Montenotte, Lodi, Borghetto, Lonato y Castiglione debian por lo tanto añadirse los de Roveredo, Bassano y San Jorge. ¿En qué época de la historia se han visto tan brillantes resultados, tantos enemigos muertos, tantos prisioneros, banderas y cañones arrebatados al enemigo? Estas noticias llenaron de regocijo á Lombardía, y de terror al centro de la Península. La Francia vió con admiracion al general del ejército de Italia.

No eran tan felices nuestras armas en los demas teatros de la guerra. Moreau se habia adelantado hácia el Lech como hemos visto, esperando que sus victorias en Baviera llamarian al archiduque, y salvarian á Jourdan: esperanza poco fundada, pues el archiduque hubiera conocido muy mal la importancia de su movimiento, si hubiera retrocedido por acudir á Moreau. Toda la campaña dependia de lo que aconteciese en el Mein.

Moreau comprometia mas á Jourdan, batido y estrechado ya en el Rin, esponiéndole á perder su línea de retirada. Contentóse pues el archiduque con enviar al general Nauendorff con dos regimientos de caballería y algunos batallones para reforzar á Latour, y continuó persiguiendo al ejército de Sambre y Mosa.

Este valiente ejército se retiraba con el mayor pesar, conservando el sentimiento de sus fuerzas; él fué el que en los primeros años de la revolucion obró las mas distinguidas hazañas; él quien venció en Watignies y en Fleurus, en las orillas del Ourthæ y en las del Roer. Amaba mucho á su general, y confiaba en sí mismo; y asi esta retirada no le desanimó porque estaba persuadido de que habia cedido á combinaciones superiores, y al mayor número de fuerzas enemigas. Anhelaba tener ocasion de luchar con los austriacos, y restaurar el honor de sus banderas; Jourdan tambien lo deseaba, y el Directorio le escribia que era preciso se mantuviese á toda costa en Franconia sobre el alto Mein para invernar en Alemania, y especialmente para no dejar descubierto á Moreau que habia llegado hasta las puertas de Munich. Este por su parte acababa de participar á Jourdan con fecha 8 de fructidor (25 de agosto) su marcha hácia el Lech, las ventajas que habia conseguido y el proyecto que tenía de avanzar siempre mas para alcanzar el archiduque; razones que decidieron á Jourdan á probar la suerte de las armas á pesar de que tenia delante fuerzas muy superiores. Hubiera creido deshonrarse si hubiera salido de Franconia sin pelear y dejando á su cólega en Baviera. Engañado ademas por el movimiento del general Nauendorff, creia

Jourdan que el archiduque acababa de salir para ocupar de nuevo las orillas del Danubio, y asi se detuvo en Wurtzbourg, plaza cuya conservacion creia importante, pero de la cual solo conservaban los franceses la ciudadela. Dió algun descanso á sus tropas, hizo algunas mudanzas en la distribucion y mando de sus divisiones, y anunció su intencion de combatir. Manifestó el ejército el mayor entusiasmo en apoderarse de cuantas posiciones creia Jourdan útil ocupar, antes de empeñar batalla. Tenia apoyada su derecha en Wurtzbourg y el resto de su línea en una série de posiciones que se estienden por la longitud del Mein hasta Schweinfurt. Separábale el Mein de! enemigo, y habiendo atravesado este rio solo una parte del ejército austriaco, le confirmaba en la idea de que el archiduque habia partido para el Danubio. Dejó en el estremo de su línea, en Schweinfurt, la division de Lefebvre para asegurar su retirada por el Saale y el Fulda en caso de que la batalla le hiciese perder el camino de Francfort. Asi se privaba de otra línea y de un cuerpo de reserva; pero creyó deber este sacrificio á la necesidad de asegurar su retirada, decidiéndose á atacar el 17 de fructidor (3 de setiembre) al amanecer.

Advertido el archiduque en la noche del 16 al 17, del proyecto de su contrario, mandó pasar rápidamente el resto de su ejército al otro lado del Mein, y desplegó á los ojos de Jourdan fuerzas muy superiores. Trabóse al principio la batalla favorable á nuestra parte; pero acometida nuestra caballería en los llanos que se estienden á lo largo del Mein por la formidable de los enemigos, se desordenó, se reunió, volvió á desordenarse y hu-

bo de refugiarse al fin detras de las líneas y los bien sostenidos fuegos de nuestra infantería. Si Jourdan no hubiera tenido tan lejos su reserva, hubiera podido conseguir la victoria; pero envió á Lefebvre algunos oficiales, y estos no pudieron atravesar los numerosos escuadrones enemigos. Esperaba no obstante que Lefebvre, viendo que Schweinfurt no estaba amenazado, marcharia al punto del peligro; pero esperó en vano, y replegó su ejército para librarle de la temible caballería enemiga. La retirada se hizo con muy buen órden hácia Arnstein; mas Jourdan, víctima del mal plán del Directorio y de su generosidad por su cólega, tuvo que retirarse hácia el Lahn. Continuó su marcha sin ninguna intermision; dió órden á Moreau para que se retirase de Maguncia, y llegó detras del Lahn el 24 de fructidor (10 de setiembre). Su ejército no habia perdido aùn en tan penosa marcha hasta las fronteras de Bohemia, sino cinco ó seis mil hombres; pero tuvo una sensible pérdida en la muerte del jóven Marceau, herido de un balazo por un cazador tirolés, no pudiéndole sacar del campo de batalla. El archiduque Cárlos le prodigó todo su cuidado, pero espiró muy pronto. Este jóven héroe llorado por ambos ejércitos, fué sepultado entre las salvas de una y otra artillería.

Mientras ocurrian en el Mein estos acontecimientos, Moreau siempre al otro lado del Danubio y del Lech, esperaba con impaciencia noticias de Jourdan, mas ninguno de los oficiales enviados á dárselas habian llegado. Permanecia indeciso sin atreverse á nada; y entretanto su izquierda mandada por Desaix tuvo que sostener un combate de los mas terribles contra la caballería de Latour,

que reunida con la de Nauendorff, salió de improviso por Langenbruck. Desaix dictó tan acertadas y eficaces providencias, que rechazó los numerosos escuadrones enemigos, dispersándoles por la llanura despues de haberles causado considerable pérdida. Moreau, incierto siempre, se decidió al fin despues de veinte dias á intentar un movimiento de descubierta. Resolvió acercarse al Danubio para estender su flanco izquierdo hasta Nuremberg, y tener noticias de Jourdan ó prestarle auxilio. El 24 de fructidor (10 de setiembre), mandó repasar el Danubio á su izquierda y centro, y dejó sola á su derecha al otro lado del rio y hácia Zell. La izquierda al mando de Desaix se adelantó hasta Aichstett. En tan singular situacion prolongaba su izquierda hácia Jourdan que á la sazon distaba de él sesenta leguas, teniendo su centro en el Danubio y su derecha al otro lado, esponiendo á uno de los tres cuerpos á quedar destruido si Latour hubiera sabido aprovecharse de su aislamiento. Todos los militares han vituperado á Moreau este movimiento como uno de aquellos medios recursos que tienen todos los riesgos de los grandes planes, y carecen de sus ventajas. En efecto, Moreau no habiendo aprovechado la ocasion de caer sobre el archiduque, cuando lo efectuaba este sobre Jourdan, se comprometia mas y mas situándose asi en el Danubio.

Ultimamente, despues de esperar cuatro dias en esta estraña posicion, conoció todo su riesgo, pasó al otro lado del Danubio, y trató de subir por él para acercarse á su base de operaciones. Supo entonces la retirada forzosa de Jourdan al Lahn, y no dudó ya que despues de haber perseguido el ar-

chiduque al ejército de Sambre y Mosa, volaria al Necker para cortar la retirada al ejército del Rin. Tuvo tambien noticia de una tentativa hecha sobre Kehl por la guarnician de Manheim para destruir el puente por donde habia pasado á Alemania el ejército francés. En tal estado de cosas, no dudó ponerse en marcha para volver á Francia, pues su posicion era muy peligrosa. Comprometido en medio de la Baviera, precisado á repasar las Selvas Negras para volver al Rin, teniendo al frente á Latour con cuarenta mil hombres, y espuesto á hallar al archiduque con treinta mil hombres á sus espaldas, podia prever muchos peligros; pero aunque carecia del vasto y ardiente genio que desplegaba su rival en Italia, tenia un alma firme é inaccesible á la turbacion que se apodera algunas veces de las imaginaciones vivas. Mandaba un soberbio ejército compuesto de sesenta mil hombres, cuyo espíritu no habia decaido por ninguna derrota, y que miraba con estraordinaria confianza á su gefe. Apreciando estos recursos no se intimidó por su posicion, y resolvió emprender tranquilamente su camino. Mientras el archiduque despues de haber arrollado á Jourdan volvia probablemente al Necker, temió hallar ocupado ya este rio; subió, pues, por el valle del Danubio para unirse directamente con el del Rin por el camino de las ciudades limítrofes, pues le parecieron estos pasos, como los mas distantes del punto en que se hallaba actualmente el archiduque, los mas seguros

Permaneció al otro lado del Danubio, costeándole poco á poco, y apoyando en él una de sus alas. Llevaba delante sus parques y bagajes con el mayor órden; y todos los dias rechazaba su reta-

guardia á las avanzadas enemigas. Latour, en vez de pasar el Danubio y tratar de anticiparse á Moreau en la entrada de los desfiladeros, se contentó con seguirle paso á paso, sin atreverse á tocarle. Llegado que hubo Moreau al lago de Federsée, creyó oportuno detenerse. Latour se habia dividido en tres cuerpos; dió el mando de uno á Nauendorff enviándole a Tubingen, sobre el alto Necker, por donde Moreau no queria pasar; llegó él mismo con el segundo á Biberach, y el tercero se hallaba muy distante, en Schussenried. Moreau que se aproximaba á Val-d' Enfer, por donde queria retirarse, y que no queria verse estrechado en el paso de este desfiladero, viendo delante á Latour aislado, comprendiendo la firmeza que debia dar una victoria á sus tropas para el resto de la retirada, se detuvo el 11 de vendimiario, año V (2 de octubre), en los alrededores del lago de Federsée, no lejos de Biberach. El pais era montuoso, lleno de árboles, y atravesado por varios valles. Hallébase Latour situado en distintas alturas que se podian aislar y cercar, y que tenian ademas á su espalda el profundo barranco del Riss. Acometióle Moreau por todos los puntos, y sabiendo penetrar con arte por entre sus posiciones, asaltando unas de frente, y dando vuelta á las otras, le precipitó hácia el barranco, le arrojó dentro de él, é hizo cuatro mil prisioneros. Esta importante victoria llamada de Biberach, rechazó lejos de allí á Latour, y mejoró notablemente el espíritu del ejército francés. Volvió á emprender su marcha Moreau, y se aproximó á los desfiladeros. Ya habia pasado los caminos que atraviesan el valle de Necker para salir al del Rin; quedábale únicamente el que pasan-

do por Tuttlingen y Rottweil, hácia el nacimiento mismo del Necker, sigue el valle de Kintzig, y va á desembocar en Kehl; pero ya le habia ocupado Nauendorff. A este último se le habian agregado los destacamentos salidos de Manheim, aproximándose ademas el archiduque. Prefirió Moreau subir algo mas arriba, y pasar por el Val-d' Enfer, que atravesando la Selva Negra, formaba un largo recodo, y terminaba en Brissach, á gran distancia del archiduque. Situó, pues, á Desaix y Ferino con la izquierda y la derecha hácia Tuttlingen, y Rottweil, para resguardarse por el lado de los desfiladeros donde se hallaban las principales fuerzas austriacas, enviando el centro al mando de Saint-Cyr para apoderarse del Val-d' Enfer. Al mismo tiempo hizo desfilar sus grandes parques hácia Huninga por el camino de las ciudades forasteras. Los austriacos le habian tendido infinidad de emboscadas, creyendo acaso cercarle, y en ninguna parte se situaron en disposicion de hacerle resistencia. Saint Cyr apenas halló un destacamento en el Val-d' Enfer, pasando sin trabajo alguno á Neustadt y llegó á Friburgo. Siguiéronle inmediatamente ambos costados, saliendo por aquel horrible desfiladero al valle del Rin, mas bien en ademan de ejército triunfador, que en el de tropas en retirada. Moreau entró en el valle del Rin el 21 de vendimiario (12 de octubre), y en vez de repasar el Rin por el puente de Brissach, y costearle siguiendo la orilla francesa hasta Strasburgo, prefirió caminar por la derecha hasta Kehl á la vista de todo el ejército enemigo; y bien fuese que quisiese dar una vuelta mas imponente, ó que confiase sostenerse en la orilla derecha, y cubrir á Kehl dirigiéndose á él di-

rectamente, estas razones no han parecido suficientes para arriesgarse al trance de una batalla. Podia repasando el Rin por Brissach, subir libremente por Strasburgo, y salir de nuevo por Kehl, cuya cabeza de puente era fácil que resistiese bastante tiempo hasta que él llegase; pero querer por el contrario marchar á la faz del enemigo, que acababa de reunirse al mando del archiduque, esponiéndose asi á una batalla general con el Rin á la espalda, era imperdonable imprudencia, mucho mas á la sazon, en que ningun motivo habia, ni para tomar la ofensiva, ni para proteger una retirada. El 28 de vendimiario, (19 de setiembre) se hallaron ambos ejércitos á la vista en las márgenes del Elz, desde Váldkirch hasta Emmondingen. Despues de un sangriento é incierto combate, comprendió Moreau cuan imposible le era penetrar hasta Kehl siguiendo la orilla derecha, y resolvió pasar por el puente de Brissach; pero creyendo sin embargo que todo su ejército podria pasar por este puente sin agolparse, y queriendo enviar fuerzas á Kehl cuanto antes, mandó repasar á Desaix con la izquierda por Brissach, y se volvió hácia Huninga con el centro y la derecha. Esta determinacion se ha mirado por no menos imprudente que la de combatir en Emmondingen, porque Moreau, privado de una tercera parte de su ejército, podia verse comprometido. Es verdad que contaba con una buena posicion, la de Schliengen, que cubre el paso de Huninga, en el que podia detenerse y combatir para hacer su marcha con sosiego y seguridad. Replegóse en efecto, y se detuvo allí el 3 de brumario (24 de setiembre), dando un combate obstinado é incierto, hasta que despues de ha-

ber dado con esta accion á sus bagajes tiempo para repasar, evacuó la posicion por la noche, pasó á la orilla izquierda y se dirigió á Strasburgo.

Así terminó aquella célebre campaña, y aquella retirada todavía mas célebre. El resultado indica suficientemente el defecto del plan; pues si como lo han probado Napoleon, el archiduque Cárlos y el general Jomini, en vez de formar dos ejércitos, adelantándose en columnas aisladas bajo dos distintos generales, con la menguada intencion de deshacer los flancos del enemigo, hubiese formado el Directorio un solo ejército de ciento sesenta mil hombres, cincuenta mil para sitiar á Maguncia, y ciento diez mil, reunidos en un solo cuerpo para invadir la Alemania por el valle del Rin, el Val-d'Enfer y la Baviera alta, los ejércitos imperiales se hubieran visto reducidos á retirarse siempre, sin poder concentrarse ventajosamente contra fuerzas tan superiores. Entonces el bello plan del jóven archiduque se hubiera frustrado, y la bandera republicana hubiera ondeado dentro de Viena. Jourdan era una forzosa víctima del plan dado; por esto su campaña siempre desgraciada, fué una série de sacrificios, bien cuando atravesaba el Rin por primera vez para llamar las fuerzas del archiduque bien cuando avanzaba hasta Bohemia, y combatia en Wurtzbourg. Solo Moreau podia con su brillante ejército reparar en parte los defectos del plan, ora apresurándose á arrollar cuanto se le presentase delante, al salir por Kehl, ora precipitándose contra el archiduque Cárlos, cuando este se encarnizaba contra Jourdan. No se atrevió, ó no supo efectuar nada de esto: pero si no manifestó destello alguno de genio, si prefirió una retirada á una

maniobra decisiva y victoriosa, desplegó al menos en esta retirada un gran carácter y poco comun denuedo. No era sin duda tan difícil como se ha dicho, pero se efectuó no obstante del modo mas imponente.

Otro de los inconvenientes que tuvo aquel vicioso plan fué el de sugerir al jóven archiduque el escelente pensamiento que llevó á cabo con prudencia; pero lo mismo que Moreau, careció de aquel ardor, de aquella audacia que podia haber hecho mortal para las armas francesas el error de su gobierno. ¿Quién puede concebir lo que hubiera acontecido, si se hubiera hallado en una ú otra parte el impetuoso genio que acababa de destruir tres ejércitos al otro lado de los Alpes? Si los setenta mil hombres de Moreau, en el momento de salir de Kehl, ó los imperiales, cuando dejaron el Danubio para caer sobre Jourdan, se hubieran conducido con el ímpetu que aterró á la Italia, la guerra hubiera indudablemente terminado desde luego, de un modo desastroso para una de ambas potencias.

Aquella campaña valió al jóven archiduque una gran reputacion en Europa. En Francia se consideró como un gran mérito en Moreau haber conducido sano y salvo el ejército comprometido en Baviera, pues se tenia la mayor inquietud por su paradero, especialmente desde que habiéndose replegado Jourdan, estando amenazado el puente de Kehl ó habiendo interceptado las comunicaciones con Suavia, una multitud de divisiones, se ignoraba lo que habia sido de él y lo que iba á sucederle; pero cuando despues de tanto desasosiego se le vió salir al valle del Rin, con tan marcial actitud, se admiró al general que tan felizmente se habia librado. Considerése su retirada como una obra maestra del

arte, y se comparó inmediatamente á la de los diez mil. Nadie se atrevia sin duda á comparar estos triunfos con los brillantes del ejército de Italia; pero como siempre hay una multitud de hombres á quienes ofuscan el genio superior y la fortuna, y prefieren un mérito menos distinguido, no faltaban muchos que se declaraban por Moreau, elogiando su prudencia, su habilidad suma, y prefiriéndola al ardiente genio del jóven Bonaparte. Desde entonces tuvo en su favor Moreau cuantos prefieren los talentos secundarios á las facultades estraordinarias, y es preciso confesar que en una república se suele perdonar á estos enemigos del genio, cuando se considera hasta donde puede hacerse este culpable contra la libertad que le ha sostenido y llevado hasta el colmo de la gloria.

CAPITULO V.

Situacion interior y esterior de la Francia despues de la retirada de los ejércitos de Alemania á principios del año V.—Combinaciones de Pitt; entáblase una negociacion con el Directorio; llegada de lord Malmesbury á París.—Paz con Nápoles y con Génova; negociaciones infructuosas con el Papa. Destitucion del duque de Módena; fundacion de la república Cispadana.—Comision de Clarke á Viena.—Nuevos esfuerzos del Austria en Italia; llegada de Alvinzy; riesgos inminentes del ejército francés; batalla de Arcole.

Poco lisongero era para la república el éxito que acababa de tener la campaña de Alemania, y sus enemigos, que se obstinaban en negar sus victorias, pronosticando tristes acontecimientos, veian realizados sus presagios y se gozaban en su triunfo. Estas rápidas conquistas en Alemania, decian, que no tenian estabilidad: que el Danubio y el genio de un jóven príncipe habian puesto término á ellas, y que sin duda el temerario ejército de Italia, que parecia tan sólidamente establecido en el Adige, perderia á su vez esta posicion, y seria rechazado á los Alpes, como los ejércitos de Alemania al Rin. Que era cierto que las conquistas del general Bonaparte parecian apoyadas en una base algo mas sólida, pues no se habia contentado con rechazar á Colli y Beaulieu, sino que los habia destruido, no contentándose tampoco con derrotar

al nuevo ejército de Wurmser, sino que le habia desecho en Castiglione, y aniquilado al fin en el Brenta. Por consiguiente que habia alguna esperanza mas de permanecer en Italia que en Alemania; pero se complacian en esparcir noticias alarmantes. Decian que llegaban numerosas fuerzas de Polonia y Turquía para dirigirse á los Alpes; que los ejércitos imperiales del Rin podrian enviar ahora nuevos destacamentos, y el general Bonaparte, á pesar de todo su génio, viéndose siempre con nuevos enemigos que combatir, hallaria el fin de sus victorias, aunque no fuese masque por la consuncion de su ejército. Era natural que en el actual estado decosas se formasen semejantes congeturas, porque despues de haber exagerado los triunfos, debian tambien exagerarse los reveses.

Se habian retirado los ejércitos de los de Alemania sin grandes pérdidas, yconservaban la línea del Rin, en lo cual no habia desgracia alguna; pero el ejército de Italia se hallaba sin apoyo, y bastaba este gran inconveniente. Ademas, nuestros dos ejércitos principales al volver al territorio francés, debian sostenerse por cuenta de nuestra hacienda que seguia en el estado mas deplorable, lo cual era el mayor mal. Habiendo cesado las cédulas de tener curso forzoso de moneda, se perdieron enteramente; ademas de que se habian distribuido todas, ynotenia casi ninguna á su disposicion el gobierno, hallándose en Paris en manos de los especuladores, que las vendian á los compradores de bienes nacionales. El atraso de los créditos del estado era muy considerable, pero no se cobraba, pues los impuestos y el empréstito forzoso se per-

cibian lentamente; los bienes nacionales solo se pagaban en parte, y segun la ley no podia exigirse aun los pagos que quedaban por hacer, ni las propuestas que se seguian haciendo eran bastante crecidas para sostener el tesoro. Por lo demas, se vivia con estas propuestas como con los géneros procedentes del empréstito y con las promesas de pago hechas por los ministros. Se acababa de formar el presupuesto para el año V, dividido en gastos ordinarios y estraordinarios, ascendiendo los primeros á cuatrocientos cincuenta millones, y los demas á quinientos cincuenta. La contribucion territorial, las aduanas, el papel sellado y demas productos anuales, debian cubrir los gastos ordinarios, y los quinientos cincuenta millones de los estraordinarios podian satisfacerse sobradamente con los atrasos de contribuciones del año IV y del empréstito forzoso, y con los pagos que debian hacerse de los bienes vendidos. Ademas se tenia el recurso de los bienes que poseia aun la república; pero todo esto debia realizarse, que era la gran dificultad. Los proveedores, á quienes no se pagaba se negaban á seguir anticipando, de modo que todo faltaba á un tiempo. Tampoco se pagaba á los empleados y censualistas, y por lo tanto morian de hambre. Asi el aislamiento del ejército de Italia y nuestra hacienda podian dar grandes esperanzas á nuestros enemigos. Del proyecto de cuádruple alianza formado por el Directorio entre Francia, España, la Puerta y Venecia, solo habia resultado la alianza con España, la cual alucinada con nuestras promesas y brillante fortuna en medio del estío, se habia decidido, como hemos visto, á renovar con la república el pacto de familia, y acababa

de declarar la guerra á la Gran Bretaña. Venecia, á pesar de las instancias de España y las invitaciones de la Puerta, y no obstante las victorias de Bonaparte en Italia, se negó á unirse á la república. En vano se le representó que la Rusia aspiraba á sus colonias de Grecia, y el Austria á sus provincias de Iliria; en vano que su union con la Francia y la Puerta, que nada tenian que envidiarla, la defenderia de estas dos ambiciosas enemigas; que las reiteradas victorias de los franceses en el Adige debian tranquilizarla, respecto á la vuelta de los ejércitos austriacos, y la venganza del emperador; que el auxilio de sus fuerzas terrestres y marítimas harian mas imposible aun este caso, y que por el contrario la neutralidad ningun amigo la proporcionaria, antes bien la dejaria sin protector, y tal vez la espondria á servir de medio de reconciliacion entre las provincias beligerantes. Venecia, llena de ódio contra los franceses, y armando gente, sin duda contra ellos, cuando consultaba al ministerio austriaco sobre la eleccion de un general, se negó por segunda vez á la alianza que se la proponia. Bien veia el riesgo que corria con la ambicion austriaca; pero mas urgente y mayor á su juicio era el peligro de los príncipes franceses, y asi respondió que persistia en su neutralidad desarmada; y era falso, porque por todas partes hacia armamentos. La Puerta, llevada del ejemplo de Venecia y de las sugestiones de Viena é Inglaterra, no habia accedido al proyecto de alianza, de suerte que no quedaban mas que Francia y España cuya union podia contribuir a dejar sin el Mediterráneo á los ingleses pero tambien podia comprometer las colonias españolas. En efecto Pitt, que

trataba de sublevarlas contra la metrópoli, ya habia intrigado con este intento en Méjico. Las negociaciones con Génova no se habian terminado, porque se trataba de convenir con ella á la vez en una suma de dinero, en la espulsion de algunas familias y en el llamamiento de otras. Lo mismo acontecia con Nápoles, porque el Directorio habia exigido una contribucion, y su reina, llena de despecho, se negaba á imponerla. La paz con Roma no se habia hecho por un artículo exigido por el Directorio, en que pretendia que la Santa Sede revocase todos los breves espedidos contra Francia desde el principio de la revolucion, lo cual repugnaba estraordinariamente al orgullo del anciano Pontífice. Convocó un concilio de cardenales que decidieron no poderse verificar la revocacion, y asi rompieron las negociaciones. Volvieron á empezar en Florencia, donde se abrió un congreso; pero habiendo repetido los enviados del Papa que los breves espedidos no podian revocarse, y replicado los comisionados franceses por su parte, que esta era la condicion sine qua non, se separaron despues de algunos minutos. La esperanza de un auxilio del rey de Nápoles y de Inglaterra, sostenian al Pontífice en su negativa, y este acababa de enviar á Viena al cardenal Albani para implorar el favor del Austria y convenirse con ella en los medios de resistencia.

Tales eran las relaciones de Francia con el resto de Europa. Sus enemigos por su parte se hallaban ya rendidos, pues si bien el Austria se creia satisfecha por la retirada de nuestros ejércitos que habian llegado hasta el Danubio, miraba con zozobra la Italia aprestando nuevos preparativos para

recobrarla. La Inglaterra estaba reducida á situacion muy deplorable: su establecimiento en Córcega era muy precario, pues se veia espuesta á perder esta isla cuando menos lo pensase. Se trataba de cerrarle todos los puertos de Italia, y bastaba con una victoria del general Bonaparte para decidir su total espulsion de este pais. La guerra con España iba á interceptarla el Mediterráneo y amenazar al Portugal; se veia privada de todo el litoral del Océano hasta el Tegel; la espedicion que Hoche preparaba á Bretaña, la inspiraba recelos sobre Irlanda; su hacienda se hallaba en grave riesgo; su banco apurado y el pueblo pidiendo la paz; finalmente la oposicion se habia aumentado con las nuevas elecciones. Razones harto poderosas eran estas para pensar en la paz y aprovechar los últimos reveses de la Francia á que la aceptasen; mas á la familia real y la aristocracia les repugnaba sobremanera tener que tratar con Francia, porque era para ellos como humillarse á la revolucion. Pitt mucho menos aristócrata, y únicamente preocupado con los intereses de su nacion, hubiera accedido á la paz con la condicion, indispensable para él, é inadmisible para la república, de restituir al Austria los Paises Bajos. Pitt, como ya hemos hecho notar, era un verdadero inglés por su orgullo, por su ambicion y por sus preocupaciones. El mayor crímen de la revolucion no era á sus ojos la creacion de una república colosal, sino la reunion de los Paises Bajos á la Francia.

Efectivamente, eran estos una adquisicion muy importante para nuestra patria, proporcionándola en primer lugar la posesion de las provincias mas fértiles y ricas del continente, sobre todo de pre-

vincias industriosas; ademas la embocadura de los rios mas interesantes al comercio del Norte, el Escalda, el Mosa y el Rin; un aumento considerable de costas, y por consiguiente de marina; puertos de suma importancia, especialmente el de Amberes, y finalmente la dilatacion de nuestra frontera marítima en la parte mas peligrosa á la frontera inglesa, enfrente de las indefensas márgenes de Essex, Suffolk, Norffolk y Yorkshire. Ademas de esta adquisicion positiva tenia otra ventaja para nosotros los Paises Bajos: la Holanda quedaba bajo el inmediato influjo de la Francia desde el momento de no mediar ya las provincias austriacas. Entonces se estendia la línea francesa, no solo hasta Amberes, sino hasta el Tegel, y las riberas de Inglaterra se veian circuidas de otras enemigas. Si añadimos á este el pacto de familia con la España, poderosa y bien organizada entonces, se vendrá en conocimiento de las justas inquietudes de Pitt por el poder marítimo de Inglaterra. Está efectivamente en los principios de todo inglés empapado en sus ideas nacionales, que la Inglaterra debe dominar á Nápoles, Lisboa y Amsterdam para adquirir preponderancia en el continente, y romper la larga línea de costas que pudieran oponerse. Tan arraigado se hallaba este principio en 1796, como que hacia considerar cualquier perjuicio causado á la Francia, como un bien hecho á la Inglaterra. Asi, que Pitt, para dar cierto desahogo á su hacienda, hubiera accedido de buena gana á una paz momentánea con condicion de que se hubiera restituido al Austria los Paises Bajos. Sobre esta base se trató de entablar negociaciones. No podia esperar que admitiese la Francia semejante condicion,

porque la principal adquisicion de la revolucion era los Paises Bajos, y la constitucion no permitia al Directorio tratar de su enagenacion; mas como Pitt tenia escasas noticias del Continente, creia de buena fé arruinada á la Francia, y de buena fé se presentaba todos los años á anunciar la enervacion y próximo hundimiento de nuestra república. Juzgaba que si alguna vez se habia manifestado la Francia propensa á la paz, era á la sazon, fuese por el descrédito de las cédulas, fuese por la retirada de los ejércitos de Alemania, por lo demas creyera ó no admisible la condicion, tenia un motivo poderosísimo para abrir negociaciones, cual era la necesidad de satisfacer la opinion pública que pedia terminantemente la paz. Para obtener pues la quinta de setenta mil hombres de milicia y quince mil marinos, necesitaba probar ruidosamente que habia hecho cuanto en su mano estaba para avenirse. Incitábale ademas otra causa no menos interesante. Al tomar él la iniciativa y abrir en Paris una negociacion solemne, tenia la ventaja de suscitar en esta capital la discusion de todos los intereses europeos, impidiendo que asi se entablase una negociacion particular con el Austria. En efecto, esta potencia no tenia tanto empeño en recobrar los Paises Bajos como la Inglaterra en devolvérselos. Los Paises Bajos eran para ella una provincia distante, separada del centro de su imperio, espuesta á contínuas invasiones por parte de Francia, é impregnada en las ideas revolucionarias; una provincia que habia tratado de cambiarla muchas veces por otra posesion en Alemania ó en Italia; que solo habia conservado porque la Prusia se manifestó siempre opuesta á su

engrandecimiento en Alemania , y porque no se habia presentado ocasion para adquirir un señorío en Italia. Imaginaba Pitt que una negociacion solemne entablada en Paris para todos los aliados, no daria lugar á combinaciones particulares, y evitaria cualquier arreglo respecto á los Paises Bajos. Ultimamente, deseaba tener un agente en Francia que pudiese juzgarla de cerca y suministrarle datos ciertos sobre la espedicion que se preparaba en Brest. Tales eran las razones , que aunque sin esperanza de obtener la paz, decidieron á Pitt á dar un paso con el Directorio; y no contentándose como el año anterior, con una comunicacion insignificante de Wickam á Barthelemy , pidió pasaporte para un enviado autorizado con poderes de la Gran Bretaña. Este ruidoso paso del enemigo mas implacable de nuestra república, la daba cierto realce y gloria, pues al fin se veiá reducida la aristocracia inglesa á solicitar la paz de la república regicida. Al momento se concedieron los pasaportes. Pitt aligió al lord Malmesbury , en otro tiempo sir Harras, é hijo del autor de *Hermées*. No se conocia á este personage como amigo de las repúblicas, pues contribuyó á la opresion de Holanda en 1787. Llegó á Paris con grande acompañamiento el 2 de brumario (23 de octubre de 1796).

Nombró el Directorio para que le representase al ministro Delacroix. Viéronse ambos en el palacio de los negocios estrangeros el 3 de brumario año V (24 de octubre de 1796). El ministro de Francia exhibió sus poderes , y Lord Malmesbury se anunció como enviado de la Gran Bretaña y sus aliadas para tratar de la pacificacion general, presentando en seguida sus poderes, que solo estaban

firmados por la Inglaterra. Preguntóle entonces el ministro francés si estaba comisionado por los aliados de la Gran Bretaña para tratar en su nombre, y Lord Malmesbury le respondió que asi que se entablase la negociacion y se fijase el principio sobre que debiera apoyarse, el rey de la Gran Bretaña tenia seguridad de obtener el consentimiento y poderes de sus aliados. El lord entregó en seguida á Delacroix una nota de su córte, en que anunciaba el principio en que debiera apoyarse la negociacion, que era el de compensaciones de conquistas entre las potencias. Decia la nota que la Inglaterra habia hecho conquistas en las colonias; que la Francia tambien habia hecho otras en el continente á los aliados de Inglaterra, y que por lo tanto habia restituciones por una y otra parte. Pero era preciso convenir en el principio de las compensaciones antes de tratar de los objetos compensados. Se ve que el gabinete inglés evitaba el esplicarse definitivamente sobre la restitucion de los Paises Bajos, y emitia un principio general para que no se frustrase la negociacion en su principio. El ministro Delacroix respondió que iba á dar parte al Directorio.

Este no podia abandonar los Paises-Bajos, porque no tenia facultades para ello y porque aun cuando las hubiese tenido no debia hacerlo, teniendo la Francia comprometido su honor con estas provincias, y no pudiendo esponerlas á las venganzas del Austria restituyéndoselas. Por otra parte tenia derecho á indemnizaciones por la cruel guerra que hacia tanto tiempo sostenia; tenia derecho á compensaciones por el engrandecimiento del Austria, Prusia y Rusia en Polonia, á conse-

cuencia de un atentado, y debia finalmente tratar de recobrar sus límites naturales: razones todas que la obligaban á no desprenderse de los Paises Bajos y conservar las disposiciones de la constitucion. Decidido el Directorio á cumplir con su deber en este punto, podia desde luego romper una negociacion, cuyo evidente objeto era proponernos la cesion de los Paises Bajos, y prevenir un acomodamiento con el Austria; pero tambien hubiera dado márgen á decir que no deseaba la paz, satisfaciendo asi una de las principales intenciones de Pitt, y suministrando fuertes argumentos para que exigiese del pueblo inglés nuevos sacrificios. Al otro dia respondió en los siguientes términos.—La Francia ha tratado ya aisladamente con la mayor parte de las potencias de la liga, sin que invocasen estas la concurrencia de todos los aliados: generalizar la negociacion es hacerla interminable y dar lugar á creer que la que en la actualidad se proyecta no es mas sincera que la del año anterior por la mediacion del ministro Wickam. Por lo demas el ministro inglés no tiene poderes de los aliados, en cuyo nombre habla, y finalmente, el principio de las compensaciones está anunciado de un modo muy vago y general para que pueda admitirse ó desecharse. La aplicacion de este principio depende siempre de la naturaleza de las conquistas, y de la fuerza que para conservarlas exista en las potencias beligerantes. De suerte que, añadia el Directorio, el gobierno francés podria abstenerse de dar respuesta; pero para probar que desea la paz, declara que está dispuesto á cuantas proposiciones se le hagan, luego que lord Malmesbury se halle provisto de los poderes

de todas las provincias, en cuyo nombre supone que trata.

Como el Directorio, nada tenia que ocultar en esta negociacion y podia hablar con la mayor franqueza, resolvió hacer pública la negociacion é imprimir en los periódicos las notas del ministro inglés y las respuestas del francés, publicando inmediatamente la memoria del lord Malmesbury y la respuesta que habia obtenido. Este modo de obrar podia trastornar la vacilante política del gabinete inglés, pero no se oponia al decoro, aunque sí á la costumbre establecida. Lord Malmesbury respondió que lo pondria en conocimiento de su gobierno. Era por cierto un plenipotenciario muy singular, con tan insuficientes poderes, que á cada dificultad tenia que consultar con su córte. El Directorio hubiera podido convencerse con esto de que era un engaño todo con intencion de dilatarlo lo posible, y aparentar que se negociaba; hubiera podido no ver con satisfaccion la permanencia de un estrangero, cuyas intrigas podian ser peligrosas, porque solo habia venido á descubrir el secreto de nuestros armamentos; no manifestó, sin embargo, ningun disgusto, y permitió á lord Malmesbury que esperase la respuesta de su córte, y mientras tanto observase á Paris, á los partidos, su fuerza y la del gobierno. El Directorio por otra parte nada perdia en esto.

Durante aquel tiempo se iba haciendo peligrosa nuestra situacion en Italia, á pesar de las recientes victorias de Roveredo, Bassano y San Jorge. El Austria redoblaba sus esfuerzos para recobrar la Lombardía. Gracias á las garantías que Catalina dió al emperador respecto á la conservacion de las Gallit-

zias, las tropas que estaban en Polonia se habian trasladado á los Alpes; y gracias tambien á la esperanza de seguir en paz con la Puerta, se habian sacado las guarniciones de las fronteras turcas, y dirigídose á Italia todas las reservas de la monarquía austriaca. Una numerosa y decidida poblacion suministraba ademas poderosos medios de reemplazo; y la administracion austriaca desplegaba un celo y actividad estraordinarios para alistar muchos soldados, agregarlos á las tropas veteranas, armarlos y equiparlos. Asi se preparaba en el Friuli un poderoso ejército con los restos del de Wurmser, con las tropas que habian llegado de Polonia y Turquía, y con los destacamentos del Rin y los reclutas. Se fió el mando al mariscal Alvinzy, esperándose que este tercer ejército seria mas feliz que los dos anteriores, y lograria arrancar la Italia de las manos de su jóven conquistador.

En aquel intérvalo no cesaba Bonaparte de pedir ausilios y aconsejar se negociase con las potencias italianas que se hallaban á sus espaldas. Encargaba al Directorio que tratase con Nápoles, renovase las negociaciones con Roma, terminase las que tenia con Génova, y abriese otras nuevas de alianza ofensiva y defensiva con el rey del Piamonte, para proporcionarle ausilios en Italia, si no podian enviárselos de Francia. Queria que se le permitiese proclamar la independencia de la Lombardía y la de los estados del duque de Módena, para ganarse secuaces y ausiliares resueltamente decididos por su causa. Sus deseos eran muy justos y el deplorable estado de su ejército legitimaba sus urgentes reclamaciones. El rompimiento de las negociaciones con el papa hábia he-

cho suspender otra vez la contribucion impuesta por el armisticio de Bolonia. Solo se habia efectuado un pago. Se habian agotado las contribuciones impuestas á Parma, Módena y Milan ó por los gastos del ejército, ó por las remesas hechas al gobierno. Venecia suministraba bastantes víveres, pero la paga de los soldados estaba muy atrasada. Aun se andaba en contestaciones sobre los valores tomados al comercio estrangero en Liorna, y en medio de los mas ricos paises de la tierra empezaba el ejército á esperimentar privaciones, aunque su mayor mal era los vacíos que se notaban en sus filas desmembradas por el cañon austriaco. La destruccion de tantos enemigos habia costado grandes pérdidas, y aunque al principio de la campaña se le habia reforzado con nueve ó diez mil hombres que hizo ascender á cerca de cincuenta mil el número de los franceses que entraron en Italia, en la actualidad tenia treinta y tantos mil todo lo mas, á cuyo número le habian reducido la guerra y las enfermedades. Acababan de llegar una docena de batallones de la Vendée; pero muy disminuidos por las deserciones, y los demas destacamentos prometidos no llegaban. El general Willot que mandaba el Mediodia y debia dirigir varios regimientos á los Alpes, los detenia para apaciguar los motines que su ignorancia y mala intencion provocaban en las provincias de su mando. Kellermann no podía desmembrar su línea, porque tenia que estar siempre á la mira sobre Lyon y los alrededores, donde las compañías de Jesus cometian asesinatos. Bonaparte pedia la 83.ª y 40.ª medias brigadas, que componian unos seis mil hombres de buenas tropas, y respondia de todo si llegaban á tiempo.

Se quejaba de que no se le hubiese encargado de negociar con Roma, porque hubiera esperado para comunicar el últimatum al pago de la contribucion. «Mientras que vuestro general, decia, no «sea el centro de todo en Italia, nada irá arregla-«do. Será fácil acusarme de ambicioso, pero yo «no tengo mas que un esceso de honor; estoy en-«fermo, apenas puedo sostenerme á caballo, y no «me queda mas que el valor, que no es suficiente «para el cargo en que me hallo. Nos estan cortan-«do, y se va perdiendo el prestigio de nuestras «fuerzas; ó enviais tropas, ó se pierde la Italia.»

Por último, conociendo el Directorio la necesidad de privar á Roma del apoyo de Nápoles, y asegurar la retaguardia de Bonaparte, concluyó al fin su tratado con la córte de las dos Sicilias. Desistió de toda exigencia particular, y esta córte intimidada por nuestras últimas victorias en el Brenta, que veia unida á España con Francia, y que temia ver lanzados del Mediterráneo á los ingleses, accedió al tratado. Firmóse la paz el 19 de vendimiario (10 de octubre) y se convino en que el rey de Nápoles negaria toda clase de ausilios á los enemigos de la Francia, cerrando sus puertas á las embarcaciones armadas de las potencias beligerantes. El Directorio concluyó despues su tratado con Génova, cuya contestacion aceleró una circunstancia particular. Nelson se apoderó de un buque francés á la vista de las baterías genovesas, cuya violacion de neutralidad comprometió estraordinariamente á la república de Génova; el partido francés que estaba en él se mostró mas atrevido, y el de la liga mas tímido, y se acabó por acordar la alianza con la Francia. Los puertos de Génova

quedaron cerrados para los ingleses, pagándosenos en indemnizacion por la fragata *la Modesta* dos millones, y otros dos en calidad de préstamo. No se desterró á las familias feudatarias, pero se llamó y reintegró á todos los partidarios de la Francia espulsados del territorio y del senado. Se instó de nuevo al Piamonte para concluir una alianza ofensiva y defensiva. Acababa de morir el rey actual, y su jóven sucesor Cárlos Manuel mostraba disposiciones mas favorables á la Francia, pero no se contentaba con las ventajas que le ofrecian en premio de su alianza. El Directorio le prometia la defensa de sus estados, que en tan general trastorno y en medio de todas las repúblicas que se preparaban, nada podia responderle de ellos; pero el nuevo rey queria como el anterior, que se le diese la Lombardía, lo cual no podia prometer el Directorio, necesitando equivalentes para tratar con el Austria. El Directorio permitió en seguida á Bonaparte renovar las negociaciones con Roma, dándole al efecto plenos poderes.

Habia enviado aquella córte á Viena al cardenal Albani, fiándose en la de Nápoles con tanta seguridad, que no tuvo inconveniente en desairar hasta la legacion española, que ciertamente no le habia ofendido en nada. Faltándole Nápoles, y manifestándole España su descontento, se hallaba sobresaltada, que era la ocasion mas conveniente para contratar con ella. Bonaparte queria lo primero dinero, y despues, aunque no temia su poder temporal, se recelaba sin embargo del influjo moral que ejercia sobre los pueblos. Cada dia se irritaban mas los dos partidos italianos engendrados por la revolucion francesa y alentados con la presencia de

nuestro ejército. Si Milan, Módena, Regio, Bolonia y Ferrara eran el centro del partido patriota, Roma era el del monacal y aristocrático Podia escitar un furioso fanatismo y perjudicarnos mucho, especialmente no hallándose resuelta la cuestion por parte de los austriacos. Bonaparte creyó oportuno seguir contemporizando, pues si como hombre libre é independiente despreciaba todas las preocupaciones que esclavizan la inteligencia humana, como hombre práctico temia al poder que se escapa de la fuerza, y preferia mas bien que luchar con él, evitar el combate. Por otra parte, aunque educado en Francia, habia nacido en medio de la superstición italiana, y no participaba de aquel ódio á la religion cristiana, tan profundo y comun entre nosotros á fines del siglo XVIII, ni tenia para tratar con la Santa Sede la repugnancia que Paris. Pensó pues ganar tiempo para evitarse una marcha retrógrada en la península, para escusar sermones fanáticos, y si era posible para volver á tomar los diez y seis millones devueltos á Roma. Encargo al ministro Cacault que se desentendiese de las exijencias del Directorio en materia de fé, é insistiese solo en las condiciones meramente materiales. Eligió al cardenal Mattei á quien habia encerrado en un convento para enviarle á Roma, y al darle libertad le encargo que fuese á hablar al papa. Para ello le escribió una carta en que le decia: «Parece que la córte de Roma, desea la guerra, «y la tendrá seguramente, pero antes debo hacer «el último esfuerzo en obsequio de mi patria y de «la humanidad, para atraer al pontífice á la razon. «Bien sabeis, señor cardenal, las fuerzas con que «cuenta el ejército que mando, y que para des-

«trair el poder temporal del papa, me basta mi vo«luntad. Id á Roma, hablad al santo padre, acon«sejadle sobre sus verdaderos intereses, libradle «de los intrigantes que le rodean, y que solo quie«ren su pérdida y la de la córte de Roma. El go«bierno francés, me permite oir aun proposiciones «de paz, y todo puede arreglarse. La guerra tan «cruel para los pueblos tiene terribles resultados «para los vencidos. Evitad al pontífice sus infor«tunios, pues sabeis cuánto deseo terminar por «medio de la paz una lucha que la guerra termi«naria en favor mio sin gloria y sin peligro.»

Mientras empleaba estos medios para *engañar*, segun decia él, *al zorro viejo*, y librarse de los furores del fanatismo, trataba de avivar el entusiasmo de libertad en la Italia alta, para oponer el patriotismo á la supersticion. Toda la Italia alta se hallaba sumamente exaltada. Milan arrancado al Austria, las provincias de Módena y Reggio, que llevaban con impaciencia el yugo que el anciano duque ausente les impusiera, y las legaciones de Bolonia y Ferrara, sustraidas de la autoridad pontificia, pedian con ahinco su independencia y que se les organizase en repúblicas. Bonaparte no podia declarar la independencia de la Lombardía, porque aun no habia decidido enteramente la victoria de su suerte, pero siempre la daba esperanzas y aliento. En cuanto á las provincias de Módena y Reggio, se hallaban inmediatas á la retaguardia de su ejército, y confinaban con Mántua. Podia quejarse de la regencia que habia proporcionado víveres á la guarnicion, y encargó al Directorio que no concediese la paz al duque de Módena, sino que siguiese el armisticio para poderle castigar cuando

fuese oportuno; y como cada dia se presentaban mas árduas las circunstancias, resolvió dar un golpe de mano sin contar con el Directorio. Era sabido que la regencia acababa de incurrir en enemistad y faltar al armisticio suministrando víveres á Wurmser y dando acojida á uno de sus destacamentos. Declaró inmediatamente infringido el armisticio, y en virtud del derecho de conquista, espulsó á la regencia, declaró destituido al duque de Módena y libres las provincias de Reggio y Módena. Estraordinario fué el entusiasmo de aquellos pueblos. Bonaparte organizó un gobierno municipal para administrar interinamente el pais en tanto que se constituia. Bolonia y Ferrara lo habian hecho ya en repúblicas, empezando á levantar tropas, y Bonaparte queria reunir ambas legaciones con los estados del duque de Módena, para que formasen una república sola, que situada á la parte de acá del Pó, se llamaria *república Cispadana.* Pensaba que si en caso de paz era preciso restituir la Lombardia al Austria, se podria evitar el devolver al duque y al papa, Módena y las legaciones, pudiendo crear asi una república hija y aliada de la francesa, que fuese el foco de sus principios al otro lado de los Alpes y el asilo de los patriotas comprometidos, desde donde pudiera estenderse un dia la libertad por toda Italia. No creia se pudiera hacer de una vez la emancipacion de Italia, pues veia que el gobierno francés no estaba en disposicion de efectuarlo, y pensaba que debia contentarse al menos con sembrar los gérmenes de libertad en esta primera campaña. Al efecto era preciso reunir á Bolonia y Ferrara con Módena y Reggio, pues aunque el espíritu de los naturales se

oponia, esperaba vencer esta resistencia con su omnipotente influjo. Pasó á estas ciudades, donde fué recibido con entusiasmo, y las decidió á enviar á Módena cien diputados de todos los puntos de su territorio para formar una Asamblea nacional que se encargase de constituir la república Cispadana. Efectuóse esta reunion el 25 de vendimiario (16 de octubre) en Módena, y se componia de abogados, propietarios y comerciantes. Reprimida con la presencia de Bonaparte y dirigida por sus consejos, manifestó la mayor cordura. Votó la reunion en una sola república de las dos legaciones y del ducado de Módena, dejó abolida la feudalidad, y decretó la igualdad civil; nombró un comisario encargado de organizar una legion de cuatro mil hombres, y decretó la formacion de una segunda Asamblea que debia reunirse el 5 de nivoso (25 de diciembre) para establecer una constitucion. Los de Reggio mostraron el mayor entusiasmo, pues habiendo salido de Mántua un destacamento austriaco, acudieron á las armas, le cercaron, le hicieron prisionero, y le condujeron á Bonaparte. Dos reggienses murieron en este encuentro, que fueron los primeros mártires de la independencia italiana.

La Lombardia miraba con sospechas y celos los favores concedidos á la Cispadana, creyendo ver en ellos un funesto presagio. Decia que pues los franceses constituian á las legaciones y al ducado y no á ella, trataban de entregarla al Austria. Bonaparte tranquilizó nuevamente á los lombardos, mostrándoles las dificultades de su posicion, y repitiéndoles que era preciso ganar la independencia, defendiéndola en tan terrible lucha, y asi decidieron aumentar hasta doce mil hombres las dos legiones

italiana y polaca, cuya organizacion habian ya comenzado.

Asi se iba Bonaparte proporcionando al rededor suyo gobiernos amigos que iban á emplear todos sus esfuerzos en apoyarle. Sus tropas no podian hacer mucho; pero eran capaces de recorrer el pais, dejando de este modo disponibles los destacamentos que en esta operacion empleaba. Sostenidos por unos cuantos franceses, podian resistir á las primeras tentativas del papa, si tenia la necedad de hacer alguna. Bonaparte procuró al mismo tiempo tranquilizar al duque de Parma cuyos estados confinaban con la república; su amistad podia ser útil, y su parentesco con España pedia ciertas consideraciones. Le dejó entreveer la posibilidad de ganar algunas ciudades en aquella desmembracion de territorios, valiéndose asi de todos los recursos de la política para suplir las fuerzas que no podia darle su gobierno, en lo cual cumplia con su deber respecto á Francia é Italia, con toda la habilidad de un esperimentado diplomático.

Acababa la Córcega de emanciparse por sus cuidados y habia reunido á los principales refugiados en Liorna, les dió armas y oficiales, y les hizo desembarcar atrevidamente en la isla para protejer la rebelion de los habitantes contra los ingleses. Tuvo la espedicion buen efecto; su patria quedaba libre del yugo inglés, y en breve iba á serlo el Mediterráneo, pudiendo esperarse que reunidas las escuadras españolas á las francesas, cerrarian el estrecho de Gibraltar á los ingleses y dominarian todo el Mediterráneo.

Asi habia empleado el tiempo trascurrido desde los acontecimientos del Brenta en mejorar su po-

sicion en Italia; mas si bien habia menos que temer de los príncipes de este pais, se aumentaba el peligro por la parte del Austria, y sus fuerzas para contrarestarla eran aun insuficientes. Seguian en el Mediodia las brigadas 83.ª y 40.ª Tenia en el Tirol doce mil hombres á las órdenes de Vaubois, situados delante de Trento, en la orilla del Lavis; unos diez y seis ó diez y siete mil, al mando de Massena y Augereau en el Brenta y el Adige, y finalmente ocho ó nueve mil delante de Mántua, que todo hacia subir su ejército á unos treinta ó treinta y ocho mil hombres. Davidovich que se habia quedado en el Tirol despues de la derrota de Wurmser, con algunos miles de hombres, tenia á la sazon diez y ocho mil. Alvinzy se adelantaba desde el Friuli y el Piave con cerca de cuarenta mil; de suerte que Bonaparte se hallaba muy comprometido, porque no tenia contra sesenta mil hombres mas que treinta y seis mil, cansados de tres campañas, y diezmados diariamente por las fiebres que adquirian en los arrozales de Lombardía. Asi se lo escribia apesadumbrado al Directorio, diciéndole que iba á perder la Italia.

Viendo este el gran peligro de Bonaparte, y no pudiendo ausiliarle tan pronto, trató de suspender inmediatamente las hostilidades por medio de una negociacion. Malmesbury se hallaba en París, como hemos visto, esperando la respuesta de su gobierno á las comunicaciones del Directorio, que le habia exijido poderes de todas las potencias, diciéndole que se esplicase con mas claridad acerca del principio de las compensaciones de conquista. El ministerio inglés respondió por fin despues de diez y nueve dias, el 24 de brumario (14 de noviembre)

que las pretensiones de la Francia eran desusadas; que era permitido á un aliado pedir negociaciones en nombre de sus aliados antes de tener la autorizacion en forma; que la Inglaterra estaba segura de obtenerla, pero que ante todo, era preciso que la Francia se esplicase claramente sobre el principio de las compensaciones, principio que era la única base en que debia estribar la negociacion. El gabinete inglés añadia que la respuesta del Directorio contenia insinuaciones poco favorables á las intenciones de S. M. británica, siendo fácil responder á ellas, aunque no queria detenerse en hacerlo por no complicar la negociacion. Aquel mismo dia el Directorio, que queria obrar pronta y categóricamente, respondió á lord Malmesbury que admitia el principio de las compensaciones, pero que inmediatamente designase los objetos sobre que debia recaer.

El Directorio se hallaba en el caso de dar esta respuesta sin comprometerse demasiado, porque al rehusar la cesion de la Bélgica y el Luxemburgo, tenia á su disposicion la Lombardía y otros pequeños paises; por lo demas esta negociacion era evidentemente ilusoria; el Directorio nada podia esperar de ella, y asi resolvió burlarse de la astucia con que la Inglaterra procedia enviando directamente un negociador á Viena, encargado de concluir un convenio particular con el emperador. La primera proposicion que debia hacer era la de un armisticio en Alemania é Italia que durase seis meses por lo menos. Los ejércitos de ambas potencias quedarian separados por el Rin y el Adige, y suspensos los sitios de Kehl y de Mántua. Cada dia habian de entrar en esta los víveres

necesarios para el consumo, de modo que al fin del armisticio se hallasen ambos partidos en su actual estado. Con esto ganaba la Francia la conservacion de Kehl, y el Austria la de Mántua. Debia abrirse inmediatamente una negociacion para trater de la paz. Las condiciones que la Francia ofrecia eran las siguientes: el Austria cedia la Bélgica y el Luxemburgo á la Francia; la Francia restituia la Lombardía al Austria y el Palatinado al Imperio, renunciando en este último punto á la línea del Rin, y consintiendo para compensar al Austria de la pérdida de los Paises Bajos en que se secularizasen algunos obispados del Imperio. El emperador no debia mezclarse de ningun modo en los negocios de la Francia con el papa, y debia prestar su mediacion con Alemania para indemnizar al Stathouderato. Estas condiciones eran muy moderadas, y probaban el deseo que tenia el Directorio de terminar los horrores de la guerra, y sus inquietudes respecto al ejército de Italia.

Eligió el Directorio para hacer estas proposiciones al general Clarke, empleado en el ministerio de la guerra, á las órdenes de Carnot. Firmó sus instrucciones el 26 de brumario (16 de noviembre); pero se necesitaba algun tiempo para que se pusiese en camino, llegase y fuese recibido y oido; y mientras tanto se sucedian los acontecimientos en Italia con estraordinaria rapidez.

El 11 de brumario (1.º de noviembre), se adelantó hácia el Brenta el mariscal Albinzy, habiendo echado puentes sobre el Piavia, siendo por entonces el plan de los austriacos atacar á un mismo tiempo por las montañas del Tirol y por la llanura. Davidovich debia arrojar á Vaubois de sus posi-

ciones, y bajar por las orillas del Adige hasta Verona. Alvinzy por su parte debia pasar el Piavia y el Brenta, avanzar por el Adige, entrar en Verona con el grueso del ejército, y reunirse á Davidovich. Desde este punto debian partir los dos ejércitos austriacos para obrar de consuno en hacer levantar el sitio de Mántua y librar á Wurmser.

Despues de haber pasado el Piavia avanzó Alvinzy sobre el Brenta, donde se hallaba Massena con su division, el cual se replegó vista la fuerza del enemigo. Bonaparte marchó á apoyarle con la division de Augereau, y ordenó al mismo tiempo á Vaubois que contuviese á Davidovich en el valle del alto Adige, tomándole si podia su posicion de Lavis. Se dirigió él mismo contra Alvinzy resuelto, á pesar de la desproporcion de fuerzas, á atacarle denodadamente, y derrotarle por principio de esta nueva campaña. Llegó el 16 de brumario al amanecer (6 de noviembre) á la vista del enemigo. Los austriacos habian tomado posiciones delante del Brenta desde Carmignano hasta Bassano, y su reserva se hallaba á retaguardia al otro lado del Brenta. Bonaparte llevó todas sus fuerzas; Massena atacó á Liptai y Provera delante de Carmignano, y Augereau á Quasdanovich, delante de Bassano. El choque fué terrible y sangriento y las tropas desplegaron un denuedo estraordinario. Liptai y Provera fueron rechazados por Massena al otro lado del Brenta, y Quasdanovich á Bassano, por Augereau. Bonaparte hubiera querido entrar el mismo dia en Bassano, pero lo impidió la llegada de la reserva austriaca; fué, pues, preciso dejar el ataque para el siguiente dia. Desgraciadamente supo por la noche que Vaubois acababa de sufrir

un revés en el alto Adige. Este general habia acometido valerosamente las posiciones de Davidovich y obtenido al principio el triunfo; pero á pesar de su esperimentado denuedo, se apoderó de sus soldados un terror pánico que les hizo huir desordenados. Al fin les reunió en el famoso desfiladero de Calliano, donde el ejército desplegó tanta osadía cuando la invasion del Tirol, y esperaba mantenerse allí, á tiempo que Davidovich dirigiendo un cuerpo á la otra orilla del Adige, cercó á Calliano y envolvió la posicion. Vaubois anunciaba que se retiraba para no ser cortado, y manifestaba el recelo de que Davidovich se le hubiera adelantado á las importantes posiciones de la Corona y Rívoli, que cubren el camino del Tirol, entre el Adige y el lago de Garda.

Entonces conoció Bonaparte el peligro de empeñarse mas contra Alvinzy, mientras Vaubois, que estaba con su izquierda en el Tirol, podia perder la Corona, Rívoli y aun Verona, y ser rechazado á la llanura. Si tal sucedia quedaba Bonaparte cortado de su ala principal, y situado con quince ó diez y seis mil hombres entre Davidovich y Alvinzy. En consecuencia resolvió inmediatamente la retirada, y mandó á un oficial de su satisfaccion que corriese á Verona, reuniese cuantas tropas pudiera y las llevase á Rívoli y la Corona para anticiparse á Davidovich y dar tiempo á Vaubois para retirarse.

Al dia siguiente, 7 de noviembre, retrocedió atravesando la ciudad de Vicenza, que quedó sorprendida al ver retirarse al ejército francés despues de la victoria de la víspera. Se trasladó á Verona donde dejó todo su ejército, y pasó solo á Rí-

voli y la Corona, donde por fortuna halló reunidas á las tropas de Vaubois, y en disposicion de resistir otro ataque de Davidovich. Quiso dar una severa leccion á las medias brigadas treinta y nueve y ochenta y cinco que habian cedido á un terror pánico, y mandando reunir toda la division y dirigiéndose á las dos medias brigadas, les echó en cara su indisciplina y su fuga. En seguida dijo al gefe de estado mayor: «Háced inscribir en las «banderas que la treinta y nueve y ochenta y cinco «no forman ya parte del ejército de Italia.» Estas espresiones produjeron en los soldados de ambas brigadas el mayor sentimiento; rodearon á Bonaparte y le dijeron que se habian batido uno contra tres, pidiéndole que les destinase á su vanguardia para manifestar si no eran ya del ejército de Italia. Bonaparte templó su severidad con algunas palabras afectuosas que les llenaron de entusiasmo, y les dejó dispuestos á vengar su honor con el arrojo de la desesperacion.

Ya no le quedaban á Vaubois mas que ocho mil hombres de los doce mil con que contaba antes de esta refriega. Bonaparte los colocó lo mejor que pudo en las posiciones de la Corona y de Rívoli, y despues de haberse persuadido de que Vaubois podria sostenerse algunos dias cubriendo nuestra izquierda y retaguardia, se volvió á Verona para operar contra Alvinzy. Aquella calzada que conduce á Verona desde el Brenta, por el pié de las montañas, pasa por Vicenza, Montebello, Villanova y Galdiero. Sorprendido Alvinzy al ver á Bonaparte replegarse al dia siguiente de haber conseguido una victoria, le fué siguiendo á lo lejos, dudando de que solo las ventajas de Davidovich le obliga-

sen á retroceder. Confiaba en ver realizado su plan de union en Verona, y se detuvo á unas tres leguas de esta ciudad, en las alturas de Caldiero; que dominan el camino, y ofrecian una escelente posicion para hacer rostro al ejército que saliera de Verona. Situóse en ellas, colocando baterías, y no omitiendo nada de cuanto contribuia á hacerlas inespugnables. Reconociólas Bonaparte, y resolvió atacarlas inmediatamente, porque la situacion de Vaubois en Rívoli era muy arriesgada, y no le dejaba mucho tiempo para emplearlo contra Alvinzy. Marchó hácia este el 21 de brumario por la noche (11 de noviembre), rechazó su vanguardia y acampó con las divisiones de Massena y Augereau al pie de Caldiero. Al rayar el dia descubrió á Alvinzy que, fuertemente atrincherado, aceptaba la batalla: La posicion era accesible por el lado de las montañas que Alvinzy no habia cuidado de dejar muy defendido; y asi Bonaparte mandando á Massena que se dirigiese á él, encargó á Augereau que atacase el resto de la línea. La accion fué muy reñida, pero la lluvia que caia á torrentes proporcionaba notable ventaja al enemigo, cuya artillería se hallaba de antemano en buenas posiciones, al paso que la nuestra, precisada á moverse por caminos intransitables, no podia asestarse á donde convenia, y por lo tanto no producia efecto. Sin embargo, Massena logró trepar á la altura descuidada por Alvinzy; mas de repente se trocó la lluvia en un frio granizo, que impelido por un recio viento, azotaba de cara á nuestros soldados. Al mismo tiempo mandó Alvinzy á su reserva que marchase contra la posicion ocupada por Massena, y recobró todas sus ventajas. En vano trató Bona-

parte de renovar sus esfuerzos; nada pudo conseguir. Los dos ejércitos pasaron la noche uno á la vista de otro, sin que cesase un momento la lluvia, que puso á nuestros soldados en el mas lastimoso estado. Al siguiente dia, 13 de noviembre, se volvió Bonaparte á Verona.

Iba haciéndose desesperada la situacion del ejército, porque despues de haber rechazado inutilmente al enemigo al otro lado del Brenta, y sacrificado sin fruto á muchos valientes, despues de haber perdido por el lado izquierdo el Tirol y cuatro mil hombres, despues de haber dado una accion desgraciada en Caldiero para alejar á Alvinzy de Verona, y haberse debilitado sin provecho, parecia no poderse contar con ningun recurso. La izquierda que solo tenia ocho mil hombres, podia verse á cada momento arrojada de la Corona y Rívoli, hallándose Bonaparte entonces encerrado en Verona. Las dos divisiones de Massena y Augereau, que formaban el ejército de operaciones contra Alvinzy, habian quedado reducidas en dos acciones á catorce ó quince mil hombres. ¿Y qué habia de hacer este número contra cerca de cuarenta mil? La artillería que nos habia servido siempre para equilibrar la superioridad del enemigo, no podia moverse en medio de aquellos pantanos; asi que ninguna esperanza habia de pelear con buen resultado. El ejército se hallaba consternado, y ya empezaban á murmurar aquellos valientes soldados, probados en tantas fatigas y peligros, irritándose á veces como todo soldado inteligente, porque eran capaces de discurrir.—Despues de haber destruido dos ejércitos que se dirigian contra nosotros, decian, hemos

tenido que deshacer los que combatian con las tropas del Rin. A Beaulieu ha sucedido Wurmser; á Wurmser Alvinzy, y la lucha se renueva diariamente. Nosotros no hemos de cumplir por todos, pues no nos toca pelear con Alvinzy, como no nos correspondia combatir contra Wurmser. Si todos se hubieran portado como nosotros, ya estaria la guerra concluida. Si á lo menos, añadian, nos enviasen ausilios proporcionados á nuestros peligros! pero nos dejan abandonados en el corazon de la Italia, y nos esponen á ser víctimas de dos ejércitos muy poderosos; de modo que despues de haber derramado nuestra sangre en mil combates, volveremos á los Alpes sin honor ni gloria, como fugitivos que no cumplen con su deber.—Asi discurrian los soldados en su campamento, mientras Bonaparte, que tambien participaba de su tristeza y descontento, escribia al Directorio en el mismo dia 24 de brumario (14 de noviembre) lo siguiente; «Todos nuestros oficiales superiores y generales «escogidos están fuera de combate, y el ejército «de Italia agotado y reducido á un puñado de hom«bres. Los héroes de Millésimo, Lodi, Castiglione «y Bassano, han muerto por su patria, ó llenan los «hospitales; los cuerpos no cuentan ya mas que con «su reputacion y con su orgullo. Joubert, Lannes, «Lamare, Victor, Murat, Charlot, Dupuis, Rampon, «Pigeon, Menard y Chabrand están heridos. Esta«mos abandonados en el corazon de la Italia, y los «pocos valientes que me quedan, ven una muerte «infalible en medio de tan contínuas vicisitudes, «y con tan inferiores fuerzas. El valiente Augereau «y el intrépido Massena están acaso proximos á «perecer... Entonces... ¿Qué será entonces de es-

«tos valientes? Esta idea me acobarda, y no me «atrevo á arrostrar la muerte, que desanimaria á «los que son objeto de mis cuidados. Si me hubie-«sen entregado la brigada ochenta y tres que cons-«taba de tres mil quinientos hombres famosos en «el ejército, hubiera respondido de todo. Dentro «de pocos dias, tal vez no bastarán cuarenta mil «hombres!—Hoy, añadia Bonaparte, descansarán «las tropas; mañana obraremos segun los movi-«mientos del enemigo.»

Sin embargo, mientras dirigia estas amargas quejas al gobierno, aparentaba la mayor seguridad á la vista de sus soldados, á quienes repetia por medio de los oficiales que era necesario hacer un esfuerzo, y seria él último, y que destruido Alvinzy concluirian para siempre los recursos del Austria, y quedaria conquistada la Italia, afianzada la paz, é inmarcesible la gloria del ejército. Su presencia y voz alentaban todos los ánimos. Los enfermos devorados por la fiebre, al saber que peligraba el ejército, salian de los hospitales y acudian á colocarse en sus filas. Todos los corazones sentian una conmocion viva y profunda. Los austriacos se acercaron el mismo dia á Verona, enseñando las escalas que llevaban preparadas para asaltar los muros, y los habitantes manifestaban suma alegria porque juzgaban que en breves horas penetraria Alvinzy en su ciudad con Davidovich, y los franceses quedarian destruidos. Algunos de ellos que estaban comprometidos por amor á nuestra causa, se paseaban cabizbajos contando el escaso número de nuestros valientes.

Estaba esperando el ejército con la mayor ánsia las órdenes del general, aguardando á cada ins-

tante que le mandase hacer algun movimiento; pero se pasó todo el dia 24, y contra toda costumbre nada se dijo en la órden del dia. Bonaparte no por esto habia perdido el tiempo, pues despues de haber meditado sobre el campo de batalla, acababa de adoptar una de aquellas resoluciones que la desesperacion sugiere al genio. Se da órden por la noche á todo el ejército de tomar las armas, se manda guardar el mayor silencio, y se emprende la marcha: pero en vez de marchar adelante, retroceden, pasan el Adige por los puentes de Verona, y salen de la ciudad por la puerta que conduce á Milan. Cree el ejército que se renuncia a conservar la Italia, y todo el mundo se entristece; pero á cierta distancia de Verona toman el flanco izquierdo, y en vez de seguir alejándose del Adige, van costeándole y siguiendo su corriente por espacio de cuatro leguas. Despues de algunas horas de marcha, llegan por fin á Ronco donde hallaron un puente de barcas dispuesto de antemano por el general: pasan el rio, y al amanecer se encuentran de nuevo al otro lado del Adige que creian haber para siempre abandonado. El plan del general era estraordinario, é iba á sorprender a los dos ejércitos. El Adige sale de Verona, deja de correr por algun tiempo perpendicularmente desde las montañas, al mar, torciendo hácia Levante, en cuyo movimiento oblícuo se acerca al camino desde Verona al Brenta, donde se hallaba acampado Alvinzy. Al llegar Bonaparte á Ronco, no solo se encontraba amenazando los flancos y casi la retaguardia de los austriacos, sino que por medio de aquel puente se hallaba situado en medio de unas estensas marismas, por las cuales atraviesan dos calzadas, una á la izquierda

que sube al Adige por Porcil y Gombione, yendo á parar á Verona y la otra á la derecha que pasa sobre un riachuelo, llamado el Alpon, en el pueblo de Arcole, y que vá á unirse hácia Villa-Nova por detrás de Caldiero con el camino de Verona.

Tenia, pues, Bonaparte en Ronco dos calzadas que ambas iban á parar al camino real ocupado por los austriacos, una entre Caldiero y Verona, y otra entre el primer punto y Villa-Nova. Su plan era este: en medio de estos pantanos no habia ventaja numérica, pues no podia maniobrarse sino en los caminos, y en los caminos el valor de las cabezas de columnas debia decidirlo todo. Por el camino de la izquierda que caia entre Verona y Caldiero, podia acometer á los austriacos, si intentaban asaltar á Verona, y por el de la derecha que pasa el Alpon por el puente de Arcole, y va á parar á Villa-Nova, cogia por la retaguardia á Alvinzy y podia apoderarse de sus parques y bagages, é interceptar su retirada. Por lo tanto, en Ronco no podia ser atacado, y estendia sus alas al rededor del enemigo. Habia hecho cerrar las puertas de Verona y dejado en ella á Kilmaine con mil quinientos hombres para resistir el primer asalto. Esta combinacion tan atrevida y profunda dejó admirado al ejército que conoció al punto la intencion, y cobró lisongeras esperanzas.

Situó Bonaparte á Massena en el dique de la izquierda para subir á Gombione y Porcil, y tomar la espalda del enemigo, si este se dirigia contra Verona, y dirigió á Augereau á la derecha, para salir á Villa-Nova. Estaba ya cerca del dia, y Massena se puso en observacion en el dique izquierdo, mientras Augereau, para recorrer el de la derecha,

tenia que atravesar el Alpon por el puente de Arcole. Encontró algunos batallones croatos, que se hallaban alli para vigilar el pais, y guarnecian el rio, con sus cañones apostados contra el puente. Recibieron con un vivo fuego la vanguardia de Augereau, tanto que la obligaron á retirarse. Acudió Augereau y llevó adelante sus tropas; pero de nuevo se vieron precisadas á detenerse por el fuego del puente y de la orilla opuesta. Tuvo, pues, necesidad de ceder á este obstáculo y hacer alto.

Entretanto Alvinzy, que observaba atentamente á Verona, y creia hallarse aun en ella el ejército francés, se sorprendió al oir un fuego bastante vivo en medio de los pantanos. Ni siquiera sospechaba que el general Bonaparte hubiese ido á elegir semejante terreno, antes bien creia que fuese un destacamento de tropas ligeras, pero en breve volvió su caballería á informarle que el fuego daba cuidado, pues se oia por todas partes. Sin averiguar aun cosa cierta, envia dos divisiones; una que á las órdenes de Provera sigue por el dique de la izquierda, y la otra á las de Mitrousky, el de la derecha, adelantándose hácia Arcole. Viendo Massena acercarse á los austriacos, les deja avanzar por aquel estrecho dique, y cuando los contempla bastante empeñados, les acomete á paso de ataque, les rechaza, y precipitándoles en los pantanos, unos perecen antes, y otros se ahogan en gran número. Llega á Arcole la division Mitrousky, desemboca en el puente y sigue por el dique como la de Provera. Cae sobre ella Augereau, la derrota y sepulta parte de ella en los pantanos; y persiguiéndola incesantemente trata de pasar el puente tras ella; pero este se hallaba mejor defendido que por la

mañana, pues impedia acercarse á él una fuerte artillería, y todo el resto de las fuerzas austriacas se hallaba en la orilla del Alpon, disparando hácia el dique, y cruzándole de parte á parte. Augereau coge una bandera y la coloca en el puente; síguenle sus soldados, pero les obliga á retroceder un espantoso fuego del cual quedan heridos los generales Lannes, Verne, Bon y Verdier. Retírase la columna, y los soldados bajan costeando el dique para guarecerse del fuego.

Bonaparte desde Ronco estaba viendo moverse á todo el ejército enemigo, que sabedor del peligro se apresuraba á dejar á Caldiero, para no verse cortado por retaguardia en Villa-Nova. No sin dolor contemplaba la ocasion que perdia, bien es verdad que habia enviado á Guyeux con una brigada para intentar el paso del Alpon, mas acá de Arcole, pero necesitaba algunas horas para lograr este intento, y sin embargo, era de suma importancia atravesar cuanto antes el Arcole, para llegar con tiempo á la retaguardia de Alvinzy, y obtener un completo triunfo: del cual pendia la suerte de Italia. No titubea un momento: se lanza al galope; llega junto al puente, baja del caballo, y acercándose á los soldados que se habian resguardado con el borde del dique, les pregunta si son ellos todavía los vencedores de Lodi, les alienta con sus palabras, y cogiendo una bandera esclama:—Seguid á vuestro general! Al oirle suben al camino y le siguen algunos soldados: pero por desgracia no se comunica el movimiento á toda la columna, pues lo restante de ella permanece detras del dique. Adelántase entonces Bonaparte con la bandera en la mano y en medio de una nube de balas y metralla:

rodéanle todos sus generales, y Lannes, herido ya de dos balazos en aquella accion sufre todavia otro. El jóven Muiron, edecan del general, quiere protegerle con su cuerpo, y cae difunto á sus pies. La columna está próxima á atravesar el puente, cuando una nueva descarga la detiene y obliga á retroceder. La retaguardia abandona entonces á la cabeza, y los soldados que se hallaban junto al general le cogen, le llevan por entre el fuego y el humo, y tratan de hacerle subir á caballo. Una columa austriaca que sale contra ellos les rechaza desordenados á los pantanos, donde cáe precipitado Bonaparte, sumido hasta la mitad del cuerpo. Los soldados que le ven en tal conflicto: Adelante! gritan, salvemos al general! Acuden con Belliard y Vignolles para salvarle, le sacan de entre el lodo, le colocan á caballo, y regresa á Ronco.

En aquel mismo momento habia conseguido Guyens pasar mas acá de Arcole, y apoderarse del pueblo por la otra orilla! pero ya era tarde. Alvinzy habia puesto en salvo sus parques y bagajes, y estaba formado en la llanura en disposicion de hacer frente á los planes de Bonaparte. Inútiles habian sido tanto heroismo y genio. Bonaparte hubiera podido salvar el impedimento de Arcole, situando su puente en el Adige, un poco mas arriba de Ronco, es decir, en Albaredo, y no en el punto donde se une al Alpon con el Adige. Pero entonces salia á una llanura, que era lo que debia evitar, ademas de que no estaba en disposicion de acudir por el dique izquierdo en auxilio de Verona. (1)

* Hago mérito aqui de un crítica mas de una vez dirigida á Bonaparte sobre esta famosa batalla, y de la respuesta que él mismo ha dado en sus memorias.

Razon tenia, pues, en hacer lo que habia hecho, pues aunque el triunfo no fué completo, se habian conseguido importantes resultados. Alvinzy habia abandonado su temible posicion de Caldiero, y vuéltose á la llanura, no amenazaba ya á Verona, y habia perdido mucha gente en los pantanos. El único campo de batalla que mediaba entre ambos ejércitos, eran ya los dos diques, lo cual daba gran ventaja al valor, al paso que la quitaba al número. Finalmente, los soldados franceses alentados por la lucha, habian recobrado toda su confianza.

Como Bonaparte tenia que pensar en tantos peligros á un tiempo, debia ocuparse de su izquierda que quedaba en la Corona y en Rivoli; y como de un momento á otro podia verse destrozada, trataba de disponerse para acudir á su socorro. Pensó, pues, que seria bien replegarse de Gombione y Arcole, repasar el Adige por Ronco, y acampar en el lado opuesto del rio para poder socorrer á Vaubois, si se sabia su derrota por la noche. Tal fué la primera accion del 25 de brumario (15 de noviembre).

Pasó la noche sin ninguna mala noticia y se supo que Vaubois seguia todavia firme en Rivoli, de suerte que aun cubrian á Bonaparte por aquel lado las hazañas de Castiglione, las cuales habian hecho tal impresion en Davidovich, que mandaba un cuerpo en aquella accion, que no se atrevia á dar un paso hasta tener noticias ciertas de Alvinzy; de suerte que el prestigio del genio de Bonaparte alcanzaba hasta donde él no estaba presente. Llega el dia 26 (16 de noviembre), y se encuentran en ambos diques. Los franceses acometen á la bayoneta, desordenan á los austriacos y precipitan gran

número de ellos á los pantanos, haciéndoles muchos prisioneros, y tomándoles banderas y cañones. Bonaparte manda tirotear á la orilla del Alpon, pero no hace un esfuerzo decisivo para pasarle. Al entrar la noche replega otra vez sus columnas retirándolas de los diques, y las lleva al otro lado del Adige, satisfecho con haber acosado al enemigo todo el dia, y esperando nuevas mas ciertas de Vaubois. Lo mismo se pasa la segunda noche, y las noticias de Vaubois son lisongeras; de suerte que puede dedicarse aun otro dia á sostener un choque decisivo contra Alvinzy. Alumbra el sol por tercera vez aquel horroroso teatro sembrado de cadáveres. Era el 27 (17 de noviembre de 1796) y calculando Bonaparte que entre muertos, heridos, ahogados y prisioneros debe haber perdido el enemigo cerca de una tercera parte de su ejército, le contempla cansado y sin aliento, al paso que vé llenos de entusiasmo á sus soldados, por lo cual se decide á salir de los diques y presentar batalla en la llanura al otro lado del Alpon. Los franceses al salir de Ronco, se encuentran como los dias anteriores con los austriacos en los diques; Massena ocupa el izquierdo, y el derecho el general Robert encargado de atacar, mientras Augereau va á pasar el Alpon junto á su desagüe en el Adige. Massena halla al principio una tenaz resistencia, pero marcha al frente de sus soldados con el sombrero en la punta de la espada, y matan, ahogan, ó hacen prisioneros gran número de enemigos, como en los dias anteriores. El general Robert se adelanta por el dique de la derecha, al principio con ventaja, pero queda muerto, y su columna rechazada casi hasta el puente de Ronco.

Viendo Bonaparte aquel peligro, coloca la brigada treinta y dos en un bosque de sauces junto al dique; y mientras la columna enemiga, vencedora de Robert, se adelanta, la brigada treinta y dos sale repentinamente de su emboscada, la asalta por el costado y la rechaza en el mas terrible desorden. De los tres mil croatos que eran, quedaron la mayor parte muertos ó prisioneros. Desembarazados asi los diques, resuelve Bonaparte atravesar el Alpon, que ya habia pasado Augereau por el estremo derecho. Envió á Massena desde el dique de la izquierda al de la derecha sobre Arcole ya evacuado, colocando asi todo su ejército en la llanura en frente del de Alvinzy; y antes de mandar atacar, trata de atemorizar á los enemigos por medio de una estratagema. El ala izquierda de estos se hallaba en un pantano lleno de cañaverales: manda al comandante del batallon Hércules que con veinte y cinco de sus guias se meta por entre las cañas, y acometa súbitamente con gran estrépito de trompetas. Prepáranse á ejecutar la órden los veinte y cinco valientes, y dando Bonaparte la señal á Massena y Augereau, atacan estos denodadamente á los austriacos, que oponen bastante resistencia; mas al oir de improviso el ruido de las trompetas, creen verse amenazados por toda una division de caballería y desalojan el terreno. Al mismo tiempo ven á lo lejos la guarnicion de Legnano que habia hecho salir Bonaparte para tomarles la retaguardia, y crece su incertidumbre. Retíranse por fin, y despues de setenta y dos horas de horrible combate, desanimados, y espirando de cansancio, ceden el triunfo al heroismo de algunos miles de valientes y al genio de un gran capitan.

Rendidos de fatiga ambos ejércitos pasaron la noche en la llanura y desde el amanecer del dia siguiente mandó Bonaparte seguir el alcance de Vicenza, y al llegar á la altura del camino que conduce desde el Brenta á Verona, pasando por Villa-Nova, encargó á su caballería la persecucion del enemigo, y trató de volver á Verona por el camino de Villa-Nova y Caldiero para acudir en auxilio de Vaubois. Bonaparte supo en el camino que este se habia visto precisado á abandonar la Corona y Rívoli y retirarse á Castel-Novo. Aceleró el paso y llegó aquella misma tarde á Verona, pasando por el campo de batalla que habia ocupado Alvinzy. Entró en la ciudad por la parte opuesta á la de su salida, y cuando los veroneses vieron aquel puñado de hombres que habian salido como fugitivos por la puerta de Milan volver triunfantes por la de Venecia, quedaron llenos de asombro. Amigos y enemigos no pudieron reprimir su admiracion hácia un general y unos soldados que con tanta gloria habian superado los destinos de la guerra, desde cuyo instante nadie pudo temer ni esperar que saliesen de Italia los franceses. Bonaparte mandó salir inmediatamente á Massena hácia Castel-Novo, y á Augereau hácia Dolce por la orilla izquierda del Adige. Embestido Davidovich por todos lados, fué rechazado prontamente al Tirol con pérdida de muchos prisioneros, contentándose Bonaparte con recobrar las posiciones de la Corona y Rívoli, sin querer subir hasta el Trento y apoderarse del Tirol. El ejército frances estaba muy menguado con los últimos encuentros, y el austriaco habia perdido cinco mil prisioneros, ocho ó diez mil muertos y heridos, y aun contaba con mas de cuarenta

mil hombres, inclusa la division de Davidovich. Retiráronse al Tirol y al Brenta para rehacerse, aunque no habia padecido tanto como los ejércitos de Wurmser y Beaulieu, pues los franceses estenuados no habian podido destruirle, sino rechazarle. Era pues preciso renunciar á perseguirle, mientras no llegasen los prometidos refuerzos; de modo que Bonaparte se contentó con ocupar el Adige desde Dolce al mar.

Aquella nueva victoría causó la mayor alegría asi en Italia como en Francia, admirándose todos de aquel genio tan tenaz que con catorce ó quince mil hombres no habia querido dejar el puesto à cuarenta mil, y de aquella sublime inteligencia que habia sabido descubrir en los diques de Ronco un nuevo campo de batalla, donde desaparecia la superioridad del número y amenazaba á los flancos del enemigo. Celebrábase sobre todo el heroismo desplegado en el puente de Arcole, y por todas partes pintaban al jóven general con una bandera en la mano, envuelto en una nube de fuego y humo. Los dos consejos segun costumbre, declararon otra vez benemérito de la patria al ejército de Italia, y decidieron que las banderas tomadas por Bonaparte y Augereau en el puente de Arcole, se les regalasen para honra de sus familias, cuya grande y noble recompensa, era digna de una edad heróica, ¡y harto mas gloriosa que la diadema cedida mas adelante por la debilidad al génio superior omnipotente!

CAPÍTULO VI.

Clarke en el cuartel general del ejército de Italia.—Rompimiento de las negociaciones con el gabinete inglés. Salida de Malmesbury.—Espedicion de Irlanda.—Trabajos administrativos del Directorio durante el invierno del año V. Estado de la hacienda. Ingresos y gastos. Capitulacion de Kehl.—Ultima tentativa del Austria contra la Italia. Victorias de Rivoli y de la Favorita; toma de Mántua.—Fin de la memorable campaña de 1796.

Acababa de llegar al ejército de Italia el general Clarke, desde donde debia marchar á Viena, aunque ya su comision habia perdido el principal objeto, porque la batalla de Arcole inutilizaba el armisticio. Bonaparte, á quien llevaba órden de consultar dicho general, desaprobaba enteramente el armisticio y sus condiciones, fundándose en escelentes razones. El armisticio no podia tener mas objeto que salvar el fuerte de Kehl en el Rin, sitiado con mucho empeño por el archiduque Cárlos, tanto que por tan accesorio fin sacrificaba á Mántua. Kehl solo ofrecia una cabeza de puente que no era indispensable para pasar á Alemania; mas con la toma de Mántua se lograba por el contrario la conquista definitiva de Italia, y en cambio permitia exijir á Maguncia y toda la línea del Rin. El armisticio comprometia evidentemente esta conquista, porque Mántua atestada de enfermos y reducida á media racion, no podia tardar mas de un

mes en abrir sus puertas. Los víveres que en ella se entrasen servirian para que la guarnicion recobrase su salud y fuerzas. No podia fijarse exactamente la cantidad; mas si Wurmser los economizaba, lograria tener provisiones para volver á hacer resistencia en el caso de renovarse las hostilidades. La série de acciones dadas para proteger el bloqueo de Mántua seria inútil, y habria que volver á ellas y hacer nuevos gastos. Aun habia mas. El papa no podia menos de quedar comprometido por el Austria en el armisticio, en cuyo caso se perdia la ocasion de corregirle y exigirle veinte ó treinta millones que necesitaba el ejército y servirian para una nueva campaña. Finalmente, Bonaparte, penetrando en el porvenir, aconsejaba que en vez de suspender las hostilidades, se continuasen por el contrario con ahinco, pero llevando la guerra á su verdadero teatro, y enviando á Italia un refuerzo de treinta mil hombres. Conseguido esto, él prometia marchar contra Viena y lograr en el término de dos meses la paz, la línea del Rin y una república en Italia. Esta combinacion ponia indudablemente en sus manos todas las operaciones militares y políticas de la guerra; pero fuese interesada ó no, era exacta y profunda, y el tiempo corroboró su acierto.

Sin embargo, por no desobedecer al Directorio, se escribió á los generales austriacos del Rin y del Adige proponiéndoles el armisticio y pidiendo pasaporte para Clarke. El archiduque Cárlos contestó á Moreau que no podia oir proposiciones de armisticio, pues sus facultades no llegaban á tanto, siendo por lo mismo preciso someterlo al consejo áulico. Lo mismo respondió Alvinzy, y despachó

un correo á Viena. El ministerio austriaco, amigo en secreto de la Inglaterra, no estaba muy dispuesto á oir las proposiciones de la Francia. Habíale informado el gabinete de Lóndres de la mision de lord Malmesbury, y esforzádose en convencerle de que el emperador lograria mayores ventajas de tomar parte en la negociacion entablada en Paris, que de conquistas separadas, pues se sacrificaban las de Inglaterra en ambas Indias para proporcionarle la restitucion de los Paises Bajos. Ademas de las insinuaciones de la Inglaterra, militaban otras razones en el gabinete de Viena para que no accediese á las proposiciones del Directorio. Lisongeábase de que en breve caeria en su poder el fuerte de Kehl; de que los franceses que guarnecian entonces el Rin no podrian pasarle, y de que se podrian sacar nuevas fuerzas sin riesgo alguno para encaminarlas al Adige. Estas fuerzas agregadas á las nuevas quintas que con asombrosa prontitud se hacian en todo el Austria, animaban á dar otro golpe mas á la Italia, con lo que el terrible ejército que tantos batallones austriacos habia destruido, sucumbiria tal vez á tan continuos choques.

Bien se vé que no se desmentia en esto la constancia alemana, y que á pesar de tantos reveses, no renunciaba aun á la hermosa Italia. Decidióse por consiguiente negar á Clarke la entrada en Viena, pues ademas temian la presencia de un espía en medio de la capital del imperio, y no se querian negociaciones directas. En cuanto al armisticio, bien se hubiese querido admitirlo en el Adige, mas no en el Rin; y asi se respondió á Clarke que si queria pasar á Vicenza, encontraria

allí al baron de Vincent, con quien podria conferenciar. Verificóse en efecto la reunion en ese punto. El ministro austriaco pretendió que el emperador no podia recibir á un enviado de la república, porque esto era reconocerla; y respecto al armisticio declaró que solo era admisible en Italia; proposicion ridícula que no se concibe cómo pudo hacerla el ministerio austriaco, puesto que salvaba á Mántua, y no á Kehl, debiendo suponerse muy necios á los franceses para que aceptasen semejante trato: sin embargo el ministerio austriaco que queria en todo caso proporcionarse una negociacion separada, declaró por medio de su enviado que si el encargado francés tenia que hacer alguna proposicion con respecto á la paz, no tenia mas que pasar á Turin, y comunicarlas al embajador austriaco en el Piamonte. Merced á las sugestiones de la Inglaterra y á las descabelladas esperanzas de la córte de Viena, quedó asi frustrado el arriesgado proyecto de armisticio. Pasó Clarke á Turin para valerse de todos modos de la mediacion que se le ofrecia para con la córte de Cerdeña. Llevaba ademas otra comision: la de observar al general Bonaparte. Tan estraordinario habia parecido el genio de este jóven, y tan absoluto y enérgico su carácter, que se le tildó de ambicioso sin un motivo fundado. Habia tratado de conducir la guerra á su gusto, y presentado su dimision apenas le dictaron un plan que no era suyo; habia obrado como soberano en Italia, concediendo á los príncipes la paz ó la guerra, so pretesto de los armisticios; se habia quejado con altivez de no haber entablado por sí las negociaciones con el papa, exigiendo que se le confiase

este cuidado; trataba con mucha aspereza álos comisionados Garau y Salicetti cuando proponian resoluciones que le disgustaban, obligándoles á dejar el cuartel general, y por último, remitia fondos á los varios ejércitos sin que el gobierno le autorizase al efecto, y sin el indispensable conducto de la tesorería. Todo esto revelaba un hombre que queria hacer por sí lo que únicamente él juzgaba que podia efectuar; lo cual no era aun mas que impaciencia del genio que no quiere verse entorpecido en sus obras; pero en esta impaciencia es donde se descubre ya el alvedrío de un déspota. Al verle sublevar la alta Italia contra sus antiguos dueños, y crear ó destruir estados, se decia que trataba de erigirse en duque de Milan. Presagiábase su ambicion, y él mismo se hacia los cargos, porque se quejaba de que le acusaban, y despues se justificaba á sí propio sin que hubiese dado márgen á ello ni una sola palabra del Directorio.

Tenia, pues, Clarke ademas del encargo de negociar el de observar á Bonaparte, el cual tuvo aviso de ello y procediendo con la altivez y astucia que le eran comunes, le dió á entender que sabia el objeto de su comision, subyugándole al punto con su ascendiente y gracia, que siendo, segun se dice, tan poderosa como su genio, hizo de él el mayor amigo. Clarke tenia talento y sobrada vanidad para ser un espía sagaz, por lo tanto permaneció en Italia, unas veces en Turin y otras en el cuartel general, siendo muy pronto mas afecto á Bonaparte que al Directorio.

En Paris procuraba el gabinete inglés diferir las negociaciones cuanto podia; pero al fin el francés obligó á lord Malmesbury á que se esplicase

pronta y terminantemente. Este ministro, segun ya hemos visto, propuso al principio una negociacion general sobre compensacion de conquistas; y el Directorio por su parte habia exigido poderes de todos los aliados, y una esplicacion mas clara del principio de las compensaciones. Diez y nueve dias tardó en contestar el ministro inglés, al cabo de los cuales respondió que habia pedido los poderes; pero que antes de obtenerlos debia el gobierno francés admitir positivamente el principio de las compensaciones. Pidió inmediatamente el Directorio la esplicacion de los objetos en que las mismas se apoyaban, y aqui es donde dejamos la negociacion. Lord Malmesbury escribió de nuevo á Lóndres, y pasados doce dias, el 6 de frimario, (26 de noviembre), respondió que su córte nada tenia que añadir á lo que habia dicho, ni podia dar mas esplicaciones, mientras el gobierno francés no admitiese formalmente la base propuesta. Esto era una sutileza; porque al pedir esplicacion de los objetos que debian compensarse, la Francia admitia evidentemente el principio de las compensaciones. Escribir á Lóndres, y emplear otros doce dias para semejante sutileza, era mofarse del Directorio. Respondió, como siempre al dia siguiente con una nota de cuatro líneas, diciendo que su anterior llevaba necesariamente la admision del principio de las compensaciones, aunque por lo demas le admitia formalmente y pedia que desde luego se le designasen los objetos á que debia aplicarse este principio. El Directorio se informó ademas de si lord Malmesbury tenia que escribir á Lóndres á cada cuestion que se suscitase, á lo cual respondió confusamente que se veria

precisado á hacerlo siempre que las cuestiones exigiesen nuevas instrucciones. Escribió de nuevo y tardó veinte dias en responder, siendo ya evidente que iba á salirse del pantano, y tratar por fin de la delicada cuestion de los Paises Bajos. Esplicarse sobre este particular era poner término á las negociaciones, y asi es que el gabinete inglés retardó cuanto pudo que llegase este caso. Al fin el 28 de frimario (18 de diciembre) tuvo lord Malmesbury una entrevista con el ministro Delacroix, y le entregó una nota en que manifestaba el gabinete inglés sus pretensiones. Queria que la Francia restituyese á las potencias continentales cuanto habia conquistado; que devolviese al Austria la Bélgica y el Luxemburgo, y los estados alemanes de la orilla izquierda al Imperio; que evacuase toda la Italia dejándola en el *statu quo ante belum*; que restituyese á la Holanda ciertos territorios, tales, por ejemplo, como la Flandes marítima para constituirla independiente; y finalmente que se hiciesen varias alteraciones en su actual constitucion. El gabinete inglés no prometia devolver las colonias holandesas mientras no se restableciese el Stathouderato, y aun entonces tampoco lo efectuaria con todas, pues debia guardar algunas por indemnizacion de guerra, y una de ellas el Cabo. Por todos estos sacrificios ofrecia dar dos ó tres islas de que la guerra nos habia privado en las Antillas, la Martinica, Santa Lucía y Tabago, con la condicion de que no poseeriamos totalmente á Santo Domingo. De modo que tras una guerra inicua en que tenia de su parte toda la justicia, en que habia gastado enormes sumas, y obtenido al fin la victoria, la Francia no hubiera ganado

una sola provincia, mientras las potencias del Norte acababan de repartirse un reino, y la Inglaterra de conseguir en la India riquísimas posesiones. La Francia, que ocupaba aun la línea del Rin y era señora de Italia, habia de evacuar ambas á una mera intimacion de la Inglaterra! Semejantes condiciones eran absurdas é inadmisibles; solo el proponerlas era una ofensa, y por lo tanto no debian escucharse. El ministro Delacroix las escuchó sin embargo con una finura que admiró al ministro inglés, y le dió esperanzas de que la negociacion se llevaria adelante.

Delacroix dió una razon infundada, cual fué la de que los Paises Bajos estaban declarados como territorio nacional por la constitucion; y el ministro inglés le respondió con otra que no tenia mas fuerza: á saber; que el tratado de Utrecht los concedia al Austria. La constitucion podia tener fuerza para la nacion francesa, pero ni importaba ni era de ningun valor á las naciones estrangeras. El tratado de Utrecht era como todos los tratados del mundo, un convenio de la fuerza, que la fuerza podia alterar. La única razon que el ministro francés debió dar, era que la reunion de los Paises Bajos á la Francia era justa, fundada en naturaleza y política, y legitimida por la victoria. Despues de una larga discusion acerca de los puntos accesorios de la negociacion, se separaron ambos ministros: Delacroix fué á dar parte al Directorio, que irritado con razon, resolvió responder al ministro inglés como merecia. La nota del ministro inglés no estaba firmada, sino contenida en una carta, y por esto exigió el Directorio en aquel mismo dia que se la presentase con las debidas formalidades, exigiendo el *ultimatum*

en el término de veinte y cuatro horas. Aturdido lord Malmesbury respondió que la nota tenia la autenticidad suficiente, puesto que estaba incluida en una carta firmada, y que respecto al *ultimatum*, no se acostumbraba exigirle tan de pronto. Al dia siguiente 29 de frimario (19 de diciembre), le envió á decir el Directorio que jamás prestaria oidos á ninguna proposicion contraria á las leyes y tratados que ligaban á la república; y añadió que necesitando lord Malmesbury acudir á cada momento á su gobierno, y no teniendo en aquella negociacion sino un carácter meramente pasivo, era inútil su presencia en Paris, y que por consiguiente él y su comitiva saliesen en el término de cuarenta y ocho horas, pudiendo entenderse por medio de correos, si el gobierno inglés adoptaba las bases propuestas por la república francesa.

De esta manera terminó aquella negociacion, en que el Directorio, lejos de faltar á las correspondientes formalidades, como se ha pretendido, dió un verdadero ejemplo de franqueza en sus relaciones con las potencias enemigas. Ninguna costumbre llegó á infringirse. Las comunicaciones de las potencias tienen como todas las relaciones de los hombres el carácter del tiempo, de la situacion y de los individuos que gobiernan. Un gobierno fuerte y victorioso no habla como otro débil y vencido, y una república cimentada en la justicia y los triunfos, debia esplicarse pronta, terminante y públicamente.

Durante aquel intérvalo se estaba efectuando el gran proyecto de Hoche sobre la Irlanda. En ella tenia sus temores la Inglaterra, porque era en efecto quien podia ponerla en estremado ries-

go. A pesar de los rumores, diestramente esparcidos, de una espedicion á Portugal ó á América, la Inglaterra habia comprendido bien el objeto de los preparativos que en Brest se hacian. Pitt levantó milicias, armó los pueblos de las costas, y dió órden para que si los franceses desembarcaban, quedase evacuado todo lo del interior.

La misma situacion en que se hallaba la Irlanda, á donde se destinaba la espedicion era muy propia para inspirar graves recelos. Los partidarios de la reforma parlamentaria y los católicos presentaban en esta isla suficiente número para efectuar un levantamiento. De buena gana hubieran adoptado un gobierno republicano bajo la garantía de la Francia, y enviaron agentes secretos á Paris para entenderse con el Directorio. Todo, pues, pronosticaba el conflicto en que pudiera poner una espedicion á la Inglaterra, reduciéndola a aceptar una paz muy diferente de la que acababa de ofrecer. Hoche, que habia consumido en la Vendée los dos años mas preciosos de su vida, y que veia ocupados por Bonaparte, Moreau y Jourdan los mejores teatros de la guerra, anhelaba procurarse otro en Irlanda. La Inglaterra era enemiga no menos grande que el Austria, siendo tambien glorioso combatirla y vencerla. En Italia se creaba una nueva república, que iba á ser el plantel de la libertad; y Hoche creia acertado y posible erigir otro semejante en Irlanda al lado de la aristocracia inglesa. Habia adquirido estrecha amistad con el almirante Truguet, ministro de marina, y hombre de muchas luces. Prometíanse ambos poner en brillante estado la marina, y emprender grandes cosas, porque entonces ninguna imaginacion para-

ba ; todos ideaban admirables empresas para la gloria y felicidad de su patria. La alianza ofensiva y defensiva concluida con la España en San Ildefonso, ofrecia inmensos recursos, y daba campo á grandiosos proyectos. Reuniendo la escuadra de Tolon con la española, y concentrándolas en el canal de la Mancha con las que tenia la Francia en el Occéano, podian formarse fuerzas formidables, é intentar la libertad de los mares en una batalla decisiva; al menos podia prenderse el incendio en Irlanda, é interrumpir los triunfos de la Inglaterra en la India. El almirante Truguet, que conocia la importancia de acudir presto á la India, queria que sin esperar la reunion de las escuadras francesa y española en la Mancha, la escuadra de Brest se hiciese al momento á la vela, desembarcase el ejército de Hoche en Irlanda, dejase algunos miles de hombres á bordo, se dirigiera despues á la isla de Francia, y tomando los batallones de negros que allí se organizaban, se trasportase estos auxilios á la India para sostener á Tippo Saeb. Tenia el inconveniente esta grande espedicion de no llevar á Irlanda mas que una parte del ejército espedicionario, dejándola espuesta á muchos riesgos, esperando la reunion, muy eventual, de la escuadra del almirante Villeneuve, que debia salir de Tolon, de la española, qne se hallaba diseminada por los puertos de España, y de la escuadra de Richery, que volvia de América. Frustróse esta espedicion, y se esperó la llegada de América de Richery, haciéndose, á pesar del mal estado de la hacienda, estraordinarios esfuerzos para llevar á cabo el armamento de la escuadra de Brest. En el mes de frimario (diciembre) se halló en estado de darse á

la vela, y constaba de quince navíos de línea, veinte fragatas, seis gabarras y cincuenta buques de trasporte, pudiendo llevar veinte y dos mil hombres. No pudiendo Hoche avenirse con el almirante Villaret-Joyeuse, se sustituyó á este con Morard-de-Galles. La espedicion debia desembarcar en la bahía de Bantry, y á cada capitan de navío se fijó en un pliego cerrado la direccion que debia seguir, y el punto dónde habia de fondear en caso de contratiempo.

Dióse la espedicion á la vela el 26 de frimario (16 de diciembre). Hoche y Morard-de-Galles iban en una fragata; y gracias á la espesa niebla, se libró la escuadra francesa de los cruceros ingleses atravesando el mar sin ser vista; pero la dispersó en la noche del 26 al 27 una tempestad horrorosa que sumergió un navío. Sin embargo, el contralmirante Bouvet trabajó cuanto pudo para reunir la escuadra, lo cual no pudo lograr hasta pasados dos dias que lo verificó con toda menos un navío y tres fragatas. Una de estas era por desgracia la que llevaba á Hoche y Morard-de-Galles. La escuadra navegó hácia el cabo de Clear maniobrando por espacio de algunos dias para esperar á los dos gefes; hasta que al fin entró en la bahía de Bantry el 5 de nivoso (24 de diciembre). Decidió el desembarco un consejo de guerra, mas no pudo efectuarse por causa del temporal, y la escuadra se alejó otra vez de las costas de Irlanda. Vencido por tantos obstáculos el contralmirante Bouvet, temiendo verse sin víveres y separado de sus gefes, creyó deber regresar á las costas de Francia. Cuando por fin llegaron Hoche y Morard de Galles á la bahía de Bantry, y supieron la vuelta de

la escuadra francesa, hubieron de seguir su rumbo por entre inauditos peligros. Azotados por las olas y perseguidos por los ingleses, llegaron á las costas de Francia por una especie de milagro. El navío *Los derechos del Hombre*, mandado por el capitan La Crosse, se vió separado de la escuadra é hizo prodigios: embestido por dos navíos ingleses, destruyó á uno y se libró del otro, pero todo desarbolado y abierto, cedió á la violencia del mar. Sumergióse parte de su tripulacion, y el resto pudo salvarse á duras penas.

Asi terminó aquella espedicion que alarmó á la Inglaterra y descubrió el punto por donde flaqueaba. No renunció el Directorio á intentar mas tarde el proyecto, y por entonces fijó todas sus miras hácia el lado del continente para obligar á ceder al Austria. Las tropas de la espedicion sufrieron muy poco y desembarcaron. Dejóse en las costas suficiente fuerza para guardar el pais, dirigiendo al Rin la mayor parte del ejército que llevaba el título de ejército del Occéano. Por lo demas, las dos Vendées y la Bretaña, se hallaban totalmente pacificadas por los cuidados y contínua presencia de Hoche, á quien se preparaba un cargo distinguido para recompensarle sus ímprobos y penosos afanes. La dimision de Jourdan, á quien habia disgustado el mal resultado de la campaña, y á quien Beurnonville habia interinamente reemplazado, permitia ofrecer á Hoche, una indemnizacion á que de tiempo atrás le hacian acreedor su patriotismo y sus talentos.

Estaba ya muy adelantado el invierno, pues nos hallábamos en el mes de nivoso, (enero de 1797), y no se habia interrumpido aquella memo-

rable campaña. El archiduque Cárlos sitiaba á Kehl y la cabeza del puente de Huninga en el Rin, y Alvinzy se preparaba en el Adige á hacer otro esfuerzo por último contra Bonaparte. El interior de la república ofrecia bastante calma. Todos los partidos tenian su contemplacion fija en los diversos teatros de la guerra. La consideracion y fuerza del gobierno aumentaba ó disminuia segun las vicisitudes de la campaña. La última victoria de Arcole dió notable esplendor y reparó el mal efecto que produjera la retirada de los ejércitos del Rin; mas sin embargo aquel esfuerzo de un valor desesperado no tranquilizaba del todo respecto á la posesion de Italia. Sabíase que Alvinzy se reforzaba, y que el Papa hacia armamentos, en lo cual se apoyaban los malévolos para decir que el ejército de Italia se hallaba consumido, y que su general, fatigado de las penalidades de una campaña sin ejemplo, y debilitado por una enfermedad estraordinaria, no podia sostenerse á caballo. Mántua aun no se habia tomado, y debian preveerse malos resultados en aquel mes de nivoso.

Continuaban los periódicos de ambos partidos abusando de la libertad de la imprenta, y desencadenándose contra el gobierno. Los que pertenecian á la contra-revolucion que veian acercarse la primavera, época de las elecciones, trataban de estraviar la opinion y predisponerla en favor suyo. Desde los desastres de los realistas de la Vendée, era evidente que su último recurso estribaba en servirse de la libertad misma para destruirla, y en apoderarse de la república por medio de las elecciones. Viendo su audacia el Directorio, vivia con aquella impaciencia de que ni aun el mas ilustra-

do poder puede eximirse. Aunque tan acostumbrado á la libertad, se atemorizaba por el lenguage adoptado en ciertos periódicos ; no estaba aun convencido de que es preciso dejar que se diga todo; de que no debe temerse la mentira por mas publicidad que adquiera, pues se desacredita con suma violencia, y de que un gobierno solo perece por la verdad, y especialmente por la verdad oprimida. Pidió á los dos consejos leyes sobre los abusos de la imprenta, y entonces se alzó la voz diciendo, que como se aproximaban las elecciones, se queria coartar la libertad, y por lo tanto se negaron las leyes pedidas. Solo dos disposiciones se adoptaron: una respecto á la represion de la calumnia privada, y otra con relacion á los vendedores de periódicos, que en vez de pregonar por las calles sus títulos, los anunciaban con palabras sueltas y á veces indecorosas. Asi por ejemplo se iba vendiendo un periódido con estas palabras: *Volvednos nuestras pesetas, y váyanse vds. al cuerno, sino podeis hacer la felicidad del pueblo.* Para evitar, pues, este escándalo, se decidió que no pudiesen publicarse los periódicos y papeles, sino con un simple título. Bien hubiera querido el Directorio establecer un periódico oficial del gobierno, y aunque accedieron á ello los Quinientos, se opusieron los Ancianos. Despues de una solemne discusion, quedó aprobada la ley de 3 de brumario ventilada por segunda vez en vendimiario, y que era el pretesto del ridículo ataque de los patriotas en el campamento de Grenelle. En cierto modo era el punto de divergencia perpétua de los partidos; pero lo que principalmente queria destruir el lado derecho y anhelaban conservar los republica-

nos, era la resolucion que escluia de los cargos públicos á los parientes de los emigrados. Despues de oponerse por tercera vez, se decidió por fin conservar esta disposicion con solo una alteracion. Escluia de la amnistía general concedida á los delitos revolucionarios, los que se cometieron en el 13 de vendimiario; suceso ya muy remoto para que no debiese indultarse á los individuos que tomaron parte en él, y que por otra parte quedaban impunes de hecho: por lo tanto se estendió la amnistía á los delitos de vendimiario, como á todos los demas puramente revolucionarios.

Asi el Directorio y todos los que querian la república directorial, conservaban la mayoría en los consejos, á pesar de las declamaciones de algunos patriotas arrebatados y de algunos intrigantes vendidos á la contra-revolucion.

El estado de la hacienda ocasionaba el efecto comun que produce la miseria en las familias, pues turbaba la armonía doméstica entre el Directorio y el cuerpo legislativo. Quejábase el primero de que no siempre recibian bien sus determinaciones los consejos, y les pasó un mensage alarmante, publicándole como para hacer que recayesen en ellos las desgracias públicas, sino se apresuraban á adoptar sus proposiciones. El mensage de 25 de frimario (15 de diciembre), estaba concebido en estos términos: «Todos los ramos del servicio pú-«blico se hallan en un estado fatal. El sueldo de «las tropas está muy atrasado; los defensores de «la patria se encuentran en la mayor desnudez; su «denuedo abatido por el doloroso sentimiento de «sus necesidades, y el disgusto que de todo esto «proviene es causa de la desercion. Los hospitales

«se hallan faltos de enseres, leña y medicinas, y «los establecimientos de beneficencia exhaustos «asi mismo, despiden al indigente y al enfermo, «que solo en ellos hallaban un recurso. Los acree-«dores del estado, y los empresarios que contribu-«yen diariamente á las necesidades de los ejérci-«tos, únicamente cobran pequeñas cantidades de «las sumas que se les deben, y sus apuros re-«traen á los que podrian hacer los mismos servi-«cios con mas puntualidad ó con menos ganancia. «Los caminos están en el peor estado y las comu-«nicaciones interrumpidas. Los empleados no co-«bran sus sueldos, viéndose por todos los ángulos «de la república á los magistrados y administra-«dores reducidos á la cruel alternativa de perecer «en la miseria con su familia, ó de deshonrarse «vendiéndose á la intriga. La maldad domina don-«de quiera, y hay puntos donde se organizan ase-«sinos, sin que la policía, falta de actividad y «energía, porque está desprovista de recursos, «pueda atajar estos males.»

Mucho se irritaron los consejos con la publicacion de aquel mensage, que parecia dirigido á descargar sobre ellos las desgracias del estado, y asi censuraron ágriamente la indiscreta conducta del Directorio; pero sin embargo, se pusieron á examinar inmediatamente sus proposiciones. El numerario abundaba en todas partes menos en las arcas del estado. La contribucion cobrable á la sazon en dinero ó el papel al valor corriente, se percibia muy poco á poco. Los bienes nacionales subastados solo se pagaban en parte, y los pagos que aun se debian, no estaban vencidos; de manera que solo se vivia de arbitrios; dando á los proveedores

esperanzas de pagos, facturas de liquidacion, especie de libranzas á largo plazo, que se recibian por un valor ínfimo, y hacian subir considerablemente los precios de los mercados. Nos hallábamos en la misma situacion de que tantas veces hemos hablado.

No dejaron de hacerse grandes mejoras en la hacienda para el año V pues se dividió el presupuesto en dos partes como ya hemos visto, que eran el gasto ordinario de cuatrocientos cincuenta millones, y el estraordinario de quinientos cincuenta. La contribucion territorial ascendia á doscientos cincuenta millones, la del lujo y la personal á cincuenta, las aduanas, papel sellado y derechos de registro á ciento cincuenta, con lo cual se pudieron llenar los cuatrocientos cincuenta millones del gasto ordinario. El segundo debia completarse con los atrasos de las contribuciones y el producto de los bienes nacionales, pudiendo exigirse ya el impuesto enteramente en metálico. Quedaban todavia algunas cédulas y asignados que se anularon inmediatamente, recibiéndose al corriente por pago de atrasos, logrando desterrar asi totalmente los desordenes del papel moneda. Cerróse definitivamente el empréstito forzoso que apenas produjo en valor efectivo cuatrocientos millones, y antes del 15 de frimario del año corriente (5 de diciembre) debian quedar pagados los atrasos de los impuestos. Para activar el cobro se echó mano de los apremios, y se ordenó la formacion de padrones para percibir inmediatamente la cuarta parte de los impuestos del año V. Solo faltaba saber qué destino se daria al valor de los bienes nacionales, no existiendo de antemano en circulacion el papel moneda. Aun debia

cobrarse la última sesta parte de los bienes subastados, y se decidió que para anticipar este último pago, se exigiese de los compradores obligaciones pagaderas en efectivo, á cumplir en la misma época en que la ley obligaba al pago, y en caso de protesta, se perdiese el derecho a los bienes. Esta medida podia dar ochenta y tantos millones de obligaciones, con que los proveedores anunciaban que se contentarian. No se tenia confianza en el estado, pero sí en los particulares, y los ochenta millones del papel personal tenian un valor á que no podia aspirar ningun otro emitido y garantizado por la república. Determinóse que los bienes que en adelante se vendieran se pagarian en esta forma: una décima parte en dinero al contado, cinco décimas tambien al contado en obligaciones contra los ministros, ó en facturas de liquidacion entregadas á los proveedores, y finalmente cuatro décimas partes en otras tantas obligaciones pagaderas anualmente.

Asi, careciendo ya de crédito público, se apelaba al de los particulares, y no pudiendo emitir ya papel moneda con hipoteca sobre los bienes, se exigia á los compradores de ellos una especie de papel que mediante su firma, tenia un valor individual, y finalmente se permitia á los proveedores cobrar sus suministros de los mismos bienes.

Con tales disposiciones era de esperar que se estableciera cierto órden, lográndose algunos ingresos. Para atender á las urgentes atenciones del ministerio de la guerra, se le adjudicaron para los meses de nivoso, pluvioso, ventoso y germinal, destinados á los preparativos de la nueva campaña, la suma de ciento veinte millones; treinta y tres de-

ducidos del gasto ordinario, y ochenta y siete del estraordinario. Los primeros se sacarian de los registros, correos, aduanas, patentes y contribucion territorial. Los ochenta y siete de la estraordinaria debian reunirse del producto de las dehesas, de los atrasos de contribuciones militares y de las obligaciones de los compradores de bienes nacionales. Estos valores eran seguros, é iban à recaudarse inmediatamente. Pagóse en dinero efectivo á los empleados, y resolvieron hacer lo mismo con los censualistas; mas no pudiendo darles dinero, les entregaron pagarés, admisibles en pago de los bienes nacionales como las obligaciones contra los ministros y las facturas de liquidacion entregadas á los proveedores.

Tales fueron las tareas administrativas del Directorio durante el invierno del año V (1796 á 1797) y los medios que dispuso para atender á la siguiente campaña. Aun no se habia terminado la actual, y todo anunciaba que sin embargo de diez meses de encarnizados combates y á pesar de los hielos y las nieves, iban á verse nuevas acciones. El archiduque Cárlos se obstinaba en apoderarse de Kehl, y Huninga; como si con esto hubiera podido impedir á los franceses que volviesen á la orilla derecha. El Directorio se complacia en entretenerle allí, porque asi no acudia á lo de Italia. Cerca de tres meses pasó delante de Kehl, donde las tropas de una y otra parte se distinguieron por su heróico denuedo, y los generales de divisiones por sus talentos prácticos. Desaix fué quien mas se inmortalizó por su valor, serenidad y acertadas disposiciones junto á aquel punto fuerte, miserablemente atrincherado. La conducta de los dos generales en

gefe no fué tan digna de elogio como la de sus segundos, pues á Moreau se le culpó de que no habia sabido aprovecharse de la fuerza de su ejército, ni acometido en la orilla izquierda al ejército sitiador, y al archiduque de que habia malgastado todos sus esfuerzos para ganar la cabeza de un puente. Moreau rindió á Kehl el 20 de nivoso, año V (9 de enero de 1797) pérdida en verdad muy corta. Nuestra tenaz resistencia probaba la solidez de la línea del Rin. Las tropas habian sufrido muy poco, y Moreau empleó el tiempo en perfeccionar su organizacion, de modo que su ejército presentaba un aspecto brillante. El del Sambre y Mosa, que estuvo al mando de Beurnonville, no se ocupó tan útilmente en los últimos meses, pero reposó de sus fatigas, y se reformó con muchos destacamentos de la Vendée, confiándose á un gefe distinguido, á Hoche, que al fin fué á dirigir una guerra digna de sus talentos. Por esto, aunque sin poseer aun á Maguncia, y aunque privado de Kehl, el Directorio podia contemplarse satisfecho en el Rin. Los austriacos por su parte, orgullosos con la toma de Kehl, dirigian todos sus esfuerzos á la cabeza del puente de Huninga, aunque todo el conato del emperador y sus ministros estaba fijo en Italia. Estraordinarios eran los trabajos de la administracion para reforzar el ejército de Alvinzy y aprestarse á la última lucha. Hicieron salir en posta á las tropas, y se dirigia hácia el Tirol toda la guarnicion de Viena. Los habitantes de la capital, llenos de afecto hácia la casa imperial, aprontaron cuatro mil voluntarios que se regimentaron bajo el nombre de *voluntarios de Viena*. La emperatriz les dió banderas bordadas por su mano, haciéndose nueva quin-

ta en Hungría, y sacando del Rin algunos miles de hombres de las mejores tropas del Imperio. Gracias á esta actividad, digna de los mayores elogios, el ejército de Alvinzy obtuvo el refuerzo de unos veinte mil hombres, con lo que ascendió á mas de sesenta mil. Las tropas se hallaban descansadas y reorganizadas, y aunque constaban de algunos reclutas, la mayor parte del ejército era gente aguerrida. El batallon de los voluntarios de Viena constaba de jóvenes no acostumbrados ciertamente á la guerra, pero de buenas familias, animados de sentimientos nobles, decididos por la causa imperial, y capaces de manifestar el mayor denuedo.

Se habian entendido los ministros austriacos con el papa, y le obligaron á resistir á las amenazas de Bonaparte, enviándole á Colli y algunos oficiales para mandar su ejército, y recomendándole que cuanto antes le dirigieran á Bolonia y Mántua. Habian prometido á Wurmser pronto socorro, y ordenádole que no se rindiese, sino que si e sencontraba apurado, saliese de Mántua con cuantas tropas y oficiales tuviese, atravesase por Boonia y Ferrara á los estados pontificios, y se reuniese al ejército papal, organizándole y acometiendo por retaguardia á Bonaparte. Este plan muy bien concebido, podia lograrse tratándose de un general tan valiente como Wurmser, que seguia defendiéndose en Mántua con suma entereza, á pesar de que su guarnicion no tenia que comer sino carne de caballo salada, y *polenta*.

Esperaba Bonaparte aquella última lucha que iba á decidir para siempre de la suerte de Italia, y se preparaba á ella. Era cierto, como afirmaban en Paris los mal intencionados que deseaban la hu-

millacion de nuestros ejércitos, que estaba enfermo de sarna mal curada que adquirió delante de Tolon, cargando un cañon con sus propias manos. Unida esta enfermedad mal conocida á las estraordinarias fatigas de aquella campaña, le debilitó notablemente, pues apenas podia sostenerse á caballo; su rostro estaba deprimido y cárdeno, y su persona parecia consumida; únicamente sus ojos vivos y penetrantes siempre, anunciaban no haberse apagado aun el fuego de su alma. Sus proporciones físicas formaban hasta con su genio y nombradía un contraste raro y chocante á unos soldados alegres y entusiastas al mismo tiempo. A pesar del abatimiento de sus fuerzas, le sostenian sus estraordinarias pasiones, comunicándole una actividad que se trasmitia á todo cuanto le rodeaba. Habia empezado lo que llamaba él *la guerra contra los ladrones*. Habian acudido á Italia de toda clase de intrigantes para introducirse en la administracion de los ejércitos, y aprovecharse de las riquezas de aquel pais delicioso; y mientras en los ejércitos del Rin no habia mas que sencillez y privaciones, el de Italia vivia con una ostentacion no menos grande que su gloria. Los soldados bien vestidos, alimentados y tratados por las hermosas italianas, pasaban una vida llena de placeres y abundancia, de cuya general opulencia participaban los oficiales y los generales, que empezaban á hacer fortuna. En cuanto á los proveedores, ostentaban un lujo escandaloso, y compraban con el producto de sus exacciones las caricias de las mas hermosas actrices de Italia. Bonaparte que abrigaba en su alma todas las pasiones, pero que entonces solo le devoraba una, la gloria, vivia sencilla y austera-

mente, no anhelando mas distraccion que la que le proporcionaba su esposa, á quien amaba con ternura, y habia traido á su cuartel general. Irritado por los desórdenes de la administracion, examinaba con severidad las menores circunstancias, registraba por sí las libretas de las compañías, hacia perseguir á los administradores infieles, y les denunciaba sin piedad ninguna Lo que principalmente les echaba en cara era su falta de valor, y el abandonar al ejército en los dias de peligro; asi que recomendaba al Directorio que eligiese hombres de una energía á prueba, y pedia se crease una sindicatura, que á manera de jurado juzgase por mero convencimiento y castigase unos delitos que no podian probarse materialmente. Perdonaba con gusto á sus soldados y generales unos placeres que no eran para ellos las delicias de Cápua; pero miraba con implacable ódio á los que se enriquecian á costa del ejército sin servirle con su persona ni con sus desvelos.

Igual esmero y actividad empleaba respecto á las potencias italianas. Cauto siempre con Venecia, cuyos armamentos veia en las lagunas y montañas del Bergamasco, retardaba dar esplicaciones hasta la rendicion de Mántua. Hizo que sus tropas ocupasen interinamente el castillo de Bergamo, en el cual habia guarnicion veneciana, y dió por razon que no le consideraba con suficientes fuerzas para resistir á una embestida de los austriacos. Púsose asi á cubierto de una alevosía, é infundió respeto á los innumerables enemigos que en Bergamo tenia. Prosiguió favoreciendo en la Lombardía y Cispadana el espíritu de liberalismo, reprimiendo al partido austriaco y papal, y poniendo á

raya al democrático, que en todos paises necesita de mucho freno. Mantúvose en amistad con el rey del Piamonte y el duque de Parma, y acudió personalmente á Bolonia para terminar una negociacion con el duque de Toscana, é imponer terror á la córte de Roma. El duque de Toscana estaba muy disgustado con la presencia de los franceses en Liorna, habiéndose suscitado acaloradas discusiones con el comercio de aquella ciudad, sobre los géneros pertenecientes á los comerciantes enemigos de la Francia. Estas contestaciones producian mucha animosidad, y por otra parte los géneros, despues de adquiridos con gran trabajo, se vendian muy mal por una compañía que acababa de estafar cinco ó seis millones al ejército. Bonaparte prefirió transijir con el gran duque, y se convino á evacuar á Liorna, mediante dos millones, en lo cual obtenia tambien la ventaja de tener disponible aquella guarnicion. Su proyecto era tomar las dos legiones formadas por la Cispadana, unirlas á la guarnicion de Liorna, añadir tres mil hombres de sus tropas, y dirigir este pequeño ejército á la Romanía y Marca de Ancona. Queria ademas apoderarse de las provincias del estado romano, embargar las propiedades del papa, echar mano de las contribuciones, cobrarse asi de la que no habia pagado, elegir rehenes entre los enemigos de la Francia, y levantar de esta suerte una barrera entre los estados de la Iglesia y Mántua. Con esto imposibilitaba el proyecto de union entre Wurmser y el ejército del papa, infundia respeto á este, y le obligaba por fin á someterse á las condiciones de la república. En su enojo contra la Santa Sede no pensaba ya en per-

domarla, y trataba de hacer nueva division de la Italia. Se hubiera devuelto la Lombardía al Austria, constituido una poderosa república con añadir á Módena, Bolonia y Ferrara, la Romania, la Marca de Ancona y el ducado de Parma, y se hubiera adjudicado Roma al duque de Parma, en lo cual habria recibido sumo contento España, quedando interesada la potencia mas católica. Habia ya empezado á ejecutar su proyecto, dirigiéndose á Bolonia con tres mil hombres, desde donde amenazaba á la Santa Sede, que ya habia establecido un pié de ejército; pero el papa, seguro á la sazon de otra espedicion austriaca, y esperando comunicarse con Wurmser por el bajo Pó, despreciaba las amenazas del general francés, y hasta manifestaba deseos de verle internarse mas en sus provincias. El Padre Santo, decian en el Vaticano, abandonará á Roma, si es menester, para refugiarse en lo último de sus estados; pero cuanto mas se adelante y aleje del Adige Bonaparte, se pondrá en mayor peligro, y mas prósperos irán los sucesos para la causa santa. Bonaparte que era no menos perspicaz que el Vaticano, no tenia intencion de dirigirse á Roma, pues solo trataba de amagarla, no perdiendo de vista el Adige, y esperando á cada momento nuevo ataque. En efecto, el 19 de nivoso (8 de enero de 1797), supo que toda su vanguardia habia empeñado un choque, y repasando el Pó inmediatamente con dos mil hombres, acudió personalmente á Verona.

Habia recibido su ejército despues de la accion de Arcole los refuerzos que esperaba antes. Sus enfermos habian salido de los hospitales con el invierno, y existian cuarenta mil hombres presen-

tes sobre las armas. Su distribucion seguia siendo la misma. Diez mil hombres próximamente bloqueaban á Mántua al mando de Serrurier, y treinta mil se hallaban de observacion en el Adige. Augereau guardaba al Legnano, Massena á Verona, y Jourbet que reemplazó á Vaubois, á Rívoli y la Corona. Rey se hallaba en Dezenzano á la orilla del lago de Garda con una division de reserva; y los cuatro ó cinco mil hombres restantes permanecian unos en los castillos de Bergamo y Milan, y otros en la Cispadana. Adelantábanse los austriacos con sesenta mil hombres, contando con veinte mil mas en Mántua, de los cuales doce mil lo menos estaban sobre las armas, de suerte que en esta accion, como en las anteriores, el número de los enemigos era duplicado. Los austriacos desfilaron por todos los caminos para atacar la doble línea del Mincio y del Adige. Cuando la batalla de Castiglione, habian descencido por las orillas del lago de Garda á los valles de la Chiesa y del Adige. Despues desembocaron por el valle del Adige y el de Brenta, atacando por Rívoli y Verona. A la sazon modificaron su plan segun los proyectos que con el papa tenian. El ataque principal debia darse por el alto del Adige con cuarenta y cinco mil hombres, conducidos por Alvinzy; y por debajo debia darse otro accesorio é independiente del primero, con unos veinte mil hombres á las órdenes de Provera, con el fin de comunicarse con Mántua, la Romanía y el ejército Pontificio.

El principal ataque era el de Alvinzy, pues tenia la fuerza nncesaria para prometerse un gran resultado por aquel punto, y debia llevarse á cabo sin tener ninguna consideracion á lo que á Prove-

ra aconteciese. Ya hemos descrito en otra parte los tres caminos que parten de las montañas del Tirol. Del que rodeaba al lago de Garda no se habia hecho caso, concluida que fué la batalla de Castiglione, mas se seguian actualmente los dos restantes. El uno, que pasaba por entre el Adige, y el lago de Garda, atravesaba las montañas que separaban el lago del rio, é iba á dar con la posicion de Rívoli; el otro seguia el rio, yendo á desembocar en la llanura de Verona, fuera de la línea francesa. Eligió Alvinzy el que pasaba por entre el rio y el lago, penetrando en la línea francesa; asi que sus intentos debian dirigirse contra Rívoli. Describiremos esta posicion eternamente famosa. La cordillera del Monte-Baldo separa el lago de Garda y el Adige, y el camino real circula por espacio de algunas leguas entre el Adige y la falda de las montañas. El Adige baña esa misma falda en Incanale, y no deja paso para seguir por su orilla. El camino se separa entonces de las márgenes del rio, se eleva por una especie de caracol al rededor de los costados de la montaña, y sale á una estensa llanura, que es la de Rívoli, dominando por una parte el Adige y hallándose en ótra rodeado por el anfiteatro del Monte-Baldo. El ejército que se apodera de esta llanura, amenaza al camino por donde se sube; y barre con su fuego las dos orillas del Adige. Esta llanura es difícil de tomarla por el frente, pues para llegar á ella es preciso trepar por una estrecha senda, y por eso nadie la asalta solo por este camino. Antes de llegar á Incanale hay otros caminos que conducen al Monte-Baldo, y que subiendo por sus despeñaderos van á dar á la llanura de Rívoli. Ni

caballería ni artillería pueden subir por ellos, pero sí fácilmente la infantería, y puede servir para sostener considerables fuerzas de esta arma en los costados y retaguardia del ejército que defiende la llanura. El plan de Alvinzy era atacar la posicion por todos los puntos á un mismo tiempo.

Verificólo el dia 12 de enero contra Joubert, que sostenia todas las posiciones avanzadas y le hizo retroceder á Rívoli. En aquel mismo dia destacaba Provera dos cuerpos de avanzada, uno contra Verona y el otro contra Legnano por Caldiero y Bevilagua. Salió Massena de Verona, donde se hallaba, destrozó la avanzada que se le presentó delante é hizo novecientos prisioneros. Bonaparte llegaba al mismo tiempo de Bolonia, y mandó que se replegára toda la division de Verona para salir al primer aviso. Supo por la noche que Joubert habia sido atacado y rechazado en Rivoli, y que Augereau habia visto delante de Legnano, considerables fuerzas, mas no podia calcular aun el punto á donde dirigia su principal fuerza el enemigo. Mantuvo dispuesta á marchar á la division de Massena y ordenó á la de Rey que se hallaba en Dezenzano, y no habia visto salir á ningun enemigo por detras del lago de Garda, que se dirigiese á Castel-Novo, punto el mas céntrico entre el alto y el bajo Adige. Al siguiente dia, 24 de nivoso (13 de enero), se sucedian atropelladamente los partes, y Bonaparte supo que atacado por considerables fuerzas, iba á verse envuelto Joubert, y que solo á la obstinacion y buena suerte de su resistencia debia aun la conservacion de la llanura del Rivoli. Augereau le decia desde el bajo Adige que se tiroteaban desde las dos orillas,

sin que ocurriese nada de importante. Bonaparte no tenia delante de sí en Verona mas que dos mil austriacos, y ya desde aquel momento adivinó el proyecto del enemigo, y comprendió que el ataque principal se dirigia contra Rívoli. Pensó que para defender el bajo Adige sobraba Augereau, y le reforzó con un cuerpo de caballería sacado de la division de Massena. Ordenó á Serrurier, que bloqueaba á Mántua, pasar con su reserva á Villafranca para colocarse en el intermedio de todos los puntos. Dejó en Verona un regimiento de infantería, otro de caballería y salió en la noche del 24 al 25 de nivoso (13 á 14 de enero) con las semibrigadas 18.ª 32 y 75 y dos escuadrones de caballería. Mandó á Rey que no se detuviese en Castel-Novo, sino que en seguida subiese á Rívoli, y adelantándose á sus divisiones, llegó él mismo á Rívoli á las dos de la mañana. El tiempo que habia estado lluvioso en los dias precedentes, se habia despejado; el cielo estaba claro, la luna resplandeciente, y el frio era bastante intenso. Al llegar Bonaparte vió alumbrado el horizonte con las hogueras del campo enemigo. Calculó que tendría cuarenta y cinco mil hombres, Joubert no tenia mas que diez mil, y era ya tiempo que llegase algun ausilio. El enemigo se habia distribuido en varias columnas. La principal, que constaba de granaderos, toda la caballería, artillería y bagajes seguia al mando de Quasdanovich, el camino real entre el rio y el Monte-Baldo, debiendo salir por la senda de Incanale. Otras tres columnas, á las órdenes de Osckay, Koblos, y Liptay, que solo constaban de infantería, habian trepado á las cumbres de las montañas, y debian llegar al campo

de batalla, bajando por las gradas del anfiteatro que el Monte-Baldo forma al rededor de Rívoli. Otra columna, á las órdenes de Lusignan, circulando por la parte del llano, debia situarse á la retaguardia del ejército francés para interceptarle el camino de Verona. Finalmente Alvinzy habia destacado otra sesta columna, que segun su posicion se hallaba enteramente fuera de la accion. marchando él fuera del Adige, y siguiendo el camino que costea la parte esterior del rio por Roberedo, Dolce y Verona. Este cuerpo, mandado por Wukassovich, no podia mas que disparar algunas balas desde la opuesta orilla al campo de batalla.

Al momento calculó Bonaparte que era menester conservar la llanura á toda costa. Tenia á su frente la infantería austriaca, bajando del anfiteatro sin un cañon siquiera, á su derecha los granaderos, la artillería y caballería á lo largo del camino del rio, que por las gradas de Incanale desembocaban por su flanco derecho. Lusignan, rodeaba á Rívoli por su izquierda; y las balas de Wukassovich, arrojadas desde la opuesta orilla del Adige, pasaban sobre su cabeza. Situado en la llanura impedia la reunion de las distintas armas enemigas; abrasaba á la infantería falta de cañones, y rechazaba á la infanteria y artillería agolpadas en un camino estrecho y circular. Poco le importaba entonces que Lusignan se esforzase en cercarle y que Wukassovich le disparase algunos cañonazos.

Una vez concertado el plan con su acostumbrada prontitud, empezó á maniobrar antes que amaneciese. Joubert se habia visto precisado á es-

trecharse, para no ocupar mas espacio que el proporcionado á sus fuerzas, y era de temer que la infantería que bajaba por las gradas del Monte-Baldo lograse reunirse con la cabeza de la columna que subia por Incanale. Bonaparte puso en movimiento á las tropas de Joubert, que estaban descansando despues de cuarenta y ocho horas de combate, mucho antes de rayar el dia, y mandó atacar á las avanzadas de la infantería austriaca, rechazándolas y estendiéndose mucho mas por la llanura.

Empeñóse la accion acaloradamente. La infantería austriaca, sin cañones, se retira ante la nuestra, que estaba armada con su terrible artillería, y retrocede en semicírculo hácia el anfiteatro del Monte-Baldo; pero al mismo tiempo ocurre en nuestra izquierda un suceso desagradable. El cuerpo de Liptay, que se hallaba en el estremo del semicírculo enemigo, acomete á la izquierda de Joubert, compuesta de las semibrigada 89.ª y 25.ª, las sorprende, las desordena y obliga á retirarse. Al mismo tiempo acude inmediatamente la 14.ª, se forma para cubrir el resto de la línea, y resiste con admirable brío. Reúnense contra ella los austriacos, y poco falta para que la deshagan, tratando especialmente de quitarla sus cañones, que ya no tenian caballos. Al estar próximos á las piezas grita un oficial: «granaderos de la 14.ª ¿habeis de dejaros quitar vuestras piezas?» Decir esto, arrojarse cincuenta hombres tras el valiente oficial, rechazar á los austriacos, coger las piezas y salvarlas, fué obra de cortos instantes.

Viendo Bonaparte el peligro, deja á Berthier en el punto amenazado, y se dirige á galope hácia

Rívoli, para ir á buscar refuerzo. Llegaban apenas las primeras tropas de Massena, despues de haber caminado toda la noche, y tomando consigo Bonaparte á la 32.ª, célebre por sus hazañas durante la campaña, la lleva á la izquierda para incorporarla á las dos medias brigadas que habian retrocedido. A su frente se arroja el intrépido Massena, reordena á las tropas arrolladas, y desbarata cuanto encuentra por delante. Rechaza á los austriacos, y se coloca al lado de la 14.ª, que no habia dejado de hacer prodigios de valor. Por esta parte se hallaba restablecido el combate, ocupando el ejército el semicírculo de la llanura; pero el momentáneo descalabro de la izquierda habia obligado á Joubert á replegarse con la derecha, cediendo terreno; y ya se aproximaba la infantería austriaca otra vez al punto que con tanto empeño le habia hecho abandonar Bonaparte, é iba á entrar en el punto en que el camino que rodeaba á Incanale entraba en la llanura, cuando la columna compuesta de artillería y caballería, y precedida de algunos batallones de granaderos, trepaba por la estrecha senda, rechazando á la 39.ª con increibles esfuerzos de valor. Wukassovich arrojaba una nube de balas desde la otra orilla del Adige, para proteger esta especie de asalto. Los granaderos habian llegado ya á la cumbre del desfiladero, y en pos de ellos desembocaba la caballería en el llano. No era esto todo: la columna de Lusignan, cuyo fuego se veia á lo lejos, y que se descubria á la izquierda envolviendo á los franceses en su posicion, acababa de tomarles la retaguardia, interceptar el camino de Verona, y cortar el paso á Rey, que con la division de reserva llegaba de Castel-

Novo. Viéndose los soldados de Lusignan á espaldas del ejército francés, aplaudian su fortuna, y le creian ya prisionero. De forma que se hallaba Bonaparte amenazado de frente por un semicírculo de infantería, envuelto en su izquierda por una fuerte columna, en su derecha asaltado por el grueso del ejército austriaco, y cruzado por el tiroteo de la orilla opuesta del Adige, sin tener consigo mas que las divisiones de Joubert y Massena, en medio de una nube de enemigos. En una palabra, se encontraba con solo diez y seis mil hombres, rodeado por cuarenta mil á lo menos.

Mas no por eso se aturdió en aquel momento tan crítico, sino que conservando todo el fuego y viveza de la inspiracion, dijo al ver á los austriacos de Lusignan: *esos son nuestros*, y les dejó internarse sin hacer caso de su movimiento. Los soldados adivinando el pensamiento de su general participan de su esperanza y gritan tambien: ¡*nuestros son*!

Por entonces Bonaparte solo se ocupó de lo que pasaba á su frente. La izquierda estaba cubierta por el heroismo de la 14.ª y 32.ª y su derecha se veia amenazada al mismo tiempo por la infantería que habia vuelto á tomar la ofensiva y por la columna de granaderos. Inmediatamente ordenó movimientos decisivos, dirigiendo contra la invadida senda una batería de artillería ligera y dos escuadrones al mando de los valientes oficiales Leclerc y Lasalle. Joubert que tenia con el estremo de la derecha aquel punto á la espalda, dió media vuelta con un cuerpo de infantería ligera, cargando todos á un tiempo. La artillería barrió por de pronto cuanto habia pasado ya al desfiladero, y

la caballería é infantería ligera acometieron vigorosamente. Cayó muerto el caballo de Joubert; pero levantándose este mas terrible, se arrojó hácia el enemigo con un fusil en la mano, á cuya vista todo cuanto habia desembocado, granaderos, caballería artillería, todo fué precipitado confusamente en la tortuosa senda de Incanale. En medio de tan horrible desórden, los cañonazos que se dirigian al desfiladero aumentaron el espanto y la confusion. A cada paso se mataba á un hombre ó se hacia un prisionero. Despues de ver libre la llanura de los que la habian asaltado, Bonaparte dirigió sus tiros contra la infantería que tenia enfrente formada en semicírculo, dirigiendo contra ella á Joubert con la infantería ligera, y á Lasalle con doscientos húsares. Viendo la infantería que se dirigian contra ella, entra el terror en sus filas, privadas ya de la esperanza de unirse, y huye desordenada. Entonces moviéndose de derecha á izquierda toda nuestra línea semicircular, precipita á los austriacos sobre el anfiteatro del Monte-Baldo y los persigue de muerte en las montañas. Bonaparte se traslada en seguida á su retaguardia, acudiendo á realizar su pronóstico respecto al cuerpo de Lusignan. Viendo este los desastres del ejército austriaco, se penetra completamente de su suerte. Bonaparte despues de haberle acribillado á cañonazos, ordena á la semibrigada 18.ª y 75.ª que le acometan, y muévense aquellas valientes filas entonando el *himno de la despedida*, y rechazando á Lusignan al camino de Verona, por donde llegaba Rey con la division de reserva. Al principio resiste el cuerpo austriaco, mas despues se retira y va á caer contra la cabeza de la division de Rey.

Azorados al verla, imploran la clemencia del vencedor deponiendo las armas en número de cuatro mil soldados. En el desfiladero del Adige se habian hecho ya dos mil prisioneros.

Eran las cinco, y se puede decir que el ejército austriaco estaba ya destruido. Lusignan quedó prisionero, y la infantería que habia salido por las montañas, huía por entre las escarpadas rocas, quedando sumida la principal columna en la orilla del rio, mientras el cuerpo accesorio de Wukasovich presenciaba ocioso esta derrota, separado por el Adige del campo de batalla. No embarga la imaginacion de Bonaparte tan sorprendente victoria; recuerda que ha dejado amenazado el bajo Adige, y contempla que Joubert con su valiente division, y Rey con la de reserva bastarán para dar el último golpe al enemigo, y arrebatarle algunos miles de prisioneros. Ordena á la division de Massena que se habia batido el dia antes en Verona, caminando despues toda la noche, y batídose todo el dia 25 (14), y sale con ella para marchar toda la noche siguiente y acudir á nuevos combates. Aquellos valientes soldados, con la alegría en el semblante, y seguros de nuevas victorias, parecen insensibles á las fatigas. No caminan, sino que vuelan para acudir al socorro de Mántua, de donde les separan catorce leguas.

Recibió Bonaparte en el camino la noticia de los acontecimientos del bajo Adige. Provera ocultándose de Augereau, habia colocado un puente en Aughuiari, un poco mas abajo de Legnano, y dejando Hoënzolern al otro lado del Adige, se dirigia hácia Mántua con nueve ó diez mil hombres. Avisado demasiado tarde Augereau, emprende no

obstante su persecucion, y cogiéndole por retaguardia, le hace dos mil prisioneros. Pero Provera marcha hácia Mántua con siete ú ocho mil hombres para reunirse á la guarnicion, de cuyos pormenores tiene Bonaparte noticia en Castel-Novo. Recela que, avisada la guarnicion, salga á proteger la columna que llega, y quede el cuerpo de bloqueo entre dos fuegos; por lo cual camina toda la noche del 25 al 26 (14—15) con la division de Massena, y la hace proseguir su marcha para llegar por la tarde á la vista de Mántua. Ademas dirige la reserva que habia dejado en el intermedio en Villafranca, y acude personalmente á dar sus disposiciones.

En aquel mismo dia 26 (15), llegó Provera delante de Mántua. Se presenta en el arrabal de san Jorge, donde se hallaba Miollis todo lo mas con mil y quinientos hombres. Intímale Provera la rendicion y el valiente Miollis le responde á cañonazos. Rechazado Provera, pasa á la parte de la ciudadela, esperando una salida de Wurmser, pero se encuentra delante con Serrurier. Detiénese en el palacio de la Favorita, entre S. Jorge y la ciudadela, y hace que atraviese una barca el lago, para decir á Wurmser que haga una salida al dia siguiente por la mañana. Llega Bonaparte al anochecer, coloca á Augereau á espaldas de Provera, y á los costados a Victor y Massena, con el objeto de separarle de la ciudadela por donde Wurmser debe tratar de hacer su salida. Coloca á Serrurier para que la haga frente, y al amanecer del siguiente dia 27 de nivoso, (16 de enero) se comienza la batalla. Sale Wurmser de la plaza y acomete á Serrurier con ímpetu, mas este se sostiene con

igual denuedo y no le deja romper las líneas de circunvalacion. Victor al frente de la 57.ª que mereció aquel dia el nombre de *la terrible*, se lanza contra Provera, y arrolla cuanto á su vista se presenta. Despues de un porfiado combate rechaza á Mántua á Wurmser, y Provera ojeado como un ciervo, envuelto por Victor, Massena y Augereau, y acosado por una salida de Miollis, depone las armas con seis mil hombres, en cuyo número se contaban los jóvenes voluntarios de Viena, que despues de una gallarda defensa entregan al vencedor la bandera bordada por las manos de la emperatriz.

Este fué el último acto de aquella operacion inmortal que, segun el dictamen de los militares, fué una de las mas estraordinarias que refiere la historia. Súpose que persiguiendo Joubert á Alvinzy, le habia cogido otros siete mil prisioneros. El mismo dia de la batalla de Rívoli se hicieron seis mil, con lo cual subian á trece mil, que agregados á dos mil de Augereau, á seis mil de Provera, á mil que cayeron á la vista de Verona y algunos centenares en otras partes, formaban un total en tres dias de veinte y dos á veinte y tres mil hombres. La division de Massena habia caminado y combatido sin cesar en cuatro dias, andando por la noche y batiéndose de dia; por esto escribia Bonaparte lleno de orgullo, que sus soldados habian superado la tan ponderada rapidez de las legiones de César. Ya se comprende por qué algo mas tarde agregó al de Massena el sobrenombre de Rívoli. La accion del 25 (14 de enero) se llamó batalla de Rívoli, y la del 27 (16) á la vista de Mántua, de la Favorita.

Asi en el espacio de tres dias Bonaparte hizo

prisioneros ó muertos á la mitad del ejército enemigo, aterrándoles como si fuese un rayo. El Austria habia hecho su postrer esfuerzo, y sin embargo, éramos señores de la Italia. Wurmser, rechazado á Mántua, se hallaba desesperanzado, habiendo tenido que alimentarse con la carne de sus caballos, y uniéndose las enfermedades al hambre para destruir mas su guarnicion. Resistencia mas obstinada hubiera sido inútil y contraria á la humanidad, y el veterano mariscal que tan honrosa prueba habia dado de noble esfuerzo y estraordinaria obstinacion, bien podia pensar en entregarse. Envió como parlamentario á Serrurier á uno de sus oficiales, que fué Klenau. Serrurier dió parte al general en gefe, que asistió á la conferencia, pero embozado en su capa, y no dándose á conocer para escuchar las pláticas entre Klenau y Serrurier. El oficial austriaco hablaba estensamente de los recursos que quedaban á su general, afirmando que tenia víveres para tres meses. Bonaparte todavía embozado, se acerca á la mesa junto á la cual se tenia esta conferencia: coge el papel en que estaban escritas las proposiciones de Wurmser, y se pone á escribir algunas líneas al márgen, sin decir una palabra, y con estraña sorpresa de Klenau, que no entendia la accion del desconocido. Levantándose despues y descubriéndose, se acerca Bonaparte á Klenau. «Tened, le dijo, esas son las «condiciones que impongo á vuestro mariscal. Si «tuviese víveres solo para quince dias y hablase de «rendicion, no mereceria ninguna capitulacion hon«rosa; pero cuando él os envia seguro es que se «halla en el mayor apuro. Respeto su edad, su es«fuerzo y su infortunio. Llevadle las condiciones

«que le impongo, pues que abandone la plaza ma«ñana, dentro de un mes ó de medio año, no ha «de obtener condiciones mejores ni peores. Es «dueño de permanecer en ella mientras su honor «se lo permita.»

Al oir Klenau aquel lenguage y aquel tono no pudo menos de conocer al ilustre caudillo, y fué inmediatamente á presentar á Wurmser las condiciones que llevaba. Mostró el anciano mariscal su reconocimiento al ver la generosidad que tenia con él su jóven adversario. Le concedia permiso para salir libremente de la plaza con todo su estado mayor; le dejaba doscientos caballos, quinientos hombres elegidos por él, y seis piezas de artillería para que su salida fuese menos vergonzosa. La guarnicion debia ser conducida á Trieste para cangearla por prisioneros franceses. Wurmser se apresuró á aceptar estas condiciones, y para mostrar su gratitud al general francés, le reveló el proyecto de envenenarle que tenian tramado en los estados pontificios. Él debia salir de Mántua el 14 de pluvioso (2 de febrero), y su consuelo al abandonar la plaza era entregar su espada al mismo vencedor, pero solo halló al valiente Serrurier, á cuya vista tuvo que desfilar con todo su estado mayor. Bonaparte habia salido ya para Romania á castigar al papa, y aterrar al Vaticano, calculando muy distintamente de como suelen hacerlo las vanidades vulgares y prefiriendo estar ausente del teatro de su triunfo.

Rendida Mántua, quedaba la Italia definitivamente conquistada y concluida la campaña.

Cuando se la considera en todo su conjunto, la imaginacion no concibe la posibilidad de tantas ha-

tallas, la fecundidad de los planes ni la inmensidad de los resultados. Entra Bonaparte en Italia con treinta y tantos mil hombres; separa desde luego en Montenotte y Millésimo á los piamonteses de los austriacos; acababa de destruir á los primeros en Mondovi; persigue despues à los segundos; pasa al frente de ellos el Pó por Plasencia y el Adda por Lodi; se apodera de la Lombardía; detiénese en ella un instante; vuelve á emprender su marcha; encuentra á los austriacos reforzados en el Mincio, y acaba de destruirlos en la batalla de Borghetto. Abarca alli con una mirada todo el plan de sus futuras operaciones: para hacer rostro á los austriacos debe establecerse en el Adige; y en cuanto á los príncipes que quedan á su espalda, limitarse á entretenerlos con negociaciones y amenazas. Preséntase otro ejército á las órdenes de Wurmser; no puede batirle, sino concentrándose con rapidez y destrozándole alternativamente en trozos aislados, y sacrifica con heróica resolucion el bloqueo de Mántua, arrollando en Lonato y Castiglione á Wurmser, y rechazándole al Tirol. Recibe refuerzo Wurmser como habia acontecido á Beaulieu; mas Bonaparte le ataja en el Tirol, sube el Adige, destroza cuanto se le presenta en Roveredo, atraviesa el valle del Brenta, intercepta á Wurmser que creia interceptarle, y derrotándole en Bassano, le deja encerrado en Mantua. Este era el segundo ejército austriaco destruido despues de ser reforzado.

Aguarda Bonaparte el tercer ejército sin dejar de negociar y amenazar desde las orillas del Adige. Preséntase uno formidable, antes de que haya podido recibir refuerzos, y se ve precisado á cederle

el campo, viéndose reducido á la desesperacion y próximo á sucumbir cuando en medio de un intransitable pantano halla dos líneas que van á dar á los flancos del enemigo, y se precipita en ellas con indecible audacia. Todavia consigue otra victoria en Arcole; pero solo ha logrado suspender al enemigo y no destruirle, volviendo por tercera vez mas poderoso que las dos primeras. Por una parte se le vé descender de las montañas y por la otra costear el bajo Adige. Bonaparte descubre el único punto en que las columnas austriacas, circulando por un pais montañosó, pueden reunirse; se lanza á la famosa llanura de Rívoli, y desde ella abrasa el principal ejército de Alvinzy; y renovando despues su ímpetu hácia el bajo Adige, acordona enteramente la columna que le habia pasado. La mas hermosa de todas es su última operacion, porque en ella la fortuna y el génio se ostentaban juntos. De este modo un solo ejército, que al empezar la campaña solo tenia treinta y tantos mil hombres, y solo habia recibido veinte mil para compensar sus pérdidas, destruyó en diez meses, ademas del ejército piamontés, otros tres formidables, y tres mas de refuerzo. Cincuenta mil franceses habian pues derrotado á doscientos mil austríacos, haciendo mas de ochenta mil prisioneros, y mas de veinte mil muertos ó heridos, y habian sostenido doce batallas, mas de sesenta refriegas, y atravesado muchos rios sin temor á las olas ni al fuego del enemigo. Cuando la guerra es solo una rutina mecánica que consiste en rechazar y matar al enemigo que está al frente, no es muy digna de la historia; pero cuando se ve uno de esos encuentros, en que un ejército de hombres llevados por

un pensamiento único, y grandioso, que se desenvuelve, en medio de rayos y tormentas, con tanto desembarazo como el de Newton ó Descartes en el silencio del gabinete; entonces el espectáculo es tan digno del filósofo como del político y militar: y si esta abnegacion de la muchedumbre á un solo individuo, que lleva la fuerza á su mas alto grado, sirve para protejer y defender una causa noble, la de la libertad, la escena entonces es tan moral como grandiosa.

Ahora Bonaparte volaba á poner en ejecucion nuevos proyectos dirigiéndose hácia Roma á cortar las maquinaciones de aquella córte de clérigos, para volver, no ya al Adige, sino á Viena. Sus triunfos le habian proporcionado fijar la guerra en su verdadero teatro, el de Italia, desde donde podia llevarla á los estados hereditarios del emperador. El gobierno, sabedor de sus hazañas, le enviaba refuerzos para que fuese á Viena á dictar una paz gloriosa en nombre de la república francesa. El fin de la campaña habia animado todas las esperanzas concebidas al principio.

Es increible el gozo que causaron á los patriotas los triunfos de Rívoli. En todas partes se hablaba de los veinte y dos mil prisioneros, citándose el testimonio de las autoridades de Milan, ante quienes pasaron revista, y certificaron de su exactitud para acallar las dudas de la malevolencia. La rendicion de Mántua completó la alegría, pues desde aquel momento se creyó definitiva la conquista de la Italia. El correo que llevaba estos partes llegó al anochecer á Paris, y al momento se reunió á la guarnicion, y se leyeron á la luz de los hachones, acompañados de músicas y de los gritos de regocijo de

todos los franceses amantes de su patria. Dias eternamente célebres, y eternamente suspirados por nosotros! En qué época fué mas gloriosa ni heróica nuestra patria! Las borrascas de la revolucion parecian calmarse, y el murmullo de los partidos resonaba á lo lejos como el postrer rugido de la tormenta. Aquellas llamaradas de agitacion podian considerarse como la vida de un estado libre. El comercio y la hacienda salian de una espantosa crisis, y la nacion entera, vuelta á manos industriosas, iba á adquirir su fecundidad. Un gobierno compuesto de ciudadanos iguales á nosotros regia la república con moderacion, y sus sucesores se elegian entre los mas dignos de serlo. El anhelo de todos los corazones era la libertad. La Francia, en la cumbre de su poder, dominaba la tierra que media desde el Rin á los Pirineos, y desde el mar á los Alpes. La Holanda y la España iban á reunir sus escuadras con las nuestras, y embestir de consuno al despotismo de los mares. La Francia resplandecia con una gloria inmortal. Sus admirables ejércitos pasaban ondeando los estandartes tricolores por delante de los reyes que habian querido desgarrarlos; y veinte héroes, distintos en carácter y talentos, y únicamente parecidos en la edad y en el esfuezo, conducian sus legiones á la victoria. Juntos caminaban Hoche, Kleber, Desaix, Moreau, Joubert, Massena, Bonaparte y otros varios. Comparábase el mérito de cada uno, pero nadie, por perspicaz que fuese, veia en aquella generacion de héroes los desdichados ó los criminales. Nadie sospechaba quién seria el que iba á espirar en la flor de sus años, víctima de un mal desconocido; ni el que moriria pasado por el puñal mahometano, ó por

el fuego del enemigo; ni el que esclavizaria la libertad, ó seria traidor para su patria: todos parecian grandes, todos puros, dichosos y llenos de porvenir! Todo duró un momento, porque un momento es la vida de los pueblos, como la de los individuos. Ibamos á conquistar la opulencia con el reposo; en cuanto á la libertad y la gloria, ya las teniamos!.... «Es preciso, dice un antiguo, que la «patria sea no solamente feliz sino tambien glo- «riosa» Este deseo se habia cumplido! Franceses, que hemos visto despues sofocada nuestra libertad, invadida nuestra patria, asesinados, ó infieles á su gloria á nuestros héroes; no olvidemos jamás esa época inmortal de libertad, de grandeza y de esperanza!

CAPÍLULO VII.

Situacion del gobierno durante el invierno del año V (1797).—Caractéres y desavenencias de los cinco directores, Barrás, Carnot, Rewbell, Letourneur y Larevelliere -Lepeaux.—Estado de la opinion pública. Club de Clichy.—Intrigas de la faccion realista. Descúbrese la conspiracion de Brottier, Laville-Heurnois y Duverne de Presle.—Elecciones del año V.—Ojeada sobre la situacion de las potencias estrangeras al abrirse la campaña de 1797.

Las últimas victorias de Rívoli y de la Favorita juntas con la toma de Mántua habian devuelto á la Francia toda su superioridad, y á pesar de todas las injurias que se dirigian al Directorio, inspiraba mucho temor á las potencias estrangeras. En la correspondencia secreta con el gobierno de Venecia escribia Mallet-Dupan: *La mitad de la Europa, está á los pies de este Divan, y compra el honor de llegar á ser su tributaria.* Aquellos quince meses de un mando enérgico y glorioso habian consolidado en el poder á los cinco directores, pero tambien dieron rienda á sus pasiones y á su diversidad de carácter. Los hombres no pueden vivir reunidos largo tiempo sin sentir afecto ó repugnancia unos hácia otros, y sin asociarse segun sus inclinaciones. Ya estaban divididos Carnot, Barrás, Rewbell, Larevelliere-Lepeaux y Letourneur. Carnot era sistemático, tenaz y orgulloso, y carecia

absolutamente de aquel don que da al alma estension y acierto, y amenidad al carácter. Era perspicaz; dominaba bien el objeto que se proponia examinar; pero comprometido una vez en un error jamás se desengañaba. Honrado, animoso y muy amante del trabajo, nunca perdonaba sin embargo las ofensas hechas á su amor propio, y era entusiasta y original, como sucede á todos los hombres meditabundos. En otro tiempo se habia indispuesto con los individuos de la comision de salvacion pública, porque no era posible que simpatizase su orgullo con el de Robespierre y Saint-Just, ni que teniendo tan esforzado ánimo, cediese á su despotismo. A la sazon debia sucederle lo mismo en el Directorio: ademas de las infinitas ocasiones en que podia chocar con sus cólegas, desempeñando comunmente un cargo tan dificil como el de gobernar, y que tan naturalmente produce diversidad de opiniones, abrigaba antiguos resentimientos, especialmente contra Barrás. Todas sus propensiones de severidad, honradez y asiduidad dificilmente podian avenirse con las de este cólega perezoso, pródigo, y libertino; pero sobre todo le detestaba por ser el caudillo de aquellos termidorianos, amigos y vengadores de Danton, y perseguidores de la antigua Montaña. Carnot, que era uno de los principales autores de la muerte de Danton, y que habia faltado muy poco para que fuese víctima de las persecuciones dirigidas contra los montañeses, no podia perdonar á los termidorianos; por eso sentia un profundo ódio hácia Barrás.

Este habia servido en otro tiempo en las Indias, donde mostró el brio de un soldado. Era muy á propósito en los motines para montar á caballo,

que es lo que hemos visto que le dió su asiento en el Directorio; y por eso en todos los peligros hablaba de montar á caballo y acuchillar á los enemigos de la república. Era de elevada estatura y muy gallarda persona; pero su mirar tenia cierto aire sombrío y adusto, que se acomodaba mal con su carácter, mas arrebatado que dañino. Aunque de noble cuna, nada de selecto tenia en sus modales, que eran bruscos, impetuosos y vulgares. Tenia un acierto y penetracion, que á haber estudiado y trabajado mas, hubieran podido distinguirle sobre manera, pero desidioso é ignorante, no sabia otra cosa que la que se aprende en una vida agitada, y descubria en los asuntos de que tenia que juzgar diariamente bastante talento para desearle una educacion mas esmerada. Por lo demas, libertino y cínico, violento y falso como los meridionales, que saben encubrir la doblez bajo el aturdimiento, republicano por naturaleza y posicion, pero hombre sin fé, admitiendo en su casa á los revolucionarios mas furiosos de los arrabales y á todos los emigrados vueltos á Francia; agradando á los unos con su trivial impetuosidad, conviniendo á los otros por su espíritu intrigante, era en realidad ferviente patriota, pero alagaba en secreto á todos los partidos. El solo representaba todo el partido de Danton, menos el genio de este corifeo, que no habia transmitido á sus sucesores.

Rewbell, antiguo abogado de Colmar adquirió en la barra y en nuestras distintas Asambleas mucha práctica en el manejo de los negocios. A la mas estraordinaria penetracion y mejor criterio, reunia una vasta instruccion, una gran memoria, y una asiduidad nada comun para el trabajo. Estos

cualidades le hacian un hombre de mucho mérito para manejar el estado. Discutia perfectamente los asuntos, aunque era un tanto sutil por estar habituado al foro. Ademas de tener muy buena figura, era hombre de mundo, pero áspero y mal hablado. A pesar de las calumnias de los contra-revolucionarios y malvados, era de austera probidad; por desgracia era algo avaro, y gustaba de emplear su fortuna personal ventajosamente, lo cual le obligaba á tratar con agentes de negocios, y asi suministraba odiosos pretestos á la calumnia. Se inclinaba mucho al negociado de relaciones esteriores, y miraba tanto por los intereses de la Francia, que de buena gana hubiera sido injusto con la naciones estrangeras. Republicano ferviente, sincero y constante, se agregó desde luego al partido moderado de la Convencion, mirando con el mismo disgusto á Carnot, que á Barrás, al uno como montañés y como dantonista al otro. Asi Carnot, Barrás y Rewbell, procedentes los tres de contrarios partidos, se detestaban; pues no se habian mitigado bajo el régimen constitucional los ódios adquiridos en tan prolongada y cruel guerra, ni los ánimos se habian aunado como los rios que se mezclan sin confundir sus aguas. Sin embargo, aunque se detestaban estos tres hombres, reprimian su encono y trabajaban de consuno en la obra comun.

Por lo que hace á Larevelliere-Lepeaux y Letourneur, á nadie aborrecian. El segundo, hombre de bien, vanidoso, pero de una vanidad natural y poco importuna, que se contentaba con las apariencias del poder y con los honores de los centinelas, sentia hácia Carnot una sumision res-

petuosa. Daba prontamente su dictámen, pero con la misma facilidad le retiraba asi que le manifestaban su error, ó que Carnot hablaba, pues su voto siempre pertenecia á este.

Larevelliere, el hombre mas honrado y virtuoso que pueda darse, reunia á una multitud de conocimientos un juicio exacto y profundo. Era aplicado y á propósito para dar cuerdos dictámenes en todos los asuntos, y algunos dió muy escelentes en ocasiones de importancia. Sin embargo, se dejaba arrastrar de contínuo por ilusiones, ó intimidar por escrúpulos de un alma inocente. A veces deseaba lo que era imposible, y no se atrevia á querer lo que era necesario; porque se necesita un talento superior para calcular lo que se debe á las circunstancias, sin que se ofendan los principios. Hablaba correctamente y con estraordinaria entereza, era sumamente útil cuando se trataba de apoyar un parecer acertado, y servia mucho al Directorio por su consideracion personal.

Era muy importante su posicion en el estado de odiosidad en que se hallaban sus cólegas, porque en medio de las grandes divergencias solia decidirse la preferencia en favor del mas honrado y capaz, es decir, en favor de Rewbell. Pero no obstante habia evitado una relacion muy íntima, que de buena gana hubiera abrazado, pero que le habria separado de sus demas compañeros. No dejaba de tener inclinacion á Barràs, de quien se hubiera hecho amigo si le hubiese hallado menos corrompido y falso. Tenia sobre los demas cierto ascendiente que le daban su consideracion, penetracion y entereza. Los malvados se mofan comunmente de la virtud; pero la temen cuando á la pe-

netracion que les descubre ven unido el valor para no temerlos. Larevelliere se servia de su ascendiente sobre Rewbell y Barrás para sostener entre ellos y Carnot la mejor armonía; y gracias á tan buen mediador y á su comun celo por los intereses de la república, los directores vivian en buena correspondencia, y continuaban en sus cargos, dividiéndose en las cuestiones que debian decidir, mas segun sus opiniones, que por su enemistad.

Escepto Barrás todos los directores vivian sin ostentacion con sus familias cada uno en una habitacion del Luxemburgo; sin embargo, Larevelliere que gustaba de reuniones, que era muy aficionado á las artes y ciencias, y se creia obligado á gastar sus sueldos de un modo útil al estado, recibia en su casa á los sábios y literatos; pero los trataba con sencillez é ingenuidad. Por desgracia le habian puesto en ridículo, sin que por su parte hubiera dado motivo á ello. Profesaba en todo su rigor la filosofia del siglo XVIII, tal como se contenia en la profesion de fé del vicario Savoyardo, anhelando la ruina de la religion católica, y lisongeándose de que en breve se verificaria, si los gobiernos no empleaban contra ella otros medios que la indiferencia y el olvido. No queria ritos supersticiosos, ni imágenes materiales de la divinidad, pero creia que los hombres necesitaban reuniones para conversar entre sí sobre puntos de moral, y sobre la magnificencia de la creacion; asuntos en efecto que deben tratarse en sociedades, porque los hombres son mas sensibles en ellas, y reciben mas facilmente las inspiraciones sublimes y generosas. Estas eran las ideas que habia desenvuelto en un escrito, y dicho que convendria que

con el tiempo se reemplazasen las ceremonias del culto católico con reuniones bastante parecidas á las de los protestantes, pero mas sencillas aun y sin tanta representacion; pensamiento que adoptado por ciertos hombres benéficos, se puso inmediatamente en ejecucion. Un célebre físico, Hauy, formó una sociedad, á la que dió el nombre de *Teofilántropos*, y cuyas reuniones tenian por objeto las pláticas morales, lecturas filosóficas y cánticos piadosos. Se formaron algunas de este género estableciéndose en locales alquilados por cuenta de los socios, y bajo la vigilancia de la policía. Aunque Larevelliere juzgó esta institucion por muy buena y á propósito para separar de las iglesias católicas á muchas de aquellas almas sensibles que necesitan desahogar en union sus sentimientos religiosos, se abstuvo siempre de figurar en ella, ni quiso que asistiese su familia para no representar el papel de corifeo de una secta, y no recordar el pontificado de Robespierre. A pesar de su reserva, se asió la maledicencia de este pretesto para ridiculizar algun tanto á un magistrado universalmente respetado, y que ningun motivo daba á la calumnia. Por lo demas, si la teofilantropía era objeto de ciertas sátiras poco ingeniosas en casa de Barrás, ó en los periódicos realistas, apenas llamaba la atencion, ni disminuia un ápice el respecto que á Larevelliere-Lepeaux se profesaba.

El que desconceptuaba verdaderamente al gobierno, era Barrás, porque su género de vida no era sencillo y modesto como el de sus compañeros, y ostentaba un lujo y prodigalidad que únicamente podian esplicarse por sus lucrativos tratos con los agentes de negocios.

La mayoría directorial y el escelente ministro Ramel, dirigian con severa probidad la hacienda, mas no podia impedirse á Barrás, que recibiese de los proveedores ó banqueros á quienes protegia, productos considerables. Tenia ademas mil medios para acudir á sus gastos. La Francia era señora de tantos estados grandes y pequeños, que muchos príncipes debian solicitar su favor, y comprar con gruesas sumas la promesa de un voto en el Directorio, y mas tarde veremos lo que se intentó en este particular. La representacion que afectaba Barrás no hubiera sido inútil, debiendo los hombres de estado tratar mucho á los hombres para estudiarlos, conocerlos y elegirlos, si ademas de los agentes de negocios, no hubiera tenido relaciones con intrigantes de toda especie, mugeres prostitutas y bribones que hacian de su casa una hedionda sentina. Estas relaciones ocultas que se procuran encubrir en una sociedad de honor, allí se tenian á vanagloria. Celebrábanse en Gros-Bois ruidosas bacanales, que suministraban á los enemigos de la república poderosos argumentos contra el gobierno. Por lo demas, Barrás de nadie se recataba, y siguiendo la costumbre de los hombres relajados, se complacia en divulgar sus locuras. Contaba él mismo á sus compañeros, que á veces le reconvenian agriamente por sus calaveradas en Gros-Bois y el Luxemburgo, como habia obligado á un célebre proveedor de aquellos tiempos, á cargar con una manceba que ya le empalagaba, y cuyos caprichos no podia ya sostener; como se habia vengado de un periodista, el abate Poncelin, por las sátiras dirigidas contra él, que despues de haberle atraido al Lexemburgo, le habia hecho

apalear por sus criados. Esta conducta de señorito mimado, en una república, ofendia notablemente al Directorio, y al fin le hubiera enteramente desconceptuado, si la celebridad de las virtudes de Carnot y Larevelliere, no hubieran equilibrado el mal efecto de la conducta de Barrás.

Habiendo sido instituido aquel Directorio al siguiente dia del 15 de vendimiario año IV (4 de octubre de 1795), por ódio á la contra-revolucion, compuesto de regicidas y combatido furiosamente por los realistas, debia ser altamente republicano; pero cada uno de sus individuos estaba mas ó menos apegado á las opiniones que dividian la Francia. Larevelliere y Rewbell tenian el republicanismo moderado aunque rígido, tan contrario á los desvaríos de 93 como á los furores realistas de 95. Ganarlos para la contra-revolucion era asunto imposible, pues el instinto tan perspicaz de los partidos les convencia de que ni por seducciones, ni por lisonjas de periódicos se obtenia nada de ellos. Por esto trataban á ambos con la mayor amargura. Respecto á Barrás y Carnot era otra cosa. El primero, aunque trataba con todo el mundo, era en realidad un ardiente revolucionario. Los arrabales le profesaban el mayor afecto, recordando siempre que habia sido el general de vendimiario; y que los conspiradores del campo de Grenelle creyeron poder contar con él. Los patriotas le prodigaban por esta razon elogios, y los realistas invectivas. Varios agentes secretos de los realistas, al llegarse á él por cierto espíritu comun de intriga, podian, calculando segun su relajacion, concebir alguna esperanza; mas esto no pasaba de una opinion particular suya, pues luego

neralidad del partido le aborrecia y perseguia de muerte.

Carnot como ex-montañés, como individuo que fué de la comision de salvacion pública, y como espuesto desde el 9 de termidor á ser víctima de la reaccion realista, debia ser ciertamente un republicano decidido, y lo era en efecto. Desde el primer momento que entró en el Directorio, apoyó decididamente cuantas elecciones se hacian del partido montañés; pero insensiblemente y á medida que iban calmándose los temores de vendimiario, variaron sus inclinaciones; Carnot, ni aun siendo individuo de la comision de salvacion pública, abogó jamás por la pandilla de turbulentos revolucionarios, contribuyendo mucho á la ruina de los hebertistas. Al ver que Barrás queria ser *rey de la canalla*, y se fortificaba con las reliquias de los jacobinos, se hizo enemigo de aquel partido, y manifestó mucha energía en la refriega del campo de Grenelle; tanto mas cuanto que Barrás se hallaba bastante comprometido en aquella escaramuza. Aun habia mas; Carnot sentia remordimientos. El cargo que se le habia hecho de haber firmado las órdenes mas crueles de la comision de salvacion pública, le traia desasosegado; pues no aquietaban su conciencia las esplicaciones tan naturales que habia dado, sino que hubiera querido probar por todos los medios posibles que no era un mónstruo: y para dar esta prueba, era capaz de sacrificarse. Los partidos lo saben y adivinan todo, y solo cuando son vencedores se muestran difíciles á los hombres; porque cuando están humillados, de cualquiera manera se ganan, y emplean especialmente un gran cuidado en lisongear á los gefes de los

ejércitos. Los realistas conocieron al punto las disposiciones de Carnot respecto á Barrás y al partido patriota, adivinaban su necesidad de rehabilitarse, conocian su importancia militar, y procuraban tratarle de distinto modo que á sus compañeros hablando de él en los términos que mas adecuados juzgaban para interesarle. Asi mientras la zahurda de sus periódicos no cesaba de injuriar groseramente á Barrás, Larevelliere y Rewbell, se hacia lenguas del ex-montañes y regicida Carnot. Por otra parte, ganando á Carnot tenian tambien de su parte á Letourneur, que eran dos votos adquiridos por un medio vulgar, pero poderoso, como son todos los que alhagan el amor propio. Carnot tenia la debilidad de ceder á este género de seduccion; y sin dejar de ser fiel á sus convicciones interiores, formaba con su amigo Letourneur en el seno del Directorio una especie de oposicion parecida á la que ofrecia el nuevo tercio en los dos consejos. En cuantas cuestiones se sometian á la decision del Directorio, se declaraba por la opinion de la oposicion de los consejos. En todas las cuestiones relativas á la paz y á la guerra votaba por la paz, á imitacion de la oposicion que fingia pedirla incesantemente. Insistió con mucho ahinco en que se hiciesen los mayores sacrificios al emperador, y en que se firmase la paz con Nápoles y Roma sin atenerse á condiciones demasiado duras.

Cuando principian esta clase de divergencias, no tardan en hacer rápidos progresos, y el partido que quiere aprovecharse de ellos encarece hasta lo sumo á los que quiere ganar, y se ensaña contra los demas. Este sistema produjo su acostumbrado éxito. Barrás y Rewbell, enemigos ya de

Carnot le aborrecian mas por los elogios que se le prodigaban, y le imputaban el furor de que ellos eran objeto. Larevelliere se esforzaba inútilmente en calmar semejantes resentimientos; mas no por eso dejaba la discordia de adquirir funesto incremento: el público, sabedor de lo que pasaba, distinguia al Directorio en mayoría y menoría, colocando en una parte á Larevelliere, Rewbell y Barrás, y á Carnot y á Letourneur en otra.

Del mismo modo se clasificaba á los ministros, y como se tenia mucha aficion á criticar la direccion de hacienda, se vituperaba al ministro Ramel, escelente administrador, á quien los apuros del tesoro obligaban á valerse de arbitrios reprensibles en cualquiera otra ocasion, pero inevitables en aquellas circunstancias. Las contribuciones se recaudaban con mucha dificultad por el mucho desorden del cobro. Habia sido menester minorar la contribucion directa, y las indirectas daban mucho menos de lo que se habia presumido. Hallábase á veces sin fondos la tesorería, y en semejante compromiso se echaba mano de los gastos ordinarios para acudir á los estraordinarios, ó bien se anticipaban las entradas y se hacian todas las contratas onerosas á que dan lugar los apuros de esta especie. Clamábase entonces contra los abusos y malversaciones, mientras por el contrario se hubiera debido acudir á auxiliar al gobierno. Ramel que desempeñada los deberes de su cargo con no menos integridad que ilustracion, era el blanco de todas las críticas, tratándole todos los periódicos como á un enemigo. Otro tanto sucedia con el ministro de marina Truguet, conocido por sincero republicano, por amigo de Hoche y apoyo de todos los

oficiales patriotas; lo mismo con el ministro de negocios estrangeros, Delacroix, capaz de ser un buen hacendista, pero muy mal diplomático, y sumamente pedante y rudo en sus relaciones con los ministros de las potencias; y lo mismo finalmente con Merlin, que en la administracion de justicia manifestaba todo el celo de un republicano de la Montaña. En cuanto á los ministros del interior, de la guerra y de la policía, Benezech, Petiet y Cochon, se les consideraba enteramente aparte. Benezech, habia sufrido tantas embestidas por parte de los jacobinos, por haber propuesto restablecer el comercio libre de los comestibles, y no abastecer ya á Paris, que le miraba con afecto el partido contra-revolucionario. Administrador inteligente, pero educado bajo el antiguo régimen que echaba de menos, merecia en cierto modo el favor de los que le elogiaban. Petiet, ministro de la guerra, desempeñaba bien sus funciones; mas por ser hechura de Carnot, le juzgaban como á éste los partidos. Por lo que hace al ministro Cochon, tenia tambien una recomendacion en sus relaciones con Carnót; el descubrimiento que hizo de los planes de los jacobinos, y el celo con que les persiguió, le hacian digno del favor del partido opuesto que le elogiaba afectadamente.

A pesar de estas diferencias, no dejaba de estar bastante unido el gobierno para administrar con valor y proseguir sus gloriosas operaciones contra las potencias europeas. La mayoría de la Convencion que habia permanecido en el cuerpo legislativo, contenia á la oposicion; mas sin embargo, se aproximaban las elecciones y llegaba el momento en que debia reemplazar bájo el influjo de las circunstan-

cias, el nuevo tercio, al que existia en la Convencion. La oposicion se prometia adquirir entonces la mayoría y salir del estado de abatimiento en que habia vivido, por lo cual su lenguaje iba haciéndose cada vez mas atrevido en los dos consejos, y descubria sus esperanzas. Los individuos de esta minoria se reunian en Tívoli para hablar de sus proyectos y arreglar su marcha; y esta reunion de diputados habia llegado á ser un club de los mas furibundos, conocido con el nombre de *club de Clichy*. Tambien los periódicos participaban de este movimiento; y una infinidad de jóvenes que bajo el antiguo régimen apenas hubieran escrito unas cuantas coplas, declamaban en cincuenta ó sesenta folletines contra los escesos de la revolucion y contra la Convencion, á quien se los imputaban. No se las habian, decian ellos, con la república, sino con los que ensangrentaron su cuna. Formábanse de antemano juntas de electores y trataban de preparar las elecciones; de modo que todo revelaba el lenguaje, espíritu y pasiones de vendimiario; la misma buena fé y engaño en lo general, la misma ambicion en ciertas personas y la misma perfidia en algunos que conspiraban en secreto en favor de los realistas. La faccion de estos, siempre derrotada, pero crédula é intrigante siempre, renacia incesantemente. Donde quiera que hay una pretension apoyada por algun auxilio pecuniario, se hallan intrigantes dispuestos á servirla con miserables proyectos. A pesar de haber sido Lemaitre condenado á muerte, sometida la Vendée, y de que se separó á Pichegrú del mando del ejército del Rin, no cesaron las tramas de la contra-revolucion, sino que continuaron por el contrario con estraordinaria ac-

tividad. Las situaciones habian cambiado notablemente. El pretendiente, apellidado, ya conde de Lila, ya Luis XVIII, dejó á Verona, como hemos visto, para pasar al ejército del Rin, y se detuvo un momento en el campamento del príncipe de Condé, donde un acaso puso su vida en peligro. Estando asomado á una ventana recibió un balazo, y le produjo una contusion; suceso que aunque no se averiguó su autor, no podia menos de imputarse al Directorio, el cual no era tan necio que pagase un crímen de que únicamente podia sacar provecho el conde de Artois. No permaneció largo tiempo el pretendiente junto al príncipe de Condé, pues su presencia en el ejército austriaco no convenia al gabinete de Viena, que no habia querido reconocerle, porque sabia cuanto aumentaria esta causa su enemistad con Francia, que ya le costaba demasiado cara. Comunicóle la órden de que partiese y negándose á ello, envió un destacamento para que le obligase á marchar. El entonces se retiró á Blankemburgo, donde siguió siendo el foco de todas las correspondencias. Condé permaneció en el Rin con su ejército; el conde de Artois, despues de sus vanos proyectos sobre la Vendée, se retiró á Escocia, desde donde aun estaba en comunicacion con varios intrigantes, yendo y viniendo de la Vendée á Inglaterra.

Habiendo muerto Lemaitre, ocuparon su puesto sus asociados, sucediéndole en el favor del pretendiente. Estos eran, como sabemos ya, el abate Brottier, que fue ayo; Laville-Heurnois, antes juez; cierto caballero llamado Despomelles, y un oficial de marina cuyo nombre era Duverne de Presle. El antiguo sistema de estos agentes establecidos en

París era hacerlo todo por las intrigas de la capital, al paso que los vendeanos todo lo querian efectuar por la insurreccion armada, y el príncipe de Condé por medio de Pichegrú. Apaciguada la Vendée, condenado á un retiro Pichegrú, y amenazando una violenta reaccion contra la revolucion, los agentes de Paris se convencieron completamente de que todo debia esperarse de un movimiento espontáneo en el interior. Apoderarse primero de las elecciones, despues, por medio de estas, de los consejos, y por medio de los consejos del Directorio y los destinos, les parecia un medio seguro de restablecer el trono con los auxilios mismos que la república les suministraba, pero para todo esto era preciso poner término á la divergencia de ideas que siempre habia reinado en los proyectos de contrarevolucion: Puisaye que permanecia oculto en Bretaña, soñaba como en otro tiempo en el levantamiento de esta provincia. M. de Frotte procuraba suscitar otra Vendée en Normandía: pero ni uno ni otro querian tratar con los agentes de Paris. El príncipe de Condé burlado en el Rin en su intriga con Pichegrú, deseaba siempre seguirla aparte sin que se mezclasen en ella los austriacos, ni el pretendiente, habiéndoles revelado el secreto muy á pesar suyo. Para dar unidad á estos planes inconexos, y sobre todo para proporcionarse dinero, hicieron emprender un viage á uno de ellos por las provincias del Oeste, Inglaterra, Escocia, Alemania y Suiza. El elegido fué Duverne de Presle, que no pudiendo lograr quitar á Puisaye el mando, trató por medio del conde de Artois de incorporarle al sistema de la agencia de Paris, y obligarle á entenderse con ella. Se obtuvo lo mas importante

de los ingleses, auxilios pecuniarios, y se sacaron poderes al pretendiente que descubrian todas las intrigas de la agencia de Paris. Se vió al príncipe de Condé, de quien no pudo lograrse ni inteligencia ni avenencia, y á M. de Precy, que seguia siendo el mótor de los alborotos de Lyon y el Mediodia. Finalmente, se concertó un plan general sin coordinacion ni unidad mas que en el papel, y que no impedia á nadie obrar á su modo, segun sus intereses y pretensiones.

Se convino en que la Francia se dividiese en dos agencias, una comprensiva del Este y Mediodia, y otra del Norte y Oeste. De director de la primera estaba M. de Precy, y la segunda corria á cargo de los agentes de Paris. Ambas agencias debian ir de acuerdo en todas sus operaciones, y comunicarse directamente con el pretendiente que les daba sus órdenes. Ideáronse asociaciones secretas bajo el plan de las de Babœuf, las cuales estaban aisladas entre sí, é ignoraban el nombre de sus gefes, evitando asi que se apoderasen de toda la conspiracion al descubrir alguna de sus partes. Estas asociaciones debian acomodarse al estado de la Francia; y como se habia visto que la mayor parte de la poblacion, aunque no deseaba que volviesen los Borbones, amaba el órden y la tranquilidad, é imputaba al Directorio la continuacion del sistema revolucionario, se formó una masonería llamada de los filántropos, que se comprometian á usar de sus derechos electorales, y emplearlos en favor de enemigos del Directorio. Los filántropos ignoraban la tendencia secreta de este intento, y no debia manifestárseles mas que una intencion, la de reforzar la oposicion. Otra so-



ciedad mas severa y concéntrica, pero menos numerosa, denominada de los fieles, debia admitir en su seno á los hombres mas enérgicos y decididos, á quienes pudiera revelarse el secreto de la faccion. Los fieles debian ir ocultamente armados, y vivir preparados para cualquier asechanza. Debian alistarse en la guardia nacional, que aun no estaba organizada, y bajo esta máscara ejecutar con mas seguridad las órdenes que les diesen. Su comision forzosa, ademas de los planes de insurreccion, era vigilar por las elecciones y si se venia á las manos, como aconteció en vendimiario, acudir en auxilio del partido de la oposicion. Ademas, los fieles contribuian á ocultar los emigrados y clérigos, á forjar pasaportes, y á perseguir á los revolucionarios y compradores de bienes nacionales. Se hallaban estas sociedades bajo la direccion de gefes militares, que seguian correspondencia con las dos agencias principales, y recibian sus órdenes. Tal era el nuevo plan de la faccion; plan quimérico de que no deberia hacer mencion la historia, sino fuese porque manifiesta los delirios en que caen los partidos al verse derrotados. A pesar de la pretendida armonía, la asociacion del Mediodia no lograba mas que crear compañías anónimas, que carecian de direccion y objeto, cediendo solo á las sugestiones de la venganza y la rapiña. Puisaye, Frotté y Rochecot en la Bretaña y Normandía, trabajaban tambien en resucitar á la Vendée, y desaprobaban la contrarevolucion mista de los agentes de Paris; y hasta dió Puisaye un manifiesto declarando que jamás coadyuvaria la Bretaña á proyectos que no fuesen para devolver forzosa y abiertamente un trono

absoluto y completo á la familia de Borbon.

El príncipe de Condé continuaba por su parte en correspondencia directa con Pichegrú, cuya conducta singular y estravagante solo puede esplicarse por el apuro de su situacion. Este general, el único de quien la historia cuenta que se haya dejado batir espontáneamente, habia pedido su dimision; conducta que deberá sorprender mucho, porque con esto se privaba de todo influjo, y quedaba por consiguiente imposibilitado de realizar sus pretendidos designios; no obstante, se comprenderá perfectamente, examinando la posicion de Pichegrú. No podia permanecer de general sin poner por fin en ejecucion los proyectos que anunciaba, y á cuyo efecto habia recibido considerables sumas. Pichegrú tenia tres ejemplos, todos muy distintos, el de Bouillé, el de Lafayette y el de Dumouriez, que le probaban ser imposible arrastrar á todo un ejército. Queria pues quedar en la impotencia de toda tentativa, y hé aquí como se esplica su pretendida dimision, que el Directorio, ignorante de su traicion, le otorgó al principio con bastante sentimiento. Admirados el príncipe de Condé y sus agentes de la conducta de Pichegrú, creyeron que les habia estafado el dinero, y que en realidad nunca habia querido complacerlos; pero apenas recibió su destitucion, volvió Pichegrú á las orillas del Rin con el pretesto de vender sus equipages, y pasó despues al Jura, su patria, desde donde continuó su correspondencia con los agentes del príncipe, presentándoles su dimision como una combinacion muy profunda. Decia que iba á ser considerado como una víctima del Directorio, y á unirse con todos los realistas del interior, ha-

ciéndose un inmenso partido; que su ejército, actualmente al mando de Moreau, suspiraba por él, y que al primer revés que sufriese, reclamaria á su antiguo general, y se sublevaria para que se lo devolviesen; de cuyo momento debia él aprovecharse para quitarse la máscara, volar á su ejército, erigirse en dictador, y proclamar el trono. Aun cuando hubiese sido sincero este plan ridículo, se hubiera frustrado por el acierto de Moreau, que aun en su famosa retirada no dejó de salir vencedor. El príncipe de Condé, los generales austriacos, á quienes se habia visto obligado á hacer confidentes, y el ministro inglés en Suiza Wickam, empezaban á creer que Pichegrú les habia engañado. No querian continuar la correspondencia; pero á instancia de los terceros agentes, que nunca quieren declarar haber hecho una tentativa inútil, se continuaron las relaciones para ver si se lograba alguna cosa. La correspondencia se verificaba por Strasburgo, por medio de algunos espías que pasaban el Rin, y se avistaban con el general austriaco Klínglin, y tambien por Basilea con el ministro Wickam. Pichegrú permaneció en el Jura sin aceptar ni rehusar la embajada de Suecia que le propusieron, aunque trabajando para que le nombrasen diputado, pagando á los agentes del príncipe con las mas miserables promesas, y recibiendo siempre considerables sumas. Ponderaba mucho los resultados de su nombramiento para los Quinientos; se engreia con un influjo de que carecia; suponia dar al Directorio pérfidos dictámenes y sugerirle determinaciones arriesgadas, y se apropiaba la tenaz resistencia de Kehl, que decia haber aconsejado solo para comprometer al

ejército. Poco caso se hacia de sus pretendidos servicios. El conde de Bellegarde escribia lo siguiente: «Nos hallamos en el caso de un jugador que quiere recobrar su dinero, y se espone á perder mucho mas por rescatar lo que ha perdido.» Los generales austriacos, seguian no obstante la correspondencia, porque á falta de grandes planes, se enteraban á lo menos de utilísimos pormenores sobre el estado y movimientos del ejército francés. Los infames agentes de esta correspondencia enviaban al general Klinglin los estados y planes que podian adquirir, y durante el sitio de Kehl, no cesaron de indicar los puntos adonde podia dirigirse con mejor resultado el fuego de los enemigos.

Tal era, pues, á la sazon el miserable papel de Pichegrú. Dotado de mediano talento, era sagaz y cuerdo, y tenia bastante tino y esperiencia para creer imposible por entonces todo proyecto de contra-revolucion. Sus eternas dilaciones y sus fábulas para embaucar á los crédulos agentes del príncipe prueban su convencimiento en este particular, y mejor lo probará aun su conducta en circunstancias delicadas. No por eso dejaba de recibir el premio de unos proyectos que no queria practicar, y poseia el arte de hacer que se lo ofrecieran sin pedirlo.

Por lo demas, igual conducta observaban todos los agentes realistas. Mentian descaradamente, se atribuian un influjo de que carecian y pretendian disponer de los sugetos de mas importancia, muchas veces sin haberles siquiera saludado. Brottier, Duverne de Presle y Laville-Heurnois se jactaban de que tenian á su disposicion muchos diputados en ambos consejos, prometiéndose tener aun mu-

chos mas despues de las nuevas elecciones; pero todo esto era falso; solo trataban con el diputado Lemerer y con un tal Mersan, á quien escluyeron del cuerpo legislativo en virtud de la ley del 3 de brumario contra los parientes de los emigrados. Por medio de Lemerer suponian tener ganados á todos los diputados que componian la reunion de Clichy, y creian, segun los discursos y modo de votar de estos diputados, que probablemente celebrarian la restauracion de la monarquía, creyéndose autorizados con esto para ofrecer de antemano su adhesion, y hasta su arrepentimiento al rey de Blankemburgo Estos miserables le engañaban y calumniaban á los individuos de la reunion de Clichy; pues si bien habia en ella ambiciosos que eran enemigos de los convencionales, porque estos ocupaban todo el gobierno, hombres exasperados contra la revolucion, ó ilusos que se dejaban estraviar, eran muy pocos los que pensaban en el trono, y menos aun los que trabajaban en provecho suyo. Sobre semejantes bases construian los agentes realistas sus quimeras y forjaban sus promesas.

La Inglaterra era quien pagaba todos los gastos de la presunta revolucion, enviando desde Lóndres á Bretaña los auxilios que Puisaye solicitaba. El ministro Wickam tenia la comision de suministrar fondos á las dos agencias de Lyon y de Paris, y de remitírselos directamente á Pichegrú, que segun la correspondencia, estaba *reservado para las grandes ocasiones*.

Los agentes de la con-trarevolucion se vanagloriaban de tomar el dinero de la Inglaterra y burlarse de ella. Se habian convenido con el pre-

tendiente en recibir sus fondos sin seguir jamás ninguna de sus miras, ni obedecer á sus sugestiones, de que debian, segun su dicho, desconfiar sobremanera. No engañaban á la Inglaterra que les miraba con el merecido desprecio. Wickam, Pitt y todos los ministros ingleses no contaban enteramente con los buenos oficios de esta gente, ni esperaban de ellos la contra-revolucion. Les convenia esta cizaña para turbar la Francia y alterarla con sus proyectos, y sin poner al gobierno en estremo peligro, causarle grandes temores. No se les importaba destinar uno ó dos millones al año á este objeto; y asi los agentes de la contra-revolucion se engañaban al creer que engañaban á los ingleses. A pesar de su gran deseo de estafar, no lo lograban; y la Inglaterra no contaba con mas resultados que los que eran capaces de producir.

Tales eran entonces los proyectos y recursos de la faccion realista, parte de los cuales sabia el ministro de policía Cochon, que no ignoraba existian en Paris corresponsales de la corte de Blankemburgo; pero que en nuestra larga revolucion, en que tantas conspiraciones se urdieron, no hay ejemplar de que quedase por descubrir ninguna. Seguia con atencion sus pasos, les tenia cercados de espías, y esperaba que hiciesen una verdadera tentativa para apoderarse de ellos ventajosamente. Presto le suministraron ocasion. Siguiendo en su gran proyecto de apoderarse de las autoridades, trataron de efectuarlo primero con las militares de Paris. Las principales fuerzas de la capital consistian en los granaderos del cuerpo legislativo, y en el campamento de Sablons. Los primeros eran

una tropa elegida de mil y doscientos hombres que la constitucion habia colocado en ambos consejos como guardia de custodia y de honor. Su comandante, el ayudante general Ramel era conocido por su moderacion; y para los imbéciles agentes de Luis XVIII era este fundado motivo de creerle realista. La fuerza armada reunida en Sablons ascendia á unos mil y doscientos hombres su comandante, el general Hatry, sugeto de mucho esfuerzo, á quien no esperaban ganar. Acordáronse del coronel del veinte y uno de dragones, llamado Maló, que tan bruscamente acometió á los jacobinos cuando su ridícula tentativa en el campo de Sablons, y sacando la misma consecuencia que de Ramel, se supuso que pues habia rechazado á los jacobinos, seria amigo de los realistas. Brottier, Laville-Heurnois y Duverne de Presle tantearon á ambos, y les hicieron proposiciones que ellos oyeron y comunicaron inmediatamente al ministro de policía, el cual obligó á Ramel y á Maló, á que siguiesen oyendo á los conspiradores para enterarse de todos sus planes. Dejáronles aquellos manifestar completamente sus proyectos y esperanzas, y se citaron para una próxima entrevista, en la que presentarian los poderes que tenian de Luis XVIII. Este era el momento preparado para prenderlos. Sus entrevistas se verificaban en el pabellon que ocupaba el comandante Maló en la escuela militar, donde se ocultaron algunos gendarmes y testigos, de modo que pudiesen oirlo todo, y salir á la señal concertada. El 11 de pluvioso (30 de enero), acudieron en efecto los miserables, ilusos con los poderes de Luis XVIII, y manifestaron de nuevo sus proyectos. Luego que l s escu-

charon bien, se fingió dejarlos marchar, pero los agentes escondidos se apoderaron de ellos, y los condujeron á la presencia del ministro de la policía. Inmediatamente pasaron á sus habitaciones, y se hicieron cargo en presencia de ellos de todos sus papeles, entre los que hallaron cartas que probaban suficientemente la conspiracion, y que revelaban en parte sus pormenores. Se descubrió, por ejemplo, que estos caballeros componian todo un gobierno, segun sus planes, pues era su voluntad que en los primeros momentos, y mientras regresaba el rey de Blankemburgo permaneciesen parte de las autoridades actuales, y conservaban espresamente á Benezech en el ministerio de lo interior, y á Cochon en el de policía; y si este último disgustaba á los realistas por ser regicida, intentaban poner en su lugar á M. Siméon ó M. Portalis. Tambien querian colocar en el de hacienda á M. Barbé-Marbois, que tiene, segun decian, talentos é instruccion, y pasa por hombre de bien. No habian consultado á la verdad, ni á Benezech, ni á Cochon, ni á Portalis, Simon y Barbé-Marbois de quienes eran absolutamente desconocidos: pero habian dispuesto de ellos como acostumbraban, sin su noticia, y segun sus presuntas opiniones.

Causó muy viva sensacion el descubrimiento de aquella intriga, y probó que la república debia vivir siempre alerta contra sus antiguos enemigos. No dejó tampoco de ocasionar un verdadero asombro en toda la oposicion, que coincidia con el realismo sin saberlo, y que ignoraba totalmente el secreto; asombro que probaba la jactancia de aquellos mentecatos, al participar á Blankemburgo que disponian de una multitud de individuos de ambos

consejos. El Directorio quiso entregarlos inmediatamente á una comision militar; mas declinaron la competencia, sosteniendo que no habian sido cogidos con las armas en la mano, ni procedido de viva fuerza. Varios diputados que por sentimientos eran afectos á su causa, les apoyaron en los consejos, pero el Directorio no por eso cedió en que les juzgase una comision militar por haber intentado seducir la tropa.

Su sistema de defensa fué bastante sagaz, confesando su calidad de agentes de Luis XVIII, pero sosteniendo que no tenian mas cargo que el de preparar la opinion, y esperar de ella sola y no de la fuerza, la reproduccion de las ideas monárquicas. Salieron condenados á muerte, pero se conmutó su pena en un encierro, por las revelaciones de Duverne de Presle, (19 de germinal, 8 de abril), el cual hizo al Directorio una larga declaracion, que se insertó en el registro secreto, y en la cual descubria todas las tramas de los realistas. Sabedor el Directorio de todas estas minuciosidades, se abstuvo de publicarlas para no dar á entender á los conspiradores que sabia todos sus planes. Duverne de Presle nada dijo acerca de Pichegrú, cuyas intrigas, como se tramaban directamente con el príncipe de Condé, las ignoraban los agentes de Paris; declaró, sin embargo, aunque en vago y por oidas, que se habia intentado establecer relaciones con uno de los principales ejércitos.

Si los realistas hubiesen tenido un plan bien concertado, la prision de sus principales agentes no hubiera podido menos de frustrar todas sus tentativas; pero obrando cada uno aisladamente, y á su modo, el arresto de Brottier, Laville-Heurnois

y Duverne de Présle, no impidieron á Puisaye y Frotté intrigar en Normandía y Bretaña, á M. de Precy en Lyon, ni al príncipe de Condé en el ejército del Rin.

Poco tiempo despues se terminó el proceso de Babœuf y sus cómplices, todos los cuales fueron absueltos, escepto el primero y Darthé, que sufrieron la pena de muerte (6 de pradial, 23 de mayo).

El asunto mas importante era el de las elecciones, pues ya fuese por oposicion al Directorio ó por espíritu de realismo andaba una multitud de gentes ocupándose en buscar votos. En el Jura se trabajaba para elegir á Pichegrú, y en Lyon á M. Imbert-Colomés, uno de los agentes de Luis XVIII en el Mediodia. En Versalles se procuraba elegir á un tal M. de Vauvilliers, gravemente comprometido en la descubierta conspiracion, y finalmente en todas partes se preparaban candidatos contrarios al Directorio. En Paris los electores del Sena se habian reunido para acordar el nombramiento, y se proponian hacer las siguientes preguntas á los candidatos: *¿Has adquirido bienes nacionales? ¿Has sido periodista? ¿Has escrito ó hecho alguna cosa durante la revolucion?* y no debia nombrarse á ninguno de los que respondiesen afirmativamente. Semejantes preparativos indicaban cuán violenta era la reaccion contra todos los que en la revolucion habian tomado parte. Clamaban cien periódicos descompasadamente, y producian un verdadero aturdimiento en los ánimos; y el Directorio no tenia para acallarlos otra cosa mas que la ley que imponia pena de muerte á los escritores que provocasen el restablecimiento del trono; pero ningun juez podia consentir en la aplicacion de una ley

tan inhumana. Pidió, pues, por tercera vez á los consejos nuevas disposiciones legislativas que de nuevo le negaron. Propuso ademas hacer prestar á los electores el juramento de ódio al trono, y se suscitó una acalorada discusion sobre la eficacia del juramento, modificando la proposicion y trocando el juramento en una mera declaracion, por la que cada elector debia afirmar que era tan opuesto á la anarquía como al trono. El Directorio, sin apelar á ninguno de los vergonzosos medios que tan frecuentemente se emplean en los gobiernos representativos para ganar las elecciones, se contentó con elegir comisionados en las juntas de los conocidos por sus sentimientos republicanos, y con que el ministro Cochon estendiese varias circulares en que recomendaba á los electores los candidatos de su agrado. Se alborotaron contra estas circulares, que solo eran una amonestacion insignificante y no un mandato, porque el número y la independencia de los electores, especialmente en un gobierno en que casi todos lo eran, les ponian á cubierto del influjo del Directorio.

Mientras que se trabajaba de este modo en las elecciones, se ocupaban en hacer la de un nuevo Directorio. La cuestion se reducia á saber á quien de los cinco tocaria la suerte segun la constitucion; pues si era á Barrás, Rewbell ó Larevelliere-Lepeaux, quedaba segura la oposicion con el auxilio del nuevo tercio, de lograr un director de su agrado. Entonces esperaba tener la mayoría en el gobierno, y se lisongeaba sobremanera, porque en breve hubiera alejado á Carnot y Letourneur.

En el club de Clichy se trataba ruidosamente de la eleccion del nuevo director, proponiendo á

Cochon y Barthelemy. Cochon habia desmerecido alguna cosa en la ópinion de los contra-revolucionario desde que hizo prender á Brottier y sus cómplices, y especialmente desde sus circulares á los electores; y asi se preferia á Barthelemy, nuestro embajador en Suiza, á quien se creia ocultamente ligado con los emigrados y el príncipe de Condé.

En medio de aquella agitacion circulaban los mas absurdos rumores. Decíase que el Directorio queria prender á los diputados nuevamente elegidós é impedir su reunion, y hasta se aseguraba que trataba de asesinarlos. Sus amigos al contrario decian estarse preparando en Clichy su sumaria, y que se esperaba al nuevo tercio para presentarla en los Quinientos.

Pero mientras que los partidos se agitaban de esta manera, esperando un acontecimiento que debia alterar las mayorías y variar la direccion del gobierno de la república, se preparaba una nueva campaña, que segun los presagios deberia ser la última. Las potencias se hallaban poco mas ó menos tan divididas como el año anterior. La Francia, en union con la España y la Holanda, tenia que hacer frente á la Inglaterra y el Austria. Los sentimientos de la córte de España no eran ni podian ser favorables á los republicanos franceses, pero su política, dirigida por el príncipe de la Paz, les era enteramente favorable. Miraba su alianza como el medio mas seguro de proteccion contra sus principios, y se lisongeaba con razon de que no tratarian de encender en ella la revolucion, mientras fuese su poderosa auxiliar marítima. Por otra parte sentia un inveterado ódio hácia la Inglaterra, lisongeándose de que la union de todas las escua-

dras del continente, la proporcionaria el medio de vengar sus injurias. El príncipe de la Paz que veia unida su existencia á esta política, y conocia que moriria con ella, empleaba todo su ascendiente con la reina para que triunfase de los sentimientos de la familia real, y lo lograba perfectamente. Resultaba sin embargo de este estado de cosas, que los franceses vivian maltratados individualmente en España, mientras su gobierno obtenia de ella las mayores atenciones. Por desgracia la legacion francesa no se condujo con todo el miramiento debido á una potencia amiga, ni con la firmeza necesaria para proteger á los súbditos franceses. La España al unirse á la Francia, habia perdido la importante colonia de la Trinidad, y esperaba que si la Francia se libraba en aquel año del Austria, y volvia todas sus fuerzas contra la Inglaterra, espiaria esta todos sus adelantos. La reina se lisongeaba especialmente de un ensanche en Italia, para su yerno el duque de Parma. Tambien se trataba de una empresa contra Portugal; y en aquel general trastorno de estados, la córte de Madrid no habia perdido sus esperanzas de reunir bajo el mismo cetro toda la península.

Por lo respectivo á la Holanda, su situacion era bastante triste, pues se veia combatida por todas las pasiones á que dá márgen un cambio de constitucion. Los hombres cuerdos que querian un gobierno en que se conciliase el antiguo sistema federativo con la unidad necesaria para dar fuerza á la república bátava, tenian que luchar contra tres partidos igualmente peligrosos. En primer lugar contra los orangistas, en que iban comprendidas todas las hechuras del Sthathouder, los empleados

y el populacho; luego contra los federalistas, todos de familias ricas y poderosas, que anhelaban la conservacion del antiguo sistema, menos el Sthathouderato, porque ofendia su orgullo; y finalmente contra los demócratas pronunciados, partido revoltoso, audaz, implacable y compuesto de imaginaciones acaloradas, y aventureros. Los tres partidos chocaban encarnizadamente, y retardaban el establecimiento de la constitucion del pais. Ademas de estos obstáculos, la Holanda recelaba siempre una invasion de la Prusia, á quien solo reprimian las victorias de la Francia. Veia entorpecido su comercio en el Norte por los ingleses y los rusos, é iba perdiendo todas sus colonias por la traicion de la mayor parte de sus comandantes. El cabo de Buena Esperanza, Trinquemala y las Molucas, se hallaban ya en poder de los ingleses. Las tropas francesas acampadas en Holanda para protegerla contra la Prusia, observaban la mas laudable y rígida disciplina; pero las administraciones y los gefes militares no se portaban con delicadeza ni probidad; por lo cual se hallaba el pais terriblemente recargado. De aqui podria concluirse que la Holanda habia hecho mal en unirse á la Francia; mas esto seria un argumento infundado, pues aquella, situada entre dos ejércitos beligerantes, no podia librarse de la influencia de los vencedores. Bajo el mando del Sthathouder vivia sujeta á la Inglaterra, y sacrificada á sus intereses, y ademas esclavizada interiormente. Al unirse con la Francia corria las vicisitudes de esta potencia, mas continental que marítima, y comprometia sus colonias; mas podia llegar tiempo en que, gracias á la union de las tres marinas del continente, recobrasela

que habia perdido, y podia asi mismo esperar una constitucion razonable bajo la proteccion francesa. Tal es la suerte de los estados: si son fuertes, hacen por sí sus revoluciones, pero sufren todas sus consecuencias, y se ahogan en su propia sangre; si son débiles, ven á sus vecinos penetrar en ellos á mano armada para incendiarlos, y sufren todos los males que traen consigo los ejércitos estrangeros. No se degüellan, pero pagan los soldados que recorren su suelo. Tal era el destino de la Holanda y su situacion respecto á nosotros. Ya se deja ver que en aquel estado no era útil al gobierno francés, pues su marina y ejército se reorganizaban muy lentamente, las rescriciones bátavas con que se habia pagado la indemnizacion de guerra de cien millones, se negociaron casi por nada, y las utilidades de la alianza casi se habian hecho nulas para la Francia. Por esto habia cierto enojo entre ambas naciones. El Directorio argüia al gobierno holandés con la falta de sus promesas, y este al Directorio con que le reducia á la imposibilidad de guardarlas; pero á pesar de estas desavenencias, ambas potencias caminaban á un mismo objeto, y se disponia una escuadra y un ejército de embarco en Holanda para coadyuvar á los intentos del Directorio.

Con respecto á la Prusia, á gran parte de la Alemania, á Dinamarca, Suecia y Suiza, continuaba la Francia con estos estados en relaciones de estricta neutralidad. Entre la América y Francia se habian suscitado algunas quejas. Los Estados Unidos se portaban con nosotros tan ingrata como injustamente. El anciano Washington se habia dejado llevar hácia el partido de John-Adams y los ingleses, que querian volver la América al

sistema aristocrático y monárquico, para lo cual tomaban por pretesto las tropelías de algunos corsarios y la conducta de los agentes de la comision de salvacion pública, pretesto muy infundado, porque mucho mas graves eran las ofensas de los ingleses á la marina americana, mientras que la conducta de los agentes tenia alguna escusa con lo crítico de aquellos tiempos. Los partidarios ingleses circulaban la voz de que la Francia trataba de que le cediese la España las Floridas y la Luisiana; que por medio de estas provincias y del Canadá cercaria á los Estados Unidos sembraria allí los principios democráticos, y sucesivamente iria librando todos los estados de la Union, disolviendo casi la confederacion americana, y formando una inmensa democracia entre el golfo mejicano y los cinco lagos. Esto no era nada, pero semejantes patrañas servian para acalorar los ánimos y grangear enemigos á la Francia. Los americanos acababan de concluir un tratado de comercio con la Inglaterra; que comprendia estipulaciones por las que esta potencia adquiria ventajas, reservadas en otro tiempo únicamente á la Francia por los servicios que habia hecho á la causa americana. El parecer de un rompimiento con los Estados Unidos tenia muchos partidarios en el gobierno francés; y Monroë, que era embajador en Paris, daba en este concepto los mas prudentes consejos al Directorio. La guerra con Francia, decia, obligará al gobierno americano á buscar la proteccion de la Inglaterra, y se entregará á su influencia; y entonces dominará la aristocracia en los Estados Unidos, y quedará comprometida su libertad. Pero sufriendo por el contrario con re-

signacion las desatenciones del presidente actual, se le dejará sin disculpa, se enterará á los americanos, y se decidirá un nombramiento, opuesto á la próxima eleccion, reparándose entonces todos los perjuicios de que se queja la Francia. Este dictamen cuerdo y previsor prevaleció en el Directotorio. Rewbell, Barrás y Larevelliere le hicieron triunfar contra la opinion del sistemático Carnot, que aunque comunmente inclinado á la paz, queria que se adquiriese la Luisiana, y que se intentase establecer en ella una república.

Tales eran las relaciones de la Francia con las potencias aliadas ó amigas suyas. La Inglaterra y el Austria habian concluido el año anterior un tratado de triple alianza con la Rusia; pero acababa de morir la célebre y aleve Catalina. Su sucesor Paulo I, príncipe de pocas luces, y que solo tenia lucidos intérvalos como muchos de su familia, manifestó bastante consideracion á los emigrados franceses, y muy poca eficacia para llevar á efecto las condiciones del tratado de triple alianza. Parecia que aterraba á este príncipe el colosal poder de la revolucion francesa, y hubiérase dicho que comprendia el peligro de hacerla mas temible combatiéndola, al menos asi lo harian creer las palabras que dijo á un francés, bien conocido por su instruccion y talento. Sin quebrantar el tratado, habia hecho valer la situacion de sus ejércitos y tesoro, aconsejando á la Inglaterra y Austria el medio de las negociaciones; y aunque la primera trató de inclinar al rey de Prusia á mezclarse en la liga, no pudo lograrlo, pues el príncipe conocia que ningun interés lograba en ausiliar á su mas temible enemigo el emperador. La

Francia le prometia una indemnizacion en Alemania para el Sthathouder su cuñado, pues él nada debia apetecer para sí. Queria únicamente impedir que el Austria, batida y despojada por la Francia, reparase sus pérdidas en Alemania, y aun hubiera deseado oponerse á que recibiera indemnizaciones en Italia, por esto habia declarado que jamás consentiria en que el Austria recibiese la Babiera á trueque de los Paises-Bajos, y al mismo tiempo hacia proponer su alianza á la república de Venecia, ofreciéndole afianzarla en el caso de que la Francia y el Austria intentasen avenirse á costa suya. Su mira pues, era estorbar que el emperador hallase con que repararlas pérdidas que esperimentaba al pelear contra la Francia.

Como la Rusia no intervenia todavia en ella y persistia la Prusia en su neutralidad, quedaban únicamente la Inglaterra y el Austria. La primera se hallaba en una posicion muy triste, pues si bien no temia ya, al menos por el momento, una espedicion á la Irlanda, su banco se hallaba en mayor riesgo que nunca; no contaba enteramente con el Austria, á quien veia desalentada, y aguardaba que la Francia, despues de haber vencido al continente se lanzase contra ella con todas sus fuerzas. El Austria, á pesar de la posesion de Kehl y Huninga, conocia que se habia perdido por obstinarse contra dos cabezas de puente, y por no llevar todas sus fuerzas á Italia. Los desastres de Rívoli y la Favorita y la toma de Mántua la ponian en inminente peligro. Se veia obligada á dejar el Rin sin guarniciones, y á reducirse en aquella frontera á una verdadera infe-

rioridad, debiendo llevar sus fuerzas y su príncipe Cárlos hácia el lado de Italia. Pero mientras sus tropas atravesaban el espacio desde el alto Rin al Piavia y el Izonzo quedaba espuesta é indefensa á los tiros de un enemigo que sabia aprovecharse admirablemente de las ocasiones.

Todos estos temores eran fundados, pues en efecto la Francia le preparaba golpes terribles, que no tardó en realizar la campaña que vamos á describir.

CAPITULO VIII.

Estado de nuestros ejércitos al abrirse la campaña de 1797.—Marcha de Bonaparte contra los estados romanos. Tratado de Tolentino con el papa.—Nueva campaña contra los austriacos. Paso del Tagliamento. Combate de Tarwis.—Revolucion en las ciudades de Bergamo, Brescia y otras de los estados de Venecia.—Paso de los Alpes Julianos por Bonaparte. Marcha sobre Viena. Preliminares de paz con el Austria, firmados en Leoben.—Paso del Rin por Neuwied y Dirshein.—Perfidia de los venecianos. Deguello en Verona. Caida de la república de Venecia.

Reforzado el ejército de Sambre y Mosa con una gran parte del de Occéano habia ascendido á ochenta mil hombres y Hoche, ha quien habian nombrado su general, se detuvo poco tiempo en Paris al volver de la espedicion de Irlanda, y se apresuró á pasar á su cuartel general. Empleó el invierno en organizar sus tropas y proveerlas de cuanto necesitaban, y sacando de la Holanda y de las provincias de entre el Mosa y el Rin, que se consideraban como paises conquistados, inumerables recursos, puso á sus soldados fuera del estado en que se hallaba el ejército del Rin. Discurriendo otra distribucion de los diferentes ejércitos, perfeccionó los cuerpos y les dió la mejor organizacion. Ardia en deseos de volar al frente de sus ochenta mil hombres, y no veia obstáculo al-

guno que le pudiese impedir el progresar hasta el corazon de la Alemania. Ansioso por distinguirse en la carrera política, queria imitar el egemplo del general de Italia, y crear otra república. Las provincias de entre el Mosa y el Rin, que no habian sido declaradas como la Bélgica, territorio constitucional, se hallaban interinamente bajo la autoridad militar. Si en la paz con el imperio se les negaban á la Francia, para no cederla la línea del Rin, al menos se podia consentir en que se constituyesen en una república independiente, aliada y amiga de la nuestra. Esta república con el nombre de Cirhenana, hubiera podido quedar firmemente unida á la Francia, y serle tan útil como cualquiera de sus provincias. Hoche se aprovechaba de la ocasion para darle una organizacion interina y predisponerla al sistema republicano, y formó en Bonn una comision con el doble objeto de organizarla y sacar de ella los recursos necesarios á nuestras tropas.

Muy lejos estaba el ejército del alto Rin, á las órdenes de Moreau, de hallarse en tan floreciente estado. En cuanto al valor y disciplina de los soldados, nada dejaba que desear; pero carecia de lo necesario hasta el punto de que por falta de dinero no podia habilitar un puente, y se hallaba paralizado para entrar en campaña. Moreau instaba continuamente para obtener algunos centenares de miles de francos, que no podia remitirle la tesorería, y tuvo que dirigirse al efecto al general Bonaparte; mas como tenia que esperar á que este concluyera su escursion por los estados del papa, habian de retrasarse precisamente en el Rin las operacioues.

Los mayores y mas activos golpes iban á darse en Italia, donde Bonaparte, dispuesto á destruir en Rívoli el último ejército austriaco, anunció que recorreria por algun tiempo los estados del papa para someterle á la república, y sacar de ellos el dinero necesario al ejército; añadiendo que si le enviaban un refuerzo de treinta mil hombres, atravesaria los Alpes Julianos, y marcharia atrevidamente contra Viena Este plan tan inmenso, era ilusorio en el año anterior, pero á la sazon podia realizarse. Solo la política del Directorio hubiera podido entorpecerlo, no queriendo fiar todas las operaciones de la guerra á un jóven tan voluntarioso: sin embargo, el afable Larevelliere insistió con ahinco en que se le proporcionasen medios para llevar á cabo tan gran proyecto, que terminaria de una vez la guerra. Resolvieron enviarle treinta mil hombres del Rin, sacando á la division de Bernardotte del ejército del Sambre y Mosa, y á la de Delmas del alto Rin, para que ambas pasasen los Alpes en el rigor del invierno. Moreau hizo los mayores esfuerzos con el fin de que la division de Delmas representase dignamente en Italia al ejército del Rin, escogiendo sus mejores tropas, y apurando sus almacenes para equiparlas, obrando en esto como el hombre mas pundonoroso y delicado. Las dos divisiones que formaban veinte y tantos mil hombres, pasaron los Alpes en enero, cuando nadie sospechaba siquiera su marcha. Al ir á atravesar los Alpes les detuvo una tempestad; y aunque los guias aconsejaban que se hiciese alto; rompieron al paso de ataque, arrostraron la tempestad entre el estrépito de los tambores, y con las banderas des-

plegadas, y bajaron al Piamonte, cuando aun se ignoraba su salida del Rin.

Apenas habia firmado Bonaparte la capitulacion de Mántua, cuando sin aguardar á que el mariscal Wurmser desfilase á su presencia, emprendió su marcha hácia Bolonia para dar la ley al papa. El Directorio hubiera querido verle destruir de una vez el poder temporal de la Santa Sede; pero no se lo imponia como un deber, sino que le dejaba en libertad para obrar segun las circunstancias y su discrecion. Bonaparte no trataba de acometer semejante empresa; y mientras que en la Italia alta se hacian los preparativos para marchar al otro lado de los Alpes Julianos, queria privar al pontífice de una ó dos provincias, é imponerle una contribucion que cubriese los gastos de la nueva campaña. Aspirar á otra cosa, era comprometer el plan general contra el Austria. Era pues mas que todo preciso conducirse de modo que no se diera lugar á una guerra de religion, y aterrar á la córte de Nápoles, que habia firmado la paz, pero que no se miraba obligada por su tratado. Esta potencia mostraba deseo de intervenir en la contienda, bien para apoderarse de una parte de los restos del pontífice, bien para estorbar el establecimiento de una república en Roma, que era lo mismo que alejar la revolucion de su casa. Bonaparte reunió en Bolonia la division de Victor y las nuevas tropas italianas levantadas en Lombardía y la Cispadana, y se dirigió al frente de ellas para acometer una empresa, que si habia de conducirse bien, necesitaba todo su tino y eficacia.

Hallábase el papa en la mayor inquietud, por que el emperador, aunque le prometió su alianza,

fué con las mas gravosas condiciones, es decir, exigiendo á Ferrara y Commachio; pero esta misma alianza era de ningun efecto, apenas quedó deshecho el ejército de Alvinzy. Por lo tanto la Santa Sede se habia comprometido en vano. Se interceptó la correspondencia del cardenal Busca, secretario de estado y enemigo declarado de la Francia, con lo cual quedaban patentes los proyectos contra el ejército francés, á quien se habia querido sorprender por la espalda, y no quedaba ya escusa ninguna para invocar la compasion del vencedor, cuyas proposiciones hacia mas de un año que se despreciaban. Cuando el ministro Cacault publicó el manifiesto del general francés, y solicitó retirarse, no se atrevieron á detenerle por un resto de orgullo, pero quedaron en la mas cruel incertidumbre. Ya no se dió oidos mas que á los consejos de la desesperacion. El general austriaco Colli, que llegó á Roma con algunos oficiales, se puso al frente de las tropas pontificias; se predicaron sermones fanáticos por todas las provincias romanas, prometiendo el cielo á todos los que muriesen por la Santa Sede, y procurando levantar una Vendée alrededor de Bonaparte; y finalmente se suplicó con la mayor instancia á la corte de Nápoles para reanimar toda su ambicion y religioso celo.

Avanzó rápidamente Bonaparte para no dar tiempo á que cundiese el incendio, marchando hácia el Senio el 16 de pluvioso, año V, (4 de febrero). Alli se habia hecho fuerte el ejército papal, que constaba de siete á ocho mil hombres de tropas regulares, y de innumerables paisanos, armados atropelladamente, y conducidos por sus frai-

les; ejército que presentaba el aspecto mas ridículo. Salió un parlamentario á declarar que si se obstinaba en avanzar el ejército de Bonaparte se le haria fuego; avanzóse sin embargo hácia el puente del Senio, que estaba bastante bien fortificado. Lannes marchó por el rio arriba con algunas compañías; lo vadeó, y se colocó en batalla á retaguardia del ejército pontificio: al mismo tiempo el general Lahoz se dirigió hácia el puente con las tropas lombardas y lo tomó al momento. Las nuevas tropas italianas sostuvieron bien el fuego, que duró con calor por algunos instantes; sin embargo, se hicieron cuatrocientos ó quinientos prisioneros, y se acuchilló á algunos paisanos, retirándose desordenado el ejército de Italia. Persiguiósele hasta Faenza, y forzando sus puertas, se entró al toque de rebato y entre los alaridos de un pueblo enfurecido. Los soldados pidieron saqueo, pero Bonaparte se opuso á ello. Reunió á los prisioneros en las orillas del Senio, y les habló en italiano; los infelices creian que iba á degollarlos; mas Bonaparte les tranquilizó, anunciándoles, con gran sorpresa suya, que quebaban libres, con la única condicion de ir á manifestar á sus compatriotas las intenciones de los franceses; que no iban á destruir la religion ni la Santa Sede, sino á libertar al papa de los malos consejeros que le rodeaban. En seguida les dió de comer, y les despidió avanzando luego rápidamente desde Faenza á Forli, Cesena, Rimini, Pésaro y Sinigaglia. Colli, á quien solo quedaban tres mil hombres de tropas regulares, se fortificó delante de Ancona, en una posicion ventajosa; pero Bonaparte los envolvió y se apoderó de la mayor parte, dándoles despues li-

bertad con las mismas condiciones. Colli se retiró con sus oficiales á Roma, que era el único punto á donde habia que dirigirse. Bonaparte se encaminó desde luego á Loreto, cuyo tesoro se habia sacado, y apenas halló un millon. La vírgen de madera vieja se envió á Paris como un objeto de curiosidad. Desde Loreto dejó las orillas del mar y se dirigió por Macerata al Apenino, para atravesarle é introducirse en Roma si era menester. Llegó á Tolentino el 25 de pluvioso (13 de febrero), esperando alli para ver el efecto que producian su rápida marcha y la libertad de los prisioneros. Envió al general de los camaldulenses, religioso en quien tenia suma confianza Pio VI, y le encargó que llevase á Roma proposiciones de paz, pues Bonaparte queria ante todo que se sometiese el papa y aceptase las condiciones que trataba de imponerle. No queria gastar tiempo en encender en Roma una revolucion que pudiera entorpecerle mas de lo necesario, provocar acaso á tomar las armas á la córte de Nápoles, y finalmente, que derrocando el gobierno establecido, arruinaria por el pronto el erario romano, y no dejaria sacar del pais los veinte ó treinta millones que necesitaba. Juzgaba que la Santa Sede, privada de sus mas hermosas provincias en beneficio de la Cispadana, y próxima á la nueva república, se abrasaria al punto en el fuego revolucionario y sucumbiria de alli á poco. Esta política era muy hábil, y el tiempo oprobó su exactitud. Esperó, pues, en Tolentino los efectos de la clemencia y el temor.

Esparciéronse en efecto los prisioneros por todos los puntos del estado romano, y especialmente en la capital, circulando las noticias mas favorables

al ejército francés, y calmando el ódio que se le tenia. Llegó el general camaldulense al Vaticano, en el instante en que el papa iba á subir en su carruage para salir de Roma. Tranquilizado este príncipe con lo que le refirió el religioso, desistió de su viage, separó al secretario de estado Busca, y envió á Tolentino para tratar con el general francés al cardenal Mattei, al prelado Galeppi, al marqués Massimi y á su sobrino el duque de Braschi. Llevaban poderes ámplios para la negociacion, con tal que el general no exigiese ningun sacrificio respecto á la fé; de suerte que el tratado era muy sencillo, porque el general francés no trataba de artículos de fé; y asi es que se concluyó en breves dias, y firmó en Tolentino el 1.º de ventoso (19 de febrero). Sus condiciones eran estas: El papa anulaba cualquier tratado de alianza contra la Francia, reconocia la república y se declaraba en paz y armonía con ella. Le cedia todos sus derechos al condado venesino; abandonaba definitivamente á la república Cispadana las legaciones de Bolonia y Ferrara, y ademas la hermosa provincia de la Romania. La ciudad é interesante ciudadela de Ancona quedaban en poder de la Francia hasta la paz general, restituyéndose al papa las dos provincias del ducado de Urbino y Macerata, que el ejército francés habia invadido, mediante la suma de quince millones, cobrándose ademas igual suma por la tregua de Bolonia, pendiente todavia. De los treinta millones, las dos terceras partes debian pagarse en dinero, y la restante en diamantes ó piedras preciosas. El papa debia aprontar ochocientos caballos de montar, otros ochocientos de tiro, búfalos y otros productos del territorio de

la Iglesia. Debia desaprobar el asesinato de Basseville y abonar trescientos mil francos, asi á los herederos, como á los que habian padecido á consecuencia de este acontecimiento. Todos los efectos artísticos y manuscritos que se cedian á la Francia en la tregua de Bolonia, debian remitirse á Paris inmediatamente.

A esto se redujo el tratado de Tolentino, que proporcionó á la república Cispadana, ademas de las legaciones de Bolonia y Ferrara, la hermosa provincia de la Romania, y que daba al ejército un subsidio de treinta millones, el cual era mas que suficiente para la campaña que iba á emprenderse. Esta espedicion se hizo en quince dias; y mientras se negociaba este tratado, supo Bonaparte infundir respeto á la corte de Nápoles, y libertarse de ella. En el mismo Tolentino hizo una cosa notable, que probaba ya su política personal. Hallábase inundada la Italia, y especialmente los estados pontificios, de clérigos franceses desterrados, los cuales no merecian muy buena acogida en los conventos á donde se retiraban. Los decretos del Directorio les prohibian residir en los paises dominados por nuestras armas, y los frailes italianos no llevaban muy mal el verse libres de aquellos huéspedes al aproximarse nuestras tropas. Los infelices estaban desesperados, pues separados tanto tiempo hácia de su patria, espuestos á todos los desaires de los estrangeros, lloraban al ver á nuestros soldados, y conocieron á algunos de quienes habian sido párrocos en los pueblos de Francia. Bonaparte era muy sensible; y por otra parte gustaba de vivir sin preocupaciones revolucionarias ni religiosas, y asi, ordenó que todos los conventos de

la Santa Sede acogiesen á los clérigos franceses, les mantuviesen y pagasen; con lo cual mejoró su posicion, en vez de lanzarlos como proscriptos, comunicando al Directorio, los motivos que habia tenido para infringir sus decretos. «Haciendo contínuas batidas de estos desventurados, dijo, se les precisa á volverse á su patria. Mas vale que estén en Italia, donde pueden sernos útiles, que no en Francia, porque no son tan fanáticos como los italianos, y desengañarán al pueblo á quien se irrita contra nosotros. Ademas, añadia, si lloran al vernos, ¿cómo no hemos de compadecernos de su infortunio?» El Directorio aprobó su conducta, que manifestándose al público con su carta, produjo una sensacion estraordinaria.

Inmediatamente se volvió hácia el Adige para emprender la mas atrevida marcha militar de cuantas mencionan las historias. Despues de haber atravesado una vez los Alpes para penetrar en Italia, iba á pasarlos de nuevo para lanzarse mas allá del Davre y el Muer, en el valle del Danubio, y dirigirse contra Viena. Jamás se habia presentado ningun ejército francés, á la vista de esta capital; y para llevar á cabo tan vasto proyecto, era necesario arrostrar innumerables peligros. Dejaba á su espalda toda la Italia sobrecogida de terror y admiracion, pero preocupada siempre con la idea de que los franceses no podian dominarla por mucho tiempo.

Parecia que la última campaña de Rívoli y la toma de Mántua, debian haber disipado estas dudas; pero todas iban á renovarse con la marcha á Alemania. Los gobiernos de Génova, Toscana, Nápoles, Roma, Turin, y Venecia, exasperados de

ver situado en medio de ellos, en la Cispadana y la Lombardía, el foco de la revolucion, podian aprovecharse del primer contratiempo para sublevarse: y en la incertidumbre del resultado, los patriotas italianos se observaban para no comprometerse. El ejército de Bonaparte era muy inferior á lo que hubiera debido ser para precaver los riesgos; pues las divisiones de Delmas y Bernardotte, que llegaron del Rin, no ascendian á mas de veinte mil hombres, y el antiguo ejército de Italia contaba con mas de cuarenta mil, que agregados con las tropas lombardas, daban un total de cerca de sesenta mil hombres. Mas era preciso dejar en Italia lo menos veinte mil hombres, guarnecer el Tirol con quince ó diez y ocho mil, y no quedaban mas que unos treinta mil para encaminarse contra Viena, que era una temeridad inaudita. Para allanar Bonaparte estas dificultades, procuró estipular con el Piamonte una alianza ofensiva y defensiva, á que aspiraba hacia mucho tiempo; alianza que debia proporcionarle diez mil hombres de escelentes tropas. El rey, que al principio no se habia contentado con el afianzamiento de sus estados en pago de los servicios que iba á prestar, accedió al presente que veia inflamados con la revolucion todos los ánimos, y firmó el tratado que se remitió á Paris; pero este tratado se oponia á las miras del gobierno francés, pues el Directorio al aprobar la política de Bonaparte en Italia, que consistia en esperar la inmediata ruina de los gobiernos y no provocarla, para no cargar con las fatigas ni responsabilidad de las revoluciones, el Directorio no queria ni atacar ni defender á ningun príncipe. Era pues, muy incierta la ratificacion del tratado, y exi-

gia ademas quince ó veinte dias, y aun despues era preciso que se pusiese en movimiento el contingente sardo, para cuyo tiempo Bonaparte debia estar ya al otro lado de los Alpes. Bonaparte hubiera querido principalmente concluir un tratado semejante de alianza con Venecia, cuyo gobierno hacia considerables armamentos con el fin que se dejaba conocer. Las lagunas estaban llenas de regimientos, y el potestad de Bergamo, Ottolini, ciego instrumento de los inquisidores de estado, habia repartido dinero y armas entre los montañeses del Bergamasco, y los tenia preparados para ocasion oportuna. Tan débil como pérfido este gobierno, no queria comprometerse, y se obstinaba en su pretendida neutralidad, rehusando la alianza del Austria y de la Prusia, pero se hallaba con las armas en la mano; y si al entrar en Austria los franceses sufrian algun descalabro, estaba decidido á pronunciarse entonces acuchillándolos en su retirada. Bonaparte, que era tan astuto como la aristocracia veneciana, conocia este peligro, y se inclinaba á su alianza, mas para precaverse de sus siniestros designios, que para valerse de su socorro. Al pasar el Adige trató de ver al procurador Pésaro, el mismo á quien habia atemorizado tanto el año anterior en Peschiera, le hizo las proposiciones mas francas y amistosas, y le dijo que toda la tierra firme, abrigaba ideas revolucionarias; que bastaba á los franceses pronunciar una palabra, para que todas las provincias se sublevasen contra Venecia; pero que si Venecia se hermanase con ellas, los franceses no incitarian á la rebelion, antes bien procurarian calmar los ánimos, asegurarian á la república contra la ambicion del Austria, y sin

exigirle el sacrificio de su constitucion, se contentarian con aconsejarle para su bien, que hiciese ciertas modificaciones indispensables.—Nada mas prudente ni sincero que este dictámen. No es cierto que el Directorio ni Bonaparte tratasen al mismo tiempo de entregar á Venecia al Austria, pues el Directorio nada habia pensado respecto á esto, antes bien si en algo meditaba, era en libertar á la Italia, y no en ceder parte de ella al Austria. En cuanto á Bonaparte, queria ser su sincero aliado; y si Venecia le hubiese escuchado, si se le hubiera unido y modificado su constitucion, habria salvado su pais y sus antiguas leyes. Pésaro solo respondió de un modo evasivo; y viendo Bonaparte que nada podia esperar, trató de tomar sus precauciones, y de proveerse de arbitrios por su acostumbrado medio, la rapidez y redoblados golpes.

Tenia sesenta y tantos mil hombres de las mejores tropas que jamás se vieron en Europa. Pensaba dejar diez mil en Italia, los cuales reunidos á los batallones lombardos y cispadanos, formarian un total de quince ó diez y ocho mil hombres capaces de contener á los venecianos. Le quedaban aun cincuenta y tantos mil combatientes, que los iba á distribuir del modo siguiente. Tres caminos conducian á Viena por entre los Alpes Rethianos Noricos y Julianos; el primero, situado á la izquierda, atravesaba el Tirol por el collado de Brenner; el segundo en el centro, cruzando la Carintia por el de Tarwis, y el tercero á la derecha, que pasa por el Tagliamento y el Izonzo, y conduce á Carniola. El archiduque Cárlos tenia el grueso de sus fuerzas en el Izonzo, guarneciendo la Carniola, y cubriendo á Trieste. Dos cuerpos, uno en Feltre y

Belluno, y el otro en el Tirol, ocupaban los otros dos caminos. Por no haber enviado el Austria hasta muy tarde sus fuerzas á Italia no habian llegado aun seis hermosas divisiones que partieron del Rin; falta que hubiera podido repararse en parte si el archiduque Cárlos, colocando en el Tirol su cuartel general, hubiera querido operar contra nuestra izquierda; pues entonces hubiera recibido quince dias antes las seis divisiones del Rin; y Bonaparte, en vez de desfilar por la derecha, por la Carintia ó la Carniola, se hubiera visto obligado á chocar con él, y destruirle antes de aventurarse al otro lado de los Alpes. Le hubiera hallado entonces con sus mejores tropas, y no hubiera salido tan airoso; pero el archiduque tenia órden de cubrir á Trieste, único puerto de la monarquía, y por esto se fijó en el desfiladero de la Carniola, y situó cuerpos accesorios en las carreteras de la Carintia y el Tirol. Dos de las divisiones del Rin debian reforzar en el Tirol al general Kerpen; las otras cuatro correrse por detrás de los Alpes, atravesando la Carintia y la Carniola, y unirse en el Friuli con el cuartel general. Pero se estaba en ventoso (marzo), y los Alpes se hallaban cubiertos de nieve y hielo; ¿quién habia de pensar que Bonaparte pensase en aquel momento en ascender á sus cumbres?

Creyó Bonaparte que lanzándose sobre el archiduque, antes de que llegasen las principales fuerzas del Rin, tomaría mas fácilmente los desembocaderos de los Alpes, los atravesaria en pos de él, batiria sucesivamente, como acostumbraba hacerlo, á los austriacos separados, y si le apoyaban con algun movimiento los ejércitos del Rin, se adelantaría hasta Viena. En consecuencia reforzó á

Joubert, que desde la accion de Rívoli merecia toda su confianza, con las divisiones Baraguey de Hilliers y Delmas, y completó un cuerpo de diez y ocho mil hombres. Encargóle subir al Tirol, batir completamente á los generales Laudon y Kerpen, arrojarles mas allá del Brenner, al otro lado de los Alpes, y desfilar en seguida por la derecha, atravesando el Putershal para unirse con el ejército principal en la Carintia, Laudon y Kerpen podian indudablemente volver al Tirol despues que se hubiera unido Joubert al ejército principal; pero necesitaban tiempo para recobrarse de una derrota, reforzarse y volver á posesionarse del Tirol, durante cuyo tiempo, estaria ya Bonaparte á las puertas de Viena. Para no irritar á los tiroleses, encargó á Joubert que obsequiase á los clérigos, hablase bien del emperador y mal de sus ministros, no llegase mas que á las cajas imperiales, y no hiciese la menor alteracion en la administracion del pais. Encargó al intrépido Massena, que con su brillante division de diez mil hombres marchase contra el cuerpo del centro hácia Feltre y Belluno, corriese á las gargantas del Ponteba, que preceden al gran collado de Tarwis, que se apoderase de aquellas y de este, y quedarse asi en posesion del desembocadero de la Carintia. El trataba de marchar personalmente con tres divisiones de veinte y cinco mil hombres sobre el Paivía y el Tagliamento, para rechazar á la Carniola al archiduque, bajar en seguida al camino de la Carintia, unirse con Massena en el collado de Tarwis, atravesar por este punto los Alpes, descender al valle del Drave y del Muer, incorporarse con Joubert, y emprender la marcha hácia Viena. Para todo es-

to contaba con el ímpetu y audacia de sus ataques, y con la impresion que producian sus repentinos y terribles golpes.

Antes de ponerse en marcha confió el mando de la alta Italia al general Kilmaine, debiendo la division de Victor, que escalonada por los estados del papa esperaba el pago de los treinta millones, volver al Adige en breves dias, y formar en él con los lombardos el ejército de observacion. En las provincias venecianas se notaba estraordinaria agitacion, y los paisanos y montañeses, amigos del clero y la aristocracia, y las ciudades encendidas en el fuego revolucionario, estaban próximos á venir á las manos. Prescribió Bonaparte al general Kilmaine que observase la mas estricta neutralidad, y se puso en marcha para efectuar sus grandes proyectos, publicando, segun su costumbre, una proclama enérgica y á propósito para acrecentar la exaltacion de sus soldados, si es que podia aumentarse. El 20 de ventoso, año V (10 de marzo de 1797), á pesar de un frio muy intenso y de las montañas cubiertas de algunos pies de nieve, puso toda su línea en movimiento. Empezó Massena su operacion contra el cuerpo del centro, le rechazó á Feltre, Belluno y Cadore, le hizo mil prisioneros, entre los cuales se contaba el general Lusignan, bajó á Spilimbergo, y se introdujo en las gargantas del Ponteba, que preceden al collado de Tarwis. Bonaparte se adelantó hácia el Piavía con tres divisiones; la de Serrurier, que se distinguió delante de Mántua; la de Augereau, encomendada á la sazon al general Guyeux, en ausencia de Augereau, que habia ido á conducir banderas á Paris, y la de Bernardotte, recien llegada del Rin. Esta

última contrastaba por su sencillez y severo aspecto con el antiguo ejército de Italia, enriquecido en las hermosas llanuras que habia conquistado, y compuesto de meridionales valientes, fogosos y destemplados. Los soldados de Italia, orgullosos de sus victorias, se burlaban de los soldados del Rin, llamándoles el *contingente*, por alusion á los contingentes de los círculos, que en los ejércitos del emperador no servian para grande empeño. Los soldados del Rin, envejecidos en el servicio, se impacientaban por manifestar á sus rivales de gloria su denuedo, habiendo andado ya mas de una vez á cuchilladas con motivo de estas burlas, y anhelando el momento de medir respectivamente sus fuerzas con el enemigo.

El dia 13 de marzo pasaron las tres divisiones el Piavia, sin mas contratiempo que el de haber estado á pique de ahogarse un hombre, á quien salvó una cantinera arrojándose á nado, por lo cual la regaló Bonaparte un collar de oro. Replegáronse las vanguardias enemigas, refugiándose detrás del Tagliamento, adonde estaban reunidas para defender el paso todas las tropas del príncipe Cárlos, diseminadas por el Friuli. Próximos estaban á encontrarse los dos jóvenes enemigos, de quienes uno, salvando la Alemania con un feliz pensamiento, adquirió el año anterior célebre nombradía; era valiente, estraño á las rutinas alemanas, pero desconfiado del triunfo, y muy aprensivo por su gloria. El otro habia asombrado á la Europa con la fecundidad y audacia de sus combinaciones, y no temia nada en el mundo. Modesto hasta que llegó á Lodi, creia ya que ningun génio podia igualarse con el suyo, ni soldado alguno con el

francés. El 26 de ventoso (16 de marzo) por la mañana, dirigió Bonaparte sus tres divisiones por Valvasona, á orillas del Tagliamento. Este rio, que tiene mal trazado su cáuce, se precipita desde los Alpes sobre piedras, y se divide en una multitud de brazos, vadeables todos. El ejército austriaco estaba desplegado en la orilla opuesta, barriendo con su fuego la superficie del rio, y ostentando en sus alas su hermosa caballería para emplearla en aquellas llanuras tan favorables á las evoluciones.

Dejó Bonaparte en Valvasona la division de Serrurier para que le sirviera de reserva, y llevó las dos restantes, la de Guyeux á la izquierda, en frente del pueblo de Gradisca, donde se hallaba el enemigo, y la segunda á la derecha, enfrente de Godroipo. Empezó á jugar la artillería y á escaramuzar la caballería; y hallando Bonaparte muy preparado al enemigo, fingió dar descanso á sus tropas, mandó cesar el fuego, y ordenó que sacasen los ranchos. Engañado el enemigo, creyó que como las divisiones habian estado andando toda la noche, iban á hacer alto y descansar; pero á mediodia manda Bonaparte coger de repente las armas, desplegándose á la izquierda la division Guyeux, y la de Bernardotte á la derecha, y formándose los batallones de granaderos. Al frente de cada division se coloca la infantería ligera, dispuesta á dispersarse en guerrillas; luego los granaderos que deben acometer, y en seguida los dragones para sostenerlos. Detrás de las dos vanguardias forman las divisiones. Cada media brigada lleva desplegado en batalla su primer batallon, y los otros dos en columna cerrada sobre las alas del primero, debiendo la caballería acudir á los costa-

dos. El ejército se adelanta asi hácia las orillas del rio, y marcha al combate con el mismo órden y serenidad que en una parada. El general Dammartin á la izquierda, y Lespinasse á la derecha aproximan su artillería, y la infantería ligera se dispersa, y cubre las márgenes del Tagliamento con una nube de tiradores. Bonaparte dá entonces la señal, y los granaderos de ambas divisiones penetran en el agua sostenidos por escuadrones de caballería, y se dirigen á la otra orilla.—«Soldados del Rin, grita Bernardotte, el ejército de Italia os está mirando!»—Lánzanse por ambos lados con igual denuedo, y precipitándose sobre el ejército enemigo, le rechazan por todas partes. Sin embargo, el príncipe Cárlos habia situado en Gradisca un tercio de infantería hácia nuestra izquierda, y guardaba su caballería contra nuestra ala derecha, para atajarla, y cargarnos á favor de la llanura. El general Guyeux acomete furioso al frente de su division á Gradisca y se apodera de ella; mientras Bonaparte envia su reserva de caballería hácia nuestra ala amenazada, y la precipita al mando del general Dugua y del ayudante general Kellermann, sobre la caballería austriaca. Nuestros escuadrones cargan viva é impetuosamente, hacen prisionero al general de la caballería enemiga, y la ponen en derrota. El Tagliamento queda franqueado en toda la línea y puesto en fuga el enemigo, teniendo en nuestro poder cuatrocientos ó quinientos prisioneros, pues el terreno enteramente llano, no habia permitido hacer mayor número.

A esto se redujo la jornada del 16 de marzo, llamada batalla del Tagliamento. Mientras se estaba efectuando, Massena atacaba á Osopo por el

camino del centro, se apoderaba de las gargantas del Ponteba, é impelia hácia Tarwis á los restos de las divisiones de Lusignan y Orkscay.

Conocia el archiduque Cárlos que por defender la Calzada de la Carniola y cubrir á Trieste, iba á perder la de la Carintia, que era la mas directa y corta, y que Bonaparte queria ocupar para encaminarse á Viena. La calzada de la Carniola comunica con la de la Carintia y el collado de Tarwis por otro transversal que corre por el valle del Izonzo. El archiduque Cárlos envia por esta recta á la division de Bayalitsch, hácia el collado de Tarwis para atajar si es posible á Massena, y se retira en seguida con el resto de sus fuerzas al Friuli para disputar el paso del bajo Izonzo.

Por la noche se apoderó Bonaparte de Palma-Nova, plaza veneciana, ocupada por el archiduque, y que contaba con inmensos almacenes. En seguida se dirigió á Gradisca, ciudad situada delante del Izonzo, y llegó á ella el 29 de ventoso (19 de marzo). La division de Bernardotte se adelantó á Gradisca, que estaba poco fortificada, aunque defendida por tres mil hombres; y mientras tanto Bonaparte envió á la division de Serrurier un poco mas abajo de Gradisca para pasar el Izonzo y cortar á la guarnicion la retirada. Bernardotte sin esperar el resultado de esta tentativa, intimó la rendicion á la plaza; y negándose á ello el comandante, los soldados del Rin pidieron asaltarla para entrar antes que los de Italia. Se precipitaron sobre las trincheras, pero, una nube de balas y metralla se llévó mas de quinientos. Felizmente Serrurier puso fin al combate con su maniobra, y deponiendo las armas los tres mil hombres

de Gradisca, entregaron sus banderas y cañones.

Durante aquel tiempo habia llegado por fin Massena al collado de Tarwis, y despues de un porfiado combate, se apoderó de este paso de los Alpes. La division de Bayalitsch que atravesaba los manantiales del Izonzo para adelantar á Massena en Tarwis, iba á hallar interceptado el paso. Previendo esto el archiduque Cárlos, deja el resto de su ejército en el camino de Friuli y la Carniola con órden de unirse á él en Clagenfurth, detrás de los Alpes, y vuela á Villach, donde llegaban numerosos destacamentos del Rin, para atacar á Tarwis, espulsar de allí á Massena, y dejar espedito el camino á la division de Bayalitsch. Bonaparte deja tambien á la division de Bernardotte en persecucion de los cuerpos que se retiraban á la Carniola, y con las divisiones de Guyeux y Serrurier acosa por retaguardia á la division de Bayalitsch en el valle del Izonzo.

Despues de haber reunido el principe Cárlos detrás de los Alpes los restos de Lusignan y de Orkscay, que habian perdido el punto de Tarwis, les reforzó con seis mil granaderos, los mejores y mas valientes soldados del emperador, y volvió á atacar el collado de Tarwis, donde apenas habia dejado Massena un destacamento. Logró recobrarle, y se estableció en él con los cuerpos de Lusignan, Orkscay y los seis mil granaderos. Massena reunió toda su division para adquirirlo de nuevo, pues ambos conocian la importancia de este punto; porque tomado Tarwis, el ejército francés era dueño de los Alpes y se apoderaba de toda la division de Bayalistch. Massena se lanza furioso con su valiente infantería, y él en medio de ella, segun

acostumbraba: el príncipe Cárlos no se reservó mas que el general republicano, y se espuso varias veces á caer en poder de los tiradores franceses. El collado de Tarwis es el mas elevado de los Alpes Nóricos y domina á la Alemania, de modo que se peleaba entre las nubes, entre nieve y sobre llanuras de hielo. Líneas enteras de caballería caian derribadas y deshechas en aquel horrendo campo de batalla, hasta que finalmente despues de haber empleado hasta su último batallon, el archiduque Cárlos cedió á Tarwis á su tremendo enemigo, y se vió precisado á sacrificar á la division de Bayalitsch. Massena, dueño ya de Tarwis, se arrojó sobre la division de Bayalitsch que llegaba, y la atacó de frente, mientras ella se vió estrechada en su retaguardia por las divisiones de Guyeux y Serrurier á las órdenes de Bonaparte. Esta division no tenia mas recurso que entregarse prisionera; y aunque se salvaron muchos soldados naturales de la Carniola y la Croacia, atravesando las montañas y arrojando sus armas, quedaron cinco mil en poder de los franceses con todos los bagages, oficinas y parques del ejército austriaco que habian seguido este camino. Asi Bonaparte llegó en quince dias á la cumbre de los Alpes, realizando completamente su objeto en el punto que mandaba.

Tambien en el Tirol habia correspondido Joubert á su confianza, dando combates gigantescos. Ocupaban las dos orillas del Adige los dos generales Laudon y Kerpen; mas Joubert les atacó y destrozó en San Miguel, matándoles dos mil hombres y haciéndoles tres mil prisioneros. Persiguiéndoles sin descanso hácia Neumark y Tramin, y cogiéndoles todavia otros tres mil hombres, re-

chazó á Laudon á la izquierda del Adige en el valle del Meran, y á Kerpen á la derecha, al pié del Brenne. Reforzado este en Clausen con una de las dos divisiones del Rin, se dejó batir otra vez; y reforzado otra vez en Mittenwal con la segunda division del Rin, quedó finalmente destruido de nuevo, y se retiró al otro lado del Brenne. Despues de haber despejado asi el Tirol, Joubert giró sobre su derecha, dirigiéndose por el Putersthal para incorporarse con su general en gefe. Se estaba en el 12 de germinal (1.º de abril) y ya era Bonaparte dueño de la cumbre de los Alpes, con cerca de veinte mil prisioneros, é iba á reunirse con Joubert y Massena, dirigiéndose con cincuenta mil hombres hácia Viena, mientras su contrario, deshecho, se esforzaba en reunir sus restos á las tropas que llegaban del Rin. Tal era el resultado de aquella pronta y atrevida espedicion.

Pero mientras Bonaparte obtenia tan rápidos triunfos, estaba realizándose á sus espaldas todo lo que habia él previsto y recelado. Las provincias venecianas, acosadas por el espíritu revolucionario, se habian sublevado, ofreciendo asi al gobierno de Venecia un pretesto para sacar considerables fuerzas, y ponerse en estado de acabar con el ejército francés, en caso de descalabro. Las provincias de la orilla derecha del Mincio eran por su proximidad á la Lombardía las mas contagiadas del espíritu revolucionario. En Bergamo, Brescia, Salo y Crema habia infinitas familias principales, á quienes era insoportable el yugo de la nobleza del libro de oro, y que sostenidas por innumerables individuos de la clase media, formaban partidos poderosos. Siguiendo los consejos de Bonaparte,

abriendo las páginas del libro de oro, y haciendo varias alteraciones en la antigua constitucion, el gobierno de Venecia hubiera desarmado al temible partido de todas las provincias de tierra firme; pero la ceguedad comun á todas las aristocracias, habian impedido esta transacion, y hecho necesaria una revolucion. Facil es determinar la parte que en esta revolucion tomaron los franceses, á pesar de todos los absurdos inventados por el ódio y repetidos por la necedad. Componíase el ejército de Italia de revolucionarios meridionales, es decir, impetuosos. En todas sus relaciones con los súbditos venecianos, no podian menos de comunicarles sus ideas y de escitarles contra la mas odiosa de las aristocracias europeas; pero esto era inevitable, pues ni el gobierno ni los generales franceses podian impedirlo. Por lo que á las intenciones del Directorio y de Bonaparte respecta, eran patentes: el primero deseaba que naturalmente se derrocasen todos los gobiernos italianos, pero estaba decidido á no tomar parte activa en el asunto, fiando por lo demas enteramente á Bonaparte las operaciones políticas y militares de Italia. En cuanto á este, necesitaba mucha union, tranquilidad y amistad detrás de sí para querer que Venecia se sublevase. Mucho mas le convenia una transacion entre ambos partidos; pero negada esta y nuestra alianza, se proponia exigir á su regreso lo que no habia pedido alcanzar por medios suaves; sin embargo, por entonces no queria intentar nada pues sus intenciones respecto á este asunto las manifestó esplícitamente á su gobierno, y dió ademas al general Kilmaine la órden mas severa para que no se mezclase en acontecimientos políticos, y

sostuviese la tranquilidad todo el tiempo que pudiera.

Estaban las ciudadesde Bergamo y Brescia, que eran las mas bulliciosas de tierra firme, en comunicacion con Milan, y en todas partes fraguaban juntas revolucionarias secretas, que estuvieran en correspondencia con los patriotas milaneses, y les pedian ayuda para sacudir el yugo de Venecia. Las victorias de los franceses hacian indudable la definitiva espulsion de los austriacos, de modo que quedaban vencidos los defensores de la aristocracia; y aunque los franceses afectasen neutralidad, era evidente que no emplearian sus armas en volver á imponer el yugo á los pueblos que lo hubieran sacudido. Todos aquellos que se sublevaban, parecia que debian quedar ya libres, y tales eran los raciocinios de los italianos. Los habitantes de Bergamo, mas inmediatos á Milan, preguntaron secretamente á los corifeos de este punto si podian contar con su apoyo y con el auxilio de la *legion* lombarda, mandada por Lahoz. El potestad de Bergamo, Ottolini, el mismo que fiel agente de los inquisidores de estado, daba dinero y armas á los paisanos y montañeses, tenia varios espías entre los patriotas de Milan, y por ellos averiguó el plan que se fraguaba, y se enteró de los nombres de los principales habitantes de Bergamo comprendidos en la revolucion. Apresuróse á enviar un correo á Venecia con nota de estos nombres, para que los inquisidores de estado dictasen su prision; mas los habitantes de Bergamo, avisados del peligro, atajaron al portador del pliego, le detuvieron y publicaron los nombres de los que estaban iniciados. Este suceso aceleró el resultado; pues el dia 11 de

marzo, en el momento mismo en que Bonaparte marchaba al Piavia empezó el alboroto en Bergamo. El potestad Ottolini prorumpió en amenazas que fueron desoidas, y el comandante francés, puesto por Bonaparte con una guarnicion en el castillo para estar á la mira de los movimientos de los montañeses de Bergamo, redobló su vigilancia y reforzó todos los puntos. Invocaron su auxilio por una y otra parte; mas él respondió que no podia mezclarse en las disensiones de los súbditos venecianos con su gobierno, añadiendo que habia reforzado sus puntos solo por precaucion y para seguridad de la plaza que le estaba encomendada. Con cumplir estas órdenes y permanecer neutral, hacia mucho bien á los bergamascos. Reuniéronse estos al dia siguiente, 12 de marzo, formaron un ayuntamiento interino, declararon libre la ciudad de Bergamo, y espulsaron de ella al potestad Ottolini, que se retiró con las tropas venecianas. Inmediatamente enviaron á Milan una manifestacion para obtener el apoyo de los lombardos. El incendio debía cundir prontamente á Brescia y demas pueblos inmediatos; y asi los de Bergamo apenas se pronunciaron, mandaron á Brescia una diputacion, cuya presencia bastó para conmover á aquellos habitantes. Hallábase en Brescia el veneciano Bataglia que tan juiciosos pareceres habia emitido en las deliberaciones del senado; y no creyendo poder resistir, se retiró inmediatamente. Verificóse la revolucion de esta ciudad el 13 de marzo, y cundió el fuego por la falda de las montañas, comunicándose á Salo, donde tambien se efectuó la revolucion por la llegada de los bergamascos y brescianos, la retirada de las autoridades venecia-

nas y la vista de las guarniciones francesas, que aunque permanecian neutrales, su mismo silencio daba gozosa esperanza á los sublevados. Esta rebelion del partido patriota en los pueblos, debia determinar naturalmente la del partido contrario en las montañas y por los campos. Los montañeses y paisanos armados de antemano por Ottolini, acudieron á la señal de los capuchinos y otros frailes, que fueron predicando por los pueblos, y se prepararon al saqueo de las ciudades insurreccionadas, y al degüello, en caso posible, de los franceses. Desde entonces los generales de estos no podian permanecer ociosos por mas que anhelasen mostrarse neutrales, pues conocian sobradamente las intenciones de los montañeses y paisanos para dejarles tomar las armas, y sin querer apoyar á ningun partido, se veian precisados a intervenir y reprimir las tentativas de los que abrigaban y revelaban encono contra ellos. Kilmaine mandó inmediatamente al general Lahoz, gefe de la legion lombarda, marchar hácia las montañas para oponerse al armamento; y aunque no trataba ni debia entorpecer las operaciones de las tropas venecianas regulares, si se encaminaban contra los puntos sublevados, no queria tampoco sufrir una sublevacion cuyos resultados serian incalculables en el caso de un contratiempo en Austria. Envió, pues, sin perder momento correos á Bonaparte, é hizo que la division de Victor, que regresaba de los estados pontificios acelerarse su marcha.

El gobierno de Venecia, como todos los gobiernos preocupados, que no quieren evitar el daño accediendo á lo que es indispensable, se alarmó con estos sucesos, como si lo hubiesen cogido despre-

venido. Mandó salir inmediatamente á las tropas que hacia mucho tiempo estaba reuniendo, y las dirigió á las ciudades de la orilla derecha del Mincio. Penetrado al propio tiempo de que los franceses eran el secreto resorte que habia que tocar, acudió al ministro de Francia Lallemant para saber si en tan estremo peligro podia contar la república de Venecia con la amistad del Directorio. La respuesta del ministro fué sencilla, y cual su posicion requeria: declaró que ninguna instruccion tenia de su gobierno para semejante caso, y era muy cierto; pero añadió que si el gobierno veneciano se avenia á hacer en la Constitucion las modificaciones que los tiempos reclamaban, creia que la Francia le sostendria desde luego. Lallemant no podia dar otra respuesta; porque si la Francia habia ofrecido á Venecia su alianza contra las demas potencias, nunca se la prometió contra sus propios súbditos, ni podia hacerlo sino bajo la condicion de que el gobierno adoptase cuerdos y razonables principios. Deliberó el gran consejo de Venecia sobre la respuesta de Lallemant, pues hacia algunos siglos que no se habia hecho públicamente la proposicion de alterar la constitucion. De doscientos votos no consiguió mas que cinco, y cincuenta se declararon por una resolucion enérgica, pero ciento ochenta se pronunciaron por una reforma lenta, sucesiva y diferida á tiempos mas tranquilos, es decir, por una determinacion evasiva. Resolvieron enviar inmediatamente dos diputados á Bonaparte para penetrar sus intenciones, y demandarle apoyo, y al efecto se valieron de uno de los letrados de tierra firme, J. B. Cornaro, y del famoso procurador Pezaro, á quien ya he-

mos visto algunas veces en presencia del general.

Alcanzaron á Bonaparte los correos de Kilmaine y los enviados venecianos, cuando sus audaces operaciones le habian asegurado la línea de los Alpes, y abierto los estados hereditarios. Hallábase en Goriza ocupado en arreglar la capitulacion de Trieste, y recibió con verdadero sentimiento la noticia de lo que pasaba á su espalda, lo cual se creerá fácilmente si se reflexiona lo atrevida y arriesgada que era su marcha contra Viena. Por lo demas, sus pliegos al Directorio manifiestan la pena que sentia; y los que han dicho que no descubria su verdadero sentimiento en estos pliegos, han manifestado poco discernimiento, porque jamás disimuló las astucias de que se valió contra los gobiernos italianos. ¿Y qué habia de hacer en medio de semejantes circunstancias? No era generosidad en él reprimir por la fuerza al partido que reclamaba nuestros principios, que queria y obsequiaba á nuestros ejércitos, ni proporcionar el triunfo al que en caso de un contratiempo estaba dispuesto á anonadar nuestros principios y nuestros ejércitos. Resolvió pues, valerse aun de esta circunstancia para obtener de los enviados de Venecia las concesiones y auxilios que no habia podido ganarles, y recibió con la mayor finura á ambos enviados el dia 5 de germinal, diciéndoles: es del todo imposible que yo proceda contra mis amigos, contra los que nos obsequian y quieren defendernos, y en favor de mis enemigos, de los que nos detestan y quieren asesinarnos. Una politica tan baja no se aviene de ningun modo con mi corazon ni con mis intereses. Yo no prestaré nunca mi apoyo contra unos principios que han hecho la revo-

lucion de la Francia, y á quienes debo en parte mis victorias, pero todavía os ofrezco mi amistad y mis consejos. Unios francamente con la Francia, adoptad sus principios, alterad lo que sea indispensable en vuestra Constitucion, y yo respondo de todo; y sin usar de violencia, porque es imposible de mi parte, obtendré por mi influencia con el pueblo italiano, y con la seguridad de un sistema mas racional, el afianzamiento del órden y de la paz, la cual es de tanto interés para vosotros como para mí mismo.

Este lenguage, que era sincero, y de cuya conveniencia no puede dudarse, no alhagaba sin embargo á los enviados venecianos, y mucho menos á Pezaro, porque no era esto lo que deseaban, sino que Bonaparte les restituyese las fortalezas que en Bergamo, Brescia y Verona habia ocupado por precaucion; que consintiese en la oposicion del partido fanático al patriota, y que permitiese la formacion de una nueva Vendée á sus espaldas. No era este el medio para avenirse con Bonaparte, cuyo genio era muy vivo, y así trató bruscamente á los dos enviados, recordándoles la conducta de los venecianos con el ejército francés, y les declaró que estaba enterado de sus secretas resoluciones y proyectos; pero que se hallaba prevenido y con un ejército en Lombardía que les vigilase. La conferencia se agrió mas y mas, pasando de estas cuestiones á la de los abastos. Venecia habia suministrado hasta entonces víveres al ejército francés, y autorizado á Bonaparte para que se los exigiese, sosteniendo al ejército austriaco. Los venecianos querian que Bonaparte al pasar á los estados hereditarios dejase de vivir á su costa; á lo cual no estaba él inclinado

porque no queria pedir nada á los habitantes de Austria, para ganar mejor sus voluntades. Los proveedores encargados secretamente por el gobierno veneciano de abastecer al ejército, habian dejado de hacerlo; de suerte que se veia precisado á hacer requisas por los estados venecianos. No agrada á Bonaparte aquel medio tan vicioso, y que tanto perjudicaba á los habitantes dando lugar á cuantiosas dilapidaciones, y así les propuso que le diesen un millon mensual mientras durase la campaña, que no podia ser muy larga, y que luego arreglasen sus cuentas con la república francesa que se mostraria mas agradecida por aquel millon, que por todos los males sufridos por las requisas. Por otra parte, les dijo, ya que habeis sostenido á todos mis enemigos, y dadoles asilo, debeis hacer lo mismo conmigo.—Los dos enviados respondieron que el tesoro estaba arruinado.—Pues si está arruinado, replicó Bonaparte, echad mano del dinero que hay en la tesorería del duque de Módena á quien habeis encubierto en perjuicio de mis aliados los modeneses, y echad mano de las propiedades de los ingleses, de los rusos, de los austriacos y de todos mis enemigos que teneis en depósito.—Separáronse enojados, y al otro dia se verificó otra entrevista. Bonaparte mas tranquilo, renovó todas sus proposiciones; pero Pezaro no le hizo ninguna admisible, y únicamente le prometió comunicar al senado todas sus exigencias. Entonces Bonaparte, cuya irritacion le estaba ya rebosando, le cogió de un brazo y le dijo:—Mirad que os estoy observando y os adivino los pensamientos; sé lo que me preparais; pero cuidado! si mientras entretenido yo en una empresa lejana, asesinais á mis

enfermos, asaltais mis depósitos ó tratais de cortarme la retirada, sentenciais vuestra ruina. Lo que yo podria perdonaros estando en Italia, será un crímen irremisible mientras permanezca en el Austria; y si llegais á tomar las armas, ó morís vosotros ó yo. Meditadlo pues, y no espongais al decrépito leon de San Marcos contra la fortuna de un ejército que en sus depósitos y hospitales hallaria gente para pasar vuestras lagunas y destruiros. Este terrible lenguaje atemorizó, pero no convenció á los enviados venecianos que inmediatamente escribieron el resultado de esta conferencia; y Bonaparte escribió tambien al punto á Kilmaine mandándole que redoblase su vigilancia, castigase á los comandantes franceses, si infringian la neutralidad, y desarmase á todos los montañeses y paisanos.

Estaban tan adelantados los acontecimientos, que era imposible contenerlos porque la sublevacion de Bergamo se efectuó el 23 de ventoso (12 de marzo); la de Brescia el 27 (17 de marzo); la de Salo el 4 de germinal (24 de marzo), y el 8 de germinal (28 de marzo) se pronunció la ciudad de Crema, y las tropas se hallaron fuertemente comprometidas. Presentóse á sus puertas un destacamento que precedia á la division de Victor de vuelta de Lombardía, y como se hallaban en un momento de efervescencia, el aspecto de las tropas francesas no podia menos de acrecentar las esperanzas y audacia de los patriotas. El potestad de Venecia aterrado, negó al principio la entrada á los franceses, y despues introdujo cuarenta, que se apoderaron de las puertas de la ciudad, y las abrieron á las demas tropas francesas.

Aprovechándose los habitantes de aquella ocasion se sublevaron y espulsaron al potestad; y los franceses, que habian adoptado aquel medio para pasar, suministraron á los patriotas el de amotinarse, pues cuando los ánimos se hallan dispuestos basta cualquier incidente, y los sucesos mas involuntarios producen resultados que aparecen como complicidad donde no existe semejante cosa. Tal fué la situacion de los franceses, que sin duda deseaban individualmente la revolucion, pero que en filas observaban la neutralidad.

Escitados los paisanos y montañeses por los frailes y los agentes de Venecia, inundaban las cercanías, y ya iban desembarcando los regimientos esclavones de las lagunas para dirigirse á tierra firme contra los puntos sublevados. Kilmaine dió sus órdenes, y puso en movimiento la legion lombarda para que desarmase á los paisanos, habiendo mediado ya varios encuentros, incendiádose algunos pueblos y apresado y desarmado á algunos paisanos; mas estos por su parte empezaban á saquear los pueblos, y á degollar franceses, á quienes daban el nombre de jacobinos, llegando su furor á asesinar horrorosamente á los que encontraban á solas. Efectuaron primero la contrarevolucion en Salo, y al momento marchó á este punto para arrojar de él á los montañeses una multitud de habitantes de Bergamo y Brescia, apoyados por un destacamento de los polacos de la legion lombarda. Los que fueron á parlamentar, entraron en la ciudad y los degollaron, y el destacamento fué envuelto y batido, quedando prisioneros doscientos polacos y enviados á Venecia. Cogieron en Salo, en Verona, y en todas las ciudades venecianas á

los conocidos por amigos de los franceses, y los encarcelaron, animándose los inquisidores de estado con esta pequeña ventaja á las mas crueles venganzas. Se asegura que prohibieron limpiar el canal Orfano, que como se sabe, estaba destinado al horrible uso de sepultar á los prisioneros de estado; sin embargo, el gobierno de Venecia mientras se disponia á usar de las mayores crueldades, procuraba engañar á Bonaparte con hechos de aparente condescendencia, y le concedió el millon mensual que habia solicitado. Siguióse asesinando franceses por donde quiera que los hallaban; de modo que en tan terrible situacion, envió Kilmaine nuevos correos á Bonaparte. Grande fué su furor al saber el combate de los montañeses, el acontecimiento de Safo en que quedaron prisioneros doscientos polacos, el encarcelamiento de todos los amigos de la Francia, y los asesinatos cometidos contra los franceses. Inmediatamente envió una carta desesperada al senado, en que reasumia todas sus quejas, y pedia el desarme de los montañeses y la libertad de los prisioneros polacos y súbditos venecianos encadenados en los calabozos. Encargó á Junot que llevase esta carta y la leyese al senado, y mandó al ministro Lallemant que saliese inmediatamente de Venecia, declarando la guerra, si no le daban cuantas satisfacciones exijia.

Durante aquel tiempo iba bajando á pasos agigantados desde la cumbre de los Alpes Nóricos al valle del Muer. Su principal esperanza en tan temeraria marcha era la pronta entrada en campaña de los ejércitos del Rin, y su próxima llegada al Danubio; pero recibió un pliego del Directorio que le desanimó completamente. Los apuros de la te-

sorería eran tales, que no podia librar al general Moreau algunos cientos de miles de francos que necesitaba para proporcionarse los enseres de un puente y pasar el Rin. El ejército de Hoche, que ocupaba dos puentes y estaba preparado, queria marchar, pero no se atrevian á aventurarle solo al otro lado del Rin, mientras Moreau permaneciese á esta parte. Carnot exajeraba ademas en su pliego las demoras que debia sufrir la entrada en campaña de los ejércitos alemanes, y no dejaba á Bonaparte la menor esperanza de apoyo. Quedóse este sumamente abatido con el oficio, pues tenia la imaginacion vivísima, y fácilmente pasaba de una estrema confianza á la desesperacion; y por lo tanto imaginó que ó el Directorio queria dar al traste con el ejército de Italia y con su general, ó que los demas generales no querian ayudarle. Escribió una carta muy agria sobre la conducta de los ejércitos del Rin.—Dijo que una línea de agua no era jamás impedimento, y que la prueba era lo que él habia hecho; que cuando se queria pasar un rio se podia, y que si nunca aventuraba uno su gloria, llegaria á perderla; que él habia pasado los Alpes con tres pies de nieve y hielo, y que si hubiera calculado como sus cólegas, nunca se hubiera atrevido á hacerlo; que si los soldados del Rin dejaban al ejército de Italia solo y espuesto en Alemania, era preciso *que no tuviesen sangre en las venas*; que por lo demas si se abandonaba á aquel valiente ejército, retrocederia, y la Europa seria juez entre él y los restantes ejércitos de la república. Bonaparte, como todos los hombres apasionados y orgullosos, se complacia en quejarse y exajerar el motivo de sus agravios. Por mas que di-

jera, ni pensaba en retirarse ni en detenerse, sino en aterrar al Austria con una marcha rápida, y en imponerla la paz. Favorecian este proyecto muchas circunstancias. Viena se hallaba en la mayor consternacion; la córte se inclinaba á transigir; el príncipe Cárlos lo aconsejaba con ahinco, y solo el ministerio, que era afecto á Inglaterra, se oponia á ello. Las condiciones estipuladas á Clarke antes de las victorias de Arcole y de Rívoli eran tan moderadas, que fácilmente podia obtenerse la adhesion del Austria á ellas, y aun otras mucho mejores. Bonaparte, reunido á Joubert y á Massena, iba á contar con cuarenta y cinco ó cincuenta mil hombres, y con tan imponentes fuerzas no temia una batalla general, por grande que fuese el poder del enemigo. Por todas estas razones resolvió entablar negociaciones con el príncipe Cárlos, y si este no respondia, precipitarse sobre él impetuosamente, y darle un golpe tan pronto y terrible, que no volviese á negarse á sus ofrecimientos. ¡Qué gloria tan grande para él, si solo, sin apoyo, y trasportado al Austria por tan estraordinario rumbo, dictaba la paz al emperador!

Hallábase el dia 31 de marzo en Klagenfurth, capital de la Carintia, al tiempo que Joubert terminaba su movimiento por la izquierda, é iba á reunírsele. Bernardotte, á quien habia destacado para que atravesase el camino de la Carniola, se habia apoderado de Trieste, de las ricas minas de Idria, de los almacenes austriacos, é iba á llegar por Laybach y Klagenfurth. En aquel mismo dia escribió al príncipe Cárlos una carta memorable diciéndole: «Señor general en gefe: los militares «valientes hacen la guerra y desean la paz. ¿No

«hace seis años que dura esta lucha? ¿No hemos «matado ya bastante gente, y causado bastantes «males á la desventurada humanidad? Ella gime por «todas partes La Europa, que tomó las armas «contra la república francesa, las ha depuesto; so- «lo queda vuestra nacion, y sin embargo, va á «verterse mas sangre que nunca, pues esta sexta «campaña se presenta bajo muy siniestros auspi- «cios. Cualquiera que sea el resultado, mataremos «por una y otra parte algunos miles de hombres, «y al cabo tendremos que convenirnos, porque «todo tiene término, hasta las mas odiosas pa- «siones.

«El Directorio ejecutivo de la república fran- «cesa, comunicó á S. M. el emperador el deseo «de acabar la guerra que devasta ambos paises. «Opúsose la intervencion de la corte de Lóndres, «pero ¿no hay esperanza de que nos entendamos, «siendo preciso que por saciar los intereses y pa- «siones de una nacion estrangera con los males de «la guerra, continuemos degollándonos? Vos, se- «ñor general en gefe, que por vuestro nacimiento «os allegais tanto al trono, y sois superior á todas «esas ruines pasiones que alimentan por lo comun «los ministros y los gobiernos, ¿estais decidido á «merecer el renombre de bienhechor de toda la hu- «manidad y de verdadero redentor de la Alema- «nia? No creais, señor general en gefe, que con «esto quiero yo decir que no es posible salvarla por «la fuerza de las armas; pero aun suponiendo que «las vicisitudes de la guerra os sean favorables, no «por eso quedará menos destruida la Alemania. «En cuanto á mí, señor general, si este paso que «tengo el honor de proponeros llega á salvar la

«vida de un solo hombre, estaré mas orgulloso «con la corona cívica que creeré haber merecido, «que con la triste gloria de los triunfos militares.»

No podia el archiduque Cárlos acceder por sí á esta proposicion, porque aun no estaba decidida la determinacion del consejo áulico. Se embarcaban en Viena los muebles de la corona, y los papeles preciosos en el Danubio, y se enviaban á Hungría los jóvenes archiduques y archiduquesas, preparándose la córte en caso de apuro á evacuar la capital. El archiduque respondia al general Bonaparte que anhelaba la paz tanto como él; pero que no tenia poderes para tratar de ella, y que por lo tanto era preciso entenderse directamente con Viena. Bonaparte se adelantó rápidamente por las montañas de la Carintia; y el 12 de germinal (1.° de abril) en la madrugada, persiguió á la retaguardia enemiga en Saint-Weith y Freizach, y la derrotó completamente. En la tarde del propio dia encontró al archidnque que habia tomado posicion delante de las estrechas gargantas de Neumark con los restos de su ejército de Friuli, y con cuatro divisiones venidas del Rin, la de Kaim, la de Mercantin, la del príncipe de Orange y la reserva de los granaderos. Trabóse un furioso combate en este punto, cuya gloria tambien se llevó Massena. Los soldados del Rin desafiaron á los veteranos del ejército de Italia á quien avanzase con mas rapidez y á mayor distancia. Despues de una encarnizada accion en que el archiduque perdió tres mil hombres en el campo de batalla y mil doscientos prisioneros, arrolló todo á la bayoneta y se tomaron las gargantas. Bonaparte marchó sin descansar todo el dia siguiente desde

Neumark á Unzmark, entre cuyos dos puntos pasaba el camino trasversal que unia la carretera del Tirol con la de la Carintia. Por este camino debia llegar Kerpen acosado por Joubert. El archiduque, deseoso de que tuviese Kerpen tiempo para incorporársele, propuso una suspension de armas para tomar, segun él decia, en consideracion la carta del 11 de ventoso (31 de marzó). Bonaparte respondió que se podia ir tratando y batiéndose, y prosiguió su marcha. Al dia siguiente 14 de germinal (3 de abril) dió un terrible combate en Unzmark, en que hizo mil quinientos prisioneros, entrando en Knitelfeld, y no halló ya obstáculo ninguno hasta Leoben. La vanguardia entró en este punto el 18 de germinal (7 de abril); Kerpen dió un gran rodeo para unirse con el archiduque, y Joubert sostuvo al ejército principal.

El mismo dia en que entraba Bonaparte en Leoben, llegaron al cuartel general en nombre del emperador, á quien habia intimidado la rápida marcha de los franceses, y solicitaba una suspension de armas, el teniente general Bellegarde, gefe de estado mayor del príncipe Cárlos, y el mayor general Merfeld. Pedian armisticio por diez dias; y conociendo Bonaparte que una suspension de armas por este tiempo ponia al archiduque en disposicion de recibir sus últimos refuerzos del Rin, reunir todas las divisiones de su ejército y recobrarse, como él tambien la necesitaba, y adquiria por su parte la ventaja de incorporarse con Bernardotte y Joubert; creyendo por otra parte en el sincero deseo de un acomodamiento, concedió cinco dias de suspension de armas, para que los plenipotenciarios tuviesen tiempo de llegar y fir-

mar los preliminares. Firmóse el convenio el dia 18 de germinal (7 de abril), que debia terminar en el 23 (12 de abril). Fijó su cuartel general en Leoben, y envió la vanguardia de Massena al Simmering, última cumbre de los Alpes Nóricos, que dista veinte y cinco leguas de Viena, y desde donde pueden percibirse las campanas de aquella capital. Empleó aquellos cinco dias en descansar y rehacer sus columnas, y dió una proclama á los habitantes para tranquilizarles, respecto á sus intenciones, apoyando con los hechos sus palabras, porque nada se recibió sin que el ejército lo pagase.

Aguardó Bonaparte el término de los cinco dias, preparándose á descargar otro golpe para aumentar el terror de la córte imperial, si aun no estaba bastante atemorizada. Todo se disponia en Viena para poner término á aquella larga y horrenda lucha, que habia durado seis años, y hecho correr torrentes de sangre El partido inglés en el ministerio se hallaba enteramente desacreditado; y Thugut se hallaba próximo á caer de su privanza. Los habitantes de Viena pedian con ahinco la paz, aconsejándola el mismo archiduque Cárlos, el héroe del Austria, y declarando que el imperio ya no podia salvarse con las armas. Inclinábase el emperador á este dictámen; y resolviéndose al fin, mandaron salir inmediatamente para Leoben al conde de Merfeld, y al marqués de Gallo, embajador de Nápoles en Viena, el cual fué elegido por influjo de la emperatiz, que era hija de la reina de Nápoles, y se mezclaba mucho en los negocios. Sus instrucciones se reducian á firmar preliminares que sirviesen de base para tratar despues de

la paz definitiva. Llegaron el 24 de germinal (13 de abril por la mañana), en el momento en que pasada la tregua, iba Bonaparte á mandar atacar las avanzadas. Declararon llevar ámplios poderes para fijar las bases de la paz; se declaró neutral un jardin que habia en los alrededores de Leoben, y se procedió al convenio en medio de los vivaques del ejército francés. El jóven general, convertido de repente en negociador, no habia aprendido jamás la táctica diplomática; pero hacia un año que se habia visto precisado á arreglar los asuntos de mas importancia que pueden discutirse en el mundo, tenia una gloria que le hacia el hombre mas imponente de su siglo, y un lenguage tan grave como su persona; asi que representaba gloriosamente á la república francesa No tenia credenciales para negociar, pues los poderes al efecto los tenia Clarke, á quien habia enviado á llamar, y no habia llegado aun al cuartel general: sin embargo, podia considerar los preliminares de la paz como un armisticio, y esto ya entraba en las atribuciones de los generales; por otra parte estaba seguro de que Clarke firmaria cuanto hubiese hecho, y procedió inmediatamente á las conferencias. El mayor afan del emperador y sus enviados, estribaba en la observancia de las etiquetas. Segun antigua costumbre, el emperador tenia sobre los reyes de Francia el honor de la iniciativa; se le nombraba siempre el primero en el protocolo de los tratados, y sus embajadores precedian á los franceses; era el único soberano á quien tenia la Francia esta consideracion. Los dos enviados del emperador consentian en reconocer desde luego la república francesa, si se conservaba la antigua

etiqueta.—La república francesa, respondió con arrogancia Bonaparte, no necesita de reconocimientos, pues es en la Europa lo que el Sol en el horizonte; el mal es para los ciegos que no aciertan á verlo ni á disfrutarlo —Se opuso al artículo del reconocimiento En cuanto á la etiqueta declaró que eran muy indiferentes á la república francesa semejantes cuestiones; que podrian entenderse sobre el particular con el Directorio, el cual se inclinaria probablemente á sacrificar estos intereses á ventajas reales; y que por entonces se trataria en el concepto de igualdad, teniendo alternativamente la iniciativa la Francia y el emperador. Pasaron en seguida á las cuestiones importantes. El artículo primero y de mas interés era la cesion de las provincias belgas á la Francia, y no tenia el Austria intencion de negarlas. Convínose desde luego en que el emperador abandonaria á la Francia todas sus provincias belgas, y que como miembro del imperio germánico, consentiria ademas en que la Francia estendiese hasta el Rin sus límites. La dificultad estribaba en hallar indemnizaciones, exigiendo el emperador que se le diesen suficientes, bien fuese en Alemania ó en Italia. Para proporcionárselas en Alemania habia dos medios: cederle la Baviera, ó secularizar algunos estados eclesiásticos del imperio. La diplomacia Europea habia tratado mas de una vez del primer estremo, y el segundo se debia á Rewbell, que ideó este medio como el mas conveniente, y conforme al espíritu de la revolucion. En efecto, no era ya tiempo de que los obispos fuesen soberanos temporales, y era un ingenioso pensamiento el de hacer pagar al poder eclesiastico las venta-

jas que reportaba la república francesa. Pero los engrandecimientos del emperador en Alemania no obtendrian muy facilmente el beneplácito de la Prusia; y si por otra parte se cedia la Baviera, era preciso indemnizar al príncipe que la poseia. Finalmente, hallándose los estados de Alemania bajo la inmediata influencia del emperador, poco ganaba este en adquirirlos, prefiriendo posesiones en Italia, que añadian realmente nuevos territorios á su potencia. Era, pues, preciso tratar de procurárselas en este reino.

Si se hubiera querido acceder en devolverle desde luego la Lombardía, empeñadose en conservar en su actual estado la república de Venecia, y no empujar á la democracia hasta la frontera de los Alpes, hubiera consentido al momento en la paz y reconocido la república Cispadana, compuesta del ducado de Módena, de las dos legaciones y de la Romania; pero volver la Lombardía bajo el yugo del Austria, la Lombardía que tanto afecto nos habia manifestado, hecho en obsequio nuestro tantos esfuerzos y sacrificios, y cuyos principales habitantes se habian comprometido tanto, era una accion odiosa y una debilidad, porque nuestra posicion nos daba márgen á mayores exigencias. Era pues preciso afianzar la independencia de la Lombardía, y buscar en Italia con qué indemnizar al Austria de la doble pérdida de la Bélgica y la Lombardía. Un acomodamiento sencillísimo habia, que mas de una vez se habia ocurrido á los diplomáticos europeos, y sido mas de una vez causa de esperanzas para el Austria y de temores para Venecia, el de indemnizar á la primera con los estados de la segunda. Las

provincias Ilíricas, la Istria y toda la Italia alta, desde Izonzo hasta el Oglio, formaban ricas posesiones, y podian proporcionar sobrados equivalentes al Austria. El modo con que se habia conducido respecto á Francia la aristocracia veneciana, su constante oposicion á aliarse con ella, sus secretos armamentos, cuyo indudable objeto era dar contra los franceses en caso de contratiempo, la reciente sublevacion de los montañeses y paisanos y el degüello de los franceses, llenaron de indignacion á Bonaparte. Ademas, si el emperador, por quien Venecia se habia armado en secreto, adoptaba sus despojos, Bonaparte contra quien se dirigian aquellos armamentos, no podia tener el menor escrúpulo en cedérselos, habiendo tambien indemnizaciones que ofrecer á Venecia, pues existian la Lombardía, el ducado de Módena, las legaciones de Bolonia y Ferrara y la Romania, provincias ricas y considerables, que formaban en parte la república Cispadana. Con alguna de estas provincias podia indemnizarse á Venecia, y este arreglo pareció el mas conveniente, teniendo aqui por primera vez principio la proposicion de indemzar al Austria con las provincias de tierra firme de Venecia, indemnizando tambien á esta con otras provincias italianas.

Dióse cuenta á Viena, que no distaba mas que veinte y cinco leguas, y se aprobó este género de indemnizaciones, fijándose al punto y redactándose en artículos, los preliminares de la paz que debian servir de base á una negociacion definitiva. El emperador cediá á la Francia todas sus posesiones de los Paises-Bajos, y consentia, como miembro del imperio, en que la república dilatase sus

confines hasta el Rin, ademas de renunciar á la Lombardía. En cambio de todos estos sacrificios, recibia los estados venecianos de tierra firme, la Iliria, la Istria y la alta Italia hasta el Oglio. Venecia permanecia independiente, conservaba las islas Jónicas, y debia recibir equivalentes en las provincias que se hallaban á disposicion de la Francia. El emperador reconocia las repúblicas que iban á fundarse en Italia. El ejército francés debia retirarse de los estados austriacos y guarnecer la frontera de los mismos, es decir, evacuar la Carintia y la Carniola, y situarse en el Izonzo, y desembocadero del Tirol. Todos los convenios relativos á las provincias y gobierno de Venecia, debian hacerse de comun acuerdo con el Austria, habian de establecerse tambien dos congresos, uno en Berna para la paz particular con el emperador, y otro en una ciudad de Alemania para la paz con el Imperio. La primera debia concluirse en el término de tres meses, so pena de quedar nulos los preliminares. El Austria tenia ademas una razon poderosa para acelerar la conclusion del tratado definitivo: la de entrar cuanto antes en posesion de las provincias venecianas, para que los franceses no tuviesen tiempo de esparcir por ellas las semillas de la revolucion.

Tenia Bonaparte el proyecto de desmembrar la república Cispadana, compuesta del ducado de Módena, de las dos legaciones y de la Romania; reunir el ducado de Módena á la Lombardía, y formar una sola república, cuya capital fuese Milan, y su nombre el de *Cisalpina*, por su situacion respecto á los Alpes. Queria en seguida dar ambas legaciones y la Romania á Venecia, cuidando

de someter á su aristocracia y modificar su constitucion. De este modo existirian en Italia dos repúblicas aliadas de la Francia, que la deberian su existencia y coadyuvarian á todos sus planes. La Cisalpina tendria por límites el Oglio, que seria fácil de fortificar; y aunque no poseia á Mántua, que con el Mantuano quedaba por propiedad del emperador, podia convertirse el Pizzighitone en el Adda en una plaza de primer órden, y podian reparar los muros de Bergamo y de Crema. La república de Venecia con sus islas, el Dogado y la Polesina, que se procuraria conservársela, con las dos legaciones y la Romania, que se cederian, y con la provincia de Massa-Carrara y el golfo de Spezia, que se le añadiria en el Mediterráneo, llegaria á ser una potencia marítima que coincidiria á la vez con los dos mares.

Pretenden algunos averiguar por qué no se aprovechaba Bonaparte de su posicion para espulsar enteramente de Italia á los austriacos, y especialmente por qué los indemnizaba á costa de una potencia neutral, y con un atentado semejante al reparto de la Polonia. En primer lugar ¿era posible redimir enteramente la Italia? ¿no era preciso trastornar de nuevo la Europa, para que consintiese en el destronamiento del papa, del rey del Piamonte, del gran duque de Toscana, de los Borbones de Nápoles y del príncipe de Parma? ¿era capaz la república francesa de hacer los esfuerzos que exigia aun semejante empresa? ¿no bastaba sembrar en esta campaña el gérmen de la libertad, creando dos repúblicas, desde donde no dejaria de estenderse en breve hasta el seno de la península? La division de los estados venecia-

nos nada tenia de semejante al célebre atentado que tantas veces se ha imputado á la Europa. La Polonia quedó dividida por las mismas potencias que la habian sublevado y prometídola solemnemente su ausilio. Venecia, á quien los franceses ofrecieron sinceramente su amistad, la rehusó, y trataba de venderlos y sorprenderlos en un momento de peligro. Si de alguien debia quejarse, era de los austriacos, por cuyo bien era traidora á los franceses. La Polonia era un estado cuyos límites aparecian claros en el mapa de Europa; cuya independencia, por decirlo asi, la exigia la naturaleza, é interesaba á la paz del Occidente; cuya constitucion, aunque defectuosa, era grande, y cuyos ciudadanos, indignamente vendidos, habian desplegado un sublime heroismo y merecido el interés de las naciones civilizadas. Venecia, por el contrario, no tenia mas territorio natural que sus lagunas, porque jamás habia residido su poder en sus posesiones de tierra firme. No quedaba destruida, porque algunas de sus provincias se trocaban por otras; su constitucion era la mas abominable de Europa; sus súbditos detestaban su gobierno, y su perfidia y bajeza ningun título le daban de aprecio ó de existencia. Nada pues podia compararse en la division de los estados venecianos á la de Polonia, á no ser el procedimiento particular del Austria.

Por otra parte, para dejar de indemnizar asi á los austriacos, era menester arrojarlos de Italia, y esto no podia efectuarlo sino tratando en el mismo Viena. Mas para esto era necesario que concurriesen los ejércitos del Rin, y se habia escrito á Bonaparte que no podian entrar en campaña has-

ta dentro de un mes. En semejante situacion no le quedaba mas que retroceder para esperar á entrar en campaña, esponiéndose con esto á graves inconvenientes, porque hubiera dado tiempo al archiduque para preparar un formidable ejército, y á la Ungría para sublevarse en masa y acometerle por sus costados. Ademas era necesario retroceder y confesar casi la temeridad de su marcha. Aceptando los preliminares, tenia la honra de imponer él solo la paz; conseguia el fruto de su atrevida marcha; obtenia condiciones que segun la situacion de Europa eran muy gloriosas, y sobre todo mucho mas ventajosas que las comunicadas á Clarke, porque entraba en ellas la línea del Rin y de los Alpes, y una república en Italia. Asi es que en parte por razones políticas y militares, y en parte por consideraciones personales se decidió á firmar los preliminares. Clarke no habia llegado aun el cuartel general; pero Bonaparte pasó adelante con su acostumbrada audacia y la seguridad que le daban su gloria, su renombre y el universal deseo de la paz, y firmó los preliminares como si solo se hubiera tratado de un simple armisticio. Verificóse el acto en Leoben el 20 de germinal, año V (18 de abril de 1797)

Tal vez no se habria apresurado tanto si entonces hubiera sabido lo que pasaba en el Rin; pero no tenia mas noticias que las que le habian enviado, reducidas á afirmarle que la inaccion seria larga. Mandó salir inmediatamente á Massena para conducir á Paris el tratado de los preliminares. Este valiente general era el único á quien no se habia dado la comision de llevar banderas y recibir á su vez los honores del triunfo,

y por esto juzgó Bonaparte ser aquella una ocasion buena, y digna de los distinguidos servicios que habia prestado. Despachó correos á los ejércitos del Rin y de Sambre y Mosa, que pasaron por Alemania para llegar mas pronto y hacer cesar las hostilidades, en caso de que estuviesen comenzadas.

Lo estaban en efecto, en el instante mismo de firmarse los preliminares, pues Hoche impaciente por entrar en accion, no cesaba de pedir las hostilidades. Moreau habia acudido á Paris para solicitar los fondos necesarios á la compra de útiles de un puente, cuya órden se espidió al cabo. Hoche salió por Neuwied al frente de su brillante ejército, mientras Championnet desembocaba con el ala derecha por Dusseldorf, y se dirigia á Ukerath y Altenkirchén. Acometió Hoche á los austriacos en Heddersdorff, donde habian formado fuertes trincheras: mató gran número de ellos, y les hizo cinco mil prisioneros. Despues de esta gloriosa accion, se adelantó con rapidez hácia Francfort, arrollando siempre á Kray, y procurando cortarle la retirada. Iba á envolverle por medio de una maniobra hábil, y acaso hacerle prisionero, cuando llegó el correo de Bonaparte que anunciaba haberse firmado los preliminares. Esta circunstancia contuvo á Hoche á lo mejor de su victoriosa marcha, y le causó un profundo disgusto porque se veia otra vez cortado en su carrera. Si al menos hubieran pasado por Paris los correos hubiera tenido tiempo para apoderarse enteramente de Kray, lo cual hubiera añadido un lauro mas á su vida, y ejercido la mayor influencia en las sucesivas negociaciones. Mientras Hoche se

conducia tan velozmente hácia el Nidda, Desaix, que habia recibido permiso de Moreau para atravesar el Rin, intentaba una de las mas arriesgadas acciones que se mencionan en la historia de la guerra. Habia escogido para paso un punto mucho mas abajo del Strasburgo; y despues de dar con su tropa en una isla pedregosa, pudo por fin abordar á la orilla opuesta, permaneciendo en ella veinte y cuatro horas, espuesto á ser precipitado en el Rin, y precisado á luchar contra todo el ejército austriaco para sostenerse en unos sotos y pantanos, mientras se colocaba el puente sobre el rio. Verificóse por fin el paso, persiguiendo á los austriacos por las Selvas negras, y apoderándose de parte de sus oficinas. Tambien aquí tuvo que suspenderse el ejército en medio de su triunfo por el correo procedente de Leoben; debiendo ser muy sensible que los partes equivocados que recibió Bonaparte, le obligasen á firmar tan pronto.

Llegaron despues los correos á Paris, donde produjeron estraordinaria alegría á aquellos que deseaban la paz, pero no el Directorio, que creyendo formidable nuestra posicion, veia con sentimiento el no haber sacado mejor partido. Larevelliere y Rewbell deseaban á fuer de filósofos la total libertad de Italia; Barrás, como ardiente revolucionario, anhelaba que la república humillase á las potencias; y Carnot, que hacia algun tiempo afectaba moderacion y apoyaba casi siempre los dictámenes de la oposicion, no podia menos de aprobar la paz; pretendiendo que para hacerla estable no era necesario humillar enteramente al emperador. Agitáronse en el Directorio

acaloradas discusiones sobre los preliminares; pero para no indisponerse demasiado con la opinion, pareciendo que deseaban eternizar la guerra, decidieron por fin aprobar las bases sentadas en Leoben.

Mientras esto sucedia en el Rin y en Francia, se verificaban en Italia acontecimientos mas importantes. Hemos visto que sabedor Bonaparte de las alteraciones en los estados venecianos, de la sublevacion de los montañeses contra las ciudades, de la derrota de los breocianos á la vista de Salo, de la captura de doscientos polacos, del asesinato de muchos franceses, y de la prision de todos sus parciales, habia escrito desde Leoben una carta fulminante al senado de Venecia. Encargó á su edecan Junot que la leyese él mismo en el senado, que pidiese en seguida la libertad de todos los prisioneros, y la pesquisa y entrega de los asesinos, prescribiéndole que saliese al momento de Venecia, publicando una declaracion de guerra, sino se le daba satisfaccion cumplida. Presentóse Junot al senado el 26 de germinal (15 de abril), y leyó la carta amenazadora de su general, portándose con toda la rudeza de un soldado, y de un soldado victorioso. Le respondieron que los armamentos hechos no tenian mas objeto que conservar la subordinacion en los estados de la república; y si se habian cometido asesinatos, era una desgracia involuntaria que se repararia. Junot no se contentaba con vanas palabras, y amenazaba con publicar la declaracion de guerra si no se ponia en libertad á los presos de estado y á los polacos, y no se daba órden para desarmar á los montañeses y perseguir á los autores de todos los

asesinatos. Sin embargo, lograron aquietarle y convenirse con él y el ministro francés Lallemant en escribir al general Bonaparte y enviarle diputados para acordar las satisfacciones que exigiera. Los dos diputados elegidos fueron Francisco Donat y Leonardo Justiniani.

Pero entretanto continuaba la agitacion en los estados venecianos y las ciudades se hallaban en contínua guerra con los campesinos y montañeses. Los agentes del partido aristócrata y monacal esparcian los rumores mas falsos sobre la suerte del ejército francés en Austria diciendo que habia sido envuelto y destruido, y se apoyaban en dos hechos para autorizar sus noticias. Bonaparte, al mandar que se le reunieran los dos cuerpos de Joubert y Bernardotte, que habia hecho pasar, el uno por el Tirol y el otro por la Carniola, dejó sus alas en descubierto. Joubert habia batido y rechazado á Kerpen al otro lado de los Alpes, pero habia dejado á Laudon en una parte del Tirol, desde donde salió éste sublevando á todos los habitantes de aquellas montañas, y bajando por el Adige para encaminarse á Verona. El general Servier, que quedó custodiando el Tirol con mil doscientos hombres, se retira poco á poco hácia Verona, para buscar ausilio en las tropas francesas de la alta Italia; y al mismo tiempo un cuerpo de iguales fuerzas que quedó en la Carniola, se retiraba delante de los croatos, sublevados como los tiroleses, y se replegaba á Palma-Nova. Estos hechos eran insignificantes, y el ministro de Francia Lallemant procuraba demostrar al gobierno veneciano su poca importancia, para que no se propasase á nuevas imprudencias; pero todas sus ra-

zones eran en valde, y mientras Bonaparte obligaba á los plenipotenciarios ir á conferenciar á su cuartel general, se decia en los estados de Venecio que habia quedado batido, circunvalado, y que iba á perecer en su necia empresa. El partido contrario á los franceses y á la revolucion, cuyos corifeos eran la mayor parte de los individuos del gobierno veneciano, sin que se descubriese que lo era este, se manifestaba mas exaltado que nunca. Donde mayor inquietud reinaba era en Verona, ciudad la mas interesante de los estados venecianos, y que estaba mas espuesta que ninguna otra al contagio revolucionario, porque se hallaba inmediata á Salo, en la línea de las ciudades sublevadas. Querian preservarla los venecianos y espeler de ella á los franceses, y todo les animaba al efecto, las intenciones de los habitantes, la multitud de los montañeses, y la inmediacion del general Laudon. Hallábanse ya en ella tropas esclavonas é italianas al servicio de Venecia, y se mandó llamar á otras nuevas, quedando al punto interceptadas todas las fortificaciones con los puntos inmediatos. El general Balland, que mandaba en Verona la guarnicion francesa, se vió separado de los demas gefes que habia en las cercanías. Inundaban aquellos campos mas de veinte mil montañeses. Los destacamentos franceses se veian asaltados en los caminos, y los capuchinos predicaban en las calles al populacho, llegando hasta al estremo de salir á luz un manifiesto apócrifo del potestad de Verona, que escitaba al asesinato de los franceses. Este documento era supuesto, bastando para probarlo el nombre de Baltaglia con que iba suscrito; pero

no por eso dejaba de servir para encender los ánimos. Finalmente, un parte comunicado por los corifeos de Verona, anunciaba al general Laudon que podia avanzar, porque le iban á entregar la plaza. Todo esto acontecia por el 26 de germinal (15 y 16 de abril). Nada se sabia en Leoben, y parecia en efecto aquella ocasion la mas oportuna para dar un golpe.

Estaba muy alerta el general Balland y habia mandado á todas sus tropas que á la primera señal se retirasen á los fuertes. Reclamó de las autoridades venecianas contra la conducta observada respecto á los franceses, y especialmente contra los preparativos que veia se estaban haciendo; pero solo obtuvo palabras evasivas, y no satisfaccion completa. Escribió á Mántua y á Milan para pedir auxilios, y estuvo dispuesto á encerrarse en los fuertes; pero el 28 de germinal (17 de abril) segundo dia de pascua, se manifestó en Verona estraordinaria efervescencia, penetrando en ella grupos de paisanos que iban gritando: mueran los jacobinos! Balland mandó retirar su tropa á los fuertes; dejó avanzadas en las puertas, y manifestó que al primer acto de violencia abrasaria la ciudad; mas á eso del mediodia se oyeron por las calles varios silbidos, y precipitándose sobre los franceses, asaltaron multitud de grupos armados á los destacamentos que guardaban las puertas, y degollaron á los que no tuvieron tiempo para retirarse á los fuertes. Corrian tras los franceses desarmados, á quienes sus negocios retenian en Verona, feroces asesinos que les daban de puñaladas, y les arrojaban al Adige, no respetando ni aun los hospitales, en donde hicieron correr la

sangre de algunos enfermos. Sin embargo, todos los que podian ponerse en salvo, y no tenian tiempo para llegar á los fuertes; se entraban en el hospital del gobierno, en donde les acogieron las autoridades venecianas, para que no pareciesen obra suya los atentados. Mas de cuatrocientos desdichados habian ya perecido, y la guarnicion francesa temblaba de furor al ver degollados á los franceses, y oscilando sus cadáveres en la superficie del Adige. El general Balland mandó inmediatamente hacer fuego, y cubrió la ciudad de balas, habiendo podido reducirla á cenizas. Pero si los montañeses que habian acudido no se inquietaban por esto, los habitantes y magistrados venecianos quisieron, llenos de pavor, parlamentar, para salvar su ciudad: y asi enviaron un parlamento al general Balland, para que se concertára con él, y tuviesen término los desastres.

Consintió el general Balland en oir sus pláticas, para salvar á los desdichados que se habian refugiado en el palacio del gobierno, y a quienes amenazaba la venganza de todo el mal causado á la ciudad. Habia alli mugeres y niños de los empleados en las administraciones, y enfermos fugados de los hospitales, á quienes importaba libertar del peligro. Balland pedia que se los entregasen inmediatamente; que se hiciese salir á los montañeses y regimientos esclavones, que se desarmase al populacho, y que le diesen en rehenes magistrados venecianos que saliesen garantes de la sumision de la ciudad. Los parlamentarios pedian que fuese á tratar un oficial al palacio del gobierno, y el valiente gefe de brigada Beaupoil se atrevió á aceptar este encargo. Atravesó por el

inmenso gentio de un furioso populacho que queria hacerle trizas, y llegó en fin á la presencia de las autoridades venecianas. Toda la noche se pasó en inútiles discusiones con el proveedor y el potestad sin poder convenirse: pues ni querian efectuar el desarme ni aprestar rehenes, sino garantías contra las venganzas que el general Bonaparte tomaria indudablemente de aquella ciudad rebelde. Pero durante estas conferencias, no se cumplia el convenio de no disparar mientras se estuviese en ellas por la enfurecida multitud que habia invadido á Verona; antes bien, seguian tiroteándose con los fuertes, y nuestras tropas haciendo salidas. Al dia siguiente por la mañana, 29 de germinal (18 de abril), volvió á los fuertes despues de mil peligros el comandante Beaupoil, sin haber logrado nada; y despues se supo que los magistrados venecianos, viendo que no podian refrenar al furioso populacho, habian desaparecido. Empezaron á balazos contra el fuerte, y entonces el general Balland mandó de nuevo disparar sus piezas á todo trance contra la ciudad. Prendió el fuego en algunos barrios, y varios de los principales habitantes se reunieron en el palacio del gobierno para hacerse cargo de la direccion de la ciudad en ausencia de las autoridades. Parlamentóse de nuevo, y se convinieron en no disparar; pero los alborotadores volvieron á infringir el convenio, no dejando de hacer fuego á los fuertes. Los feroces paisanos que infestaban los campos, acometieron á la guarnicion del fuerte de la Chiesa sobre el Adige, y la degollaron, haciendo otro tanto con los franceses destacados por los pueblos del contorno de Verona.

Pero ya se acercaba el momento de la venganza. Varios correos salidos de todas partes, habian ido á participar los sucesos al general Kilmaine, y por donde quiera acudian tropas. El general Kilmaine mandó que inmediatamente saliese el general Chabran con mil doscientos hombres, al gefe de la legion lombarda Lahoz, que se adelantase con ochocientos, y á los generales Victor y Baraguey-d' Hilliers que saliesen con sus divisiones. Mientras se efectuaban estos movimientos de las tropas, acababa el general Laudon de recibir la noticia de los convenios preliminares, y se detuvo en el Adige. Despues de un sangriento combate que hubo de sostener el general Chabran con las tropas venecianas, se cercó por todos lados la ciudad de Verona, viéndose entonces reducidos al mayor abatimiento á todos aquellos furiosos que con tan atroz violencia habian degollado á los franceses. No se habia dejado de parlamentar ni hacer fuego desde el dia 1.º hasta el 5 de floreal (20 à 24 de abril). Los magistrados venecianos habian regresado, y aun exigian garantías contra las venganzas que les amenazaban; y habiéndoles concedido veinte y cuatro horas para resolverse, desaparecieron de nuevo. Reemplazóles un ayuntamiento interino, que viendo á las tropas francesas dueñas de la ciudad, y con intento de reducirla á cenizas, se entregó sin condicion ninguna. El general Kilmaine hizo cuanto pudo para impedir el saqueo, pero no pudo salvar el Monte de Piedad, que por último asaltaron. Mandó fusilar á varios de los conocidos por cabecillas del motin, cogidos con las armas en la mano; impuso á la ciudad para pago del ejército una contribucion de un millon y cien mil francos, y envió

su caballería por los caminos para desarmar á los paisanos y acuchillar á los que opusiesen resistencia. En seguida procuró restablecer el órden, y envió inmediatamente un parte al general en gefe, para saber su resolucion respecto á la ciudad rebelde. Tales fueron los atentados conocidos con el nombre de *Pascuas Veronesas*.

Mientras ocurrian estos sucesos en Verona, se ejecutaba en Venecia una vileza mas odiosa si es posible. Prohibia un reglamento entrar en el puerto de Lido á los navíos armados de las potencias beligerantes; y un lugre mandado por el capitan Laugier, que hacia parte de la escuadrilla francesa del Adriático, viéndose perseguido por unas fragatas austriacas, se habia salvado bajo las baterías del Lido, saludándolas con nueve cañonazos. Se le intimó la órden de que se alejase á pesar del tiempo y de las embarcaciones enemigas que le perseguian; y cuando ya iba á obedecer, sin darle tiempo para emprender su rumbo, disparan las baterías contra el desgraciado barco, y le acribillan sin piedad. El capitan Laugier, portándose con generoso aliento, hace bajar su tripulacion á la bodega, sube al puente y toma una bocina para que le oigan repetir que se retira; pero cáe muerto con dos hombres de la tripulacion. Al mismo tiempo varias chalupas venecianas, servidas por esclavones, llegan al lugre, se arrojan al puente, y degüellan á la tripulacion, escepto á dos ó tres infelices que les conducen á Venecia. Este deplorable acontecimiento ocurrió el 4 de floreal (23 de abril).

En el mismo momento se supieron los asesinatos de Verona, la toma de aquella ciudad y el ajuste de los preliminares; hallándose el gobierno

totalmente comprometido, sin poder contar ya con la ruina del general Bonaparte, que lejos de haber quedado envuelto y batido, se hallaba, por el contrario, vencedor, y acababa de imponer la paz al Austria. Iba á verse á la sazon ante aquel omnipotente general, cuya alianza habia rehusado, y á cuyos soldados acababa de asesinar. Hallábase pues sobrecogido de espanto. Que oficialmente mandase los atentados de Verona y las crueldades cometidas en el puerto del Lido, no es verosimil, y si tal cosa se supusiera, no se conoceria la marcha de los gobiernos dominados por las facciones. Los gobiernos que se hallan en semejante situacion no necesitan espedir las órdenes cuya ejecucion desean; les basta dejar obrar á la faccion que anhela lo mismo que ellos. La proporcionan los medios, y hacen en favor suyo lo que no se atreverian á hacer por sí mismos. Los insurgentes de Verona tenian cañones, se hallaban apoyados por los regimientos regulares de venecianos; el potestad de Bergamo, Ottolini, habia recibido abundantemente todo lo necesario para armar á los paisanos; de manera que suministrados todos los medios, el gobierno no tenia que hacer mas que dejar obrar, y asi fué como se condujo. Sin embargo, en los primeros momentos, cometió una imprudencia; la de decretar una recompensa para el comandante del Lido por haber hecho respetar, segun dijo, las leyes venecianas. No podia, pues, lisonjearse de poder dar pretestos fundados al general Bonaparte, y envió nuevas instrucciones á los dos diputados Donat y Justiniani, que al principio solo estaban encargados de responder á las intimaciones hechas por Junot el 26 de germinal (15 de abril). Entonces se ignoraban

aun los acontecimientos de Verona y del Lido; pero ahora aquellos dos diputados tenian á su cargo otra comision y otros acontecimientos á que aludir. Adelantáronse entre los gritos de alegria que se daban por la noticia de la paz, y comprendieron al punto que solo ellos tenian motivo para estar tristes en medio de tan grandes acaecimientos. Supieron en el camino que para castigarles Bonaparte, por haberse negado á su alianza, por su crueldad contra sus secuaces, y por algunos asesinatos aislados, cometidos con los franceses, habia cedido parte de sus provincias al Austria. ¡Qué haria cuando supiese los horrorosos acontecimientos posteriores!

Volvia ya Bonaparte de Leoben, y segun el tenor de los preliminares, replegaba su ejército hácia los Alpes y el Izonzo. Le hallaron en Gratz y se presentaron á él el 6 de floreal (25 de abril). No tenia entonces todavia noticia mas que de los asesinatos de Verona que habian empezado el 28 de germinal (17 de abril), y no de los del Lido, que ocurrieron en 4 de floreal (23 de abril). Iban provistos de una carta del hermano del general para ser mejor recibidos, y se presentaron temblando á aquel hombre *verdaderamente estraordinario*, dijeron, *por la viveza de su imaginacion, por su impetuoso genio, y por la invencible fuerza de sus sentimientos*. Los recibió con afabilidad, y reprimiendo su ira les dejó hablar largamente; y despues rompiendo el silencio: «¿Están ya libres mis prisioneros? les dijo: ¿se ha perseguido á los asesinos? ¿están ya desarmados los paisanos? no quiero vanas palabras: se ha degollado á mis soldados, y debo tomar una venganza ruidosa!» Quisieron los dos en-

viados recordar las circunstancias que les habian obligado á defenderse de la insurreccion, los desórdenes comunes en semejantes acontecimientos, y la dificultad de apoderarse de los verdaderos asesinos. «Un gobierno, replicó prontamente Bonaparte, tan bien servido por sus espías como el vuestro, deberia conocer los verdaderos autores de estas atrocidades. Por lo demas, bien sé que es tan despreciado como debe serlo, y que no puede desarmar á los que ha armado, pero yo los desarmaré por él. He hecho la paz, tengo ochenta mil hombres, é iré á desmoronar vuestras mazmorras, y seré para Venecia un segundo Atila. No quiero ni inquisicion, ni libro de oro; esas son instituciones de los siglos bárbaros. Vuestro gobierno es ya demasiado caduco, y es preciso que vaya abajo. Cuando estaba en Geriza, ofrecí á M. Pezaro mi alianza y prudentes consejos; no me hizo caso. Esperábais que volviese para cortarme la retirada; pues bien, aqui me teneis. No quiero ya mas tratos, sino imponer la ley. Si no teneis mas que decirme, desde luego podeis retiraros.»

Quedaron aterrados los enviados venecianos con aquellas palabras pronunciadas con tono altivo é irritado, y aunque solicitaron otra entrevista, no pudieron ablandar al general, que persistió siempre en las mismas intenciones, y cuya voluntad era imponer la ley á Venecia, y destruir á viva fuerza una aristocracia que no habia logrado aceptase sus consejos. Pero en breve tuvieron mas motivos de temor al saber circunstanciadamente los asesinatos de Verona, y especialmente la odiosa crueldad cometida en el puerto del Lido. No atreviéndose á presentarse á Bonaparte, probaron á escri-

birle una carta sumamente respetuosa, ofreciéndole cuantas esplicaciones desease.—No puedo recibiros, les respondió, salpicados como estais de sangre francesa; os escucharé cuando me entregueis á los tres inquisidores de estado, al comandante del Lido, y al que tiene á su cargo la policía de Venecia.—Sin embargo, como habian recibido otro parte relativo al acontecimiento del Lido, accedió á verlos, aunque se negó á oir proposiciones, mientras no le entregasen las cabezas que tenia pedidas. Procurando entonces los dos venecianos valerse de un poder que mas de una vez habia sido muy útil á la república, le ofrecieron una satisfaccion de otro género. «No, no, replicó el general irritado: aunque cubriérais de oro esta playa, ni «todos vuestros tesoros, ni todos los del Perú, po«drian rescatar la sangre de un solo soldado mio.»

Despidióles Bonaparte el dia 13 de floreal (2 de mayo), y al momento publicó un manifiesto de guerra contra Venecia. La constitucion francesa no permitia al Directorio ni á los generales declarar la guerra, pero los autorizaba para rechazar hostilidades empezadas. Apoyándose Bonaparte en esta disposicion y en los acontecimientos de Verona y Lido, declaró empezadas las hostilidades, intimó la salida de Venecia al ministro Lallemant, mandó derribar el leon de San Marcos en todas las provincias de tierra firme, establecer ayuntamientos, proclamar en todos los puntos la abolicion del gobierno veneciano, y mientras volvian del Austria sus tropas, prescribió al general Kilmaine que pasase con las divisiones de Beraguey-d' Hilliers y Victor á la orilla de las lagunas. Verificáronse sus resoluciones que eran tan prontas como su enojo,

y en un momento desapareció el leon de San Marcos desde las orillas del Izonzo hasta las del Mincio, plantándose en su lugar el árbol de la libertad. Por todas partes se adelantaban tropas, y el cañon francés retumbó en aquellas orillas que hacia tanto tiempo no habian oido el eco de la artillería enemiga.

Podia muy bien la antigua ciudad de Venecia, situada en medio de sus lagunas, oponer aun dificultades casi insuperables al mismo general que acababa de avasallar al Austria. Todas las lagunas estaban armadas, y contando con treinta y siete galeras y ciento sesenta y ocho lanchas cañoneras, con setecientas cincuenta bocas de fuego y ocho mil quinientos marineros ó artilleros. Su guarnicion constaba de tres mil quinientos italianos y once mil esclavones, con víveres para ocho meses, agua dulce para dos, y medios de renovar estas provisiones; mientras nosotros no solo no éramos dueño del mar, sino que careciamos de lanchas cañoneras para atravesar las lagunas, y nos era necesario andar con la sonda en la mano siguiendo la corriente de aquellos canales que no conociamos, y sufriendo el fuego de innumerables baterías. Por mas valientes y osados que fuesen los vencedores de Italia, podian verse atajados por estos obstáculos y reducidos á un sitio de algunos meses de duracion. ¡A qué de sucesos no hubiera podido dar lugar una dilacion de tanto tiempo! El Austria rechazada podia desentenderse de los preliminares y volver á la lid, ó suscitar nuevas empresas.

Pero si bien presentaba muchos recursos la situacion militar de Venecia, su estado interior no

permitia hacer de ellos un uso muy enérgico. Su aristocracia, como todos los cuerpos ya gastados, se hallaba dividida, y no tenia ni los mismos intereses ni las mismas pasiones. La alta aristocracia, que tenia á su disposicion los empleos, los honores y las mayores riquezas, no era tan ignorante, preocupada ni desenfrenada como la nobleza inferior; la primera tenia especialmente la ambicion de dominar. La nobleza comun, escluida de los cargos públicos, atenida á algunos socorros, ignorante y relajada, abrigaba el verdadero fanatismo aristocrático. Unida á los sacerdotes, concitaba al pueblo que estaba de su parte, como acontece en todos aquellos estados donde la clase media no es bastante poderosa para atraérsele. Este pueblo, compuesto de marinos y artesanos, rústico, fanático y casi salvage, estaba siempre dispuesto á entregarse á toda especie de estravíos. La clase media, formada de ciudadanos, comerciantes, legistas, médicos, etc., anhelaba como en todas partes, que se estableciese la igualdad civil, y se regocijaba con la aproximacion de los franceses, aunque no se atrevia á manifestar su alegría, viendo á un pueblo que podia cometer los mayores escesos antes de que se efectuase cualquiera revolucion. Finalmente á todos estos elementos de division se agregaba una circunstancia menos peligrosa; que el gobierno veneciano se hallaba defendido por esclavones, tropa bárbara, estrangera en Venecia, revuelta de contínuo contra su pueblo, que solo aguardaba ocasion para entrar al saqueo, sin designio de servir á ningun partido.

Tal era la situacion interior de Venecia, que amenazaba su próxima dislocacion. Los grandes

que poseian el gobierno se atemorizaban de tener que luchar contra un guerrero como Bonaparte; y á pesar de que Venecia podia sin dificultad hacer frente á una embestida, les horrorizaba la idea de un sitio, el furor á que indudablemente se entregarian dos partidos enconados, los escesos de los soldados esclavones, los riesgos á que se espondria la ciudad con sus establecimientos marítimos y comerciales, y temian mas que todo el ver secuestradas por Bonaparte y amenazadas de confiscacion sus posesiones, situadas todas en tierra firme. No olvidaban tampoco las pensiones de que vivia la segunda nobleza, que llegarian á perderse, si llevando el lance hasta el estremo, se esponian á una revolucion. Juzgaban que por medio de convenios podrian salvar las antiguas instituciones de Venecia, alterándolas algun tanto; conservar el poder, que suele perpetuarse en los hombres acostumbrados á manejarlo; salvar sus tierras, las pensiones de la segunda nobleza, y libertar la ciudad de los horrores del asalto y el saqueo. Por lo tanto, aquellos hombres, que no tenian ni la energía de sus antepasados, ni las pasiones de la nobleza comun, trataron de conferenciar sobre este particular, y al efecto se reunieron en casa del dux los principales individuos del gobierno. Eran estos los seis consejeros del dux, los tres presidentes del tribunal criminal, los seis grandes sábios, los cinco sábios de tierra firme, los cinco de las órdenes, los once sacados del consejo, los tres gefes del consejo de los diez y los tres abogadores. Esta estraordinaria Asamblea, opuesta hasta á las costumbres, tenia por objeto procurar la salvacion de Venecia. Reinaba en ella el espanto: y el dux, anciano consumido por

la edad, tenia los ojos bañados en lágrimas. Dijo que ni aun aquella noche habia seguridad para dormir tranquilamente en su lecho. Cada uno hizo diferentes proposiciones. El uno la de valerse del banquero Haller para ganar á Bonaparte, pero tuvieron por inútil y ridícula semejante proposicion. Por otra parte el embajador Quirini tenia órden para hacer en Paris cuanto pudiese, hasta cohechar á los individuos del Directorio, si le era dado. Otros propusieron defenderse, pero juzgaron esta proposion por imprudente, y digna de imaginaciones jóvenes y alborotadas. Finalmente, acordaron proponer al Gran consejo una modificacion en la constitucion, para aplacar á Bonaparte por este medio; y asi se convocó al Gran consejo, compuesto por lo comun de toda la nobleza y representantes de la nacion veneciana. Acudieron seiscientos diez y nueve individuos, es decir, algunos mas de la mitad, haciéndose la proposicion entre universal silencio. Ya se habia suscitado esta cuestion de resultas de una comunicacion del ministro Lallemant al senado, y se decidió entonces dejar las modificaciones para ocasion mas oportuna, llegándose á la actual en que ya no era posible recurrir á dilaciones. Adoptóse la proposicion del dux por quinientos noventa y ocho votos; la cual se reducia á que dos comisionados enviados por el senado, quedasen autorizados para conferenciar con el general Bonaparte, y aun tratar de los asuntos que competian al Gran consejo; es decir, de la constitucion, salva la competente ratificacion.

Salieron inmediatamente los dos comisionados, y hallaron á Bonaparte en la orilla de las lagunas, en el puente de Marghera. Estaba ya disponiendo

sus tropas, y los artilleros franceses tiroteándose con los venecianos. Entregáronle los dos comisionados el acuerdo del Gran consejo; y aunque pareció por un momento que le sorprendia esta determinacion, tomando despues un tono brusco, les dijo :—¿Y los tres inquisidores de estado, y el comandante de Lido, están ya presos? Necesito sus cabezas. No quiero tratado ninguno hasta que quede vengada la sangre francesa. Vuestras lagunas no me intimidan; las he hallado tales como me habia figurado. Dentro de quince dias estaré en Venecia, y vuestros nobles no escaparán de la muerte, sino yendo, como los emigrados franceses, á arrastrarse llenos de miseria por toda la tierra.—Los dos comisionados se esforzaron cuanto pudieron en obtener una prórroga de algunos dias, á fin de convenirse en las satisfacciones que deseaban. El no queria conceder mas que veinte y cuatro horas; pero sin embargo otorgó seis dias de suspension de armas, para dar tiempo á que los comisionados venecianos se le presentasen en Mántua con la adhesion del Gran consejo á todas las condiciones que impusiera.

Satisfecho Bonaparte con haber aterrado á los venecianos, no queria apelar á verdaderas hostilidades, porque conocia la dificultad de apoderarse de las lagunas, y preveia una intervencion por parte del Austria. En un artículo de los preliminares se estipulaba que todo lo relativo á Venecia se arreglaria de acuerdo con la Francia y el Austria. Si procedia de viva fuerza, se quejaria Viena de la infraccion de los preliminares, y de todos modos le convenia mas reducirlos á sumision. Contento con haberles atemorizado, salió para Mántua y Milan,

seguro de que no tardarian en presentársele á rendirle plena sumision y obeciencia.

Volvióse á reunir de nuevo la Asamblea de todos los individuos del gobierno para oir el informe de los comisionados. No habia medio para resistir á las exigencias del general, sino que era forzoso acceder á todo, porque el peligro estrechaba mas y mas cada dia. Decíase que los ciudadanos conspiraban para degollar á la nobleza, y que los esclavones iban á aprovecharse de la ocasion para entrar la ciudad á saco; y asi se convinieron en hacer otra proposicion al Gran consejo, con objeto de avenirse á cuanto el general Bonaparte pedia. El dia 15 de floreal (4 de mayo) se reunió nuevamente el Gran consejo, y decidió por mayoría de setecientos cuatro votos contra diez, que se autorizase á los comisionados para acordar todas las condiciones con el general Bonaparte, y que desde luego se procediera contra los tres inquisidores de estado y el comandante del Lido.

Autorizados los comisionados con aquellos nuevos poderes, siguieron á Bonaparte á Milan para rendir á sus piés la orgullosa constitucion veneciana; pero seis dias no eran suficientes, y la tregua iba á espirar antes de que pudieran convenirse con el general. Entretanto se iba aumentando el terror en Venecia, llegando una vez el sobresalto hasta el punto de autorizar al comandante de las lagunas para capitular con los generales franceses encargados del mando en ausencia de Bonaparte. Solo se le encomendó la independencia de la república, la religion, la seguridad de las personas y de los embajadores estrangeros, las propiedades públicas y particulares, la moneda, el banco, el

arsenal y los archivos. A pesar de esto, los generales franceses prorrogaron la tregua para que los enviados venecianos tuviesen tiempo de conferenciar con Bonaparte.

El arresto de los tres inquisidores de estado desconcertó enteramente la policía de Venecia. Andaban inquietos los ciudadanos de mas influencia, y manifestaban á las claras el deseo de hacer algo para acelerar la ruina de la aristocracia. No dejaban de la mano al encargado de negocios de Francia Villetard, que se habia quedado en Venecia despues de la salida del ministro Lallemant, y era un fervient e patriota, buscando y esperando hallar en él el apoyo de sus proyectos. Los esclavones se entregaban al propio tiempo á la indisciplina, y hacian temer las mas horribles demasías. Ya habian tenido algunos choques con el pueblo de Venecia, y los mismos ciudadanos parecian incitar estas contiendas que debilitaban las fuerzas del partido aristocrático. El 20 de floreal (9 de mayo), llegó el terror hasta lo sumo, porque habiendo entrado en comunicacion con ciertos personages de los que componian la junta estraordinaria del dux, los llamados Spada y Zorzi, indicaron que era necesario acudir al encargado de negocios de Francia, y conferenciar con él para preservar á Venecia de los males que la amenazaban. El dia 9 de mayo se presentaron á Villetard, Donat y Battaglia, á quienes ya hemos visto figurar, y le preguntaron cuales serian en el actual peligro los medios mas á propósito para salvar á Venecia. Respondióles este que no estaba autorizado para tratar por el general en gefe, pero que si querian saber su opinion particular, les aconsejaba las resoluciones siguientes: el em-

barque y separacion de los esclavones; la creacion de una guardia ciudadana; la introduccion de cuatro mil franceses en Venecia, y el que estos ocupasen todos los puntos fortificados; la abolicion del antiguo gobierno; que le sustituyese un ayuntamiento de treinta y seis individuos elegidos entre todas las clases; y el actual dux por corregidor, y finalmente la libertad de todos los presos por causa de opinion. Villetard añadió que si hacian esto, indudablemente perdonaria el general Bonaparte á los tres inquisidores de estado y al comandante del Lido.

Fueron llevadas estas proposiciones al consejo reunido en casa del dux. Eran muy graves, porque obraban una completa revolucion en Venecia; pero los gefes del gobierno temian una sangrienta revolucion por los proyectos del partido reformista, el encono popular, y la codicia de los esclavones. Dos de ellos opusieron una fuerte resistencia. Pezaro dijo que debian retirarse á Suiza antes que consumar ellos mismos la ruina del antiguo gobierno veneciano; pero desvanecidas sus razones, se resolvió presentar al Gran consejo todas estas proposiciones. Señalóse la convocacion para el 23 de floreal (12 de mayo), y mientras tanto se pagó á los esclavones los sueldos devengados, y les embarcaron para Dalmacia; pero los detuvieron en el puerto los temporales, y su presencia en las aguas de Venecia fué causa de contínuo sobresalto y miedo.

Se reunió con mucho aparato el gran consejo el dia 23 de floreal (12 de mayo), para votar la abolicion de aquella antigua aristocracia. Habia acudido un inmenso gentío, viéndose en una parte á los ciudadanos, gozosos al fin por ver derrocado el poder de sus señores; y en otra al pueblo, inci-

tado por la nobleza y pronto á lanzarse contra lós que juzgaba promovedores de aquella revolucion. Tomó el dux la palabra, vertiendo copioso llanto, y propuso al Gran consejo la abdicacion de su soberanía. Mientras iban á deliberar, se oyeron algunos tiros, y la nobleza ya se creyó degollada. «¡A votar! ¡á votar!» gritaron por todas partes. Quinientos doce votos se declararon por la abolicion del antiguo gobierno, y segun los estatutos eran menester seiscientos. Hubo doce en contra y cinco nulos. El Gran consejo devolvió su soberanía á la nacion veneciana, votó la institucion de un gobierno interino, compuesto de los diputados de todos los estados venecianos, consolidó la deuda pública y las pensiones concedidas á los nobles pobres, y decretó la entrada de las tropas francesas en Venecia. Apenas se adoptó esta resolucion, cuando se enarboló un estandarte en una ventana del palacio, á cuyo aspecto se regocijaron los ciudadanos; pero el pueblo furioso, conduciendo la imágen de San Marcos, y recorriendo las calles de Venecia, asaltó las casas de los habitantes á quienes se imputaba la determinacion de la nobleza veneciana. Las casas de Spada y Zorzi fueron entradas y saqueadas, llegando al mayor estremo el desórden, y temiéndose un terrible trastorno; reuniéronse, sin embargo, cierto número de habitantes interesados en la tranquilidad pública, se pusieron á las órdenes de un antiguo general maltés, llamado Salembeni, que habia sido muy perseguido por la inquisicion de Estado, y acometieron á los revoltosos, dispersándoles despues de un choque en el puente de Rialto, y restableciendo el órden y la tranquilidad.

Embarcáronse por fin los esclavones y se ausentaron, despues de haber cometido mil escesos en los pueblos de Lido y Malamocco. Creóse el nuevo ayuntamiento, y el 27 de floreal (16 de mayo), la escuadrilla salió en busca de una division de cuatro mil franceses que se establecieron pacíficamente en Venecia.

Mientras ocurrian tales acontecimientos en esta ciudad, Bonaparte firmaba en Milan aquel mismo dia un tratado con los plenipotenciarios venecianos, conforme en un todo á la revolucion que acababa de efectuarse. Sus pactos eran la abdicacion de la aristocracia, la institucion de un gobierno interino, la introduccion de una division francesa con el carácter de protectora, y el castigo de los tres inquisidores de estado y del comandante del Lido. Ademas habia artículos secretos para cambios de territorio, para una contribucion de tres millones en dinero y otros tantos en municiones navales, y para la cesion á la Francia de tres navíos de guerra y dos fragatas. El gobierno de Venecia debia ratificar este tratado, lo cual era imposible, porque ya se habia efectuado la abdicacion, y al mismo tiempo inútil por haberse llevado á efecto todos los artículos del tratado; sin embargo, no por eso creyó el ayuntamiento interino deber dejar de firmarlo.

Asi Bonaparte habia logrado sus deseos sin comprometerse con el Austria, y sin los graves cuidados de un sitio, derribando á la absurda aristocracia su enemiga, colocando á Venecia en la misma situacion que á Lombardía, Módena, Bolonia y Ferrara, y pudiendo sin ningun estorbo hacer cuantos arreglos de territorio le pareciesen con-

venientes. Cediendo al emperador toda la tierra firme que media desde el Izonzo al Oglio, tenia medios para indemnizar á Venecia, dándole Bolonia, Ferrara y la Romanía, que á la sazon constituian parte de la Cispadana; y el dar estas provincias á Venecia reformada, no era imponerles nuevo yugo. Quedaban aun el ducado de Módena y la Lombardía, con los cuales era fácil formar otra república aliada de la primera, pudiendo hacer aun otra cosa mejor, cual era, en el caso de lograr que cesasen las rivalidades locales, reunir todas las provincias rescatadas por las armas francesas, y formar con la Lombardía, Módena, Bolonia, Ferrara, Romanía, Polesina, Venecia y las Islas de Grecia, una poderosa república que dominase á la vez al continente y los mares de la Italia. Con aquellos artículos secretos relativos á los tres millones en municiones navales, y á los tres navíos y dos fragatas, habia un medio seguro para tener afianzada la marina veneciana. El inmenso genio de Bonaparte, cuya prevision abarcaba de una vez todas las cosas, no queria que nos sucediese con los venecianos lo que nos habia acontecido con los holandeses, es decir: que descontentos de la revolucion los oficiales de la marina, ó los comandantes de las islas, entregasen á los ingleses los navíos é islas que tenian bajo su mando. Atendia principalmente á las importantes islas venecianas de la Grecia, Corfú, Zante, Cefalonia, San Mauro y Cerigo, dando órden inmediatamente para ocuparlas. Escribió á Tolon para que le enviasen por tierra cierto número de marineros, prometiendo pagarles los gastos y equiparles á su llegada á Venecia, solicitando órdenes del Directorio para que el almirante

Brueys se presentase inmediatamente con seis navíos, con el objeto de incorporarse á toda la marina veneciana, y fuese á apoderarse de las Islas de Grecia. Despachó por sí dos millones á Tolon para que no se retardase el ordenador de la marina por falta de fondos, y aun en esto infringió los reglamentos de la tesorería por no causar mas demoras; sin embargo, temiendo que Brueys llegase demasiado tarde, reunió la escuadrilla que tenia en el Adriático á los navíos que halló en Venecia, mezcló las tripulaciones venecianas con las francesas, embarcó dos mil hombres de tropa, y les mandó partir inmediatamente á apoderarse de las islas. Con esto aseguraba la posesion de los puntos mas importantes en el Levante y el Adriático, y se situaba en una posicion que, llegando á ser cada dia mas imponente, debia influir notablemente en las negociaciones definitivas con el Austria.

Iba haciendo la revolucion nuevos progresos, desde que se habia fijado la suerte de Italia con los preliminares de Leoben, afirmando la influencia francesa. Ya no podia dudarse de que la mayor parte de la Italia alta quedaria constituida en república democrática; ejemplo muy seductor que alteraba el Piamonte, el ducado de Parma, la Toscana y los estados pontificios. El general francés no buscaba á nadie, pero se manifestaba dispuesto á recibir á cuantos le demandasen ausilio. Los ánimos de los genoveses se hallaban muy irritados contra la aristocracia, menos absurda y apocada que la de Venecia, pero mas ostinada aun si es posible. La Francia, como hemos visto, habia entrado en tratos con ella para asegurar su retaguardia, y se habia limitado á exigir dos millones por

via de indemnizacion, otros dos de empréstito, y el regreso de las familias desterradas por ser partidarias de la Francia; pero el partido patriota no pudo contenerse asi que Bonaparte impuso la paz al Austria. Reuníase en casa de un tal Morandi, donde formó un club sumamente exaltado; y allí redactaron una peticion, presentándosela luego despues al dux, para solicitar que se modificase la constitucion. El dux mandó formar una comision que la examinase, y entretanto se alteraron de modo, que los vecinos de Génova, y los jóvenes mas acalorados se avinieron y aprestaron á echar mano de las armas. Los nobles por su parte, ausiliados por los clérigos, incitaron al pueblo bajo, y armaron á los carboneros y mozos de cordel. El ministro de Francia, hombre pacífico y moderado, conllevaba en vez de incitar al partido patriota; pero el 22 de mayo, asi que se supieron los acontecimientos de Venecia, se presentaron armados los morandistas, que asi se les llamaba, y trataron de apoderarse de los principales puntos de la ciudad. Suscitóse un terrible choque, quedando batidos y víctimas de las mayores crueldades los patriotas perseguidos por todo el pueblo. Este se propasó, valiéndose de su triunfo, á los mayores esceses, y no perdonó ni aun á las familias francesas, de las que quedaron muchas maltratadas. Se respetó al ministro de Francia, porque el dux tuvo cuidado de enviarle alguna fuerza. Apenas supo Bonaparte estos acontecimientos, conoció que no podia diferir por mas tiempo su intervencion, y asi envió á su edecan Lavalette para reclamar á los franceses arrestados, exigir satisfacciones, y principalmente para pedir el arresto de los tres inquisidores de es-

tado, acusados de haber armado al pueblo. Sostenido por tan poderoso influjo el partido patriota, volvió á unirse, quedó vencedor y obligó á la aristocracia genovesa á que abdicase como la de Venecia lo habia hecho. Instalóse un gobierno interino, y se despachó una comision á Bonaparte para acordar con él la constitucion que conviniese establecer en la república de Génova.

De modo que despues de haber invertido solos dos meses en someter al papa, pasar los Alpes Julianos, imponer la paz al Austria, volver á atravesar los Alpes y castigar á Venecia, se hallaba Bonaparte en Milan ejerciendo una autoridad suprema sobre toda la Italia, esperando, sin precipitarla, la marcha de la revolucion, obligando á trabajar la constitucion de las provincias redimidas, creándose una marina en el Adriático, y haciendo cada vez mas imponente al Austria su posicion. Aprobáronse en Paris y en Viena los preliminares de Leoben; se cangearon las ratificaciones entre Bonaparte y M. de Gallo, y solo se aguardaba con impaciencia que se entablasen conferencias para la paz definitiva. Bonaparte desde Milan, aunque mero general de la república, ejercia mas influjo que todos los potentados de Europa, y los muchos correos que continuamente llegaban y salian sin cesar, anunciaban que aquel era el centro de los destinos del mundo. Los italianos, llenos de entusiasmo, esperaban horas enteras para tener el gusto de ver salir al general del palacio de Serbelloni, y una multitud de damas jóvenes y hermosas rodeaban á la esposa de Bonaparte, formando una brillante córte. Allí principiaba ya aquella estraordinaria existencia, que deslumbró y dominó despues al mundo.

CAPITULO IX.

Situacion apurada de la Inglaterra despues de los preliminares de paz con el Austria; nuevas proposiciones de paz; conferencias de Lila.—Elecciones del año V. Progresos de la reaccion contra-revolucionaria. Lucha de los consejos con el Directorio.—Eleccion de Barthelemy para director en remplazo de Letourneur, director cesante.—Nuevos pormenores sobre la hacienda del año V. Modificaciones en su administracion propuestas por la oposicion.—Vuelta de los clérigos y emigrados.—Intrigas y conspiraciones de la faccion realista.—Division y fuerzas de los partidos. Disposiciones políticas de los ejércitos.

Atrevida por demas era la conducta de Bonaparte respecto á Venecia, pero conforme á las leyes, pues fundaba el manifiesto de Palma-Nova en la necesidad de rechazar las comenzadas hostilidades y antes de que estas se trocasen en una guerra declarada, concluyó un tratado que dispensaba al Directorio de someter á los dos consejos la declaracion de guerra. Asi habia sido acometida la república de Venecia, destruida y borrada de Europa, sin que el general hubiese consultado casi al Directorio, ni el Directorio á los consejos, sin faltar mas que notificar el tratado. Igual revolucion se efectuó en Génova, donde al parecer no se consultó con el gobierno; y todos estos hechos que se atribuian al general Bonaparte en mayor grado de lo que realmente se debia, daban estraordinarias

pruebas de su poder en Italia, y del que se apropiaba. El Directorio, en efecto, juzgaba que Bonaparte habia zanjado muchas cuestiones; sin embargo, no podia argüirle por haberse escedido materialmente en sus poderes, sino que se veia obligado á reconocer la utilidad y conveniencia de todas sus operaciones, no atreviéndose á desaprobar á un general victorioso y que tan grande autoridad ejercia sobre los ánimos. El embajador de Venecia en Paris, M. Quirini, habia hecho todo lo posible con el Directorio para ganar votos en favor de su patria, valiéndose de un dalmata, astuto intrigante, que habia hecho amistad con Barrás para seducirle. Parece que se dió una suma de seiscientos mil francos en billetes, con condicion de defender á Venecia en el Directorio; pero Bonaparte reveló la intriga apenas la supo, Venecia quedó en la misma situacion y se rehusó el pago de los billetes. Enterado el Directorio de estos hechos, mediaron algunas esplicaciones, y aun principios de sumaria, pero al fin trató de ocultarse todo. Aprobóse la conducta de Bonaparte en Italia, y se consagraron á la mas viva alegría los primeros dias que se siguieron á la noticia de los preliminares de Leoben. Los enemigos de la revolucion y el Directorio, que tanto habian clamado por la paz, para tener un pretesto de acusar al gobierno, quedaron interiormente muy disgustados al ver firmados los preliminares; mas los republicanos por el contrario sintieron el mayor júbilo. Sin duda hubieran deseado la completa libertad de la Italia; pero se enajenaban al considerar que el emperador hubiese reconocido y como consagrado una república. La poblacion en general se regoci-

ba al ver terminados los horrores de la guerra, y esperaba ver disminuidas las cargas públicas. La sesion en que se dió cuenta á los consejos de los preliminares, fué una escena de entusiasmo. Se declaró que los ejércitos de Italia, del Rin y de Sambre y Mosa habian merecido bien de la patria y de la humanidad, ganando la paz con sus victorias; y todos los partidos prodigaron al general Bonaparte las espresiones mas entusiastas, proponiendo darle el renombre de Itálico, como Roma atribuyó á Escipion el de *Africano*.

Sometida el Austria, lo estaba tambien todo el continente y no quedaba mas que la Inglaterra con quien luchar, la cual estaba tambien algo reducida y espuesta á verdaderos peligros. Hoche, detenido en Francfort en el momento del mas glorioso triunfo, vivia impaciente por adquirir nuevas glorias, y tenia fija su contemplacion en Irlanda, pues jamás habia renunciado á su proyecto del año anterior. Contaba con cerca de ochenta mil hombres entre el Rin y el Nidda, y dejó unos cuarenta mil en las inmediaciones de Brest, en cuyo puerto se hallaba la escuadra armada en disposicion de darse á la vela. Una escuadra española que estaba reunida en Cádiz, esperaba solo un viento favorable, que obligase al almirante inglés Jewis á alejarse, para salir de la rada é introducirse en el canal de la Mancha á combinar sus esfuerzos con los de la marina francesa. Los holandeses habian por fin logrado tambien reunir una escuadra y reorganizar parte de su ejército; de suerte que Hoche podia disponer de inmensos recursos para sublevar la Irlanda. Se proponia sacar veinte mil hombres del ejército de Sambre y Mosa y enviarlos á Brest, pa-

ra embarcarlos aquí de nuevo, eligiendo para esta empresa, que era el blanco de todos sus proyectos, sus mejores tropas. Tambien pasó á Holanda, guardando el mas rigoroso incógnito y esparciendo la voz de que habia ido á pasar algunos dias con su familia. Examinó allí por sí mismo todos los preparativos, y se embarcaron en una escuadrá diez y siete mil holandeses de escelente tropa que solo aguardaban un aviso para acudir á reunirse con la espedicion preparada en Brest. Si se agregaban á todos estos medios los de los españoles, la Inglaterra se hallaba amenazada, como es evidente, de incalculables riesgos.

No tenia Pitt un momento de tranquilidad, porque la separacion del Austria, los preparativos hechos en el Tejel y en Brest, y la escuadra reunida en Cádiz, cuyo bloqueo podia desaparecer al menor viento, eran circunstancias todas en estremo alarmantes. La España y la Francia trabajaban para que Portugal se agregase á la paz, y tambien podia temerse la separacion de tan antiguo aliado; acontecimientos que rebajaron notablemente el crédito, y produjeron una crísis mucho há prevista y frecuentemente pronosticada. El gobierno inglés acudia siempre al banco, del cual habia sacado enormes anticipos, ya haciéndole comprar réditos, ya descontar los billetes de la tesorería, no pudiendo satisfacer estos adelantos, sino por medio de abundantes emisiones. Alarmados los ánimos y con la noticia de que el banco habia hecho al gobierno considerables empréstitos, se apresuró todo el mundo á convertir sus créditos en efectivo; y por esto, desde el mes de marzo en que Bonaparte se dirigia á Viena, se vió precisado el banco á soli-

citar la facultad de suspender sus pagos; facultad que desde luego obtuvó, viéndose dispensado de llenar una obligacion que se habia hecho imposible; mas no por esto se mejoraron su crédito y existencia. Publicó inmediatamente la cuenta de su haber y débito, ascendiendo el primero á diez y siete millones quinientas noventa y siete mil doscientas ochenta libras esterlinas, y el segundo á trece millones setecientas setenta mil trescientas noventa; de suerte que su haber escedia al débito en tres millones ochocientas veinte y seis mil ochocientas libras esterlinas. Pero no se decia cuántos créditos contra el estado entraban en la misma existencia; todo lo que consistia en barras ó letras sobre el comercio era seguro; pero las rentas y las cédulas de tesorería, que eran lo que constituia la mayor parte del haber, habian perdido su crédito con la política del gobierno, pues los billetes perdieron desde luego mas de un quince por ciento. Los banqueros pidieron que se les facultase para pagar en billetes, porque de lo contrario se verian precisados á suspender sus pagos. Era muy natural, y aun de toda justicia, que se les concediese lo mismo que al banco, pues negándose el banco á cumplir sus obligaciones en efectivo, les imposibilitaba cubrir las suyas del mismo modo. Mas desde entonces se daba á los billetes el curso forzoso de metálico, y para evitar este inconveniente se reunieron los principales comerciantes de Lóndres, y dieron una prueba notable de patriotismo é inteligencia. Haciéndose cargo de que la negativa á admitir en pago los billetes del banco produciria una catástrofe irremediable, de que se resentirian todas las fortunas, resolvieron pre-

caverla, y se convinieron de comun acuerdo en recibir los billetes en pago. Desde entonces entró la Inglaterra en el papel moneda. Es verdad que este no era forzoso, sino voluntario, pero no tenia mas solidez que la del papel, y dependia ademas de la conducta política del gabinete. Para darle mas propiamente el uso de moneda, se le dividió en pequeñas cantidades, autorizando al banco, cuyos menores billetes eran de cinco libras esterlinas (sobre cuatrocientos reales), á emitir otros de veinte y cuarenta chelines (de noventa y seis y de ciento noventa y dos reales), que era un medio para que sirviesen al pago de los jornaleros.

Por mas que la buena fé del comercio inglés hubiese disminuido los riesgos de aquella catástrofe, no por eso dejaba de ser muy espuesta la situacion, puesto que para que fuese menos desastrosa, era preciso desarmar á la Francia, é impedir que las escuadras española, francesa y holandesa atizasen el incendio en Irlanda La familia real seguia siendo tan enemiga de la revolucion como de la paz; pero Pitt, que no tenia mas objeto que el interés de la Inglaterra, creia que era necesario respirar por un momento. Esto era indispensable, fuese ó no la paz definitiva; y enteramente acorde en este punto con lord Grenville, decidió al gabinete á entablar una negociacion sincera, que dejase descansar por dos ó tres años los trabajados resortes de la potencia inglesa. Ya no podia tratarse de disputar los Paises-Bajos, cedidos á la sazon por el Austria, sino de disputar sobre las colonias; en lo cual habia medios y esperanza de avenirse. No era solo la situacion la que indicaba el deseo de hacer la paz, sino tambien la eleccion del media-

dor, pues se habia designado esta vez á lord Malmesbury, que en su edad no podia representar dos veces seguidas un inútil carácter. Lord Malmesbury, célebre por su prolongada carrera diplomática, y por su tino como negociador, estaba cansado de los negocios, y queria retirarse de ellos, aunque despues de una negociacion favorable y honorífica. Ninguna mejor que la que se hiciese con la Francia despues de tan horrible lucha; y si no hubiese estado convencido de que su gabinete queria la paz, no hubiera consentido en representar un papel de farsa, cuya repeticion era ridícula. Recibió en efecto instrucciones secretas, que no le dejaban la menor duda. El gabinete inglés pidió pasaportes para su agente, y de comun acuerdo se fijó el punto de las conferencias, no en París sino en Lila. El Directorio preferia recibir al ministro inglés en una ciudad de provincia, porque temia menos sus intrigas, y este, por su parte, deseando no presentarse ante un gobierno, cuyas formas tenian cierta aspereza, preferia tratar por medio de sus agentes. Eligióse, pues, Lila, preparando por una y otra parta una legacion solemne, no dejando por eso Hoche de continuar con afan sus preparativos, para dar mayor autoridad á los negociadores franceses.

Asi, victoriosa por todas partes la Francia, se hallaba en tratos con las dos grandes potencias europeas, y se acercaba á la paz general. Tan plausibles y gloriosos acontecimientos hubieran debido infundir solamente alegría en todos los corazones; pero las elecciones del año V acababan de dar á la oposicion un peligroso apoyo. Ya hemos visto cuán incansables trabajaban los enemigos del Di-

rectorio al acercarse las elecciones, en cuyo resultado habia tenido gran parte la faccion realista, que si bien perdió tres de sus principales agentes, con el arresto de Brottier, Laville-Heurnois y Duverne de Presle, no era un mal muy grande, pues reinaba entre ella tal confusion, que no podia aumentarse porque perdiese á sus corifeos. Seguian dos asociaciones; una compuesta de los hombres decididos y capaces de tomar las armas, y otra de los tibios, que solo servian para votar en las elecciones. La agencia de Lyon permanecia intacta, y Pichegrú, que conspiraba aparte, seguia en correspondencia con el ministro inglés Wickam y el príncipe de Condé, de suerte que las eleciones, producto de todos estos intrigantes, y especialmente del espíritu reaccionario, tuvieron el resultado que ya se habia previsto. Casi todo el segundo tercio se formó, como el primero, de enemigos del Directorio, ó por amor al trono, ó por aborrecimiento á los terroristas. Es verdad que los realistas no eran muy numerosos, pero segun costumbre iban á servirse de las pasiones de los demas. Nombróse á Pichegrú, diputado por el Jura. En Colmar se eligió á un tal Chemblé, corresponsal de Wickam; en Lyon á Imbert-Colomés, uno de los individuos de la agencia realista del Mediodia, y á Camilo Jourdan, jóven de muy buenos sentimientos, de imaginacion viva, y de ridícula saña contra el Directorio; en Marsella al general Willot, sacado del ejército del Occéano, para mandar en el departamento de las Bocas del Ródano, y que en vez de reprimir á los partidos, se habia dejado seducir, tal vez sin saberlo, por la faccion realista; en Versalles á un tal Vauvilliers, comprometido

en la conspiracion de Brottier, y destinado por la agencia para administrador de abastos; en Brest, al almirante Villaret-Joyeuse, enemistado con Hoche, y por consiguiente con el gobierno, á causa de la espedicion de Irlanda. Otra porcion de elecciones se hicieron por este estilo, aunque no eran todas tan alarmantes para el Directorio y la república. Nombróse diputado por su departamento al general Jourdan, que habia dejado el mando del ejército de Sambre y Mosa, despues de los contratiempos de la anterior campaña; persona digna de representar al ejército en el cuerpo legislativo, y de lavar la mancha con que la traicion de Pichegrú iba á deshonrarle. Por una singularidad chocante se eligió á Barrere por el departamento de los altos Pirineos.

Diéronse prisa á llegar á Paris los nuevos diputados, y mientras llegaba el 1.° de pradial, época de su instalacion, se les llevaba á la reunion de Clichy, que diariamente se hacia mas tumultuosa. Los mismos consejos habian abandonado ya su antigua severidad; y viendo acercarse el momento en que iban á verse reforzados, los individuos del primer tercio empezaban á dejar el disfraz con que se habian encubierto por quince meses. Hasta entonces habia marchado en pos de los constitucionales, es decir, de los diputados que pretendian no ser amigos ni enemigos del Directorio, y que afectaban atenerse al espíritu de la constitucion, no combatiendo al gobierno sino cuando se separaba de ella. Este sistema dominó especialmente en el consejo de los Ancianos; pero á proporcion que se aproximaba el dia del reemplazo, iba tomando un lenguage mas amenazador la opo-

sicion de los Quinientos. Oiase decir que harto tiempo habian manejado á estos los Ancianos, y que era ya hora de que los Quinientos saliesen de la tutela; y asi en la sociedad de Clichy como en el cuerpo legislativo, el partido próximo á adquirir la mayoría manifestaba su regocijo y atrevimiento.

Engañados los constitucionales, como todos los que durante la revolucion se habian dejado arrastrar á la oposicion, creian que iban á ser los directores del movimiento, y que los recien venidos engrosarian mas su partido. Su corifeo era Carnot, que cada dia mas empeñado en el torcido rumbo que habia elegido, no dejó de apoyar en el Directorio el dictámen de la mayoría legislativa; y especialmente en la discusion de los preliminares de Leoben, manifestó una animosidad que hasta entonces se habia contenido en los oportunos límites, y apoyó con un celo que no debia esperarse de su vida pasada, las concesiones hechas al Austria. Carnot, cegado por su amor propio, creia manejar á su arbitrio el partido constitucional en los Quinientos y en los Ancianos, y no veia en los nuevos elegidos sino otros tantos partidarios mas. En su afan de hermanar los elementos de un partido, cuyo caudillo esperaba ser, procuraba relacionarse con los mas marcados entre los nuevos diputados y hasta se habia anticipado á Pichegrú, que procedia descortesmente con todos los individuos del Directorio, yendo á visitarle. Pichegrú, correspondiendo groseramente á su atencion, le mostró indiferencia, y casi desprecio. Carnot habia hecho amistad con otros muchos diputados del primero y segundo tercio, y su habitacion en el Luxemburgo

era el punto de reunion de todos los individuos de la nueva oposicion, viendo diariamente sus cólegas entrar en su casa á sus mas irreconciliables enemigos.

La cuestion mas importante del dia era la eleccion de un nuevo director, debiendo sortearse el que habia de cesar en aquel empleo, y si la suerte designaba á Larevelliere-Lepeaux, Rewbell ó Barrás, variaba ya la marcha del gobierno, porque el director que la nueva mayoría nombrase, no podria menos de votar con Carnot y Letourneur.

Se decia que los cinco directores se habian puesto de acuerdo para designar al que habia de cesar de entre ellos, y que Letourneur habia consentido en separarse, siendo por lo tanto aparente el escrutinio; pero esta era una suposicion absurda como las que por lo comun hacen los partidos. Los cinco directores, escepto Larevelliere, tenian mucho amor á su destino: por otra parte Carnot y Letourneur, que esperaban ser los dueños del gobierno si tocaba salir á cualquiera de sus tres cólegas, no podian renunciar espontáneamente su cargo. Hubo una circunstancia que pudo dar peso á este rumor. Los cinco directores se habian convenido en que el que saliese recibiria de cada uno de sus cólegas una indemnizacion de diez mil francos, que ascenderia á cuarenta mil, para que los directores pobres no pasasen repentinamente de la cumbre del poder á la indigencia. Este convenio hizo creer que para decidir á Letourneur, habian acordado sus cólegas cederle parte de sus asignaciones, pero sin embargo, no era cierto. Decíase tambien que se habia tratado hiciese su dimision antes del 1.º de pradial, para que el nombramien-

to del nuevo director se hiciese antes de que entrase el segundo tercio en los consejos; combinacion que era imposible con la presencia de Carnot.

No omitia diligencia la sociedad de Clichy para prevenir estos arreglos, y trató de que se presentase en los Quinientos una proposicion con el objeto de obligar á los directores á que sacasen públicamente la suerte, proposicion inconstitucional, porque la constitucion no espresaba el modo de verificarlo, y descansaba respecto á su formalidad en el interés de cada director; sin embargo se aprobó en los consejos. El director Larevelliere Lepeaux, que tenia poca ambicion, pero mucha entereza, espuso á sus colegas que esta medida era una mengua de sus prerogativas, obligándoles á no reconocer su legalidad. En efecto, el Directorio respondió que no la llevarian á efecto por ser inconstitucional, y los consejos le replicaron, que no podia juzgar de las decisiones del cuerpo legislativo. Quiso insistir el Directorio, y responder que la constitucion se ponia en un artículo fundamental bajo la salvaguardia de cada poder, y que el ejecutivo estaba obligado á no consentir nada que fuese inconstitucional, pero Carnot y Letourneur abandonaron á sus cólegas. Barrás que era impetuoso, pero no constante, obligó á ceder á Rewbell y Larevelliere, y no se disputó mas sobre el modo de sacar la suerte.

Otras nuevas proposiciones se discutieron en la turbulenta reunion de Clichy antes del 1.º de pradial. La mas importante para ellos era el informe de la famosa ley del 3 de brumario, que escluia de los cargos públicos á los parientes de los emigrados, y que negaba la entrada en el cuerpo

legislativo á muchos individuos del primero y segundo tercio. Hízose efectivamente la proposicion en los Quinientos algunos dias antes del 1.° de pradial, y quedó adoptada despues de una acalorada discusion. Este inesperado triunfo aun antes del reemplazo del segundo tercio, probaba la superioridad que empezaba á tener la oposicion en el cuerpo legislativo, aunque formado de las dos terceras partes de la Convencion. Sin embargo, el partido constitucional era mas poderoso en los Ancianos; ofendido del arrojo de los diputados que hasta entonces habia parecido que recibian su direccion, se negó á revisar la ley del 3 de brumario.

Apenas llegó el 1.° de pradial, se presentaron en el cuerpo legislativo los doscientos cincuenta diputados nuevos sustituyendo á igual número de convencionales. De los setecientos cincuenta individuos de ambos consejos, no quedaron por consiguiente mas que doscientos cincuenta de la gran Asamblea que habia llevado á cabo y defendido la revolucion. Cuando Pichegrú se presentó en los Quinientos, la mayor parte de la Asamblea, que ignoraba admitir á un traidor, y solo veia en él un ilustre general desairado por el gobierno, se levantó por un movimiento de curiosidad, y de cuatrocientos cuarenta y cuatro votos obtuvo trescientos ochenta y siete para la presidencia. El partido moderado y constitucional hubiera querido colocar en la mesa al general Jourdan para acercarle al sillon, y sentarle en él despues de Pichegrú; pero la nueva mayoría, orgullosa con su poder y olvidando toda especie de miramientos, rechazó á Jourdan. Quedaron nombrados para la

mesa MM. Simeon, Baublanc, Enrique La Riviere y Parisot, siendo muy desacertada la esclusion de Jourdan, por lo mismo que era una torpeza que debia ofender profundamente á los ejércitos. En seguida, se abolió la eleccion de los altos Pirineos, que habia introducido á Barrere en el cuerpo legislativo, y se supo el resultado de la suerte para el Directorio. Por una singular casualidad tocóle á Letourneur, lo cual robusteció mas la opinion de haberse convenido los Directores. * Inmediatamente trataron de reemplazarle; y si bien la eleccion que iba á hacerse no tenia tanta importancia, no pudiendo ya cambiar la mayoría del Directorio, siempre era un voto en apoyo de Carnot; y como por otra parte no se conocia bien la intencion de Larevelliere-Lepeaux, como constaba su moderacion, y era uno de los proscriptos de 1793, se lisongeaban de que en ciertos casos podria agregarse á Carnot y cambiar la mayoría. Los constitucionales, que anhelaban y esperaban modificar la marcha del gobierno sin destruirle, hubieran podido nombrar una persona afecta al régimen actual, pero enemiga del Directorio, y dispuesta á unirse con Carnot. Proponian á Cochon, el ministro de policia y amigo de Carnot, y pen-

* Se lee en varias historias que Letourneur salió del Directorio por un convenio voluntario, pero el director Larevelliere Lepeaux, en sus memorias preciosas é inéditas, asegura lo contrario, lo cual es una prueba suficiente para cuantos han conocido á este virtuoso ciudadano incapaz de mentir. A mas de esto; cesa absolutamente toda duda cuando se lee la memoria de Carnot escrita despues del 18 de fructidor, en la cual apesar de estar escrita con hiel, y que á la verdad no hace mucho honor á la gloria de Carnot, asegura que todos estos convenios son una falsa suposicion. Ciertamente ningun interés tenia en justificar á sus cólegas, contra quienes abrigaba el mayor resentimiento.

saban tambien en Beurnonville; pero la reunion de Clichy miraba muy mal á Cochon, á pesar de que le distinguieron en un principio por su energía contra los jacobinos. Estaban resentidos con él por el arresto de Brottier, Duverne de Presle y Laville-Heurnois, y mas que todo por sus circulares á los electores. Desecharon pues á Cochon, y aun á Beurnonville, y propusieron á Barthelemy, nuestro embájador en Suiza, que fué el que negoció los tratados de paz con la Prusia y con la España. No era en verdad en el concepto de diplomático pacificador en el que querian honrarle, sino en el de supuesto cómplice del pretendiente y de los emigrados. Sin embargo, los realistas, que esperaban, y los republicanos, que temian hallar en él un traidor, se engañaban igualmente. Barthelemy no era mas que un hombre débil, mediano y fiel al poder reinante, por no tener ni aun la audacia necesaria para hacerle traicion; y para decidir su eleccion, que presentaba algunos obstáculos; se dijo que no aceptaria, y que su nombramiento seria un homenaje hecho al hombre que habia empezado la reconciliacion de la Francia con la Europa. Esta fábula contribuyó al buen éxito, pues obtuvo trescientos nueve votos en los Quinientos, y Cochon doscientos treinta. Se vió figurar en la lista de los candidatos presentados á los Ancianos á Massena con ciento ochenta y siete votos, á Kleber con ciento setenta y tres, y á Augereau con ciento treinta y nueve. Muchos diputados querian que entrase en el gobierno uno de los generales de division mas distinguidos en los ejércitos.

Quedó elegido por los Ancianos Barthelemy;

y á pesar de la fábula que se divulgó para darle mas votos, respondió en seguida que aceptaba el cargo. Su entrada en el Directorio en vez de Letourneur no variaba nada absolutamente, pues Barthelemy no solo era incapaz de tener mas influjo sobre sus colégas que Letourneur, sino que iba á votar del mismo modo, y hacer por oposicion lo que Letourneur hacia por afecto hácia Carnot.

Desde el 1.° de pradial empezaron a trabajar los individuos de la sociedad de Clichy, ó los *clichinos*, como les llamaban entonces y manifestaron las mas violentas intenciones. Pocos habia entre ellos amigos de los agentes realistas, pues solo se hallaban en el secreto Lemerer, Mersan, Imbert-Colomes, Pichegrú, y acaso Willot. Pichegrú, que desde el principio era corresponsal de Condé y Wickam, acababa de adquirir relaciones directas con el pretendiente y recibió grandes esperanzas, magníficas promesas y nuevos fondos que aceptó tambien, sin tener mas seguridad que antes del destino que habia de darlos. Prometió mucho, y dijo que antes de adoptar ningun partido, era preciso observar la nueva marcha de los negocios. Indiferente y taciturno, afectaba con sus cómplices y con todo el mundo, el misterio de un hombre profundo, y el retraimiento de un gran carácter; y cuanto menos hablaba, mas combinaciones y recursos le suponian. La mayor parte de los clichinos ignoraban su secreta comision, y hasta el mismo gobierno, por que Duverne de Presle no se hallaba en el secreto, y por lo mismo no podia comunicarlo.

Entre los individuos de la sociedad de Clichy habia unos que obraban por ambicion, otros por natural propension al estado monárquico, y la ma-

yor parte por los recuerdos del terror y el temor de verlo reproducirse. Reunidos por tan diversas causas, dejábanse llevar, como sucede en toda congregacion de hombres, por los mas acalorados, y desde el 1.º de pradial, habian ya formado los mas descabellados proyectos. El primero era declarar permanentes á los consejos, y en seguida querian pedir la salida de las tropas existentes en Paris, apropiarse la policía de la capital, interpretando el artículo de la constitucion, que concedia al cuerpo legislativo la policía del sitio de sus sesiones, con traducir la palabra *sitio* por la voz *ciudad*; formar causa á los directores, nombrar otros y anular en globo las leyes llamadas revolucionarias; es decir, anular, apoyados en esta palabra, toda la revolucion. De este modo, sometido Paris á su poder, derrocados los gefes del gobierno, y puesta en sus manos la autoridad para disponer de ella á su antojo, podian atreverse á restablecerlo todo, hasta el trono mismo; sin embargo, se desestimaron estas proposiciones de algunos acalorados, pues viendo otros mas juiciosos que equivalian á un ataque brusco contra el Directorio, se opusieron á ellas é hicieron triunfar otras. Conviniéronse en servirse desde luego de la mayoría para cambiar todas las comisiones, reformar ciertas leyes y contrariar la marcha actual del Directorio, prefiriéndose desde entonces la táctica legislativa á los ataques de mano armada.

Acordado este plan, le pusieron inmediatamente en ejecucion. Despues de haber anulado la eleccion de Barrère, eligieron á cinco individuos del primer tercio, escluidos el año anterior en virtud de la ley del 3 de brumario, sin que fuese un obs-

táculo para revisarla la oposicion de los Ancianos, pues los diputados separados del cuerpo legislativo, quedaron reelegidos por haber sido escluidos inconstitucionalmente. Estos eran los llamados Ferraud-Vaillant, Gault, Polissart, Job Aymé del Drome y Mersan, uno de los agentes realistas. Idearon despues un nuevo modo de revisar la ley del 3 de brumario. Propuesta unos dias antes, y desestimada por los Ancianos, no podia proponerse hasta pasado un año, y asi se empleó otra forma, diciendo que la ley del 3 de brumario estaba revisada en lo concerniente á la esclusion de los cargos públicos, que era casi toda la ley, y los Ancianos adoptaron la resolucion bajo esta forma. Pudieron pues introducirse ya los individuos del nuevo tercio, escluidos por parientes de los emigrados ó por amnistiados en delitos revolucionarios, debiendo á ella M. Imbert-Colomes de Lyon su entrada en el cuerpo legislativo. Aprovechó tambien á Salicetti, que se habia comprometido en las ocurrencias de pradial, y quedó amnistiado con otros varios individuos de la Convencion, confirmándose la eleccion que se hizo de él en Córcega. Para aparentar imparcialidad los corifeos de los Quinientos, hicieron revisar una ley del 21 de floreal que alejaba de Paris á los convencionales que estuviesen sin empleo, lo cual hicieron para parecer que anulaban todas las leyes revolucionarias. En seguida pasaron á la comprobacion de las elecciones, y como era de esperar, anulaban todas las dudosas cuando se trataba de un diputado republicano, y las confirmaban si era un enemigo de la revolucion. Hicieron renovar todas las comisiones; y pretendiendo que todo debia emanar desde la fe-

cha de su entrada en el cuerpo legislativo, pidieron cuentas de hacienda hasta el 1.° de pradial, estableciendo despues comisiones especiales para examinar las leyes relativas á los emigrados, á los clérigos, culto, instruccion pública, colonias etc. A vista de esto se descubria su deseo de entrometerse en todo.

Dos solas escepciones se hicieron á las leyes que desterraban para siempre á los emigrados: una en favor de los jornaleros y labradores, á quienes Saint-Just y Lebas habian hecho huir del alto Rin durante su mision en 1793; y otra en favor de los individuos comprometidos y precisados á fugarse á consecuencia de los acontecimientos del 31 de mayo. Solo los refugiados de Tolon, que habian entregado esta ciudad, y salvádose en las escuadras inglesas, eran los que estaban privados del beneficio de esta segunda escepcion. Infinitos emigrados habian entrado ya prevalidos de ambas resoluciones, unos fingiéndose jornaleros ó labradores del alto Rin, y otros proscriptos del 31 de mayo. Los clichinos hicieron adoptar una prórroga al plazo concedido á los fugitivos del alto Rin, prolongándole por seis meses; y ademas influyeron para que se resolviese que los fugitivos toloneses se aprovecháran de la escepcion concedida á los proscriptos del 31 de mayo. Aunque eran dignos de este favor muchos meridionales que se habian refugiado á Tolon, y desde aqui á las escuadras inglesas, para librarse de la proscripcion fulminada contra los federalistas, sin embargo los llamaban y parecian perdonar el atentado mas criminal de la faccion contra-revolucionaria, debiendo indignarse los patriotas. La discusion es-

bre las colonias y sobre la conducta de los agentes del Directorio en Santo Domingo, produjo una violenta erupcion: la comision encargada de este particular, cuyos individuos eran Tarbé, Villaret-Joyeuse, Baublanc y Bourdon del Oise, dió un informe en que se trataba á la Convencion con la mayor acrimonia. Acusábase en él al convencional Marec de que no habia resistido *á la tiranía con la energía de la virtud*. Al oir estas palabras, que revelaban la intencion mas de una vez manifestada de ultrajar á los individuos de la Convencion, subieron á la tribuna todos los que aun permanecian en los Quinientos, y pidieron otro informe redactado de una manera mas digna del cuerpo legislativo. Suscitóse una ruidosa escena, y los convencionales, apoyados por los diputados moderados, consiguieron que se enviase el informe á la comision. Carnot influyó en ella por medio de Bourdon del Oise, y se modificaron las disposiciones del proyectado decreto. Al principio se habia propuesto quitar al Directorio la facultad de enviar agentes á las colonias, mas se le concedió esta facultad, limitando el número de agentes á tres, y la duracion de su comision á diez y ocho meses, y retiraron á Santhonax. Viendo los constitucionales que habian podido reprimir el ímpetu de los clichines reuniéndose á los convencionales, creyeron que iban á hacerse moderados del cuerpo legislativo; pero en breve debieron desengañarles las siguientes sesiones.

Entre los objetos mas importantes de que se proponian ocupar los últimamente elegidos, el culto y las leyes relativas á los sacerdotes eran los que llamaban su principal atencion. La comision encar-

gada de tan delicada materia, nombró por informante al jóven Camilo Jordan, cuya imaginacion se exaltó con los horrores del sitio de Lyon y cuya sensibilidad, aunque sincera, no carecia de cierta presuncion. El informante compuso un largo y afectado discurso sobre la libertad de los cultos, diciendo, que no bastaba permitir á cada uno el ejercicio de su culto, sino que era preciso, para que la libertad fuese positiva, no exijir nada que estuviese en contradicion con las creencias. Asi por ejemplo, aunque el juramento que se exijia á los clérigos, no fuese opuesto á la fé, bastaba que lo hubiesen interpretado ellos mal y que le mirasen como contrario á las doctrinas de la iglesia católica, para que no se les debiera imponer. Que habia sido una tiranía cuyo resultado era crear una clase de proscriptos, y de proscriptos peligrosos, porque ejercian estraordinario influjo sobre los ánimos, y porque guarecidos cuidadosamente por el piadoso celo de los pueblos, de las pesquisas de la autoridad, urdian ocultas tramas para escitar la rebelion. En cuanto á las ceremonias del culto, no bastaba permitirlas en los templos á puerta cerrada, era menester, ademas de prohibir toda pompa esterior que pudiese dar márgen á discordias, permitir ciertas prácticas indispensables. De esta clase era el uso de las campanas, que como necesarias para reunir á los católicos á ciertas horas, forman parte del culto, y el prohibirlas era cohartar su libertad. Por otra parte, el pueblo estaba acostumbrado á estos sonidos que le eran gratos, y no habia consentido aun en pasarse sin ellos, pues en las aldeas jamás se habia llevado á efecto la ley contra las campanas. Por tanto era indispensable permitir

aquella inocente necesidad, y hacer cesar el escándalo de ver que una ley promulgada quedaba sin ejecucion.—Lo mismo decia respecto á los cementerios, pues aunque se prohibiese á todo culto sus pompas públicas, era preciso sin embargo permitir á cada uno que tuviese lugares destinados á las sepulturas, y en cuyo recinto se pudieran colocar los signos propios de cada religion. Con arreglo á estos principios, Camilo Jordan proponia abolir los juramentos, anular las leyes represivas que habian sido su consecuencia, permitir el uso de las campanas, y tener cementerios en cuyo recinto pudiese cada culto colocar sobre los sepulcros los signos religiosos que le agradáran. Los principios de este informe aunque espuestos con perjudicial énfasis, eran justos. Es verdad, que no hay mas que un medio de destruir las rancias supersticiones, que es la indiferencia y la escasez. Permitiendo todos los cultos, y no protegiendo ninguno, es como los gobiernos acelerarian notablemente su conclusion. La Convencion habia ya devuelto á los católicos los templos que les servian de iglesias, y el Directorio hubiera hecho muy bien en permitirles las campanas y las cruces en los cementerios, y en abolir el uso del juramento y las leyes contra los clérigos que se opusiesen á hacerle. Pero ¿se empleaban acaso las verdaderas formas ni se elegia el momento oportuno para hacer semejantes reclamaciones? Si en vez de presentar uno de los cargos del gran proceso intentado contra el Directorio, se hubiera esperado ocasion mas á propósito, y dado á las pasiones tiempo para calmarse, y al gobierno para afianzarse, se hubieran conseguido infaliblemente las concesiones que se deseaban; pero por

lo mismo que los contra-revolucionarios la imponian como condicion, se oponian los patriotas, porque siempre se apetece lo contrario de lo que pide un enemigo. Al oir el toque de las campanas, hubieran creido que sonaba el rebato de la contrarevolucion. Cada partido quiere que se comprenda y satisfaga sus pasiones, pero no comprender ni admitir las del partido contrario, y los patriotas tenian la suyas compuestas de errores, temor y resentimientos, que debian entenderse y lisonjearse. Este informe produjo estraordinaria sensacion, porque afectaba los mas vivos y profundos rencores, y fué el acto mas chocante y arriesgado de los clichinos, aunque realmente el mas fundado. Los patriotas no supieron responder á él, pues decian que se proponia premiar la infraccion de las leyes, anulando las que no se cumplian; pero efectivamente deben anularse las que son impracticables.

A todas estas exigencias añadieron los de Clichy toda clase de vejaciones contra el Directorio en el ramo de hacienda, que era el objeto importante por cuyo medio trataban de atormentarle y paralizarle. Hemos espuesto ya, al examinar los recursos para el año V (1797), cuales eran los ingresos y gastos calculados en este año. Habia que cubrir cuatrocientos cincuenta millones de gastos ordinarios con los doscientos cincuenta de contribucion territorial, cincuenta de la personal, y ciento cincuenta del sello, registro, patentes, correos y aduanas. Debia acudirse á los quinientos cincuenta millones de gastos estraordinarios con la última cuarta parte del importe de los bienes nacionales propuestos el año anterior, que ascendia á cien mil millones, y se exijia en billetes por parte de los compradores,

con el producto de los bosques y arriendos de los bienes nacionales, el atraso de las contribuciones, rescripciones bátavas, venta de alhajas nacionales, diferentes productos accesorios, y finalmente con el constante recurso de los bienes que quedaban por vender; pero todos estos medios no bastaban, y eran muy inferiores á su supuesto valor. Como los ingresos y gastos del año se arreglaban interinamente, se mandó el cobro, por estados tambien provisionales, de tres quintas partes de la contribucion territorial y personal; pero los estados, segun ya hemos dicho, mal formados por las administraciones locales, con motivo de la variacion contínua de las leyes de hacienda, y todos entrerrenglonados, ofrecian contínuas dificultades, que se hacian mayores retardándose mucho el cobro por la mala fé de los contribuyentes. Ademas del inconveniente del entorpecimiento, era mucho menor de lo que se habia creido, pues la contribucion territorial prometia á lo mas doscientos millones de producto en vez de doscientos cincuenta; y las diferentes rentas, tales como el sello, registro, patentes, aduanas y correos, no ofrecian mas que cien millones en vez de ciento cincuenta. Tal era el *deficit* en las rentas ordinarias destinadas á cubrir los gastos de la misma especie. No era menor en las estraordinarias, pues se habian negociado los recibos de los compradores nacionales por valor del último cuarto, con mucha pérdida; y para no sufrir otra semejante con las rescriciones bátavas, las habian empeñado por una suma muy inferior á su valor. Los bienes se vendian muy poco á poco, y por esto era la escasez tan grande. El ejército de Italia habia vivido con las contribuciones que im-

ponia; pero los ejércitos del Rin, de Sambre y Mosa, del interior, y las tropas de la marina habian sufrido horriblemente. Mas de una vez se habian manifestado las tropas dispuestas á sublevarse. Los establecimientos públicos y hospitales se hallaban en la mas horrorosa miseria y los funcionarios públicos no cobraban sus sueldos.

Habia sido preciso acudir á toda clase de arbitros y asi, segun ya lo hemos dicho, fué indispensable pedir plazos, para el cumplimiento de ciertas obligaciones. No se pagaba á los censualistas mas que una cuarta parte en efectivo, y lo restante en obligaciones pagaderas con bienes nacionales, llamadas *recibos de los tres cuartos*. Las atenciones de la deuda consolidada, de los vitalicios y pensiones ascendia á doscientos cuarenta y ocho millones, por consiguiente, no habia que pagar mas que sesenta y dos millones, hallándose tambien reducidos á ciento ochenta y seis millones los gastos ordinarios; pero á pesar de esta reduccion, no por eso eran los ingresos mayores que las atenciones. Aunque se hubiera hecho una distincion entre el gasto ordinario, no se observaba en los pagos de la tesoreria, pues se acudia al estraordinario con los recursos destinados á lo corriente, es decir, que á falta de dinero para pagar á las tropas, ó á los proveedores que las sostenian, se echaba mano de las sumas destinadas para sueldos de empleados, jueces y administradores de todos los ramos; y no solo se confundian estas dos clases de fondos, sino que se anticipaban á cuenta de ingresos, y se libraba contra tal ó tal recaudador, á pagar con los primeros fondos que ingresasen. A

los proveedores se les daban libranzas contra la tesorería, cuyo ministro distribuia el órden de hacer los pagos, segun la urgencia de las necesidades; lo cual producia á veces abusos, pero proporcionaba el medio de acudir á la mayor necesidad, evitando frecuentemente el que tal ó tal empresario se cansase y no prestase mas servicios. Finalmente, á falta de todo otro recurso, se espedian recibos sobre bienes nacionales, papel que se negociaba con los compradores, y este era el medio adoptado despues de la falta del papel moneda para anticiparse á las ventas. De semejante estado de hacienda resultaba que los proveedores de peor clase, es decir, los aventureros, eran únicamente con quienes trataba el gobierno, haciéndole entrar en las mas gravosas contratas; y no aceptaban sino á ínfimo descuento el papel que se les daba, aumentando el valor de los géneros á proporcion de las alteraciones ó entorpecimientos de los pagos. Muchas veces se veian obligados á hacer los ajustes mas singulares para cubrir ciertas atenciones; y así, por ejemplo, el ministro de marina compró cierta cantidad de harina para las escuadras, con condicion de que el proveedor al entregar la harina en Brest, habia de dar una parte en dinero para pagar el sueldo á las tripulaciones que estaban resueltas á sublevarse. El reintegro de este adelanto en efectivo iba naturalmente embebido en el escesivo precio de las harinas; y todas estas pérdidas eran inevitables é hijas de las circunstancias; por lo tanto era injusto imputarlas al gobierno. Por desgracia la escandalosa conducta de uno de los directores, que tenia de oculto cierta parte en las estraordinarias ganancias de los proveedores, y que no se recataba

en sus prodigalidades, ni en el aumento de su fortuna, daba suficiente pretesto á todas las calumnias; y aun cuando la escasez del estado no provenia ciertamente del vergonzoso lucro de un individuo, se hallaba un poderoso argumento para acusar de malversacion al Directorio.

Esto naturalmente, proporcionaba á una oposicion violenta y de mala fé un ancho campo para sus declaraciones y siniestros planes. Forjó en efecto algunos muy peligrosos. Habia introducido en la comision de hacienda á ciertas personas de su eleccion y muy enemigas del gobierno, y el primer cuidado de la comision fué presentar en los Quinientos por medio del informante Gilbert-Desmolieres, un estado inesacto de los ingresos y salidas, disminuyendo las unas y exagerando los otros. Precisado á reconocer la insuficiencia de los recursos ordinarios, tales como la contribucion territorial, el registro, el sello, las patentes, correos y aduanas, rechazó sin embargo todos los impuestos imaginados para cubrirlos. Desde que empezó la revolucion no se habian podido restablecer aun los impuestos indirectos. Proponíase uno sobre la sal y el tabaco, y la comision supuso que intimidaba al pueblo; se hablaba de una lotería, y la rechazó como inmoral; se trató de un derecho de portazgo en los caminos, y le creyó sujeto á graves inconvenientes: todo esto era mas ó menos exacto, pero habia necesidad de buscar y encontrar recursos. Todo lo que la comision hizo fué anunciar que iba á tratar de un derecho sobre escribanías; y en cuanto al déficit de los ingresos estraordinarios, lejos de remediarlo, procuró agravarlo, prohibiendo al Directorio los arbitros con que ha-

bia logrado ir hasta entonces viviendo. Hé aquí los cálculos que hacia.

La constitucion habia separado la tesorería del Directorio, formando un establecimiento aparte, dirigido por comisionados independientes que nombraban los consejos, y sin mas cargo que el de recibir las rentas y pagar los gastos. De este modo el Directorio no manejaba los fondos del estado; espedia libranzas contra la tesorería, que cubria hasta el alcance de los créditos abiertos por los consejos; y nada mas funesto que esta institucion, porque el manejo de los fondos es un asunto ejecutivo que debe pertenecer al gobierno como la direccion de las operaciones militares, y en que los cuerpos deliberantes no deben intervenir, como no intervienen en el arreglo de una campaña. A veces por una operacion acertada y hábil, logra un ministro crear recursos temporales en un caso urjente; y por lo tanto los dos consejos habian autorizado á la tesorería en el último año para que hiciese cuantas negociaciones exijiera el Directorio. La nueva comision resolvió desterrar los arbitrios á que debia su existencia el Directorio, privándole de todo influjo sobre la tesorería. Al principio trataba de que no tuviese ya facultades para mandar que se negociasen los valores; y cuando ocurriese negociar papel que no circulase, debian verificarlo por sí bajo su responsabilidad personal los comisionados de la tesoreria; pero despues imaginó privar al Directorio del derecho de establecer el órden en que debian pagarse las libranzas, y propuso tambien que no pudiese exigir anticipaciones sobre los fondos que debian entrar en las cajas de los departamentos. Queria ademas que pasasen á la

tesoreria todas las asignaciones ya libradas sobre fondos anticipados, y que esta las comprobase y pagase á su vencimiento, lo cual interrumpia y anulaba las operaciones efectuadas. Propuso además hacer obligatoria la distincion establecida entre los dos conceptos de gastos é ingresos, y exigir que el gasto ordinario se saldase con el ingreso tambien ordinario, y las atenciones estraordinarias con las rentas asimismo estraordinarias, resolucion fatal en un momento en que debian cubrirse las atenciones urgentes con los primeros fondos disponibles. A todas estas proposiciones añadió otra mas funesta aun que las anteriores. Acabamos de decir que como los bienes se vendian poco á poco, se tomaban á crédito sobre su renta, espidiendo recibos admisibles en pago de su valor. Los proveedores se contentaban con estos recibos que negociaban en seguida con los compradores. Verdad es que este papel competia con los *recibos de las tres cuartas partes* entregados á los censualistas, y disminuia su valor por la competencia. A pretesto de protejer á los desgraciados censualistas contra la ambicion de los proveedores, propuso la comision que en adelante no se permitiese pagar los bienes nacionales con recibos dados á los proveedores.

Todas estas disposiciones fueron adoptadas por el consejo de los Quinientos, cuya mayoría precipitada no guardaba moderacion alguna, sin embargo de ser tan desastrosas que amenazaban interrumpir el servicio de todos los ramos. En efecto, el Directorio que no podia ya negociar á su gusto los valores que tenia en la mano, ni fijar el órden de los pagos segun la urgencia de los casos,

ni negociar cuando fuese preciso los fondos venideros, ó tomar de lo ordinario para cubrir las atenciones estraordinarias, ni finalmente emitir un papel voluntario pagadero en bienes nacionales, se veia privado de todos los medios que le habian sostenido hasta entonces y permitídole, en la imposibilidad de cumplir con todas las obligaciones, remediar al menos las mas urgentes. Las resoluciones adoptadas, muy buenas para establecer el órden en tiempos tranquilos, eran terribles en aquellas circunstancias. Inútiles fueron todos los esfuerzos de los constitucionales para rechazarlas en los Quinientos. Fueron aprobadas, y no quedó mas esperanza que en el consejo de los Ancianos.

Los constitucionales, enemigos moderados del Directorio, veian con el mayor dolor la marcha que adoptaba el consejo de los Quinientos. Habian vivido con la esperanza de que la agregacion de un nuevo tercio les seria mas útil que perjudicial, teniendo por único objeto cambiar la mayoría, y que llegarian á dominar en el cuerpo legislativo. Las mismas ilusiones habia concebido su corifeo Carnot; pero unos y otros se veian llevados mas allá de su objeto, y podian conocer en esta ocasion, como en todas las otras, que detrás de cada oposicion se ocultaba la contra-revolucion con sus perniciosas ideas. Tenian mucha mas influencia con los Ancianos que con los Quinientos, y procuraron atajar las resoluciones relativas á hacienda. Tenia Carnot entre aquellos un sincero amigo que era el diputado Lacuée, y estrechas relaciones con Dumas, antiguo individuo de la legislativa. Podia contar ademas con el influjo de Portalis, Tronzon-Ducoudray, Lebrun y Barbé-Marbois, todos enemigos mo-

derados del Directorio, y opuestos á los desvaríos del partido de Clichy. Gracias á los esfuerzos reunidos de todos estos diputados, y á las disposiciones del consejo de los Ancianos, se desestimaron las primeras proposiciones de Gilbert Desmolieres que prohibian al Directorio dirigir las negociaciones de la tesorería, fijar el órden de los pagos, y confundir los gastos ordinarios con los estraordinarios. Esta oposicion agradó sobremanera á los constitucionales, y en general á todos los moderados que temian se empeñase una lucha. Carnot quedó sumamente complacido, y esperó nuevamente que el consejo de los Ancianos reprimiria á los clichinos y que continuarian él y sus amigos dirigiendo los negocios.

Pero esto no fué mas que un ligero paliativo. El club de Clichy prorumpió en ruidosas declamaciones contra los Ancianos, é ideó nuevos proyectos de acusacion contra el Directorio. Gilbert Desmolieres retiró sus primeras propesiciones, desestimadas por los Ancianos, con la esperanza de salir airoso en otra deliberacion, presentándolas bajo otra forma. Sucediéronse en los Quinientos resoluciones de toda especie, y se prohibió á los diputados que recibiesen empleos un año despues de su salida del cuerpo legislativo. Imbert-Colomes, que seguia correspondencia con la córte de Blankemburgo, propuso privar al Directorio de la facultad que le concedia una ley para examinar las cartas procedentes del estrangero. Aubry, el mismo que despues del 9 de termidor produjo una reaccion en el ejército, y en 1795 destituyó á Bonaparte, propuso tambien despojar al Directorio del derecho de destituir á los oficiales, con lo cual se le

privaba de una de sus mas importantes prerogativas constitucionales. Propuso asimismo añadir á los mil doscientos granaderos que formaban la guardia del cuerpo legislativo, una compañía de artillería y un escuadron de dragones, dando el mando de toda esta guardia á los inspectores del salon, proposicion ridícula que parecia anunciar síntomas de guerra. Se denunció la remesa de un millon al ordenador de la marina de Tolon, remesa que habia hecho directamente Bonaparte sin el conducto de la tesorería, para activar la salida de la escuadra que necesitaba en el Adriático. La tesorería se apoderó del millon y lo remitió á Paris. Se habló de remesas como esta, hechas del mismo modo por el ejército de Italia á los de los Alpes, el Rin y el Sambre y Mosa, presentando un estenso informe de nuestras relaciones con los Estados Unidos; y á pesar de la razon que podia tener el Directorio para sus desavenencias con esta nacion, se le censuró amargamente, no parando en esto, sino que el furor de delatar y acusar todas las operaciones del gobierno, hizo dar á los clichinos un último paso que fué por su parte la imprudencia mas funesta.

Ocupaban la atencion de toda Europa los acontecimientos de Venecia, y desde el manifiesto de Palma-Nova, en que esta república quedo destruida y trastornada la de Génova, ni una palabra de este asunto participó el Directorio á los consejos. La razon de este silencio consistia, como hemos visto, en la rapidez de las operaciones; rapidez tal, que Venecia ya no existia antes de que hubiera podido deliberar sobre la guerra el cuerpo legislativo. El tratado que medió despues no se habia sometido aun á discusion, y debia serlo dentro

de pocos dias. Por lo demas, no era tanto el silencio del Directorio lo que irritaba, como la desaparicion de los gobiernos aristocráticos y los progresos de la revolucion en Italia. Dumolard, el difuso orador que hacia cerca de dos años no cesaba de impugnar al Directorio en los Quinientos, resolvió presentar una proposicion relativa á los acontecimientos de Venecia y Génova. Atrevido era el intento, porque no se podia atacar al Directorio, sin que tambien lo fuese el general Bonaparte; y para esto era necesario chocar con la universal admiracion y el gigantesco prestigio que habia adquirido el general desde que obligó al Austria á la paz, y desde que pacificador y guerrero á un tiempo, parecia regir en Milan los destinos de la Europa toda. Cuantos clichines conservaban aun cierto instinto de razon, se esforzaron en disuadir á Dumolard de su proyecto; pero se obstinó en llevarlo adelante, y en la sesion del 5 de mesidor (23 de junio) presentó una proposicion de órden sobre los acontecimientos de Venecia. «La fama, dijo, cuyo vuelo «nadie puede contener, ha llevado á todas partes «la noticias de nuestros triunfos sobre los venecianos, y de la sorprendente revolucion que los «ha coronado. Nuestras tropas están en su capital; «su marina es ya nuestra; el gobierno mas antiguo de Europa está reducido á la nada, ofreciéndose repentinamente bajo formas democráticas; «nuestros soldados, en fin, venciendo la corriente «del mar Adriático, se dirigen á Corfú para dar cima á la nueva revolucion... Si todos estos sucesos son ciertos, como lo son efectivamente, se sigue que el Directorio ha hecho ocultamente la «guerra, la paz, y bajo cierto modo un tratado de

«alianza con Venecia, todo sin vuestro consenti-«miento... Y qué, ¿no somos ya aquel pueblo que «proclamó como un principio y sostuvo con las ar-«mas el no pertenecer bajo ningun pretesto á las «potencias estrangeras, el mezclarse en la forma «de gobierno de ningun otro estado? Aunque los «venecianos nos hayan ultrajado, ¿teniamos dere-«cho para declarar la guerra á sus instituciones po-«líticas? ¿Debiamos como vencedores y conquista-«dores tomar una parte activa en su revolucion, «inesperada en la apariencia? Yo no examinaré «aquí qué suerte se reserva á Venecia, y sobre to-«do á sus provincias de tierra firme, ni tampoco si «su invasion, meditada tal vez antes que los aten-«tados que la produjeron, figurará en la historia «como digna imitacion del repartimiento de la Po-«lonia. Prescindo de estas reflexiones, y pregunto «con el acta constitucional en la mano: ¿cómo pue-«de el Directorio justificar la absoluta ignorancia «en que quiere dejar al cuerpo legislativo sobre es-«ta multitud de acontecimientos estraordinarios?» Despues de haber hablado de los acontecimientos de Venecia, pasó Dumolard á los de Génova, que segun él, ofrecian el mismo carácter, y hacian sospechar en la intervencion del ejército francés y de sus gefes. Tambien habló de la Suiza, con quien decia mediaban contestaciones sobre un derecho de navegacion, y preguntó si se queria popularizar á todos los estados aliados de la Francia. Elogió varias veces á los héroes de Italia, pero ni una sola mencionó el general en gefe, de quien nadie entonces desperdiciaba la ocasion de hablar y ensalzar estraordinariamente. Concluyó Dumolard por proponer un mensage al Directorio, pidiéndole espli-

caciones sobre los acontecimientos de Venecia y Génova, y las relaciones de la Francia con la Suiza.

Aquella mocion causó un asombro general, y probó la osadía de los clichinos, que iba en breve á costarles bien cara. Miéntras iban á sufrir sus tristes consecuencias, se mostraban arrogantes, se gloriaban con las mayores esperanzas, y parecia que iban á ser en breve los dueños del gobierno. Por todas partes reinaba la misma confianza é imprudencia que en vendimiario. Los emigrados entraban á centenares, y se enviaban desde Paris infinidad de pasaportes falsos y supuestas feésde vidá á todos los puntos de Europa, tanto que se comerciaba con estos documentos en Hamburgo. Los emigrados se introducian por la Holanda, la Alsacia, la Suiza y el Piamonte; y atraidos por la pasion que inspira á los franceses su hermosa patria, y por los sufrimientos y amarguras esperimentadas en el estrangero, sin tener por otra parte esperanza ninguna en la guerra despues de las negociaciones entabladas con el Austria, antes bien temiendo que se licenciasen los regimientos de Condé, acudian á intentar por medio de la paz y de domésticas intrigas la contra-revolucion, que en vano habian intentando con el auxilio de las potencias europeas. Ademas, aunque se frustrase la contrarevolucion, querian al menos volver á su patria, y recobrar parte de sus bienes, que gracias al interés que en todas partes hallaban, les era muy fácil volver á comprar. El agiotage de las varias clases de papel admitido en pago de los bienes nacionales, y la facilidad de procurárselo á un ínfimo precio, la proteccion de las administraciones loca-

les en favor de las antiguas familias proscriptas, y la condescendencia de los postores, que se retiraban asi que un antiguo propietario encargaba comprar sus haciendas bajo nombres supuestos, permitian á los emigrados recuperar su patrimonio con pequeños sacrificios. Los que regresaban en mayor número era los clérigos, acogidos por todos los devotos de la Francia, que les hospedaban y alimentaban, poniéndoles capillas en sus casas, y sosteniéndoles con el dinero que pedian. La antigua gerarquía eclesiástica se hallaba secretamente restablecida, pues no se reconocia ninguna de las escepciones de la constitucion civil del clero. Aun existian las antiguas diócesis, que administraban en secreto obispos y arzobispos, los cuales llevaban correspondencia con Roma. Por su medio y por su ministerio se verificaban todas las prácticas del culto católico, como confesar, bautizar y desposar á los fieles de la antigua religion. Todos los chuanes ociosos se presentaban en Paris y se agregaban á los emigrados que se decia existian en número de mas de cinco mil; y viendo la conducta de los Quinientos, y los riesgos del Directorio, creian que en breves dias tendria lugar la catástrofe por tanto tiempo deseada. Las cartas que dirigian al estrangero iban llenas de esperanzas, y asi es que manifestaban la mayor alegria cuantos rodeaban al príncipe de Condé, cuyas tropas se retiraban á Polonia, al pretendiente que se hallaba en Blankemburgo, y al conde de Artois que residia en Escocia. Con el mismo delirio que en Coblenza, cuando creian entrar antes de quince dias en pos del rey de Prusia, se proyectaba á la sazon regresar, y se hablaba y se tenia como cosa ya segura. Los pue-

blos inmediatos á nuestras fronteras estaban llenos de gente que aguardaban con impaciencia el momento de volver á Francia; y á todos estos indicios debe por fin añadirse el lenguage de los periódicos realistas, cuyo furor se aumentaba con la temeridad y esperanza del partido.

No ignoraba el Directorio por medio de su policía todos aquellos movimientos, viendo cuan de acuerdo estaba la conducta de los emigrados y la marcha de los Quinientos con la declaracion de Duverne de Presle, para demostrar la existencia de una verdadera conspiracion. Duverne de Presle, habia delatado como cómplices, sin espresar sus nombres, á ciento ochenta diputados, no habiendo designado en particular mas que á Lemerer y Mersan, y diciendo que los demas eran todos los que componian la sociedad de Clichy. En esto se equivocó, como hemos visto. La mayor parte de los clichinos, escepto cinco ó seis, obraban por estravío de opinion y no por complicidad; pero el Directorio, engañado por las apariencias y por la declaracion de Duverne de Presle, los creia mezclados á sabiendas en el complót, y no veia en ellos mas que conjurados. Un descubrimiento que Bonaparte hizo en Italia le reveló cierto secreto importante, que corroboró mas sus temores. El conde de Entraigues agente del pretendiente, mediador con los intrigantes de la Francia, y confidente de todos los secretos de la emigracion, se habia refugiado en Venecia. Cuando entraron en ella los franceses, le cogieron y entregaron á Bonaparte, que en vez de enviarle á Francia para ser fusilado, como emigrado y conspirador, se apiadó y prefirió valerse de él y de sus indiscreciones. Se-

dándole por cárcel la ciudad de Milan, le facilitó algunos ausilios pecuniarios, y halló medio de que le descubriese todos los secretos del pretendiente. Supo entonces toda la historia de la traicion de Pichegrú, que seguia oculta para el gobierno, y de que solo Rewbell tenia ciertas sospechas á que no dieron sus cólegas oidos. Entraigues contó á Bonaparte, todo cuanto sabia, enterándole por menor de las intrigas de los emigrados, y ademas de estas revelaciones verbales, logró datos curiosos por medio de los papeles que halló en Venecia en la cartera de Entraigues. Entre otros documentos habia uno muy importante que referia una larga conversacion de Entraigues con el conde de Montgaillard, en que este contaba la primera negociacion entablada con Pichegrú y frustrada por la obstinacion del príncipe de Condé. Entraigues la escribió, * y se halló entre sus papeles, que inmediatamente firmaron Berthier, Clarke y Bonaparte para darle autenticidad, y la enviaron á Paris.

El Directorio guardó secreto como con la declaracion de Duverne de Presle, esperando ocasion de que le fuese útil, pero no existió ya duda

* M. de Montgaillard se empeña en sostener en sus memorias, que están llenas de errores y calumnias, que aquel documento contenia muchos hechos verdaderos, pero que era falso en su totalidad y forjado por Bonaparte, Berthier y Clarke. Es innegable lo contrario, y se descubre el interés que M. de Montgaillard tenia para sincerar á su hermano de la conversacion que en este documento se le atribuye. Por de contado no es de creer que tres personages de tanta suposicion, se atreviesen á ser falsificadores, acto tan raro en nuestros dias, como los envenenamientos. Clarke quedó depuesto despues de fructidor, y era del partido de Carnot, de suerte que no es probable consintiese en fraguar documentos en apoyo de fructidor. Ademas el documento no era suficiente para el uso á que se destinaba; y de hacer un documento falso, se hubiera hecho uno á propósito. Todo, pues, prueba la mentira de M. Montgaillard.

del papel que Pichegrú desempeñaba en el consejo de los Quinientos, esplicándose por él sus derrotas, su estraña conducta, su mal comportamiento; su oposicion á ir á Stocolmo y su influjo sobre los clichinos, y dió por supuesto que preparaba la contra-rrevolucion al frente de los ciento ochenta diputados que eran sus cómplices.

Hallábanse divididos los cinco directores de resultas del nuevo sistema adoptado por Carnot á quien se habia agregado Barthelemy. Quedaban sólo por afectos á la marcha del gobierno, *Barrás*, Rewbell y Larevelliere-Lepeaux; y aun estos tres directores no tenian mucha union, porque Rewbell, convencional moderado, odiaba á Barrás, como secuaz de Danton, y tenia ademas la mas invencible aversion á sus costumbres y carácter. Larevelliere tenia cierta intimidad con Rewbell, pero pocas relaciones con Barrás; y la union de los tres directores consistia en la habitual conformidad de sus votos. Los tres se hallaban muy irritados contra la faccion de Clichy; y Barrás, aunque recibia en su casa á los emigrados por su indiferencia de costumbres, no cesaba de decir que montaria á caballo y con sable en mano iria al frente de los arrabales á acuchillar á todos los contra-revolucionarios de los Quinientos. Rewbell no se esplicaba así, sino que lo veia todo perdido; y aunque resuelto á cumplir con su deber, creia que sus cólegas y él no tendrian en breve mas recurso que la fuga. Larevelliere-Lepeaux, dotado de tanto ánimo como probidad, juzgaba ser preciso arrostrar la tormenta y no omitir nada de lo que pudiese salvar á la república. Como su corazon no tenia temor ninguno, podia servir de vínculo para

Barrás y Rewbell, y habia resuelto ser su mediador. Dirigióse primero á Rewbell, cuya integridad y luces tenia en mucha estima, y manifestándole sus intenciones, le preguntó si queria ayudarle á salvar la revolucion. Rewbell acogió con entusiasmo su propuesta, y le prometió el mas completo apoyo. Tratábase de asegurar á Barrás, cuyo enérgico lenguage no bastaba para tranquilizar á sus cólegas; pues no conociéndole ni probidad ni principios, antes bien contemplándole amigo de todos los partidos, le creian tan capaz de venderse á los emigrados, como de ponerse un dia al frente de los arrabales y dar un golpe de mano, temiéndole tanto en un concepto como en otro. Querian salvar á la república con un acto enérgico, pero no comprometerla con nuevas crueldades. Disgustados de las costumbres de Barrás, desconfiaban mucho de él; sin embargo Larevelliere se encargó de hablarle. Complacido Barrás en la union con sus dos cólegas, y con su apoyo, y alhagado especialmente por su alianza, se adhirio totalmente á sus proyectos y pareció acomodarse á todos sus designios; desde cuyo momento vieron con seguridad la formacion de una mayoría compacta y la completa inutilidad en que dejaban sus tres votos reunidos á Carnot y Barthelemy. Tratábase de saber de cuales medios se valdrian para frustrar la conspiracion que suponian con estensas ramificaciones en ambos consejos. Emplear las vias judiciales, denunciar á Pichegrú y sus cómplices, solicitar su acusacion en los Quinientos y hacer en seguida que se les juzgase, era totalmente imposible. Ademas no tenian sino los nombres de Pichegrú, Lemerer y Mersan, y creian

deducir á los demas por sus relaciones, intrigas y violentas proposiciones en el club de Clichy y en los Quinientos; pero en ninguna parte constaban sus nombres. Hacer que se sentenciase á Pichegrú y dos ó tres diputados mas, no era destruir la conspiracion; y tampoco poseian los medios para conseguirlo; porque las pruebas que contra ellos existian, aunque daban un convencimiento moral, no bastaban para que ningun juez les condenase. Las declaraciones de Duverne de Presle y de Entraigues, no eran suficientes, sin las deposiciones orales. Pero aun habia otra dificultad mayor: que aunque hubieran tenido todas las pruebas de que carecian contra Pichegrú y sus cómplices, era preciso que los Quinientos pronunciasen su formacion de causa; y aun cuando esas pruebas fuesen mas claras que la luz del dia, la mayoría actual *no las hubiera* dado oidos, porque era presentar el reo ante sus mismos cómplices. Tan evidentes eran estas razones, que á pesar de su amor á la legalidad, Larevelliere y Rewbell se vieron precisados á renunciar á todo juicio regular, y resolverse á un golpe ruidoso; triste recurso, pero el único posible en su situacion y sobresalto. Resueltos á valerse de medios estremados, no querian sin embargo los sangrientos, y procuraban reprimir la propension revolucionaria de Barrás. No estaban aun acordes en el modo y ocasion de verificar la sentencia, y sin embargo se amedrentaron con la idea de hacer prender á Pichegrú y á sus ciento ochenta cómplices supuestos, denunciarles al cuerpo legislativo ya depurado, y pedirle una ley estraordinaria que decretase su destierro sin formacion de causa. En su estrema desconfianza se

equivocaban respecto á Carnot, y olvidando su pasada vida, sus rígidos principios y su obstinacion, le contemplaban casi como un traidor. Temian que en union con Barthelemy se hallase en el complot de Pichegrú, pues su empeño en colocar la oposicion al rededor suyo y hacerse su corifeo, era á sus ojos fascinados una prueba de complicidad criminal. Sin embargo, no se hallaban enteramente convencidos; pero resueltos á un golpe audaz, no querian obrar á medias, y estaban dispuestos á descargar su saña contra los culpables, aunque estuviesen á su lado y en el seno mismo del Directorio.

Convinieron en prepararlo todo para la ejecucion de su proyecto y vigilar atentamente á sus enemigos para aprovecharse de la ocasion en que fuese preciso sorprenderlos. Resueltos á tan audaz empresa, necesitaban de un apoyo. El partido patriota que era el único que podia proporcionársele, se dividia como en otro tiempo en dos clases; los unos, furibundos siempre desde el 9 de termidor, no se habian aplacado en el espacio de tres años, no comprendian el curso preciso de la revolucion, consideraban el régimen legal como una concesion otorgada á los contra-revolucionarios, y no querian mas que venganza y destierros. Aunque el Directorio les humilló en la persona de Babæuf, estaban dispuestos con su acostumbrada energía, á volar en ausilio suyo; pero era muy peligroso valerse de ellos, y lo que podia hacerse en caso de un riesgo estremo, era regimentarlos como se habia hecho en el 13 de vendimiario, y contar con el sacrificio de sus vidas. Bastante habian demostrado ya al lado de Bonaparte, y en la

escalinata de la iglesia de San Roque, de lo que eran capaces en un dia de peligro. Ademas de estos acalorados patriotas, casi todos comprometidos por su celo ó participacion activa en la revolucion, existian los patriotas moderados de esfera superior, que aprobando mas ó menos la marcha del Directorio, querian sin embargo una república cimentada en leyes, y veian el inminente peligro á que por la reaccion se hallaba espuesta. Estos estaban en perfecta armonía con las intenciones de Rewbell y Larevelliere, y podian prestar un ausilio, si no de fuerza, al menos de opinion al Directorio. Se les veia sucesivamente, ó en la tertulia de Barrás, que representaba á sus compañeros, ó en la de madama de Stael, que aun permanecia en Paris, y que por su encantador talento reunia alrededor suyo todo lo mas selecto que existia en Francia. Benjamin Constant ocupaba allí por sus luces y por los escritos que llevaba publicados en favor del Directorio, el mas distinguido puesto. Tambien asistia allí M. de Talleyrand, que borrado de la lista de los emigrados hácia los últimos tiempos de la Convencion, se hallaba en Paris deseando entrar en la carrera de los grandes empleos diplomáticos. Estos hombres distinguidos, que componian la sociedad del gobierno, habian resuelto formar una reunion en contraposicion de la de Clichy, donde se discutiesen en sentido contrario las cuestiones políticas. Llamósela reunion constitucional, á la que se agregaron en breve todos los individuos que acabamos de designar, y los de los consejos que votaban con el Directorio, esto es, casi todo el último tercio convencional. Los individuos del cuerpo legislativo, intitulados

constitucionales, tambien hubieran debido pertenecer á esta nueva sociedad, porque su opinion era la misma; pero indispuestos por amor propio con el Directorio por sus discusiones en el cuerpo legislativo, seguian formando reunion aparte, que guardaba un medio entre la constitucional y la de Clichy, en compañía de los directores Carnot y Barthelemy, y de los diputados Tronzon-Ducoudray, Portalis, Lacuée, Dumas, Doulcet-Pontecoulant, Simeon y Thibaudeau. Benjamin Constant habló varias veces en la reunion constitucional, y tambien M. de Talleyrand, ejemplo que fué imitado, formándose en todas partes sociedades del mismo género, aunque compuestas de hombres menos distinguidos, y de patriotas menos juiciosos. La reunion constitucional se abrió en 1.° de mesidor año V, un mes despues del 1.° de pradial, y en muy poco tiempo aparecieron otras semejantes en toda la Francia, donde hallaron cabida los mas acalorados, viéndose por una reaccion muy natural reorganizarse el partido jacobino.

Pero este era un medio ya desacreditado, y poco útil. Los clubs habian quedado en Francia desconceptuados, y privados por la constitucion de todo medio que les hiciese influyentes. Afortunadamente tenia el Directorio otro apoyo, el de los ejércitos, en el cual parecia haberse refugiado los principios republicanos, desde que los padecimientos de la revolucion habian obrado tan violenta y general reaccion en el interior. Todo ejército es adicto al gobierno que le organiza, sostiene y recompensa; los soldados republicanos no solo veian en el Directorio el timon del gobierno, sino el principio de una causa, por la cual se habian le-

vantado en masa en 1793, y por la cual habian combatido y vencido por espacio de seis años. En ninguna parte era mayor la adhesion á la revolucion que en el ejército de Italia, en el cual se hallaban aquellos revolucionarios del Mediodia tan impetuosos en sus opiniones como en su denuedo. Generales, oficiales y soldados, todos estaban llenos de honores, abundando en dinero y saciados de placeres. Habian adquirido un orgullo estraordinario por sus victorias, y sabian lo que pasaba en el interior por los periódicos que les hacian leer, no hablando mas que de volver á pasar los Alpes para ir á acuchillar á los aristócratas de Paris. El descanso que tenian desde que se firmaron los preliminares contribuia á aumentar su efervescencia con el ócio. Massena, Joubert, y especialmente Augereau, les ofrecian un ejemplo del mas ardiente republicanismo. Las tropas venidas del Rin no eran menos republicanas, pero sí mas apagadas y juiciosas, habiendo adquirido á las órdenes de Moreau mas templanza y disciplina. Mandábalas Bernardotte, el cual afectaba una esmerada educacion y procuraba distinguirse de sus compañeros con mas elegantes modales. Usaban en su division del tratamiento de *monsieur*, mientras en todo el antiguo ejército de Italia no se consentia mas que la espresion *ciudadano.* Los veteranos de Italia, libertinos, insolentes y pendencieros, como meridionales é hijos mimados de la victoria, estaban ya en competencia de valentía con los soldados del Rin; empezando á estarlo tambien en rivalidad, no de opinion, sino de usos y costumbres. No querian que se les tratase de *monsieur*, por lo cual andaban frecuentemente á sablazos con sus cama-

radas del Rin, siendo la mas turbulenta la division de Augereau, que se distinguia, como su general, por su revolucionaria exaltacion. Fué menester que su gefe diese una enérgica proclama para reprimirla y cortar los desafíos, y solo se autorizó para lo sucesivo el tratamiento de *ciudadano*.

Veia con mucho gusto Bonaparte el espíritu del ejército y procuraba promoverle, pues se acordaba de que sus primeros triunfos habian sido contra la faccion realista, ya delante de Tolon, ya en el 13 de vendimiario; de modo que desde un principio estaba en pugna con ella, y ahora con mas razon, pues sabia que trataba de desacreditar sus triunfos, cuando todos ellos recaian en pro de la revolucion. Sus últimas tentativas habian llenado al general de cólera, y ya no podia reprimirse al leer la proposicion de Dumolard, y al saber que la tesorería habia interceptado el millon enviado á Tolon; pero ademas de estas razones particulares para detestar á la faccion realista habia una mas general y oculta, que se hallaba en su gloria y en la elevacion de su destino. ¿Qué podia hacer un rey en favor suyo? Por muy alto que le subiese, este rey siempre seria superior á él; pero con la república al contrario, ninguna frente sobrepujaba á la suya. Aunque ni en sueños se figurase aun su inaudito destino, al menos preveia en la república una osadía é inmensidad de empresas que convenian á la audacia y capacidad de su génio; mientras que con un rey, la Francia se hubiera eclipsado tras una nube densa y reducida. Cualquiera cosa que hiciera con aquella república, bien fuese su servidor ó bien su déspota, Bonaparte no podia

ser grande sino con ella y por ella, y debia amarla como á su propio porvenir. Que un Pichegrú se dejase vencer por un castillo, un título y algunos millones, es fácil de concebirse; pero en la entusiasta imaginacion del conquistador de Italia, brillaba otra perspectiva; necesitaba un mundo nuevo, trastornado todo por sus manos.

Escribió, pues, al Directorio, que tanto él como su ejército estaban dispuestos á volar en auxilio suyo para sepultar en la nada á los contrar-evolucionarios; no vaciló en dar consejos, y obligó imperiosamente al Directorio á que sacrificase algunos traidores y rompiese algunas prensas.

En el ejército del Rin estaban algo mas tranquilos los ánimos, pues aunque habia en él algunos oficiales malos, colocados por Pichegrú, el todo del ejército era republicano; aunque dócil, disciplinado, pobre y menos embriagado de triunfos que el de Italia. Los ejércitos son siempre una imágen del general. Su alma pasa á la de los oficiales, y desde estos se comunica á los soldados. El ejército del Rin tenia su tipo en Moreau. Moreau, lisongeado por la faccion realista, que ponderaba su sábia retirada por superior á las admirables hazañas de Italia, no la odiaba tanto como Bonaparte. Ademas, era indolente, apagado y tibio, y tenia por la política una pasion igual á su capacidad, por lo cual caminaba reacio, y no queria pronunciarse; era sin embargo republicano, y no traidor, como se ha dicho. Tenia entonces la prueba de la traicion de Pichegrú, y hubiera podido hacer un gran servicio á su gobierno. Ya hemos dicho que habia cogido un furgon del general Klinglin, que contenia infinitos papeles, los cuales comprendian

toda la correspondencia en cifra de Pichegrú con Wickam, el príncipe de Condé y otros; de suerte que podia suministrar la prueba de la traicion, y facilitar los procedimientos judiciales. Pero Pichegrú habia sido su general en gefe y su amigo, y no queria venderle, por lo cual se contentó con mandar descifrar aquella correspondencia, sin declararlo al gobierno, en la cual se probaba tambien la fidelidad del mismo Moreau á la república. Pichegrú, despues de haber presentado su dimision, no tenia mas que un medio para conservar su importancia; el decir que Moreau estaba á su disposicion, y que descansando en él por la direccion del ejército, iba á intrigar en el interior. Pues bien, Pichegrú no cesó de decir que no se valiesen de Moreau *, porque no oiria proposicion alguna. Moreau, pues, era indolente, pero fiel; y su ejército uno de los mejores y mas valientes que tuvo nunca la república.

En todo era muy distinto el ejército de Sambre y Mosa: en él se hallaban, como hemos dicho, el ejército de Fleurus, del Ourthe y del Roer, ejército valiente y republicano, como su antiguo general. Su denuedo se habia aumentado mas, desde que pasando á mandarle el jóven Hoche, le comunicó todo el fuego de su alma. Este jóven, que en una campaña habia ascendido desde sargento de las guardias francesas á general en gefe, amaba á la república como á su bienhechora y madre. Su imaginacion no se habia resfriado en los calabazos de

* Si M. de Montgaillard hubiese leido la correspondencia de Klinglin, no hubiera afirmado, solo por una palabra del rey Luis XVIII, que Moreau era traidor á la Francia desde el año 1797.

la junta de salvacion pública, y despues en la Vendée adquirió mas ímpetu luchando con los realistas. En vendimiario estaba ya preparado para acudir en socorro de la Convencion, y habia puesto en movimiento veinte mil hombres, cuando el denuedo de Bonaparte en la jornada del 13 le dispensó de continuar su marcha. Teniendo en sus principios políticos una razon para mezclarse en los negocios, que no tenia Moreau, y sin envidiar á Bonaparte, pues solo vivia impaciente por adelantarle en su gloriosa carrera, era un sincero amante de la república, y estaba pronto á servirla de todas suertes, en los campos de batalla, ó en medio de las borrascas políticas. Ya hemos tenido ocasion de decir que á una suma prudencia reunia un ardor é impaciencia de carácter estraordinarios. Dispuesto á correr la suerte de los acontecimientos, ofreció su espada y su vida al Directorio. Hé aquí como no faltaba fuerza material al gobierno; pero era necesario emplearla con prudencia, y *sobre todo* oportunamente.

De todos los generales el que mas convenia al Directorio era sin duda Hoche. Si la gloria y el carácter de Bonaparte podian inspirar algun recelo no sucedia asi con Hoche. Sus victorias de Wisemburgo en 1793, su gloriosa pacificacion de la Vendée y su reciente victoria de Neuwied le daban una honrosa y variada nombradía, en que la estimacion política era tan grande como el mérito de guerrero; pero en esta gloria no se ofrecia zozobra ninguna para la libertad. De tener que intervenir un general en las disensiones del estado, mejor era valerse de él, que del gigante que dominaba en Italia. El era el general querido de los republica-

nos, el hombre en que fijaban sus esperanzas sin temor alguno. Por otra parte su ejército era el mas cercano á Paris; y en caso de necesidad podian hallarse veinte mil hombres á muy pocas jornadas en la capital, y apoyar con su presencia el vigoroso golpe con que amagaba el Directorio.

Pensaron en Hoche los tres directores Barrás, Rewbell y Larevelliere; sin embargo, Barrás, que era muy activo, hábil en intrigas, y que en aquella crísis queria apropiarse el honor de la ejecucion, escribió sin que lo supiesen sus cólegas á Hoche, con quien estaba en relaciones, y le rogó que interviniese en los acontecimientos que se preparaban. No vaciló Hoche un momento. Ofrecíase la mejor ocasion para dirigir tropas contra Paris, y se hallaba á la sazon trabajando con el mayor ahinco en preparar su nueva espedicion á Irlanda, habiendo pasado á Holanda para inspeccionar los preparativos que se hacian en el Tegel. Habia resuelto sacar veinte mil hombres del ejército de Sambre y Mosa y encaminarlos hácia Brest, y era fácil en su paso por el interior detenerlos en Paris, y emplearlos en servicio del Directorio. Ofreció mas aun: se necesitaba dinero, tanto para la division espedicionaria como para la intentada empresa, y él se lo procuró por un medio muy sagaz. Hemos visto que las provincias entre el Mosa y el Rin no tenian mas que una existencia dudosa hasta la paz con el Imperio, pues no habian sido divididas como la Bélgica en departamentos y reunidas á Francia, sino que estaban administradas militarmente y con la mayor prudencia por Hoche, que queria republicanizarlas, y en el caso de no poder conseguir su reunion terminante á la Fran-

cia, constituirlas en república Cis-Rhenana que quedaria enlazada con la república como una hija con su madre. Habia establecido en Bonn una comision encargada de la administracion del pais y de recaudar las contribuciones impuestas en ambos lados del Rin. La caja de esta comision tenia dos millones y algunos centenares de miles de francos, y Hoche prohibió pasarlos al pagador del ejército, porque irian á parar á la tesorería, y acaso se gastarian en cosas que no tuviesen que ver con el ejército. Mandó pagar el prest á la columna que iba á poner en movimiento, y reservar cerca de dos millones, ó para ofrecérselos al Directorio, ó para gastarlos en la espedicion á Irlanda. Esta infraccion de las leyes de hacienda la cometia por celo político; porque este jóven general, que habia podido enriquecerse mas que otro ninguno, se hallaba en la mayor pobreza. Al hacer esto creia Hoche ejecutar las órdenes no solamente de Barrâs, sino de Larevelliere-Lepeaux y Rewbell.

Ya se habian pasado dos meses desde el 1.° de pradial, esto es, desde la apertura de la nueva legislatura, y estaba espirando mesidor (mitad de julio). No habian cesado de presentarse las proposiciones acordadas en Clichy y llevadas á los Quinientos, y se preparaba otra nueva, á la cual daba mucha importancia la faccion realista. Aun no se habia decretado la organizacion de los guardias nacionales, cuyo principio solo constaba en la Constitucion. Los clichinos querian proporcionarse una fuerza que contrarrestase á los ejércitos, y poner sobre las armas á toda aquella juventud que se habia sublevado en vendimiario contra la Convencion. Acababan de nombrar una comision en los Quinien-

tos para presentar el proyecto de organizacion, de la cual era Pichegrú presidente é informante. Ademas de esta importante resolucion, la comision de hacienda habia reasumido en revision las proposiciones desechadas por los Ancianos, y trataba de presentarlas de otro modo para que se adoptasen bajo nueva forma. Por muy temibles que fuesen estas proposiciones de los Quinientos, no inspiraban tanto desasosiego á los tres directores aliados como la conspiracion á cuya cabeza veian un general célebre, y que suponian tener infinitas ramificaciones en los consejos; pero resueltos á obrar, querian hacer primero algunas mudanzas que contemplaban necesarias en el ministerio, para dar mas homogeneidad á la administracion del Estado, y pronunciar resuelta y terminantemente la marcha del gobierno.

Aunque el ministro de policía Cochon no estaba muy querido por los realistas desde las persecuciones contra los tres agentes del pretendiente, y las circulares relativas á las elecciones, no por eso dejaba de ser íntimo amigo de Carnot. El Directorio, segun los proyectos que ideaba, no podia dejar la policía en manos de Cochon. Petiet, el ministro de la guerra, tenia gran concepto entre los realistas, y era hechura de Carnot. Tambien era preciso escluirle para que no hubiese obstáculo ninguno entre los ejércitos y la mayoria directorial. El ministro del interior, Benezech, escelente hacendista y dócil cortesano, no era temible para ningun partido, pero sí sospechoso por sus sabidas propensiones, y por lo indulgente que con él estaban los periódicos realistas, y tambien querian mudarle, aunque no fuese mas que por tener otro de

mas confianza. Completa era la que se tenia en Truguet, ministro de marina, y en Cárlos de Lacroix de relaciones estrangeras; pero razones que estribaban en el interés del mejor servicio inclinaban á los directores á desear su mudanza. Truguet era el blanco de las persecuciones de los realistas, y lo merecia en cierto modo por su carácter altivo y violento, pues aunque era persona fiel y de grandes recursos, no tenia la debida consideracion con los demas en una administracion tan vasta. Por otra parte, podia colocársele ventajosamente en la carrera diplomática, y él deseaba ir á reemplazar en España al general Perignon para que esta potencia cooperase á sus grandes designios sobre las Indias. En cuanto á Delacroix, despues ha acreditado que podia administrar bien un departamento; pero carecia de la dignidad é instruccion necesaria para representar á la república en las provincias europeas. Por otra parte, los directores tenian un vivo deseo de encargar los negocios estrangeros á otro personage, que era M. de Talleyrand. La entusiasta imaginacion de madama de Stael se habia exaltado á favor del impasible, satírico y profundo genio de este hombre. Le puso en comunicacion con Benjamin Constant, y este se encargó de relacionarle con Barrás. M. de Talleyrand supo cautivarle, como lo hubiera hecho con otro mas sagaz; y despues de haber hecho que madama de Stael le presentase á Benjamin Constant, y este á Barrás, hizo que este le presentase tambien á Larevelliere, y agradó al hombre de bien como habia agradado al malo. Les pareció á todos un hombre muy desgraciado, aborrecido de los emigrados por ser partidario de la revolucion,

despreciado de los patriotas por su carácter de alta categoría, y víctima á un mismo tiempo de sus principios y de su cuna. Acordaron hacerle ministro de negocios estrangeros, y la vanidad de los directores se pagó de haber hallado tan alto personage, estando ademas seguros de que confiaban los negocios estrangeros á un hombre instruido, hábil, y personalmente relacionado con todos los diplomáticos de Europa.

Quedaban únicamente Ramel, ministro de hacienda, y Merlin de Douai de la justicia, que eran mas odiados de los realistas que todos los demas juntos, pero que desempeñaban con celo y aptitud los deberes de su ministerio. Los tres directores no querian deshacerse de ellos por ningun precio; y asi de los siete ministros, debian reemplazar á Cochon, Petiet y Benezech por sus opiniones; á Truguet y Delacroix por bien del servicio, y conservar á Merlin y á Ramel.

En todo pais de instituciones representativas, sean monárquicas, ó republicanas, siempre se manifiesta el espíritu y marcha del gobierno por la eleccion de los ministros y sobre ella se agitan siempre los partidos, ya sea para influir por interés de opinion ó por ambicion personal. Pero si en los partidos hay uno que no se contenta con una simple modificacion en la marcha del gobierno, y aspira á trastornar el régimen existente, ese, ageno de toda reconciliacion, quiere algo mas que un cambio de ministerio, en el cual no se mezcla, ó si lo hace es para poner obstáculos. Pichegrú y los clichinos que estaban en el complot, miraban con poco interés la mudanza del ministerio; sin embargo, se avistaron con Carnot para tratar del par-

ticular; pero era mas bien un pretesto para sondearle y descubrir sus ocultos designios, que para lograr un resultado que les era insignificante. Carnot se habia esplicado abiertamente y por escrito, respondiendo á los individuos que le habian hecho proposiciones, y declarando, *que pereceria antes que dejar infringir la Constitucion ó deshonrar los poderes establecidos por ella*: (espresiones literales de una de sus cartas). Asi habia precisado á los que trataban de examinarle á no hablar mas que de proyectos constitucionales; tales como una mudanza ministerial. Respecto á los constitucionales, y clichinos que no estaban tan comprometidos en la faccion, querian de buena fé la revolucion ministerial, y con esto se contentaban. Acudieron pues á Carnot, los individuos de los Ancianos y de los Quinientos que ya hemos citado, Portalis, Tronzon Ducoudray, Lacuée, Dumas, Thibaudeau, Doulcet-Pontecoulant, Simeon, Emeri y otros varios, conferenciando con él y con Barthelemy y discutiendo las mudanzas que debian hacerse en el ministerio. Los dos ministros cuya destitucion pedian principalmente, eran Merlin, ministro de justicia, y Ramel ministro de hacienda; y como habian impugnado particularmente el sistema de hacienda, estaban mas enojados con este que con ningun otro. Pedian tambien la destitucion de Truguet y de Cárlos Delacroix, y como es natural querian conservar á Cochon, Petiet y Benezech. Los dos directores Barthelemy y Carnot, no eran difíciles de persuadir; el débil Barthelemy no tenia opinion personal; Carnot veia como amigos á los ministros que quedaban, y como enemigos á los depuestos; pero el proyecto fácil de formar en las tertulias de los

constitucionales, no lo era tanto para persuadirlo á los otros tres directores, que habiendo adoptado una resolucion, querian deponer cabalmente á los que trataban de conservar los constitucionales.

Como Carnot ignoraba la union que habian formado sus tres cólegas, y mucho menos que Larevelliere fuese el vínculo intermedio entre Rewbell y Barrás, esperó que seria muy fácil desunirlos, y al efecto aconsejó á los constitucionales que acudiesen á él, y procurasen acomodarle á sus miras. Pasaron en efecto á casa de Larevelliere, y hallaron en su moderacion, una constancia invencible. Larevelliere, poco acostumbrado como todos los hombres de entonces, á la táctica de los gobiernos representativos, no pensaba que se hiciesen negociaciones para elecciones de ministros.—Desempeñad vuestro papel, decia á los diputados, es decir, haced leyes y dejadnos á nosotros el nuestro, que es el de elegir los funcionarios públicos. Debemos tener por norte de nuestra eleccion nuestra conciencia y la opinion que tenemos del mérito de los individuos, no la exigencia de los partidos.—No sabia aun, ni lo sabia entonces nadie, que es preciso componer un ministerio de influencia, y que esta influencia debe buscarse en los partidos existentes; que siendo la eleccion de tal ó tal ministro una garantía de la direccion que va á adoptarse, puede ser objeto de negociacion. Larevelliere tenia ademas otras razones para no entrar en transacion ninguna; estaba convencido de que él y su amigo Rewbell habian anhelado y votado siempre el bien y que la mayoria directorial, cualesquiera que fuesen las miras personales de los directores, jamás habia votado de distinto modo; que en hacienda,

aunque no podian evitarse todas las malversaciones de los subalternos, habian al menos obrado con fidelidad, y lo menos mal que era posible en aquellas circunstancias; que jamás habian tenido ambicion personal en política, ni hecho nada para aumentar sus prerogativas; finalmente, que en la direccion de la guerra solo habian aspirado á una paz pronta, pero honorífica y gloriosa. Larevelliere, pues, no podia entender ni admitir los cargos que al Directorio se dirigian, pues su recta conciencia se los hacia inteligibles. Ni veia en los clichinos mas que conspiradores pérfidos, y en los constitucionales hombres resentidos de amor propio. Ignoraba tambien, como todos, que debe tenerse en cuenta la irritacion, bien ó mal fundada de los partidos, como si fuese un hecho, y tener presentes todas las pretensiones, aun las del amor propio herido. Por otra parte, lo que los constitucionales ofrecian nada tenia de lisongero. Los tres directores aliados querian proporcionarse un ministerio homogéneo para confundir á la faccion realista; los constitucionales por el contrario, pedian un ministerio enteramente opuesto al que los directores creian ser necesario en el actual riesgo, y no podian ofrecer en cambio mas que sus votos, que eran pocos, y que ademas no les comprometian en cuestion ninguna. Su alianza, pues, no ofrecia un carácter que pudiese decidir al Directorio á escucharles, y desistir de sus proyectos. Larevelliere no les dió satisfaccion alguna, y aunque interpusieron como mediador al geólogo Faujas de Saint-Fonds, con quien le unia la conformidad de gustos y de estudios, todo fué inútil. Su última respuesta fué esta:—El dia en que nos ataqueis nos halla-

reis dispuestos. Nosotros os mataremos, pero políticamente: quereis nuestra sangre, pero no correrá la vuestra, y solo os vereis reducidos á la imposibilidad de hacer daño.

Esta firmeza les quitó toda esperanza. Carnot aconsejó entonces que se dirigiesen á Barrás, dudando sin embargo del buen resultado, porque conocia su ódio. Encargaron que le hablase al almirante Villaret-Joyeuse, individuo acalorado de la oposicion, que por su aficion á los placeres habia tratado muchas veces á Barrás. Este, que á todo el mundo prometia, aunque interiormente fuesen sus sentimientos muy decididos, no les dejó tan desanimados como Larevelliere. De los cuatro ministros cuya mudanza pedian los constitucionales, Merlin, Ramel, Truguet y Delacroix, convino en variar los dos últimos, pues así estaba acordado con Rewbell y Larevelliere. Por lo tanto podia comprometerse respecto á estos dos, y aseguró que quedarian destituidos. Sin embargo, fuese porque con su ordinaria facilidad prometiese mas de lo que queria cumplir, ó porque quisiera engañar á Carnot, y obligarle á pedir por sí la mudanza de ministros, fuese por interpretar demasiado favorablemente su lenguage, ambíguo por lo comun, los constitucionales fueron á anunciar á Carnot que Barrás consentia en todo, y votaria con él sobre cada uno de los ministros. Los constitucionales pedian que se hiciese inmediatamente la destitucion; pero dudando de Barrás, Carnot y Barthelemy, no se atrevian á tomar la iniciativa. Querian que la tomase Barrás, pero él respondia que hallándose á la sazon muy furibundos los periódicos, parecia que el Directorio cedia á su violencia. Trataron de

imponer silencio á los periódicos; mas entretanto Rewbell y Larevelliere, ignorantes de estas intrigas tomaron la iniciativa. El 28 de mesidor declaró Rewbell en la sesion del Directorio que era tiempo de concluir de una vez, hacer que cesasen los vaivenes del gobierno, y tratar de la mudanza de los ministros. Pidió que desde luego se procediera al escrutinio, el cual fué secreto, quedando escluidos por unanimidad Truguet y Delacroix, á quienes todos estaban en ánimo de reemplazar. En cuanto á Ramel y Merlin, que querian reemplazar los constitucionales, no tuvieron en contra mas que los dos votos de Carnot y Barthelemy, y quedaron repuestos por los de Rewbell, Larevelliere y Barrás. Cochon, Petiet y Beneczech obtuvieron voto contrario de los que habian sostenido á Merlin y Ramel, quedando asi efectuado al plan de reforma adoptado por la mayoría directorial. Viéndose Carnot burlado, queria diferir al menos el nombramiento de los sucesores, diciendo que no estaba preparado para hacer la eleccion; pero le respondieron ágriamente que un director siempre debia estarlo, y que no debia destituir á un funcionario sin haber pensado ya en el que habia de reemplazarle, y le obligaron á votar inmediatamente. La mayoría nombró á los sucesores, conservando á Ramel en hacienda y á Merlin en la justicia, nombrando para los negocios estrangeros á M. de Talleyrand, para marina á un antiguo y valiente marino, escelente administrador, Pleville Le Peley; para el interior á un literato muy distinguido, pero mas hablador que capaz, Francisco de Neufchateau; para la policía á Lenoir-Laroche, perspicaz é instruido, que escribia en el *Monitor* muy buenos

artículos de política; y finalmente, para la guerra al jóven y glorioso general Hoche que habian resuelto les sirviese de apoyo. Este no tenia la edad que requeria la constitucion, es decir, treinta años, y aunque se sabia esto, Larevelliere habia propuesto á sus dos cólegas, Rewbell y Barrás, que le nombrasen, aun cuando fuera preciso reemplazarle á los dos dias, para grangearse su voluntad y lisongear á los ejércitos. Asi todo el mundo ayudó á esta mudanza, que fué decisiva, como vamos á verlo. Es bastante frecuente ver á los partidos contribuir al fin que creen serles provechoso; todos concurren al efecto, pero el mas fuerte decide el resultado en su favor.

Aun cuando Carnot no hubiera tenido un carácter tan irritable, no podia menos de indignarse al verse burlado por Barrás. Los individuos del cuerpo legislativo que se habian entrometido en la negociacion, fueron al punto á verle, le informaron de todos los pormenores de la sesion del Directorio, prorumpieron en denuestos contra Barrás, le llamaron aleve, y se mostraron terriblemente indignados. Pero otro suceso aumentó la efervescencia, y la subió de todo punto. Hoche, por aviso de Barrás, habia puesto en movimiento sus tropas con el designio de encaminarlas efectivamente á Brest, pero deteniéndolas algunos dias en las cercanías de la capital. Habia elegido la legion de los francos, mandada por Humbert, la division de infantería de Lemoigne, la division de los cazadores á caballo, su gefe Richepanse, y un regimiento de artillería, que componian entre todos catorce ó quince mil hombres. La division de los cazadores de Richepanse habia llegado ya á la Ferté-Alais, á once

leguas de Paris, lo cual fué una imprudencia, porque teniendo doce leguas el rádio constitucional, y no habiendo llegado el momento de obrar, no debia traspasarse el límite legal. Esta imprudencia se debió al error de un comisario de guerra, que habia faltado á la ley sin saberlo. A esta circunstancia ya funesta se agregaban otras; pues viendo las tropas la direccion que llevaban, y sabiendo lo que en el interior ocurria, no dudaban que iban á dar algunos golpes contra los consejos. Los oficiales y soldados iban diciendo por el camino, que ellos harian entrar en razon á los aristócratas de Paris. Hoche se habia contentado con participar al ministro de la guerra un movimiento general de tropas hácia Brest para la espedicion de Irlanda.

Todas estas circunstancias indicaban á los diferentes partidos que se aproximaba algun acontecimiento decisivo, y la oposicion y los enemigos del gobierno redoblaron su actividad, para evitar el golpe que les amenazaba, asi como el Directorio no se descuidó por su parte para acelerar la ejecucion de sus proyectos y asegurar la victoria, que como ahora veremos la consiguió plenamente.

CAPITULO X.

Concentracion de tropas al rededor de Paris. Mudanzas en el ministerio.—Preparativos de la oposicion, y de los clichinos contra el Directorio.—Lucha de los consejos con el Directorio. Proyecto de la ley acerca de la guardia nacional. Ley contra las sociedades políticas.—Fiestas en el ejército de Italia. Manifestaciones políticas.—Dáse á Augereau el mando de las fuerzas de Paris.—Negociaciones para la paz con el emperador. Conferencias en Lila con la Inglaterra.—Quejas de los consejos sobre la marcha de las tropas. Mensage enérgico del Directorio con este motivo—Divisiones en el partido de la oposicion.—Influjo de madama Stael; tentativa infructuosa de reconciliacion;—Respuesta de los consejos al mensage del Directorio.—Plan definitivo del Directorio contra la mayoría de los consejos.—Providencia violenta del 18 de fructidor. Invasion de la fuerza armada en los dos consejos.—Deportacion de cincuenta y tres diputados, de dos directores, y otros ciudadanos.—Vuélvense á poner en vigor varias leyes revolucionarias. Consecuencias de esta revolucion.

Llegaron á oidos del ministro Petiet el dia 28 de mesidor las noticias de haber llegado los cazadores de Richepanse, los pormenores de su marcha y las espresiones que vertian, precisamente en el mismo dia en que se habia efectuado el cambio del ministerio. Petiet lo comunicó á Carnot, y cuando llegaron los diputados en tropel á desahogar su resentimiento contra la mayoría del Directorio, y dar el pésame á los ministros depuestos,

supieron al mismo tiempo la marcha de las tropas. Carnot dijo que el Directorio no habia dado órden alguna que él supiese; que acaso los otros tres directores habrian adoptado una resolucion particular; pero que entonces deberia constar en el registro secreto, de lo que iba á convencerse, y que mientras tanto era preciso no dar publicidad al suceso, hasta que se supiese si habian mediado algunas órdenes. Pero estaban muy irritados para guardar miramientos.

La exoneracion de los ministros, la marcha de las tropas, y el nombramiento de Hoche en reemplazo de Petiet, no dejaron duda alguna de las intenciones del Directorio. Se declaró que sin duda queria este atentar contra la inviolabilidad de los consejos, hacer otro 31 de mayo, y proscribir á los diputados fieles á la constitucion. Reuniéronse en casa de Tronzon-Ducoudray, que era uno de los mas influyentes en los Ancianos. Los clichinos, segun acostumbran los partidos estremados, habian visto con placer burladas las esperanzas de los moderados, esto es, de los constitucionales, y frustrado su proyecto de formar un ministerio á su gusto. Contemplábanles como engañados por Barrás, y se reian de la burla; pero sin embargo vieron un inminente peligro al saber que se adelantaban tropas. Pichegrú y Willot, sabiendo que se hallaban reunidos en casa de Tronzon-Ducoudray para conferenciar sobre los acontecimientos, pasaron á ella, no obstante que la reunion se componia de hombres de otras ideas. Pichegrú no tenia aun en su mano ningun recurso verdadero, pues el único con que contaba era con las pasiones de los partidos, y era menester presentarse donde ellas se pronunciaban,

fuese para observar, fuese para obrar alguna cosa. Hallábanse en esta reunion, Portalis, Tronzon-Ducoudray, Lacuée, Dumas, Simeon, Doulcet-Pontecoulant, Thibaudeau, Villaret-Joyeuse, Willot y Pichegrú. Alentáronse mútuamente como era natural, hablaron de los intentos del Directorio, citaron espresiones de Rewbell, Larevelliere y Barrás, que anunciaban tener plan acordado, y dedujeron del cambio del ministerio y de la marcha de las tropas que el plan era un golpe de estado contra el cuerpo legislativo. Propusieron las mas violentas resoluciones, como suspender al Directorio, formarle causa, y aun ponerle fuera de ley; pero para llevar á efecto todo esto, se necesitaba una fuerza, y Thibaudeau, que no participaba del general impulso preguntó que de dónde habia de sacarse. Respondiéronle que tenian los mil doscientos granaderos del cuerpo legislativo, parte del 21° regimiento de cazadores, mandado por Malo, y la guardia nacional de Paris; que mientras se reorganizaba esta guardia, podian enviar á cada barrio de la capital mangas de granaderos para reunir á los ciudadanos que se habian armado en vendimiario. Habláron largamente sin lograr avenirse, como sucede siempre que no hay verdaderos medios. Pichegrú, indiferente y distraido como acostumbraba, hizo algunas observaciones sobre lo insuficiente y arriesgado de los medios propuestos, contrastando su serenidad con el general acaloramiento. Separáronse y volvieron á casa de Carnot y de los ministros depuestos desaprobando todos los proyectos ideados contra el Directorio. Reuniéronse de nuevo en casa de Tronzon-Ducoudray; pero ya no asistieron allí Pichegrú y Willot.

Entregáronse á los mismos desvaríos, y no atreviéndose á recurrir á medios violentos, se contentaron con apelar á los recursos constitucionales, prometiéndose pedir la ley sobre responsabilidad ministerial y la pronta organizacion de la guardia nacional.

En Clichy se declamaba como en todas partes sin hacer nada de provecho; porque si bien habia allí pasiones mas violentas, tampoco acertaban con medios. Se echaba especialmente de menos la policía, de la que acababa de separarse á Cochon, y se reproducia uno de los proyectos favoritos de la faccion, el de quitar la policía de París al Directorio, y dársela al cuerpo legislativo, violentando el sentido de un artículo de la constitucion. Al mismo tiempo se proponian confiar la direccion de la policía á Cochon; pero la proposicion era tan osada que nadie se atrevió á hacerla. Contentáronse con cabilar en la edad de Barrás, que decian no tener cuarenta años cuando se le nombró director, y con pedir la organizacion instantánea de la guardia nacional.

En efecto, el dia 30 de mesidor (18 de julio), hubo un gran tumulto en los Quinientos. El diputado Delahaye denunció la marcha de las tropas, y pidió que se diese inmediatamente el informe sobre la guardia nacional. Vituperaron la conducta del Directorio; pintaron espantados el estado de París, la llegada de innumerables revolucionarios conocidos, y la nueva formacion de los clubs, y pidieron que se pasase á discusion sobre las sociedades políticas. Decidieron dar al siguiente dia el informe sobre la guardia nacional, y que en seguida se procediese á la discusion sobre los

clubs. Al siguiente dia, 2 de termidor (20 de julio), se habian adquirido nuevos pormenores respecto á la marcha de las tropas y su número, y se sabia que en la Ferté-Alais habia ya cuatro regimientos de caballería.

Leyó Pichegrú su informe sobre la organizacion de la guardia nacional. Estaba concebido su proyecto en los términos mas pérfidos, pues aunque todos los franceses que tuviesen la cualidad de ciudadanos, debian ser inscriptos en las filas de la guardia nacional, no todos debian componer su fuerza efectiva. Los guardias nacionales para el servicio, debian ser elegidos por los demas, es decir, por el total, y de este modo quedaba formada la guardia nacional como los consejos por las juntas electorales, y el resultado de las elecciones indicaba la especie de guardia que por este medio se obtendria. Debian formarla un batallon por canton; en cada batallon debia haber una compañía de granaderos y cazadores, que restablecian las compañías elegidas en que se reunian todos los hombres mas pronunciados, de quienes se servian ordinariamente los partidos para la ejecucion de sus planes. Querian votar el proyecto inmediatamente, pero el fogoso Enrique Lariviere pretendió que todo anunciaba un 31 de mayo.—Nada de eso! nada de eso! le gritaron interrumpiéndole algunas voces de la izquierda. Si, replicó, pero yo me tranquilizo al pensar que nos hallamos en el 2 de termidor, y que nos acercamos al 9, dia fatal para los tiranos.—Queria que se votase el proyecto inmediatamente, y que se enviase un mensage á los Ancianos para que no levantasen la sesion y pudiesen votar en la misma; pero

impugnaron esta proposicion. Thibaudeau, gefe del partido constitucional, observó con razon que por mas actividad que se emplease, la guardia nacional no se organizaria antes de un mes; que la precipitacion á votar un importante proyecto seria por lo tanto inútil para resguardar al cuerpo legislativo de los riesgos que le amenazaban; que la representacion nacional debia ceñirse á sus derechos y no traspasar su dignidad, ni buscar su fuerza en medios á la sazon impotentes. Propuso una discusion mas tranquila, y se emplazó por veinte y cuatro horas el exámen del proyecto, decretando, sin embargo, desde luego el principio de la reorganizacion. Al mismo tiempo llegó un mensage del Directorio, que daba ciertas esplicaciones sobre la marcha de las tropas; y en él se decia que como se encaminaban á un punto muy distante, habian tenido que pasar por las inmediaciones de París; que por inadvertencia de un comisario de guerra habian traspasado el *límite* constitucional, y que el error de este comisario era la única causa de haber infringido las leyes; pero que las tropas habian recibido órden para retroceder desde luego. No se contentaron con esta esplicacion; gritaron de nuevo con estremada violencia, y nombraron una comision para examinar aquel mensage, y dar un informe sobre el estado de Paris y la marcha de las tropas. Al dia siguiente empezaron á discutir el proyecto de Pichegrú y votaron cuatro artículos, pasando despues á tratar de los clubs, que por todas partes se renovaban y parecian anunciar la reunion del partido jacobino. Queríase prohibirlos absolutamente, porque las leyes que les cohartaban que-

daban eludidas siempre, y se decretó al efecto que no se consintiese en lo sucesivo ninguna reunion política. Asi la sociedad de Clichy se suicidó á sí misma, y renunció á su existencia con tal de destruir la reunion constitucional y los demas clubs subalternos que por todas partes se formaban. En efecto, no necesitaban los que llevaban la voz en Clichy de aquella turbulenta reunion para entenderse, y podian privarse de ella sin perder un gran recurso. En seguida denunció Willot á Barrás en el concepto de que no tenia la edad que requeria la constitucion en la época en que habia sido nombrado director, pero los registros de la guerra que se examinaron, probaron ser falso. Entretanto habian llegado nuevas tropas á Reims, que produgeron mayor alarma y las mismas esplicaciones de parte del Directorio, que tampoco se tuvieron por bastante, quedando encargada la comision nombrada ya de hacer averiguaciones y dar su informe.

Habia llegado Hoche á Paris, porque debia pasar por este punto, bien fuese en efecto á Brest, bien tuviese á su cargo la ejecucion de un golpe de mano. Presentóse sin temor en el Directorio, seguro de que al hacer marchar sus divisiones, habia obedecido á la mayoría directorial; pero Carnot, que presidia á la sazon el Directorio, procuró intimidarle preguntándole en virtud de qué órden habia obrado, y amenazándole con una acusacion por haber traspasado los límites constitucionales. Por desgracia Rewbell y Larevelliere, que no sabian la órden dada á Hoche, no podian apoyarle; y Barrás, que era el que se la habia comunicado, no se atrevió á tomar la palabra, de

suerte que Hoche quedó espuesto á las mas ágrias reconvenciones de Carnot. Respondió que no podia ir á Brest sin tropas, á lo cual replicó Carnot que aun habia cuarenta y tres mil hombres en Bretaña, y que este número era suficiente para la espedicion. Sin embargo, Larevelliere viendo la incertidumbre de Hoche, procuró sacarle del compromiso, y le declaró en nombre de la mayoría del Directorio la estimacion y confianza que habian merecido sus servicios, asegurándole que no se trataba de acusacion ninguna, é hizo levantar la sesion. Hoche fué en casa de Larevelliere á darle las gracias, y supo que Barrás no habia dado cuenta ni á Rewbell, ni á Larevelliere del movimiento de las tropas, y dado las órdenes sin conocimiento suyo; por lo cual se indignó contra Barrás, que despues de haberle comprometido, no habia tenido valor para defenderle. Era evidente que Barrás, obrando por sí, sin noticia de sus compañeros, habia querido disponer él solo de los medios de ejecucion; pero Hoche, irritado, trató á Barrás con su acostumbrada altivez, y ofreció todo su afecto á Rewbell y Larevelliere. Nada se habia dispuesto aun para efectuar el proyecto que los tres directores meditaban; asi que Barrás al llamar á Hoche le habia comprometido inutilmente. Hoche se volvió inmediatamente á su cuartel general, que estaba en Wetzlar, é hizo acantonar las tropas que habia dejado en los alrededores de Reims y Sedam, donde se hallaban aun en disposicion de marchar contra Paris. Estaba muy disgustado de la conducta de Barrás, pero dispuesto á sacrificarse aun si Larevelliere y Rewbell le avisaban. Se hallaba muy comprometido, y hablaban

de acusarle; mas él esperaba con serenidad en medio de su cuartel general lo que intentase hacer la mayoría de los Quinientos, enfurecida contra él; y no permitiéndole su edad aceptar el ministerio de la Guerra, nombraron á Scherer en lugar suyo.

El escándalo que se acababa de dar no permitia ya emplear á Hoche en la ejecucion de los proyectos del Directorio; por otra parte la importancia que iba á darle semejante participacion podria despertar los celos de los demas generales. Posible era que Bonaparte llevase á mal el que eligiesen á otro y no á él, y asi se juzgó que seria mejor no servirse de ningun general en gefe, y valerse de uno de los mas distinguidos generales de division. Acordaron informarse de Bonaparte respecto á alguno de aquellos que tan célebres se habian hecho bajo su mando, lo cual tendria la ventaja de alhagarle personalmente y de no ofender al mismo tiempo á ninguno de los generales en gefe; pero mientras pensaban en dirigirse á él, intervenia en el lance de un modo terrible para los contra-revolucionarios, y apurado, si se quiere, para el Directorio. Eligió el aniversario del 14 de julio, correspondiente al 26 de mesidor, para dar una funcion á los ejércitos, y estender manifiestos sobre los acontecimientos que se preparaban. Mandó levantar en Milan una pirámide con trofeos y con los nombres de todos los soldados y oficiales muertos en la campaña de Italia, y al rededor de esta pirámide tuvo lugar este acto, que fué magnífico. Acudió Bonaparte en persona, y dirigió á sus soldados una proclama amenazadora, diciéndoles: «Soldados, hoy es el aniversario del 14 de

«julio. Delante teneis los nombres de nuestros «compañeros de armas, muertos en el campo del «honor, por la libertad y por la patria. Ellos os «han dado el ejemplo. Vosotros perteneceis ente- «ramente á la república, á la felicidad de treinta «millones de franceses; y á la gloria de este nom- «bre, que ha recibido nuevo esplendor con vues- «tras victorias. Soldados! sé que estais muy con- «movidos por los males que amenazan á la patria, «pero la patria no puede correr riesgos muy gra- «ves, porque ahi están los mismos hombres que «la han hecho triunfar de toda la Europa. Si nos «separan montañas de la Francia, vosotros sabreis «atravesarlas con la rapidez del águila, si es nece- «sario, para mantener la constitucion, defender la «libertad y proteger á los republicanos.»

«Soldados! el gobierno vela por el depósito de «las leyes que le está confiado, y desde el instante «mismo en que se presenten los realistas, habrán «dejado de existir. Vivid tranquilos, y juremos por «los manes de los héroes que han muerto á nues- «tro lado por la libertad, juremos sobre nuestras «banderas una guerra implacable á los enemigos «de la república y de la constitucion del año III!»

En seguida se dió un banquete en que se pronunciaron los mas enérgicos brindis por los generales y oficiales. El general en gefe echó el primero por los valientes Stengel, Laharpe y Dubois, muertos en el campo del honor.—«Puedan velar sus manes sobre nosotros, dijo, y preservarnos de las asechanzas de nuestros enemigos!» Despues se pronunciaron otros á la constitucion del año tercero, al Directorio, al consejo de los Ancianos, á los franceses asesinados en

Verona, á la *reemigracion de los emigrados*, á la union de los republicanos franceses, y a la destruccion del club de Clichy. Tocaron despues del último brindis el paso de ataque, y en todos los puntos donde se hallaban las divisiones del ejército se hicieron funciones semejantes, celebrándose con la misma ostentacion. Luego estendieron en cada division alocuciones mas espresivas aun que la proclama del general en gefe. Este habia observado cierta dignidad en su lenguage; pero en el de las varias divisiones del ejército se hallaba espresado todo el estilo jacobino de 93, señalándose las de Massena, Joubert y Augereau. La de este último especialmente, en que se decia: «*Temblad, conspiradores, porque desde el Adige y desde el Rin hasta el Sena no hay mas que un paso. Temblad, porque vuestras maldades se llevan en cuenta, y la recompensa la hallareis en las puntas de nuestras bayonetas.*»

Pusiéronse millares de firmas á estas alocuciones, y se enviaron al general en gefe que las reunió y envió al Directorio con su proclama para que se imprimiesen y publicasen en los periódicos. Semejante paso manifestaba claramente que estaba dispuesto á marchar para combatir contra la faccion formada en los consejos, y apoyar la ejecucion de un golpe de estado. Al mismo tiempo, como sabia que el Directorio estaba dividido, veia complicarse la escena y queria tener noticia de todo, eligió á un edecan suyo, M. de Lavalette, que merecia toda su confianza, y tenia la necesaria penetracion para juzgar bien de los acontecimientos, haciéndole salir para Paris, con órden de observarlo todo, y ofreciendo al mismo

tiempo fondos al Directorio en caso que los necesitase, si tenia que apelar á algun acto de energía.

Cuando el Directorío recibió estas alocuciones se vió sumamente indeciso. En cierto modo eran ilegales, porque los ejércitos no podian deliberar, y el recibirlas y publicarlas era autorizarlos para que interviniesen en el gobierno del estado, y entregar á la república al influjo militar. ¿Pero podian evitar este peligro? Al dirigirse á Hoche, al pedirle tropas, al consultar á Bonaparte acerca de un general, ¿no habia provocado esta intervencion el mismo gobierno? Precisado á recurrir á la fuerza, y á infringir la legalidad, podia contar con otro apoyo que el de los ejércitos? El recibir alocuciones no era mas que una consecuencia de lo que habian hecho y de lo que estaban obligados á hacer. Tal era el destino de nuestra malhadada república, que por librarse de sus enemigos se veia forzada á entregarse á los ejércitos. El temor de la contra-revolucion fué el que en 1793 precipitó á la república en los estravios y furores, cuya triste historia hemos visto; el temor á la contra-revolucion era el que la obligaba á la sazon á entregarse en manos de los militares: en una palabra, por evitar el mismo riesgo recurrió unas veces á las pasiones, otras á las bayonetas.

Bien hubiera deseado el Directorio ocultar las proclamas, y no publicarlas, por no dar mal ejemplo; pero hubiera ofendido terriblemente al general, y tal vez le hubiera inclinado á los enemigos de la república. Vióse, pues, precisado á imprimirlas, y darlas publicidad. Llenaron de terror al partido clichino; y le dieron á entender

cuán grande habia sido su imprudencia, cuando en la proposicion de Dumolard atacó la conducta del general Bonaparte en Venecia. Suscitaron nuevas quejas en los consejos, contra la intervencion de los ejércitos, diciendo que no debian deliberar, y hallando en esto una prueba mas de los proyectos imputados al Directorio.

Tambien Bonaparte causó al gobierno nuevos apuros con el general de division que envió, pues Augereau escitaba en el ejército una especie de motin con sus exageradas opiniones, dignas enteramente del arrabal de San Antonio. Se hallaba siempre dispuesto á chocar contra todo el que no fuese tan violento como él, y Bonaparte temia una pugna entre los generales. Para librarse de él le envió al Directorio, creyendo que seria muy á proposito para el uso que se le destinaba, y que estaria mejor en Paris que en el cuartel general, donde la ociosidad le hacia peligroso. No queria otra cosa Augereau, porque era tan apasionado á los motines de los clubs como á los campos de batalla, y no era tampoco insensible á los atractivos del poder. Salió inmediatamente, y llegó á Paris á mediados de termidor. Bonaparte escribió á su edecan Lavalette, que enviaba á Augereau porque no podiá tenerle ya en Italia, y le advirtió que no se fiase de él, y continuase en sus observaciones, manteniéndose siempre á su lado. Le encargó tambien que guardase la mayor consideracion á Carnot; porque al pronunciarse abiertamente por el Directorio y contra la faccion reaccionaria, no queria enemistarse personalmente con ninguno de los directores.

No quedó muy satisfecho el Directorio con la

llegada de Augereau, el cual convenia mas bien á Barrás, que no tenia reparo en tratar con los jacobinos y patriotas de los arrabales, y estaba hablando siempre de montar á caballo; pero no podia avenirse con Rewbell ni Larevelliere, que hubieran querido un general prudente y juicioso, que en caso de necesidad hubiera podido hacer causa comun con ellos contra los proyectos de Barrás. Augereau estaba muy contento de verse en Paris con semejante comision, porque era valiente, muy buen soldado y hombre generoso; pero algo orgulloso y calavera. Andaba por Paris recibiendo obsequios, gozando de la celebridad que merecia por sus hazañas, pero atribuyéndose parte de las operaciones del ejército de Italia, dando á entender que habia inspirado al general en gefe sus mejores planes, y repitiendo á cada momento que habia ido á arreglar á los aristócratas. Larevelliere y Rewbel muy disgustados con esta conducta, resolvieron hablarlo, y alhagando su vanidad, inspirarle un tanto mas de prudencia. Larevelliere le obsequió infinito; y logró subyugarle, parte con astutas lisonjas, y parte con el respeto que le inspiraba. Le hizo comprender que no era menester deshonrarse en un choque sangriento, sino adquirir el título de salvador de la república, por medio de un choque enérgico y prudente, que desarmase á los facciosos, sin derramar su sangre. Tranquilizó á Augereau y le inspiró algo mas de juicio, cediéndole desde luego el mando de la 17.ª division militar, que comprendia á Paris; hecho que indicaba bastante las intenciones del Directorio, que estaban ya acordadas. Hallábanse á pocas jornadas las tropas de Hoche, y no era menester mas

que un simple aviso para que llegasen. Esperaba los fondos que habia prometido Bonaparte y que no querian sacar de las arcas por no comprometer al ministro Ramel, tan cuidadosamente vigilado por la comision de hacienda. Estos fondos estaban destinados en parte para seducir á los granaderos del cuerpo legislativo, que constaba de mil doscientos hombres, y que sin ser temibles, podian con su resistencia producir un combate, que era especialmente lo que queria evitarse. Barrás, fecundo siempre en intrigas, se habia encargado de este cuidado, que era lo que retardaba dar el golpe.

La situacion interior ponia muchos obstáculos á la continuacion de las importantes negociaciones entabladas entre la república y las potencias europeas. La implacable faccion conjurada contra la libertad y el reposo de la Francia iba ademas de todos los yerros, á comprometer la paz con tanto anhelo esperada. Lord Malmesbury habia llegado á Lila, y los ministros austriacos se habian avistado en Monte bello con Bonaparte y Clarke, que eran los dos plenipotenciarios encargados de representar á la Francia. Los preliminares de Leoben, firmados en 29 de germinal (18 de abril), hablaban de abrir los congresos, uno general en Berna para la paz con el emperador y sus aliados, y el otro particular en Rastadt para la paz con el Imperio; que la paz con el emperador se concluiria antes de tres meses, so pena de quedar anulados los preliminares; que en los estados venecianos no se haria nada, sino de acuerdo con el Austria; pero que el emperador no ocuparia las provincias venecianas hasta despues de la conclusion de la paz.

Los acontecimientos de Venecia parecia que derogaban alguna de estas condiciones, y el Austria se habia apresurado à derogarlas mas formalmente por su parte, haciendo ocupar las provincias venecianas de Istria y la Dalmacia. Bonaparte no se dió por entendido de esta infraccion de los preliminares, para ahorrarse de cargos respecto de lo que habia hecho en Venecia, y de lo que iba á hacer en las islas de Levante. El cange de las ratificaciones se verificó en Monte-Bello, cerca de Milan, el 5 de pradial (24 de mayo). El marqués de Gallo, ministro de Nápoles en Viena, era el enviado del emperador; y despues del cange de las ratificaciones, conferenció Bonaparte con M de Gallo, y con ánimo de que renunciase este á la idea de un congreso en Berna, reduciéndole á tratar aisladamente en Italia, sin que intervinieran las demas potencias. Las razones que tenia que dar, por interes mismo del Austria, eran escelentes. ¿Cómo habian de consentir la Rusia y la Inglaterra, si acudian á este congreso, que el Austria se indemnizase à espensas de Venecia, cuyas posesiones codiciaban ellas mismas? Ni era posible ni el interes del Austria, como tampoco el de la pronta terminacion, exijia que se retardase tanto tiempo ni se conferenciase en otra parte que en Italia.

M. de Gallo, hombre razonable y sagaz, comprendia la fuerza de estas razones, y para decidirle é inclinar á sus miras al gabinete austriaco, hizo Bonaparte una concesion de etiqueta, á la cual daba suma importancia el gabinete de Viena. Temia el emperador que la república quisiese suprimir el antiguo ceremonial de los reyes de Fran-

cia, y exigiese la alternativa en el protocolo de los tratados. El emperador queria ir nombrado siempre el primero, y que sus embajadores tuviesen la preferencia sobre los de la Francia. Bonaparte, que habia sacado autorizacion del Directorio para ceder en estas fruslerías, se avino á lo que M. de Gallo solicitaba, y fué tal el placer que dió con esto, que inmediatamente adoptó M. de Gallo el principio de una negociacion separada en Monte-Bello, y escribió á Viena para obtener poderes al efecto; pero el anciano Thugut, achacoso, irritable y muy apegado al sistema inglés, que presentaba á cada momento su dimision, desde que la córte, manejada por el archidnque Cárlos, parecia inclinarse á contrario sistema, llevaba otras miras. Veia disgustado la paz, y las domésticas turbulencias de la Francia le infundian esperanzas, á que se entregaba gustoso, á pesar de que tantas veces le habian salido fallidas. Aunque ocasionó muchos gastos al Austria, muchos pasos desacertados y una desastrosa guerra por haber creido á los emigrados, la nueva conspiracion de Pichegrú sujirió á Thugut la idea de diferir la conclusion de la paz, resolviendo oponer estudiadas demoras á las instancias de los plenipotenciarios franceses, haciendo desautorizar al marqués de Gallo, y enviando por nuevo negociador á Monte-Bello, al mayor general, conde de Meeweldt. Llegó este el 1.° de mesidor (19 de junio) y pidió la egecucion de los preliminares, es decir, la reunion del congreso de Berna; pero irritado Bonaparte por esta mudanza de sistema, dió una contestacion de las mas enérgicas. Repitió cuanto habia dicho respecto á la imposibilidad de obtener de la Rusia y de la In-

glaterra la adhesion al arreglo, cuyas bases se habian fijado en Leoben; añadió que un congreso produciria nuevas demoras, y que ya se habian pasado dos meses despues de los preliminares de Leoben, segun los cuales debia concluirse la paz en el término de tres meses, no siendo posible verificarlo en este tiempo si acudian todas las potencias; razones que dejaron sin tener que responder otra vez á los plenipotenciarios austriacos. La córte de Viena pareció que cedia, y fijó las conferencias en Udina, en las provincias venecianas, para que el punto de la negociacion estuviese mas próximo á Viena. Debieron volver á empezarse el 13 de mesidor (1 ° de junio); y Bonaparte, á quien retenian en Milan cuidados de la mayor importancia, en medio de las nuevas repúblicas que iba á fundar, y que por otra parte procuraba vigilar de cerca los acontecimientos de Paris, no queria dejarse llevar inútilmente á Udina para ser burlado por Thugut. Envió á Clarke y declaró que no asistiria personalmente hasta que se hallase convencido por la naturaleza de los poderes dados á ambos negociadores y por el modo de conducir la negociacion, de la buena fé de la córte de Viena. En efecto no se engañaba, pues este gabinete, mas burlado que nunca por los miserables agentes de la faccion realista, se lisonjeaba de que iba á verse dispensado por medio de una revolucion de tratar con el Directorio, y pusó notas estravagantes para el estado de la negociacion. En estas notas de fecha 30 de mesidor (18 de julio), se anunciaba que la córte de Viena queria atenerse rigorosamente á los preliminares, y por consiguiente tratar de la paz general en Berna; que la tardan-

zo de tres meses que los preliminares fijaban para la conclusion de la paz, no podia entenderse mas que desde el dia de la reunion del congreso; porque de lo contrario, no hubiera sido bastante para quedar pactado; y por consecuencia la córte de Viena persistia en observar el contenido de los preliminares y pedia un congreso general de todas las potencias. Estas notas contenian ademas amargas quejas sobre los acontecimientos de Venecia, y Génova; sostenian que semejantes acontecimientos eran una grave infraccion de los preliminares de Leoben, y que la Francia debia dar una satisfaccion.

Al recibir tan estrañas notas se enfureció Bonaparte y su primera idea fué reunir inmediatamente las divisiones del ejército, volver á la ofensiva, y adelantarse contra Viena para exigir esta vez condiciones no tan moderadas como en Leoben; pero el estado interior de la Francia y las conferencias de Lila le contuvieron, juzgando que en tan graves circunstancias era preciso dejar al Directorio, colocado en el centro de todas las operaciones, el cuidado de decidir la conducta que habia de observarse. Contentóse con que Clarke estendiese una enérgica nota, la cual se reducia en sustancia á decir que ya no era tiempo de pedir un congreso, cuya imposibilidad habian reconocido los plenipotenciarios austriacos, y al cual habia renunciado la corte de Viena, fijando las conferencias en Udina; que este congreso carecia ya de motivo, puesto que los aliados del Austria, se separaban de ella, y manifestaban intenciones de tratar aisladamente, lo cual se probaba por las conferencias de Lila; que el plazo de tres meses no

podia entenderse sino desde el dia de la firma de Leoben; pues de lo contrario, prolongando la apertura del congreso, se harian eternas las demoras, que era lo que habia querido evitar la Francia, fijando un término positivo: finalmente, que no se habian violado los preliminares en la conducta observada con Venecia y Génova; que ambos paises habian podido mudar su gobierno sin que nadie lo pudiera llevar á mal; y que por lo demas, al invadir la Istria y la Dalmacia contra todos los pactos espresados, el Austria habia infringido de diverso modo los preliminares. Despues de haber respondido asi con energía y dignidad, Bonaparte se remitió en todo al Directorio, y esperó sus órdenes, encargándole que se resolviese cuanto antes, porque no convenia aguardar al invierno para volver á las hostilidades, en caso de hacerse necesaria esta determinacion.

Con mas buena fé se conducia la negociacion abierta en Lila, lo cual no deja de ser singular, si se atiende á que los negociadores franceses tenian que entenderse con Pitt. Pero este se hallaba cuidadoso realmente por la situacion de la Inglaterra; no contaba del todo con el Austria, ni tenia confianza alguna en las patrañas de los agentes realistas; y asi queria convenirse con la Francia antes que la paz con el emperador la hiciese mas poderosa y exigente. De suerte que si en el año último solo habia tratado de desentenderse para satisfacer la opinion y precaver un arreglo respecto á los Paises Bajos, en el presente queria tratar de buena fé, aunque solo se valia de esta paz para reposar dos ó tres años. Este verdadero inglés no podia consentir en dejar definitivamente los Paises bajos á la Francia.

Todo probaba, como hemos dicho, su sinceridad; la eleccion de Lord Malmesbury y la especie de instrucciones secretas que se le dieron. Segun costumbre de la diplomacia inglesa, estaba dispuesto todo para que hubiese dos negociaciones al mismo tiempo; una oficial y aparente, y otra secreta y efectiva. Acompañaba M. Ellis á Lord Malmesbury, para hacer con anuencia suya la comunicacion secreta, y ponerse en directa comunicacion con Pitt; práctica de la diplomacia inglesa, que es precisa en un gobierno representativo. En la negociacion oficial se dice lo que puede repetirse en las cámaras, y se reserva para la secreta lo que no puede publicarse; y especialmente en el caso de hallarse dividido el ministerio sobre la cuestion de la paz, se comunican las conferencias secretas á los individuos del gobierno que autorizan y dirigen la negociacion. Llegó la negociacion inglesa, con numeroso acompañamiento y grande ostentacion, á Lila el 16 de mesidor (4 de julio).

Los plenipotenciarios encargados de representar á la Francia eran Letourneur, que acababa de salir del Directorio, y Pleville-Le-Peley, el cual permaneció en Lila muy pocos dias á causa de su nombramiento para el ministerio de marina y Hugues Maret, despues duque de Bassano. De estos tres ministros solo el último era útil en la negociacion. Jóven y práctico desde muy temprano en los negocios diplomáticos, reunia á un gran talento, unos modales que la revolucion habia hecho muy raros en Francia. Debió su carrera á M. de Talleyrand; y aun á la sazon se habia convenido con él para que uno de ellos desempeñase el ministerio de negocios estrangeros, y el otro la comision de Lila,

M. Maret habia sido dos veces enviado á Lóndres en los primeros tiempos de la revolucion, donde fué muy bien recibido por Pitt, y adquirió un profundo conocimiento del gabinete inglés, por lo cual era muy á propósito para representar á la Francia en Lila. Llegó con sus dos cólegas al mismo tiempo que la legacion inglesa. No es por lo comun en las conferencias públicas donde realmente se efectúan los negocios diplomáticos, y los negociadores ingleses, sumamente diestros y hábiles, hubieran querido tratar familiarmente con los negociadores franceses, y tenian demasiado talento para sufrir ningun desvío. Por el contrario Letourneur y Pleville-Le-Peley, hombres honrados pero poco acostumbrados á la diplomacia; tenian la rusticidad revolucionaria, consideraban como peligrosos á los dos ingleses, dispuestos siempre á intrigar y engañar, y de quienes debian desconfiar; solo querian verlos oficialmente, y temian comprometerse con cualquier otra especie de comunicacion. No era en verdad asi como podian entenderse.

El Lord Malmesbury manifestó sus poderes, donde se habian dejado en blanco las condiciones del tratado, y preguntó que cuales eran las condiciones de la Francia. Presentáronselas los tres negociadores franceses, siendo, como se deja discurrir, un *maximum* muy elevado. Pedian que el rey de Inglaterra renunciase al título de rey de Francia, de que seguia usando, como una de aquellas ridículas costumbres que la Inglaterra conservaba; que devolviese todos los navíos tomados en Tolon, y restituyese á la Francia, España y Holanda todas las colonias que les habia arrebatado. En cambio

la Francia, España y Holanda ofrecian paz, porque nada habian tomado á la Inglaterra. Verdad es que la Francia era respetable, y podia exijir mucho; pero pedirlo todo para sí y sus aliados, y no dar nada, era renunciar á entenderse. Lord Malmesbury, que queria resultados positivos, conoció que la negociacion oficial á nada conduciria, y trató de producir relaciones mas íntimas. M. Maret, mas acostumbrado que sus cólegas á los usos diplomáticos, accedió de buena gana; pero fué preciso negociar con Letourneur y Pleville-Le-Peley para hacerse encontradizos en el teatro. Relacionáronse primero los jóvenes de ambas embajadas, y en breve se hicieron mas amistosas las comunicaciones. La Francia habia chocado de tal modo con todo lo pasado despues de la revolucion, que era necesario trabajar mucho para reducirla á sus relaciones antiguas con las demas potencias. Nada de esto hubo que practicar en el año anterior, porque como entonces no se hacia con sinceridad la negociacion, no se trataba mas que de cubrir el espediente; pero en la actualidad era preciso entrar en comunicaciones eficaces é ingénuas. Lord Malmesbury hizo penetrar las intenciones de M. Maret para obligarle á una negociacion particular; pero antes de consentir en ella, M. Maret escribió á Paris para que se autorizase al efecto al ministerio francés. Obtúvolo sin dificultad, é inmediatamente entró en pláticas con los negociadores ingleses.

No se trataba ya de los Paises Bajos, ni de ventilar la nueva posicion en que se hallaba la Holanda respecto á Francia; pero la Inglaterra queria conservar algunas de las principales colonias que habia conquistado para indemnizarse, bien fuese

de los gastos de la guerra, bien de las concesiones que nos hacia. Consentia en devolvernos todas nuestras colonias, y aun en renunciar á toda pretension respecto á Santo Domingo, ayudándonos á establecer en ella nuestra dominacion; pero pretendia indemnizarse á costa de la Holanda y la España. Asi no queria devolver á la España la isla de la Trinidad de que se habia apoderado, y que era una colonia muy importante por su posicion á la entrada del mar de las Antillas; pretendia, entre las posesiones tomadas á los holandeses, conservar el Cabo de Buena Esperanza, llave de la navegacion de ambos Occéanos, y Trinquemale, puerto principal de la isla de Ceilan; y trocar la ciudad de Negapatam en la costa de Coromandel por la ciudad y fuerte de Cochin en la costa de Malabar que era un establecimiento de mucho precio para ella. En cuanto á la renuncia del título de rey de Francia, oponian resistencia los negociadores ingleses, á causa de la familia real, que no estaba muy inclinada á la paz, y con cuya vanidad habia que contemporizar. Respecto á los navíos cogidos en Tolon, que se habian equipado y armado ya á la inglesa, creian ignominioso devolverlos, y ofrecian una indemnizacion de doce millones. Malmesbury alegaba por razon á M. Maret que no podia volver á Lóndres devolviéndolo todo, y sin haber conservado al pueblo inglés ninguna de las conquistas que le habian costado su sangre y sus tesoros. Ademas, para probar su sinceridad, manifestó todas las instrucciones secretas entregadas á M. Ellis, en que constaba el deseo de Pitt de conseguir la paz. Estas condiciones merecian discutirse. Una circunstancia que de repente sobrevino,

proporcionó gran ventaja á los negociadores franceses. Ademas de la reunion de las escuadras española, holandesa y francesa en Brest, reunion que dependia del primer viento, que alejase de Cadiz al almirante Jervis temia la Inglaterra otro peligro. El Portugal, atemorizado por España y Francia, acababa de abandonar á su antigua aliada y tratar con la Francia, siendo la principal condicion del tratado el que no recibiese á un tiempo mas de seis naves armadas, pertenecientes á las potencias beligerantes, con lo cual perdia la Inglaterra su mejor apostadero en el Tajo.

Este inesperado tratado inclinó un poco á los negociadores ingleses hácia M. Maret, y empezaron á tratar de las condiciones definitivas. No quiso conseguirse la Trinidad; y respecto al Cabo de Buena Esperanza, que era el objeto mas importante, se convinieron al fin en que se restituiria á la Holanda, pero con la espresa condicion de que la Francia no se aprovecharia jamás de su ascendiente sobre la Holanda para apropiárselo, que es lo que mas temia la Inglaterra, pues deseaba menos su posesion que la privacion nuestra, y asi se decidió la restitucion, bajo el supuesto de que jamás lo poseeriamos nosotros. Tocante á Trinquemale en que se comprendia la posesion de Ceilan, debian conservarlo los ingleses, aunque bajo la apariencia de alternativa, sucediendo una guarnicion holandesa á otra inglesa; pero se convinieron en que esta seria una formalidad puramente ilusoria, y que este puerto perteneceria efectivamente á los ingleses. Insistian estos en el trueque de Cochin por Negapatam, sin que á pesar de esto pusieran una condicion, *sine qua non*. Por los navios

tomados en Tolon se aceptaban los doce millones; y respecto al título de rey de Francia, convinieron en que sin abdicarle formalmente, se abstendria de usarle el rey de Inglaterra.

Tal era el estado á que habian llegado las mútuas pretensiones de los negociadores. Letourneur que quedó solo con M. Maret, partido que hubo Pleville-Le-Peley para el cargo de ministro de marina, se hallaba en una completa ignorancia de la negociacion secreta; y M. Maret le recompensaba su nulidad cediéndole todos los honores aparentes, y todas las cosas de representacion, á que era muy aficionado este sugeto bondadoso y sencillo. M. Maret habia comunicado todas las circunstancias de la negociacion al Directorio y aguardaba su resolucion, no habiéndose encontrado nunca mas próximas á avenirse la Francia y la Inglaterra. Era evidente que la negociacion de Lila era del todo distinta á la de Udina, y que la Inglaterra obraba por su parte sin tratar de entenderse con el Austria.

No podia menos el Directorio de ocuparse con preferencia de estas negociaciones tanto mas cuanto que la faccion realista no deseaba la paz, pero la pedia con furor; los constitucionales la deseaban sinceramente, aun á costa de algunos sacrificios; los republicanos la ansiaban sin ellos, y querian mas que todo la gloria de la república. Sus deseos hubieran sido libertar enteramente á la Italia y restituir las colonias á nuestros aliados, aun cuando hubiera costado una nueva campaña. Las opiniones de los cinco directores eran hijas de su posicion. Carnot y Barthelemy votaban por que se aceptasen las condiciones del Austria y la Ingla-

terra; los tres directores restantes sostenian lo contrario, y estas cuestiones acabaron de enemistar á ambos partidos del Directorio. Barrás vituperó amargamente à Carnot los preliminares de Leoben, cuya ratificacion habia este apoyado enérgicamente, y habló de él en términos poco comedidos. Carnot por su parte respondió *que no debia oprimirse al Austria*; lo cual queria decir que para que la paz fuese duradera, debian ser moderadas sus condiciones; pero sus cólegas entendieron mal estas palabras, y Rewbell le preguntó si era ministro del Austria, ó magistrado de la república francesa. Los tres directores querian romper inmediatamente asi que recibieron los pliegos de Bonaparte y comenzar las hostilidades; sin embargo el estado de la república, el temor de dar nuevas armas á los enemigos del gobierno, y suministrarles un pretesto para decir que jamás el Directorio haria la paz, decidieron á los directores á seguir contemporizando, y escribieron á Bonaparte que era necesario llenar la medida de la paciencia, y esperar aun hasta que se probase de un modo evidente la mala fé del Austria, para que solo se imputase á esta nacion la renovacion de las hostilidades.

No era tan complicada la cuestion relativa á las conferencias de Lila, sobre todo para la Francia, porque se lo devolvian todo; mas para España que perdia la Trinidad, y para la Holanda que quedaba sin Trinquemale, era muy dificil de resolver. Carnot, á quien su nueva posicion precisaba á opinar siempre por la paz, votaba por la adopcion de estas condiciones á pesar de ser poco generosas respecto á nuestros aliados; y como exis-

tia mucho descontento contra la Holanda, y los partidos que la dividian, aconsejaba abandonarla á sí misma, y no entrometerse en su suerte, consejo tan ageno de generosidad, como el de sacrificar á sus colonias. Acaloróse mucho Rewbell en esta cuestion, pues apasionado por los intereses de la Francia hasta el estremo de ser injusto, queria que lejos de abandonar la Holanda, nos hiciésemos poderosos en ella, formando una provincia de la república, y especialmente se oponia con el mayor ahinco á la adopcion de un artículo en que la Francia renunciaba á la posesion del cabo de Buena Esperanza. Sostenia por el contrario que esta y otras muchas colonias debian servirnos un dia por premio de nuestros servicios; de suerte que, como se ve, defendia los intereses de los aliados, mas bien por nosotros que por ellos. Larevelliere, que por equidad daba gran importancia á sus intereses, rechazaba las condiciones propuestas por diferentes razones. Miraba como una mengua el sacrificar la España, arrastrada á una lucha, que por decirlo asi, la era estraña, y que por premio de su alianza se la obligaba á sacrificar una importante colonia. No menos vergonzoso juzgaba el sacrificio de la Holanda, á quien se habia precipitado en la carrera de la revolucion, de cuya suerte se habian encargado, y á quien se iba á privar tambien de sus mas ricas posesiones, entregándola á una horrorosa anarquía. En efecto, si la Francia la negaba su apoyo, iba á esperimentar los mas funestos contratiempos. Larevelliere decia que serian responsables de cuanta sangre se derramára; mas esta política, que sin duda era generosa, no estaba bien calcu-

lada. Nuestros aliados esperimentaron pérdidas, pero la cuestion se reducia á saber si serian mayores en el caso de continuar la guerra. El tiempo lo ha demostrado despues; mas los triunfos de Francia en el continente hacian entonces esperar que libre del Austria, obtendria otros no menos gloriosos en los mares. Vergonzoso pareció el abandono de nuestros aliados, y se resolvió tomar otro partido, dirigiéndose á la España y á Holanda para penetrarse de sus intenciones. Ambas potencias debian declarar si ansiaba la paz á costa de los sacrificios que la Inglaterra exigia; y en el caso de preferir la continuacion de la guerra, debian declarar ademas las fuerzas que se proponian reunir en defensa de sus muchos intereses. Escribieron á Lila, que no podia darse respuesta á las proposiciones de la Inglaterra mientras no se consultase á los aliados.

Todas estas disensiones acabaron de enemistar completamente á los directores, y ya se iba acercando el momento de la catástrofe, pues ambos partidos seguian su marcha, exasperándose cada dia mas. La comision de hacienda en los Quinientos, habia reformado sus planes, para que los Ancianos conviniesen en ellos con pocas modificaciones. Las disposiciones relativas á la tesorería se habian variado ligeramente, y el Directorio debia permanecer siempre estraño á las negociaciones de valores, sin confirmar ni anular la distincion de lo ordinario ú estraordinario, decidiéndose que tuviesen la preferencia los gastos relativos al pago de los ejércitos. Prohibíanse para lo sucesivo las anticipaciones, pero no se anulaban las que estaban ya hechas; y finalmente, se reproducian las

nuevas disposiciones sobre la venta de los bienes nacionales, aunque con importante modificacion: que las libranzas de los ministros y los recibos de los proveedores, debian tomarse en pago de los bienes, como los *recibos de las tres cuartas partes*. Modificadas asi estas providencias, quedaron adoptadas, y aunque eran menos subversivas para los recursos del tesoro, eran sin embargo muy peligrosas. Quedaban abolidas todas las leyes penales contra los sacerdotes, y el juramento se trocaba en una mera declaracion, por la cual se sometian los clérigos á las leyes de la república. No se habia tratado aun de las formas del culto, ni de las campanas, y las sucesiones de los emigrados no debian recaer en el estado, sino en sus parientes. Las familias que se habian visto obligadas á entregar á la república la parte patrimonial de un hijo ó un pariente emigrado, iban á recibir una indemnizacion en bienes patrimoniales. La venta de las rectorías se hallaban suspendidas; y finalmente se habia votado en breves dias, segun las bases espuestas, la medida mas importante, la institucion de la guardia nacional. La formacion de esta guardia era por via de eleccion, medida con que contaban Pichegrú y los suyos para la ejecucion de sus proyectos. Habian ademas añadido un artículo, por el cual debia empezarse la organizacion diez dias despues de la publicacion de la ley, y asi quedaban seguros de tener reunida en breve la guardia parisiense, y con ella todos los insurgentes de vendimiario.

El Directorio por su parte bien convencido de lo inminente del peligro, y suponiendo siempre que habia una conspiracion próxima á estallar, tomó

la actitud mas amenazadora. No se hallaba solo Augereau en Paris, pues como los ejércitos se hallaban ociosos, habian acudido una porcion de generales. Entre ellos estaban el gefe de estado mayor de Hoche, Cherin, los generales Lemoine y Humbert, que mandaban las divisiones dirigidas contra Paris, Kleber y Lefebvre que se hallaban cesantes; y finalmente Bernardotte, á quien habia enviado Bonaparte con las banderas que faltaban presentar al Directorio. Ademas de estos gefes superiores andaban por Paris infinidad de oficiales de todas graduaciones, reformados despues de la reduccion los de cuadros, que aspiraban á colocarse, vertiendo las espresiones mas injuriosas contra los consejos. De las provincias habian acudido tambien gran número de revolucionarios como hacian siempre que esperaban algun movimiento. Ademas de todos estos síntomas no podia dejar duda la direccion y destino de las tropas que seguian acantonadas en las cercanías de Reims, pues se decia que en caso de no tener mas destino que la espedicion de Irlanda, ya hubieran seguido su marcha hácia Brest, y no permanecido en los departamentos inmediatos á Paris; que Hoche no hubiera vuelto á su cuartel general, y finalmente, que no se habria reunido tanta caballería para una espedicion marítima. Ya hemos visto que se habia formado una comision para enterarse é informar de todos estos hechos. El Directorio la habia dado esplicaciones muy vagas, pues decia que las tropas se habian encaminado para un objeto distante, y por órden del general Hoche que la habia recibido del Directorio, habiendo traspasado el radio constitucional por equivocacion de un comisario

de guerra. Pero los consejos respondieron por medio de Pichegrú, que las tropas no podian trasportarse de un ejército á otro solo por órden de un general en gefe; que el general debia tener otras superiores; que no podia recibirlas del directorio sino por medio del ministro de la guerra; que Petiet, como tal, no habia firmado tal órden; que por consiguiente el general Hoche habia obrado sin autorizacion en forma, y finalmente, que si las tropas llevaban algun destino, debian seguir su marcha, y no aglomerarse al rededor de Paris. Estas observaciones eran fundadas, y el Directorio tenia muchos motivos para no responder á ellas. Los consejos decretaron á consecuencia de las mismas observaciones, que se trazase un círculo al rededor de Paris, tomando un radio de doce leguas, que se indicase por medio de columnas en todos los caminos la circunferencia de este círculo, y que se considerasen como reos de alta traicion á los oficiales que le atravesasen con sus tropas.

Mas no tardaron otros hechos en aumentar las inquietudes; pues Hoche habia reunido sus tropas en los departamentos del Norte al rededor de Sedan y de Reims, y á pocas jornadas de Paris, encaminando otras en la misma direccion.

Estos movimientos unidos á las espresiones de los soldados, á la agitacion que fermentaba en Paris, y á las riñas de los oficiales reformados con los jóvenes que vestian como la juventud dorada, suministraron á Willot motivos para otra delacion. Subió á la tribuna, habló de una marcha de tropas, del espíritu que en sus filas reinaba, de su furor contra ambos consejos, y al paso declamó

contra las esposiciones del ejército de Italia, y contra la publicidad que las habia dado el Directorio. Pidió por consiguiente que se encargase á los inspectores del salon la averiguacion de nuevos datos, y la presentacion de otro informe. Los diputados llamados inspectores del salon, tenian á su cargo la policía de los consejos, y estaban por consiguiente obligados á velar por su seguridad. Adoptóse la proposicion de Willot, y á propuesta de la comision de inspectores, se dirigieron al Directorio varias preguntas embarazosas el 17 de termidor (4 de agosto). Se insistia en la naturaleza de las órdenes, en cuya virtud obraba el general Hoche; ¿pero se podia en fin esplicar el carácter de las mismas? ¿Se habian adoptado medios para que se observase el artículo de la constitucion que prohibia toda deliberacion á las tropas?

Resolvió el Directorio contestar con un enérgico mensage á las nuevas preguntas que se le hacian, sin dar sin embargo una satisfaccion que no le convenia. Su redactor fué Larevelliere; y Carnot y Barthelemy no quisieron prestar su firma. Presentóse este mensage el 23 de termidor (10 de agosto). Nada de nuevo contenia respecto al movimiento de las tropas. Las divisiones que se dirigian á Paris, decia el Directorio, habian recibido órdenes del general Hoche, y este del Directorio; mas no se decia el conducto por donde se habian trasmitido. Respecto á las alocuciones, decia el Directorio, que el sentido de la palabra *deliberar* era muy vago para poder determinar si los ejércitos habian cometido alguna falta al presentarlas; que conocia lo arriesgado que era dar dictámenes á los ejércitos, y que trataba de que no se repre-

dujesen publicaciones de esta naturaleza en lo sucesivo; mas que por lo demas, antes de acriminar el paso que habian dado los soldados de la república, era preciso averiguar las causas de donde procedia; que una de ellas era la inquietud general que hacia algunos meses reinaba en todos los ánimos; la insuficiencia de las rentas públicas, que constituia en el mas deplorable estado todas las partes de la administracion, y dejaba muy á menudo sin pagas á unos hombres que hacia años estaban derramando su sangre y gastando sus fuerzas por servir á la república; las persecuciones y asesinatos cometidos contra los compradores de bienes nacionales, funcionarios públicos y defensores de la patria; la impunidad de los crímenes y la parcialidad de ciertos tribunales; la insolencia de los emigrados y clérigos espulsados, que acogidos y protegidos abiertamente, acudian de todas partes y atizaban el fuego de la discordia, inspirando desprecio á las leyes; la multitud de periódicos que inundaban los ejércitos y el interior, y no pregonaban mas que alabanzas del trono y ruina de la república; el mal encubierto interés que se acostumbraba á manifestar sin rebozo por la gloria del Austria y de la Inglaterra; los esfuerzos que se hacian para disminuir la justa fama de nuestros guerreros; las calumnias sembradas contra dos ilustres generales, que el uno en el Oeste y el otro en Italia habian aumentado á sus hazañas el inmortal honor de la mas honrosa conducta política, y finalmente, los siniestros proyectos que anunciaban ciertos hombres, mas ó menos influyentes en la suerte del estado. El Directorio añadia que por lo demas estaba firmemen-

te resuelto, y tenia fundadas esperanzas de salvar á la Francia de los nuevos trastornos que la amenazaban.—Así en vez de esplicar y defender su conducta, argüia el Directorio con crímenes, y manifestaban sin rebozo el proyecto de llevar adelante la contienda, con esperanza de triunfar en ella. Recibióse este mensage como un verdadero manifiesto, y causó estraordinaria sensacion. Los Quinientos nombraron inmediatamente una comision para examinar el mensage y responder á él.

Principiaban á asustarse los constitucionales por la situacion en que se hallaban. Veian por una parte al Directorio dispuesto á recurrir á las armas; por otra á los clichinos prontos á reunir la milicia de vendimiario, á pretesto de organizar la guardia nacional. Los republicanos sinceros preferian que venciese el Directorio; pero mas hubieran deseado escusar el combate, y bien podian conocer ya cuán funesta habia sido su oposicion al intimidar al Directorio y alentar á los retrógrados. No confesaban su yerro, pero si lamentaban su situacion, atribuyéndola como siempre á sus adversarios. Los clichinos que no estaban en el secreto de la contra-revolucion, ni la deseaban, pues solo les movia un imprudente ódio á los escesos de la revolucion, empezaban á sobresaltarse, y temian que su oposicion hubiese reanimado la tendencia revolucionaria del Directorio, y se sentian menos animosos. Los clichinos, verdaderos realistas, querian obrar apresuradamente, antes que les atajasen los pasos, y acudian á Pichegrú y le rogaban con instancia; mas este, sosegado como siempre, daba promesas á los agentes del pretendiente, y

seguia contemporizando. A decir verdad, no tenia ningun medio positivo; porque unos cuantos emigrados y algunos chuanes de Paris no constituian suficiente fuerza; y hasta que tuviese á su disposicion la guardia nacional, no podia efectuar una formal tentativa. Indiferente y cauto, penetraba con bastante exactitud la situacion, y respondia á todos los ruegos con que era preciso aguardar. Decíanle que el Directorio iba á descargar el golpe; mas él contestaba que no se atreveria á tal cosa. Por lo demas, no creyendo en la audacia del Directorio, juzgando insuficientes todavia sus medios, representando un gran papel, y disponiendo de cuantiosas sumas, era natural que no tuviese priesa por obrar.

En aquella situacion de cosas los hombres prudentes deseaban con sinceridad evitar la lucha, y hubieran anhelado una transacion, que uniendo á los constitucionales y clichinos moderados con el Directorio, le hubiese devuelto la perdida mayoría, y ahorrádole el apelar á violentos medios de salvacion. Madama de Stael se hallaba en posicion para apetecer é intentar esta reconciliacion, pues era el centro de aquella sociedad brillante é ilustrada, que á pesar de que hallaban algo vulgar el gobierno y sus gefes, amaba la república. Madama de Stael tambien estaba apasionada por una forma de gobierno que ofrecia el mas anchuroso campo á la imaginacion humana, y habiendo ya colocado en un elevado puesto á uno de sus amigos, esperaba colocarlos á todos y ser su ninfa Egeria. Veia los peligros á que estaba espuesto el actual órden de cosas que merecia su afecto, y recibia á los hombres de todos los partidos, oyéndoles y pudiendo

preveer un cercano choque. Era generosa y eficaz; no podia permanecer indiferente á los sucesos, y era natural que procurase interponer su influjo para reconciliar á unos hombres que ninguna profunda discordia desviaba. Reunia en su tertulia á los republicanos, constitucionales y clichinos, y procuraba calmar la irritacion de las discusiones, interponiéndose entre el amor propio de todos ellos con el tino de una muger bien inclinada y de superior talento; pero no era mas afortunada que lo que suele ser el que trata de reconciliar los partidos, y asi empezaban á separarse de su casa los hombres mas encontrados. Procuró ver á los individuos de las dos comisiones nombradas para responder al último mensage del Directorio, algunos de los cuales eran constitucionales, como Thibaudeau, Emery, Simeon, Tronzon-Ducoudray y Portalis, pudiéndose por medio de ellos influir en la redaccion de ambos informes, que eran de suma importancia por ser la respuesta al reto del Directorio. Madama de Stael trabajó mucho por sí y valiéndose de sus amigos. Los constitucionales anhelaban un acomodamiento porque presentian el riesgo; pero ese acomodamiento exigia por su parte sacrificios que no era posible hiciesen. Si el Directorio hubiera andado desacertado, ó tomado resoluciones criminales, se hubiera podido lograr la revocacion de algunas providencias, y hacer un tratado con recíprocas cesiones; pero esceptuando la relajada conducta particular de Barrás, el Directorio se habia conducido en general con tanto celo y amor á la constitucion como era de desear. No se le podia reconvenir de ningun acto arbitrario ni de usurpacion de autoridad, pues que la ad-

ministracion de hacienda tan acriminada, era el resultado forzoso de las circunstancias. La variacion de los ministros, el movimiento de las tropas, las esposiciones de los ejércitos y el nombramiento de Augereau, eran los únicos hechos que pudieran citarse como presagio de siniestras intenciones; pero todas eran precauciones que hizo el peligro indispensables; y era preciso que desapareciese totalmente el riesgo devolviendo la mayoría al Directorio para exigir con derecho que este renunciase á sus precauciones. Los constitucionales por el contrario habian apoyado á los recien elegidos en todas sus impugnaciones, injustas ó indiscretas, y eran los únicos que debian arrepentirse. Nada, pues, podia exigirse del Directorio, pero sí de los constitucionales; lo cual imposibilitaba todo sacrificio, y no daba lugar á reconciliacion de ninguna especie.

Procuró madama de Stael por sí y por medio de sus amigos, dar á entender que el Directorio estaba resuelto á todo, que los constitucionales serian víctimas de su obstinacion y que la republica feneceria con ellos. Mas no queriendo estos retroceder, se negaban á toda concesion, y pedian que el Directorio se humillase á ellos. Se habló á Rewbell y Larevelliere, y este, que no se negaba á conferenciar, hizo una larga enumeracion de los actos del Directorio, preguntando á cada uno de los actos que dónde estaba el crímen. Los interlocutores no respondian. Respecto á despedir á Augereau revocar todas las providencias que indicaban una próxima resolucion, nó quisieron ceder Larevelliere ni Rewbell; nada otorgaron, y en esta incontrastable serenidad pro-

báron que tenian oculto algun grande proyecto.

Insistieron mucho madama de Stael y los que la ayudaban en su laudable, aunque inútil empresa, con los individuos de ambas comisiones, para lograr que no propusiesen medidas legislativas muy violentas, y especialmente para que al responder á los cargos emitidos en el mensage del Directorio, no se entregasen á recriminaciones peligrosas y ofensivas. Inútiles eran todos estos cuidados porque ni un solo ejemplo hay de que un partido haya seguido jamás estos consejos. En ambas comisiones habia clichinos, que como es de suponer, deseaban las mas rigorosas medidas. Querian ante todo que el jurado criminal de Paris conociese en los atentados cometidos contra la seguridad del cuerpo legislativo, y exigir que saliesen todas las tropas del círculo constitucional; y pedian ademas que este no correspondiese á ninguna division militar. Esta última resolucion tenia por objeto el privar á Augereau del mando de Paris, y hacer por medio de un decreto, lo que por via de negociacion no habia podido lograrse. Las dos comisiones adoptaron estas providencias; pero Thibaudeau y Tronzon-Ducoudray, encargados de presentar el informe, el uno en los Quinientos, y el otro en los Ancianos, se negaron con no menos cordura que firmeza, á hacer la última proposicion. Renunciaron entonces á ella, y se contentaron con las dos primeras. Tronzon-Ducoudray dió su informe el 3 de fructidor (20 de agosto), y Thibaudeau el 4. Respondieron indirectamente á los cargos del Directorio, y Tronzon-Ducoudray dirigiéndose á los Ancianos, les invitó á interponer su prudencia y dignidad entre la precipitacion de los

jóvenes legisladores de los Quinientos, y la irritabilidad de los gefes del poder ejecutivo. Thibaudeau procuró justificar á los consejos probando que no habian querido atacar al gobierno, ni calumniar á los ejércitos, y reprodujo la proposicion de Dumolard relativa á Venecia. Aseguró que no se habia querido culpar al héroe de Italia, pero sostuvo que sus innovaciones solo durarian mientras mereciesen la sancion de ambos consejos. Las dos insignificantes medidas que se habian propuesto se adoptaron, y ningun efecto produjeron los dos informes tan largo tiempo esperados. Espresaban bien la impotencia á que se habian reducido los constitucionales por su ambigua situacion entre la faccion realista y el Directorio, no queriendo conspirar con una, ni otorgar concesiones á la otra.

Los clichinos se quejaron mucho de lo insignificante de estos informes y declamaron contra la debilidad de los constitucionales. Los mas entusiastas querian el combate, y especialmente *los* medios de trabarle, y preguntaban qué hacia el Directorio para organizar la guardia nacional; mas esto era cabalmente lo que el Directorio no queria hacer, hallándose resuelto á no tratar de tal cosa.

Todavia era mas estraña la situacion de Carnot que la del partido constitucional, porque se enemistó con los clichinos al ver su conducta, y era enteramente inútil á los constitucionales, no habiendo tomado parte en sus intentos de reconciliacion, porque sentia demasiado encono para transigir con sus compañeros. Hallábase solo, sin apoyo, en medio de un vacío y falto de todo objeto, porque le faltaba el que se propuso al principio

llevado de su amor propio, y era ya imposible la nueva mayoría en que habia soñado. Sin embargo, por un ridículo empeño en sostener los dictámenes de la oposicion en el Directorio, pidió formalmente la organizacion de la guardia nacional. Iba á concluir su presidencia en el Directorio, y aprovechó el tiempo que le quedaba para tratar del particular. Larevelliere se levantó entonces con entereza, y no habiendo tenido jamás ningun choque personal con él, trató de interpelarle por última vez, para en caso posible reconciliarle con sus cólegas, y hablándole con firmeza y amabilidad le dirigió algunas preguntas.—Carnot, le dijo, ¿nos has oido jamás hacer ninguna proposicion con el objeto de disminuir las atribuciones de los consejos, aumentar las nuestras, ni comprometer la constitucion de la república?—No; respondió Carnot algo turbado.—¿Nos has oido, le preguntó otra vez Larevelliere, proponer en materia de hacienda, guerra ni diplomacia, medida alguna que no fuese conforme á los intereses públicos? Respecto á tu persona, ¿hemos disminuido jamás tu mérito ó negado tus servicios? ¿Has podido desde que te separaste de nosotros acusarnos de falta de respeto á tu persona? ¿Hemos dejado de escuchar jamás un dictámen tuyo cuando nos ha parecido útil y propuesto de buena fé? Y en cuanto á mí, añadió Larevelliere, á pesar de que has pertenecido á una faccion que no ha dejado de perseguirme con toda mi familia, ¿te he manifestado jamás el menor ódio?—No, no, respondió Carnot á todas estas preguntas.—Pues bien, continuó Larevelliere, ¿cómo puedes separarte de nosotros para unirte con una faccion que te engaña, que quiere valerse de

tí para perder á la república, perderte á tí en seguida cuando no puedas hacer mas, y deshonrarte al mismo tiempo?—Larevelliere empleó las mas afables y poderosas espresiones para demostrar á Carnot los horrores y peligros en que se hallaba. Hasta Rewbell y Barrás dieron treguas á sus ódios; y el primero por deber, y el segundo por facilidad, le hablaron casi como amigos; pero estas demostraciones suelen irritar mas cierta especie de orgullo: Carnot permaneció indiferente, y despues que oyó todos los discursos de sus cólegas renovó con sequedad la proposicion de deliberar sobre la organizacion de la guardia nacional. Los directores levantaron entonces la sesion y se retiraron convencidos, como fácilmente sucede en semejantes ocasiones, de que su cólega les era infiel y estaba de acuerdo con los enemigos del gobierno.

Se resolvió descargar el golpe sobre él y Barthelemy, como los principales individuos de los consejos, y hé aqui el plan que acordaron definitivamente. Los tres directores seguian creyendo que los diputados de Clichy estaban en el secreto de la conspiracion. No habian adquirido ni contra estos ni contra Pichegrú ninguna nueva prueba que permitiese los trámites judiciales; asi que era preciso valerse de un golpe de estado. Tenian en ambos consejos una minoría decidida, á la cual se agregarian todos los indecisos á quienes irrita y aleja una energía á medias, pero que ceden y se ponen de parte de una resuelta entereza. Proponíanse hacer cerrar los salones de los Ancianos y Quinientos, establecer las sesiones en otro punto, llamar á él á todos los diputados con quienes pudiesen contar, formar una lista que comprendiese los

dos directores y ciento ochenta diputados de los mas sospechosos, y proponer su destierro sin causa judicial y por via legislativa estraordinaria. No querian sacrificar á nadie, pero sí espulsar á la fuerza á todos los que ofrecian peligro. Muchos han creido que este golpe de estado era ya inútil, porque los consejos intimidados por la resolucion evidente del Directorio, parecia que habian cedido; pero esta impresion era transitoria, y todo el que conoce la marcha de los partidos y su inquieta imaginacion, se persuadirá de que los clichinos al ver en inaccion al Directorio, se hubieran reanimado. En el caso de esperar hasta nueva eleccion, hubieran redoblado su actividad al llegar al nuevo tercio, y desplegado entonces un furor irresistible El Directorio se habia hallado sin la minoría convencional que existia en los consejos para apoyarle y dar cierta legalidad á las medidas estraordinarias que queria plantear. Finalmente, aun prescindiendo del inevitable resultado de una nueva eleccion, siempre se seguiria que de continuar el Directorio en inaccion, estaba precisado á ejecutar las leyes y reorganizar la guardia nacional, es decir, á sostener la contra-revolucion con el ejército de vendimiario, lo cual hubiera producido una espantosa guerra civil entre la guardia nacional y la tropa de línea. En efecto, mientras Pichegrú y algunos intrigantes no tenian otros medios que sus proposiciones en los Quinientos y varios emigrados ó chuanes en Paris, no eran de temer sus proyectos; pero apoyados por la guardia nacional, podian sostener un combate y empeñar la guerra civil.

En consecuencia determinaron Rewbell y Lare-

velliere que era preciso obrar sin tardanza, y no prolongar mas tiempo la incertidumbre: únicamente Barrás lo dilataba aun, é inquietaba á sus dos compañeros, pues recelaban que entrase en relaciones con la faccion realista ó con el partido jacobino para amotinarse. Le vigilaban atentamente, y trataban de captarse el afecto de Augereau, alhagando su vanidad, y procurando hacerle sensible á la estimacion de los hombres honrados Era no obstante preciso hacer algunos preparativos, bien para poner de su parte á los granaderos del cuerpo legislativo, bien para disponer las tropas ó para procurarse fondos. Difirióse, pues, el proyecto algunos dias, porque no querian pedir los auxilios al ministro Ramel, por no comprometerle, y esperaban el que habia ofrecido Bonaparte y no acababa de remitir.

Ya hemos dicho que este habia enviado á Paris, á su edecan Lavalette, para que se enterase de todas las intrigas. El espectáculo que ofrecia Paris, produjo una impresion desagradable en M. de Lavalette, el cual se la comunicó á Bonaparte; pues en los ódios políticos se mezclan tantos resentimientos personales, que el ver de cerca la agitacion de los partidos horroriza; y aun á veces, si se deja uno llevar de lo que tienen de personal las discordias políticas, llega á creer que no hay ni generosidad, ni ingenuidad, ni patriotismo en las causas que dividen á los hombres. Este era el efecto que podian producir los choques de los tres directores Barrás, Larevelliere y Rewbell contra Barthelemy y Carnot, y de los convencionales contra los clichinos; terrible refriega, en que el amor propio y el interés lastimado podian parecer á pri-

mera vista que representaban el principal papel. Los militares existentes en Paris añadian sus pretensiones á cuantas se hallaban en la contienda; y aunque irritados contra la faccion de Clichy, eran poco amigos del Directorio, siendo constante el uso de hacerse exigente y susceptible en todo aquel que se cree necesario. Los militares propendian á quejarse, acusando al ministro Scherer, como si el gobierno no hubiese hecho bastante en su favor. Kleber, el mas noble, pero el mas insociable de los hombres, y á quien se ha pintado muy bien al decir que no queria ser el primero ni el segundo, dijo al Directorio en su lenguaje particular: *Dispararé contra vuestros enemigos si os atacan; pero al mismo tiempo que les haga frente, os volveré la espalda.* Lefebvre, Bernardotte y todos los demas se esplicaban lo mismo; y asi Lavalette, confundido en aquel laberinto, escribió á Bonaparte en términos de inducirle á permanecer independiente. Desde entonces, satisfecho este con haber dado el impulso, no quiso comprometerse mas, y resolvió esperar el resultado, sin seguir escribiendo. El Directorio se dirigió entonces al valiente Hoche, que teniendo motivos para estar muy descontento, envió cincuenta mil francos, que formaban la mayor parte del dote de su muger.

Estábamos á la sazon en los primeros dias de fructidor, y Larevelliere acababa de reemplazar á Carnot en la presidencia del Directorio, hallándose encargado de recibir al enviado de la república cisalpina, Visconti, y al general Bernardotte, que llevaba algunas banderas no remitidas aun al Directorio por el ejército de Italia. Resolvió declararse del modo mas atrevido, y obligar así á Barrás á

decidirse. Pronunció dos terribles discursos, en que respondia sin designarlos á los dos informes de Thibaudeau y de Tronzon-Ducoudray. Al hablar de Venecia y de los pueblos italianos últimamente libertados, habia dicho Thibaudeau que no se fijaria su suerte mientras no se consultase al *cuerpo legislativo* de Francia. Aludiendo á estas palabras dijo Lareveilliere á Visconti que los pueblos italianos habian querido la libertad, y tenido derecho de dársela sin necesidad de ningun *consentimiento* del mundo.—«Esta libertad, decia, que *quisieran* quitaros á vosotros y á nosotros, la defenderemos juntos y sabremos conservarla.» El tono amenazador de ambos discursos no dejaba en duda las disposiciones del Directorio, pues quien hablaba de este modo debia tener preparadas sus fuerzas. Al llegar al 10 de fructidor se mostraron sobresaltados los clichinos, y en medio de su furor renovaron el proyecto de acusar al Directorio. Temian los constitucionales este proyecto, porque conocian que seria motivo de que estallase la venganza del Directorio y declararon que iban tambien ellos á proporcionarse la prueba de la traicion de varios diputados y pedir su acusacion. Esta amenaza contuvo á los clichinos é impidió que se redactase la acusacion contra los cinco directores.

Hacia mucho que los clichinos habian intentado agregar á la comision de los inspectores á Pichegrú y Willot, que eran tenidos por los dos generales del partido; pero esta agregacion de dos nuevos indivíduos, que hacia ascender su número á siete, era contraria al reglamento. Se esperó la renovacion de la comision, que se verificaba al principio de cada mes, y pusieron á Pichegrú, Vaublanc

Delarue, Thibaudeau y Emery. La comision de los inspectores estaba encargada de la policía del salon; comunicaba órdenes á los granaderos del cuerpo legislativo, y era en cierto modo el poder ejecutivo de los consejos. Los Ancianos tenian otra comision semejante que se habia reunido con la de los Quinientos, y ambas vigilaban juntas por la comun seguridad. Asistian á ellas sin derecho alguno una multitud de diputados, lo cual habia producido una nueva sociedad de Clichy, donde se hacian las proposiciones mas descabelladas é inútiles. Al principio se propusieron organizar una policía para tener noticia de los proyectos del Directorio, confiándola á un tal Dossonville; y como no tenian fondos, cada uno contribuyo por su parte, y solo pudieron reunir una pequeña suma. Pichegrú, segun el caudal que tenia, podia haber contribuido con mucha parte; pero parece que no empleó en esta ocasion los fondos que recibia de Wickam. Los agentes de policía andaban por todas partes recogiendo noticias, y en seguida iban á alarmar á las comisiones.

No se pasaba dia sin que dijesen:—Hoy es, esta misma noche, cuando el Directorio va á prender á doscientos diputados y degollarlos en los arrabales.—Estos rumores sobresaltaban á las comisiones, y de este sobresalto se originaban las mas indiscretas proposiciones. El Directorio recibia por medio de sus espías la narracion exagerada de todas ellas, y concebia á su vez grandes temores. Entonces decian en las tertulias del Directorio que ya era tiempo de descargar el golpe si no querian verse anticipados, y se prorumpia en amenazas, que repetidas por la inversa, daban susto á los clichinos.

Aislados entre los dos partidos, los constitucionales iban conociendo cada dia mas sus desaciertos y peligros. Vivian en el mayor sobresalto y Carnot, mas aislado aun que ellos, enemistado con los clichinos, aborrecido de los patriotas, sospechoso aun á los republicanos moderados, calumniado y despreciado, recibia diariamente las mas siniestras nuevas. Decíanle qué sus cólegas iban á dar órden para degollarle, y Barthelemy amenazado y avisado como él, no gozaba un momento de reposo.

Verdad es que iguales avisos se daban á todo el mundo. Larevelliere sabia á no dudarlo, que habia varios chuanes para asesinarle; porque viendo que él era el mas enérgico de los tres individuos de la mayoria, querian privarla de él para disolverla. No hay la menor duda de que su muerte lo hubiera cambiado todo, porque el nuevo director, nombrado por los consejos, se hubiera adherido al voto de Carnot y Barthelemy. La utilidad del crimen, y las circunstancias que sabia Larevelliere, debian obligarle á vivir con precaucion; sin embargo, no se intimidó, y siguió paseando por las tardes en el jardin de Plantas. Le insultaron por medio de Maló, el gefe de escuadron del 21 de dragones, que habia acuchillado á los jacobinos en el campamento de Grenelle, y delatado en seguida á Brottier y sus cómplices. Este mismo era hechura de Carnot y de Cochon, y sin querer habia inspirado á los clichinos esperanzas que le hicieron sospechoso. Destituido por el Directorio, lo atribuyó á Larevelliere, y fué á amenazarle al Luxemburgo; pero el intrépido magistrado no se intimidó con la presencia de un oficial de caballería, y co-

giéndole por los hombros, le echó fuera de su casa.

Rewbel, aunque muy amante de la causa comun, era mas violento, pero de menos resolucion. Fueron á decirle que Barrás andaba en tratos con un enviado del pretendiente, é iba á hacer traicion á la república. Las relaciones de Barrás con todos los partidos podia dar márgen á cualquier recelo.—Estamos perdidos, dijo Rewbell; Barrás nos es traidor y vamos á ser degollados, no nos queda mas remedio que la fuga, porque ya no podemos salvar la república.—Larevelliere mas sereno, respondió á Rewbell que en vez de ceder, era necesario ir á verse con Barrás, hablarle resueltamente, obligarle á esplicarse y atemorizarle con entereza. Fueron en efecto á casa de Barrás, le preguntaron con mucho imperio, y le exigieron dijese por qué empleaba todavía dilaciones. Barrás ocupado en prepararlo todo con Augereau, pidió tres ó cuatro dias mas y prometió que no habria mas retraso. Esto sucedió el 13 ó 14 de fructidor, y Rewbell, mas tranquilo, consintió en esperar.

Efectivamente todo lo tenia preparado Barrás y Augereau para la ejecucion del golpe que tanto hacia estaba dispuesto. Las tropas de Hoche estaban situadas al rededor del límite constitucional, esperando pasarle y llegar en pocas horas á Paris. Se habia seducido á una gran parte de los granaderos del cuerpo legislativo, valiéndose del segundo comandante Blanchard, y de otros muchos oficiales que eran amigos del Directorio, asegurándose asi una porcion de contrarios en las filas de los granaderos para evitar un combate. El comandante en gefe Ramel habia permanecido fiel á

los consejos, por sus relaciones con Cochon y Carnot; pero su influencia era poco temible. Por precaucion se habian mandado grandes ejercicios de fuego á las tropas de la guarnicion de Paris, y aun á los granaderos del cuerpo legislativo; movimientos y estruendos de armas que eran un medio para alucinar acerca del verdadero dia de la ejecucion.

Diariamente se prometian ver el desenlace, creyendo que se dejaria para el 13 de *fructidor* y despues para el 17; pero el 16 correspondia al 2 de setiembre y el Directorio no hubiera elegido este dia de terrible recuerdo; sin embargo, la zozobra de los clichinos llegó al mayor estremo, pues la policía de los inspectores, engañada por falaces apariencias les habia persuadido de que el acontecimiento se verificaria en la misma noche del 15 al 16. Reuniéronse por la tarde amotinados en el salon de las dos comisiones, donde Rovere, el acalorado retrógrado, que era uno de los individuos de la comision de los Ancianos, leyó su informe de policía segun el cual iban á quedar presos aquella misma noche doscientos diputados. Otros iban desalados á anunciar que se habian cerrado las barreras, que entraban en Paris cuatro columnas de tropas, y que la comision directora se hallaba reunida en el Directorio. Decian tambien que estaba iluminada la casa del ministro de policía, con lo cual acabó de crecer la agitacion. Los individuos de ambas comisiones que debian ser únicamente diez, y eran lo menos cincuenta, se quejaban de que no podian deliberar. Finalmente, enviaron á saber á unos á las barreras, y otros á la casa de la policía, las noticias de los agentes, y

se vió que en todas partes reinaba la mayor tranquilidad. Declararon no poder pagarse al dia siguiente á los agentes de la policía, por escasez de fondos, y cada uno dió lo que tenia para cubrir la suma necesaria; y con esto se retiraron. Los clichinos acudieron á Pichegrú para decidirle á tomar algun partido, y por de pronto querian declarar en sesion permanente á los consejos, despues reunir á los emigrados y chuanes que habia en Paris, agregarlos algunos jóvenes, dirigirse con ellos hácia el Directorio y apoderarse de los directores. Pichegrú declaró ridículos é imposibles todos estos proyectos, repitiendo otra vez que no tenia nada que hacer; pero los mas alborotados del partido no por eso dejaron de acordar que al dia siguiente se empezaria por declarar la permanencia.

Fué advertido el Directorio por medio de su policia de la inquietud de los clichinos, y de sus desesperados proyectos. Barrás, que tenia en su mano todos los medios de ejecucion, resólvió ponerlos en práctica aquella misma noche. Todo estaba dispuesto para que las tropas pudiesen pasar en pocas horas el círculo constitucional, y entretanto bastaba con la guarnicion de Paris. Se ordenó para el dia siguiente un gran ejercicio de fuego con el fin de tenèr algun pretesto, aunque nadie sabia el momento, ni los ministros, ni los directores Rewbell y Larevelliere; de suerte que todo el mundo ignoraba lo que iba á acontecer. Pasóse todo el dia 17 (3 de setiembre) con bastante tranquilidad, y ninguna proposicion se presentó en los consejos. Ausentábanse muchos diputados para librarse de la catástrofe que con tanta imprudencia habian provocado, y se verificó como siem-

pre la sesion del Directorio. Se hallaban presentes los cinco directores, cuando á las cuatro de la tarde en el momento de acabarse la sesion, llamó Barrás aparte á Rewbell y Larevelliere; y les dijo, que era necesario dar el golpe aquella misma noche, para anticiparse á sus enemigos. Les habia pedido cuatro dias mas, pero se adelantaba al término para que no le sorprendiesen. Pasaron entonces los tres directores en casa de Rewbell, donde se fijaron, y convinieron en llamar á todos los ministros, y encerrarse con ellos hasta que se hubiese verificado el acontecimiento, no dejando salir á persona alguna. No debian comunicarse con los dos de afuera, sino por medio de Augereau y sus edecanes. Acordado este proyecto, se citaron los ministros para el anochecer; y reunidos con los tres directores, empezaron á espedir las órdenes y proclamas necesarias. El proyecto era rodear el palacio del cuerpo legislativo, relevar á los granaderos de los puntos que ocupaban, disolver las comisiones de los inspectores, cerrar los salones de ambos consejos, fijar otro punto de reunion, citar á él á los diputados de confianza, y hacerles dar una ley contra aquellos que trataba de espulsarse. Se creia con fundamento que los enemigos del Directorio no se atreverian á acudir al nuevo punto de reunion, y por consiguiente se estendieron varias proclamas anunciando que se habia formado una gran conspiracion contra la república; que sus principales autores eran individuos de las dos comisiones de inspectores, y que de ambas debian salir los conjurados; que para prevenir su atentado, mandaba el Directorio cerrar los salones del cuerpo legislativo, y desig-

naba otro local en que se reuniesen los diputados fieles á la república. Los Quinientos debian reunirse en el teatro del Odeon, y los Ancianos en el anfiteatro de la escuela de medicina. A estas proclamas iba adjunta una narracion de la conspiracion, apoyada en la declaracion de Duverne de Presle, y el documento hallado en la cartera de Entraigues. Imprimióse todo inmediatamente, y debió fijarse por la noche en las esquinas de Paris. Los ministros y los tres directores, quedaron encerrados en casa de Rewbell, y Augereau salió con sus edecanes para ejecutar el proyecto convenido.

Retirados Carnot y Barthelemy en sus habitaciones del Luxemburgo, ignoraban lo que se preparaba. Los clichinos, cada vez mas inquietos, se agolpaban en el salon de las comisiones; pero Barthelemy engañado, envió á decir que no sucederia nada aquella noche. Pichegrú por su parte acababa de hablar con Scherer, y aseguró que no habia preparativo alguno. Se observaron varios movimientos de tropas, pero se decia que era por el ejercicio de fuego, y no se alarmó nadie, sino que todos tranquilos se retiraron á su casa. Unicamente Rovere permaneció en el salon de los inspectores, y se echó en una cama preparada para el individuo que estuviese de guardia.

A cosa de media noche colocó Augereau todas las tropas dela guarnicion al rededor del palacio, y aproximó una porcion de piezas de artillería. En todo Paris reinaba la mayor tranquilidad, sin oirse mas que los pasos de los soldados, y el ruido de los cañones. Era menester sin llegar á las manos relevar á los granaderos del cuerpo legislati-

ro de los puntos que ocupaban, y se dió órden al comandante Ramel, una hora antes de amanecer, para que pasase á ver al ministro de la guerra. Se negó á efectuarlo conociendo loque podia ser, y fué á despertar al inspector Rovere, que no creia aun en el riesgo, y se apresuró despues á ir al cuerpo de guardia de sus granaderos, para hacer tomar las armas al reten. Los diferentes puntos de las Tullerías estaban ocupados por cuatrocientos hombres, y el reten cónstaba de ochocientos. Inmediatamente se pusieron sobre las armas y formaron en batalla en el jardin de las Tullerías, guardándose en las filas el mayor órden y silencio.

Diez mil hombres de línea poco mas ó menos ocupaban las inmediaciones del palacio y se disponian á entrar en él; habiendo servido de señal un cañonazo que se disparó a las tres de la mañana. Se presentaron en diferentes puestos los comandantes de las columnas, y vino un oficial de parte de Augereau á mandar á Ramel que entregase el puente Thournant, que comunicaba con el jardin y la plaza de Luis XV, pero Ramel se negó á efectuarlo. Habiéndose presentado mil quinientos hombres en aquel punto, le entregaron los granaderos que estaban ganados la mayor parte. Lo mismo aconteció en los restantes puntos, entregándose todas las salidas del jardin y del Carrousel, y hallándose invadido por todas partes el palacio con numerosas tropas de infantería y caballería. Se pusieron doce cañones enganchados apuntando hácia el palacio, y solo quedaban el reten de los granaderos que constaba de ochocientos hombres formados en batalla con su comandante Ramel á la cabeza. Algunos granaderos estaban de-

cidos á cumplir con su deber; pero los otros seducidos por los agentes de Barrás, lo estaban por el contrario para incorporarse con las tropas del Directorio. Empezaron á oirse rumores entre filas, diciendo unos que eran suizos y otros que habian sido heridos el 13 de vendimiario por los realistas y que no querian batirse en favor de ellos el 18 de fructidor. Introdújose la desercion en esta tropa, á quien incitaba el segundo comandante Blanchard con sus palabras y presencia; sin embargo; el comandante Ramel queria cumplir con su deber cuando recibió una órden firmada en el salon de los inspectores que le prohibia hacer fuego. Al mismo tiempo llegó Augereau al frente de un numeroso estado mayor. «Comandante Ramel, dijo: ¿me reconoceis por gefe de la décima septima division militar?—Si, respondió Ramel.—Pues bien, en calidad de superior vuestro os mando que vayais arrestado.» Ramel obedeció; pero fué maltratado por algunos jacobinos furiosos que iban en el estado mayor de Augereau. Este le libertó y mandó que le condujesen al Temple. El estruendo del cañon y el asalto del palacio despertaron á todo el mundo. Eran las cinco de la mañana, y los individuos de las comisiones acudieron á su puesto, y pasaron á su salon. Iban cercados y no podian dudar del peligro. Una compañía de soldados colocada á la puerta, tenia órden de dejar entrar á todos los que se presentasen con la medalla de diputado, pero salir á ninguno. Vieron llegar á su cólega Dumas, y le echaron un papel por la ventana para avisarle del peligro, y hacer que se salvase. Augereau hizo que le entregasen sus espadas Pichegrú y Willot, y los envió al Temple con

otros varios diputados que halló en el salon de los inspectores.

Mientras se efectuaba esta operacion contra los consejos, encargó el Directorio á un oficial que se pusiese á la cabeza de un destacamento y pasase á apoderarse de Carnot y Barthelemy. Carnot avisado con tiempo, se habia salvado en su habitacion y logrado evadirse por una puerta del jardin de Luxemburgo cuya llave tenia; pero Barthelemy estaba en su casa, y allí le prendieron; prision que ponia en un apuro al Directorio. Escepto Barrás, todos los directores se alegraban de la fuga de Carnot, y deseaban que Barthelemy hiciese otro tanto. Le propusieron que se escapase, pero Barthelemy respondió que no tenia inconveniente, si le trasportaban á Hamburgo sin ningun misterio y bajo su nombre, á lo cual no podian acceder los directores. Proponiéndose desterrar á varios individuos del cuerpo legislativo, no podian tratar con tanto favor á ninguno de sus cólegas; y asi se condujo á Barthelemy al Temple, á donde llegó al mismo tiempo que Pichegrú, Willot y los demas diputados presos en la comision de los inspectores.

Eran las ocho de la mañana, y muchos diputados, aunque advertidos del peligro, quisieron acudir denodadamente á sus puestos. El presidente de los Quinientos, Simeon, y el de los Ancianos, Lafond Ladebat, llegaron á sus respectivos salones, que aun no estaban cerrados, y pudieron sentarse en el sillon en presencia de algunos diputados; pero entraron algunos oficiales á intimarles la órden de que se retirasen. No tuvieron mas tiempo que el preciso para declarar que la representacion

nacional estaba disuelta, y se dirigieron á casa de uno de ellos, donde los mas animosos meditaron el nuevo proyecto de reunirse otra vez, atravesar todo Paris á pié, y presentarse con sus presidentes á la cabeza en las puertas del palacio legislativo. Eran ya cerca de las once, y á pesar de que todo Paris sabia lo acontecido, no se habia turbado la tranquilidad de esta gran capital. No eran ya las pasiones las que producian un levantamiento, sino un acto metódico de la autoridod contra algunos representantes. Se agrupaban en las calles y plazas públicas multitud de curiosos sin decir una palabra, y solo algunos grupos, salidos de los arrabales y compuestos de jacobinos, recorrian las calles gritando: ¡*Viva la república*! *mueran los aristócratas*! mas no hallaban eco ni resistencia en toda la poblacion. Alrededor de Luxemburgo era principalmente donde se habian agolpado los grupos, y donde gritaban ¡*Viva el Directorio*! y otros ¡*Viva Barrás*!

Atravesaron los diputados silenciosamente por entre la multitud agolpada en el Carrousel, y se presentaron en las puertas de las Tullerías. Negáronles la entrada; pero ellos insistieron, y entonces los rechazó un destacamento, persiguiéndoles hasta dispersarlos; ¡espectáculo deplorable y triste, que presagiaba el próximo é inevitable dominio de los pretorianos! ¿por qué una faccion pérfida obligó á la revolucion á invocar el auxilio de las bayonetas? Viéndose perseguidos los diputados, se retiraron, unos á casa del presidente Lafond-Ladebât, y otros á una casa inmediata. Allí estaban deliberando con gran estrépito, y trataban de hacer una protesta, cuando llegó un oficial á comunicar-

les la órden de separarse. Fueron arrestados Lafond Ladebat, Barbé-Marbois, Tronzon-Ducoudray Bourdon del Oise, Goupil de Prefeln y otros varios, siendo llevados al Temple, donde se hallaban ya los individuos de ambas comisiones.

Durante aquel tiempo los diputados amigos del Directorio habian pasado al nuevo sitio designado para la reunion del cuerpo legislativo. Los Quinientos iban al Odeon, y los Ancianos á la escuela de medicina. Era cerca del medio dia, y aun habia muy pocos; pero íbase aumentando el número momentaneamente, fuese porque el aviso de la convocacion estraordinaria se comunicaba de unos en otros, fuese porque todos los indecisos, temiendo declararse en discordia, se apresuraban á acudir al nuevo cuerpo legislativo. De cuando en cuando se contaban los individuos presentes, y por fin, cuando los Ancianos llegaron al número de ciento veinte y seis, y los Quinientos al de doscientos cincuenta y uno, mitad mas uno para ambos consejos, empezaron á deliberar. Reinaba cierta turbacion en ambas Asambleas, porque el acto que se trataba de legalizar era un manifiesto golpe de estado. Su primer cuidado fué declararse permanentes, y advertirse recíprocamente que estaban constituidos. El diputado Poulain Grandpré, individuo de los Quinientos, tomó la palabra el primero, diciendo: «Las medidas que se han tomado, y el local en que «nos hallamos, son otros tantos indicios de que la «patria ha corrido graves peligros, de los cuales aca«so no está preservada todavía. Demos gracias al «Directorio, porque á él y no á otro le debemos la «salvacion de la patria. Pero no basta que vigile «el Directorio; tambien es deber nuestro tomar

«providencias capaces de asegurar la tranquilidad «pública y la constitucion del año III; á este efecto «solicito que se forme una comision de cinco indi«viduos.»

Adoptóse esta proposicion, y la comision compuesta de los diputados afectos al sistema del Directorio, que eran Sieyes, Poulain-Grandpré, Villers, Chazal y Boulay del Meurthe. Anunciaron para las seis de la tarde un mensage del Directorio en ambos consejos, cuyo mensage contenia el pormenor de la conspiracion, tal como habia llegado á noticia del Directorio, los dos famosos documentos de que ya hemos hablado, y varios fragmentos de cartas que se hallaron entre los papeles de los agentes realistas. Estos documentos solo contenian las pruebas adquiridas; manifestaban que Pichegrú se hallaba en negociaciones con el pretendiente; que Imbert-Colomés seguia correspondencia con Blankemburgo, que Mersan y Lemerer eran los agentes de la conspiracion con los diputados de Clichy, y que por toda la Francia se estendia una vasta asociacion de realistas. No habia mas nombres que los ya citados; los documentos sin embargo produjeron mucha sensacion. Ademas del convencimiento moral, probaban lo posible que era emplear los trámites judiciales por la insuficiencia de testimonios directos y positivos. La comision de los cinco tomó al punto la palabra sobre este mensage, pues como el Directorio no tenia la iniciativa de las proposiciones, le correspondia á la comision de los cinco; mas esta, impuesta del decreto del Directorio, iba á proponer la legalizacion del proyecto acordado de antemano. Boulay del Meurthe, encargado de tomar la palabra á nombre de la comision,

alegó las razones que se dan por lo comun en las resoluciones estraordinarias; razones que en aquellas circunstancias eran por desgracia muy fundadas. Despues de haber dicho que se hallaban en un campo de batalla, que era preciso adoptar una resolucion pronta y decisiva, y sin verter una *gota* de sangre, reducir á los conspiradores á la imposibilidad de hacer daño, presentó las proyectadas proposiciones. Las principales consistian en anular las operaciones electorales de cuarenta y *ocho* departamentos, librando asi al cuerpo legislativo de los diputados vendidos á una faccion, y en elegir entre ellos á los mas peligrosos para deportarles. El consejo apenas podia elegir respecto á providencias, pues las circunstancias no admitian mas que las propuestas: y por otra parte el Directorio se habia presentado en tal actitud, que nadie se hubiera atrevido á negárselas. La parte vacilante é indecisa de una Asamblea, á quien siempre somete la energía, se hallaba de parte de los directoriales, y dispuesta á votar cuanto quisiesen. El *diputado* Chollet pedia sin embargo una suspension de doce horas para examinar estas proposiciones: pero el grito de *á la votacion*! le impuso silencio Se contentaron con suprimir algunos individuos de la lista de deportacion, como Thibaudeau, Doulcet de Pontecoulant, Tarbé, Crecy, Detorcy, Normand, Dupont de Nemours, Remusat y Bailly, unos como buenos patriotas, á pesar de su oposicion, y otros como demasiado insignificantes para aparecer peligrosos. Despues de esta supresion votaron inmediatamente las resoluciones propuestas, anulándose las operaciones electorales de cuarenta y ocho departamentos quedando escluidos del cuerpo

legislativo, los diputados que ellos habian nombrado. Todos los funcionarios, como jueces ó administradores municipales, eligidos asimismo por estos departamentos, quedaban tambien depuestos de sus funciones, y finalmente fueron condenados á deportacion en el punto elegido por el Directorio los individuos siguientes: en el consejo de los Quinientos, Aubry, Job Aymé, Bayard, Blain, Boissy d' Anglás, Borne, Bourdon del Oise, Cadroi Couchery, Delahaye, Delarue, Doumere, Dumolard, Duplantier, Duprat, Gilbert-Desmolieres, Enrique Lariviere, Imber-Colomes, Camilo Jordan, Jourdan de las Bocas del Ródano, Gau, Lacarriere, Lemarchant-Gomicourt, Lemerer, Mersan, Madier, Maillard, Noailles, André, Mac-Curtain, Pavée, Pastoret, Pichegrú, Polissart, Praire Montaud, Quatremere-Quincy, Saladin, Simeon, Vauvilliers, Vaublanc, Villaret-Joyeuse, Willot: en el consejo de los Ancianos Barbé Marbois, Dumas, Ferraut-Vaillant, Lafont-Ladebat, Laumont, Muraire, Murinais, Paradis, Portalis, Rovere y Tronzon Ducoudray.

Los dos directores Carnot y Barthelemy, el ministro de policía Cochon, su empleado Dossonville, el comandante de la guardia del cuerpo legislativo Ramel, y los tres agentes realistas Brottier, Laville-Heurnois y Duverne de Presle, quedaban condenados tambien á deportacion. Pero no se limitaron á estos solos, sino que como los periodistas no habian sido menos peligrosos que los diputados y tampoco se les podia perseguir judicialmente, se resolvió proceder con ellos de la misma manera que se habia hecho con los individuos del cuerpo legislativo. Se condenó á destierro á los

propietarios, editores y redactores de cuarenta y dos periódicos, porque no existiendo entonces condicion alguna sobre periódicos políticos era infinito su número. Entre los cuarenta y dos figuraban *la Cotidiana*; y á todas estas disposiciones contra los individuos se añadieron otras para robustecer la autoridad del Directorio, y restablecer las leyes revolucionarias que los Quinientos habian abolido ó modificado. Asi el Directorio tenia el nombramiento de todos los jueces y magistrados municipales; cuya eleccion quedaba anulada en cuarenta y ocho departamentos. Respecto á los cargos de diputados, quedaban vacantes y repuestos en todo su vigor, y aun ampliados los artículos de la famosa ley del 3 de brumario que fueron anulados. Los parientes de los emigrados escluidos por esta ley de los cargos públicos hasta la paz, lo quedaban por esta otra hasta cuatro años despues de la paz, y ademas privados de las funciones electorales. Los emigrados que habian regresado bajo pretesto de pedir su *habilitacion* debian salir en el término de veinte y cuatro horas de los pueblos en que se hallaban, y en quince dias del territorio, debiendo sufrir la aplicacion de las leyes a las veinte y cuatro horas los contraventores. Se anuláron tambien las leyes por las cuales se permitia volver á los clérigos deportados y por las que se habia convertido el juramento cívico en una simple declaracion, quedando restablecidas todas las demas leyes referentes á la policía de los cultos. El Directorio tenia facultad para deportar por solo un acuerdo á los clérigos de quienes supiese que se conducian reprensiblemente; y en cuanto á los periódicos, tenia en lo sucesivo facultades pa-

ra suprimir cuantos le parecieran nocivos. Quedaban restablecidas las sociedades políticas, es decir, los clubs; pero el Directorio tenia el mismo poder contra ellos que contra los periódicos: cerrarlos cuando lo tuviese por conveniente. Finalmente otra cosa no menos interesante que todo lo demas quedaba suspendida; la organizacion de la guardia nacional, que se dejaba para mejor tiempo.

Ninguna de estas disposiciones era sanguinaria, porque ya habia pasado la época de la efusion de sangre; pero daban al Directorio un poder enteramente revolucionario. Votáronse el 18 de fructidor año V (4 de setiembre) por la tarde en los Quinientos, y ninguno se pronunció contra su adopcion: algunos diputados aplaudieron, pero la mayoría guardó silencio y sumision. La resolucion que las comprendia, se llevó en seguida á los Ancianos, los cuales se hallaban en sesion permanente como los Quinientos, y esperaban que se les presentase asunto para deliberar, ocupándoles has- el 19 por la mañana la sola lectura de la resolucion y del informe. Fatigados de una sesion tan larga, se citaron para dentro de algunas horas. El Directorio, que estaba impaciente por obtener la sancion de los Ancianos, y poder apoyar con una ley el golpe que habia descargado, envió un mensage al cuerpo legislativo.—«El Directorio, decia este mensage, se ha sacrificado por salvar la libertad, y cuenta con vosotros para que le apoyeis. Estamos en el dia 19, y nada habeis hecho en apoyo suyo»—Inmediatamente se aprobó la resolucion en forma de ley, y se envió al Directorio.

Apenas se vió en posesion de ella, se apresuró á ponerla por obra, queriendo efectuar prontamen-

te su plan, y en seguida dejarlo arreglado todo. Habian huido muchos de los condenados á destierro. Carnot se dirigió ocultamente á la Suiza, y el Directorio hubiera querido dar libertad á Barthelemy, que se obstinó por las razones ya manifestadas. Eligió quince individuos en la lista de deportados, tenidos por mas temibles ó mas delincuentes, y los destinó á un destierro, que fué para algunos tan funesto como la muerte. Hiciéronles salir el mismo dia en carruages enverjados para Rochefort, desde donde debian ser trasportados en una fragata á la Guayana. Los tratados así eran Barthelemy, Pichegrú y Willot, á causa de su importancia ó criminalidad; Rovere por sus conocidas relaciones con la faccion realista; Aubry por su papel en la reaccion; Bourdon del Oise, Murinais, y Delarue por su conducta en los Quinientos; Ramel por la que observó mandando á los granaderos; Dossonville por las funciones que desempeñó en la comision de los inspectores; Tronzon-Ducoudray, Barbé-Marbois y Lafond-Ladebat, no por ser culpables, sino por su influencia en el consejo de los Ancianos. Finalmente Brottier y Laville Heurnois por su conspiracion, perdonando á su cómplice Duverne de Presle en consideracion á sus revelaciones. Indudablemente tuvo su acostumbrada parte el ódio en la eleccion de las víctimas, porque solo Pichegrú era el verdaderamente peligroso de estos quince individuos. Su número llegó á diez y seis por la lealtad del llamado Letellier, criado de Barthelemy, que pidió seguir á su señor. Hiciéronles salir desde luego, quedando espuestos, como acontece siempre, á la barbárie de los subalternos; sin embargo, el

Directorio habiendo sabido que el general Dutertre, gefe de la escolta, se conducia muy mal con los prisioneros, le reemplazó inmediatamente. Estos diputados, desterrados por realistas iban á encontrarse en Sinnamari con Villaud Varennes y Collot d' Herbois. Los demas fueron destinados á la isla de Oleron.

Durante aquellos dias estuvo Paris enteramente tranquilo, solo que los patriotas de los arrabales hallaban demasiado suave la pena de deportacion, pues estaban acostumbrados á medidas revolucionarias de otra especie, y confiando en Barrás y Augereau, esperaban otro resultado. Se reunieron y fueron á gritar bajo las ventanas del Directorio: *viva la república! viva el Directorio! viva Barrás!* Atribuian la resolucion á Barrás y deseaban que se dejase á su cargo por algunos dias la represion de los aristócratas; sin embargo estos pequeños grupos no llegaron á turbar el sosiego de Paris. Los seccionarios de vendimiario, que á no ser por la ley del 19 se hubieran reorganizado al punto en guardia nacional, no tenian bastante energía para tomar espontáneamente las armas. Dejaron descargar el golpe sin oposicion alguna, y por lo demas la opinion quedaba indecisa. Bien veian los republicanos sinceros que la faccion realista habia hecho inevitable un procedimiento enérgico, pero sentian la infraccion de las leyes y la intervencion del poder militar. Casi dudaban de la culpabilidad de los conspiradores al ver confundido á un hombre como Carnot entre su número, y temian que hubiese influido demasiado el rencor en la determinacion del Directorio. Finalmente, aun teniendo por necesarias sus determinaciones,

se hallaban tristes, y con razon, porque era evidente que aquella constitucion en que tenian fija toda su esperanza, no era el término de nuestras inquietudes y discordias. La poblacion se sometió y desentendió aquel dia de los acontecimientos políticos. En el 9 de termidor se la habia visto pasar desde el ódio contra el antiguo régimen al aborrecimiento contra el terror. Despues intervino en los negocios para retroceder contra el Directorio, á quien confundia con la Convencion y la comision de salvacion pública. Atemorizada á la sazon por la energía de aquel Directorio, observó en el 18 de fructidor el dictámen de permanecer estraña á los acontecimientos. Desde aquel dia se vió entibiarse su celo político.

Estas debian ser necesariamente las consecuencias del golpe violento de 18 de fructidor, y aunque se ha dicho que fué inútil desde el momento en que se ejecutó y que habiendo logrado intimidar a la faccion realista, solo sirvió la obstinacion del Directorio para preparar la usurpacion militar con el ejemplo de la infraccion de las leyes, con todo eso ya hemos dicho que la faccion realista no se intimidó sino por un momento, y que apenas hubiera llegado el último tercio, lo habria infaliblemente trastornado todo y precipitado al Directorio. Entonces se hubiera suscitado una guerra civil entre ella y los ejércitos, la cual supo evitar el Directorio previniendo este movimiento y refrenándolo á tiempo, y si se acogió al ausilio del poder militar, fué por una triste, aunque inevitable necesidad. La legalidad era una ilusion despues de una revolucion como la nuestra, y no era posible que los partidos pudieran someterse y

tranquilizarse al abrigo del poder legal, sino que se necesitaba otro poder mas fuerte para reprimirlos, hermanarlos, amalgamarlos y protegerlos contra las armas de toda Europa: y este poder no era otro que el militar. El Directorio previno la guerra civil el dia 18 de fructidor, sustituyendo en su lugar un golpe arbitrario decargado con fuerza, pero con toda la calma y moderacion posibles en tiempos de revolucion.

CAPITULO XI.

Consecuencias del 18 de fructidor.—Nombramiento de Merlin de Douai y de Francisco de Neufchateau, en reemplazo de los directores deportados.—Revelaciones tardías y desgracia de Moreau.—Muerte de Hoche.—Reembolso de los dos tercios de la deuda.—Ley contra los antiguos nobles.—Rompimiento de las conferencias de Lila con la Inglaterra.—Conferencias de Udina. Operaciones de Bonaparte en Italia; fundacion de la república Cisalpina; arbitrage entre la Valtelina y los Grisones; constitucion liguriana; establecimientos en el Mediterráneo.—Tratado de Campo-Formio.—Vuelta de Bonaparte á Paris; fiesta triunfal.

El 18 de fructidor causó el mayor terror á *los* realistas; y los clérigos y emigrados que *habian* entrado en gran número, salieron de Paris y las grandes ciudades con direccion á las fronteras, introduciéndose de nuevo en Alemania y Suiza los que estaban próximos á entrar. El Directorio acababa de adquirir con la ley del 19 todo el poder revolucionario, y nadie se atrevia ya á hacerle frente. Empezó por reformar las administraciones, como sucede siempre á cada cambio de sistema, colocando á los patriotas decididos en la mayor parte de los destinos. Tenia que nombrar sugetos para todos los cargos electivos en cuarenta y ocho departamentos, y podia estender asi mucho su influjo, y multiplicar sus partidarios. Su pri-

mer cuidado debia ser reemplazar á los directores Carnot y Barthelemy; pues Rewbell y Larevelliere, cuya influencia habia aumentado notablemente el último acontecimiento, no querian que se les pudiese acusar de haber lanzado á dos de sus cólegas para quedar dueños del gobierno. Exigieron, pues, que se pidiese inmediatamente al cuerpo legislativo el nombramiento de dos nuevos directores, lo cual no se avenia con la opinion de Barrás, y mucho menos de Augereau. Este general se hallaba prendado de la hazaña del 18 de fructidor, y muy ufano por haberla conducido con tanto acierto. Como se habia mezclado en los sucesos, cobró aficion á la política y al poder, y concibió la ambicion de introducirse en el Directorio. Pretendia que los tres directores, sin pedir al cuerpo legislativo el nombramiento de otros cólegas, le llamasen para sentarse á su lado: mas como no se le cumplió este deseo, apeló al recurso que le quedaba para hacerse director, que era el de obtener la mayoría en los consejos; pero tambien se le frustró esta esperanza. Merlin de Douai, ministro de la justicia, y Francisco de Neufchateau del interior, obtuvieron mayor número de votos que sus competidores, y despues de ellos Massena y Augereau, el primero algunos mas que el segundo. Tomaron posesion los dos nuevos directores con la ostentacion acostumbrada. Eran republicanos mas bien á la manera de Rewbell y Larevelliere que de Barrás, y tenian ademas otros hábitos y costumbres. Merlin era jurisconsulto, y Francisco de Neufchateau, literato; ambos vivian de un modo análogo á su profesion, y convenian en un todo con Rewbell y Larevelliere. Tal vez hubiera sido

de desear, atendiendo al influjo y consideracion del Directorio en los ejércitos, que se hubiese nombrado á uno de nuestros célebres generales.

Reemplazó el Directorio á los dos ministros nombrados directores con dos escelentes administradores sacados de la provincia. Esperaba asi formar el gobierno de hombres mas estraños á las intrigas de Paris y menos accesibles al favor. Para la justicia eligió á Lambrechts, que era comisario de la administracion central del departamento del Dyle, es decir, prefecto, y magistrado íntegro. Colocó en el interior á Letourneur, comisario de la administracion central del Loira inferior, administrador muy capaz, laborioso é íntegro, pero demasiado estraño á la capital y á sus usos para no hacerse ridículo alguna vez al frente de una gran administracion.

Tenia motivo el Directorio para estar satisfecho de los acontecimientos y solo le inquietaba el silencio del general Bonaparte, que hacia *mucho* tiempo no habia escrito nada, ni remitido *los prometidos* fondos. El edecan Lavalette no pareció por el Luxemburgo durante el acontecimiento, y se sospechó que habia indispuesto á su general contra el Directorio, comunicándole datos falsos, sobre el estado de las cosas. En efecto, M. de Lavalette no cesó de aconsejar á Bonaparte que se mantuviese neutral, limitándose al apoyo que habia dado al Directorio con sus proclamas. Barrás y Augereau enviaron á llamar á M. de Lavalette y le amenazaron diciéndole que sin duda habia engañado á Bonaparte, y añadiéndole que le hubieran arrestado á no ser por las consideraciones que á su general debian. M. de Lavalette salió inmediata-

mente para Italia, y Augereau se apresuró á escribir al general Bonaparte y á sus amigos del ejército, pintándoles el suceso con los mas favorables colores.

Descontento el Directorio con Moreau, habia resuelto deponerle, cuando recibió una carta suya que produjo la mayor sensacion. Moreau se habia apoderado en su paso del Rin de los papeles del general Klinglin, y hallado entre ellos toda la correspondencia de Pichegrú con el príncipe de Condé. Guardó secreto acerca de ella; pero asi que llegó á sus oidos el 18 de fructidor se decidió á participarlo al gobierno; resolucion que supuso tener ya antes de saber las ocurrencias del 18, á fin de suministrar al Directorio la prueba que necesitaba para confundir á tan temibles enemigos; pero se asegura que Moreau recibió por el telégrafo la noticia de los acontecimientos en el mismo dia 18, y que entonces se apresuró á comunicar una delacion que no comprometia ya mas á Pichegrú, y que le libertaba de una gran responsabilidad. Sea lo que fuere, es evidente que Morean habia guardado por largo tiempo un importante secreto, y solo se habia decidido á revelarle en el momento de la catástrofe. Todo el mundo dijo que no siendo bastante republicano para denunciar á su amigo, no le guardó sin embargo bastante fidelidad para no descubrir el secreto. Su carácter político pareció entonces lo que era, es decir, débil vacilante é incierto. El Directorio le llamó á Paris para pedirle cuenta de su conducta; y al examinar la correspondencia halló la confirmacion de todo lo que habia sabido respecto á Pichegrú, y debió sentir no haber tenido antes estas noticias. Entre los pa-

peles encontró tambien la prueba de la fidelidad de Moreau á la república; pero le castigó por su silencio é indiferencia dejándole cesante en Paris.

Hoche, que siempre al frente de su ejército de Sambre y Mosa, acababa de pasar todo un mes en la mas cruel agonía, se hallaba en su cuartel general de Wetzlar, con un carruage dispuesto para huir á Alemania con su jóven esposa, si prevalecia el partido de los Quinientos. Solo esta circunstancia fué la que por primera vez le hizo pensar en sus intereses y reunir una suma de dinero proporcionada á sus necesidades durante su ausencia, pués ya hemos visto que habia prestado al Directorio la mayor parte del dote de su esposa. La noticia del 18 de fructidor le llenó de regocijo y le libertó de todo temor personal; y el Directorio, en premio de su lealtad, reunió los dos grandes ejércitos de Sambre y Mosa y del Rin en uno solo, bajo el nombre de ejército de Alemania, y le puso bajo su mando, que era el mas estenso de la república. Por desgracia, la salud del jóven general no le permitió gozar del triunfo de los patriotas y de las muestras de confianza que le daba el gobierno. Hacia algun tiempo que inquietaban á sus amigos y médicos la tos seca y continuada y las convulsiones nerviosas que en él advertian. Un mal desconocido iba consumiendo á aquel jóven, que en otro tiempo gozaba de la mejor salud, y que á su mucho talento reunia las gracias de la hermosura y la constitucion mas vigorosa. A pesar del estado en que se hallaba, se ocupaba en organizar los dos ejércitos, cuyo mando acababa de recibir, y pensaba siempre en su espedicion de Irlanda, de que queria valerse el Directorio como un medio de terror para la In-

glaterra; pero su tos adquirió mas violencia á fines de fructidor, y empezó á sufrir insoportables dolores. Querian que suspendiese sus trabajos, mas no pudieron conseguirlo. Llamó á su médico y le dijo: *Dadme un remedio para esta fatiga con tal que no sea el descanso.* Vencido por la enfermedad, entró en cama el primer dia complementario del año V (17 de setiembre), y espiró al dia siguiente, víctima de los mas agudos dolores. El ejército quedó consternado porque adoraba á su jóven general, y esta noticia cundió con la mayor rápidez, dejando llenos de pesar á todos los republicanos que fundaban las mas alhagueñas esperanzas en los talentos y patriotismo de Hoche. Se esparció por el campo el rumor de envenenamiento, pues no podia creerse que tanta juventud, robustez y salud sucumbiesen á un accidente natural. Hízose la autopsia, y examinados por los facultativos el estómago y los intestinos, los hallaron salpicados de manchas negras, y sin declarar que fuese veneno, al menos se inclinaron á creerlo. Se atribuyó su muerte al Directorio, lo cual era un absurdo, porque ninguno de ellos era capaz de este crímen desconocido en nuestras costumbres, y nadie ademas tenia interés en cometerle. En efecto, Hoche era el apoyo mas sólido del Directorio, bien contra los realistas, bien contra el ambicioso vencedor de Italia. Se supuso con verosimilitud que fué envenenado en el Oeste, y su médico parecia que se acordaba de que la alteracion de su salud provenia de su última permanencia en Bretaña, cuando fué á embarcarse para Irlanda. Por lo demas se creyó sin fundamento que habian envenenado al jóven general en una comida que dió á varias per-

sonas de todos los partidos con ánimo de unirlos.

Mandó prepararle el Directorio magníficas exequias, que se verificaron en el campo de Marte en presencia de todos los cuerpos del estado, y en medio de un numeroso pueblo. Seguia á la comitiva un ejército considerable, é iba haciendo el duelo el anciano padre del general. Esta pompa hizo una profunda impresion en todos los ánimos, y fué una de las mas hermosas de nuestros tiempos heróicos.

Asi terminó una de las mas gloriosas é interesantes carreras de la revolucion sin que á lo menos por esta vez la hubiese dado fin el cadalso. Hoche tenia veinte y nueve años. Siendo soldado en las guardias francesas, hizo su educacion en muy pocos meses. Al valor físico del soldado reunia un carácter enérgico, una inteligencia superior, un gran conocimiento de los hombres, mucho acierto en los acontecimientos políticos, y finalmente el omnipotente móvil de las pasiones. Las suyas eran ardientes, y acaso serian la única causa de su muerte. Una circunstancia particular hacia mayor el interés que sus bellas prendas inspiraban: el haber visto siempre interrumpida su fortuna por accidentes imprevistos. Siendo vencedor en Wissemburgo, y estando para entrar en una gloriosa carrera, quedó sumido de repente en los calabozos: de estos salió para ir á consumirse en la Vendée, donde desempeñó el mas glorioso papel político; y cuando iba á ejecutar un sublime proyecto contra la Irlanda, le suspendieron de nuevo una tempestad y malas inteligencias: trasladado al ejército de Sambre y Mosa, logró una completa victoria; pero los preliminares de

Leoben atajaron sus pasos: finalmente, cuando al frente del ejército de Alemania, y segun la disposicion de la Europa, se le ofrecia un porvenir inmenso, se vió de repente herido en medio de su carrera, y arrebatado por una enfermedad de cuarenta y ocho horas. Por lo demas, si es preferible un glorioso recuerdo á la pérdida de la vida, no podia ganar mas en perder tan presto la suya. Victorias, inmensa pacificacion, universalidad de talento, integridad sin mancha y la idea que todos los republicanos tenian de que él solo hubiera luchado contra el vencedor de Rívoli y de las Pirámides y de que su ambicion, permaneciendo republicana, hubiera sido un obstáculo invencible para el soberbio ambicioso que pretendia el trono; en una palabra, heróicas hazañas, nobles conjeturas y veinte y nueve años, hé aquí la memoria que nos ha dejado! No le compadezcamos porque murió tan jóven, puesto que acaso ha ganado mucho su gloria, asi como la de Kleber y Desaix en no haber sido mariscales antes de morir, permaneciendo hasta el último suspiro ciudadanos libres, sin verse reducidos como Moreau á buscar un asilo en los ejércitos estrangeros.

El gobierno dió el mando del de Alemania á Augereau, para verse libre de su turbulenta presencia en Paris, donde ya principiaba á ser perjudicial.

Habia hecho el Directorio en pocos dias cuantos arreglos exigian las circunstancias, pero aun le quedaba la hacienda. La ley del 19 de fructidor, al librarle de sus mas temibles enemigos, al restablecer la ley del 3 de brumario, proporcionarle nuevos medios de severidad contra los emigrados

y clérigos, armarle de la facultad para suprimir los periódicos y cerrar las sociedades políticas, cuyo espíritu no le conviniese, permitirle llenar todos los puestos vacantes despues de anuladas las elecciones, y suspender indefinidamente la reorganizacion de la guardia nacional, le habia dado cuanto intentaron arrebatarle ambos consejos, y aun le añadió cierta especie de omnipotencia revolucionaria. Pero el Directorio tenia tambien que recobrar ventajas no menos importantes respecto á la hacienda, porque tambien en este punto trataron de cohartar sus facultades. Se presentó un grande proyecto para los gastos é ingresos del año VI. El primer cuidado debia ser devolver al Directorio las atribuciones que habian tratado de quitarle, relativas á las negociaciones de la tesorería, al órden de los pagos, y en una palabra al manejo de los fondos. Quedaron suspendidos todos los artículos adoptados por los consejos bajo este respecto antes del 18 de fructidor, y despues era preciso pensar en la creacion de nuevos impuestos para desahogar un tanto á la propiedad territorial, que se hallaba demasiado cargada, y nivelar los ingresos con los gastos. Autorizóse el establecimiento de una lotería, y se impuso un derecho de portazgo y otro de hipotecas. Los de registro se regularizaron de modo que se aumentase considerablemente su producto, como subieron tambien los derechos de tabacos estrangeros. Gracias á estos nuevos recursos, se pudo reducir la contribucion territorial á doscientos veinte y ocho millones, y la personal á cincuenta, ascendiendo sin embargo la suma total de las rentas para el año VI á seiscientos diez y seis millones. En esta suma las ventas supuestas de bie-

nes nacionales solo se valuaban en veinte millones.

Una vez convenidos en que los ingresos habian de ascender á seiscientos diez y seis millones por estos diferentes medios, era necesario reducir los gastos á la misma suma. La guerra se suponia que no costaria en este año, aun en el caso de nueva campaña, mas que doscientos ochenta y tres millones. Los demas ramos generales se calculaban en doscientos cuarenta y siete millones, que hacian entre todo quinientos treinta, pero la atencion de la deuda ascendia por sí sola á doscientos cincuenta y ocho millones; y si se hubiese cumplido íntegramente, hubieran subido los gastos á una suma muy superior á los medios de la república. Se propuso no pagar mas que la tercera parte, es decir, ochenta y seis millones; y de este modo la guerra, los ramos generales y la deuda hacian ascender los gastos á seiscientos diez y seis millones, que era lo que importaban los ingresos Pero para reducirse asi era preciso adoptar un partido decisivo respecto á la deuda. Desde que se suprimió el papel moneda y volvió á emplearse el metálico, el pago de los intereses no habia podido satisfacerse con puntualidad; solo se habia abonado una cuarta parte en efectivo y las otras tres en recibos sobre los bienes nacionales llamados *recibos de las tres cuartas partes*, que en cierto modo era como si se hubiese satisfecho una cuarta parte en dinero y el resto en asignados. La deuda, pues, no se habia pagado hasta aqui sino con los recursos de los bienes nacionales, y era urgente tomar un partido respecto á esto, por interes del estado y de los acreedores. Enorme era en verdad para aquella época una deuda cuyo rédito anual ascendia á doscientos cin-

cuenta y ocho millones, pues aun no se conocian los recursos del crédito ni el poder de la amortizacion. Las rentas eran mucho menores que lo han sido despues, porque no se habian podido recoger aun los beneficios de la revolucion; y la Francia, que despues ha podido producir mil millones de contribuciones generales, entonces solo podia dar seiscientos diez y seis. Por esto la deuda era tan gravosa, y el estado se hallaba en la situacion de un particular en quiebra. Resolvióse, pues, continuar pagando parte de la deuda en efectivo, y en vez de abonar el resto en recibos contra los bienes nacionales, reintegrar su capital con estos bienes. Solo querian conservar una tercera parte, á la que se daria el nombre de *tercio consolidado*, y que obraria en el gran libro bajo el concepto de renta perpétua. Las otras dos terceras partes debian reintegrarse al capital de veinte veces la renta, y en recibos admisibles en pago de bienes nacionales. Es verdad que estos recibos quedaban en el comercio con menos de la sesta parte de su valor, y que para los que no querian comprar tierras, era una verdadera bancarrota.

A pesar de la tranquilidad y sufrimiento de los consejos despues del 18 de fructidor, escitó esta providencia una fuerte contradiccion. Los opuestos al reintegro sostenian que era una verdadera bancarrota, que la deuda al principio de la revolucion se habia puesto bajo la salvaguardia del honor nacional, y que reintegrar las dos terceras partes, era deshonrar á la república; que los acreedores que no comprasen bienes, perderian las nueve décimas partes al negociar su recibo, porque la emision de tan gran cantidad de papel disminuiria su valor

considerablemente; que los acreedores del estado, aunque no mirasen con preocupacion el orígen de los bienes, la mayor parte eran pobres para que pudiesen comprar tierras; que sociedades para adquirir en comun eran imposibles, y que por consiguiente la mayor parte de ellos perderian realmente las nueve décimas partes del capital; que el pretendido tercio consolidado, libre de reduccion para lo sucesivo, era solo una promesa; que la promesa de una tercera parte valia menos que la de tres tercios; finalmente, que si por entonces no podia la república cubrir todas las obligaciones de la deuda, mejor cuenta tenia á los acreedores esperar, como lo habian hecho hasta entonces, pero esperar con la seguridad de ver mejorada su suerte, que hallarse de repente privados de su crédito. Habia muchos que hubieran querido hacer una distincion entre las diferentes clases de rentas, inscritas en el gran libro, y que solo se sometiesen al reintegro las que se habian adquirido á precio ínfimo. Algunas en efecto, se habian vendido á diez y á quince francos; y los que las habian comprado ganaban aun mucho, á pesar de la reduccion al tercio.

A esto respondian los partidarios del proyecto del Directorio, que un estado tenia, como cualquier particular, el derecho de ceder sus haberes á los acreedores, cuando no podia pagarlos; que la deuda ascendia en mucho á los medios de la república, y que en tal estado, tenia derecho para cederles la prenda de esta deuda, es decir, los bienes; que en comprar las tierras perderian muy poco; que estas tierras aumentarian rápidamente en valor siendo suyas, tanto que llegarian á tener

el antiguo, y recobrarian asi lo que habian perdido; que quedaban mil trescientos millones de bienes (habiendo pasado á los acreedores del Estado los mil millones prometidos á los ejércitos); que la paz se hallaba próxima; que los recibos de reintegro debian recibirse, verificada ella, en pago de los bienes nacionales; que por consiguiente ascendiendo la parte del capital reintegrado á unos tres mil millones, se podrian adquirir mil trescientos millones de bienes, y se perderian cuando mas las dos tercias en lugar de las nueve décimas partes; que los acreedores siempre habian esperimentado lo mismo, pues siempre se les habia pagado en bienes, fuese por medio de asignados, ó con *recibos de las tres cuartas partes*; que la república estaba obligada á darles lo que poseia; que nada lograrian con esperar, porque jamás podria pagar toda la deuda; que su suerte se fijaba con la liquidacion; que el pago del tercio consolidado empezaba desde luego porque existian los medios de verificarlo, y la república se veia *libre* por su parte de un enorme gravámen; que asi entraba en un sistema regular, se presentaba ante la Europa con una deuda mucho mas pequeña, y que por lo mismo se haria mas imponente y fuerte para obtener la paz; finalmente, que no se podia hacer distincion entre los diferentes réditos segun el precio de adquisicion, y que era indispensable tratarlos á todos con igualdad.

Era inevitable esta medida, y la república obraba en esto, como siempre, satisfaciendo todos los compromisos superiores á sus fuerzas con tierras al precio que estas tenian. En asignados habia cubierto las antignas cargas y todos los gastos de

la revolucion, y con tierras habia recogido los asignados. En asignados, esto es, con tierras, habia satisfecho los réditos de la deuda, y con tierras amortizaba el mismo capital. En una palabra, daba lo que poseia. Del mismo modo se habia liquidado la deuda en los Estados Unidos; los acreedores recibieron como único pago las riberas del Misisipi. Medidas de esta naturaleza producen como las revoluciones, muchos agravios particulares, mas es preciso saberlos sufrir cuando se hacen inevitables.

Quedó adoptada la proposicion, y asi por medio de los nuevos impuestos, y gracias á la reduccion de la deuda, que permitió ceñir á esta suma el desembolso, se halló equilibrada nuestra hacienda, y nos dió esperanzas de algun desahogo para el año VI (desde setiembre de 1797 hasta el mismo mes de 1798).

A todas estas providencias, que eran el resultado de la victoria, queria el partido republicano añadir por último otra. Decia que la república se veria siempre en riesgo, mientras se consintiese en su seno á una raza enemiga, la de los ex-nobles. Queria desterrar de Francia á todas las familias que habian sido nobles, ó reputádose por tales; que se les diese el valor de sus bienes en géneros franceses, y se les obligára á llevar á otra parte sus preocupaciones, sus sentimientos y existencia. Apoyaban mucho este proyecto Sieyes, Boulay del Meurthe, Chazal y todos los republicanos decididos; pero le impugnaban con calor Tallien y los amigos de Barrás. Barrás era noble; el general del ejército de Italia caballero de nacimiento; muchos de los amigos que acompañaban á Barrás en sus

planes, y asistian á su tertulia, eran tambien antiguos nobles; y aunque se hubiese hecho una escepcion en favor de los que habian prestado servicios á la república, la tertulia del director estaba muy irritada contra la ley propuesta. Aun sin todas estas razones personales, era fácil demostrar cuán peligrosa y dura era esta ley; mas sin embargo se presentó á los dos consejos, y escitó una especie de alboroto, que obligó á retirarla para modificarla totalmente. Se reprodujo despues bajo otra forma, no condenando á destierro á los ex nobles; pero quedaban con el carácter de estrangeros, y obligados, si habian de recobrar la cualidad de ciudadanos, á cumplir y pasar por las formalidades de la naturalizacion. Hízose una escepcion con las personas que habian servido útilmente á la república en los ejércitos ó en las Asambleas; y Barrás, sus amigos, y el vencedor de Italia, cuyo nacimiento se recordaba con afectacion á cada paso, quedaron libres de las consecuencias de esta resolucion.

Habia vuelto á adquirir el gobierno una energía, verdaderamente revolucionaria, y como habia desaparecido la oposicion que solia clamar por la paz en el Directorio y los consejos, mostró el gobierno mas firmeza y mayores exigencias en las negociaciones de Lila y de Udina. Mandó desde luego que todos los soldados que estaban con licencia volviesen á los ejércitos, lo repuso todo en el pie de guerra, y envió nuevas instrucciones á sus agentes. Maret habia logrado conciliar en Lila, segun hemos visto, las pretensiones de las potencias marítimas; se habian convenido en la paz, con tal que España sacrificase la Trinidad, la Holanda á Trinquemale, y

que la Francia prometiese no apropiarse jamás el cabo de Buena Esperanza. No se trataba ya mas que de obtener el consentimiento de España y Holanda. El Directorio halló demasiado generoso á Maret; y resolvió retirarle, enviando á Lila á Bonnier y Treilhard. Segun las instrucciones, la Francia exijia la restitucion lisa y llana, no solo de sus colonias, sino de sus aliados, y respecto á las negociaciones de Udina, el Directorio no se mostró menos inexorable y terminante. Ya no se contentaba con el tenor de los preliminares de Leoben que daban al Austria por límites el Oglio en Italia; queria á la sazon que esta nacion quedase enteramente libre hasta el Izonzo, y que el Austria recibiese como indemnizacion la secularizacion de varios estados eclesiásticos de Alemania. Retiró á Clarke, á quien eligió y envió Carnot, el cual en su correspondencia no habia mirado con mucha consideracion á los generales del ejército de Italia, tenidos por los mas republicanos. Bonaparte permaneció con los poderes de la república para negociar con el Austria.

El *ultimatum* que el Directorio hizo notificar en Lila por los nuevos agentes Bonnier y Treilhard, cortó una negociacion que estaba casi terminada, lo cual sintió estraordinariamente Lord Malmesbury, porque deseaba la paz, bien para terminar con gloria su carrera, ó para facilitar á su gobierno un momento de reposo. No disimuló su pesadumbre, pero era imposible que la Inglaterra renunciase á todas sus conquistas marítimas sin recibir nada en cambio. Lord Malmesbury abrigaba tanta sinceridad en las negociaciones, que hizo á M. Maret acudir á Paris para ver si se podria variar la resolu-

cion del Directorio, llegando á ofrecer muchos millones para comprar el voto de uno de los directores; mas M. Maret no queria encargarse de semejante negociacion, y salió de Lila. Lord Malmesbury y M. Ellis salieron tambien inmediatamente y no volvieron. Verdad es que se puede culpar en esta ocasion al Directorio de haber malogrado una paz segura y ventajosa para la Francia; mas el motivo que para ello tuvo era honroso sin duda. Hubiera sido poca fidelidad en nosotros abandonar á nuestros aliados é imponerles sacrificios en premio de su adhesion á nuestra causa. El Directorio lisonjeándose de lograr en breve la paz con el Austria, ó al menos imponérsela por un movimiento de nuestros ejércitos, esperaba verse muy pronto libre de sus enemigos del continente, y poder volver todas sus fuerzas contra la Inglaterra.

Mucho disgustó á Bonaparte el *ultimatum* que le enviaron porque no creia que fuese admisible; y en efecto era dificil obligar al Austria á que renunciase enteramente á la Italia, contentándose con la secularizacion de algunos estados eclesiásticos en Alemania, á no dirigirse contra Viena. Ademas Bonaparte no podia aspirar á este honor porque tenia sobre sí todas las fuerzas de la monarquía austriaca, y el ejército de Alemania era el que debia tener la ventaja de partir el primero y penetrar en los estados hereditarios. A este motivo de descontento se agregó otro cuando supo la desconfianza con que en Paris le miraban. Augereau habia enviado á uno de sus edecanes con cartas para muchos oficiales y generales del ejército de Italia, cuyo ayudante parecia que desempeñaba el encargo de rectificar la opinion del ejército sobre el 18 de

fructidor. Bonaparte conoció que inspiraba desconfianza, y se apresuró á presentarse como ofendido y quejarse con la vivacidad y amargura de un hombre que se cree necesario: dijo que el gobierno le trataba con mucha ingratitud; que se portaba con él como con Pichegrú despues de vendimiario, y pidió su dimision. Este hombre de tanto talento y energía, que sabia presentarse en tan noble actitud, obró en esta ocasion como un niño colérico y enojadizo. El Directorio no respondió nada acerca de su dimision, y se contentó con asegurar que ni las cartas ni el edecan tenian que ver con él cosa alguna. Tranquilizóse Bonaparte, pero pidió que le sustituyese otro en las funciones de negociador y en las de organizador de las repúblicas italianas. Repetia continuamente que estaba enfermo, que no podia resistir la fatiga del caballo, y que le era imposible hacer otra nueva campaña; sin embargo, aunque realmente estaba enfermo y desmejorado por los grandes trabajos á que hacia dos años se dedicaba, no queria que le sustituyese nadie en sus cargos; y en caso necesario estaba seguro de hallar en su alma las fuerzas que parecia faltaban á su cuerpo.

Resolvió en efecto seguir la negociacion y añadir á la gloria de primer capitan del siglo la de pacificador. Embarazábale el *ultimatum* del Directorio; pero tan decidido estaba entonces á obedecer ciegamente á su gobierno, como en otras mil ocasiones. Sus trabajos eran á la sazon inmensos. Organizaba las repúblicas italianas, formaba una marina en el Adriático, concebia vastos proyectos en el Mediterráneo y trataba con los plenipotenciarios del Austria.

Habia empezado á organizar en dos diversos estados las provincias de la alta Italia, que él habia emancipado. Mucho tiempo hacia que habia erigido en república cispadana el ducado de Módena y las legaciones de Bolonia y Ferrara. Su proyecto era reunir este pequeño estado á la revolucionada Venecia, ó indemnizarla asi de la pérdida de sus provincias de tierra firme. Trataba de organizar aparte la Lombardía con el título de república traspadana, pero cambió de idea en un momento, y prefirió formar un solo estado de las provincias libertadas. El espíritu de localidad que se oponia por el pronto á la reunion de la Lombardia con las demas provincias, aconsejaba por el contrario ahora reunirlas; la Romania, por ejemplo, no queria reunirse á las legaciones ni al ducado de Módena, pero si depender de un gobierno central establecido en Milan. Bonaparte conoció que detestando cada uno á su vecino, seria mas fácil someterlos á todos bajo una autoridad sola. Finalmente, la dificultad de decidir la supremacia *entre* Venecia y Milan, y preferir á cualquiera de ambas para residencia del gobierno, no existia para él, pues habia resuelto sacrificar á Venecia. No gustaba de los venecianos, porque veia que el cambio de gobierno no habia producido en ellos variacion de ideas. La alta nobleza, la pequeña y el pueblo eran enemigos de los franceses y de la revolucion, y siempre se inclinaban á los austriacos, existiendo solo muy pocos vecinos que aprobasen el nuevo sistema. La municipalidad democrática manifestaba la peor intencion hácia los franceses, y casi todo Venecia parecia que deseaba ver restablecido por el Austria el nuevo gobierno. Ademas los ve-

necianos tampoco inspiraban á Bonaparte estimacion alguna por el importante carácter del poder. Sus canales y puertos estaban casi cegados; su marina en el mas deplorable estado, y ellos embrutecidos por los placeres y sin ninguna energía. «*Es un pueblo débil, afeminado y cobarde*, escribia, *sin tierra ni agua, que no sé qué hacer de él.*» Pensaba pues entregar á Venecia al Austria con condicion de que renunciando esta á los límites del Oglio, estipulados en los preliminares de Leoben, retrocediese hasta el Adige. Este rio, que es un escelente límite, separaba entonces al Austria de la nueva república; y la importante plaza de Mántua, que segun los preliminares debia devolverse al Austria, quedaria por la república italiana, siendo Milan la capital, sin mas contestaciones. Bonaparte preferia formar un solo estado que tuviese á Milan por capital, y darle por frontera el Adige y Mántua, mas bien que conservar á Venecia, y en esto tenia razon, por el mismo bien de la libertad de Italia. De no dejar libre toda la Italia hasta el Izonzo, mas valia perder á Venecia que la frontera del Adige y Mántua. Bonaparte habia visto al conferenciar con los agentes del Austria, que podia aceptarse el nuevo convenio, y por consiguiente formó de la Lombardía, de los ducados de Módena y de Reggio, de las legaciones de Bolonia y Ferrara, y de la Romania, Bergamasco, Bresciano y Mantuano, un estado que se prolongaba hasta el Adige, con escelentes plazas, tales como Pizzighitone y Mántua; una poblacion de tres millones y seiscientos mil habitantes, un suelo asombroso, y rios, canales y puertos.

Inmediatamente procedió á organizarlo en re-

pública, aunque hubiera querido otra constitucion que la de la Francia, pues encontraba en esta muy débil el poder ejecutivo; y aun sin tener todavia inclinacion decidida á tal ó tal forma de gobierno, llevado solo por la necesidad de formar un estado fuerte y capaz de luchar con las aristocracias vecinas, hubiera deseado una organizacion mas compacta y enérgica. Solicitaba que le enviasen á Sieyes para arreglar con él este particular; pero el Directorio no adoptó sus ideas, sino que insistió en que se diese á la nueva república la constitucion francesa. Fué obedecido, y se acomodó al punto nuestra constitucion á la Italia. Llamóse á la nueva república cisalpina, pues aunque querian denominarla transalpina, esto era colocar en cierto modo el centro en Paris, y los italianos querian tenerlo en Roma, porque todos sus deseos se dirigian á libertar á su patria, á darla unidad y á restablecer la antigua metrópoli, conviniéndola por tanto mas la palabra cisalpina. Creyóse prudente no abandonar á los italianos la primera formacion de gobierno, y por primera vez nombró Bonaparte á los cinco directores y á los individuos de los dos consejos, procurando que recayesen las elecciones en los mejores sugetos, al menos segun su posicion lo permitia. Nombró director á Serbelloni, uno de los mas ilustres señores de Italia, y organizó en todas partes guardias nacionales, reuniendo hasta treinta mil en Milan para la confederacion del 14 de julio. La presencia del ejército francés en Italia, sus hazañas y su gloria habian empezado á esparcir por este pais, poco acostumbrado á las armas, el entusiasmo militar. Bonaparte procuró escitarle de mil maneras; pues aunque conocia cuán débil

era la nueva república bajo el aspecto militar, no estimaba en Italia mas que el ejército piamontés, porque la córte del Piamonte era la única que habia guerreado en el trascurso del siglo. Escribia á Paris que un solo regimiento del rey de Cerdeña desharia toda la república cisalpina, y que por consiguiente era menester dar á esta república costumbres guerreras; que entonces seria una potencia interesante; pero que para esto se necesitaba tiempo, y estas revoluciones no se hacen en unos cuantos dias. Sin embargo, empezaba á conseguirlo, porque poseia en el mas alto grado posible el arte de comunicar á los otros su pasion mas profunda, la de las armas. Nadie sabia mejor que él servirse de su gloria para hacer una moda de los triunfos militares y encaminar á ella toda especie de vanidades y ambiciones. Desde entonces empezaron á variar las costumbres en Italia. «En «vez de la sotana, que era el trage de moda entre los «jóvenes, se vistió el uniforme; y en vez de pasar «su vida á las plantas de las mugeres, los jóvenes «italianos frecuentaban los picaderos, las escuelas «de esgrima y los campos de ejercicio. Los niños «no jugaban ya á los altares, sino que tenian re«gimientos de oja de lata, é imitaban en sus juegos «los acontecimientos de la guerra. En las comedias «y en las farsas de calle se representaba á un ita«liano muy cobarde, aunque vivaracho, y á una «especie de capitanazo, algunas veces francés, y «con mas frecuencia aleman, muy robusto, valen«ton y cerril, que concluia con sacudir algunos «palos al italiano con grande aplauso do los espec«tadores. El pueblo no sufrió mas semejantes alu«siones, y los autores pusieron en escena, con

«satisfaccion del público, italianos animosos, que «hacian huir á los estrangeros por sostener su ho- «nor y sus derechos. El espíritu nacional se iba «formando, y la Italia tenia sus himnos patrióticos «y guerreros al propio tiempo. Las mugeres re- «chazaban con desprecio el amor de los hombres «que para complacerlas afectaban costumbres afe- «minadas * .»

Sin embargo, apenas principiaba aquella revo- lucion, la cisalpina no podia ser fuerte sino prote- gida por la Francia. El proyecto era dejar en ella, como en Holanda, parte del ejército que descansa- se de sus fatigas, gozase pacíficamente de su glo- ria, y encendiese todo el pais en su fuego guerrero. Bonaparte habia formado para la cisalpina un vas- to y soberbio plan, con aquella prevision que lo abarcaba todo. Esta república era una vanguardia de la Francia, y era preciso que nuestros ejércitos llegasen allí rápidamente. Bonaparte habia proyec- tado un camino desde Francia á Génova, y desde Génova al Valais, que atravesando el Simplon, ba- jase á Lombardía. Conferenciaba ya al efecto con la Suiza, y habia enviado ingenieros que formasen el presupuesto del coste y fijasen todas las circuns- tancias de la ejecucion con aquella exactitud que él empleaba en los proyectos mas vastos y quimé- ricos al parecer. Queria que esta carretera, la pri- mera que atravesase directamente los Alpes, fuese ancha, sólida y magnífica; una obra maestra de la libertad, y un monumento del poder francés.

En tanto que se ocupaba asi de una república

* *Memorias de Napoleon* publicadas por el conde de Montho- lon, tomo 4, pág. 196.

que le era deudora de su existencia, administraba tambien justicia, y era el árbitro entre dos pueblos. La Valtelina se habia sublevado contra la soberanía de las ligas grisonas, y se componia de tres valles pertenecientes á Italia, porque desaguan en el Adda. Hallábanse sometidos al yugo de los grisones, yugo insoportable, porque ninguno hay mas pesado que el que un pueblo impone á otro pueblo. Tiranías como esta habia en Suiza, y era célebre la de Berna sobre el pais de Vaud. Los valtelinos se sublevaron, y quisieron formar parte de la república cisalpina, é invocando la proteccion de Bonaparte, se apoyaron para obtenerla en antiguos tratados que ponian la Valtelina bajo el amparo de los soberanos de Milan. Los grisones y valtelinos se convinieron en apelar al tribunal de Bonaparte, el cual aceptó la mediacion con el permiso del Directorio. Aconsejó á los grisones que reconociesen los derechos de los valtelinos, y se asociasen á ellos como una nueva liga grisona. Se negaron y quisieron litigar la causa de su tiranía. Bonaparte entonces les fijó una época para comparecer; y habiéndose cumplido el término, sin que los grisones, á instigacion del Austria, se presentasen, Bonaparte apoyado en la aceptacion del arbitramento, y en los antiguos tratados, condenó á los grisones en rebeldía, y declaró libres á los valtelinos, permitiéndoles que se reuniesen á la cisalpina. Esta sentencia, fundada en derecho y en justicia, produjo estraordinaria sensacion en Europa, intimidando á la aristocracia de Berna, regocijando á los vaudeses, y agregando á la cisalpina una poblacion rica, valiente y numerosa.

Al mismo tiempo le estaba eligiendo Génova

por su consejero, para formar una constitucion, pues no estando todavia conquistada aquella república, podia elegirse sus leyes, y no dependia bajo este concepto del Directorio. Sus dos partidos, aristócrata y demócrata, estaban en eterna pugna, y ya hemos visto que en el mes de mayo estalló la primera sublevacion, habiéndose despues originado otra mas general en el valle de la Polcevera, que pudo ser muy fatal á Génova. Traíanla revuelta los clérigos contra la nueva constitucion, mas el general francés Duphot, que se hallaba en ella con algunas tropas, restableció la tranquilidad. Los genoveses se dirigieron á Bonaparte, que les respondió con una severa carta llena de cuerdos consejos, y en la que reprimia su entusiasmo democrático. Varió su constitucion, no dejando mas que tres magistrados en vez de los cinco encargados del poder ejecutivo, reduciendo los individuos de los consejos, y organizando el gobierno popular, pero mas vigorosamente. Bonaparte concedió nuevas ventajas á los nobles y clérigos para reconciliarlos con el nuevo sistema; y como se habia tratado de escluirlos de los cargos públicos, desaprobó este pensamiento. *Vosotros haríais*, escribia á los genoveses, *lo mismo que ellos hicieron*. Publicó de intento la carta en que se hallaba esta frase, pues era una crítica contra lo que se hacia en Paris, respecto á los nobles. Estaba muy satisfecho por intervenir indirectamente en la política, dar su dictámen contrario al Directorio, y sobre todo por verse libre desde luego del partido vencedor; porque afectaba permanecer independiente, no aprobar ni valerse de faccion alguna, despreciarlos y dominarlos á todos.

Mientras era, como vemos, legislador, árbitro y consejero de los pueblos italianos, se dedicaba á otros cuidados no menos vastos y que revelaban otra prevision mucho mas profunda. Se habia apoderado de la marina de Venecia, y mandado al Adriático al almirante Brueys, para tomar posesion de las islas venecianas de la Grecia, y asi habia podido reflexionar sobre el Mediterráneo, su importancia, y el papel que en él podíamos representar; deduciendo de todo que si en el Occéano podíamos hallar superiores, no sucedia lo mismo en el Mediterráneo. Que la Italia quedase ó no enteramente libre, y que Venecia se cediera ó no al Austria, queria que la Francia conservase las islas Jónicas, Corfú, Zante, San Mauro, Cérigo y Cefalonia, pues los pueblos de estas islas querian ser nuestros súbditos. Malta, el punto mas importante del Mediterráneo, pertenecia á una órden caduca que debia desaparecer al influjo de la revolucion francesa; Malta por otra parte debia caer muy pronto en poder de los ingleses si la Francia no se apoderaba de ella. Bonaparte habia mandado embargar las propiedades de los caballeros de Italia para acabar de arruinarlos, é intrigado en la misma isla de Malta, que solo estaba guardada por algunos caballeros y una guarnicion escasa, proponiéndose atacarla con su pequeña escuadra y apoderarse de ella.—Desde todos estos puntos, escribia al Directorio, dominaremos el Mediterráneo, vigilaremos el imperio otomano, que se está desplomando, y podremos sostenerlo ó tomar alguna parte de él. Mas podremos hacer, añadia, pues nos será fácil inutilizar á los ingleses el dominio del Occéano. Ellos nos han negado en Lila

el cabo de Buena Esperanza, y sin él podremos pasarnos. Ocuparemos el Egipto, que nos proporcionará el camino directo de la India, y donde hallaremos proporcion para establecer una de las mas hermosas colonias del globo.

En Italia, pues, llevando su pensamiento hácia el Levante, concibió la primera idea de la célebre espedicion que se intentó en el siguiente año. «En Egipto, escribia, es donde debe atacarse á la Inglaterra.» (Carta del 16 de agosto de 1797.—29 de termidor año V).

Para conseguir estos fines habia hecho venir al Adriático al almirante Brueys con seis navios y varias fragatas y corbetas, ideando asi mismo el medio para apoderarse de la marina veneciana. Segun el tratado concluido, se debian pagar tres millones en enseres marinos, y bajo este pretesto se apropió todos los cáñamos, hierros, &c., que formaban la única riqueza del arsenal veneciano. Despues de haber hecho esto, con el pretesto de los tres millones se apoderó tambien de los *navíos*, so color de ir á ocupar las islas por cuenta de Venecia democrática. Mandó acabar los que estaban concluyéndose, y logró armar asi seis navíos de guerra, seis fragatas y varias corbetas que agregó á la escuadra conducida por Brueys desde Tolon. Sustituyó el millon que la tesorería habia detenido, dió á Brueys fondos para enganchar escelentes marineros en Albania y en las costas de la Grecia, y le facilitó asi una escuadra capaz de imponer respeto á todo el Mediterráneo. Fijó su principal departamento en Corfú por razones que no pudo menos de aprobar el gobierno. Desde Corfú podia esta escuadra dirigirse al Adriático y convenirse con

el ejército de Italia en caso de nuevas hostilidades; podia ir á Malta, hacerse respetar de la córte de Nápoles, y le era fácil si se la necesitaba en el Océano, para que concurriese á algun proyecto, volar al estremo mas pronto que si se hubiese hallado en Tolon. Finalmente, en Corfú aprendia la escuadra á maniobrar y se instruia mejor que en Tolon, donde por lo comun se hallaba inmóvil. «Jamás tendreis marinos, escribia Bonaparte, dejándolos en vuestros puertos.»

De esta manera empleaba Bonaparte el tiempo, mientras duraban las meditadas relaciones del Austria. Pensaba tambien en su posicion militar respecto á esta potencia que habia hecho inmensos preparativos despues de los preliminares de Leoben. Trasladó la mayor parte de sus fuerzas á la Carintia para proteger á Viena y ponerse á cubierto de los golpes de Bonaparte. Levantó toda la Hungria, y hacia tres meses que se ejercitaban en las orillas del Danubio diez y ocho mil ginetes húngaros. De este modo apoyaba las negociaciones de Udina. Bonaparte tenia unos setenta mil hombres de tropa, entre la cual contaba poca caballería. Pedia refuerzos al Directorio para hacer frente al enemigo, y estrechaba sobre todo la ratificacion del tratado de alianza con el Piamonte para lograr diez mil soldados piamonteses que en tanta estima tenia; pero el Directorio no queria enviarle refuerzos, porque la separacion de las tropas hubiera producido infinitas deserciones, y preferia acelerando la marcha del ejército de Alemania, aliviar al de Italia mas bien que reforzarle, vacilando aun en firmar la alianza con el Piamonte, porque no queria autorizar á un trono, cuya

mina natural esperaba y anhelaba. Unicamente envió algunos ginetes á pié, pues habia en Italia con que montarlos y equiparlos.

Privado Bonaparte de los recursos con que habia contado, se veia espuesto á un contratiempo por la parte de los Alpes Julianos. Procuró suplir á toda costa los medios que le negaban. Habia armado y fortificado á Palma-Nova con una actividad estraordinaria, convirtiéndola en una plaza de primer órden, que debia exigir por sí un *largo* asedio. Esta sola circunstancia variaba notablemente su posicion. Habia mandado poner puentes en el Izonzo con sus cabezas para prepararse á desembocar con su acostumbrada velocidad. Si se verificaba el rompimiento antes que entrasen las nieves, esperaba sorprender á los austriacos y desordenarlos á pesar de la superioridad de sus fuerzas, presentándose en breve á las puertas de Viena; pero si el rompimiento se hacia despues de esa estacion, no podia anticiparse á los austriacos, y se veia obligado á recibirlos en las llanuras de Italia, que la estacion les permitia ocupar en *todo* tiempo, y entonces la ofensiva no podria equilibrar la desproporcion numérica. En este caso se consideraba como en peligro.

Por eso deseaba tanto que se terminasen cuanto antes las negociaciones. Despues de la ridícula nota del 18 de julio, por la que los plenipotenciarios habian pedido de nuevo el congreso de Berna y reclamado contra todo lo efectuado en Venecia, Bonaparte habia hecho responderles enérgicamente, probando al Austria que estaba dispuesto á lanzarse de nuevo contra Viena. El 31 de agosto (14 de fructidor), llegaron MM. de Gallo, de Meerweldt

y otro negociador M. Degelmann, empezando al punto las conferencias; pero el objeto era indudablemente prolongar aun este asunto, porque aunque aceptaban otra negociacion separada en Udina, siempre se reservaban verificar un congreso general en Berna. Anunciaban que al punto iba á abrirse el de Rastadt para la paz del imperio, y que sus negociaciones se verificarian al mismo tiempo que las de Udina, lo cual debia complicar estraordinariamente los intereses, y suscitar tantas dificultades como un congreso general en Berna. Bonaparte advirtió que la paz del imperio no debia tratarse hasta despues de la del emperador y declaró que si el congreso se abria, no contasen con la Francia, añadiendo que si para 1.º de octubre no estaba terminada la paz con el emperador, se considerarian nulos los preliminares de Leoben. A este punto habian llegado las cosas, cuando la jornada del 18 de fructidor (4 de setiembre) dejó fallidas todas las esperanzas del Austria. Inmediatamente pasó M. de Cobentzel desde Viena á Udina, y Bonaparte se trasladó á Passeriano, hermosa casa de campo, á poca distancia de Udina, anunciando todo que entonces iba á tratarse con sinceridad. Las conferencias se verificaban alternativamente en Udina en casa de M. Cobentzel, ó en Passeriano en la de Bonaparte. El primero era un hombre sutil y lleno de conocimientos, pero poco lógico, altanero y desabrido. Los otros tres negociadores guardaban silencio, y Bonaparte representaba solo á la Francia despues que se destituyó á Clarke; y como tenia bastante arrogancia, y era afluente é imperioso, podia responder bien al agente austriaco. Aunque era claro que M. de Cobent-

zel llevaba verdadera intencion de negociar, no por eso dejó de ostentar las mas ridículas pretensiones. Cedia á lo sumo el Austria los Paises Bajos, pero no queria asegurarnos los límites del Rin, diciendo que el Imperio era quien debia hacernos esta concesion. En reintegro de las ricas y populosas provincias belgas, el Austria queria posesiones, no en Alemania, sino en Italia. Los preliminares de Leoben la habian adjudicado los estados venecianos hasta el Oglio, es decir, la Dalmacia, la Istria, el Friuli, el Bresciano, el Bergamasco y el Mantuano con la plaza de Mántua; pero estas provincias no la indemnizaban de la mitad de lo que perdia, cediendo la Lombardía y la Bélgica. M. de Cobentzel decia que no era demasiado el cederle, no solo la Lombardía sino tambien Venecia y las legaciones, ni el restablecer al duque de Módena en su ducado.

A toda la facundia de M. de Cobentzel Bonaparte respondia con un imperturbable silencio; y á sus descabelladas pretensiones con otras no menos escesivas, pronunciadas con severo y resuelto tono. Pedia para la Francia la línea del Rin, inclusa Maguncia, y la del Izonzo para la Italia. Entre tan encontradas pretensiones debia adoptarse un medio. Bonaparte, como ya hemos dicho, creyó que cediendo Venecia al Austria (concesion que no se comprendia en los preliminares de Leoben, porque no se trataba entonces de destruir esta república) podria obtener que el emperador atrasase su límite desde el Oglio al Adige; que se diesen á la cisalpina el Mantuano, el Bergamasco y el Bresciano, teniendo asi la frontera del Adige y Mántua; que el emperador reconociese ademas á la Francia

el límite del Rin, y le entregase á Maguncia, accediendo á dejarle las islas Jónicas; Bonaparte resolvió negociar con estas condiciones, pues hallaba en ellas muchas ventajas positivas, y las únicas que podia lograr la Francia por entonces. Al tomar Venecia, el emperador se comprometia en el concepto de la Europa, pues por él habia sido traidora Venecia á la Francia. Al abandonar el Adige y Mántua, el emperador daba gran consistencia á la nueva república italiana; al dejarnos las islas Jónicas nos preparaba el imperio del Mediterráneo; reconociéndonos el límite del Rin, dejaba al imperio sin fuerza para negárnoslo; y entregandonos á Maguncia nos dejaba en completa posesion de este límite, y se comprometia altamente con el imperio, cediéndonos una plaza que era de los príncipes germánicos. Verdad es que con una nueva campaña era segura la destruccion de la monarquía austriaca, ó á lo menos se la obligaba á renunciar la Italia; pero Bonaparte tenia mas de una razon personal para evitar otra campaña. Se hallaba en el mes de octubre, y era tarde para invadir el Austria. El ejército de Alemania, mandado á la sazon por Augereau, lograria grandes ventajas, porque nadie podia hacerle frente. El ejército de Italia tenia sobre sí todas las fuerzas austriacas, y no podia desempeñar el principal papel, viéndose reducido á la defensiva, ni ser el que primero entrase en Viena. Cansado al fin Bonaparte, queria gozar algun tiempo de su inmensa gloria, pues una batalla mas nada añadia á las proezas de dos campañas; cuando por el contrario, firmando la paz, adquiria duplicada gloria, añadiendo á la de guerrero la de negociador, y

siendo el único general de la república que hubiera reunido ambas, porque ninguno habia firmado tratados todavia. Al propio tiempo satisfaria uno de los mas ardientes deseos de la Francia, volviendo á ella con todo género de esplendor. Es cierto que el firmar un tratado sobre estas bases era desobedecer formalmente al Directorio, que exigia la total libertad de Italia; pero Bonaparte conocia que el Directorio no se atreveria á negar la ratificacion del tratado, porque seria chocar con la opinion de la Francia. El Directorio la habia ya ofendido con el rompimiento de Lila, y la ofenderia mucho mas con el de Udina, justificando asi todos los cargos de la faccion realista, que le acusaba de propender á contínua guerra. Bonaparte, pues, conocia que si firmaba el tratado, obligaria al Directorio á ratificarlo, y asi dió osadamente su ultimatum á M. de Cobentzel: Venecia quedaba para el Austria; para la cisalpina el Adige y Mántua; y el Rin y Maguncia, ademas de las islas Jónicas, para la Francia. Verificóse la última conferencia el dia 16 de octubre (25 de *vendimiario* año VI) en Udina y en casa de M. de Cobentzel. Por ambas partes declaraban que se iba á romper, y M. de Cobentzel anunciaba que sus carruages estaban ya dispuestos. Hallábanse sentados al rededor de una larga mesa rectangular; los cuatro agentes austriacos estaban sentados en un lado, y Bonaparte solo en otro. M. de Cobentzel reasumió cuanto habia dicho, defendiendo que si el emperador abandonaba las llaves de Maguncia debia recibir las de Mántua, pues el hacer otra cosa seria deshonrarse; que por lo demas la Francia no habia hecho jamás mejor tratado, ni apeteceria tampoco

otro mas ventajoso; que antes que todo queria la paz, y que sabria juzgar de la conducta de un negociador que sacrificaba el interés y reposo de su patria á su ambicion militar. Bonaparte, permaneciendo sereno y sin turbarse por tan insultante apóstrofe, dejó acabar su discurso á M. de Cobentzel; despues dirigiéndose hácia un velador en que habia una bandeja de porcelana, que dió la gran Catalina á M. de Cobentzel, y este la ostentaba como un objeto precioso, la cogió y la estrelló contra el suelo, pronunciando estas palabras: «Está declarada la guerra; pero acordáos de que «antes de tres meses habré deshecho vuestra mo- «narquía, como deshago ahora esta porcelana.» Este hecho y estas palabras dejaron asombrados á los agentes austriacos. Les saludó, se salió, y subiendo inmediatamente á un coche, mandó á un oficial que fuese á anunciar al archiduque Cárlos que las hostilidades empezarian dentro de veinte y cuatro horas. M. de Cobentzel, intimidado, envió inmediatamente firmado el ultimatum á Passeriano. Una de las condiciones del tratado era la libertad de Lafayette, que hacia cinco años sufria heróicamente su encierro en Olmutz.

Al dia siguiente 17 de octubre (26 de vendimiario), se firmó el tratado en Passeriano; la fecha la pusieron en un pequeño pueblo situado entre los dos ejércitos, aunque no fueron á él porque no habia local á propósito para recibir á los negociadores. Este pueblo era *Campo-Formio*, que dió su nombre á este célebre tratado, el primero que se concluyó entre el emperador y la república francesa.

Se habia convenido en que el emperador, co-

mo soberano de los Paises Bajos y miembro del imperio, reconoceria á la Francia el límite del Rin, entregaria Maguncia á nuestras tropas, y que las islas Jónicas permanecerian como posesion nuestra; que la república cisalpina comprenderia la Romanía, las legaciones, el ducado de Módena, la Lombardía, la Valtelina, el Bergamasco, el Bresciano y el Mantuano, con el límite del Adige y Mántua.

El emperador suscribia ademas á varias condiciones que resultaban de este tratado y de los anteriores que á la república ligaban. Desde luego se obligó á ceder el Brisgaw al duque de Módena en cambio de su ducado, y ademas á interponer su influjo para que Sthathouder obtuviese una indemnizacion en Alemania por la pérdida de Holanda, y otra indemnizacion al rey de Prusia por la pérdida del pequeño territorio que en la izquierda del Rin nos habia cedido. En virtud de estas obligaciones, quedaba afianzado el voto del emperador en el congreso de Rastadt para la solucion de todas las cuestiones que mas importaban á la Francia; y el mismo emperador recibia en cambio de sus cesiones el Friuli, la Istria, la Dalmacia y las Bocas del Cattaro.

Jamás obtuvo la Francia paz mas gloriosa. Habia por fin conseguido sus límites naturales con consentimiento del continente. En la Italia alta se efectuaba una gran revolucion, existiendo un antiguo estado destruido y otro nuevamente fundado, pero el destruido era una aristocracia despótica, enemiga irreconciliable de la libertad, y el fundado una república libremente constituida, y que podia comunicar su institucion á toda la Ita-

lia. Sensible ciertamente era que los austriacos no hubiesen sido arrojados al otro lado del Izonzo, y que no quedasen reunidos á la cisalpina, toda la Italia alta y la misma ciudad de Venecia; resultado que se hubiera obtenido con una campaña mas, pero consideraciones particulares habian estorbado al jóven vencedor efectuarla; el interés personal empezaba á variar los cálculos del grande hombre, y echar un borron en el primero y acaso mejor hecho de su vida.

Bonaparte no podia dudar de la ratificacion del tratado: sin embargo, esperimentaba cierta inquietud porque este tratado era una contravencion formal á las instrucciones del Directorio. Encargó su entrega á su fiel y complaciente gefe de estado mayor Berthier, á quien queria estraordinariamente, el cual no habia ido aun á Francia á disfrutar de los aplausos de los parisienses. Con su acostumbrado tino agregó á un militar un sábio, que era Monge, encargado de elegir los objetos artísticos de Italia, y que á pesar de su ardiente amor á la demagogia, y de su talento geométrico, quedó como tantos otros seducido por el génio, la gracia y la gloria.

En muy pocos dias se pusieron Monge y Berthier en Paris llegando allí á media noche y sacaron de su cama al presidente del Directorio Larevelliere-Lepeaux. Aunque llevaban un tratado de paz, ambos enviados distaban mucho de tener el regocijo y confianza que son comunes en tales circunstancias, y se veian turbados como hombres que tienen que empezar con una confesion desagradable; en efecto tenian que decir que se habia desobedecido al gobierno. Emplearon mu-

chos rodeos oratorios para anunciar el tenor del tratado y disculpar al general. Larevelliere los recibió con toda la atencion que dos tan distinguidos personages merecian, uno de los cuales era un sabio ilustre; pero no se esplicó sobre el tratado, y respondió solo que el Directorio decidiria acerca de él. Al siguiente dia por la mañana se presentó en el Directorio, y habiéndose esparcido por Paris la noticia de la paz, reinaba la mayor alegría, pues aunque no sabian las condiciones, cualesquiera que fuesen, era indudable que serian gloriosas. Ensalzaban á Bonaparte, y ponderaban su doble gloria, entusiasmándose, segun él lo habia previsto, al considerarle pacificador y guerrero, y celebrando como un acto de desinterés militar aquella paz que habia él firmado con tanto egoismo. El jóven general, decian, ha despreciado la gloria de una nueva campaña por dar la paz á su patria.

Fué tan rápida la propagacion del entusiasmo, que hubiera costado mucho trabajo al *Directorio* destruirla, desaprobando el tratado de Campo-Formio. Este tratado era la consecuencia de una desobediencia formal, y no faltaban escelentes razones al Directorio para negarse á ratificarlo, habiendo sido muy importante dar una severa leccion al atrevido jóven, que habia infringido sus terminantes órdenes; ¿pero cómo burlar la espectativa general? ¿cómo atreverse á frustrar por segunda vez la paz, despues de haberla rehusado en Lila? ¿se queria justificar todos los cargos de las víctimas de fructidor; y descontentar la opinion pública? Otro riesgo no menor existia. En efecto, desechando el tratado, Bonaparte presentaba su

dimision, y las nuevas hostilidades de Italia iban á sufrir inevitables reveses; en cuyo caso ¡cuán grande no era la responsabilidad! Por otra parte el tratado tenia grandes ventajas, ofrecia un brillante porvenir, daba mas que el de Leoben á Maguncia y Mántua, y finalmente dejaba libres todas las fuerzas de la Francia, para lanzarse sobre Inglaterra.

Aprobó, pues, el Directorio el tratado, y la alegría fué entonces mayor y mas profunda. Inmediatamente, por un hábil cálculo, trató el Directorio de volver todos los ánimos contra la Inglaterra, el héroe de Italia y sus invencibles compañeros iban á lanzarse de un enemigo á otro, y el mismo dia en que se publicaba el tratado, se nombró en un decreto á Bonaparte general en gefe del ejército de Inglaterra.

Dispúsose Bonaparte á salir de Italia para disfrutar por fin algunos instantes de reposo, y gozar de la mayor gloria que han presenciado los tiempos modernos. Estaba nombrado plenipotenciario en Rastadt, con Bonnier y Treilhard, para tratar de la paz con el imperio. Estaba tambien convenido que en Rastadt hallaria á M. de Cobenzel, con quien cangearia las ratificaciones del tratado de Campo-Formio. Al mismo tiempo debia velar por la ejecucion de las condiciones relativas á la ocupacion de Maguncia. Ya él habia cuidado con su acostumbrada prevision de estipular que las tropas austriacas no entrasen en Palma-Nova, hasta que las suyas hubiesen entrado en Maguncia.

Antes de salir para Rastadt, quiso dejar concluidos los asuntos de Italia. Proveyó los cargos

que restaban en Cisalpina, y arregló las condiciones para permanecer las tropas francesas en Italia, y sus relaciones con la nueva república. Estas tropas debian quedar al mando de Berthier y formar un cuerpo de treinta mil hombres, mantenidos por la Cisalpina, permaneciendo en ella hasta la paz general en Europa. Retiró el cuerpo que tenia en Venecia, y entregó esta ciudad á los austriacos. Viéndose los patriotas venecianos en poder del Austria, se indignaron vivamente. Bonaparte les habia asegurado un asilo en la Cisalpina, estipulando con el gobierno austriaco que tuviesen facultad de vender sus bienes. No agradecieron estos cuidados, y prorumpieron en furiosas y naturales imprecaciones contra el vencedor que los sacrificaba. Villetard, que parecia haberse empeñado por el gobierno francés respecto á ellos escribió á Bonaparte, y este le trató con estraordinaria dureza; por lo demas, no fueron solo los patriotas los que manifestaron sentimiento en esta circunstancia; los nobles y el pueblo que preferirian en otro tiempo el Austria á la Francia, porque amaban los principios de una, y aborrecian los de otra, sintieron despertarse todos sus sentimientos nacionales, y manifestaron un amor á su antigua pátria, que les hizo merecedores del interés que hasta entonces no habian inspirado. La desesperacion fué general; se vió envenenarse á una noble señora, y al antiguo dux caer desfallecido á los pies del oficial austriaco, en cuyas manos prestaba el juramento de obediencia.

Dirigió Bonaparte una proclama á los italianos, en que se despedia de ellos, y les daba sus últimos consejos. Respiraba aquel tono noble, se-

vero, y siempre algo oratorio que sabia dar á su lenguage público «Nosotros os hemos dado la li-«bertad, decia á los cisalpinos, procurad conser-«varla..... para ser de dignos de vuestro destino, «formad leyes sábias y templadas, hacedlas prac-«ticar con fortaleza y energía; favoreced la propa-«gacion de las luces, y respetad la religion. No «admitais en vuestros batallones á gente sin prin-«cipios, sino á ciudadanos que se alimenten con «la idea de la república, y esten íntimamente li-«gados á su posteridad. Necesitais generalmente «penetraros del sentimiento de vuestra fuerza, y «de la dignidad que al hombre libre conviene: di-«vididos y sujetos durante tantos siglos á la «tiranía, no hubiérais conquistado vuestra li-«bertad; pero en pocos años, aunque carezcais de «apoyo, ningun poder de la tierra será bastante «fuerte para quitárosla. Hasta entonces os prote-«jerá la gran nacion de los ataques de vuestros «vecinos, y su sistema político se unirá al vues-«tro.... Os dejaré dentro de breves dias, y solo las «órdenes de mi gobierno, y un inminente peligro «de la república cisalpina me volverán á vuestro «seno.»

Esta última frase era una contestacion á los que decian que trataba de hacerse rey de la Lombardía, siendo así que no habia título en el mundo que él prefiriese entonces al de primer general de la república francesa. Uno de los agentes austriacos le ofreció de parte del emperador un estado en Alemania; mas él respondió que solo queria deber su fortuna al reconocimiento del pueblo francés. ¿Era porque columbraba el porvenir? No, sin duda: pero aunque no fuese mas que primer ciu-

dadano de la república, es claro que á la sazon lo preferia. Los italianos le acompañaron no sin pesar y vieron tristes desvanecerse aquella aparicion brillante. Bonaparte atravesó rápidamente el Piamonte para pasar á Rastadt por la Suiza, y en el camino le prepararon magníficos festejos y obsequios para recibirle á él y á su esposa. Los príncipes y los pueblos querian ver á aquel célebre guerrero, á aquel árbitro de tantos destinos. En Turin habia mandado el rey preparar agasajos con que manifestarle su reconocimiento por el apoyo que por su medio habia tenido en el Directorio. En Suiza fué estremado el entusiasmo de los vaudeses por el libertador de la Valtelina. Varias jóvenes, vestidas de tres colores, le presentaron coronas, y en todas partes estaba inscrita esta máxima tan lisongera á los veudeses: *Un pueblo no puede ser vasallo de otro pueblo*. Bonaparte quiso ver el hosario de Morat, y se halló con multitud de curiosos que le seguian por todas partes. Se disparaban cañonazos en los puntos por donde pasaba, y el gobierno de Berna, que veia con despecho el entusiasmo que inspiraba el libertador de Valtelina, prohibió á sus oficiales que hiciesen salvas, pero no le obedecieron. Al llegar al Rastadt halló Bonaparte á todos los príncipes alemanes impacientes por verle, é inmediatamente hizo que los negociadores franceses adoptasen la actitud que á su mision y cargo correspondian. No quiso recibir á M. de Fersen, elegido por la Suecia para representarla en el congreso del imperio, porque sus relaciones con la antigua córte de Francia hacian impropio el que tratase con la república francesa. Esta negativa produjo notable

sensacion, y probaba el constante esmero de Bonaparte en ensalzar la *gran nacion*, como la llamaba en todas las arengas. Despues de haber cangeado las ratificaciones del tratado de Campo-Formio, y hecho los arreglos necesarios para la entrega de Maguncia, resolvió dirigirse á Paris. No veia cosa graude que discutir en Rastadt, y ademas preveia interminables dilaciones, si habian de ponerse acordes todos aquellos príncipes alemanes. Semejante papel no era de su gusto, y por otra parte estaba cansado é impaciente como era natural por llegar á Paris y subir al Capitolio de la moderna Roma.

Salió de Rastadt, atravesó de incógnito la Francia, y llegó á Paris el 15 de frimario, año VI, por la tarde (5 de diciembre de 1797). Se ocultó en una sencilla casa que habia hecho comprar en la calle de Chantereine; y este hombre cuyo orgullo era ilimitado, tenia todo el arte de una muger para encubrirlo. Cuando la rendicion de Mántua se sustrajo al honor de ver desfilar á Wurmser, y en Paris quiso ocultarse en el mas oscuro retiro. Afectaba en su lenguage, en su trage, y en todas sus costumbres una sencillez que sorprendia la imaginacion de todos y chocaba mucho mas por efecto del contraste. Noticioso todo Paris de su llegada, estaba impaciente por verle, lo cual era muy natural, especialmente entre franceses. El ministro de negocios estrangeros, M. de Talleyrand, á quien desde lejos habia cobrado mucha aficion, quiso ir á visitarle en la misma tarde, pero Bonaparte le pidió permiso para no recibirle, y pasó á verle al siguiente dia por la mañana. El salon del ministerio estaba lleno de grandes per-

somagos, anhelantes por ver al héroe, que silencioso para todo el mundo, descubrió á Bougainville, y se fué derecho á él para decirle aquellas palabras, que saliendo de su boca, debian producir una impresion profunda, afectando ya la aficion de un soberano á un hombre útil y célebre. M. de Talleyrand le presentó al Directorio, y aunque habia motivos de descontento entre el general y los directores, la entrevista fué, sin embargo, sumamente afectuosa. Convenia al Directorio aparentar satisfaccion y al general deferencia, pues por lo demas los servicios eran tan grandes y la gloria tan sublime, que la admiracion debia reemplazar al descontento. El Directorio dispuso una fiesta triunfal para la entrega del tratado de Campo-Formio, que se verificó, no en el salon de las audiencias, sino en el patio grande del Luxemburgo. Preparóse todo para hacer esta solemnidad, una de las mas imponentes de la revolucion. Los directores se hallaban en el fondo del patio, en un estrado, y vestidos con trage romano. Al rededor de ellos los ministros, los embajadores, los individuos de ambos consejos, la magistratura y los gefes de las administraciones que se hallaban colocados en asientos en forma de anfiteatro. Al rededor del patio se alzaban á trechos magníficos trofeos, formados por las innumerables banderas tomadas al enemigo; sus paredes estaban adornadas con hermosas colgaduras tricolores; las galerías, ocupadas por la mas brillante sociedad de la capital, y en su recinto los coros de música. Al rededor del palacio habia infinita artillería para acompañar con su estruendo á los acentos de la música y al ruido de los aplau-

sos. Chenier habia compuesto para este dia uno de sus mejores himnos.

Era el 20 de frimario, año VI (10 de diciembre de 1797). El Directorio, los funcionarios públicos y todos los asistentes se hallaban en sus respectivos puestos, aguardando impacientes al hombre ilustre que muy pocos habian visto. Entró acompañado de M. de Talleyrand, encargado de presentarle, porque entonces se felicitaba al negociador. Todos los contemporáneos, admirados de aquella estatura pequeña, de aquel rostro pálido y romano y de aquella ardiente mirada, nos cuentan aun diariamente el efecto que producia, y la indefinible idea de génio y autoridad que en la imaginacion dejaba. La sensacion fué estraordinaria, pues por todas partes se alzaron unánimes aclamaciones al ver á aquel sencillo personage, ilustrado con tan alta fama, gritando: *viva la república! viva Bonaparte!* Tomó despues la palabra M. de Talleyrand, y en un discurso agudo y conciso procuró recordar la gloria del general, no con respecto á él, sino á la revolucion, á los ejércitos y á la *gran nacion*. En esto pareció ser condescendiente con la modestia de Bonaparte, y adivinar con su acostumbrado talento, como queria el héroe que hablasen de él, cuando él estaba delante. Despues habló de lo que, segun él decia, *podia llamarse su ambicion;* pero recordando su antigua inclinacion á la sencillez, su amor á las ciencias abstractas, sus lecturas favoritas, y aquel sublime Ossian en que aprendió á separarse de la tierra, dijo que algun dia convendria tal vez procurar arrancarle de su estudioso retiro. Lo que acababa de decir M. de Ta-

lleyrand, lo decian todos, é iba á verse reproducido con motivo de tan gran solemnidad. Todo el mundo decia y repetia que el jóven general no tenia ambicion; tanto temian que la tuviese. Bonaparte habló despues de M. de Talleyrand, y pronunció con tono firme las frases sueltas siguientes:

«Ciudadanos:

«El pueblo francés tenia que combatir á los «reyes para ser libre.

«Tenia que vencer diez y ocho siglos de preo«cupaciones para lograr una constitucion apoyada «en la razon.

«La constitucion del año III, y habeis triun«fado de todos estos obstáculos.

«La religion, el feudalismo y el trono, hace «veinte siglos que han gobernado sucesivamente «la Europa; pero la era de los gobiernos repre«sentativos se cuenta desde la paz que acabais de «concluir.

«Habeis logrado organizar la gran nacion, cu«yo ancho territorio está circunscrito, porque la «misma naturaleza le ha puesto límite.

«Habeis hecho mas. Las dos partes mas her«mosas de la Europa, tan célebres en otro tiem«po por las artes, ciencias y génios de que fue«ron cuna, ven con la mayor esperanza salir «de la tumba de sus mayores el génio de la li«bertad.

«Son dos pedestales en que el destino va á «apoyar dos poderosas naciones.

«Tengo el honor de entregaros el tratado fir«mado en Campo-Formio y ratificado por S. M. «el emperador.

«La paz asegura la libertad, la prosperidad y «la gloria de la república.

«Cuando la felicidad del pueblo francés estri«be en mejores leyes orgánicas, la Europa toda «quedará libre.

Apenas acabó este discurso cuando resonaron de nuevo los aplausos. Barrás, presidente del Directorio, respondió á Bonaparte, pero su discurso pesado, difuso é intempestivo, ensalzaba mucho la modestia y sencillez del héroe, y contenia un acertado homenage á Hoche, el supuesto rival del vencedor de Italia.—¿Por qué no está aquí Hoche, decia el presidente del Directorio, para ver y abrazar á su amigo?—En efecto, Hoche habia defendido á Bonaparte con generoso ardor en el año último. Segun el nuevo impulso dado á los ánimos, Barrás proponia nuevos lauros al héroe, y le invitaba á conquistarlos en Inglaterra. Despues de estos tres discursos, se cantó en coro el himno de Chenier, acompañado de una magnífica orquesta. En seguida se acercaron dos generales acompañados por el ministro de la guerra, el valiente Joubert, héroe del Tirol, y Andreossy, uno de los mas distinguidos oficiales de artillería. Se adelantaban conduciendo una admirable bandera, que era la que el Directorio acababa de dar al ejército de Italia al fin de la campaña; el nuevo oriflama de la república. Estaba lleno de caracteres de oro, que decian lo siguiente: *El ejército de Italia ha hecho ciento cincuenta mil prisioneros; ha ganado ciento setenta banderas, quinientas cincuenta piezas de artillería de sitio, seiscientas de campaña, cinco útiles de puentes, nueve navíos, doce fragatas, doce corbetas y diez y ocho galeras,*

—Armisticios con los reyes de Cerdeña y de Nápoles, con el Papa y con los duques de Parma y de Módena.—Preliminares de Leoben.—Convenio de Montebello con la república de Génova.—Tratados de paz de Tolentino y de Campo-Formio.—Libertad dada á los pueblos de Bolonia, Ferrara, Módena, Massa-Carrara, Romanía, Lombardía, Brescia, Bergamo, Mántua, Crémona, parte del Veronés, Chiavenna, Bormio y la Valtelina; á los pueblos de Génova, á los feudos imperiales, á los pueblos de los departamentos de Córcega, del mar Egeo é Itaca. —Remitidas á Paris las obras maestras de Miguel Angel, el Guerchino, el Ticiano, Pablo Veronés, el Correggio, Albano, los Caraches, Rafael, Leonardo de Vinci, etc.—Triunfos en diez y ocho batallas campales, MONTENOTTE, MILLÉSIMO, MONDOVI, LODI, BORGHETTO, LONATO, CASTIGLIONE, ROVEREDO, BASSANO, SAINT-GEORGES, FONTANANIVA, CALDIERO, ARCOLE, RÍVOLI, LA FAVORITA, EL TAGLIAMENTO, TARWIS Y NEUMARCKT.*—Sesenta y siete refriegas trabadas.*

Hablaron tambien á su vez Joubert y Andreossy y recibieron una respuesta lisongera del presidente del Directorio, y despues fueron á recibir un abrazo suyo. En el momento en que Bonaparte recibió el de Barrás, se precipitaron tambien en sus brazos los otros cuatro directores, como por un movimiento involuntario, y resonó el aire con aclamaciones unánimes. El pueblo agolpado en las calles inmediatas, no cesaba de gritar, asi como de rugir la artillería, hallándose todos los ánimos enagenados. He aquí como la Francia se arrojó en los brazos de un hombre estraordinario! No culpemos la debilidad de nuestros pa-

dres, porque si todavía nos trasporta de gozo aquella gloria que no ha llegado á nosotros sino por entre las nubes del triunfo y de las desgracias, repitamos con Eschilo: *¿qué sería si hubiéramos visto al mónstruo mismo?*



CAPÍTULO XII.

El general Bonaparte en Paris; sus relaciones con el Directorio.—Proyecto de desembarco en Inglaterra.—Relaciones de la Francia con el continente.—Congreso de Rastadt. Causas de la dificultad de las negociaciones —Revolucion en Holanda, Roma y Suiza.—Situacion interior de la Francia; elecciones del año VI; escisiones electorales; Nombramiento de Treilhard para el Directorio.—Espedicion á Egipto, sustituida por Bonaparte al proyecto de desembarco; preparativos de esta espedicion.

Brillantes fueron las fiestas que se siguieron al recibimiento triunfal que el Directorio habia hecho al general Bonaparte, asi individualmente por los directores como por los miembros de los consejos y los ministros, procurando cada cual esceder-se en magnificencia. La que mas agradó al héroe de aquellos obsequios fué la que le dió el ministro de negocios estrangeros, inspirándole una viva pasion por la antigua elegancia francesa. En medio de esta ostentacion se mostraba sencillo, afable aunque severo, indiferente casi al placer, y buscando entre la multitud á los hombres útiles y famosos para hablar con ellos de las artes ó ciencias en que se habian distinguido. Los hombres mas célebres tenian por un honor que les distinguiese el general Bonaparte.

No tenia el jóven general otra instruccion que la que era propia en un oficial que hacia poco ha-

bia salido de las escuelas militares; pero gracias al instinto del génio, sabia hablar de las materias que le eran mas ignoradas, y soltar algunos de aquellos chispazos atrevidos, pero originales, que suelen tenerse por impertinencias en los ignorantes, y que en los hombres superiores, y espresados con su estilo, causan ilusion y hasta seducen á los mas sobresalientes. Notaban con admiracion aquella facilidad en tratar de todas materias, y los periódicos que hablaban de las menores circunstancias relativas á la persona del general Bonaparte, que contaban las casas en que habia comido, el semblante que habia manifestado, y si estaba alegre ó triste; los periodicos decian que comiendo en casa de Francisco de Neufchateau, habia hablado de matemáticas con Lagrange y La Place; de metafísica con Sieyes, de poesía con Chenier, de legislacion y derecho público con Daunou. En general se atrevian á dirigirle pocas preguntas cuando estaban en su presencia, pero anhelaban vivamente que hablase de sus campañas. Si alguna vez lo hacia, jamás trataba de sí, sino de su ejército, de los soldados y del valor republicano; pintaba la agitacion, los trances de las batallas, y hacia sentir vivamente el momento decisivo, el modo de aprovecharse de él, trasportando á los que le escuchaban con sus narraciones claras, sorprendentes y dramáticas. Si sus hazañas anunciaron un gran capitan, sus conversaciones revelaban un talento original, fecundo, sucesivamente vasto ó preciso, y siempre seductor, cuando se enardecia. Habia conquistado á la multitud con su gloria, y con sus palabras empezaba á cautivar uno por uno á los primeros hombres de Francia; y asi el embeleso, ya sobrado grande, se hacia mayor

despues de haberle visto. Hasta los restos de orígen estrangero, que aun no habia borrado en él el tiempo, contribuian á producir este efecto. La singularidad realza siempre el prestigio del génio, especialmente en Francia, donde en medio de la mayor uniformidad de costumbres se busca apasionadamente lo que es estraño. Bonaparte afectaba huir del bullicio y vivir retirado, y á veces recibia mal las demostraciones demasiado vivas de entusiasmo. Madama de Stael, que amaba y tenia derecho á amar la grandeza, el génio y la gloria, vivia impaciente por ver á Bonaparte y manifestarle su a lmiracion. Como hombre imperioso que quiere que todo el mundo se ponga en su verdadero lugar, llevó á mal que saliese á veces de su posicion, y la creyó demasiado sábia y exaltada; presintiendo su independencia en médio de su admiracion, y tratándola con frialdad, dureza é injusticia. Le preguntó un dia con muy poco artificio cuál era en su concepto la muger primera, y él la respondió con sequedad: *la que ha tenido mas hijos*. Desde entonces empezó aquella recíproca antipatía que le causó á ella tormentos tan injustos, y que le hizo cometer á él actos de una tiranía ruin y brutal. Salia muy poco; vivia en su pequeña casa de la calle de Chantereine que habia variado de nombre, y que el departamento de Paris hizo llamar calle *de la Victoria*. No veia mas que á algunos sábios, Monge, Lagrange, La Place y Berthelet; á algunos generales como Desaix, Kleber y Caffarelli, y á algunos artistas, especialmente al célebre actor que acaba de perder la Francia, Talma, á quien tenia entonces una aficion particular. Salia por lo comun en un carruage muy sencillo, é iba al tea-

tro á un palco enrejado, pareciendo que no participaba de ninguno de los disipados gustos de su esposa. La manifestaba un estremo cariño, pues vivia subyugado por aquel encanto que asi en la vida particular como en el trono no abandonó nunca á madama de Beauharnais, y que suplia en ella á la hermosura.

Acababa de quedar vacante una plaza en el Instituto por el destierro de Carnot, y se apresuraron á ofrecérsela, y él á aceptarla, sentándose el dia de la admision entre Lagrange y La Place, y no dejando jamás de llevar en las ceremonias el trage de individuo del Instituto, afectando ocultar así al guerrero bajo el vestido del sábio.

Tan inmensa gloria debia infundir naturalmente recelo á los gefes del gobierno, que no teniendo por sí ni antigua gerarquía, ni grandeza personal, se hallaban enteramente eclipsados por el guerrero pacificador: sin embargo, le mostraban las mayores atenciones y él les correspondia con gran respeto. El sentimiento que mas preocupa es por lo comun aquel de que menos se habla, y el Directorio estaba muy lejos de manifestar ninguno de sus temores. Recibia muchas noticias de sus espías, que iban á los cuarteles y lugares públicos á escuchar lo que de Bonaparte se hablaba, y se decia que debia ponerse en breve al frente de los negocios, derribar un gobierno débil, y salvar asi la Francia de los realistas y jacobinos. El Directorio aparentando franqueza, le manifestaba estas circunstancias, y fingia mirarlas con desprecio, como si hubiese creido incapaz de ambicion al general, el cual no menos disimulado, recibia con agradecimiento estos obsequios, asegurando ser

digno de la confianza que le dispensaban. Pero por una y otra parte se miraban con suma desconfianza. Si los espías de la policía hablaban de proyectos de usurpacion al Directorio, los oficiales que cercaban al general le hablaban de envenenamiento. La muerte de Hoche habia despertado absurdas sospechas; y el general, que aunque exento de temores pueriles, era sin embargo prudente, tomaba las mayores precauciones cuando comia en casa de algun director. Comia poco, y solo *gustaba* de los manjares que veia comer al mismo director y del vino que este bebia.

Gustaba mucho Barrás de dar á entender que era el autor de la fortuna de Bonaparte, y que no siendo ya su protector, era sin embargo su *amigo*. Manifestaba en particular mucho afecto á su persona, y procuraba convencerle con su acostumbrada ligereza de su afecto, separándose con gusto de sus cólegas, y afectando no avenirse con ellos. Bonaparte hacia poco caso del aprecio de este director, y con ninguna especie de confianza *correspondia* á su servilismo.

Solian consultar frecuentemente á Bonaparte en varios asuntos. Le enviaban un ministro para llamarle al Directorio; pasaba él, se sentaba al lado de los directores, y emitia su opinion con aquel tino que le distinguia en la administracion y en el gobierno como en la guerra. Afectaba en política una tendencia de ideas que correspondia con la posicion en que se hallaba. Al siguiente dia del 18 de fructidor le hemos visto, dado una vez el impulso y asegurada la ruina de la faccion realista, detenerse de repente, y no querer prestar al gobierno mas apoyo que el exactamente necesario para im-

pedir que se reprodujese la monarquía. Logrado esto, no queria parecer que se unia con el Directorio, pues deseaba permanecer aislado y á la vista de todos los partidos, sin vivir ligado ni enemistado con ninguno. La posicion que á su ambicion convenia era la actitud de un censor; cargo muy fácil respecto á un gobierno atacado en sentido contrario por todas las facciones, y siempre espuesto á precipitarse, y ventajoso ademas, porque reune á todos los descontentos, es decir, á todos los partidos, que en breve se cansan del gobierno que trata de reprimirlos sin tener fuerza bastante para sujetarlos. Las proclamas de Bonaparte á los cisalpinos y genoveses sobre las leyes que se habian querido dar contra los nobles, bastaron para indicar su actual direccion de ideas. Se veia, y bastante lo manifestaban sus discursos, que vituperaba la conducta observada por el gobierno á consecuencia del 18 de fructidor. Naturalmente debieron los patriotas adquirir cierto ascendiente despues de este acontecimiento; y el Directorio, aunque no se hallaba dominado por ellos, cedia algun tanto á su influjo, como se veia en sus elecciones, providencias y espíritu. Bonaparte, aunque guardaba mucha reserva, dejaba entreveer su aprobacion al rumbo que seguia el gobierno, y parecia mirarle como débil, incapaz, y dejándose batir por una faccion despues de haberlo sido por otra; en una palabra, era evidente que no tenia sus opiniones. Se condujo de modo, que al probar que queria oponerse al restablecimiento del trono, no queria sin embargo aceptar la revolucion y sus actos. Acercábase ya el aniversario del 21 de enero, y hubo que negociar con él para que se presentase

en la funcion que iba á celebrarse por quinta vez. Llegó á Paris en diciembre de 1797, cuando empezaba el año 1798 (nivoso y pluvioso, año VI). No queria asistir á la ceremonia, como si hubiese desaprobado el acto que se celebraba, ó querido hacer alguna cosa en favor de los hombres, cuyas voluntades se habia enagenado por sus proclamas del 18 de fructidor, y por el bombardeo del 13 de vendimiario. Se pretendia que figurase bajo todos aspectos. General en gefe en otro tiempo del ejército de Italia, y plenipotenciario de la Francia en Campo-Formio, era á la sazon uno de los plenipotenciarios del congreso de Rastadt, y general del ejército de Inglaterra, y debia por lo tanto asistir á las solemnidades de su gobierno. Decia que no eran estas cualidades que le precisasen á figurar, y que desde entonces, siendo voluntaria su presencia se tomaria por un asentimiento que él no queria prestar, y hubo que transigir. El Instituto debia asistir en cuerpo á la ceremonia, y él se mezcló entre sus individuos, para parecer que cumplia con un deber. Entre todos los conceptos que á su favor tenia, el mas cómodo era seguramente el de individuo del Instituto, del cual sabia servirse muy á tiempo.

Pronto se da á conocer el poder naciente. Bonaparte se veia ya rodeado de infinitos oficiosos y aduladores que le preguntaban si trataba de limitarse á mandar los ejércitos, y si no tomaria por fin parte en el gobierno de los negocios, como su prestigio y su génio político merecian; y sin saber lo que podia ni debia ser, se persuadia él de que era el primer hombre de su siglo. Al ver el influjo de Pichegrú en los Quinientos, y el de Barrás en

el Directorio, tenia motivos para creer que podria hacer un papel brillante en política; mas todavia no hallaba ninguno que le cuadrase. Era demasiado jóven para director, pues se necesitaba tener cuarenta años, y él no contaba aun treinta. Mucho se hablaba de dispensa de edad; pero esta concesion que debia obtener, alarmaria á los republicanos. les haria alzar el grito, y no valdria los disgustos que le ocasionase. Asociarse como una quinta persona al gobierno, no tener mas que un voto en el Directorio, y afanarse en luchar con unos consejos independientes todavía, era un honor que no deseaba, ni merecia tomarse el trabajo de provocar una ilegalidad por tan pequeño resultado. La Francia tenia que batir aun á un poderoso enemigo, la Inglaterra; y aunque Bonaparte se veia lleno de gloria, le convenia mejor conquistar nuevos laureles, y dejar que se deslustrase mas el gobierno en su trabajosa pugna contra los partidos.

Ya hemos dicho que el mismo dia en que se supo en Paris haberse firmado el tratado de Campo-Formio, queriendo el Directorio inclinar la opinion contra la Inglaterra, creó al punto un ejército llamado *de Inglaterra* y dió el mando al general Bonaparte. El gobierno pensaba franca y sinceramente tomar la senda mas breve para atacar á aquella nacion donde queria practicar un desembarco, y la audacia de los ánimos en aquella época hacia muy factible semejante empresa. La espedicion que se habia ya intentado contra Irlanda manifestaba que podia efectuarse el tránsito á favor de las nieblas ó de un favorable viento, y no se creia que la nacion inglesa, á pesar de todo su patriotismo, no teniendo todavía ejército, pudiese resis-

tir á los admirables soldados de la Italia y el Rin, y mucho menos al génio del vencedor de Castiglione, Arcole y Rivoli. El gobierno solo queria dejar veinte y cinco mil hombres en Italia, é internar todos los demas; y por lo que hacia al grande ejército de Alemania, compuesto de los del Rin y del Sambre y Mosa, iba á reducirlo á la fuerza necesaria para imponer respeto al imperio durante el congreso de Rastadt, y encaminar el resto hácia las costas del Océano. La misma direccion se daba á todas las tropas disponibles. Los generales de ingenieros recorrian las costas para elegir los mejores puntos de desembarco; se habian dado órdenes para reunir algunas escuadras en los puertos, y en toda la marina reinaba estraordinaria actividad. Se estaba esperando que al menor viento se alejase la escuadra inglesa que bloqueaba la bahía de Cádiz, y que la marina española pudiera ir á unirse con la francesa; en cuanto á la de Holanda, que se lisongeaban de que se uniria á la nuestra, acababa de sufrir un terrible descalabro á la vista del Tegel, y volvió hecha astillas á los puertos de Holanda, pero las marinas española y francesa bastaban para proteger el paso de una escuadrilla y asegurar el trasporte de sesenta ú ochenta mil hombres á Inglaterra. Tambien se habia pensado para asegurar mejor todos estos preparativos en procurarse nuevos recursos de hacienda, ya que el presupuesto fijado como hemos visto en seiscientos diez y seis millones para el año VI, no era bastante para un armamento estraordinario. Se trataba de que entrase el comercio en una empresa que tanto le interesaba, y se propuso un empréstito voluntario de ochenta

millones que debian hipotecarse sobre el estado. Parte de las ganancias de la espedicion debia convertirse en premios, sorteables entre los prestamistas. El Directorio hizo que le pidiesen las proposiciones de este empréstito los principales negociantes, y se sometió el proyecto al cuerpo legislativo pareciendo que se presentaba bien desde los primeros dias, y se recibieron suscriciones por quince ó veinte millones. El Directorio no solo dirigia sus esfuerzos, sino tambien sus rigores contra la Inglaterra. Por una ley se prohibia la entrada de géneros ingleses; logró autorizacion para usar de visitas domiciliarias que los descubriesen, y las hizo practicar en toda la Francia el mismo dia y á la misma hora, que fué el 4 de enero.

Aparentaba Bonaparte proteger este gran movimiento y acomodarse á él, pero en realidad el proyecto le alhagaba poco. Marchar sobre Lóndres, penetrar en él y disparar sesenta mil hombres contra Inglaterra, no le parecia muy árduo; pero sí creia que seria imposible conquistar el pais y permanecer en él; únicamente podria asolarlo, quitarle parte de sus riquezas, reducirle y aniquilarlo por medio siglo; pero sacrificaria en él al ejército que llevase y volveria casi solo despues de una especie de invasion bárbara. Mas tarde, teniendo poder mas inmenso, mas esperiencia de sus recursos, y un medio totalmente personal contra la Inglaterra, pensó sériamente en luchar cuerpo á cuerpo con ella, y arriesgar su fortuna por arruinarla; pero á la sazon tenia otras ideas y muy distintos proyectos. Una razon habia especialmente que le separaba de esta empresa; los preparativos

exigian muchos meses todavía, iba á llegar la primavera, y era necesario esperar á las nieblas y vientos del próximo invierno para intentar el desembarco. Por otra parte no queria permanecer un año en Paris ocioso, sin acrecentar sus proezas, y desmereciendo de su opinion en el hecho de no remontarla mas. Meditaba, pues, otro proyecto distinto, tan gigantesco como el desembarco en Inglaterra, pero mas singular, de mas vastas consecuencias, mas conforme á su imaginacion y sobre todo mas inmediato. Hemos visto que en Italia reflexionaba mucho sobre el Mediterráneo; que habia creado una especie de marina; que en la division de los estados venecianos cuidó de reservar para Francia las islas de la Grecia; que habia urdido ciertas intrigas con Malta, con la esperanza de arrebatarla á los caballeros y á los ingleses, y finalmente, que mas de una vez habia dirigido su contemplacion hácia Egipto, como el punto intermedio que debia ocupar la Francia entre Europa y Asia, para asegurarse el comercio de Levante ó de la India. Esta idea se apoderó de su imaginacion, y no abrigaba mas pensamiento. En el ministerio de negocios estrangeros existian preciosos documentos sobre el Egipto y su importancia colonial, marítima y militar, é hizo que se los remitiese M. Talleyrand, poniéndose inmediatamente á devorarlos. Obligado á recorrer las costas del Occéano para la ejecucion del proyecto sobre la Inglaterra, ocupó su carruage con apuntes, viages y memorias sobre el Egipto. Asi, aunque parecia obedecer á los deseos del Directorio, meditaba en otra empresa, y mientras personalmente se hallaba sobre las playas y bajo el cielo de la antigua

Batavia, su imaginacion discurria por las riberas del Oriente. Columbraba un confuso é ilimitado porvenir; y el engolfarse en aquellos paises radiantes de gloria, donde Alejandro y Mahoma habian vencido y fundado imperios, hacer resonar en ellos su nombre, y trasmitirle á Francia, repetido por los ecos del Asia, era para él una perspectiva encantadora.

Empezó pues á recorrer las costas del Occéano durante los meses de enero y febrero de 1798, dando una escelente direccion á los preparativos de desembarco, pero totalmente entregado á otros pensamientos y proyectos.

Mientras la república dirigia todas sus fuerzas contra la Inglaterra, tenia que arreglar aun en el continente intereses de gravedad, siendo inmensa su influencia política. Tenia que tratar en Rastadt con el imperio, es decir, con el feudalismo; tenia que dirigir por nuevo rumbo á tres repúblicas, hijas suyas, la bátava, la cisalpina y la liguriana. Colocado al frente del sistema democrático, y en presencia del sistema feudal, tenia que evitar el choque entre ambos, para que no se reprodujese la lucha que con tanta gloria acababa de terminar, aunque no sin terribles esfuerzos. Tal era su destino, que no ofrecia menos dificultades que el embestir y arruinar á la Inglaterra.

Dos meses hacia que se habia reunido el congreso de Rastadt. Bonnier, hombre de gran talento, y Treilhard, íntegro, pero brusco, representaban á la Francia. Bonaparte, en los pocos dias que habia asistido al congreso, se convino de oculto con el Austria en arreglar lo necesario para la ocupacion de Maguncia y la cabeza del puente de

Manheim. Se habia resuelto que se retirasen las tropas austriacas al acercarse las francesas, y dejasen á las milicias del imperio, debiendo apoderarse entonces de Maguncia las tropas francesas, y de la cabeza del puente de Manheim, bien fuese intimidando á las milicias del imperio, que se verian solas, bien arrojándose al asalto, que fué lo que se ejecutó. Viéndose abandonadas de los austriacos las tropas del elector, entregaron á Maguncia; y aunque las que se hallaban en la cabeza del puente de Manheim quisieron oponer resistencia, se vieron por fin obligadas á ceder, y sin embargo, quedaron sacrificados algunos centenares de hombres. Era evidente, segun estos acontecimientos, que conforme á los artículos secretos del tratado de Campo-Formio, el Austria reconocia á la república la línea del Rin, puesto que consentia en asegurarle los puntos mas importantes. Convínose ademas en que el ejército francés dejaria durante las negociaciones la orilla derecha del Rin, y pasaria otra vez á la izquierda desde Basilea hasta Maguncia, en cuyo punto volveria á ocupar la orilla derecha, pero bajando siempre el Mein, y sin traspasar sus orillas. Los ejércitos austriacos debian retirarse al otro lado del Danubio y hasta el Lech, y evacuar las plazas fuertes de Ulm, Ingolstadt y Filisburgo. Su posicion respecto al imperio era poco mas ó menos semejante á la de los ejércitos franceses; y la diputacion del imperio iba á deliberar de este modo entre dos líneas de soldados. El Austria no cumplió francamente con los artículos secretos, porque fingiendo disimular, dejó guarniciones en Filisburgo, Ulm é Ingolstadt. La Francia pasó por alto esta infraccion del trata-

do, para no perturbar la buena armonía, y se trató despues de enviar recíprocamente embajadores. El Austria respondió que por entonces era suficiente comunicarse por medio de los ministros que tenian ambas potencias en el congreso de Rastadt, lo cual no era mostrar gran deseo de entablar amistosas relaciones con la Francia; pero despues de sus derrotas y humillaciones, se comprendia y perdonaba este resto de indignacion por parte del Austria.

Las primeras esplicaciones entre la diputacion del imperio y los ministros del Austria fueron bastante amargas Porque aquella se quejaba de que estos hubiesen contribuido á despojarla reconociendo la línea del Rin para la república, y entregando pérfidamente Maguncia, y la cabeza del puente de Manheim; sobre todo de que despues de haber arrastrado el Austria al imperio en su contienda, le abandonaba, y entregaba sus provincias para adquirir en cambio posesiones en Italia. Los ministros del emperador respondian que se habia recurrido á la guerra por los intereses del imperio, y por defender á los príncipes arraigados en Alsacia; que despues de haber tomado las armas por interés suyo, habia hecho estraordinarios esfuerzos durante seis años seguidos, viéndose abandonado sucesivamente por todos los estados de la confederacion, que casi habia sostenido por sí todo el peso de la guerra, y perdido en la lucha parte de sus estados, especialmente las ricas provincias de la Bélgica y la Lombardía, debiendo recibir en premio de tantos esfuerzos, ingratamente pagados, reconocimiento y no quejas. Lo cierto era que el emperador habia tomado por pretesto

para la guerra á los príncipes radicados en Alsacia; que la habia sóstenido únicamente por ambicion, que habia comprometido á pesar suyo á la confederacion germánica, y que á la sazon le era infiel para indemnizarse á costa suya. Despues de acaloradas esplicaciones que á nada condujeron, fué preciso pasar adelante, y tratar de la base de las negociaciones. Los franceses querian la orilla izquierda del Rin; y para indemnizar de sus estados á los príncipes desposeidos, les proponian el medio de las secularizaciones. El Austria, que no contenta con haber adquirido la mayor parte del territorio veneciano, queria reintegrarse todavía con algunos obispados, y ademas andaba en secretos tratos con Francia; la Prusia, que se habia convenido con la misma Francia en indemnizar en la orilla derecha, del ducado de Cleveris, que habia perdido en la izquierda; los príncipes desposeidos, que preferian adquirir estados en la orilla derecha, protegidos por la proximidad de los franceses, á recobrar sus antiguos principados; todos en fin votaban igualmente porque se cediese la línea del Rin, y se empleasen las secularizaciones, como medio de indemnizacion. El imperio, pues, dificilmente podria luchar contra tantas voluntades juntas; sin embargo, como los poderes dados á la diputacion tenian por condicion espresa la integridad del imperio germánico, los plenipotenciarios franceses declararon reducidos é insuficientes los poderes, y exigieron otros. La diputacion logró que se los renovase la dieta, pero aunque tenia ya facultad para conceder la línea del Rin, y renunciar á la orilla izquierda, se obstinó sin embargo en defenderla. Daba muchas razones,

porque estas no faltan nunca.—El imperio germánico, decia la diputacion, no habia sido el primero en declarar la guerra. Mucho antes de que se hubiese verificado esta declaracion por la dieta de Ratisbona, Custine habia sorprendido á Maguncia, é invadido la Franconia, de modo que no habia hecho mas que defenderse. La privacion de una parte de su territorio trastornaba su constitucion, y comprometia su existencia, que interesaba á toda Europa. Las provincias de la orilla izquierda, de que querian privarla, eran de mediana importancia para un estado tan vasto como era ya la república francesa. La línea del Rin podia sustituirse por otra línea militar, el Mosela por ejemplo. Finalmente la república renunciaba por tan miserables ventajas á la hermosa, pura y honorífica gloria de la moderacion política.—Por consiguiente, la diputacion proponia abandonar todo lo que habia poseido el imperio al otro lado del Mosela, y tomar por límite este rio. A semejantes razones tenia la Francia otras mejores que oponer.—Indudablemente habia tomado la ofensiva, y empezado de hecho la guerra; pero la verdadera guerra, la de intencion, maquinaciones y preparativos, el imperio era quien la habia empezado. Los emigrados habian sido acogidos y organizados en Tréveris y Coblenza, desde donde debian partir las huestes encargadas de humillar, embrutecer, y desmembrar á la Francia. En vez de haber quedado esta vencida, era vencedora, y se aprovechaba de su suerte, no para devolver el mal que habian querido hacerla, sino para indemnizarse de la guerra que le habian hecho, exigiendo su verdadero límite natural, la línea del Rin.

Se disputaba, pues, porque siempre dan márgen á contestaciones aun las concesiones mas inevitables; pero era evidente que la diputacion iba á ceder la orilla izquierda y solo hacia esta resistencia para obtener mejores condiciones en otros puntos en cuestion. Tal era el estado de las negociaciones en Rastadt en el mes de pluvioso, año VI, (febrero de 1798).

Augereau, á quien el Directorio habia dado el mando del ejército de Alemania para librarse de él, se asoció con los mas obstinados jacobinos. Solo podia infundir recelo al imperio, que mas que todo temia el contagio de los nuevos principios, y se quejaba de los incendiarios escritos que por Alemania circulaban. Fermentaban en Europa tantas imaginaciones, que no era necesario suponer la intervencion francesa para esplicar la abundancia de escritos revolucionarios; pero interesaba al Directorio evitar todo motivo de queja, y por otra parte estaba disgustado de la turbulenta conducta de Augereau, á quien quitó el mando y le envió á Perpiñan con el pretesto de reunir allí un ejército que se decia estar destinado á obrar contra Portugal. Esta córte, instigada por Pitt, no habia ratificado el tratado hecho con la república, y se le amenazaba con un golpe por ser aliado de la Inglaterra. Por lo demas solo era una vana demostracion, y la comision dada á Augereau, una destitucion encubierta.

Ademas de las relaciones directas que la Francia acababa de entablar con las potencias europeas, tenia, como hemos visto, que dirigir á las nuevas repúblicas. Estas se hallaban naturalmente combatidas por opuestos bandos, y el deber de la

Francia era libertarlas de los trastornos que ella misma habia esperimentado. Ademas ella se hallaba destinada y pagada al efecto, y tenia ejércitos en Holanda, la Cisalpina y la Liguria, sostenidos por cuenta de estas repúblicas, y si por no parecer que atentaba contra su independencia, les dejaba entregadas á sí mismas, corrian riesgos de una contra-revolucion ó de un desenfrenado jacobinismo. En el primer caso peligraba el sistema republicano; en el segundo la conservacion de la paz general. Los jacobinos, dueños de Holanda, eran capaces de indisponer á la Prusia y la Alemania, y por su dominacion en la Liguria y Cisalpina, de trastornar la Italia y llamar á nueva lid al Austria. Era, pues, preciso, templar la marcha de estas repúblicas, pero al mismo tiempo se esponian á otro inconveniente. La Europa se quejaba de que la Francia hubiese hecho á los holandeses, cisalpinos y genoveses súbditos mas bien que aliados, y la hacia cargos de que aspiraba al señorío universal. Era pues, preciso elegir agentes que tuviesen exactamente la variedad de opinion que convenia al pais en que debian residir, y sobrado tino para descargar el castigo de la Francia, sin que se advirtiera. Habia pues, como vemos, dificultades de toda especie que vencer para que se sostuviesen sin chocar los dos sistemas que acababan de oponerse en Europa mútuamente. Les hemos visto en guerra por espacio de seis años, y vamos á verlos por otro mas en negociacion, probando en este año, mejor aun que en la guerra, su natural antipatía.

Ya hemos descrito los diferentes partidos que dividian la Holanda. El partido moderado y cuer-

do que queria una constitucion concentrada y juiciosa, tenia que combatir con los orangistas, hechuras del Sthathouder, y con los federalistas, secuaces de las antiguas divisiones provinciales, que aspiraban á dominar en sus provincias, y no sufrian sino un suave lazo federal, y finalmente los demócratas y jacobinos que querian la unidad y democracia puras. El Directorio debia naturalmente apoyar al primer partido opuesto á los otros tres, porque sin ninguna de las opuestas exageraciones, queria conciliar el antiguo sistema federativo con una suficiente concentracion en el gobierno. Mucho se ha acusado al Directorio de que en todas partes queria la república *una é indivisible*, y generalmente se ha discurrido muy mal sobre su sistema relativo à esto. La república, *una é indivisible*, imaginada en 93, hubiera sido siempre un pensamiento profundo, si desde luego no hubiera sido producto de un poderoso instinto. Un estado tan homogéneo, y tan bien ligado como el francés, no podia admitir el sistema *federativo*, pues amenazado como se hallaba, se hubiera perdido al admitirle; ni convenia tampoco con su configuracion geográfica, ni á su situacion política. Absurdo sin duda hubiera sido querer en todas partes la *unidad é indivisibilidad* en el mismo grado; pero el Directorio colocado al frente de un nuevo sistema, y obligado á darle poderosos aliados, debia procurar revestir de fuerza y consistencia á sus nuevos aliados, y no hay fuerza ni consistencia sin cierto grado de concentracion y de unidad. Tal era el pensamiento, ó por mejor decir, el intento que dirigia y debia dirigir casi inadvertidamente à los gefes de la república francesa.

La Holanda con su antiguo sistema federativo hubiera quedado reducida á una impotencia absoluta. Su Asamblea nacional aun no habia podido darle una constitucion, y se veia ceñida á los reglamentos de los antiguos estados de Holanda. Dominaba en ella el federalismo, y los defensores de la unidad, y de una constitucion moderada pedian la abolicion de aquel reglamento y el pronto establecimiento de una constitucion. Al enviado Noël le acusaban de que favorecia á los federalistas. La Francia no podia prescindir de adoptar un partido, y envió á Joubert para que mandase el ejército de Holanda; á Joubert, uno de los segundos de Bonaparte en Italia, famoso desde su marcha en el Tirol, modesto, desinteresado, valiente y ferviente patriota. Sustituyó en vez de Noël á Delacroix, el antiguo ministro de negocios estranjeros, eleccion que pudiera haber sido mas acertada. Por desgracia carecia el Directorio de sugetos para la diplomacia, pues aunque habia muchos hombres de luces y de opinion entre los individuos de las actuales ó de las últimas Asambleas, no tenian la instruccion de las formas diplomáticas, sino dogmas y altanería, y era muy dificil hallar quien reuniese la firmeza de los principios con la ligereza de las formas, que era lo necesario entre unos enviados al estrangero, para que supiesen hacer respetar nuestras doctrinas, y al mismo tiempo vencer las preocupaciones de la antigua Europa. Delacroix al llegar á Holanda asistió á un convite que dió la junta diplomática al que estaban invitados todos los ministros estrangeros. Despues de haber hablado en su presencia en los términos mas populares, Delacroix esclamó con un vaso en la mano: *¿Por*

qué no ha de haber algun bátavo que se atreva á dar de cuchilladas al reglamento en las aras de la patria? Facilmente se concibe el efecto que producirian en los estrangeros semejantes arrebatos. En efecto, se acuchilló luego al reglamento. Cuarenta y tres diputados habian protestado ya contra las operaciones de la Asamblea nacional. Se reunieron el 3 de pluvioso (22 de enero de 1798) en el palacio de Harlem, y allí apoyados por nuestras tropas, procedieron como cuatro meses antes en París el 18 de fructidor. Escluyeron de la Asamblea nacional á algunos diputados sospechosos, hicieron arrestar á otros, rompieron el reglamento y organizaron la Asamblea en una especie de Convencion. En pocos dias se redactó y puso en vigor una constitucion casi semejante á la de Francia; y queriendo los nuevos mandarines imitar á la Convencion, compusieron el gobierno de individuos de la actual Asamblea y se constituyeron á sí mismos en Directorio y cuerpo legislativo. Los hombres que se presentan para efectuar esta especie de movimientos, son siempre los mas pronunciados de su partido, y era de temer que el nuevo gobierno batavo estuviese demasiado apegado á la democracia, y que no traspasase bajo el influjo de un embajador como Delacroix, la línea en que el Directorio francés hubiera querido contenerle. Esta especie de 18 de fructidor en Holanda hizo decir á los diplomáticos europeos, y especialmente á los prusianos, que la Francia gobernaba la Holanda y llegaba de hecho hasta el Tegel.

La república liguriana se conducia mejor, á pesar de que la conmovian ocultamente, como sucede á todos los estados nuevos, dos partidos igual-

mente exagerados. La cisalpina era víctima de las pasiones mas frenéticas. El espíritu territorial dividia á los cisalpinos que pertenecian á antiguos estados desmembrados sucesivamente por Bonaparte: y ademas de su espíritu, estaba violentamente alterada por los agentes del Austria, los nobles, los clérigos y los demócratas acalorados, que eran los mas temibles, porque contaban con un poderoso apoyo en el ejército de Italia, compuesto, segun sabemos, de los mas decididos patriotas de Francia. El Directorio tenia que trabajar tanto para dirigir el espíritu de este ejército en pais estrangero como el de sus ministros, y en este particular no se le presentaban menos dificultades que en los restantes. Aun no habia ministro en la antigua república, pues solo representaba aun al gobierno francés Berthier, en el concepto de general en gefe. Tratábase de arreglar por medio de un tratado de alianza, las relaciones de la nueva república con aquella á quien debia la existencia, cuyo tratado se estendió en Paris y se remitió á los consejos para que lo ratificasen. Las dos repúblicas contraian alianza ofensiva y defensiva en todo caso, y mientras la Cisalpina formaba su estado militar, la Francia la otorgaba un ausilio de veinte y cinco mil hombres con las condiciones siguientes: la Cisalpina debia dar local para cuarteles, almacenes y hospitales, y diez millones anuales para el mantenimiento de los veinte y cinco mil hombres. En caso de guerra debia aprontar un subsidio estraordinario. La Francia dejaba á la Cisalpina gran parte de la artillería tomada al enemigo para armar sus plazas. Estas condiciones no eran escesivas; sin embargo, muchos diputados cisalpinos del con-



sejo de los Ancianos, descontentos con el régimen republicano y con la Francia, pretendieron que este tratado era muy gravoso, y que se abusaba en él de la dependencia á que se veia reducido el nuevo estado, y asi lo rechazaron. Era evidente que solo la malevolencia podia dictar aquella disposicion y que cuando Bonaparte se vió precisado á elegir por sí los individuos de los consejos y el gobierno, nó habia podido convencerse del acierto en todas sus elecciones, y era preciso modificar*las*. Los actuales consejos, nombrados militarmente por Bonaparte, quedaron militarmente modificados por Berthier. Este separó á varios de los mas obstinados, é hizo presentar el tratado que quedó aceptado desde luego. Triste era que la Francia se viese obligada aun á descubrir su influjo, porque el Austria pretendió al punto que á pesar de *todas* las promesas hechas en Campo-Formio, *la Cisalpina* no era una república independiente, sino francesa sin duda alguna. Presentó dificultades acerca de la admision del ministro Marescalchi, *revestido* de credenciales por la Cisalpina. *El territorio* formado por la Francia y las nuevas repúblicas se rozaba con la Europa, todavía feudal, del modo mas contrario á la paz de ambos sistemas. La Suiza, feudal tambien todavia, aunque republicana, se hallaba incorporada con la Francia, lo mismo que la Saboya, que era provincia francesa, y la Cisalpina; el Piamonte, con quien habia contratado alianza la Francia, en medio de esta, de la Saboya, la Cisalpina y la Liguria; las dos últimas rodeaban el Parmesano y la Toscana, y podian contagiar á Nápoles y Roma. El Directorio habia recomendado á sus agentes la mayor reserva, y

prohibidoles que diesen esperanza ninguna á los demócratas; y Ginguené en el Piamonte, Cacault en Toscana, José Bonaparte en Roma y Trouvé en Nápoles, tenian órdenes terminantes para demostrar la mas afectuosa amistad á los príncipes en cuyas córtes residian. Debian asegurar que el Directorio no tenia ni aun intencion remota de propagar los principios revolucionarios; que se contentaria con mantener el sistema republicano donde se hallaba establecido, pero que no hacia nada para generalizarle á las potencias que se condujesen con fidelidad respecto á Francia. Las intenciones del Directorio eran sinceras y prudentes; deseaba sin duda los progresos de la revolucion, mas no debia propagarlos valiéndose de las armas. Si la revolucion estallaba en otros estados, convenia que no pudiese culparse á la Francia de una participacion activa. Ademas la Italia estaba llena de príncipes, parientes ó aliados de las grandes potencias á quienes no se podia ofender sin riesgo de duras hostilidades. El Austria no dejaria entonces de interponerse en favor de la Toscana, Nápoles y tal vez el Piamonte; la España intervendria de seguro por el príncipe de Parma: necesitábase, pues, en caso de nuevos acontecimientos no tener responsabilidad alguna.

Tales eran las instrucciones del Directorio; pero no se enfrenan tan facilmente las pasiones, y mucho menos la de la libertad. ¿Podia impedir la Francia que los demócratas franceses, ligurianos y cisalpinos, comunicasen con los piamonteses, toscanos, romanos y napolitanos, y no les encendiesen con el fuego de sus opiniones, de su aliento y de sus esperanzas? les decian que la política impedia

al gobierno francés intervenir á las claras en las revoluciones que en todas partes se preparaban, pero que las protegeria una vez hechas, y que era preciso tener ánimo para intentarlas, pues inmediatamente se les ausiliaria.

Reinaba la mayor agitacion en todos los estados italianos donde se multiplicaban los arrestos, contentándose nuestros ministros reconocidos con reclamar á veces en favor de los individuos injustamente perseguidos. En el Piamonte eran innumerables las prisiones; pero se daba con frecuencia oidos á la intercesion de la Francia. En Toscana reinaba bastante moderacion; en Nápoles habia una especie de hombres declarados por las nuevas opiniones; pero una córte tan perversa como insensata, castigaba estas opiniones con suplicios y cadenas. Nuestro embajador Trouvé sufria las mayores humillaciones, y estaba acordonado como un leproso, prohibiéndose que tratasen con él á todos los napolitanos, y costándole el mayor trabajo que le visitase un médico. Se encerraba en los calabozos á todos los que decian estar en relacion con la legacion francesa, y á cuantos llevaban el pelo cortado y sin polvos. Se interceptaban y abrian las cartas del embajador por la policía napolitana, que las guardaba por diez ó doce dias. Se habia asesinado á varios franceses, y hasta cuando Bonaparte se hallaba en Italia, tuvo que afanarse mucho para reprimir el furor de la córte de Nápoles: júzguese lo que haria á la sazon que no le tenia á la vista. El gobierno francés tenia suficientes fuerzas para castigarla cruelmente, pero por no alterar la paz general, recomendó á su ministro Trouvé que guardase la mayor moderacion, contentándo-

se con representar y procurar conducirla á la razon.

Pero el que mas próximo estaba á desplomarse era el gobierno pontificio; y no porque dejase de defenderse, pues tambien hacia sus prisiones, sino porque un papa caduco, cuyo orgullo estaba ábatido, y unos decrépitos cardenales, incapaces de todo, dificilmente podian sostener un estado que por todas partes se desmoronaba. La marca de Ancona se habia rebelado ya á sugestion de los cisalpinos, y constituídose en república Anconitana. Desde ella atizaban los demócratas la revolucion del estado romano; y aunque no contaban con gran número de secuaces, tenian bastante apoyo en el público descontento. El gobierno papal habia perdido su imponente prestigio para el pueblo, desde que las contribuciones impuestas en Tolentino le obligaron á dar hasta las alhajas preciosas y pedrería de la Santa Sede. Las nuevas pechas, la creacion de un papel moneda que perdia mas de dos terceras partes de su valor, y la enagenacion del quinto de los bienes del clero, habia disgustado á todas las clases. aun á los mismos eclesiásticos. Los grandes de Roma, que habian recibido algo de la instruccion esparcida en Europa durante el siglo XVIII, alzaban tambien su voz contra un gobierno débil é inepto, y decian que ya era tiempo de que el gobierno temporal de los estados romanos pasase de unos celibatarios ignorantes, imbéciles y faltos del conocimiento de las cosas humanas, á los verdaderos ciudadanos versados en la práctica y trato del mundo. Asi las disposiciones del pueblo romano favorecian muy poco al papa; mas sin embargo, los demócratas eran escasos, é inspiraban

recelo respecto á la religion, de la cual se les creía enemigos. Incitábanles mucho los artistas franceses que residian en Roma; pero José Bonaparte procuraba contenerles, diciéndoles que no tenian fuerza bastante para intentar un movimiento decisivo; que se perderian, y comprometerian en vano á la Francia, la cual no les apoyaria sino que les dejaria espuestos á las consecuencias de su imprudencia.

Fueron á prevenirle el dia 6 de nivoso (*26 de diciembre de 1797*), que se preparaba un movimiento; pero él les despidió aconsejándoles que permaneciesen tranquilos, mas no hicieron caso. El sistema de todos los directores de motines era que debian atreverse y comprometer á la Francia á pesar suyo, y en efecto se reunieron el 8 de nivoso (28 de diciembre), para intentar un movimiento. Dispersados por los dragones del papa, se refugiaron bajo el pabellon del embajador francés, y bajo los arcos del palacio de Corsini, donde habitaba. Acudió José con algunos militares franceses, y con el general Duphot, jóven muy distinguido del ejército de Italia. Queria interponerse entre las tropas papales y los amotinados, para evitar la efusion de sangre; pero aquellas, sin respeto alguno al embajador, hicieron fuego, y mataron á su lado al desdichado Duphot. Iba este jóven á casarse con una cuñada de José, y su muerte produjo una conmocion estraordinaria. Acudieron muchos embajadores estrangeros en casa de José y particularmente el ministro de España Azara. Solo el gobierno romano permaneció catorce horas sin hacer manifestacion alguna al ministro de Francia, á pesar de que este no dejó de escribirle en todo el

dia. Indignado José, pidió inmediatamente sus pasaportes, y habiéndoselos dado, salió al punto para Toscana.

Este acontecimiento produjo muy viva sensacion, pues es claro que el gobierno romano hubiera podido evitar esta escena, porque ya se sabia en Roma dos dias antes, mas dejó que estallase para imponer á los demócratas un severo castigo, no habiendo sabido en medio del tumulto adoptar precauciones que evitasen una violacion del derecho de gentes, ó un atentado contra la legacion francesa. Al momento se manifestó en la Cisalpina, y en todos los patriotas italianos una gran indignacion contra el gobierno romano. El ejército de Italia pedia á gritos marchar contra Roma.

Hallábase muy apurado el Directorio porque no dudaba que el papa era el corifeo espiritual del partido contrario á la revolucion. Grandes deseos se le pasaban de destruir al pontífice de aquella antigua y tiránica religion cristiana, á pesar del riesgo de ofender á las potencias y provocar su intervencion; sin embargo, aunque eran muchos los inconvenientes de una resolucion hostil, las pasiones revolucionarias triunfaron por fin, y el Directorio mandó al general Berthier, á cuyo cargo estaba la Italia, que marchase contra Roma. Confiaba en que no siendo el papa pariente ni aliado de ninguna córte, no produciria su caida ninguna intervencion poderosa.

Mucho se alegraron de esta determinacion todos los republicanos y partidarios de la filosofía. Berthier, llegó el 22 de pluvioso (10 de febrero de 1798), á la vista de la antigua capital del mundo, que aun no habia visto los ejércitos republicanos,

Nuestros soldados se detuvieron algunos momentos para contemplar la antigua y soberbia ciudad; y el ministro Azara, que era por lo comun el intercesor de todas las potencias italianas para con la Francia, llegó al cuartel general para estipular un convenio. El castillo de Sant-Angelo quedó por los franceses con la condicion, natural entre pueblos civilizados, de respetar el culto, los establecimientos públicos, las personas y las propiedades. El papa se quedó en el Vaticano, y Berthier, entrando por la puerta del Pópulo, fue llevado al Capitolio como los antiguos triunfadores romanos. Los demócratas, satisfechos al fin sus deseos, se reunieron en el Campo-Vaccino, donde se descubren los vestigios del antiguo Foro, y cercados de un pueblo insensato, dispuesto á aplaudir todos los acontecimientos nuevos, proclamaron la república romana. Un notario redactó un acta en la que el pueblo que se titulaba romano, reclamaba recobrar su soberanía, y constituirse en república. Dejaron al papa solo en el Vaticano, á donde fueron á pedirle que abdicase su soberanía temporal, pues no se trataba de mezclarse en su autoridad espiritual. Respondió, ciertamente con dignidad, que no podia privarse de una propiedad que no era suya, sino de la sucesion de los apóstoles, y que solo se hallaba depositada en sus manos. Esta teologia no convenció á nuestros generales republicanos; sacaron al papa del Vaticano por la noche, tratándole con el respeto debido á su edad, y le condugeron á Toscana, donde le dieron asilo en un convento. El pueblo de Roma no parecia que echaba de menos á aquel soberano que habia sin embargo reinado mas de veinte años.

Desgraciadamente cometieron los franceses muchos escesos en la antigua capital del mundo, sino contra las personas, al menos contra las propiedades. No estaba ya al frente del ejército aquel gefe severo é inflexible que con tanto rigor habia perseguido á los rateros, no tanto por virtud como por horror al desórden. Solo Bonaparte hubiera podido reprimir la codicia en pais tan abundante. Berthier acababa de salir para Paris y le habia reemplazado Massena. Este héroe, á quien deberá la Francia eterno reconocimiento, porque la salvó en Zurich de una ruina inevitable, fué acusado de haber dado el ejemplo, y en breve le imitaron, empezando á saquear los palacios, los conventos y las ricas colecciones. Detrás del ejército iban varios judios que compraban á bajo precio los magníficos objetos que les entregaban los saqueadores. La malversacion fué escandalosa. Es preciso decirlo; no eran los oficiales subalternos ni los soldados los que se entregaban á semejantes desórdenes, si no los gefes superiores. Todos los objetos que se tomaban, y en que se tenia el derecho de conquista, hubieran debido quedar depositados y venderse á beneficio del ejército que no habia recibido prest hacia cinco meses. Salia de la Cisalpina, donde la falta de organizacion de hacienda, no habia dejado satisfacer el subsidio convenido en nuestro tratado, y soldados y subalternos se hallaban en la mas horrenda desnudez, indignándose de ver á sus gefes enriquecerse con el saqueo y comprometer la gloria del nombre francés sin ningun provecho para el ejército; asi es que se sublevaron contra Massena, reuniéndose los oficiales en una iglesia y declarando que no querian continuar

bajo sus órdenes. Parte del pueblo, que miraba mal á los franceses, se disponia á aprovecharse de aquel momento de desavenencia para intentar una insurreccion. Massena mandó salir al ejército de Roma, dejando una guarnicion en el castillo de Sant-Angelo. El peligro hizo cesar la sedicion, pero los oficiales siguieron reunidos y trataron de pedir el castigo de los saqueadores y la destitucion de Massena.

Ya se echa de ver que ademas de la dificultad de moderar la marcha de las nuevas repúblicas y elegir y dirigir nuestros agentes, habia la de contener á los ejércitos y todo á inmensas distancias para las comunicaciones administrativas. El Directorio destituyó á Massena, y envió á Roma una comision, compuesta de cuatro personages íntegros é ilustrados para organizar la nueva república, los cuales eran Daunou, Monge, Florent y Faypoult. Este último, administrador inteligente y honrado, iba encargado de todo lo relativo á hacienda. El ejército de Italia quedó dividido en dos, y se llamó ejército de Roma al que acababa de destronar al papa.

Se trataba de motivar con las potencias la nueva revolucion; pero la España, cuya religiosidad era temible, nada dijo sin embargo, acaso porque se hallaba bajo la influencia francesa, no obstante el interés es mas descontentadizo que el celo religioso; y por esto las dos córtes mas resentidas fueron las de Viena y Nápoles. La primera veia con mucho sentimiento propagarse por Italia el influjo francés. Para no dar nuevo fundamento á sus cargos, no se quiso confundir la nueva república con la Cisalpina, y se la constituyó á parte.



Reunir á ambas hubiera despertado la idea de la unidad italiana, y hecho creer en el proyecto de popularizar toda la Italia. Aunque el emperador no tenia ministro en Paris, se le envió á Bernardotte para darle esplicaciones y residir en Viena. Respecto á la córte de Nápoles era estraordinario su furor por verse con la revolucion á sus puertas. No exigia nada menos que dos ó tres provincias romanas para aplacarse, y lo que principalmente queria era el ducado de Benevento y el territorio de Pontecorvo, que le convenia mucho. Para tratar con ella enviaron á Garat, destinando al mismo tiempo á Trouvé para la Cisalpina.

Iba, pues, haciendo la revolucion inevitables progresos, aunque mas rápidos de lo que hubiera deseado el Directorio. Hemos ya citado un pais donde amenazaba introducirse; la Suiza. Parece que esta nacion, esta antigua cuna de la libertad y de las costumbres sencillas y pastorales, no podia recibir nada de la Francia, y por consiguiente no tenia que esperimentar revolucion alguna; sin embargo, en medio de gobernarse los trece cantones con formas republicanas, no reinaba la equidad en las mútuas relaciones de estas pequeñas repúblicas, y mucho menos en las relaciones con sus individuos. Existia entre ellas el feudalismo, que no es mas que la gerarquía militar, y tenian pueblos dependientes de otros pueblos, como un vasallo de su soberano, gimiendo bajo un yugo de hierro. La Argovia y el canton de Vaud dependian de la aristocracia de Berna, el bajo Valais del alto; las bailias italianas, es decir, los valles al vertiente de Italia, de varios cantones. Habia ademas una multitud de concejos dependientes de varios pue-

blos. El canton de Saint-Gall estaba feudalmente gobernado por un convento, y casi todos los paises sujetos lo eran por condiciones comprendidas en títulos olvidados, que estaba prohibido dar á luz. Los campos solian pertenecer por todas partes á los pueblos, y se hallaban sometidos á los mas *cho cantes* monopolios; en ninguna parte habia mas tiranía de gremios. En todos los gobiernos la aristocracia se habia apoderado lentamente de la generalidad de los poderes; en Berna, el primero de aquellos pequeños estados y algunas familias se habian apoderado de la autoridad, y escluido de ella á todas las demas; tenian su libro de oro, donde se hallaban inscriptas todas las familias gobernantes. Las costumbres suelen suavizar las leyes, pero aqui no sucedia esto. Estas aristocracias se vengaban como los pequeños estados. Berna, Zurich y Ginebra habian ostentado mas de una vez, y no hacia mucho, el aparato de los suplicios. En toda Europa habia suizos desterrados por fuerza de su pais, ó que se habian librado con el destierro de la venganza aristocrática. Por lo demas, desunidos y mal avenidos, los trece cantones carecian de toda fuerza, y se veian reducidos á no poder defender su libertad. Con la poca fraternidad que es tan comun en los estados confederados, casi todos recurrian en sus desavenencias á las potencias vecinas, y tenian tratados particulares, unos con el Austria, otros con el Piamonte, y otros, en fin, con Francia. La Suiza no era ya mas que un hermoso recuerdo y un admirable terreno; pero políticamente, solo presentaba una cadena de mezquinas y vergonzosas tiranías.

Desde luego se conoce el efecto que pro-

duciria en ellas el ejemplo de la revolucion francesa. En Zurich, en Basilea y en Ginebra se habian alborotado; y especialmente en el último punto habia llegado á correr sangre. En toda la parte francesa, y mas particularmente en el pais de Vaud, habian hecho rápidos progresos las ideas revolucionarias. Los aristócratas suizos no habian omitido nada para malquistarse con la Francia, estudiando el modo de irritarla cuanto pudiesen sin provocar su omnipotencia. Los señores de Berna habian acogido á los emigrados y favorecídoles todo lo posible; y en Suiza se habian urdido todas las tramas contra la república. Recuérdese que desde Basilea urdia el agente inglés Wickam la trama de la contra-revolucion. El Directorio por lo tanto debia manifestarse muy descontento; pero habia un medio facilísimo de vengarse de la Suiza. Los vaudeses, perseguidos por los señores de Berna, invocaban la intervencion de la Francia, pues cuando el duque de Saboya les cedió á Berna, la Francia salió garante de sus derechos, por medio de un tratado hecho en 1565; tratado que la Francia invocó y llevó á cabo varias veces. Nada de estraño, pues, tenia la intervencion del Directorio, reclamada á la sazon por los vaudeses; por otra parte, muchos de aquellos pueblecillos dependientes tenian protectores estrangeros.

Ya hemos visto con cuánto entusiasmo habian recibido los vaudeses al libertador de la Valtelina cuando pasó de Milan á Rastadt, atravesando la Suiza. Los vaudeses, llenos de confianza, enviaron diputados á Paris, insistiendo con ahinco en obtener la proteccion francesa. Su compatriota, el valiente y desgraciado La Harpe, habia muerto por nosotros

en Italia al frente de una division nuestra; se hallaban horriblemente esclavizados, y á falta de otra razon política, solo la de la humanidad era bastante para obligar á intervenir á la Francia. No hubiera podido concebirse que proclamando sus nuevos principios, se negase ella á llevar á efecto los tratados conservadores de la libertad de un pueblo vecino, efectuados hasta por la antigua monarquía. Solo la política hubiera podido impedirlo, porque era alarmar nuevamente la Europa, especialmente cuando el trono pontifical estaba arruinándose en Roma; mas la Francia, que contemporizaba con la Alemania, y el Piamonte, Parma, la Toscana y Nápoles, no creia deber los mismos miramientos á la Suiza, y cuidaba especialmente de establecer un gobierno análogo al suyo en un pais que pasaba por la llave militar de toda la Europa. En esto, como en Roma, el Directorio faltó á su política de espectativa por un interés mayor; pues el volver los Alpes á manos amigas era un motivo no menos poderoso que el de derrocar el pontificado.

En consecuencia declaró el 28 de diciembre de 1797 que tomaba bajo su proteccion á los vandeses, y que los individuos de los gobiernos de Berna y Friburgo responderian de la seguridad de sus propiedades y personas. Inmediatamente repasó los Alpes el general Menard á la cabeza de la antigua division de Massena, y fué á acampar en Carouge, á la vista del lago de Ginebra. El general Schawembourg subió por el Rin con una division del ejército de Alemania, y se colocó en el Erguel, en las inmediaciones de Basilea. Al ver esto, se llenó de alegria el pais de Vaud, el obispado de Basilea y las campiñas de Zurich. Los vandeses pidieron al

punto sus antiguos estados, y Berna respondió que admitiria peticiones individuales, pero que no habia reuniones de estados, exigiendo la renovacion del juramento de fidelidad. Esta fué la señal de insurreccion para los vaudeses. Los bailíos, cuya tiranía era aborrecible, quedaron espulsados, aunque sin tratarlos mal; y por todas partes se alzaron árboles de libertad, constituyéndose en breves dias el pais de Vaud en *república Lemanica*. Reconocióla el Directorio, y autorizó al general Menard para que la ocupase, dando á entender al canton de Berna que la Francia garantizaba su independencia. Entretanto se hacia otra revolucion en Basilea. El tribuno Ochs, hombre de talento, muy decidido por la revolucion, y poderosamente relacionado con el gobierno francés, era su principal corifeo. Quedaron admitidos los campesinos, en union con los vecinos, para formar una especie de convencion nacional que redactase una constitucion. Su autor fué Ochs, y era muy semejante á la de la Francia, que sirvió entonces de modelo para toda la Europa republicana. Fué traducida en francés, aleman é italiano, y esparcida por todos los cantones para escitar su celo. Meugaud, que era el agente francés en los cantones, y residia en Basilea, contribuia á dar impulso. habiéndose sublevado en Zurich los campesinos para que se les reintegrase en sus derechos.

Durante este tiempo habian reunido un ejército los señores de Berna y mandado convocar una dieta general en Arau para deliberar sobre el estado de la Suiza y pedir á cada canton el contingente general. Circulaban la voz entre los vasallos alemanes, de que la parte francesa de la Suiza queria

separarse de la confederacion y reunirse á la Francia; que la religion se hallaba en peligro, y que los ateos de Paris querian destruirla. Asi, pues, bajó de las montañas del Oberland un pueblo sencillo, ignorante y fanático, persuadido de que querian atentar contra su antiguo culto, y reunieron unos veinte mil hombres divididos en tres cuerpos, que se situaron en Friburgo, Morat, Buren y Soleure, guardando la línea del Aar y observando á los franceses. Entretanto, es decir, en pluvioso (febrero) se veia apurada la dieta, reunida en Arau, por no saber cual partido adoptar. Su presencia no impidió sublevarse á los habitantes de Arau, ni plantar el árbol de la libertad y declararse independientes. Las tropas bernesas entraron en Arau, cortaron el árbol de la libertad y cometieron algunos atropellos. El agente Meugaud declaró que el pueblo de Arau se hallaba bajo la proteccion de la Francia.

En este punto se hallaba la enemistad, sin estar aun en guerra abierta. La Francia, llamada por el pueblo á quien protegia, lo cubria con sus tropas y amenazaba usar de la fuerza, si se cometia contra él la menor violencia. La aristocracia de Berna reclamaba por su parte sus derechos de soberanía y declaraba que deseaba estar en paz con la Francia, para recobrar sus posesiones; mas desgraciadamente todos los antiguos gobiernos que existian á su alrededor, se desplomaban ó espontánea ó violentamente. Basilea dejaba independientes á las bailías italianas; el alto Valais emancipaba al bajo y Friburgo, Soleure y Saint-Gall se hallaban en revolucion. La aristocracia de Berna, viéndose estrechada por todas partes, se resignó á hacer al-

gunas concesiones, y admitió en participacion de las atribuciones reservadas á las familias gobernantes á cincuenta individuos del campo; pero suspendió hacer modificaciones en la constitucion por el término de un año, lo cual era una inútil concesion que nada podia remediar. Envióse á las tropas bernesas, situadas en la frontera del pais de Vaud un parlamento francés para manifestarles que si daban un paso mas, se las atacaba. Acometieron al parlamentario y asesinaron á dos personas de su escolta; acontecimiento que decidió la guerra. Brune, encargado del mando, entabló algunas conferencias en Payerne, que fueron inútiles, y el 12 de ventoso (2 de marzo) se movieron las tropas francesas. El general Schawembourg con la division que llegó del Rin y que se hallaba en el territorio de Basilea, se apoderó de Soleure y de la corriente del Aar; Brune de Friburgo con la division de Italia, y el general d' Erlach, que mandaba las tropas bernesas se retiró á las posiciones de Fraubrunnen, Gumineu, Laupen y Neneneck. Estas posiciones defienden á Berna por todas partes, bien salga el enemigo por Soleure, bien por Friburgo, El movimiento de retirada produjo en las tropas de Berna el efecto frecuente entre las partidas fanáticas é indisciplinadas, que se creyeron vendidas y degollaron á sus oficiales. Parte de ellos se dispersaron; mas sin embargo quedaron con Erlach algunos de aquellos batallones que se distinguian en todos los ejércitos europeos por su disciplina y denuedo, y cierto número de paisanos arriesgados. El 15 de ventoso (5 de marzo), Brune, que estaba en el camino de Friburgo, y Schawembourg en el de Soleure, atacaron á un mismo tiempo las posi-

siones del ejército suizo. El general Pigeon, que formaba la vanguardia de Brune, se presentó en la posicion de Meuseneck. Los suizos hicieron una heróica resistencia; y favorecidos por la ventaja del terreno, atajaron el camino á nuestros antiguos batallones de Italia. Pero al mismo tiempo Schawembourg, que salió de Solenre, quitó á Erlah la posicion de Fraubrunnen, y se halló descubierta por un lado la ciudad de Berna. Los suizos hubieron de retirarse atropelladamente á Berna, delante de la cual se encontraron con una multitud de montañeses fanáticos y desesperados. Las mugeres y los ancianos se precipitaban sobre sus bayonetas, y fué preciso inmolar, aunque con sentimiento, á aquellos infelices que corrian á una muerte inútil. Entraron en Berna. El pueblo de las montañas suizas conservaba su antigua reputacion de valor, pero se mostraba tan feroz y ciego como la muchedumbre delos españoles. Degolló de nuevo á sus oficiales, y asesinó al infeliz Erlach. Con mucho trabajo pudo escapar del furor de los fanáticos el célebre y digno magistrado de Berna, Steiger, gefe de la aristocracia que se salvó por las montañas del Oberland en los pequeños cantones, pasando de estos á Baviera.

La toma de Berna decidió la sumision de todos los grandes cantones suizos. Brune, encargado, como tan frecuente era entre nuestros generales, de ser el fundador de una república, trataba de formar con la parte francesa de la Suiza, el Lago de Ginebra, el pais de Vaud, parte del canton de Berna y el Valais, una república que se llamaria Rodánica; pero los patriotas suizos habian deseado la revolucion de su patria solo por la esperanza

de obtener dos grandes ventajas: la abolicion de todas las dependencias entre los pueblos, y la unidad helvética. Querian ver desaparecer toda tiranía doméstica, y formarse una fuerza comun estableciéndose un gobierno central. Obtuvieron que se formase solo una república de todos los puntos de la Suiza, y se convocó en Arau una reunion para proponer la constitucion ideada en Basilea. El Directorio envió al ex-convencional Lecarlier para conciliar los deseos de los suizos, y tratar con ellos del establecimiento de una constitucion que les satisfaciese. En los pequeños cantones de Uri, Glaris, Schwitz y Zug se preparaba aun alguna resistencia. Los clérigos y aristócratas derrocados persuadian á aquellos infelices montañeses que iba á atentarse contra su culto é independencia. Entre otras voces absurdas se esparció la de que necesitando la Francia de gente que oponer á los ingleses, queria apoderarse de los robustos suizos para embarcarlos y llevarlos á las costas de la Gran Bretaña.

Cuando entraron los franceses en Berna, se apoderaron de las arcas del gobierno, que es la consecuencia ordinaria y menos estraña del derecho de la guerra. Todas las propiedades públicas del gobierno vencido pertenecen al vencedor. En todos aquellos pequeños estados, económicos y avaros, habia algunos ahorros, y en Berna un pequeño tesoro, que ha suministrado á todos los enemigos de la Francia, ancho campo para sus calumnias. Le han hecho subir á treinta millones, pero solo contaba con ocho. Se ha dicho que la Francia habia hecho la guerra solo por apoderarse de él y destinarlo á la espedicion de Egipto; como

si hubieran podido suponer que las autoridades de Berna hubieran incurrido en el error de no sustraerlo; como si fuese posible hacer una guerra, y arrostrar todas las consecuencias de semejante invasion por ocho millones. Absurdos como estos quedan disipados al menor exámen á pesar de hallarse repetidos por madama de Stael y otra multitud de escritores. Se impuso una contribucion para el prest y mantenimiento de las tropas, á los individuos de las antiguas aristocracias de Berna, Friburgo, Soleure y Zurich.

Estaba espirando el invierno de 1798 (año VI); apenas habian transcurrido cinco meses desde el tratado de Campo-Formio y ya se habia alterado notablemente la situacion de la Europa. El sistema republicano hacia diariamente nuevas invasiones, y á las tres repúblicas fundadas ya por la Francia debian añadirse otras dos, creadas en dos meses. La Europa oia por todas partes los nombres de *república bátava*, *helvética*, *cisalpina*, *liguriana y romana*. En vez de tres estados, tenia ya la Francia que dirigir cinco, que era una nueva complicacion de atenciones, y suscitaba nuevas esplicaciones para satisfacer á las potencias. El Directorio se hallaba casi insensiblemente conducido. No hay cosa mas ambiciosa que un sistema que lo vá conquistando por sí solo, y muchas veces contra la voluntad de sus autores.

Mientras que el Directorio tenia que ocuparse en estos cuidados esteriores, no dejaban de infundirle inquietud las elecciones. Desde el 18 de fructidor no habian quedado mas diputados en los consejos que los que espontáneamente habia dejado el Directorio, y con quienes podia contar. To-

dos ellos habian deseado ó sufrido el golpe de estado. Seis meses de imperturbable calma habian mediado entre el poder ejecutivo y los consejos, y el Directorio los empleó, como hemos visto, en negociaciones, proyectos marítimos y creaciones de nuevos estados. No es esto decir que fuese la union perfecta: dos poderes opuestos en sus funciones no pueden vivir por tanto tiempo en armonía perfecta.

Íbase formando una nueva oposicion, compuesta, no ya de realistas, sino de patriotas. Ya ha podido observarse que despues de quedar vencido un partido, el gobierno se veia obligado á luchar con aquel que le habia ayudado á vencer, porque este último se hacia muy exigente y empezaba á sublevarse á su vez. Despues del 9 de termidor, época en que las facciones, iguales en fuerzas, habian empezado á alternar en las derrotas y en las victorias, los patriotas habian verificado una reaccion en germinal y en pradial, y poco despues de ellos los realistas en vendimiario. Despues de vendimiario y de la institucion del Directorio, los patriotas tomaron la iniciativa, y se mostraron los mas audaces hasta la escaramuza del campo de Grenelle. Desde este dia triunfaron los realistas, sucumbieron en el 18 de fructidor; y á la sazon les correspondia á los patriotas levantar la cabeza. Para caracterizar este estado, se habia inventado una palabra que hemos visto reproducirse despues, la de *toleno*. Llamábase *sistema de toleno* á aquella política que consistia en realzar á cada partido alternativamente. Echábase en cara al Directorio que se valia de esto, y que asi se veia sucesivamente esclavo de la faccion á

que apelaba; mas este cargo era injusto, porque á no ser que se coloque al frente de los negocios con una espada vencedora, ningun gobierno puede sacrificar á un tiempo á todos los partidos, ni mandar sin ellos y á pesar de todos. A cada mudanza de sistema se vé uno obligado á hacer variaciones de administracion, y naturalmente á valerse de aquellos que han manifestado opiniones conformes al sistema que ha triunfado. Todos los individuos del partido vencedor se presentan de tropel con la mayor esperanza, asaltan al gobierno, y están dispuestos á combatirle si no hace lo que desean. Todos los patriotas estaban sobre sí, buscando un apoyo en los diputados que habian votado con el Directorio en los consejos. Este resistió á muchas exigencias, pero se vió precisado á satisfacer algunas. Nombró á muchos patriotas comisarios de los departamentos (prefectos), y otros muchos se preparaban á aprovecharse de las elecciones, para entrar en el cuerpo legislativo. Las autoridades últimamente nombradas les servian de mucho.

Ademas de la nueva oposicion formada por todos los patriotas que querian abusar del 18 de fructidor, habia otra que se llamaba constitucional, y se presentaba por primera vez. Pretendia no inclinarse ni á los realistas ni á los patriotas; afectaba independencia, moderacion y adhesion á la ley escrita, y se componia de algunos que sin hallarse alistados en ningun partido, se conceptuaban personalmente agraviados. Los unos no habian logrado una embajada, un grado ó una contrata de abastos para un pariente suyo; á los otros solo les habian faltado algunos votos para la

plaza vacante del Directorio; nada mas comun que esta especie de agravios en un gobierno nuevo, recientemente establecido, y formado de hombres que el dia antes se hallaban entre los meros ciudadanos. Dícese que la herencia es un freno para la ambicion, y es una verdad, si se limita á ciertas funciones. Nada puede compararse á la exigencia con que se trata al amigo que era ayer igual à vosotros. Se ha contribuido á nombrarle, ó se cree que está mas alto que uno por la casualidad de algunos votos, y parece que se tiene derecho para pedirlo y lograrlo todo. El Directorio habia, sin culpa alguna, atraídose una multitud de descontentos entre los diputados que cran antes reputados por directoriales, y á quienes los servicios hechos en fructidor habian infundido exigencias difíciles de satisfacer. Uno de los hermanos de Bonaparte (Luciano), nombrado por Córcega para los Quinientos, se habia agregado á esta oposicion constitucional, no porque tuviese ningun motivo de personal agravio, sino porque imitaba á su hermano, y queria ser censor del gobierno; y en verdad que esta era la posicion propia de una familia que queria vivir aparte. Luciano era ingenioso, y estaba dotado de bastante talento para la tribuna, en la cual producia su efecto, principalmente porque llevaba el prestigio de la gloria de su hermano. José habia ido á Paris despues de salir de Roma, y tenia gran boato en su casa, recibiendo con ostentacion à muchos generales, diputados y personages de nota. Asi los dos hermanos José y Luciano podian hacer varias cosas que el miramiento y su mucha reserva prohibian al general.

Sin embargo, aunque se veia irse pronunciando una opinion unánime, hacia cinco meses, aun no se notaba una diferencia conocida. En los consejos reinaban ciertos miramientos y respetos, y una inmensa mayoría aprobaba todas las proposiciones del Directorio.

Todo anunciaba que las elecciones del año VI se verificarian en el sentido de los patriotas, que dominaban en Francia y en casi todas las nuevas repúblicas. El Directorio estaba decidido á usar de todos los medios legales para no verse vencido por ellos, y sus comisionados estendian circulares moderadas, en que se hallaban exortaciones, pero no amenazas. Por lo demas, no tenia ninguno de aquellos influjos ó infames supercherías que se usan en nuestros tiempos para que las elecciones salgan al capricho del poder. En las del año V, se habian desvanecido algunas juntas; y para evitar cualquiera violencia, habian ido á votar aparte cierto número de electores. Propúsose este ejemplo en las juntas electorales del presente año, y casi en todas partes se originaron escisiones, casi en todas partes se valieron los electores en minoría del pretesto de infraccion de la ley, ó de violencia ejercida respecto á ellos para reunirse aparte y hacer su eleccion particular. Verdad es que en muchos departamentos se condujeron los patriotas con su acostumbrada turbulencia, y abonaron la separacion de sus contrarios. En otras asambleas fueron los patriotas los que se hallaron en minoria y produjeron la escision, pero casi en todas partes constituian mayoria, porque el total de la poblacion que les era opuesta, y habia asistido á las dos elecciones anteriores del año V y del año

IV, amedrentada á la sazon por el 18 de fructidor, se habia, por decirlo asi, separado de la lid, y no se atrevia á formar parte en ella. En Paris reinó estraordinaria agitacion, y hubo dos juntas; una en el Oratorio, compuesta toda de patriotas, que constaba de seiscientos electores á lo menos, y otra en el Instituto, formada de republicanos moderados, cuyo número apenas llegaria á doscientos veinte y ocho. Esta fué la que hizo unas elecciones escelentes.

En general estas habian sido duplicadas, y ya los descontentos, los inclinados á cosas nuevas, los hombres que anhelaban por todos los medios alterar el actual órden de cosas, decian: *Esto no va bien, despues de haber hecho un 18 de fructidor contra los realistas, estamos espuestos á otro contra los patriotas* Circulaban la voz de que iba á variarse la constitucion, y aun hubo quien lo propuso en el Directorio, pero se le rechazó con energía.

Varios partidos podian adoptarse respecto á las elecciones. Obrando segun los principios rigorosos, los consejos debian sancionar las elecciones hechas por las mayorías, porque sino, hubiera resultado que desentendiéndose las minorías, hubieran podido prevalecer y ganar las elecciones. La violencia y legalidad podian ser razon para anular las elecciones de las mayorias, pero no para adoptar las de las minorias. Los patriotas de los consejos insistian con ahinco en esta opinion. porque habiendo asistido su partido en mayor número á casi todas las juntas, hubieran quedado entonces victoriosos en la contienda; pero la totalidad de ambos consejos no queria este triunfo, y se propusieron dos medios: ó elegir entre los nom-

bramientos hechos por las juntas desavenidas, ó hacer otro 18 de fructidor. Este último era inadmisible, mas el primero era mucho mas llevadero y natural, y por lo tanto quedó adoptado. Casi en todas partes quedaron anuladas las elecciones de los patriotas; y ratificadas las de sus adversarios, aprobándose las hechas por la junta del Instituto en Paris, á pesar de que solo contaba ciento veinte y ocho electores, y la del Oratorio seiscientos. Sin embargo, el nuevo tercio, á pesar de este sistema, daba un verdadero apoyo en los consejos al partido patriota, el cual se irritó sobremanera al ver el medio adoptado para escluir á sus candidatos, y adquirió mayor encono contra el Directorio.

Se necesitaba elegir otro director. La suerte para cesar en este cargo recayó en Francisco de Neufchateau, que fué reemplazado por Treilhar, uno de nuestros plenipotenciarios en Rastadt. Treilhard tenia las mismas opiniones que Larevelliere, Rewbell y Merlin, y no producia variacion ninguna en el espíritu del Directorio. Era *un hombre* íntegro, y con bastante práctica en los negocios. De suerte que habia en el gobierno cuatro republicanos sinceros, que votaban idénticamente, y reunian el talento á la probidad. Treilhard fué sustituido en Rastadt por Juan Debry, antiguo individuo de la legislatura, y de la Convencion Nacional.

Desde que por la institucion del gobierno del año III se veian precisados los partidos á luchar en el reducido campo de una constitucion, las escenas del interior eran menos ruidosas, y especialmente la tribuna habia perdido mucho su an-

tigua importancia despues del 18 de fructidor. Todos contemplaban lo esterior, dirigiéndose la general atencion á la gran influencia de la república en Europa, á sus estrañas é innumerables relaciones con las potencias, á su séquito de repúblicas, á las revoluciones que en todas partes obraba y á sus proyectos contra la Inglaterra. ¿Cómo se conduciria la Francia para embestir á su rival, y asestarla los terribles golpes que habia descargado contra el Austria? Tal era la cuestion de que se trataba. Estaban acostumbrados á ver tantos hechos audaces y prodigiosos, que el paso de la Mancha nada tenia de admirable. En gran peligro contemplaban á la Inglaterra sus amigos y enemigos, y aun ella misma se creia muy en riesgo y hacia estraordinarios esfuerzos por defenderse. Todo el mundo tenia fijos sus ojos en el estrecho de Calais.

Bonaparte que pensaba en el Egipto, como dos años antes habia meditado en Italia, y como lo meditaba todo, es decir, con irresistible violencia, habia propuesto su proyecto al Directorio, que lo estaba á la sazon discutiendo. Los grandes génios que han contemplado el mapa del mundo, todos han pensado en el Egipto. Tres pueden citarse: Alburquerque, Leibnitz y Bonaparte. Alburquerque habia conocido que los portugueses, que acababan de abrir el sendero de la India por el cabo de Buena Esperanza, podian verse privados de aquel inmenso comercio si se valian del Nilo y del mar Rojo: y por esto habia concebido la gigantesca idea de torcer la corriente del Nilo y precipitarle en el mar Rojo para imposibilitar el tránsito y asegurar para siempre á los portugueses el co-

mercio de la India: ¡vanas previsiones del génio que quiere eternizarlo todo en un mundo variable y vacilante! Si Alburquerque hubiera logrado su proyecto, hubiera trabajado en favor de los holandeses, y despues de los ingleses. En los tiempos de Luis XIV, el gran Leibnitz, cuyo génio lo abarcaba todo, dirigió al monarca francés una memoria, que es uno de los mas hermosos monumentos de profundidad y elocuencia políticas. Luis intentaba invadir la Holanda por algunas medallas.— Señor, le dijo Leibnitz, no podreis vencer en su pais á esos republicanos, ni atravesar sus diques, y pondreis á toda la Europa de su parte. En el Egipto es donde debeis combatirlos: allí encontrareis el verdadero camino del comercio de la India, privareis de él á los holandeses, afianzaréis para siempre la dominacion de la Francia en el Levante, regocijareis á toda la cristiandad y llenaréis al mundo de admiracion y asombro: la Europa os aplaudirá entonces, en vez de coligarse contra vos.

Estas sublimes ideas, desatendidas por Luis XIV, eran las que ocupaban la imaginacion del jóven general republicano!

Poco hacia que acababa de pensarse en el Egipto. M. de Choiseul tuvo intencion de ocuparle cuando corrian peligro todas las colonias de América, y tambien se pensó en él cuando José II y Catalina amenazaban al imperio Otomano. Ultimamente el cónsul frances en el Cairo, M. Magallon, hombre sobresaliente y muy impuesto en el estado del Egipto y el Oriente, dirigió varias memorias al gobierno, ya para comunicarle las vejaciones que los mamelucos producian al comercio

francés, ya para esplicar las ventajas que reportaria el vengarse de ellos. Todos estos documentos tenia presentes Bonaparte, y segun ellos habia trazado su plan. En su opinion el Egipto era el verdadero punto céntrico entre la Europa y la India, en él debia apoyarse para arruinar la Inglaterra, y desde él dominar para siempre el Mediterráneo, convirtiéndole, segun una espresion suya, en un *lago francés*, y afirmando la existencia del imperio turco, ó entrando á la mejor parte de sus despojos. Una vez establecido en Egipto, podian hacerse dos cosas: ó crear una marina en el mar Rojo, y encaminarse á destruir las posesiones de la gran Península índica, ó convertir el Egipto en una colonia y escala. El comercio de la India no podia menos de trasladarse allí muy en breve, abandonando el cabo de Buena Esperanza. Todas las carabanas de la Siria, Arabia y Africa, cruzaban ya por el Cairo. Solo el comercio de estos paises llegaria á ser inmenso. El Egipto era el pais mas fértil de la tierra, pues ademas de la mucha abundancia de cereales, podia suministrar todos los productos de América y sustituirla completamente. De modo, que bien se hiciese del Egipto un punto de partida para ir á atacar las posesiones inglesas, ya se redujese solamente á un emporio, habia seguridad de colocar el gran comercio en su verdadera senda, y hacer que esta desembocase en Francia.

Tenia sobre todo aquella atrevida empresa á los ojos de Bonaparte, las ventajas de la oportunidad. Segun los luminosos datos del cónsul Magallon, era aquella la ocasion de dirigirse al Egipto, á donde podria llegarse, si se activaban los pre-

parativos y el tránsito, en los primeros dias del estio, pues entonces se hallaria terminada y recogida la cosecha y favorable viento para subir por el Nilo. Bonaparte afirmaba que era imposible desembarcar en Inglaterra antes del invierno; que esta nacion ademas estaba muy prevenida, que *siendo* por el contrario imprevista la empresa del Egipto, no se hallaria el menor obstáculo; que con pocos meses bastaria para establecerse los franceses, que volveria personalmente para el otoño á verificar el desembarco en Inglaterra, pues entonces tendria favorable tiempo, y que esta nacion habria enviado á la India parte de su escuadra y no se ofrecerian tantos obstáculos para penetrar en sus riberas. Ademas de todos estos motivos tenia Bonaparte otros personales: se le hacia insufrible la ociosidad de Paris, donde no hallaba ninguna empresa política; temia vulgarizarse, y deseaba engrandecerse mas El habia dicho que *los nombres gloriosos se forman solo en Oriente.*

El Directorio, á quien se ha culpado de haberse desprendido de Bonaparte enviándole al Egipto, presentaba por el contrario muchas objeciones à este proyecto, y Larevelliere-Lepeaux era especialmente de los que con obstinacion le impugnaban. Decia que iban á esponer treinta ó cuarenta mil de los mejores soldados franceses; aventurarlos al riesgo de una batalla naval, privarse del mejor general, que tanto temia el Austria, y esto en ocasion en que el continente se hallaba pacificado, y en que la creacion de nuevas repúblicas, habia producido enconados resentimientos; que ademas se incitaria acaso á la Puerta á tomar las armas porque se invadia una de sus provincias.

Bonaparte hallaba respuesta para todo. Decia que nada habia mas fácil que el librarse de los ingleses dejándolos ignorantes del proyecto ; que la Francia con trescientos ó cuatrocientos mil soldados no habia de depender de treinta ó cuarenta mil mas; que en cuanto á él, volveria en breve , que la Puerta hacia mucho tiempo que habia perdido el Egipto por la usurpacion de los mamelucos; que veria satisfecha como les castigaba la Francia; que podrian avenirse con ella , que el continente no estallaria tan presto , etc., etc. Tambien hablaba de Malta que se la arrebataria de paso á los caballeros y se la apropiaria á la Francia. Estas discusiones fueron en estremo acaloradas y produjeron una escena que nunca se ha referido exactamente. Bonaparte en un arrebato de impaciencia, pronunció la palabra dimision.—Yo estoy muy distante de proponerla,—contestó con firmeza Larevelliere ; pero si la haceis , soy de parecer que se os acepte. * —Desde entonces no volvió á pronunciar Bonaparte la palabra dimision,

Vencido al fin por las instancias y razones de Bonaparte , accedió el Directorio á la espedicion propuesta , deslumbrándole la grandeza de la empresa, sus ventajas comerciales y la promesa que el general hizo de volver para el invierno é intentar entonces el desembarco en Inglaterra. Convínose en mantener el secreto , y para mejor observarle no se valieron de los secretarios. Merlin, presidente del Directorio , escribió de su puño la

* Se ha atribuido esta respuesta unas veces á Rewbell y otras á Barrás, y tambien se ha supuesto á esta discusion diferente causa de la que la produjo; pero se suscitó con motivo de la espedicion de Egipto, y la escena tuvo lugar con Larevelliere

órden, y tampoco designaba qué clase de empresa fuese. Acordóse que Bonaparte podria llevar treinta y seis mil hombres del antiguo ejército de Italia, cierto número de oficiales y generales que él eligiese, sábios, ingenieros, geógrafos, artistas de todo género, y la escuadra de Brueys, aumentada con parte de los navíos que quedaron en Tolon. Se dió órden á la tesorería para que le entregase en cada década millon y medio, y se le permitió que tomase tres millones de los ocho existentes en el tesoro de Berna. Se ha dicho que la invasion de la Suiza se efectuó para poder verificar la del Egipto; mas ahora puede juzgarse de la verdad que haya en esta suposicion.

Inmediatamente nombró Bonaparte una comision encargada de recorrer los puertos del Mediterráneo y preparar en ellos todos los medios de trasporte, que se denominó comision para el armamento de las costas del Mediterráneo. Esta ignoraba, como todo el mundo, el objeto del armamento, pues el secreto permanecia oculto entre Bonaparte y los cinco directores; y como se efectuaban los preparativos en todos los puertos á un mismo tiempo, se suponia que el armamento del Mediterráneo, era solo una consecuencia del que se hacia en el Occéano. El ejército reunido del Mediterráneo se hallaba á la izquierda del de Inglaterra.

Bonaparte emprendió el proyecto con aquella estraordinaria actividad que empleaba en todos los suyos, yendo alternativamente á ver al ministro de la guerra, al de marina, al de hacienda, desde estos á la tesorería, convenciéndose por sí mismo de la ejecucion de las órdenes, empleando su ascendiente en acelerar la espedicion, siguiendo cor-

respondencia con todos los puertos, con la Suiza y con la Italia, y preparándolo todo con increible celeridad. Señaló cuatro puntos para la reunion de los convoyes y tropas. El convoy principal debia salir de Tolon, el segundo de Génova, el tercero de Ajacio y el cuarto de Civita-Vecchia. Mandó á los destacamentos del ejército de Italia, que volvian á Francia, se dirigiesen á Tolon y Génova, y á Civita-Vecchia á una de las divisiones que se habian encaminado contra Roma. Entabló negociaciones en Francia y en Italia con varios capitanes de buques mercantes, y se procuró asi en los puertos que habian de servir de puntos de partida cuatrocientos navíos. Reunió numerosa artillería y eligió dos mil quinientos ginetes de los mejores, haciéndoles embarcarse sin caballos, porque se proponia montarlos á costa de los árabes. Solo quiso llevar sillas y jaeces, y colocó únicamente á bordo trescientos caballos para tener á su llegada algunos ginetes montados y algunas piezas enganchadas. Reunió artistas de todo género, tomando en Roma las imprentas griega y arábiga de la propaganda, y una porcion de impresores, y formando ademas una completa coleccion de instrumentos físicos y matemáticos. Los sábios, artistas, ingenieros, dibujantes y geógrafos que llevaba, llegaban á cien individuos. Le acompañaban en su empresa los hombres mas distinguidos, formando parte de la espedicion Monge, Bertholet, Fourrier, Dolomieux, Desgenettes, Larrey y Dubois, pues todo el mundo queria participar de la fortuna del jóven general. Nadie sabia adonde iria á parar; pero estaban resueltos á seguirlo adonde quiera. Durante las negociaciones de Udina, ha-

bia ido Desaix á visitar los campos de batalla que tan célebres se habian hecho en Italia; y estrechamente unido desde entonces con Bonaparte, quiso seguirle. Kleber estaba en Chaillot, irritado, segun su costumbre, contra el gobierno, no queriendo pedir ningun empleo; iba á visitar con frecuencia al gran maestro del arte á que era tan apasionado, y Bonaparte le propuso que le siguiera: Kleber lo aceptó gustoso: ¿pero lo consentirán los *abogados*? le dijo.—Asi llamaba á los directores; y Bonaparte se encargó de arreglarlo todo.—Pues bien, le dijo Kleber, que creia iban á Inglaterra, si arrojais un brulote en el Támesis, poned en él á Kleber, y vereis de lo que es capaz. —Ademas de estos dos generales de primer órden, eligió Bonaparte á Reynier, Dugua, Vaubois, Bon, Menou, Baraguey-d'Hilliers, Lannes, Murat, Belliard y Dammartin, que tan bien le habian ayudado en Italia. De comandante de ingenieros iba el valiente y sábio Caffarelli-Dufalga, que habia perdido una pierna en el Rin; y el débil, aunque condescendiente Berthier debia ser el gefe de estado mayor. Arrastrado por una pasion, estuvo para abandonar al general que habia labrado su fortuna, mas se avergonzó, y disculpándose, fué á embarcarse á Tolon. Brueys mandaba la escuadra, que llevaba de contra-almirante á Villeneuve, Blanquet-Duchaila y Decrés. El gefe de estado mayor de marina era Gantheaume; y asi todos los genios mas distinguidos en guerra, ciencias y artes, iban á seguir un rumbo desconocido, fiándose en la fé de un jóven general.

Resonaba en Francia y en Europa el rumor de los preparativos que en el Mediterráneo se efec-

taban, y que daban lugar á diversas conjeturas: —¿Dónde va Bonaparte? se preguntaban. ¿Dónde van todos esos valientes, esos sábios y ese ejército?—Van, decian unos, al mar Negro á devolver la Crimea á la Puerta. Van á la India, decian otros, en ausilio del sultan Tippoo-Saeb. Algunos, que se acercaban mas á lo cierto, aseguraban que iban á atravesar el istmo de Suez, ó bien á desembarcar en sus orillas, y embarcarse de nuevo en el mar Rojo, para pasar á la India. Otros adivinaban el objeto, diciendo que se iba á Egipto; conjetura que se apoyaba en una memoria leida el año anterior en el Instituto. Finalmente, los mas hábiles suponian otra combinacion mas profunda. Segun ellos, todo aquel aparato, que parecia anunciar un proyecto de colonia, era fingido; pues Bonaparte solo trataba de atravesar con la escuadra del Mediterráneo el estrecho de Gibraltar, acometer al lord Saint-Vincent, que bloqueaba á Cádiz, rechazarle, librar la escuadra española, y conducirla á Brest, donde se verificaria la deseada union de todas las marinas del continente, y que por esto la espedicion del Mediterráneo se denominaba ala izquierda del ejército de Inglaterra.

Justamente esta conjetura fué la que dedujo el gabinete inglés. Seis meses hacia que se hallaba en el mayor sobresalto, sin saber sobre qué punto descargaria la tempestad que de tiempo atrás se aglomeraba. En semejante ansiedad la oposicion se reunió al ministerio por algunos momentos, é hizo causa comun con él. Sheridan habia vuelto su elocuencia contra la ambicion é invasora turbulencia del pueblo francés, accediendo á todas las proposiciones del Directorio, escepto á la suspension

del *Habeas corpus*. Pitt mandó armar otra escuadra inmediatamente, y para votarla al mar se hicieron estraordinarios esfuerzos, reforzando con diez grandes navíos la del lord Saint-Vincent, para que pudiese interceptar completamente el estrecho, hácia donde creian que Bonaparte se encaminaba. El lord Saint-Vincent envió con tres navíos á Nelson para recorrer el Mediterráneo y observar la marcha de los franceses.

Todo se hallaba dispuesto para el embarco, y ya iba á salir Bonaparte hácia Tolon, cuando una escena que aconteció en Viena, y las intenciones que manifestaron varios gabinetes, por poco no le detienen en Europa. La creacion de dos nuevas repúblicas habia escitado hasta el mas alto grado el temor del contagio revolucionario; y la Inglaterra, que queria fomentar estos recelos, despachó emisarios á todas las córtes. Estrechaba al nuevo rey de Prusia á salir de su neutralidad para preservar á la Alemania de aquel torrente: infundia sus ideas en el falso y arrebatado ánimo del emperador Paulo, procuraba alarmar al Austria con la ocupacion de la cordillera de los Alpes por los franceses, ofreciéndola ausilios para renovar la guerra, y escitaba las descabelladas pasiones de la reina de Nápoles y de Acton. Esta última córte se hallaba mas exasperada que nunca. Queria que la Francia evacuase á Roma ó le cediese parte de las provincias romanas. En vano el nuevo embajador Garat habia usado de suma moderacion, pues ya no podia resistir los desafueros del gabinete napolitano. El estado del continente inspiraba por lo tanto muy fundados temores que agravó mas un nuevo incidente. Habian enviado á Bernardotte á

Viena para que diese esplicaciones al gabinete austriaco, debiendo residir en aquella córte, á pesar de que ella no habia enviado embajador alguno á Paris; pero este general, poco sufrido é irascible, no era el mas á propósito para el cargo que le habian confiado. El dia 14 de abril (25 de germinal) trataron de celebrar en Viena el armamento de los voluntarios imperiales. Se recordará el celo que habian manifestado el año anterior estos voluntarios, y la suerte que habian corrido en Rívoli y la Favorita. Bernardotte cometió el yerro de querer oponerse á esta fiesta diciendo que era un insulto para la Francia; mas el emperador respondió con razon que era dueño de sus estados, y que si la Francia era árbitra en celebrar sus victorias, él tambien lo era para celebrar el afecto de sus vasallos. Bernardotte quiso corresponder á esta funcion con otra, y celebró en su palacio una de las victorias del ejército de Italia, cuyo aniversario era, enarbolando en su puerta la bandera tricolor, con las palabras *igualdad y libertad*. El populacho de Viena, incitado, segun se dice, por los emisarios del embajador inglés, acometió el palacio del embajador de Francia, hizo pedazos los vidrios, y cometió algunas tropelías. El ministerio austriaco se apresuró á ausiliar á Bernardotte y se condujo con él de muy diverso modo que el gobierno romano respecto á José Bonaparte. Bernardotte, que habia producido esta escena por su imprudencia, se retiró de Viena y se trasladó á Rastadt.

Sintió mucho el gabinete de Viena aquel acontecimiento, pues era evidente que aun en el caso de suponerle inclinado á tomar de nuevo las armas, no hubiera empezado por insultar á nuestro

embajador, ni provocar hostilidades á las que no estaba preparado; consta por el contrario, que sumamente descontento de la Francia y de sus últimas invasiones, y presintiendo que seria menester volver de nuevo á la lucha, aun no estaba resuelto, y contemplaba demasiado cansados á los pueblos, y muy estériles sus recursos para venir otra vez á las manos con el coloso republicano. Inmediatamente publicó una desaprobacion de este acontecimiento, y escribió á Bernardotte para aquietarle.

Creyó el Directorio ver en este suceso un rompimiento, y dió inmediatamente contra-órden á Bonaparte, queriendo que se encaminase á Rastadt para intimidar al emperador, y precisarle, á que diese satisfacciones, ó á que saliese á campaña. Descontento Bonaparte con el retraso que esperimentarian sus proyectos, no quiso pasar á Rastadt, y juzgando mejor que el Directorio de la situacion aseguró que el acontecimiento no era de la gravedad que se suponia. En efecto, el Austria escribió inmediatamente que iba á enviar por fin un ministro á Paris, á M. Degelmann; pareció que deponia al ministro director Thugut, y anunció que monsieur de Cobentzel pasaria al punto que el Directorio fijase para esplicarse con un enviado de la Francia respecto al acontecimiento de Viena y las alteraciones ocurridas en Europa, despues del tratado de Campo-Formio. La tormenta, pues, parecia que se disipaba, y ademas habian dado un paso de importancia las negociaciones de Rastadt; porque despues de haberse disputado palmo á palmo la orilla izquierda del Rin, y querido reservarse el terreno comprendido entre el Mosela y el Rin y

otro corto territorio entre el Roër y este último rio, cedió por fin la diputacion toda la orilla izquierda y se nos reconoció por límite natural la línea del Rin. Tambien se habia admitido otro principio no menos importante, cual fué la indemnizacion de los príncipes desposeidos por medio de las secularizaciones. Pero quedaban por discutir otros no menos dificiles, como por ejemplo la reparticion de las islas del Rin, la conservacion de los puestos fortificados, de los puentes y cabezas de puente, la suerte de los monasterios y de la nobleza inmediata á la orilla izquierda, el pago de las deudas de los paises cedidos á la Francia, el modo de aplicar en ellos las leyes de la emigracion, &c., &c., &c. Todas estas cuestiones eran difíciles de resolver, sobre todo atendida la lentitud alemana.

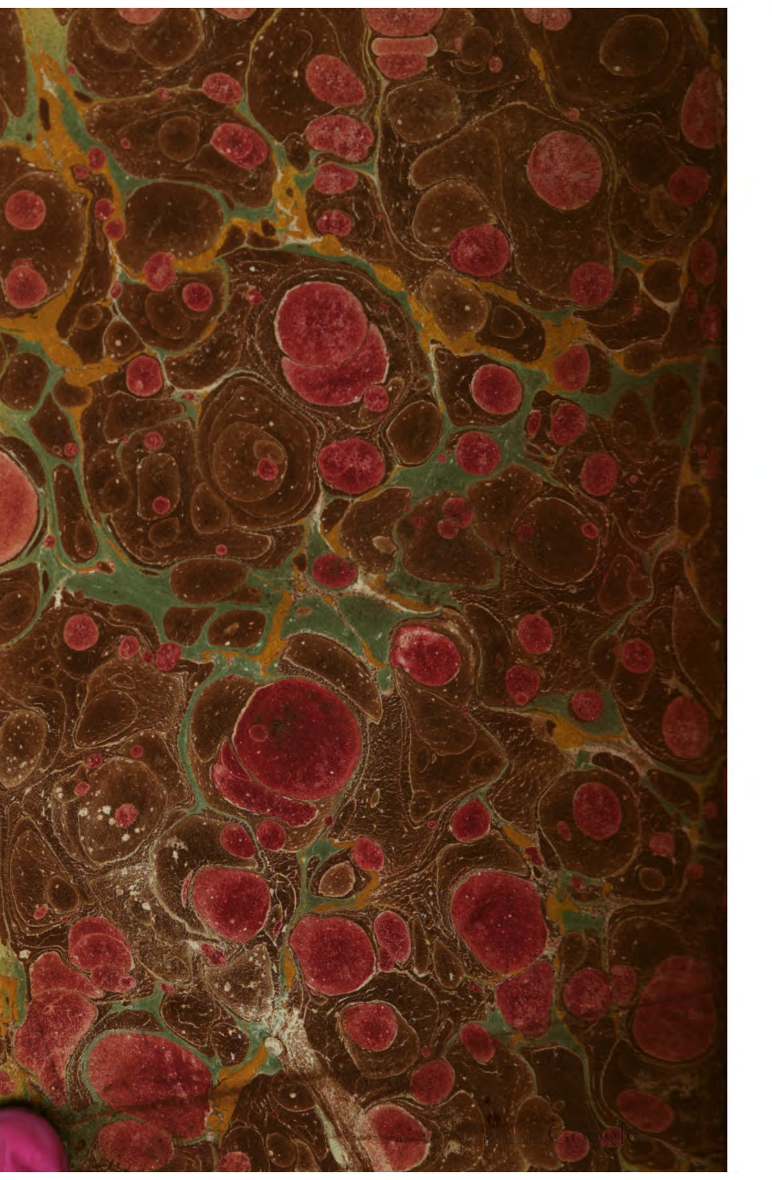
Tal era el estado del Continente, cuyo horizonte no se presentaba muy claro; mas al fin consiguió Bonaparte la autorizacion para salir de Tolon, y se convino en que M. de Talleyrand saldria inmediatamente despues para Constantinopla, con el objeto de hacer que la Puerta aprobase la espedicion de Egipto.

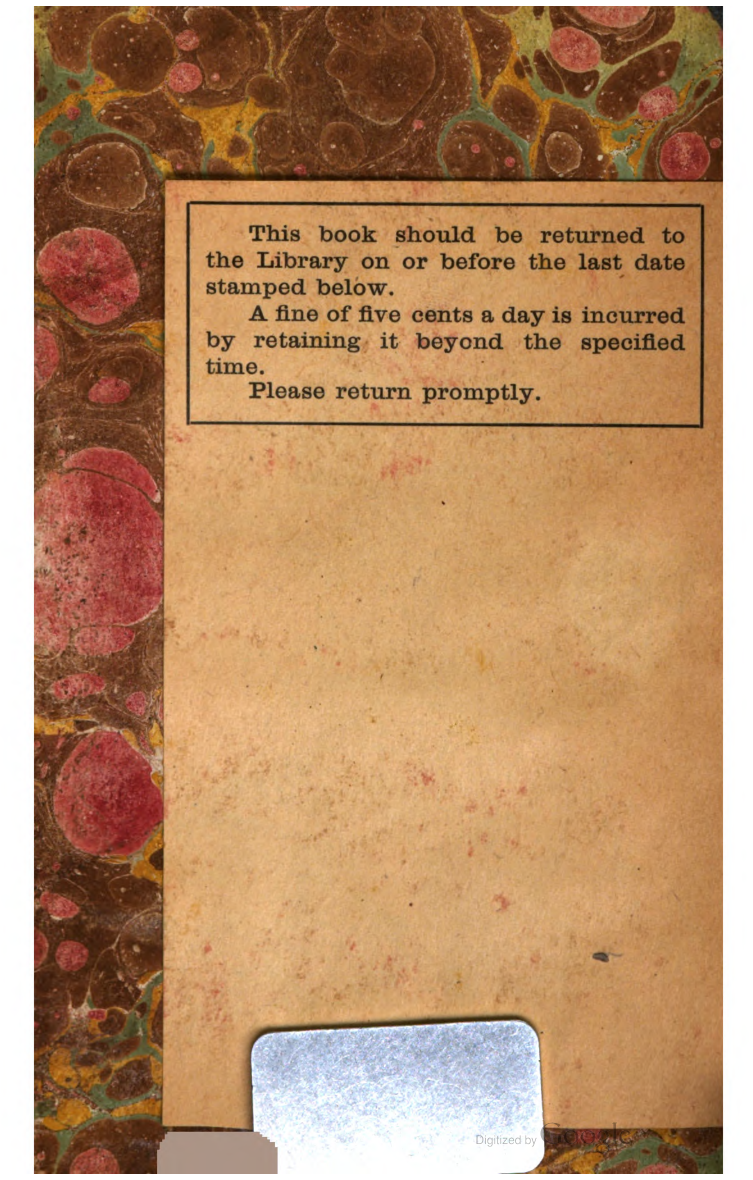
FIN DEL TOMO QUINTO.

INDICE.

PÁGS.






This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.
A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.
Please return promptly.
Digitized by Google

